3 1761 09544769 4

SHOUT
SHARE
IT

LUCRECIA BORGIA

(MEMORIAS DE SATANÁS.)

MANINI HERMANOS.

Lucrecia Borgia

MEMORIAS DE SATANAS

POR

D. MANUEL FERNANDEZ GONZALEZ.

Imp. de Manini Hermanos

LS
F3674kx

MANINI HERMANOS, EDITORES.

LUCRECIA BORGIA

(MEMORIAS DE SATANÁS.)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

321083
12.11.35

TOMO PRIMERO.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-LITERARIO DE MANINI HERMANOS,
Ancha de San Bernardo, 9.

1864.

Esta obra es propiedad de los Sres. Manini hermanos, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LUCRECIA BORGIA.

PRIMERA PARTE.

EL GRAN CAPITAN.

CAPITULO I.

Una puñalada y una bendicion.

I.

Estamos en Roma.

Es el dia de la Asuncion, 15 de agosto del año de gracia de 1497, quinto del pontificado de Alejandro VI.

El buen pueblo de Roma se habia divertido cumplidamente.

El Corso, durante el dia, y hasta las primeras horas de la noche, habia estado literalmente lleno de máscaras, que habian apurado todos los disfraces y todas la estravagancias.

El Carnaval en Roma es perpétuo: cualquier suceso, cualquier festividad, hace que el Papa conceda á su buen pueblo romano una mascarada.

Habia habido comparsas de osos, de sátiros, de bacantes, de polichinelas (el polichinela es una invencion muy antigua); habian asistido además máscaras al natural; esto es, una embajada turca que habia ido á besar los piés al Pontífice romano para reclamar en nombre del sultan Bayaceto, la persona de su hermano el sultan Egen, que el Papa tenia preso en el castillo de Sant Angelo.

Los buenos turcos habian asistido á la mascarada en magníficos ca-

ballos, y vestidos deslumbrantemente, con bonetes de grana cónicos, bordados de oro, y anchos ropones talares de seda de todos colores, asimismo bordados de oro y plata.

Estos embajadores habian formado la vanguardia de la córte pontificia, en medio de la cual, con las vestiduras pontificales, sobre la silla de San Pedro, en unas muy preciosas andas y bajo pálio, habia salido en procesion, á causa de la festividad del dia, el Papa Alejandro VI, en hombros de altos dignatarios de Roma, que tenian á gran felicidad sentir el peso del Santísimo Padre.

II.

Aquella procesion, magnífica siempre, llegó al colmo de la magnificencia en aquel año, á causa de las circunstancias.

El rey de Francia Cárlos VIII y el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, asistian á la procesion, el uno á la derecha, el otro á la izquierda del Papa, á caballo, cubiertos de joyas y galas; rodeado Cárlos VIII de gentiles hombres deslumbrantemente vestidos; el Gran Capitan de su numerosa guardia de alabarderos con alabardas de plata con asta negra; á la izquierda del rey de Francia cabalgaba, rodeado de su servidumbre, Giovanni Borgia, duque de Gandía y de Benavente, tan cubierto de joyas, que, segun el dicho de un historiador contemporáneo, no se podia ver bien por el brillo que de él salia.

Á la izquierda del Gran Capitan, sencillamente vestido, sobre un fuerte caballo, rodeado de pajes que tenian cara de *bravos*, iba César Borgia, duque de la Romanía, hermano del duque de Gandía y de Benavente.

Rodeaban al Papa sus guardias nobles con estoques dorados desnudos.

Le precedian los diáconos del Vaticano con los incensarios: le seguia la capilla del Vaticano entonando el *Salve regina mater;* los cardenales en mulas; los pesados hombres de armas del Papa á caballo; la gendarmería del rey de Francia con sus arneses redoblados sobre enormes caballos, con lanzas que tenian dos piés mas de largo que las hasta entonces usadas; en medio de ellas el estandarte real de Francia llevado por el conde de Auvigni; marchando á la derecha, y junto á los franceses, doscientos hombres de armas castellanos que habia llevado á Roma el Gran Capitan.

Entre estas lanzas se alzaba el estandarte real de España, porque el Gran Capitan, que se habia colocado á la izquierda del Papa, no habia permitido que el estandarte real de los Reyes Católicos fuese á la izquierda del estandarte de Francia ni un palmo mas atrás.

Esto habia ocasionado una ágria disputa; pero entonces el rey de Francia tenia grandes motivos para respetar á los de España, y el estandarte español fué á la derecha llevado por Hugo de Moncada.

III.

Estos tres fuertes escuadrones formaban la escolta del Papa.

Despues iban, precedidas de una nube de pajes de todas libreas y colores, gran número de literas conducidas por lacayos, y en ellas las damas mas hermosas de Roma, esposas ó hijas de los dignatarios que acompañaban al Papa, rodeadas de espléndidas servidumbres, brillando entre todas, por su escesiva hermosura y por su gran juventud, Angiolina Crespi, dama de la duquesa de Urbino, é hija de Alfonso Crespi, uno de los patricios mas influyentes.

Despues de Angiolina, la que mas notable se hacia por su hermosura era la duquesa de Urbino.

IV.

La única dama que hubiera podido eclipsar la hermosura de estas dos, la famosa Lucrecia Borgia, no habia asistido á la procesion.

Estaba recluida en el convento de San Sixto, á causa de la reciente disolucion hecha por el Papa de su matrimonio con su segundo marido Juan Sforza, señor de Pésaro.

Tras las literas, tras los pajes, formando como por galantería la escolta de las damas que acompañaban la procesion, iba Cárlos Orsini, el rebelde que habia ido á tratar con el Papa al amparo del rey de Francia.

Iba rodeado de una córte de calaveras y libertinos, engalanados á cual mas, y seguidos de un centenar de hombres de armas que olian á condotieros bandidos desde una legua, y que llevaban entre sí un estandarte, en cuyo escudo se veian dos osos luchando, armas de los Orsini.

V.

Afortunadamente, el Corso era bastante ancho y bastante largo para contener esta inmensa procesion.

Todo esto habia pasado estraño, santo, fascinador, deslumbrante, magnífico, por el Corso, entre la apiñada multitud de máscaras, siendo objeto de aclamaciones, de gritos, de epígramas, de algazara, de todo lo que puede suponerse, producto de la alegría de una multitud delirante, libre, espansiva, garantizada por el antifaz y por la licencia del dia.

Al llegar cerca de la calle de la Fontanella de Borghese apareció un

jiganton representando á Júpiter Capitolino, cuya altura no era menos que la de las casas, que desdeñando la vanguardia de embajadores turcos, y dejándola pasar, interceptó el paso á Alejandro VI, dejando caer sobre su pálio, por su inconmensurable boca, una nube de grajea y de papeles que contenian versos en loor del Papa.

Por la boca del jigante salia una música de cítaras y de otros instrumentos de cuerda y de viento, que parecian tocarse en el vientre del mónstruo.

Aquello pareció muy bien á Alejandro VI, que concedió cuarenta dias de indulgencia, sobre el campo, á los inventores de aquella máquina.

Era el coloso verdaderamente magnífico: sus piernas se apoyaban en una especie de roca que figuraba ser la cumbre del Olimpo, bajo cuya base, ocultos centenares de hombres, conducian aquel colosal artificio.

Despues de recibidas las indulgencias, el coloso, con su jigantesca águila á los piés y sus tres jigantescos rayos con puntas harpadas amenazando á la tierra, en su mano derecha, atravesó el Corso lentamente, saludado por una rechifla general, y tomó por una de las calles trasversales el camino de su casa, esto es, el Capitolio.

VI.

Un hombre, sin saberse quién le habia herido, apareció delante de las andas de Alejandro VI, y vacilando, estendiendo los brazos, espirante, desencajado, y con el espanto de la muerte en los ojos, exclamó:

—¡Perdon por mis culpas, Santísimo Padre!

Alejandro VI bendijo al moribundo que cayó de espaldas.

Los soldados apartaron al cadáver, y las andas pasaron.

Pasó la comitiva.

Aquel era un suceso muy comun en Roma en un dia de mascarada.

Diez lances como aquel habian tenido lugar durante el dia.

Los muertos habian sido quitados de la via pública, y hé aquí todo: ¿quiénes eran los asesinos? El antifaz y el disfraz los ocultaba.

Esto estaba dentro de las costumbres y nadie lo estrañaba.

El que tenia un enemigo esperaba á matarle impunemente en medio de la alegría y del estruendo de las máscaras.

Delante del Vaticano, en la Plaza de Colonna y en la del Pópolo, habia tablados en que cómicos, pagados por el Papa, representaban farsas para divertir al pueblo.

Á mas de esto, junto á los tablados, habia cucañas.

Roma se divertia.

LUCRECIA BORGIA.

LAMINA 1.ª — Alejandro VI bendijo al moribundo que cayó de espaldas.

VII.

Pasó la tarde.

Llegó la noche: hogueras y luminarias iluminaron la via pública, desde el castillo de Sant Angelo á la plaza Colonna, y desde esta, á lo largo del Corso, hasta la plaza del Pópolo.

Pero á las ocho de la noche las campanas tocaron á la oracion de las ánimas, y despues el toque de queda.

La multitud se ramificó por cien calles; se diseminó, se perdió.

El Corso y las dos plazas antes tan henchidas quedaron abandonadas; abandonados los tablados de las farsas y las cucañas; apagadas las luminarias y estinguiéndose por sí mismas las hogueras.

Á las nueve de la noche las tinieblas y el silencio cubrian á Roma como un sudario.

Habia terminado la fiesta de la Asuncion.

CAPITULO II.

Un arcángel de tinieblas.

I.

Como á las diez de la noche, un hombre que iba embozado en un gran manto pardo, con birrete negro en la cabeza y asomando bajo el manto el estremo de una larga espada, lo que pudo verse al pasar este hombre junto al nicho donde habia una imágen de la Vírgen, alumbrada por una candela, en una esquina; este hombre, decimos, llegó á la puerta del Pópolo, y al detenerle su guarda le dijo, rindiéndole, sin duda, una seña:

—¡Santa María la Nova! franquéame el postigo.

El fuerte postigo de la pesada puerta de hierro se abrió y salió el embozado, que se perdió en las tinieblas sobre un áspero camino.

Como á dos tiros de ballesta de la puerta, aquel hombre se detuvo y silbó.

Inmediatamente contestó otro silbido y se oyeron los pasos de un hombre que se acercaba al que habia silbado primero.

—¿Quién es? —dijo este.

—Vendetta, —contestó el que se acercaba, en marcado acento napolitano.

—¡Ah, eres tú, Michelotto! —dijo el primero.

—Sí, yo soy. ¿Habeis quedado satisfecho de mí?

—Perfectamente; pero hubiera sido de desear que Pietro Basti no hubiera caido delante del Papa.

—Debemos alegrarnos por él, señor, —respondió Michelotto: —la absolucion de Su Santidad le ha abierto las puertas del cielo: estorbaba y

se le ha quitado de en medio; pero esto no quiere decir que no nos alegremos de su salvacion.

—Lobezno, —dijo el otro, —¿está ya la señora en villa Borgia?

—Desde hace dos horas, señor.

—¿Y mi hermano?

—Casa de Pietro Basti.

—Bien; ¿está prevenida la barca?

—Sí señor.

—Vete y espera en ella.

II.

Se oyeron los pasos de aquellos dos hombres: los unos cruzando el camino; los otros siguiéndole.

Al cuarto de hora de marcha, el llamado señor se detuvo delante de una gran masa oscura que acusaba un edificio, de cuya forma no podia juzgarse.

Aquella era la villa ó quinta Borgia, construida para su residencia, algunos años antes, por Lucrecia Borgia.

El llamado señor, por Michelotto, llegó á un postigo del muro del jardin y llamó recatadamente.

El postigo se abrió al momento.

—¿Sois vos, señor?—dijo una voz entre la oscuridad.

—Sí, yo soy, Giacomo; silencio. ¿Ha recibido la señora la carta que te dí?

—Sí señor; la puse sobre la mesa de su cámara, debajo del grande espejo ante el cual se adorna; pero no sé si la habrá leido aun; ha estado hablando largo tiempo con Francesco Buotti.

—¿Y no has oido lo que han hablado?

—No señor: la señora se encerró con Francesco, y hablaban muy bajo.

—No importa, tengo la llave de la puerta secreta: quédate junto al postigo, Giacomo: para que conozcas si soy yo ó es otro el que se acerque, silbaré levemente; si no oyes el silbido ocúltate y deja pasar al que sea, porque no seré yo.

—Descuidad, señor.

—¿Has puesto la llave que te dí donde te mandé?

—Sí señor.

III.

El incógnito se alejó cruzando el jardin.

Llegó á los muros del palacio, abrió con llave un postigo, cerró y su-

bió por una escalera alfombrada, por la cual se apagaba el ruido de los pasos.

Al fin de la escalera se deslizó por un corredor estrecho, á juzgar por el leve roce que producia á ambos lados, sobre las paredes, su manto.

Se detuvo al fin delante de cinco puntos luminosos que determinaban una cruz entre las tinieblas.

Aquellos puntos eran pequeños agujeros abiertos en una puerta.

IV.

Era aquella una estrecha puerta secreta oculta entre los adornos de las paredes de un pequeño retrete exágono.

Aquel retrete era admirable y completamente greco-romano.

El techo ensamblado, dorado y matizado era de preciosa labor, asentado sobre un magnífico friso, y ricos sillones de tisú azul rodeaban las paredes: al frente de la puerta secreta se veia una gran mesa de mármol con tres bustos antiguos; el del centro de bronce, y los de los costados de mármol de Paros: naciendo de detrás de estos bustos y levantándose hasta cerca del friso, un jigantesco espejo de Venecia, inclinado.

Á los dos lados del retrete se veian dos altas puertas doradas cubiertas por tapices de brocado, en los cuales se veia el escudo de Borgia, timbrado con corona ducal.

En el centro habia una gran mesa redonda de mosáico antiguo, sostenida por un sátiro de bronce dorado, y sentada en un sillon, junto á él, apoyando en ella un brazo y en la mano cerrada la barba, una mujer hermosísima.

V.

Aquella mujer era blanca; pero con ese blanco ardiente, por decirlo así, de las mujeres del mediodia.

Tenia los cabellos castaños-oscuros, peinados en bandas y en dos anchas trenzas que se torcian á los lados de sus mejillas, uniéndose á la parte posterior de su peinado, recogido en gruesas trenzas sobre la espalda: la frente ancha, tersa, hermosa; pero dejando sentir un no sé qué de funesto, se asentaba sobre dos magníficas cejas largas, anchas, negras, sedosas. Los largos párpados de los grandes ojos de esta dama eran tambien negros y tan espesos, que proyectaban una leve penumbra sombría sobre los ojos garzos con pupilas negras, en los que en el momento en que presentamos esta dama á nuestros lectores, ardia un fuego siniestro. Parecian los hermosísimos ojos del arcángel de las tinieblas.

Los pómulos un poco salientes; la nariz recta, bella, pura como la de una estátua antigua, un poco dilatada en su base, que se alzaba y se deprimia como las de ciertas fieras cuando olfatean una presa; la boca enérgicamente hermosa, de lábios gruesos, frescos, húmedos, rojos, pero de espresion acerada; el dulce contorno oval del semblante; su densa palidez; la garganta redonda, torneada, esbelta, sobre unos hombros curvos, voluptuosamente adelantados en sus estremos, conteniendo dentro de sí un admirable seno de forma pura; la actitud altiva de esta dama, aunque negligentemente abandonada en el sillon, todo hacia de ella una de esas hermosuras escepcionales que aparecen rara vez, como si Dios hubiera querido presentar á los hombres un modelo de perfeccion.

VI.

Un fisiólogo hubiera encontrado en los detalles y en el conjunto de esta dama, unidos, enlazados, produciendo un efecto admirable, los rasgos distintivos de la raza berebere, que aun se conservan en nuestra provincia de Valencia, y los de la antigua raza romana guardados por las trastiberinas.

VII.

El traje de esta dama hacia resaltar su belleza, y estaba en armonía con su espresion.

Una toquilla negra de terciopelo, con los bordes tomados de oro, cubria la parte superior de su cabeza; una gorguera de encaje de Flandes, ceñida al nacimiento de la garganta, impedia que se viese libremente su seno, descubierto por el ancho descote cuadrado, tomado tambien de oro, de su ancho traje de terciopelo negro con grandes mangas perdidas, forradas de raso blanco: sin embargo, el seno se trasparentaba bajo la gorguera de encaje; un gran collar de perlas de dos vueltas, con broche de diamantes, rodeaba la garganta, y caia sobre el seno de la dama, mas abajo del descote de su traje: un ceñidor de oro, perlas y rubíes, con estremos colgantes, rodeaba su cintura esbelta, redonda, y que, aun inmóvil, dejaba comprender una elasticidad fuerte, nerviosa, á la manera de la de la serpiente.

Bajo la ancha falda abierta se veia otra falda de raso blanco, ligeramente bordada de oro: de raso blanco tambien, y bordadas, eran las mangas, ajustadas á unos brazos de forma perfecta, en el nacimiento de cuyas pequeñas manos, cargadas de sortijas, se veian pulseras de perlas con broche de diamantes y rubíes.

Por último, un pequeño pié corto, inmejorable, calzado con un bor-

ceguí de raso blanco, bordado de oro, aparecia, sobre un escabel de brocado, por bajo de la ancha falda de terciopelo negro.

Una lámpara de seis mecheros, pendiente del centro del artesonado, iluminaba de una manera enérgica y artística á esta incomparable mujer.

Delante de ella, de pié, apoyado en la mesa, grave, sombrío, siniestro, habia un hombre de edad avanzada, de larga cabellera cana, frente arrugada, cejas canas, pálido como un espectro, con los ojos vigorosamente negros, cuyo brillo y cuya fijeza no habian apagado ni debilitado los años; completamente afeitado, con una especie de sotana de terciopelo negro, larga hasta las rodillas, estrecha, con descote cuadrado, sobre una rica camisa blanca, cerrada en el cuello; con mangas perdidas, forradas de damasco rojo; con mangas ceñidas al brazo, de damasco rojo tambien; con calzas de punto de seda rojas; borceguíes altos de terciopelo, con la punta retorcida hácia arriba; rodeado el talle con un ancho cinturon de rico tafilete rojo, bordado de oro; con tirantes, de que pendia una larga espada con empuñadura de gavilanes inversos y sin guardamanos; con un largo puñal huido al costado derecho, sobre una limosnera ó escarcela de marroquí, rojo tambien, con cordones y bordaduras de oro.

Sobre la mesa, y junto á la mano que tenia apoyada en ella, habia un birrete de terciopelo negro, con la copa roja; y sobre un sillon, una especie de manto pardo.

VIII.

Estos dos personajes eran: ella, Lucrecia Borgia, á quien podria llamarse la princesa Lucrecia, ó mas bien, la reina de Roma: él, Francesco Buotti, napolitano, hombre oscuro, antiguo condotiero, esto es, valentón, asesino, con su puñal á disposicion de quien le pagaba, convertido en caballero romano por Lucrecia, y su mayordomo, su confidente, su puñal; su *factotum*, en una palabra.

Cuando alguno preguntaba al señor Francesco Buotti dónde habia nacido, respondia:

—La Calabria lo sabe; ignoro el lugar preciso; debió ser en alguna caverna.

Este hombre conocia todos los secretos del alma oscura de Lucrecia: podia decirse que era la conciencia de la terrible mujer, cuya lúgubre, cuya dramática historia vamos á relatar.

IX.

Todo cabia en el alma de Lucrecia: lo sublime y lo infame; lo grande y lo pequeño: espíritu maldito, naturaleza volcánica, imaginacion as-

tuta, corazon ardiente: esta mujer, cuya hermosura era maravillosa, parecia alentar el espíritu condenado del arcángel rebelde.

Hija del adúlterio y de la impureza, era un poema del mal; pero encubriendo su maldad, sus crímenes, bajo una forma encantadora.

La serpiente de cascabel es hermosísima; pero su mordedura es mortal.

Ella era una influencia incontrastable en el gobierno: ella lo manejaba todo.

Las relaciones internacionales de Roma estaban sujetas á su política.

Tanto era su palacio el Vaticano, como la villa Borgia.

En su poder estuvo muchas veces la paz ó la guerra de Europa.

Roma influia por entonces demasiado, y Lucrecia era la influencia de Roma.

X.

Vivia como una reina.

Tenia servidumbre de damas y pajes de honor; guardia noble, como el Papa, de escalera arriba, y guardia de hombres de armas de escalera abajo.

No salia nunca en público sino en carroza ó litera, con servidumbre y con escolta.

En 1497, en que la presentamos á nuestros lectores, Lucrecia contaba dos maridos: el primero, que habia sido asesinado en 1492; y Juan Sforza, del cual la habia separado el Papa disolviendo su matrimonio.

Lucrecia tenia entonces veinticuatro años.

La maledicencia habia manchado su reputacion de una manera terrible, atribuyéndola amores monstruosos, que nosotros rechazamos por abominables, y porque, históricamente hablando, no están comprobados.

La opinion pública se equivoca generalmente, porque no pasa mas allá de las apariencias.

El estremado amor que Rodrigo Borgia habia sentido y sentia por Lucrecia, era el amor del corazon, de la naturaleza.

Sus hermanos, César y Giovanni Borgia, la adoraban; pero como se adora á un instrumento de ambicion.

Tenian celos á causa de Lucrecia; pero tambien eran celos de ambicion.

El amor de Rodrigo Borgia hácia Lucrecia tenia una gradacion.

Ocupaba en su alma, respecto á sus hermanos, el primer lugar Lucrecia, la menor de ellos.

Giovanni el mayor, despues.

Por último, César; y en segundo lugar Juan Borgia, primo de los anteriores y sobrino de Rodrigo Borgia.

XI.

Ahora bien: el cardenal arzobispo de Valencia, monseñor Rodrigo Leuzuoli Borgia, habia sido electo Papa y tomado el nombre de Alejandro VI en 1492.

Rosa Vannozia Borgia, y su marido Domingo Arignani, caballero romano, que apenas contraido matrimonio con Vannozia, habia sido espulsado de Roma por rebeldías contra el Papa, y que con su esposa habia ido á refugiarse á Valencia, sede entonces de Alejandro VI, alejado tambien de Roma; cuando éste fué Papa pudieron volver á su pátria, en la que recobró, por el amor que Alejandro VI tenia á sus hijos, sus antiguas dignidades y los bienes que le habian sido confiscados.

XII.

César Borgia, á causa del destierro de sus padres, habia nacido en Valencia: en ella habia pasado su infancia y parte de su juventud, y luego habia ido á estudiar á la Universidad de París.

Alejandro VI le destinaba al estado eclesiástico, y la famosa Sorgona de París era para el ilustrado Alejandro VI, una universidad preferible á cualquier otra.

XIII.

Giovanni nació en el reino de Valencia, en Gandía: ardiente, audaz, bravo desde su primera juventud, el Papa le creyó mas apropósito para el mundo que para la Iglesia, y le educó como se educa á un caballero á quien se destina á las grandes dignidades y á los mandos militares.

XIV.

Lucrecia nació y se crió en Valencia, y permaneció en ella hasta los quince años, en que muy distante monseñor el cardenal arzobispo de Valencia, de llegar á ser Pontífice, creyó un buen partido para ella, un rico caballero aragonés de la familia Borja, llamado don Alonso, y gran privado, y aun se cree que hijo bastardo del rey de Aragon y de Navarra don Juan II.

Debemos advertir, que Borja es un antiguo apellido español, que al pasar á Italia se modificó convirtiéndose en Borgia.

Estinguido en Italia ese apellido, continúa entre nosotros.

Tanto Rodrigo Lenzuoli, como César, Giovanni y Lucrecia, dejaron su apellido paterno en honor de Isabel Borgia, hermana de Calisto III, de donde provenian por la línea materna.

XV.

Lucrecia, pues, era por su orígen española y valenciana.

Tenia, como habrá podido observarse en la descripcion que de ella hemos hecho, los ojos garzos, poderosos, irresistibles, y la tez blanca, ardiente de las hermosas hijas del Túria.

El aire natal la habia dado no solo los rasgos distintivos de la raza berebere conservada en Valencia, sino que habia modificado su sangre italiana, bastante ardiente por sí misma, con algo de africano.

XVI.

Apenas elevado al sólio pontificio Alejandro VI, César Borgia recibió las sagradas órdenes del diaconado, fué investido con la púrpura cardenalicia, y nombrado arzobispo de Valencia, sede que habia quedado vacante por la elevacion á Pontífice de Alejandro VI.

César Borgia se apellidó desde entonces el cardenal Valentino.

Giovanni Borgia fué creado por los reyes de España Fernando V é Isabel I, duque de Gandía, en reciprocidad del dictado de Católicos, que Alejandro VI, apenas Pontífice, habia concedido por la conquista de Granada á los reyes don Fernando y doña Isabel.

XVII.

A Lucrecia la vendió Alejandro VI algunos estados en la Romania, con el título de duquesa.

En cuanto á su primer marido, habia muerto asesinado al volver de caza algunos dias antes de la exaltacion al pontificado de Alejandro VI.

Este crímen se atribuye á César Borgia.

Contaba éste, para sus proyectos ambiciosos, con la influencia de Lucrecia, y le pareció poco conveniente un cuñado que, aunque rico hombre de Aragon, no tenia absolutamente influencia alguna en Italia.

XVIII.

Muy pronto el cardenal Valentino comprendió que el duque de Gandía era el mas favorecido por el Papa, á causa del amor que éste le profesa-

ba, y de la gran influencia que sobre el Papa ejercia Lucrecia, que amaba estremadamente á su hermano Giovanni mientras que con César solo, la enlazaba una terrible simpatía de carácter y las tendencias de su ambicion.

Entonces César vió que el estado eclesiástico era para él un freno demasiado fuerte, y pretendió romper aquel freno.

El dia de Pentecostés de 1497 en el Vaticano, en medio de los cardenales y prosternado ante el Papa, pidió se le dispensasen sus votos y se admitiese la renuncia que hacia de la púrpura cardenalicia, y del arzobispado de Valencia á causa de su falta de vocacion para el estado eclesiástico, y por temor de hacerse indigno de la púrpura.

El Papa pidió su parecer á los cardenales para la resolucion de una solicitud tan grave, y todos á una voz opinaron, que vista la franca manifestacion de César Borgia, y en atencion á que no se perdiese su alma, obligándole á deberes para el cumplimiento de los cuales se creia sin fuerzas, se otorgase por el Papa lo que pedia.

César dejó de ser cardenal y arzobispo, y recibió el título de duque Valentino, con algunos estados en las Marcas.

Podia, pues, obrar libremente: en vez de púrpura ceñia espada.

Basta por ahora de historia: lo que hemos dicho era absolutamente indispensable para que nuestros lectores conociesen la situacion de los principales personajes de nuestro libro.

XIX.

Volvamos á Lucrecia y á su confidente Francesco Buotti.

Lucrecia estaba escitada, irritada; pero de una manera latente.

Solo se comprendia el estado de su alma por su intensa mirada, por su estremada palidez.

—Resulta, —dijo, —que ha sido necesario para que el duque de Sessa consienta en tener una entrevista conmigo, que se diga terminantemente que esta entrevista es política, y que quien la desea es Lucrecia Borgia.

—Eso es, —contestó friamente Francesco.

—Es decir que nos humillamos.

—El gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdova, es un rey sin corona, —contestó Francesco; —pero mas poderoso que muchos reyes coronados: no há mucho el lobo francés y el zorro español, quiero decir, Luis XI y Fernando V, sentados á par del leon andaluz Gonzalo de Córdova, decidieron la suerte de Europa. No hace tres noches que nuestro santísimo padre, Cárlos VIII de Francia, y el duque de Sessa, han decidido

la suerte de Italia. Venid, —añadió Francesco, yendo á una de las puertas del retrete, descorriendo su tapiz, dejando descubierta una rica vidriera de colores, y abriéndola: —Mirad.

Lucrecia se habia acercado.

—¿Qué veis? —la preguntó Francesco.

—Resplandor de hogueras sobre el monte Pincio, —respondió Lucrecia: —resplandor mas leve y mas lejano que parece provenir del monte Palatino.

—¿Y qué veis sobre el monte Vaticano?

—Una corona de sombras.

—Sí, eso es, —dijo Francesco: —allá sobre el monte Palatino, alrededor del Capitolio, como pretendiendo tomar posesion de Roma, está el poderoso ejército del rey de Francia: mas cerca, sobre el monte Pincio, como amenazando al Vaticano, está el pequeño ejército de Orsini: en el monte Vaticano, entre su corona de sombras, como vos decís, hay un puñado de valientes; doscientos hombres de armas que estuvieron en la conquista de Granada: la guardia, por decirlo así, del Gran Capitan: allá, en Terracina, respetando á Roma, está el poderoso ejército de España: allá en el Palatino se hace una gran ostentacion de poder: la numerosa artillería francesa circunda el Capitolio; pero aquellos soldados, ó duermen embriagados alrededor de las hogueras, ó entre los placeres. Mas acá, los hombres de Orsini, esto es, la rebeldía, duermen tambien ó se embriagan. Allá sobre el monte Vaticano, se vela entre las tinieblas: aquel puñado de hombres es hoy la espada de Roma: el solo nombre de su capitan basta para defenderla de la ambicion de Cárlos VIII y de las depredaciones de Orsini. Muy pronto el rey de Francia evacuará á Roma: Orsini saldrá por otra puerta para repartir su ejército en cuadrillas de bandidos en la campiña, y tras el rey de Francia irá el Gran Capitan para entenderse con él en Nápoles: ¿quién es, señora, en este momento el rey, mas que el rey, la salvacion de Roma, sino el caudillo de esos bravos soldados que velan, apoyados en la lanza, entre las tinieblas, por la libertad del Papa?

—Es verdad, —dijo Lucrecia retirándose de la ventana: —nos las habemos con un rey.

XX.

Volvió á sentarse y á tomar su posicion anterior.

Francesco cerró la vidriera, corrió el tapiz, y se colocó de nuevo de pié, y apoyado en la mesa junto á Lucrecia.

—¿Dónde le diste mi carta? —dijo ésta.

—Al subir el duque de Sessa las escaleras del jardin del Vaticano.

—Llevarias antifaz; yo no quiero que nadie vea que un criado mio tan conocido como tú, da una carta á un hombre, aunque este hombre sea un rey.

—Ni hubiera sido prudente; todos hubieran visto mas que una cuestion de amores, una cuestion política: llevaba antifaz, y un sencillo y humilde traje de condotiero.

—¿Y qué respondió el duque?

—Escribiré á vuestra señora.

—¿Qué hora es?

—Aun no son las once y media.

—Esperemos pues: ¿está prevenido todo para que el señor Gonzalo de Córdova entre secretamente?

—Sí señora; entrará por el postigo que mira á la puerta Pinciana.

—Hablemos de otra cosa de que no he podido preguntarte aun, y que debes haber averiguado, porque has tardado mucho.

—He tenido que ver mucho, que preguntar mucho: el muerto se llama Pietro Vasti; era batelero; vivia en el Trastévere, en la calle Longareta, junto á la Torrecilla de los Tres Ahorcados.

—Yo le creia otro hombre: tú me habias dicho que quien le hirió fué un esbirro de mi hermano César, que estaba cerca y enmascarado: Paolo.

—Así es: conocí al esbirro á pesar de su antifaz, porque se descuidó en ocultar su oreja derecha, que tiene partida de una cuchillada: este esbirro se llama Carmeto: á Paolo le conocí por la empuñadura de su espada: Carmeto es un buen muchacho, muy dado á divertirse, muy reservado cuando no ha bebido, pero que cuando bebe lo dice todo. Por consecuencia, es muy difícil hacer beber á Carmeto, que solo se embriaga cuando está entre personas de confianza: cuesta mucho trabajo encontrar á este pícaro. Al cabo de dos horas de recorrer malos lugares, le encontré en la calle de los Cuatro Santos Coronados, en la taberna de Cápua. Estaba solo; esperaba sin duda, porque se impacientaba. Yo iba completamente encubierto.

—Buenas noches, Carmeto,—le dije,—¿te has lavado ya las manos?

Carmeto se puso de pié y echó mano á su puñal.

—Estúpido,—le dije,—no tengas tan mala voluntad á los amigos; no seas tan receloso; quien sirve al señor César Borgia, tiene todos los dias ocasion de lavarse las manos, y mas de una muchos dias: somos camaradas; yo sirvo á la señora Lucrecia Borgia.

Carmeto se sentó. Yo me senté junto á él, y pedí una botella de Sorrento.

—Tú tienes el rostro cubierto, mientras yo le tengo descubierto,— dijo Carmeto con recelo.

Me quité el antifaz.

—¡Ah! ¿sois vos, señor Francesco?—esclamó Carmeto:—¿qué me quereis?

—Vengo á proponerte si quieres pasar de bravo á palafrenero de mi señora.

Me habian ya traido el Sorrento, y me habia puesto á beber sin invitar á Carmeto.

Este se habia quedado pensativo.

—Por Satanás,—dijo,—me haceis una proposicion tentadora, señor Francesco.

—Veinte ducados al mes, buena librea, buena comida y muy buenos provechos, Carmeto.

Llené los dos vasos.

—¿Y se me necesita en el momento, señor Francesco?—me dijo:—solo por ser de la casa de vuestra señora, por verla continuamente, consentiria: ¡oh, y qué felices deben ser los que viven siempre junto á ella!

—No urge por algunos dias,—le respondí.

—Cabalmente dentro de ocho termina mi enganche en la compañía del capitan Michelotto: dentro de ocho dias puede vuestra señora disponer de mí.

—Estás, pues, admitido á su servicio; en prueba de ello y con arreglo á sus órdenes, toma.

Y puse junto á él diez escudos de oro.

Carmeto los guardó, y teniéndose ya por admitido en vuestra casa, me consideró como persona de confianza, y bebió.

Cuando hubo bebido lo bastante, á pretesto de que hacia calor, le saqué fuera, le metí en las revueltas del barrio Latino, y le dí conversacion larga.

Al fin, recayendo insidiosamente en mi propósito, supe que Paolo le habia mandado seguir á Pietro Basti, y matarle en el corro entre la confusion.

—¿Y por qué?—dijo Lucrecia.

—Casa de Pietro Basti va con mucha frecuencia de noche una jóven dama de la duquesa de Urbino.

—¿El nombre de esa mujer?—dijo con interés Lucrecia.

—Angiolina Crespi.

—¡Oh! la jóven mas hermosa de la Romanía,—esclamó Lucrecia.

—Nunca tan hermosa como vos.

Frunció Lucrecia el entrecejo, no sabemos si por el pensamiento

que cruzaba por su imaginacion, ó porque la disgustaba ser adulada.

—Se murmura, —dijo, —que el duque de Gandía siente una viva aficion por esa jóven: pero se pondera tambien la severa virtud de Angiolina.

—Todo consiste, —dijo Francesco, —en que la virtud es un antifaz como otro cualquiera.

—Es muy niña y ha sido educada en el convento de Regina Cœli.

—Por eso sin duda ha tomado cariño á la vecindad; y como la calle Longara donde está el convento de Regina Cœli es vecina de la Longareta, donde vivia el batelero Pietro Basti, tenia en ella sus citas con el duque de Gandía.

—¿Y no te reveló mas Carmeto?

—No señora.

—¿A qué habia ido á la taberna de la calle de los Cuatro Santos Coronados?

—A esperar á otros camaradas para recibir órdenes de Paolo.

—¿Qué ha sido de Carmeto? la noche es muy oscura, y las callejas del barrio Latino muy solitarias.

Francesco sacó su puñal y dejó ver sus canales sangrientas.

La sangre aun no se habia secado.

Lucrecia lanzó una mirada fria é indiferente al puñal.

Francesco le envainó de nuevo.

XXI.

—¿Y has podido averiguar por qué ha sido muerto Pietro Basti?

—Sí: he penetrado en el depósito de los muertos; quince han sido asesinados hoy: yo no conocia á Pietro Basti; pero sabia que era batelero, y le reconocí por el traje: le registré, y le encontré esta carta.

Y entregó una á Lucrecia.

—Esta letra es de Cárlos Orsini, —dijo Lucrecia: —la conozco, aunque ha pretendido desfigurarla. ¿Por qué se toma tal interés Orsini por mi hermano Giovanni?

«Avisad al señor duque de Gandía, —dijo Lucrecia leyendo la carta, —que esta noche debe ser asesinado por su hermano César Borgia.»

—Pero ¿cómo, cómo, —continuó Lucrecia, —ha sabido César que Pietro Basti debia avisar á Giovanni?

—El batelero habrá cometido alguna imprudencia, y vuestro hermano César tiene espías en todas partes.

—¡Ah! es necesario impedir esto, —dijo Lucrecia levantándose con energía y tomando la salida del retrete.

—¿Y el señor duque de Sessa?—observó Francesco.

Lucrecia se detuvo un momento, meditó y dijo:

—El duque de Sessa me acompañará; no podria llevar mejor escolta; sin embargo, tú vendrás tambien: que esté pronto mi batel: al duque de Sessa recíbele aquí, si viene antes de que yo vuelva.

XXII.

Lucrecia salió del retrete, atravesó una gran cámara y entró en otra: en una especie de cámara tocador.

—¡Laurencia!—dijo llamando.

Apareció una de las damas de la servidumbre de Lucrecia.

—Un manto, un antifaz y un sombrero,—dijo Lucrecia.

La dama desapareció, y volvió á poco, trayendo las prendas pedidas por su señora.

Entre tanto, ésta, que se habia acercado á una mesa de mármol, cubierta en desórden por botes de oro y de cristal, con un jigantesco espejo encima, al abrir su cajon para sacar de él un pequeño puñal, vió sobre la mesa una carta.

La abrió y la leyó rápidamente.

«Tu hermoso duque de Gandía,—decia en la carta,—está locamente enamorado de una dama mas jóven y mas hermosa que tú, y tiene citas amorosas con ella en la Torrecilla de los Tres ahorcados, donde se entra por una puerta secreta que corresponde á una pequeña casa unida á la torrecilla. No entres por esa casa: los amantes serian avisados, y además no encontrarias fácilmente la puerta secreta. En tu jardin, al pié de la estátua de Céres, encontrarás la llave de la puerta de la torrecilla. Esta noche tienen empeñada una cita los dos amantes.»

—¡Ah, César, César!—exclamó Lucrecia;—eres conmigo astuto y traidor: te estorba Giovanni; le encuentras delante de tí como un obstáculo á tu ambicion; tienes celos de él, y pretendes arrojar sobre mí las sospechas de su muerte. ¡Ah! bien, César; ya sé á qué atenerme, y te doy las gracias.

XXIII.

Aquella carta, sin embargo, aunque proviniese de César Borgia, no habia sido escrita por él.

Pero Lucrecia adivinó la mano de donde aquella carta venia.

La quemó á la luz de una de las bujías perfumadas que estaban sobre la mesa; quemó tambien la otra que Francesco Buotti habia encontrado

sobre el cadáver del batelero, y apenas las habia quemado, cuando entró la dama.

XXIV.

Lucrecia se quitó la toquilla, se puso un pequeño sombrero á la veneciana, le sujetó bajo su barba con el lazo de dos anchas cintas negras de raso, se envolvió en un gran manto de terciopelo negro que la caia hasta los piés, y con un antifaz en la mano volvió al retrete, donde habia dejado á Francesco Buotti.

XXV.

El hombre que habia escuchado desde detrás de la puerta secreta la mitad de la conversacion de Lucrecia y Francesco, apenas aquella dejó el retrete, se apartó de su acechadero, bajó rápidamente al jardin, adelantó, silbó ligeramente, y al llegar al postigo le encontró abierto.

Pasó, y descendió casi á la carrera por el declive de la colina en que estaba situado el palacio Borgia.

Al llegar á la mitad del camino de la puerta del Pópolo, se detuvo y echó á un lado.

Habia oido pasos.

Poco despues pasaron junto á él dos hombres sin verle, á causa de la oscuridad.

El que se habia detenido siguió su camino, llegó á la puerta del Pópolo, y llamó á su postigo, pronunciando la seña Santa María la Nova.

El incógnito pasó, y se cerró el postigo.

En aquel momento el reloj del Vaticano dió gravemente las doce de la noche.

CAPÍTULO III.

De cómo el Gran Capitan empezó una noche de aventuras cuando y con quien menos lo esperaba.

I.

Cuando Lucrecia entró de nuevo en el retrete, encontró en él á un caballero que al parecer representaba treinta y cinco años.

Este caballero era Gonzalo Fernandez de Córdova.

Iba, segun su costumbre, rica y galanamente vestido, perfumado el cabello, y ostentando sobre sus galas ricas alhajas y las insignias de la Rosa de Oro que le habia concedido el Papa.

Lucrecia se detuvo al ver al Gran Capitan, y éste se inclinó profundamente al ver á Lucrecia.

El sombrero de ésta aumentaba su hermosura, ensombreciendo parte de su semblante, y haciendo resaltar mas la blancura del resto.

II.

—Dispénseme vuestra señoría, —dijo Lucrecia, —si me he atrevido á llamarle.

—Si de señoría me tratais, —respondió cortesmente el Gran Capitan, —no sabré qué tratamiento daros, señora: si majestad, alteza ó excelencia.

—Acometedor sois, señor Gonzalo de Córdova, —contestó Lucrecia: —ni majestad ni alteza, porque no soy reina; ni excelencia, porque de vos á mí, si existe alguna distancia, es la gran nombradía del vencedor de Granada.

—Existen entre nosotros muchas distancias, señora,—contestó Gonzalo de Córdova.

Lucrecia palideció; pero no se borró de sus lábios la afable sonrisa, ni de sus ojos la espresion benévola.

—No reconozco distancia alguna entre nosotros: los Borjas de Aragon y los Fernandez de Córdova remontan su nobleza á una misma altura: á los primeros tiempos de la reconquista. Pero dispensadme, señor Gonzalo de Córdova; un asunto gravísimo me obliga á ir al Trastévere; ya lo veis; me habeis encontrado con manto y sombrero.

III.

Llegó su vez de palidecer á Gonzalo.

Creyó que Lucrecia se burlaba de él; aunque no comprendia qué objeto podia tener aquella burla.

Sin embargo, la afabilidad del semblante del Gran Capitan no se habia alterado.

Lucrecia se apresuró á añadir:

—Tan de igual á igual os trato; tan vuestra amiga soy, y tan mi amigo os creo, que os suplico seais mi caballero: ¿qué mejor espada podria ampararme en un asunto que es harto peligroso?

Gonzalo no podia ya retroceder; se habia hecho un llamamiento á su valor.

—Soy vuestro, señora, —dijo.

—Francesco, —dijo Lucrecia dirigiéndose á su mayordomo, que estaba respetuosamente á la puerta del retrete, —precedednos; que el batel esté dispuesto para cuando lleguemos.

Francesco, que tenia puesto su manto pardo, y en la mano el birrete, se inclinó profundamente y salió.

IV.

Lucrecia y Gonzalo salieron: ella delante, y él inmediatamente detrás.

La puerta era demasiado estrecha, y demasiado ancho el rico traje de Lucrecia, y no podian salir juntos.

En la antecámara Lucrecia se detuvo, se envolvió en su manto, sacó bajo él su brazo izquierdo y dijo al Gran Capitan:

—Cubríos y rebozáos, señor Gonzalo de Córdova; estamos ya en marcha: hacedme la merced de vuestro brazo.

Gonzalo se puso su birrete, que era de brocado de oro con joyel de

diamantes y recamado de perlas, se embozó en su manto, y dió el brazo derecho á Lucrecia.

V.

Adelantaron hácia la gran puerta de la antecámara.

Mas allá de ella, doce pajes ricamente vestidos, seis á cada lado, alumbraban con hachas de cera.

Cuando Lucrecia y Gonzalo estuvieron en medio de ellos, los doce pajes marcharon por una ancha galería greco-romana, pavimentada de alabastro blanco, hácia unas magníficas escaleras.

Así continuaron hasta la puerta principal del palacio, que tenian abierta algunos criados.

Allí, á una señal de Lucrecia, se detuvieron los pajes, y ella y Gonzalo bajaron el peristilo del pórtico, entraron en el jardin y adelantaron entre la oscuridad.

Se oian los pasos de un hombre que iba delante, y á poco se oyeron los de algunos otros hombres que iban detrás.

VI.

—Antes de salir, amigo mio, es necesario que yo recoja la llave de una casa encantada, que han dejado para mí al pié de una de las estátuas del jardin: estamos en plena aventura, y me temo un grave peligro.

—Dios y Santa María con nosotros, —dijo tranquilamente el Gran Capitan, —y sea el peligro el que fuere.

Lucrecia se detuvo.

Estaba junto á una magnífica estátua antigua de Céres, de la cual Gonzalo, á causa de la oscuridad, solo pudo ver la masa.

Lucrecia tomó de sobre el plinto de la estátua una llave que encontró al tacto.

Era demasiado grande.

—¡Oh! —dijo: —¿me haceis el favor de guardar todo este hierro, señor Gonzalo?

Tomó la llave el noble andaluz, y la guardó en su escarcela.

—Continuemos, —dijo Lucrecia.

Y se pusieron de nuevo en marcha.

Volvieron á resonar delante los pasos de un hombre.

Detrás los de algunos otros.

Al fin se abrió un postigo y empezaron á descender.

Los pasos á vanguardia y retaguardia de Lucrecia y de Gonzalo continuaban, aunque á mayor distancia.

VII.

—Señor Gonzalo,—dijo Lucrecia,—estamos ya en campaña; la oscuridad nos proteje; necesitamos caminar deprisa; andad cuanto podais; yo no me fatigo, soy fuerte; al frente tenemos la puerta Pinciana; pero si yo entrase en Roma por ese lado, me espondria á ser vista, y tal vez detenida por los buenos soldados de nuestro amigo Orsini: dejaremos, pues, á la izquierda la puerta Pinciana, rodearemos el monte Pincio, dejaremos tambien á nuestra izquierda la puerta del Pópolo, y por el pié de los muros llegaremos al Tíber, donde nos espera un batel.

Gonzalo callaba.

—De estraño modo nos conocemos,—dijo Lucrecia, caminando harto deprisa, y sin pesar casi sobre el brazo de Gonzalo:—cuando vos habeis venido á Roma, yo estaba retirada en el convento de San Sixto: allí se me cree en este momento: he salido secretamente de él solo por tener una entrevista con vos: figuráos que no nos encontramos marchando juntos en medio de una noche oscurísima por estas vertientes en direccion al Tíber, sino que estamos en mi palacio: una grave noticia, como ya os he dicho, me ha obligado á salir cuando llegábais vos. La vida de mi hermano el duque de Gandía está amenazada.

—Su Santidad favorece mucho al señor Giovanni Borgia,—dijo el Gran Capitan;—pero observo, señora,—añadió, como buscando un pretesto para apartar la conversacion del punto á que queria llevarla Lucrecia,—que habeis dejado de hablarme en italiano, y me hablais en buena lengua castellana.

—¿Ignorais que soy vuestra compatriota; que he nacido en Valencia; que he pasado allí mi primera juventud, hasta el dia en que, niña aun, me casaron con don Alfonso de Borja?

—Que os dejó viuda apenas fué exaltado al sólio de San Pedro nuestro santísimo padre Alejandro VI.

—Me fué muy dolorosa aquella muerte,—dijo Lucrecia.

—Debió séroslo: don Alfonso murió de una manera miserable: un traidor desconocido le atravesó de parte á parte con un venablo desde un jaral: la mano que armó la del asesino permanece envuelta en el misterio.

—Sí,—dijo Lucrecia;—en vano han sido todos los esfuerzos que se han hecho para descubrir al autor de aquel crímen.

—¡Maldiga Dios al asesino!—dijo Gonzalo de Córdova, y observó.

Pero ni el mas ligero temblor le dejó sentir el brazo de Lucrecia, que dijo con la voz serena:

—¡Maldígale Dios!

VIII.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué decís de las pretensiones del rey de Francia y de su estancia entre nosotros?—dijo al fin Lucrecia.

—Que el rey de Francia se irá como ha venido, con sus pares, con sus gendarmes, con sus peones, con su artillería; que el Papa no arrancará la investidura de Nápoles de la casa de Aragon; que si el rey de Francia se obstina, le escarmentaremos, y que si la segunda rama de Aragon se extingue, y es necesario, yo conquistaré el reino de Nápoles para mis señores los altos y poderosos Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel.

—Me asombrais, señor duque de Sessa,—dijo Lucrecia, apoyándose algo mas en el brazo del Gran Capitan:—contais con tal seguridad con la victoria, que no parece sino que la llevais en vuestra escarcela.

—Cuento, señora, con la ayuda de Dios, con mi corazon, con el buen derecho de los reyes mis señores y con las lanzas de mis buenos soldados viejos de Granada: si yo hubiera andado por aquí hace algunos años, el rey Cárlos VIII no hubiera pasado triunfante el Monferrato, ni burládose de los florentinos; no hubiera revuelto la Romanía, ni se hubiera metido en Roma, obligando al Santo Padre á encerrarse en el castillo de Sant Angelo: quiere la investidura del reino de Nápoles; bien: por ahora se irá; casareis vos, segun está convenido, con el bastardo del rey de Nápoles, se estrecharán por este medio los vínculos que unen á la casa de Aragon con el Papa, y si Cárlos VIII se obstina, le arrojaremos á lanzadas de Italia.

—¿Y los Orsini? Agitan los Estados romanos.

—Los Orsini alegan títulos de enemistad particular entre ellos y la casa de Borgia.

—Sí,—exclamó Lucrecia:—un dia, Paolo Orsini, hijo bastardo de Virginio Orsini, se atrevió á injuriarme: me prodigó dentro del mismo Vaticano groseras injurias, y al amanecer del dia siguiente le encontraron muerto á puñaladas en el Coliseo.

—Aquella muerte se ha atribuido á vuestro hermano César Borgia, y por causa vuestra.

—Atribúyase á los desórdenes de aquel jóven licencioso: estaba rodeado de enemigos que se habia creado por sus malas costumbres y por sus infamias: alguno de ellos aprovechó la ocasion de haberme injuriado

gravemente Paolo Orsini para asesinarle, contando sin duda con que las sospechas caerian sobre nosotros: Paolo tenia una querida junto al Coliseo: se nos calumnia, se nos envidia: cuando muere en Roma, ó cerca del lugar donde estamos alguno de nosotros, una persona ilustre á mano airada ó por enfermedad desconocida, se habla del veneno ó del puñal de los Borgias; de lo que no existe: ¿no vive Cárlos Orsini?

—Virginio, su padre, murió en batalla: se dice que no fué una lanza enemiga la que le mató, sino una de sus lanzas enmedio de la confusion de la derrota: hay quien afirma que el soldado que le hirió de través, y que habia tomado poco antes bandera en su ejército, era un antiguo servidor de vuestro hermano César; un antiguo condotiero, un tal Michelotto.

—¡Calumnias y siempre calumnias!—exclamó tristemente Lucrecia. —Sin embargo, Cárlos Orsini amenaza al Vaticano, infesta de bandidos la campiña, escita á la rebeldía á esos reyezuelos que de antiguo y por sí mismos usurparon los Estados de la Iglesia, llamándose de propia autoridad sus vicarios, y ni el Santo Padre ha excomulgado á los Orsini, ni el veneno ni el puñal de los Borgias ha alcanzado á Cárlos: ¿puede pedirse mas mansedumbre? Se apuran los medios de conciliacion; se me sacrifica en aras del bien comun sin que yo me queje: amaba, amo aun á mi segundo marido, Juan Sforza, señor de Pésaro.

—Uno de esos reyezuelos vicarios de la Iglesia, —observó Gonzalo.

—Sí: hubo un dia en que, como una prenda de conciliacion, el Santo Padre me unió á Juan Sforza. En cuatro años, y porque sin duda así lo ha querido Dios, no hemos tenido hijos.

—Razon bastante para la disolucion del matrimonio, tratándose de una princesa tal como vos, que tanta influencia tiene en las cosas públicas de Italia, y por lo mismo en las del mundo.

—De lo que resulta mi sacrificio: se me separa de Juan Sforza, y se me obliga á unirme con un jóven á quien no conozco mas que por su retrato, y que, os lo aseguro, me repugna; me resigno, sin embargo, como hija obediente de la iglesia: hé aquí á esa terrible Lucrecia Borgia, á esa envenenadora, á ese mónstruo.

—Los que nacen en una altura envidiable y en tiempos calamitosos, en tiempos en que todo se trastorna, como si lo viejo estuviese herido de muerte, y vigoroso y jóven lo nuevo, están sujetos al mal juicio de la gente comun y de poco entendimiento, que por desgracia es mucha, y á todo se atreve con su lengua maldiciente; sin embargo, siempre hay una causa para que se levante irritada contra una familia la voz del pueblo: la ambicion de vuestros hermanos es insaciable, señora: todo el mundo conoce el mote de vuestro hermano César: *au César, au nihil:* es decir,

á todo trance el imperio. En cuanto á vuestro hermano Giovanni, no se ha satisfecho con el título de duque de Gandía que los Reyes Católicos, mis señores, le han dado por intercesion del Soberano Pontífice, ni con la investidura y los estados del ducado de Benavente, que así mismo le han otorgado los señores Reyes Católicos, ni con las insignias de generalísimo de la iglesia con que le ha investido el Papa: quiere aun mas: como vuestro hermano César necesita ser rey, los dos no caben juntos en la tierra: y ved, señora, vos correis á lo largo de los muros de Roma acompañada y servida por mí para salvar del puñal, segun me habeis dicho, á vuestro hermano el duque de Gandía. Todo esto es horrible: todo esto parece causado por una maldicion del Señor.

—¡Ah! ¡cuando hablais de ese modo, cuando encontrais horrible esto, suponeis sin duda que mi hermano César atenta á la vida de su hermano!

—No lo supongo, me anticipo á la suposicion de todo el mundo, sino podemos evitar, por desgracia, que el duque de Gandía sea asesinado, si es que no lo ha sido ya.

—¡Oh! ¡callad, callad! ¡esa seria una horrible desgracia de que no me consolaria nunca!—dijo verdaderamente conmovida Lucrecia:—marchemos mas deprisa: vuestras últimas palabras me han dado pavor.

—Dicen que amais estremadamente al duque de Gandía.

—Es mi hermano, mi buen hermano, mi pariente mas querido: vos le conoceis: es bravo, generoso, bello, magnífico: tiene un gran corazon: dicen que hoy iba deslumbrante, maravilloso.

—Con las piedras y las perlas que llevaba sobre sí, señora, habria lo bastante para levantar un formidable ejército y mantenerle durante una campaña.

—Vos tambien, señor duque de Sessa, llevábais sobre vos un tesoro: montábais un magnífico corcel paramentado de tela de oro, segun me han dicho: íbais á la derecha del Papa, asombrando á todo el mundo con vuestra ostentacion y con las galas de vuestros alabarderos, que afirman llevaban las lenguas de las alabardas de plata.

—Eso, señora, no ha sido mas que la representacion necesaria de los magníficos Reyes Católicos, mis señores: todas esas joyas, todas esas preseas, todo ese oro, toda esa plata, se convertirán en pan y pólvora para mis buenos soldados si un dia es necesario.

—Ahora no os ve nadie; nadie mas que yo esperábais os viese esta noche, y sin embargo, se me os habeis presentado galan, cubierto de joyas, arrojando de vos un delicado olor á perfumes, como si fuérais una dama: vos, el leon castellano.

—Lo galano, lo rico y los buenos olores, señora, no están reñidos

ni con lo varonil, ni con lo noble, ni con lo bravo: aun en los dias de batalla, si tengo lugar, me aliño: me gusta combatir entre los primeros, señalado con vistosas galas y enriquecido con preseas de gran valor para llamar sobre mí las lanzas enemigas: soy andaluz, señora, y hay que perdonarme esto.

—Sois admirable, —dijo Lucrecia, apoyándose ya con indolencia en el brazo del Gran Capitan.

Habia apartado con una verdadera habilidad de mujer la conversacion del terreno del crímen, y la habia llevado al del galanteo.

Gonzalo de Córdova se mantenia impasible.

Y se apoyaba en su brazo un brazo tentador; sentia tentadoras formas; la voz de Lucrecia se habia hecho dulce, insinuante, fascinadora.

Una de dos: ó Lucrecia repugnaba fuertemente como sér moral á Gonzalo de Córdova, ó la buena, noble y hermosa doña María Manrique, su mujer, no le habia dejado libre para ninguna otra, ni la mas pequeña parte de su corazon ni de sus sentidos.

IX.

—Siento la humedad del rio, —dijo Gonzalo de Córdova.

—Sí, —contestó Lucrecia:—estamos cerca del batel que nos espera.

Un momento despues, entraban en la magnífica litera de una larga góndola á la veneciana, Lucrecia y Gonzalo de Córdova.

El batel se puso al momento en marcha, ganando el oscuro centro del Tíber.

CAPITULO IV.

En que crecen las tentaciones para el Gran Capitan.

I.

Habia cesado la oscuridad, pero dentro solo de la litera.

Visto el batel por la parte esterior, estaba completamente oscuro.

Inmediatamente que los remeros le impulsaron, otro batel largo, estrecho, fuerte, que oculto en la sombra no habia podido ser visto por Lucrecia ni por el Gran Capitan, siguió al batel en que iban estos.

Por tierra, seis hombres, á buen paso, se deslizaron por la orilla derecha del Tíber, al pié de las murallas, en direccion al puente de Sant Ángelo.

Muy detrás de ellos, é independiente, é ignorado de ellos, sin duda, iba otro hombre.

Los dos bateles, aunque iban bien tripulados, avanzaban con alguna lentitud.

II.

El primero, en el que iban Lucrecia y Gonzalo de Córdova, dejaba oir el chasquido de sus remos al batir el agua.

El segundo, que iba á la distancia media de un tiro de arcabuz del primero, bogaba silenciosamente.

A ser de dia, se hubieran visto á la derecha, esto es, á la izquierda del Tíber, los collados cubiertos de ricos viñedos, y en ellos, acá y allá, bellas casas de campo: al frente, los muros de los jardines del palacio pontificio; la iglesia de San Pedro, que aun no ostentaba su gigantesca cúpula, símbolo del genio audaz de Miguel Angelo, el castillo de Sant An-

gelo, con su mausoleo de Adriano, uniéndose por el puente de su nombre á los muros, por la derecha del rio: sobre estos muros el monte Quirinal y el monte Pinciano con su corona de monumentos.

Pero era la noche muy oscura, y nada de esto se veia.

III.

El interior de la litera del batel que conducia á Lucrecia y á Gonzalo de Córdova, era magnífico: parecia destinado á misteriosas citas de amor.

Estaba forrado de terciopelo blanco, salpicado de abejas doradas; se cerraba por un tupido tapiz; tenia al fondo un ancho asiento, á manera de lecho, de blandos almohadones, tambien de terciopelo blanco; y sobre su puerta una linterna circular, con cristal encarnado, teñia el terciopelo blanco con una tinta de color de rosa; á los piés del ancho asiento, servia de alfombra una piel de tigre.

Un pebetero de plata perfumaba aquel pequeño espacio.

Aquella litera era la representacion de la molicie, de la corrupcion que por aquellos tiempos degradaba á Italia, contra la cual tronaban todos los hombres severos, y que servia de pretesto á reformistas tales como el terrible dominico Savonarola.

Entonces el libertinaje era en Italia una costumbre.

Por lo tanto, la generalidad no protestaba de él, ni de él se defendia.

Con mucha frecuencia la corrupcion y el libertinaje eran usados por la política.

La hermosura de las mujeres de Estado servia tanto para los negocios públicos como su ingenio.

Se admitia el terrible principio consignado por Nicolás Maquiavelo en su libro del príncipe: *El fin justifica los medios*.

Lucrecia era, como Catalina de Médicis lo fué mas adelante, una de aquellas terribles mujeres de Estado, que usaban como de un arma invencible de los atractivos de su hermosura, y de su arte consumado para la seduccion.

IV.

Al entrar en la litera, Lucrecia se quitó el manto y el sombrero, y se reclinó indolentemente en los almohadones, quedando en una actitud fuertemente voluptuosa, pero digna.

Gonzalo de Córdova se sentó á alguna distancia de ella, y permaneció erguido y descubierto, llenando á un tiempo lo que exigen la galantería y el respeto á un caballero ante una alta dama.

Gonzalo de Córdova que era hermoso, á pesar de lo avanzado de su

edad; pero con una hermosura severa, con una hermosura de héroe, aparecia mas hermoso por el esmero con que estaba peinado, afeitado y engalanado.

Habia echado tambien atrás su manto, y habia quedado descubierto su sayo de brocado rojo en oro con piedras en los centros de sus flores.

Pero la manga del camisote de malla que salia bajo la manga perdida de su sayo, formaba un contraste rudo con lo resplandeciente de sus galas.

V.

Lucrecia infiltraba en Gonzalo de Córdova la indolente y lánguida mirada de sus grandes y hermosos ojos, adormidos bajo la sombra de sus largas y espesas pestañas.

Aquellos ojos lanzaban de sí una especie de resplandor voluptuoso.

Su nariz, como su garganta, como su seno, se alzaban y se deprimian; latian, por decirlo así, á impulsos de una leve respiracion ardorosa que emanaba de su boca entreabierta, en la que vagaba una sonrisa tentadora.

Lucrecia estaba reclinada sobre los almohadones, y apoyaba su hermosísima cabeza en su mano derecha; la izquierda estaba lánguidamente abandonada sobre su ancha falda, cerca de la mano derecha de Gonzalo, que se apoyaba cerrada en los almohadones.

VI.

Gonzalo de Córdova contemplaba con una especie de asombro, pero sin conmocion, la grande hermosura de Lucrecia.

—¿Combate conmigo esta mujer, ó pretende enamorarme?—dijo para sí Gonzalo, que era un tanto presuntuoso, absorbiendo sin miedo la mirada de Lucrecia, en que habia tanto de ataque como de seduccion y de complacencia, ó por mejor decir, todo esto á la vez. ¿Tengo delante á la reina de Roma que despliega contra mí todas sus fuerzas en batalla, ó solamente una mujer acostumbrada á aventuras de amor? Afirmémonos en los estribos, y lanza en ristre. Veamos.

—¿Teneis miedo?—dijo Lucrecia como si hubiese leido el pensamiento del Gran Capitan y con voz dulce, sonora, incitante y tentadoramente trémula.

Parecia que habia suspirado mas bien que pronunciado aquellas dos palabras.

—El miedo, señora,—contestó cortesmente el Gran Capitan,—es

para mí como los duendes y como los fantasmas; creo en ellos porque hablan de su existencia personas muy respetables; pero como al miedo, no los he visto nunca: no conozco ni al uno ni á los otros.

—¿Y esto?—dijo Lucrecia apoyando su pequeño dedo índice de la mano izquierda en la fuerte y áspera malla que cubria el brazo del Gran Capitan:—os ha llamado una dama, y habeis acudido con una rigurosa exactitud, por la que os doy las gracias; pero forrado de acero.

—La prudencia, señora, es una virtud,—contestó Gonzalo,—al paso que el miedo es una debilidad vergonzosa, y sobre todo en un caballero.

—¡Ah! habeis recelado, habeis temido una traicion de la mala Lucrecia Borgia.

—No: yo no recelo jamás de quien me llama, y mucho menos de vos, señora; pero los bandidos de Orsini infestan la campiña; vuestro palacio está fuera de los muros; los asesinatos, sobre todo, de personas que valen algo en el mundo, son cosa comun en Roma: la muerte no me espanta, señora: perdonadme que os diga, y no lo tomeis á jactancia, que la muerte y yo nos hemos visto muchas veces el rostro; nos conocemos, somos amigos; no puede espantarme, la llevo siempre á mi lado; pero me espanta, ó mejor dicho, me enfurece, el solo pensamiento de morir á oscuras, solo, sin que mi muerte aproveche mas que al crímen, bajo el infame puñal de un asesino: vuestra casa está rodeada de ellos, contra vuestra voluntad sin duda: no; yo no he recelado de vos, señora; por el contrario, sentia mucho estuviéseis retirada en un monasterio llorando vuestro divorcio del señor de Pésaro, porque ansiaba conoceros.

—¿A quién ansiábais conocer, amigo mio? ¿á la reina de Roma ó á Lucrecia simplemente?

—A las dos, señora.

—¿Para qué á la reina de Roma? ¿Para qué á la mujer?

—Se dice que os tiene en tanta estima Su Santidad, que en todo lo que concierne á su poder temporal os consulta: que la amistad de nuestro Santísimo Padre, ó su enojo con las casas reales de Europa, pende de vos, que haceis la paz ó la guerra.

—¡Calumnias! Yo no soy mas que una pobre mujer á quien se atribuye, por desgracia suya, un poder que ni tiene ni quiere.

—Entonces, señora, ¿por qué murió de mala muerte vuestro primer marido?

—Preguntádselo á Dios,—respondió con una enérgica y activa dignidad Lucrecia, alzando severamente su cabeza sobre la mano en que la tenia reclinada, y poniéndose densamente pálida:—no me ofendais, señor

duque de Sessa; no os he dado motivo para ello; no os he hecho mal alguno.

—No me acuseis en cambio, señora, de una falta que ni aun he pensado en cometer; soy franco y leal, y pienso hablaros con grande lealtal, con grande franqueza: yo no os acuso de aquel crímen infame; conozco la mano que le cometió; la he visto entre las tinieblas.

—¡César!—murmuró Lucrecia, como hablando consigo misma.

—Sí, César Borgia, vuestro hermano; que bien lo sabeis, señora, no estará separado en este momento de nosotros mas que la distancia de este barco á la orilla, ó á otro barco.

—Es posible,—dijo Lucrecia.

—¿Qué movió á César Borgia á matar á vuestro primer marido? no, no me contesteis, os lo suplico, lo sé: ¿qué le mueve á tender asechanzas á su hermano el duque de Gandía, á quien en este momento os apresurais á socorrer noblemente? su ambicion; su sed irresistible de ceñir á su cabeza la corona de Italia.

—Es verdad,—murmuró Lucrecia.

—¿Y para qué habia de apoyarse en vos, como en un poder invencible, vuestro hermano César, si vos, á causa del amor que os profesa Su Santidad, no fuéseis en lo temporal la reina de Roma? Es verdad, señora, que valeis mucho. ¿Sabeis lo que me dijo el rey, mi señor, don Fernando V, cuando me envió á Nápoles para que me pusiera entre la casa de Aragon y la casa de Francia?—No trateis con el rey de Roma en lo de la investidura del reino de Nápoles; tratad con la reina de Roma.

—¿Y quién es la reina de Roma, señor? pregunté.

—Ya os lo dirán allá,—me respondió el rey, mi señor.—¿Sabeis lo que me dijo hace pocos dias en Florencia Nicolás Maquiavelo?

—Cree saber tanto el buen florentino,—respondió Lucrecia,—que confiado en su saber, se engaña con mucha frecuencia: á estos sabios se les engaña como á los niños prometiéndoles aquello que desean, y que no ha de dárseles. ¿Qué os dijo de mí el buen Maquiavelo?

—Hé aquí lo que me dijo:—Trabajo os mando, señor Gonzalo de Córdova: Italia está en la cabeza y en la mano de una mujer; de una mujer tan grande por el lugar que ocupa, como por su talento y por su hermosura: no vais á combatir con un ejército; no vais á encontraros frente á Alejandro VI, frente á Cárlos VIII, frente á los soberanos de los pequeños Estados de Italia, frente á Maquiavelo, no: vais á encontraros frente á Lucrecia Borgia: Dios os ayude.

—Nicolás Maquiavelo está loco,—dijo Lucrecia:—jóven aun, adolece de los temores pueriles de los viejos. ¿Y quién mas os ha hablado de mí?

—El rey de Francia me decia ayer:—Señor caballero; si yo no hubiera encontrado delante de mí mas que las lanzas de Nápoles, los ciudadanos de la señoría de Florencia y los suizos del Santo Padre, seria rey de Italia; pero mi brava gendarmería ha perdido los arzones al chocar con el brial de una mujer: ella os ha traido, y el juego se hace tablas; la partida está aplazada; veremos.

—Cárlos VIII es un chicuelo voluntarioso; un pobre rey,—dijo con desden Lucrecia.—¿Con quién se ha atrevido? Con la Italia dividida, revuelta por pequeñas ambiciones, inflamada por los reformistas, agitada por Maquiavelo, debilitada, corrompida; pero habeis venido vos, espada invencible de los dos mas poderosos monarcas del mundo, y el rey de Francia receja, esquiva el combate, se siente débil, aplaza el duelo.

—Le venceremos mañana, como le hubiéramos vencido hoy: el reino de Nápoles no saldrá de la casa de Aragon mientras yo pueda desnudar la espada: yo os lo juro, señora, por Dios, por Santa María, por mi honor: y cuando yo caiga, ahí está mi señor el rey don Fernando, tan buen capitan como el primero; y sin él, un sinnúmero de buenos capitanes castellanos.

—Entre tanto, vuestro poderoso rey me sacrificaria,—dijo Lucrecia, poniendo su pequeña y ardiente mano sobre la fuerte mano de Gonzalo, que se estremeció al contacto:—él, para asegurar la buena voluntad del Papa para con la casa de Aragon y por el reino de Nápoles, ha exigido mi casamiento con el bastardo Alfonso, ha causado mi divorcio de Juan Sforzia: y yo, la reina de Roma, la poderosa, la incontrastable, me he visto obligada á ceder. ¡Ah! ya veis que Maquiavelo se engaña; que se engaña el rey de Francia; que se engaña vuestro rey; que os engañais vos; que se engaña todo el mundo: la temible, la horrible, la infame Lucrecia Borgia, la envenenadora de entrañas de tigre, la Mesalina sin pudor, es una víctima abandonada, sin amparo, sin tener á quién volver los ojos, dominada, aterrada, deshonrada.

Y Lucrecia estrechaba con fuerza la mano de Gonzalo de Córdova, y hablaba con una vehemencia infinita, y envolvia en una mirada de fuego la mirada del Gran Capitan, inclinada hácia él, trémulas las mejillas, trémulos los lábios, palpitante el seno, irresistible, magnífica.

VII.

En aquel momento la barca se detuvo y permaneció inmóvil.

—¡Ah! ¿qué es esto?—dijo Lucrecia rehaciéndose;—no hemos llegado á la ribera; el batel no ha chocado en tierra; ¿qué sucede?

Y lanzándose al tapiz que cubria la puerta, le abrió.

—¡Francesco!—dijo.

VIII.

Apareció en la puerta de la litera Francesco Buotti, pálido y sombrío, y fijó una mirada rápida, pero terrible, en el Gran Capitan.

—¿Por qué nos detenemos?—dijo Lucrecia.

—Delante de nosotros, señora, han arrojado de una barca un cadáver al rio.

CAPITULO V.

Un monge que á primera vista parece un demonio.

I.

Retrocedamos.

Á las diez de aquella misma noche llegó al postigo de una gran casa, cuya parte principal correspondia á la plaza de España, un hombre embozado.

Aquel hombre habia dejado, en una oscura encrucijada cercana, una litera conducida por dos hombres, y otros cuatro que debian escoltar sin duda la litera.

Apenas hubo llegado el hombre al postigo, tocó á él con el pomo de su puñal.

Y apenas sonó este llamamiento, el postigo se abrió, salió una mujer revuelta en un manto, y cubierta por un sombrero la cabeza y por un antifaz el rostro, volvió á cerrar y dijo con voz temblorosa al hombre que habia llamado:

—¿Dónde está vuestro señor, Domínico?

—En el sitio de costumbre, señora,—contestó el embozado.

—¿Por qué ha salido esta noche? ¿no has reconocido en el cadáver del asesinado de esta tarde al pobre Pietro?

—Pietro era demasiado imprudente, demasiado provocador,—contestó Domínico;—Roma está infestada por los bandidos de Orsini, mala gente á quien nadie pone en temor.

—Y por los esbirros de César Borgia,—dijo la dama;—he sorprendido dos veces la mirada horrible de César, envidiosa y cruel, fija en el duque de Gandía durante la procesion: no ha debido salir esta noche vues-

tro señor de su casa; lo temo todo: ¿le habeis dejado en seguridad en la Longaretta?

—Sí, sí, señora; nada tenemos que temer: si hubieran querido asesinar al duque, harto espacio hemos estado á la puerta de la casa de Pietro, que sabíamos no podia abrirnos, hasta que hemos logrado forzar la cerradura, que por fortuna era vieja, con nuestros puñales.

—Quiera Dios que todo sea recelo de mi amor,—dijo la dama;—vamos, vamos al momento, Domínico.

Y se dirigió en paso rápido á la encrucijada donde estaba la litera, en la cual entró la dama.

Inmediatamente la litera se puso en marcha, atravesando las solitarias calles de Roma hácia el puente de San Sixto, y dando un rodeo para evitar el encuentro de los soldados de Orsini, que se alojaban por aquella parte.

El trayecto era largo, y tardaron al menos una hora en llegar al puente de San Sixto.

Domínico y otros cuatro hombres escoltaban, espada en mano, la litera.

Atravesó ésta el puente, torció por las estrechas callejas de la ribera y entró en la calle de la Longaretta.

Al llegar á la esquina de ésta con la de San Galicano, la litera pasó por delante del pórtico de un edificio antiguo de piedra, del gusto greco-romano, sobre cuyo ángulo se alzaba una torrecilla sombría.

Aquella torrecilla se llamaba la de los Tres Ahorcados.

Bajo esta torrecilla, en el muro, junto á la esquina, habia un nicho de piedra cerrado por una reja, tras la cual se veia pintado en tabla un denegrido Ecce-Homo, sobre el cual arrojaba una luz turbia una lámpara encerrada en un farol de hierro.

II.

Á la escasa luz de esta lámpara se vió que la dama, que habia salido de la litera para entrar en una pequeña casa pegada á la casa de piedra, era alta, esbelta, gentil.

Los cinco hombres que escoltaban la litera y los dos que hasta allí la habian conducido, olian fuertemente á *bravos*, esto es, á asesinos á sueldo.

La dama entró en la casa.

Los bravos y la litera entraron tambien.

Domínico se quedó fuera, pegado á la puerta, silencioso y apoyado en la espada.

III.

Poco despues apareció en la esquina de la casa de piedra, como viniendo de la calle de San Galicano, una figura alta, severa, blanca y negra.

Aquella figura era un fraile.

Llevaba los hábitos y el manto blancos, y el capuz, prolongado hasta cubrir los hombros, negro.

Estaba completamente encubierto.

Permaneció inmóvil á la luz turbia de la lámpara.

Aquella figura era completamente fantástica.

IV.

Al cabo de algunos segundos despues de su aparicion, adelantó, cruzó por delante del nicho del Ecce-Homo, siguió, pasó junto á Domínico y continuó.

Domínico siguió inmediatamente tras él, como si aquella que parecia fantasma le hubiese arrastrado consigo.

Así continuaron, el fraile delante y el bravo detrás, hasta que llegaron á una travesía, por la cual entraron en la calle de la Longara, y siguieron hasta el pórtico de la iglesia de Regina Cœli.

Allí se detuvo el fraile.

Á dos pasos de él quedó inmóvil Domínico, con la gorra en la mano y la cabeza inclinada en señal de respeto.

La otra mano se apoyaba en su larga espada desnuda, cuya punta descansaba sobre el pavimento de mármol del pórtico de la iglesia.

V.

El fraile estaba sobre las tres gradas del pórtico tocando á la puerta.

Domínico al pié de las tres gradas.

Una lámpara que ardia delante de una Santa Madonna, en el lado izquierdo del pórtico, sobre un arca destinada á recibir los expósitos, iluminaba la puerta y su marco de severas líneas greco-romanas, la figura del fraile y la de Domínico: el escaso reflejo de la lámpara no llegaba mas allá.

Todo lo demás estaba envuelto en la sombra.

Advirtamos de paso que en Roma abundaban y abundan las imágenes de vírgenes y santos puestos en un nicho en la calle, y alumbradas por una lámpara.

LUCRECIA BORGIA.

LAMINA 2.ª —¿Juras, —continuó el fraile, —perseverar en tu obediencia....

Entonces éste era el único é irregular alumbrado nocturno de Roma.

VI.

—Sube y arrodíllate,—dijo el fraile con voz seca, vibrante y severa.

Domínico subió las gradas y se arrodilló, no delante del fraile, sino delante de la puerta de la iglesia.

—¿Juras,—continuó el fraile,—perseverar en tu obediencia al maestro en servicio de Dios y de su santa Iglesia?

—Lo juro,—contestó con voz firme Domínico.

—Que la Santísima Trinidad esté contigo, si cumples tu juramento; y si no, que tu alma sea con Satanás.

—Amen,—dijo Domínico.

—Levántate,—dijo el fraile.

Domínico se levantó, y el fraile, bajando las tres gradas del pórtico, volvió á tomar, seguido de Domínico, el mismo camino que habian traido.

Al llegar á la travesía por la cual se pasaba de la calle de la Longara á la de la Longaretta, travesía formada por las tapias de los jardines de dos grandes edificios, y completamente envuelta en la oscuridad, el fraile se detuvo, y Domínico, que le seguia, se detuvo tambien, siempre con la cabeza descubierta é inclinada, en muestra de respeto.

—¿Sabe alguien que yo estoy en Roma?—preguntó el monje.

—Nadie, respetable maestro,—contestó Domínico:—mi amo, que tiene en mí gran confianza, nada me ha dicho: nada saben tampoco, ni Michelotto ni los esbirros de César Borgia. Cárlos Orsini lo ignora completamente.

—La ambicion y la impureza los ciegan,—dijo el monje.—Dios lo quiere, Dios pone una venda sobre los ojos de los réprobos á quienes sentencia. El hereje, el escomulgado, está en el corazon de Roma; se acerca al Vaticano, y el Vaticano bamboleará cuando él le toque, porque la mano de Dios le guia.

Despues de algunos instantes de silencio, el monje continuó:

—¿Qué noticias hay, Domínico?

—Buenas y malas.

—Veamos.

—Las noticias buenas son que los Borgias se despedazan: esta tarde ha sido muerto, por uno de los esbirros de César, Pietro Basti.

—¡Ah! ¿tiene alguna relacion esa muerte con Giovanni Borgia?

—Sí señor: Pietro iba á avisarle de que se guardase, de que habia para él peligro: poco antes de que Pietro Basti fuese muerto, me habia hablado, á fin de que yo avisase tambien á mi amo si él no podia avi-

sarle: se temia el peligro de un momento á otro. El Corso, la plaza del Popolo, la de la Colonne, y todas las calles inmediatas estaban llenas de máscaras. Los esbirros de César Borgia estaban confundidos entre ellas: un alboroto podia romper la procesion papal, aislar al duque de Gandía, ponerle al alcance de un puñal. Pietro habia oido á dos bravos estas palabras: —Si no hay confusion, si no se puede ahora, luego en Rione, ó junto al palacio Farnesio: estar prevenidos.

Pietro reconoció en estos dos bravos, aunque llevaban antifaz, á Paolo Michelotto y á uno de los esbirros de César Borgia: ahora bien: Pietro sabia demasiado que el duque de Gandía vive en el palacio Farnesio, y que esta noche tenia que pasar por Rione para venir á la calle de la Longaretta. Creyó, y con razon, que la vida del duque de Gandia estaba amenazada. Me encontró por casualidad, y me lo dijo: la procesion se acercaba: el duque de Gandía venia á la derecha del Papa: Pietro rompió por entre la multitud, que nos separó. Poco despues se oyó un grito, y hubo algun tumulto. Pietro Basti habia sido asesinado: se le habia observado sin duda; yo tuve miedo de haber sido observado, y de estar tal vez amenazado, y me perdí entre el gentío.

—¿No has hecho traicion á la causa de Dios?—dijo el fraile: —porque ante su santo templo has renovado tu juramento de fidelidad.

—Nada sabe el duque de Gandía.

—Que se despedacen los Borgias,—dijo roncamente el fraile:—Dios lo quiere: ellos son la maldicion y la corrupcion de Roma: que unan á sus impurezas y á sus crímenes el parricidio: los malditos deben caer bajo la maldicion del Señor.

—Angiolina Crespi, á quien he traido por encargo de mi amo desde el palacio Urbino á casa de Pietro Basti, ha visto en el asesinato de éste una amenaza al duque de Gandía, y está aterrada: es posible que le avise.

—¡Cómo!—dijo con voz trémula y estraña el monje: —¿Angiolina nos hace traicion?

—Se ha enamorado.

—¡Oh, las mujeres! las mujeres están inficionadas por Satanás: no son mas que carne y materia corrompida, que toma con mucha frecuencia la forma de un ángel.

—Ya os dije, respetable maestro, que era muy peligroso valerse de esa hermosa jóven para servir á la causa de Dios: ambos son hermosos: él posee el arte de la seduccion, ella no ha amado nunca.

—¡Oh!—esclamó de una manera singular, terrible, el monje.—¡Que no ha amado nunca Angiolina!

—Así lo cree el duque de Gandía, que tratándose de mujeres, no se

equivoca: estas jóvenes que se crian en los conventos están mas espuestas que las que se crian en el mundo: son demasiado inocentes; están ansiosas de todo; se engañan con facilidad: creen amor la primera impresion que les causa un hombre cualquiera: cuando aman verdaderamente, no hay nada que las contenga. Ya os dije, venerable maestro, que era muy espuesto servirse de la jóven dama, de la princesa de Urbino: es demasiado hermosa: ha sucedido lo que yo esperaba: el duque se ha enamorado de ella, y ella, en vez de atraer al duque á la Reforma, ha sido atraida por él. Afortunadamente aun no nos ha vendido Angiolina, pero puede vendernos: tal vez esta noche el terror que siente por el peligro del duque, la obligue á hacernos traicion. Mi pronóstico se ha cumplido, respetable maestro.

—En unos tiempos de corrupcion y de libertinaje tales como estos, es necesario valerse en favor de la justicia de los mismos medios de que se valen la tiranía y la infamia. Es posible que te hayas engañado: es posible que Angiolina se finja enamorada del duque para dominarle, para atraerle, para entregárnosle vencido: Angiolina ama ya: Angiolina espera un gran porvenir: no, no: Angiolina no nos hace traicion. ¿Habré yo perdido la inteligencia? ¿me habrá negado su luz el Señor?

—Siento repetíroslo, venerable maestro, —dijo con firmeza Domínico: —Angiolina ama al duque de Gandía. Cuando esta noche salió por el postigo de los jardines del palacio de Urbino, me preguntó con afan por el duque: temblaba su voz; estaba aterrada: la tardaba llegar para avisarle: no, no, yo no me engaño; la hija del abogado Crespi ama al duque de Gandía con toda su alma.

VII.

El monje dejó oir un sordo rugido de cólera, de ódio, de venganza.

—¡Al momento, al momento, quiero oirlos, quiero verlos!—esclamó.

—Otra imprudencia, —dijo Domínico: —una imprudencia inútil: el duque de Gandía se ha sentenciado: yo he ido á decir á Micholotto: oye tú, camarada, ¿qué me darias tú por un secreto, para que por ese secreto te diese un tesoro el duque Valentino?

—¿Importa ese secreto á mi amo?—me dijo Micholotto.

—Sí, porque importa mucho á su hermana Lucrecia Borgia.

—Veamos, —me dijo.

—Yo saqué de mi bolsillo la llave de la puerta de la torrecilla de los Tres Ahorcados.

—Esta llave, —le dije, —vale cincuenta escudos de oro.

—¿Y por qué vale esa llave, —me respondió, —mas oro que pesa?

—Porque es la llave de la casa deshabitada de los Tres Ahorcados.

—¿Y qué nos importa esa llave ni esa casa, á mi amo César Borgia, á su hermana Lucrecia ni á mí?

—En esa casa tienen una cita de amor esta noche, el duque de Gandía y la hermosa Angiolina Crespi.

—¡Ah!—exclamó Micholotto echando mano á la llave.

—Poco á poco, camarada,—le dije,—esta llave se cambia por cincuenta escudos.

—¿Y cómo, teniendo tú esa llave, ó teniéndola yo, van á entrar en la casa encantada los dos amantes?—me preguntó Micholotto.

—El duque de Gandía y la hermosa Angiolina entran en la casa de los Tres Ahorcados por la inmediata casa del batelero Pietro Basti, por una puerta secreta.

Micholotto (era el oscurecer y estábamos en su casa), contó cincuenta escudos de oro, me los entregó, y yo le entregué la llave. No hay necesidad, pues, respetable maestro, de que vayais vos á esa casa: irá Lucrecia Borgia: tal vez estará ya en ella.

—Por lo mismo, es de todo punto necesario que yo vaya,—esclamó el monje.—¿Y cómo, cómo entrar, si esa llave ha sido impremeditadamente vendida por tí?

—No importa,—dijo Domínico:—si quereis entrar, entrareis: os he jurado obediencia, y llevo conmigo una llave maestra; muchas veces hay que huir, que ocultarse, y de ninguna manera se está mejor oculto que abriendo la primera puerta que se encuentra al paso, y volviéndola á cerrar. Con mucha frecuencia es necesario entrar en una casa sin llamar á la puerta: una llave maestra es tan necesaria como un puñal y una espada: entrareis en la casa de los Tres Ahorcados, reverendo maestro.

—Pues vamos, vamos al momento,—dijo con la voz trémula de impaciencia el fraile.

Domínico echó á andar deprisa.

El monje le siguió.

Entraron en la calle de la Longaretta, llegaron á la puerta de la casa de los Tres Ahorcados, la abrió Domínico; apareció un fondo profundamente oscuro, en el que se hundió el fraile; Domínico cerró y volvió al hueco de la puerta de la casa de Pietro Basti, donde le habia encontrado el monje, y permaneció inmóvil, apoyado en su espada desnuda.

CAPÍTULO VI.

El monje Savonarola.

I.

Aquella fuerte, pequeña y pesada casa de piedra, secamente greco-romana, que formaba la esquina de la calle de la Longaretta con la de san Galicano, que hoy no existe, como otros tantos edificios que se alzaban por aquellos tiempos en el Trastévere, y que han desaparecido ó están en ruina, se llamaba la torrecilla de los Tres Ahorcados, por una tradicion oscura.

Contaba el sencillo y supersticioso vulgo trastiverino, que doscientos años antes, una mala mujer que tenia tres hijos, no se sabe si del diablo, los habia ahorcado suspendiéndolos de las tres ventanas de la torrecilla, por los amores de un hombre á quien estorbaban sus hijos.

Como era natural, el diablo se habia vengado llevándose á la mala mujer parricida y al hombre por quien habia cometido el parricidio, despues de lo cual el diablo se habia quedado habitando la casa.

Tan arraigada estaba en el vulgo la creencia de esta absurda conseja, que en oscureciendo, y aun antes de oscurecer, nadie se atrevia á pasar junto á la casa maldita, por miedo de que se apoderase de él el diablo.

El Papa Calixto III, para destruir esta supersticion, hizo exorcisar los espíritus que se suponian habitantes de la casa, y la regasen de alto á bajo con agua bendita, que se pusiesen cruces en todas sus habitaciones, y por último, junto á su puerta, por la parte de la calle, en un nicho, un antiguo y milagroso Ecce-Homo, que se llevó allí de la sacristía de San Juan de Letran.

Á pesar de esto, la casa siguió exhalando para los trastiverinos un decidido olor á diablo.

II.

Nadie se atrevió á vivir en ella.

Su llave estaba en un armario del Vaticano, entre otra multitud de objetos raros.

Vióla el duque de Gandía, escitó su curiosidad que una llave que nada tenia de artístico estuviese entre aquellos objetos, y le contaron la historia.

El duque de Gandía se apoderó de la llave, visitó la casa, encontró que su interior era magnífico y muy á propósito para citas de amor, mandó construir otra llave, devolvió la antigua al conservador de los objetos raros del Vaticano, y para que no se notasen en la vecindad de la casa de la torrecilla de los Tres Ahorcados, las contínuas entradas y salidas nocturnas en ella, pagó y puso á su devocion al batelero Pietro Basti, que vivia en la casa inmediata por la calle de la Longaretta, y abrió una comunicacion perfectamente simulada por el desvan de la casa del batelero con la torrecilla de los Tres Ahorcados.

III.

Con suma frecuencia, desde que el duque de Gandía tuvo este nido, los vecinos oyeron con terror en altas horas, dentro de la casa maldita, carcajadas, voces alegres, cantares lúbricos, en que alternaban voces de hombre y de mujer, estruendo de orgía.

El diablo se solazaba á sus anchas.

Solia suceder que los que se levantaban temprano encontrasen algun hombre asesinado junto á la casa, y aunque rara vez, alguna mujer.

Volvió á esquivarse de noche el paso por aquel sitio.

El diablo hacia algo peor que llevarse á los imprudentes: les daba de puñaladas.

IV.

El duque de Gandía habia amueblado y embellecido el interior de aquella casa, en relacion con el objeto á que la habia destinado.

Las cruces mandadas poner por Calixto III habian desaparecido en el piso superior, y solo quedaban las del inferior, del cual no se usaba.

V.

Penetremos en aquella casa.

El duque de Gandía habia entrado en ella á las diez, y habia esperado impacientándose una hora larga, ya tendido sobre un ancho camapé ya paseándose impaciente de un estremo á otro, de un saloncito en que se habian refinado el lujo y la voluptuosidad.

El techo estaba pintado al fresco con alegorías mitológicas, en que las diosas y las ninfas ostentaban todo el lujo picante y pagano de su mórbida desnudez.

Bajo el friso dorado, sobre las paredes cubiertas de terciopelo blanco, campeaban cuadros licenciosos, muebles dorados, construidos para la comodidad, con todo el refinamiento de la indolencia.

El pavimento, cubierto por una alfombra turca; mesas de mosáico cargadas, no de objetos artísticos, sino de botellas de los mejores vinos del mundo, y preciosos botes de ricas esencias: un jigantesco espejo de Venecia en el fondo del saloncito, al frente del balcon que correspondia á la calle, espejo destinado á reproducir la hermosura de las mujeres que allí penetrasen: una gran mesa de mosáico antiguo en el centro, sobre pies de bronce dorado; sobre esta mesa dos grandes candelabros de plata de seis brazos, y en cada brazo una bugía perfumada: á los dos costados dos puertas con marcos dorados cubiertas por tapices florentinos.

Hé aquí la bella habitacion donde esperaba impaciente y ricamente engalanado, el jóven aun y hermoso duque de Gandía, á Angiolina Crespi.

VI.

Giovanni Borgia contaba cuando más treinta y un años.

Se habia despojado del magnífico trage, de las ricas, de las maravillosas joyas que habia llevado en la procesion aquella tarde, causando la admiracion de Roma; como por una fatalidad horrible, vestia de rojo: su sayo era de brocado escarlata: sus calzas de grana: sus borceguíes de terciopelo rojo: las mangas ceñidas de raso escarlata, con cuchilladas tomadas de oro.

Sobre su pecho pendia la órden francesa de San Miguel, que le habia concedido Cárlos VIII, cuyo riquísimo collar y cuya placa eran de diamantes.

En las manos, cargadas de sortijas, como si hubieran sido las de una dama, lucian gruesas piedras de gran valor.

De su cinturon, bordado de oro, pendia una espada de córte con rica empuñadura de oro cincelado, y vaina de terciopelo rojo.

A su costado derecho, sobre una limosnera de brocado, se veia un

pequeño puñal, y sujetos junto á él en el cinturon, unos guantes de los que se llamaban de ambar por su perfume.

Una gola rizada de encaje de Flándes cerraba en el cuello el sayo.

VII.

El rojo color de su traje y lo brillante de él, armonizaban perfectamente con la escesiva blancura y el buen color de Giovanni Borgia, con sus ojos grandes rasgados, melancólicos, del color del azul del cielo de la mañana, con su larga y rica cabellera, sedosa, de un delicado rubio pálido, rizada y perfumada.

Giovanni representaba seis ú ocho años menos de los que en realidad tenia.

Era hermosísimo, hasta el punto de que las damas romanas envidiaban su hermosura.

Tenia la espresion afable é insinuante y traidora de los Borgias, y parecia un hombre de alma dulce, entusiasta y apasionada.

Ni un solo rasgo de su semblante, ni un solo movimiento, ni una sola manera, revelaban en él al primer libertino de la libre y corrompida Roma de aquel tiempo, ni al ambicioso de alma infame.

Tampoco se revelaba en él, ni por un solo rasgo, ni por un solo movimiento enérgico, el generalísimo de la iglesia.

No se veia en él mas que á un gran señor, dulce, afable, indolente, hastiado, hasta que parecia mas bien una mujer que un hombre.

VIII.

El duque de Gandía en aquel pequeño salon perfumado, en que todo era bello y voluptuoso, estaba en su verdadero lugar de escena.

Solo faltaba una jóven ideal, suspirante, enamorada, para completar el cuadro, y esta figura no tardó en aparecer.

IX.

A las once de la noche se levantó el tapiz de la puerta derecha, considerado el saloncito desde el espejo al balcon, y entró precipitada, anhelante, una dama encubierta, que asió apasionadamente una mano de Giovanni, se despojó del sombrero y del antifaz, que puso sobre la mesa del centro, así como su manto, esclamando al mismo tiempo:

—¡Gracias á la santa Madonna que te encuentro, Giovanni! esta noche no saldrás de aquí.

—¿Y por qué, hermosa de mi alma?—dijo el duque de Gandia besando las manos de la jóven que tenia entre las suyas, y llevándola dulcemente hácia el camapé, donde se sentaron.

—¿Por qué?—respondió Angiolina Crespi,—porque la noche está muy oscura.

—No estaba mas clara cuando vine, y sin embargo, no he tenido tropiezo alguno.

—Las bandas de Orsini y los aventureros del rey de Francia andan sueltos por la ciudad,—contestó Angiolina, que no cesaba de mirar anhelante á Giovanni;—no se habla mas que de asesinatos.

—¡Oh! es ya muy tarde,—dijo indolentemente el duque de Gandía;—los asesinatos suceden generalmente en las primeras horas de la noche, cuando los bravos y la mala gente salen de las tabernas.

—Y á todas horas cuando se espera una víctima.

—Si me esperasen, me hubiesen asesinado al venir.

—¡Ah, no! ¡quién sabe!—esclamó Angiolina,—quién sabe si hay aquí alguna trama infernal; si quieren que recaiga la acusacion de tu muerte sobre quien está muy lejos de desearla, porque te ama; quién sabe si alguien habrá dicho á tu hermana Lucrecia:—ve á encontrarle, está al lado de otra mujer.

—¡Oh! qué suposicion tan estraña,—dijo sonriendo con indolencia el duque de Gandía.—¿Y en qué fundas esa suposicion, Angiolina? Veamos.

—Esta tarde, cerca del Papa, han asesinado á Pietro Basti, en el momento en que tal vez se dirigia á darte un aviso: le hirieron casi junto á tí; cayó delante del Papa, él estendió hácia tí los brazos, te llamó, pero le faltó el aliento; conoció que iba á morir y dejó de hablarte, para pedir la absolucion de sus culpas al Santo Padre: ¡Oh! sí, yo estaba cerca, junto á mi señora la princesa de Urbino: lo ví todo, lo oí todo: Pietro Basti no se hubiera atrevido á acercarse á tí en aquella situacion solemne, ni á dirigirte la palabra, si no se hubiera tratado de un grave y próximo peligro, ni le hubieran enmudecido de una puñalada si no hubiera sido muy grave lo que tenia que decirte.

—No tengo enemigos, Angiolina: á Orsini no le conviene matarme; nada he hecho en contra suya; y si yo muriese, creceria en poder, ocupando mi lugar, mi hermano César Borgia, del que es enemigo á muerte.

—Tú has nombrado á tu enemigo,—exclamó Angiolina.

—¡Mi hermano!

—Sí, tu hermano César.

—¡Ah! nos amamos; somos dos verdaderos hermanos.

—¡Y un Borgia confia en otro Borgia! ¡y un Borgia que sabe ocultar

lo que siente, hablar dulcemente á su enemigo, confiarle, adormirle para matarle mejor y con mas seguridad, cree en la buena fé de otro Borgia mas astuto, mas fementido, mas terrible que él!

—¡Angiolina!—exclamó palideciendo el duque de Gandía á impulsos de una cólera letal que se habia revelado de improviso, y que nadie hubiera supuesto existiese en él;—¿por qué me llamas astuto, cruel, fementido, miserable? habla; necesito una esplicacion.

—Una esplicacion que no puedo darte,—contestó Angiolina;—una esplicacion que se reducirá á decirte:—Conozco tu alma, la conocia antes de conocerte, y sin embargo, al conocerte, mi corazon, por un misterio que no puedo esplicarme, te amó; comprendí que cuando habia creido amar, me habia engañado; que aquello no era amor, sino fascinacion, sueño, deseo del amor.

—¿Has amado?

—No; no he amado hasta que te he conocido; habia creido amar.

—¿A quién, á quién?—exclamó, creciendo en palidez y en cólera, el duque de Gandía.

—¡Ah! tú me amas,—exclamó Angiolina;—tú me amas; los celos ennegrecen tu alma; no esperaba yo tanto; no creia ser tan feliz: sálvate, Giovanni, sálvate; sálvate y yo te serviré; yo seré el hilo invisible que te guie por un laberinto espantoso: ¡ah, Dios mio! ¡y yo creia que no me amabas, que no veias en mí mas que un objeto para halagar la ambicion de mi padre!

—¿Pero á quién has amado? ¿á quién has creido amar?—exclamó mas descompuesto á cada momento el duque de Gandía.

—¡Ah! sí; voy á abrirte la puerta del laberinto,—contestó Angiolina;—espera, espera; la felicidad me sofoca; deja que se calmen los latidos de mi corazon: ¡oh Dios mio, y qué feliz soy! tú me amas.

Angiolina inclinó la cabeza sobre el pecho, se cubrió los ojos con una de sus pequeñas manos, y el duque de Gandía la sintió contener un sollozo: con la otra mano, trémula y ardiente, Angiolina estrechaba una de las del duque.

X.

Angiolina apenas contaba diez y ocho años.

Pertenecia á una antigua familia patricia, de la cual era el último representante su padre, Alfonso Crespi, que se habia dedicado á la jurisprudencia, y que era reputado como el primer abogado de Roma, en la cual alcanzaba una gran popularidad, que unido á la influencia que ejercia sobre los patricios, con la mayor parte de cuyas familias estaba enla-

zado con vínculos de parentesco, mas ó menos próximos; y unidas á esto sus inmensas riquezas, hacian de él un importantísimo personaje político, cuya influencia llegaba hasta el Vaticano.

Alfonso Crespi era una especie de Caton, como podia ser comparado con Caton un hombre que vivia en aquellos tiempos de corrupcion y de miseria.

Su severidad catoniana, en relacion con la laxitud moral de aquellos tiempos, era estremada. Tronaba contra los abusos con una audacia infinita, y era, en fin, uno de los primeros relámpagos de la protesta que medio siglo despues atacó á la Iglesia representada por Lutero.

Pero mas adelante nos ocuparemos de este personaje.

XI.

Angiolina era su hija única. Su madre habia muerto de una manera terrible cuatro años despues del nacimiento de Angiolina.

La encontraron una mañana cosida á puñaladas, medio desnuda, mutilada, degollada, cortada la cabellera, en la plaza Colonna, al pié de la columna de Trajano, que da nombre á la plaza.

La casa del abogado Crespi no estaba lejos.

Cuando se hubo reconocido á su esposa; cuando le llevaron la noticia, contestó friamente, dando una bolsa al esbirro del Papa que le llevó la noticia:

—Que la envuelvan en un sudario y que la entierren.

Coincidió con esto el asesinato de un gentil-hombre veneciano, á quien se encontró muerto, con tres estocadas en el pecho, en el Foro.

Aquel hombre habia entrado algunas veces en la casa de Crespi para ponerse de acuerdo con él en un litigio que existia entre la república de Venecia y la Santa Sede, sobre la propiedad de unas tierras en los Estados venecianos.

No sabemos por qué razon existia este raro litigio: la verdad es que Michaelo Lottini, esto es, el gentil-hombre veneciano, y Giovanna Rossi, esposa de Alfonso Crespi, amanecieron asesinados en un mismo dia; la una en la plaza Colonna, y el otro en las ruinas del Foro romano, casi en el mismo sitio donde se dice fué asesinado Julio César.

El asesinato del veneciano y de Giovanna se atribuyó por la opinion pública á una terrible venganza del abogado Crespi.

Pero no se molestó á éste.

Se enterró á los muertos, y asunto concluido.

Crespi encerró al dia siguiente á su hija Angiolina, que solo tenia cuatro años, en el convento de Regina Cœli, donde permaneció hasta

que cumplió los diez y siete; es decir, hasta un año antes de la noche en que la presentamos á nuestros lectores.

XII.

Era Angiolina una de esas bellísimas criaturas que parecen la realizacion del sueño de un poeta enamorado.

Todo en ella era dulce, puro, bello, fascinador, con esa fascinacion mágica de la belleza que se trasfigura en algo ideal, en algo que parece descendido sobre la tierra para pasar rápidamente y perderse en lo infinito.

Estas criaturas son rubias, muy rubias.

Tienen las ojos de un azul muy bajo, la tez nacarada y trasparente, las líneas excesivamente armónicas, de una inflexion dulcísima; parecen espíritus visibles mas que materia bella; es necesario tocarlas para perder la duda de que al tocarlas podrán desvanecerse; parece que dentro de ellas hay algo lánguidamente luminoso que se trasparenta, que da un esplendor desconocido á su semblante, á su sonrisa, á su mirada; criaturas en las cuales un hombre de corazon solo ve el objeto del amor de los amores, del amor inmaterial, de ese amor rarísimo que alguna vez sobre la tierra representa el amor de los ángeles; amor soñado que pasa como los sueños, que enciende un recuerdo y produce un suspiro.

Para amar de una manera material á Angiolina Crespi, era necesario ser un libertino corrompido, gastado, como Giovanni Borgia, el rey de los escándalos de Roma.

Y á pesar de lo aéreo, de lo casi fantástico del sér de Angiolina, dentro de él ardia un espíritu fuerte, ardiente, apasionado, enérgico, de una fuerza y de una valentía incontrastables.

El espíritu no necesita para nada de la densidad y de la fuerza de la materia. Dentro del membrudo cuerpo de un atleta está contenida, generalmente, un alma débil y bruta.

El espíritu es fuerte á costa de la materia: eterna é inmutable ley de las compensaciones.

Un sér en absoluto no vale mas que otro sér.

Angiolina era una idealizacion en cuanto á la materia; un formidable sér en cuanto al espíritu.

XIII.

Levantó la cabeza, se pasó la mano por la frente, y condensó una mirada infinita, volcánica, incontrastable, apasionada, valiente, en la mirada de Giovanni Borgia, que tembló.

—¡Ah! el grande hombre, el generalísimo de la Iglesia, el rico, el poderoso, el envidiado, el codiciado y hermoso duque de Gandía,—exclamó Angiolina con la voz opaca y potente,—ha estado á punto de caer ante una niña, como cayó Goliat ante David: ¡oh! ¡si yo no te hubiera amado cuando te ví, Giovanni!

—Habla, habla,—dijo el duque de Gandía, á quien fascinaban la mirada, el acento, la espresion del semblante de Angiolina.

—Hace dos años,—continuó Angiolina, tomando la entonacion de quien empieza un relato,—me llamaron al locutorio. Mi padre me visitaba. Acudí ansiosa, porque mi padre escaseaba demasiado sus visitas, y le encontré acompañado de un monje dominico. ¿Conoces á Gerónimo Savonarola?

—¡El prior de San Márcos de Florencia!—exclamó palideciendo densamente Giovanni:—¡el excomulgado, el hereje, el condenado; Satanás, enemigo de Roma! ¿y tú conoces á ese hombre?

—Sí; pero respóndeme: ¿le conoces tú?

—No, nunca le he visto: dicen que es un hombre inflexible, aterrador; que habla en nombre de Dios con la soberbia de Satanás, que le presta su elocuencia.

—El Gerónimo Savonarola que yo conozco es un hombre hermoso, pálido, enflaquecido, dulce, triste, paciente; un hombre en cuyo semblante se ve un alma sujeta á un terrible martirio, sufrido con la resignacion de un ángel.

—¿Y ha estado ese hombre en Roma?

—Sí, há mas de un año, durante dos meses, y protegido por mi padre.

—¡Ah, sí! mintiendo una larga enfermedad en su convento de Florencia, en su celda, cuya cerrada puerta defendia uno de sus discípulos, otro hereje condenado como él: ahora tambien se dice que Savonarola está enfermo, y aun murmuran en Florencia que ha sido envenenado por los Borgias: esta es una calumnia: ¿está acaso en Roma Savonarola?

—Sí, oculto en casa de mi padre.

—¿Sabes, Angiolina, que acabas de acusar á tu padre de herejía contra la Iglesia, y de traicion contra su señor natural, el Papa?

—¿Y qué me importa mi padre?—contestó ardorosamente Angiolina.—¿Qué me importa el mundo entero en comparacion contigo? es necesario que te salves, que te salves á cualquier precio: escúchame.

Angiolina guardó silencio durante algunos segundos, mirando enamorada á Giovanni.

Luego dijo con voz lánguida:

XIV.

—Mi padre piensa, desgraciadamente, como Savonarola: es uno de los sectarios de la protesta del funesto monje dominico, y aunque no le conocia, le escribió.

Savonarola no podia menos de aceptar la amistad de un hombre que tanto puede en Roma.

Al fin un dia Savonarola fué invitado por mi padre á venir secretamente, y vino.

Un proyecto infernal brotó de la imaginacion de aquellos dos hombres: el de valerse de mí como medio para llegar de una manera mas pronta al conseguimiento de su objeto.

Pero era necesario que se me convirtiese á la nueva doctrina herética.

Mi padre llevó á Savonarola al convento, con el nombre supuesto del hermano Giuseppe.

Cuando yo me acerqué á la reja del locutorio, Savonarola, con el capuz de su hábito echado atrás, con la cabeza inclinada, completamente rasurada, á escepcion de un estrecho cerquillo que terminaba por la parte anterior de su semblante en sus sienes, parecia entregado á una meditacion profunda. Su perfil se recostaba sobre los cristales de la ventana, fuertemente iluminados por el sol, y era de una belleza suma, pero severa.

Al oir mi voz levantó la cabeza y me miró.

Al verme, ardió en sus ojos algo que yo no conocia, que yo no comprendia, pero que me hizo temblar sin aterrarme, que me turbó de una manera dulce, que me obligó á bajar los ojos, é hizo subir la sangre á mi semblante.

—¡Ah miserable!—exclamó con un acento semejante al rugido de un tigre el duque de Gandía.

—¡Ah! no, no temas, Giovanni,—exclamó vivamente Angiolina,—aquella fué una fascinacion que ha pasado, como pasó el relámpago sombrío de la maldita mirada del hereje, y he creido amarle; he creido que lo que yo sentia por él era todo el amor que se puede sentir sobre la tierra; pero no, no era mentira; aquello no era amor, era la influencia de la persuasiva palabra, de la dulce palabra de aquel hombre, inspirada por Satanás; he comprendido que aquello era mentira cuando te he amado: ¡ah! no, yo por Savonarola no hubiera sacrificado á mi padre, no hubiera sacrificado mi vida, y por tí, Giovanni, estoy dispuesta á sacrificarlo todo: perdóneme Dios, porque yo estoy loca; porque soy idó-

latra por tí; porque por tí me he olvidado de todo; de todo, menos de mi dignidad; porque yo no puedo ser tu querida.

Giovanni plegó de una manera sombría la frente.

—¡Ah! no, no, mi dignidad no, Giovanni,—exclamó Angioliona, corrigiendo su frase;—no, es que yo no te amo como te han amado otras mujeres; es que yo temo matar mi amor matando su pureza; es que me abandonarias el dia en que dejase de ser para tí un empeño, y yo no quiero que me abandones, no: porque si me abandonáras, moriria desesperada, y acabaria de perder mi alma.

—¡Pero Savonarola!... ese hombre...—dijo Giovanni, cuya afabilidad se habia convertido en una espresion siniestra.

—Mi padre le habia llevado al convento con el pretesto de que terminase mi enseñanza religiosa: mi confesor fué sustituido por él: todos los dias venia con el capuz echado sobre el rostro, y acompañado de mi padre, y me instruia durante dos horas en el confesonario.

Lentamente, sin alarmarme, con una elocuencia irresistible, con una mágia fascinadora, me fué preparando á la heregía, á lo que él llamaba la pureza del Evangelio.

Por último, cuando me hubo convertido en hereje, me habló de su amor y me propuso su enlace con él para el dia, segun él, próximo, en que triunfase la reforma.

Despues partió, dejándome envenenada el alma.

XV.

Mi padre me sacó entonces del convento, y como es viudo y no podia atender á mi cuidado, le fué mas fácil mi entrada en la alta servidumbre de la princesa de Urbino.

Se me llevó á todas las fiestas, se me hizo ver de repente el mundo, se me aturdió.

Sin embargo, no se borraba de mi alma el recuerdo de Savonarola: tenia el eco de su voz en mis oidos, y cambiaba con él una y otra carta enamorada, que pasaban por las manos de mi padre.

¿Y qué tenia esto de estraño?

Segun las doctrinas reformistas de Savonarola, los ministros del Señor debian ser casados.

—¡Miserable hereje!—exclamó Giovanni.

—Un dia te ví casa de mi padre: te ví y se borró de mi corazon el amor que creia sentir por Savonarola: mi memoria rechazó su recuerdo: me causaron horror sus doctrinas, y salvé mi alma que habia perdido por un amor falso, al sentir el amor verdadero: tu amor; pero callé y conti-

nué escribiendo á Savonarola, invitando, fatigando mi imaginacion para que no encontrase diferencia entre mis cartas anteriores y las que despues le he escrito.

Temia á mi padre: dicen que mató á mi pobre madre: ¡oh! tuve miedo de ser asesinada y arrojada, desnuda, á la via pública; ¡ah! no; yo no me atrevia á decir á mi padre:—yo no tiendo un lazo traidor al hombre á quien amo:—mi padre me hubiera matado.

—¡Ah! ¿con que el severo, el virtuoso Alfonso Crespi me tendia un lazo sacrificando para ello la hermosura de su hija?—exclamó Giovanni con un profundo acento de desprecio:—habla, Angiolina, habla.

XVI.

Si los amantes hubieran podido atender á otra cosa que á si mismos; si hubieran mirado á la puerta de la derecha, situada casi frente de ellos, hubieran visto que el tapiz se movia, que le asia una mano crispada, atirantándole, abriéndole.

Hubieran visto tras su abertura una cabeza lívida, espantosa: una cabeza semejante á la de un espectro, contraida, amenazadora, en cuyos grandes ojos negros brillaba con un fulgor sombrío la muerte.

Pero nada de esto vieron.

La mano crispada soltó el tapiz, que cayó cubriendo la puerta, y ocultando aquella terrible cabeza.

XVII.

—Hay que sacrificarlo todo por la causa de Dios, por la justicia y por la libertad de los oprimidos,—me dijo mi padre cuando hubiste salido de su casa y se quedó solo conmigo:—¿conoces á ese hombre que acaba de salir?

—Es un gran señor,—le respondí.

—¿No le has visto hasta ahora?

—No.

—¿No ha ido nunca casa de la princesa de Urbino?

—Yo no sé, yo no le he visto.

—Es el duque de Gandía y de Benavente, generalísimo de la Iglesia,—me dijo mi padre:—ha venido á mi casa para asegurarse de si los Borgias pueden contar con la amistad, con la ayuda del abogado Crespi: yo le he confiado y le he invitado á que viniese hoy; queria que te conociese: te ha conocido, y estoy satisfecho: se ha enamorado de tí: he sorprendido el asombro que le has causado, á pesar de que los Borgias son grandes maestros para encubrir sus afectos: ese hombre es un libertino; ese hombre te buscará.

LUCRECIA BORGIA.

LAMINA 3.ª—Entonces se abrió el tapiz de la puerta de la derecha...

En efecto: al dia siguiente encontré en mi aposento, casa de la duquesa de Urbino, bajo las ropas de mi lecho, sin saber quién la habia puesto allí, tu primera carta, Giovanni.

Mi padre me habia dicho:

—Si te habla, escúchale: si te escribe contéstale, engáñale, sedúcele, enloquécele, atráele á nosotros: es necesario que los Borgias se desunan, que se hagan pedazos: ellos son el funesto poder que oprime y despedaza á Italia: lo debemos todo á la patria, todo: hasta el sacrificio de nuestra honra y de nuestra vida.

En vez de engañarte, engañé á mi padre, engañé á Savonarola; engaño á la princesa de Urbino, que ignora que yo salgo á altas horas de su casa: por tí lo he olvidado todo, te lo repito, y tengo derecho á que atiendas á mis ruegos: mas aun, á que me obedezcas: yo no te mando otra cosa sino que defiendas tu vida, que es mi vida: que no salgas de aquí esta noche, porque esta noche es funesta para tí.

—¿Y permanecerás tú aquí, á mi lado, hasta el dia?—exclamó Giovanni fijando una mirada ansiosa en Angiolina,—¿y atravesarás de dia las calles de Roma, y entrarás de dia casa de la princesa de Urbino, como si te llamases Lucrecia Borgia?

—¿Y qué me importa todo si te he salvado?—contestó Angiolina,—¿qué me importan el furor de Savonarola y la venganza de mi padre?

—¡Tu padre!—exclamó el duque de Gandía poniéndose de pié:—ni tu padre, ni ese hereje descomulgado podrán nada contra tí.

Y se dirigió á un sillon, donde tenia su manto y su birrete.

—¡No! ¡no saldrás!—esclamó Angiolina abalanzándose á él:—¡te van á matar! acaso al pié mismo de esta casa te esperan los asesinos: ¡no, Giovanni, no saldrás! ¡quédate y seré tu esclava! ¡no resistiré como hasta ahora á tu voluntad, te adoraré de rodillas, te seguiré, aunque hayas preso y muerto á mi padre!

—¿Y Savonarola?—exclamó rugiente el duque.

—¿Y qué me importa Savonarola? ¡mátale! ¡que perezca con él la heregía!

Y Angiolina devoraba con la mirada ansiosa, enamorada, loca, la mirada candente del duque de Gandía.

Hubo un momento en que los brazos de Giovanni rodearon la cintura de Angiolina, que lanzó un grito ahogado.

XVIII.

Entonces se abrió el tapiz de la puerta de la derecha, y Savonarola, espantoso, horrible, se lanzó entre los dos amantes, y los separó.

—¡Infames! ¡miserables! ¡impuros! ¡malditos!—exclamó Savonarola

con la indignacion que hubiera podido suponerse en un apóstol; —¡tú, la vil ramera perjura; tú, á quien el infierno ha dado el poder de engañar, de enloquecer, de envenenar el alma; tú, el infame asesino, hijo y hermano de asesinos, blasfemo que invocas el nombre de Dios para cometer el crímen! ¡ah! ¡la justicia del Señor truena sobre vuestras cabezas! Su elegido, su enviado, está entre vosotros: ¡Ah, temblais! ¡sí, sois cobardes; todo lo que es infame es cobarde! ¡no, no asesinarás tú á tu padre, Angiolina! ¡no, no matarás tú la Reforma en su apóstol, generalísimo de la Iglesia! ¡Savonarola está protegido por Dios!

Y con la rapidez del relámpago escondió bajo el hábito su mano derecha, que volvió á aparecer, armada de un puñal, y se lanzó sobre el duque de Gandía.

Pero éste, que estaba prevenido, que habia tomado distancia, que se encontraba cerca de la puerta de la izquierda, huyó con tanta rapidez como se habia arrojado sobre él Savonarola; desapareció tras los tapices, y se oyó un golpe de una puerta que se cerraba.

Savonarola lanzó un rugido de rábia, y se arrojó sobre aquella puerta, pretendiendo forzarla.

Pero era demasiado fuerte.

El duque de Gandía estaba fuera del alcance de Savonarola.

—¡Ah! ¡no importa! —dijo éste: —le esperan: Dios defiende su causa.

—¡Que le esperan! —exclamó Angiolina.

—¡Sí, sí, ven! —exclamó Savonarola.

Y se dirigió al balcon y le abrió.

Angiolina corrió á aquel balcon.

La calle de la Longaretta estaba desierta.

Al pié del balcon lucia el turbio reflejo de la lámpara del Ecce-Homo.

Nada se oia; ni el mas ligero rumor.

De improviso, y apenas se habia avalanzado al pié de la balaustrada Angiolina, se oyó el ruido que producia al abrirse la casa del asesinado Pietro Basti.

Un hombre salió.

Era el duque de Gandía.

—¡Afuera! —dijo, —¡afuera los de la litera, afuera todos! ¡Paolo, espada en mano, estamos amenazados: la traicion nos acecha: á la calle de la Longara, casa de mi madre!

Angiolina estaba muda de dolor.

Giovanni Borgia la abandonaba en poder de Savonarola.

Se metia en la litera en que ella habia venido; se hacia escoltar por los hombres que la habian escoltado; se alejaba.

—¡Amale!—exclamó Savonarola:—¡ama á ese miserable! ¡olvida por él á tu padre, tus juramentos, tu virtud, la gran mision que el cielo te habia encomendado! ¡ah! ¡tú creias que los Borgias tenian corazon: sí, para la ambicion, para el crímen, para la impureza! ¡pero qué mucho! Dios sentencia á sus enemigos, y la justicia de Dios es inevitable: ¡oye! ¡oye!

XIX.

En aquel momento, y por la direccion que habia tomado Giovanni, sonó ruido de espadas.

Angiolina dió un grito, vaciló y cayó de espaldas desmayada.

Savonarola la miró con una fria crueldad; la apartó del balcon, la cerró, salió del saloncito por donde habia entrado, bajó, abrió la puerta, la cerró y se lanzó hácia el sitio por donde habia desaparecido el duque de Gandía.

Nada vió.

La calle de la Longara estaba completamente silenciosa y desierta.

—Se ha salvado,—exclamó Savonarola:—Alfonso Crespi y yo somos perdidos: he sido un insensato; me ha cegado la cólera; no he sabido asegurar el golpe.

Y poseido por un terror frio, olvidándose de que habia dejado á Angiolina desmayada en la casa de la Torrecilla de los Tres Ahorcados, se caló sobre el rostro el capuz, y puñal en mano se deslizó entre la oscuridad en paso rápido hácia el Tíber, ganó el puente de San Sixto, se perdió entre las solitarias calles de Roma, llegó á la plaza Colonna, y á una gran casa situada en un ángulo de ella, abrió la puerta y entró.

CAPITULO VII.

De cómo Gonzalo de Córdova estuvo á punto de morir á oscuras.

I.

Un cuarto de hora antes de que Giovanni Borgia fuese sorprendido por Savonarola, una larga barca negra, tripulada por cuatro remeros y conduciendo ocho hombres, atracó en la orilla izquierda del Tíber, á la escalerilla del puente de San Sixto.

—Esperad aquí, —dijo una voz, por la que pudo reconocerse á Micholotto: —vosotros fuera conmigo.

Los ocho hombres, saliendo de la barca, subieron silenciosamente las escalerillas, y se perdieron por una de las callejas inmediatas.

II.

Cuando el duque de Gandía, dentro de la litera, precedido por Domínico y escoltado por los cuatro bravos, entró en la calle de la Longara, oyó la voz de aquel que gritaba:

—¡Á mí! ¡Asesinos!

Trabóse inmediatamente un rápido combate, que cesó con la fuga de Domínico, de los bravos y de los dos hombres que conducian la litera.

El duque se echó fuera de ella, y dió á correr á lo largo de la calle, hácia la casa de Rosa Vannozia Borgia, su madre, que vivia en la calle de la Longara, mas allá de la iglesia de Regina Cœli.

Pero no corria solo el duque.

Muchos hombres, siguiéndole, á pesar de la oscuridad, por el ruido de su carrera, le seguian silenciosos, pero terribles, rápidos.

Algunos de ellos le adelantaron, y revolvieron sobre él á tiempo que Giovanni ganaba el pórtico de la iglesia de Regina Cœli.

Estaba tan aterrado, que ni aun habia tirado de la espada.

III.

Á la luz de la lámpara que ardia en el pórtico de la iglesia, delante de la Madonna, puesta sobre el cajon de los expósitos, vió que avanzaban sobre él, cubiertos los rostros con antifaz, revueltas al hombro las capas, espada en mano y en un círculo que se estrechaba, algunos hombres.

—¡Soy el duque de Gandía!—exclamó Giovanni con la voz trémula y apresurada;—y si os pagan para que me mateis, yo os daré...

Micholotto cortó de una estocada en el corazon la palabra al duque, que vaciló un momento.

Antes de que cayese, cada uno de los hombres que acompañaban á Micholotto le dió una estocada.

La puerta de la iglesia sostuvo por un momento al duque, que cayó sobre su costado derecho.

—¡Basta!—dijo Micholotto:—los valientes no deben parecerse á los lobos; no deben ser crueles: á más, no es bueno causar mucha sangre y dejar un rastro: envolvedle bien en su manto; recoged lo que haya en tierra: vamos, pronto: hay que evitar las casualidades endiabladas.

IV.

Tan rápidamente fué recogido el duque; tan envuelto en su manto, y además en las capas de dos bravos, que ni aun sangre quedó sobre el pavimento de mármol del pórtico de la iglesia.

V.

El duque fué conducido á la carrera al Tíber y metido en una barca, que se separó de la escalerilla, tomó el centro del rio y siguió la corriente.

Ni Micholotto ni los bravos habian visto el collar de la órden de San Miguel que llevaba sobre sí el duque, y que por su gran valor pudo haber escitado su codicia.

VI.

Siguió la barca entre la oscuridad hasta una gran distancia del puente de San Sixto.

—Ya es tiempo, —dijo Micholotto; —al agua con él.

El cadáver del duque fué levantado por cuatro hombres, que le balancearon.

—¡Á la una! ¡á las dos! ¡á las tres! —dijo Micholotto.

Entonces el cuerpo del duque, lanzado al rio, cayó, produciendo en el agua un golpe sordo.

Poco despues sonó otro golpe de distinto género.

Otra barca mayor que aquella en que se encontraba Micholotto con los suyos, y que venia con un grande impulso, chocó de proa con la lancha de Micholotto y la volcó.

Aquel fracaso habia sido producido por el batel de Lucrecia.

VII.

Á causa de la oscuridad, los remeros no pudieron ver que Micholotto, los siete esbirros y los cuatro remeros de la barca volcada habian ganado, nadando, la orilla izquierda del Tíber.

En cuanto á la barca volcada, habia seguido la corriente.

VIII.

—Encended, encended las linternas y buscad, —dijo Lucrecia en el momento en que Francesco Buotti la dió la noticia de que de una barca, con la cual se habia chocado, se habia arrojado, poco antes del choque, cuerpo al rio.

La linterna que estaba á proa del batel fué encendida.

Gonzalo de Córdova y Lucrecia salieron de la litera.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lucrecia á Francesco Buotti: —las orillas están envueltas en la oscuridad.

—No importa: estamos cerca del puente de San Sixto: ¿no se ha movido el batel, muchachos?

—No, no señor, —respondió uno de los remeros: —estamos en mismo sitio en que ese hombre ha sido arrojado al rio.

—Mil escudos, —dijo Lucrecia, —al que se arroje al agua y le encuentre.

Dos de los remeros se arrojaron inmediatamente al rio, y algunos minutos despues se asieron á las bandas del batel y treparon.

—No hay nada, noble señora, —dijo uno de ellos; —no puede haberlo; la corriente en el fondo es muy rápida, y habrá arrastrado al cadáver.

—Tal vez no sea, —dijo Gonzalo; —seria una casualidad bien funesta.

—No se debe suponer nada, —dijo Buotti: —con mucha frecuencia se arrojan cadáveres al rio: cuando se busca uno, antes de encontrarle, se encuentran diez, á quienes no se buscaba.

—¡Ah!—exclamó Gonzalo de Córdova; —¡y esto sucede en la cabeza del orbe cristiano!...

—Italia, señor, —contestó Buotti, —y particularmente Roma, está dividida en bandos que se aborrecen de muerte: mientras estos bandos no concluyan, no concluirán los crímenes.

—Pero buscad, buscad, —dijo con una ansiedad mortal Lucrecia.

—Nada, no hay nada, —respondió Buotti: —la lancha con que chocamos ha desaparecido; el Tíber aparece desierto; seria inútil buscar; mañana, sí, es necesario; que quién sabe...

—Adelante, pues, —dijo con ansiedad Lucrecia: —bogad cuanto podais; atracad á la escalera del puente de San Sixto.

Y despues de esto, Lucrecia y Gonzalo entraron en la litera del batel, cuyo tupido tapiz cubrió su cuerpo.

—Apagad la linterna, —dijo Buotti, —y remad con cuanta fuerza podais.

IX.

Volvió la oscuridad.

La linterna se habia apagado.

Dentro de la litera, Lucrecia, sombría, pálida, estremeciéndose de tiempo en tiempo bajo una convulsion poderosa, bajo una convulsion de terror, guardaba silencio.

En el semblante del Gran Capitan aparecia una irritacion colérica mal contenida.

Le repugnaba de una manera violenta lo que acababa de ver.

No comprendia que pudiesen tolerarse crímenes viles, oscuros, tenebrosos.

Y si era en efecto el duque de Gandía, asesinado por su hermano César Borgia, el que habia sido arrojado al agua, lo enorme, lo monstruoso, lo inconcebible de este pensamiento, hacian creer al Gran Capitan que era presa de un sueño del infierno.

—¡Oh!—exclamó, no pudiéndose contener: —¡esto no cabe ni en mi corazon ni en mi cabeza! Esta es la infamia de las infamias; el crímen de los crímenes; la vil cobardía en toda su vileza. ¡Ah! que el Santo Padre me diga: Gonzalo, castigad á todos estos bandidos; herid su cabeza; haced resplandecer mi justicia y la de Dios, y despueblo á Roma faz á faz, sujetando la lanza en ristre á la luz del sol, alzado al viento el estandarte de Castilla.

—Pues bien, Gonzalo, —dijo Lucrecia, volviendo de su parasismo, por decirlo así;—amadme; sed mio; dadme vuestro corazon; prestadme vuestra invencible espada, y Roma es vuestra.

—¿Y sabeis acaso, señora, —dijo el Gran Capitan, prescindiendo ya de todo respeto, de toda consideracion, —si seria vuestra cabeza la segunda que hiriese la espada de la justicia, si el Santo Padre la pusiese en mis manos?

—¡Ah! ¡no, no!—exclamó Lucrecia.—¡No! porque no encontraríais en mí culpa: no encontraríais en la historia de mi triste vida mas que razones para compadecerme, para vengarme: ¿no lo estais viendo? ¿qué mas puedo yo hacer? Sé que la vida de un hermano mio está amenazada por mi otro hermano, y corro á favorecerle: ¿no me veis muriendo bajo la duda de si es ó no mi hermano Giovanni el que acaba de ser arrojado muerto al Tíber? ¡Ah, Gonzalo! en momentos de horrible duda, de desesperacion, de espanto, como los que están pasando por mí, necesitamos un brazo fuerte en qué apoyarnos, un corazon noble á qué volvernos, un valor á toda prueba que nos ampare: ¿rechazareis vos á una pobre mujer infortunada que se arroja á vuestros piés y reclama llorando vuestra proteccion?

—¡Ah, no, no!—dijo Gonzalo conteniendo á Lucrecia:—dejadme; libradme de vos: sois un demonio que me fascina, que me embriaga, que me enloquece.

—¡Ah! ¡mio!—exclamó Lucrecia sonriendo en medio de sus lágrimas.

—¡Vuestro!—exclamó Gonzalo;—es decir, un nuevo amante de un dia; una víctima á quien se corona de flores, á quien se adormece con el canto traidor de la sirena.

—¿Por qué decís que no conoceis el miedo?—dijo con despecho Lucrecia:—¿no os avergüenza el retroceder aterrado ante una mujer? ¿no os avergüenza aun mas vuestra torpeza para comprenderme? ¿por qué exagerais? ¿por qué os empeñais en ver en mí una fiera humana, una mujer infernal, una mujer imposible? ¿por qué no ver que me han enloquecido vuestra gloria, vuestra grandeza, todo lo que á vos pertenece? ¿pues qué, si no lo fuérais todo para mí, me olvidaria yo de la terrible situacion en que me encuentro? Y luego, suponiendo que yo fuese ese demonio que vos os fingís, ¿para qué necesito yo vuestra muerte? ¿acaso porque Fernando V de Aragon encubre mal su deseo de apoderarse del reino de Nápoles, y vos sois el único que puede conquistarle, á despecho del rey de Francia y del mundo entero? ¡No! Á falta vuestra, el rey de Aragon haria tanto como vos pudiérais haber hecho.

—Indudablemente: y mas, mucho mas que yo: aun no contaba el

rey mi señor diez y seis años, cuando conquistó por sí mismo su reino de las Dos-Sicilias.

—Entonces, pues, ¿por qué recelais de mí, si en nada puede aprovecharme vuestra muerte?

—No recelo ni temo en cuanto á la vida; recelo y temo en cuanto á mi honra: yo no puedo olvidarme de mis juramentos, de mis obligaciones; soy casado.

—No debiérais habérmelo dicho, —exclamó Lucrecia, —por mas que yo lo supiese; esto era inútil; vuestra esposa está á muchas leguas de aquí; mas allá de los montes, mas allá de Francia, á un estremo de Europa, en Córdoba: no hablemos mas de esto, Gonzalo: para mí no sois casado, no sois mas que el generoso hombre á quien amo y en quien me apoyo: no temais pecar: yo tengo una grande influencia en Roma, y podeis estar seguro de toda la absolucion que necesiteis.

—Además, —dijo Gonzalo encubriéndose de nuevo, —vos estais á punto de casaros con el bastardo de Nápoles.

—¡Ah, no me casaré, no me casaré! pero para ello es necesario que interpongais vuestro poderoso influjo: si mi hermano el duque de Gandía ha muerto, hereda todo su poder mi hermano César Borgia, mi tirano: aterradle: vos sois acaso el único hombre á quien temeria; á quien respetaria César: él es el que ha proyectado mi casamiento con el bastardo don Alfonso: él sueña en la soberanía del reino de Nápoles. El último descendiente de la casa de Aragon en Italia es el rey Federico, á quien va á coronar en nombre del Papa, acompañando al cardenal legado. Sea ó no sea César el asesino del duque de Gandía, parte mañana para Nápoles: el jóven rey Federico está sentenciado: no vivirá mas que el tiempo que César necesite para hacer mi casamiento con el bastardo, y para preparar los ánimos de los del reino de Nápoles, para que proclamen rey á mi marido: de este modo, la soberanía de Nápoles pasará á la familia Borgia, de la cual el verdadero jefe es César. Entonces yo seré la que esté amenazada, yo seré su obstáculo, y César no es hombre á quien detengan para librarse de los obstáculos que se oponen á su ambicion, ni en los vínculos de la sangre, ni en consideracion ni en respeto alguno á lo divino ni á lo humano: *Au César au nihil*, ha dicho: Ó César, ó nada: hé ahí por qué temo, hé ahí por qué os amo, hé ahí por qué os he buscado, ya que vos no habeis querido honrarme con vuestra visita: ¿no he de amaros, no he de desearos, no he de hacer cuanto pueda porque vuestra cabeza, vuestro corazon y vuestro brazo sean mios, si me horroriza ese odioso casamiento con el bastardo de Nápoles, si sois mi vida, mi esperanza, el único que puede redimirme de mi condicion de esclava?

—Yo no he venido á Italia,—dijo el Gran-Capitan,—á arreglar negocios de familia, ni á hacer justicia por los crímenes que en Italia se cometan; eso corresponde al Papa: yo he venido solo para sostener con el ejército del rey mi señor, y con el del rey de Nápoles, la inviolabilidad del Papa en el libre derecho que como señor feudal tiene sobre el reino de Nápoles, y el derecho indudable de la casa de Aragon á la soberanía de ese reino contra los franceses y contra el mundo entero: sed en buen hora reina de Nápoles, si la corona por fallecimiento, sin sucesion, del rey Federico, pasase por acaso á su hermano bastardo don Alfonso, vuestro marido: pudiera ser bien que eso sucediese; si César Borgia se atreve á la vida del rey de Nápoles, mi señor lo sabrá, y si me encarga castigar al asesino, el miserable cargado con tantos crímenes, acabará de una vez.

—¿Y no temeis por vos mismo, señor Gonzalo de Córdova?—dijo Lucrecia con acento ambiguo.

—No, no señora,—contestó Gonzalo,—nada temo; desde que entro en los dominios italianos, no acudo á ningun banquete, aunque sea el Papa el que me invite á él: no porque yo recele de Su Santidad, líbreme Dios de pensamiento tan impío; sino por recelo á las gentes que rodean al Santo Padre: en cuanto á mis servidores, tengo en ellos una ciega confianza: por todos los tesoros del mundo no pondrán en mi mesa ni un manjar ni una bebida emponzoñada: el puñal es inútil contra mí; hay en mí algo que rechaza á los asesinos, que los aterra: no temo, pues, porque no debo temer, César Borgia nada intentará contra mí, porque sabe demasiado lo peligroso que es el solo pensamiento de atentar á mi vida ó á mi reputacion.

—¡Ah! pues bien, por eso quiero ampararme de vos,—exclamó Lucrecia.

—Me parece que hemos llegado,—dijo el Gran-Capitan;—vuestra barca ha chocado, señora.

—Es verdad, saltemos á la orilla,—dijo Lucrecia levantándose, despechada, sombría, irritada.

Y salió de la litera seguida de Gonzalo.

X.

—¿Encendemos la linterna, señora?—dijo Francesco Buotti, que estaba al pié de la escalerilla del puente de San Sixto.

—No,—contestó Lucrecia poniéndose el antifaz y ganando la escalerilla con el auxilio de la mano de Buotti.

El Gran Capitan subió tras ella y la ofreció el brazo.

—Soy vuestro caballero, —la dijo.

—Ocultaos bajo el puente, —dijo Francesco Buotti á los remeros del batel.

Y siguió á su señora y á Gonzalo, que se encaminaban á las callejas que era necesario atravesar para llegar á las calles de la Longara y de la Longaretta.

XI.

En aquel momento atravesaban el puente de San Sixto, silenciosos como fantasmas, protegidos por la oscuridad, ocho hombres que se pusieron en seguimiento de Lucrecia, de Gonzalo y de Buotti.

A alguna distancia de estos ocho hombres, é ignorado sin duda de ellos, recatándose, iba otro hombre.

XII.

Al llegar Lucrecia y Gonzalo á la calle de la Longaretta, al volver una esquina, al ver á lo lejos la luz del Ecce-Homo de la Torrecilla de los Tres Ahorcados, Buotti, que iba algo detrás, se rodeó la capa al hombro, tiró de la espada, y replegándose hácia el Gran Capitan, le dijo:

—Se nos echan encima, señor duque; defendeos como yo me defenderé.

—¡Ah!—exclamó Gonzalo, deshaciéndose de Lucrecia, ó mas bien, rechazándola de sí: —¡esto mas!...

Y desnudando la espada, empezó por herir á Buotti, de quien recelaba en primer lugar.

Creia que Lucrecia le habia tendido un lazo.

Buotti dió un grito, no de muerte, sino de ira, de sorpresa.

Gonzalo le habia herido en el hombro derecho.

La espada se habia caido de la mano del antiguo condotiero, que dió á correr, abandonando, no solo el lugar del combate que ya habia empeñado Gonzalo cubriendo la salida de la calleja, sino tambien á su señora, que á alguna distancia, irritada, asombrada, sorprendida, permanecia inmóvil.

XIII.

Gonzalo no habia tenido tiempo mas que para defenderse de la acometida de aquellos hombres que le habian embestido de repente espada en mano, y cuyo número, á causa de la oscuridad, ignoraba.

Se habia replegado contra la pared, y mantenia á distancia á los que le rodeaban.

Uno de ellos habia dejado el combate, y se habia dirigido á Lucrecia, que se alejó rápidamente hácia la casa de los Tres Ahorcados.

Aquel hombre la alcanzó, sin embargo, ya cerca de la casa.

—Deteneos, señora, —dijo: —no es bien que una princesa, tal como vos, se encuentre sola y de noche en el Trastévere: voy á acompañaros.

Aquel hombre no pudo hablar ni una palabra mas.

Otro hombre, que se habia despegado del oscuro hueco de la puerta de la casa de los Tres Ahorcados, habia adelantado silenciosamente, habia llegado junto al hombre que hablaba con Lucrecia, y le habia dado una puñalada en la espalda.

Aquel hombre cayó y quedó inmóvil, muerto.

—Pronto, pronto, señora, —dijo aquel estraño salvador de Lucrecia; —venid conmigo: yo soy Bonvinetto, vuestro poeta, vuestro esclavo, que al fin tiene la gloria de haberos servido de algo.

—¡Oh! sí; alejémonos de aquí; acompañadme, —exclamó Lucrecia, oyendo que el ruido de las espadas crecia.

Y asida del brazo de aquel estraño personaje, se alejó con él rápidamente, perdiéndose por la cercana calle de San Galicano.

XIV.

Entre tanto, Gonzalo habia puesto fuera de combate á tres de sus agresores: gracias á su camisote de mallas y á su birrete, bajo cuya cubierta de brocado habia un capacete de acero, no habia sido herido.

Pero los asesinos recargaron sobre él con una furia tenaz.

Los italianos han sido siempre muy diestros en esgrima; y á pesar de su valor, de su serenidad, de su destreza, de su fuerza, Gonzalo se fatigaba: la oscuridad era su mayor enemigo.

En medio de ella venia á dar una espada invisible en su sayo de mallas, ó en su capacete.

Heria poco, porque las espadas de los asesinos le obligaban á la defensa.

De improviso notó que parte de los asesinos se volvian para defenderse de una acometida por su espalda, y oyó una voz robusta que decia en buen español:

—¡Canalla infame! ¡y así creeis que se mata al mejor capitan del mundo!

Todo esto habia sucedido en cinco minutos, desde que empezó el

LUCRECIA BORGIA.

LAMINA 4.ª—Heria poco, porque las espadas de los asesinos le obligaban á la defensa.

ataque, hasta que se oyó la voz del hombre que acudió al socorro del Gran Capitan.

La suerte del combate cambió.

Lucharon durante un momento los asesinos, y al fin dieron á correr.

Cuatro de ellos habian quedado muertos.

Un hombre estaba de pié ante el Gran Capitan.

CAPITULO VIII.

De cómo Angiolina Crespi encontró su tercer amor, y de cómo el duque de Sessa no pudo encontrar al duque de Gandía.

I.

—¿Es amigo ó enemigo el que tengo delante?—dijo el Gran Capitan.

—Es un humilde servidor de vuestra señoría,—contestó el otro hombre en buen castellano.

—¿Sois vos el que me habeis ayudado?

—Sí señor.

—Pareceis español.

—He nacido en Búrgos.

—¿Cómo os llamais?

—Cristóbal de Villoslada, capitan de caballos, para servir á vuestra señoría.

—¿Cuántos pícaros hemos tendido?—preguntó Gonzalo.—La oscuridad es grande.

—Como la necesitan los asesinos,—respondió Villoslada, yendo de acá para allá, y tentando con el pié:—aquí hay cuatro hombres muertos, señor.

—Hacedme la merced de registrarlos, por ver si se les encuentra algo que sirva de indicio para saber quién ha ordenado esta traicion.

II.

El capitan Villoslada registró á los muertos, y ni aun pañuelo les encontró.

Solo halló en los bolsillos de dos de ellos algunas monedas, que se apropió.

Aquel era el miserable botin de la batalla.

—Eran gente ordinaria y perdida, señor, —dijo: —nada tienen sobre sí que huela á papel ni á señal.

—Pues adelante, señor Villoslada, —dijo Gonzalo.

—¿Hácia dónde, señor?

—¿Cuánto tiempo hace que estais en Roma?

—Cuatro años, señor: á Italia me trajeron mis desventuras.

—Conocereis, pues, las calles de Roma.

—Sí señor; una por una.

—¿Sabeis dónde estamos?

—Sí señor; en el Trastévere, en la calle de la Longaretta, donde está la famosa casa de los Tres Ahorcados, que es aquella donde se ve una luz.

—Decidme: ¿conoceis en el Trastévere alguna casa adonde acudan damas y galanes de aventura?

—No señor; pero se dice que en la casa de los Tres Ahorcados se oye algunas noches estruendo de festin: los vecinos dicen que es el diablo que se divierte; pero es muy posible que los diablos que se divierten en esa casa sean de los de por acá.

—Veámoslo, —dijo Gonzalo; —seguidme.

Y ambos se encaminaron á la casa de los Tres Ahorcados.

III.

Nuestros lectores recordarán que Lucrecia habia dado la llave de la puerta de aquella casa, que habia tomado del pié de la estátua de Céres en su jardin, á Gonzalo de Córdova, para que la guardase en su escarcela, donde permanecia aun.

Gonzalo llegó á la puerta de la casa, sacó la llave de la escarcela y vió que la llave correspondia á aquella puerta.

La abrió y dijo á Villoslada:

—Esperad aquí, caballero.

Y entró.

Villoslada se quedó en el dintel, apoyado en su espada desnuda y atento.

Poco despues oyó pasos.

—¿Quién va? —dijo, preparándose y cubriendo la puerta.

—Soy yo, capitan Villoslada, soy yo, —contestó Gonzalo: —la casa está enteramente silenciosa, y tan oscura, que no he podido dar con las escaleras: necesito una luz.

—La del Ecce-Homo, —dijo Villoslada.

—Es cierto, —contestó el Gran Capitan: —perdónenos ese divino Señor si le dejamos á oscuras: va en ello tal vez la vida de una gran persona: venid acá, servidme de escalera para alcanzar esa lámpara.

IV.

La lámpara, encerrada en un farolillo de hierro, de cristales sucios y ahumados, pendia por una cadena de un pescante de hierro.

El capitan Villoslada puso las manos en la repisa del nicho del Cristo, se encorvó, trepó sobre él el Gran Capitan, alcanzó al pescante, que por fortuna no era muy fuerte, le dobló, le retorció, le rompió, y saltó al suelo desde los hombros del capitan.

Provisto ya de luz, volvió á entrar en la casa.

Se encontró en una arcada greco-romana, pequeña, pero bella.

La siguió y entró en un patio, cuyas galerías estaban sostenidas por arcos de medio punto sobre columnas dóricas.

En el primer ángulo, á la derecha, encontró unas bellas escaleras de mármol blanco.

Continuó, atravesó dos antecámaras, y á través de los tapices de una puerta vió el reflejo de una luz.

Entonces dejó en el suelo la lámpara, y entró en el saloncito que ya conocemos.

En medio de él se veia á Angiolina desmayada aun.

El balcon permanecia abierto.

Gonzalo no habia podido ver el reflejo de la luz á través de aquel balcon, porque correspondia á la calle de San Galicano.

—¿Qué es esto? ¿Por qué está aquí esta dama desmayada, tan jóven y tan hermosa?—dijo el Gran Capitan: —ante todo cerremos este balcon, que si alguien sobreviene no vea luz.

Y le cerró.

—Es necesario socorrerla; ¿pero cómo?

Gonzalo miró instintivamente en torno de sí, y vió las botellas y las garrafas que habia sobre las mesas.

Vió entre ellas algunas de agua.

—¿Estará ese agua emponzoñada?—dijo;—pero no, no, donde hay vino no se emponzoña el agua; además, ni ella ni yo tenemos que beberla; dado caso de que esté emponzoñada, no será el veneno tan activo que por mojarme yo la mano y por rociarle el rostro á ella hayamos de morir el uno ni el otro; dicen que rociando con agua el rostro á las personas desmayadas vuelven en sí: yo no entiendo esto; probemos.

V.

Tomó una de las garrafas, se acercó con ella á Angiolina, hincó una rodilla, se echó agua en el hueco de la mano y roció el semblante de la jóven.

Fuese que ésta, por el tiempo que habia trascurrido volviese naturalmente en sí, ó á causa del agua que Gonzalo arrojaba sobre su semblante, el caso fué que Angiolina gimió, abrió los ojos, se incorporó y miró con atonía á Gonzalo, que arrodillado aun estaba junto á ella.

VI.

—¿Dónde está el duque de Gandía?—fué la primera pregunta de Angiolina.

—Eso, eso necesito saber yo,—dijo en muy mal italiano Gonzalo de Córdova,—¿dónde está Giovanni Borgia?

—Salió de aquí huyendo del puñal de un asesino,—contestó anhelante la jóven, que acabó de incorporarse y se puso luego de pié, ayudada por Gonzalo.

—Venid, venid señora; vacilais, no podeis teneros de pié,—dijo el Gran Capitan llevando á Angiolina hácia el camapé.

La jóven se dejó caer en él y continuó mirando anhelante á Gonzalo de Córdova.

—¡El puñal de un asesino!—dijo con un desprecio colérico el Gran Capitan,—pero señor, en Roma no hay mas que asesinos; los producen las piedras, como las ruinas producen las serpientes.

—¡Sí, sí, Jerónimo Savonarola! — exclamó con un terror invencible Angiolina.

—¡Cómo! ¡el hereje de Florencia!—exclamó con indignacion el Gran Capitan:—¡el protestante! ¡el excomulgado! ¡el maldito! ¿Y ese hombre está en Roma? ¿y ese hombre vende su brazo á la ambicion de César Borgia, de Lucrecia, qué sé yo de quién? ¡Oh! si yo fuera el rey mi señor, ¡á sangre y fuego por Dios y por el Santo Padre, su vicario sobre la tierra! ¡el hierro y el fuego hasta que no quedase ni un asesino, ni un traidor, ni un hereje!

—¿Quién sois, caballero? ¿quién sois?—exclamó asombrada Angiolina;—vestís como un rey y hablais como un héroe; pareceis extranjero.

—Extranjero soy, vasallo de los muy altos y poderosos reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, y capitan general del ejército de Italia: me llamo, para serviros, Gonzalo de Córdova.

—¡Ah! ¡el Gran Capitan!—exclamó Angiolina:—no en balde adivinaba yo en vos un héroe.

—Gracias, señora; yo no hago otra cosa que poner lealmente mi espada, mi cabeza y mi vida al servicio de Dios y de mis señores; despues al servicio de todos los que necesitan amparo.

—¡Dios os envia! —exclamó Angiolina.

—Procuro, señora, que no me envie á ninguna parte el diablo; y sin embargo, le he tenido al lado, al menos durante una hora; y en el diablo consiste que me encuentre á vuestro lado.

—¿Quién era ese diablo, señor Gonzalo de Córdova? —dijo Angiolina que parecia mas tranquila y menos impaciente, por tener noticias de Giovanni Borgia.

—El diablo con quien he venido hasta cerca de aquí y que ha desaparecido, dejándome el trabajo de quitarme de encima á estocadas unos cuantos miserables, es, segun creo, aunque me pesa de creerlo, algo pariente vuestro.

—¿Pariente mio? esplicaos: me parece comprender lo que quereis decir y me apresuro á rechazarlo; ese diablo tendrá un nombre, ¿cómo se llama?

—Ante todo, y antes de responderos, me parece que os habeis repuesto, señora.

—Sí, consiste en que junto á vos no tengo miedo; pero decidme, os lo suplico, el nombre de la mala compañía que os ha traido aquí.

—¿No conoceis el nombre de vuestra hermana, señora?

—Yo no tengo hermanos, —respondió Angiolina.

—¿Pues qué es vuestra la hermana del duque de Gandía?

—Lucrecia Borgia, y no mas que Lucrecia Borgia, —dijo ruborizándose vivamente Angiolina.

—¡Ah! —exclamó Gonzalo: —se os encienden las mejillas; entonces ¿qué es para vos el duque de Gandía?

—Un sueño que ha pasado; un sueño espantoso, señor Gonzalo de Córdova.

—¿Y ese sueño os ha dejado rubor?

—¡No, no! —exclamó con energía Angiolina; —he despertado de ese sueño tan pura como el primer albor de la mañana: ¡ah! el corazon nos engaña; yo creí que habia amado todo lo que podia amar, y al conocer al duque de Gandía conocí que no habia amado; le amé, le he amado con toda mi alma; pero yo soy altiva; es un miserable, un infame; es en fin, un Borgia.

—¡Los Borgias! —exclamó Gonzalo: —¡ah! que deje de contenerme la mano del rey mi señor, ó que se me venga á las manos en buen terreno un Borgia, y por mucho que pueda y valga, yo le haré conocer lo que puede y lo que vale Gonzalo de Córdova: ¡ah, qué infames! la infa-

mia en ellos crece; llega hasta tal punto que parece la infamia de un condenado que tiene por espíritu á Satanás: ¡y vos habeis amado á uno de esos infames!

—Tienen el rostro de un ángel, la palabra de un ángel, la mirada que embriaga, el pensamiento traidor que miente, la mano suave que acaricia la víctima para adormecerla, para herirla mejor: ¿sabeis por qué me mentia amor Giovanni? por un doble motivo, por un impuro libertinage que, favorecida por Dios, por mi dignidad y por mi amor, he sabido resistir, y por atraerse á mi padre; porque mi padre, señor Gonzalo de Córdova, es el patricio mas terrible de Roma.

—¿Cómo se llama vuestro padre?

—Alfonso Crespi.

—¿El abogado?

—El abogado.

—Siento que seais hija de tal padre, señora,—dijo Gonzalo;— no os ofendais.

Angiolina inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Si yo mandara un solo dia en Roma,—dijo Gonzalo de Córdova,— si pudiese apoderarme de Alfonso Crespi, su cabeza no permaneceria por mucho tiempo unida á su tronco.

—¡Ah! vos siendo extranjero, sabeis...

—Los reyes mis señores saben todo lo que pasa en Europa, allí, donde interesa que se fije la vista de España por la causa de Dios y por su derecho: Alfonso Crespi, sectario de Savonarola; Alfonso Crespi, *la heregía* que aspira al trono de San Pedro; hija de tal padre, ¿sois vos tambien hereje, señora?—añadió Gonzalo, en cuyo acento habia algo de horror.

—¡No, no!—exclamó Angiolina juntando las manos:—he estado á punto de perder mi alma, pero no la he perdido; las insinuaciones de un infame, de mi confesor, Gerónimo Savonarola, me sedujeron, me fascinaron; envolvieron mi alma en las densas sombras del error; me creyeron bastante seducida, y pretendieron valerse de mí, valiéndose de la impureza para apoderarse traidoramente del Vaticano; me hicieron conocer al duque de Gandía.

—¡Vuestro padre!

—Sí, mi padre,—contestó Angiolina, inclinando de nuevo su hermosa cabeza.

—¡Ah!—exclamó el Gran Capitan;—¡pero esto es horrible! parece que el fin del universo está próximo: estos hombres, estos miserables, estas bestias feroces, insaciables de oro, crímen y mando, todo lo sacrifican, todo; la honra de sus hijas, el corazon de sus hijas; su vida, su

alma; las piscinas de Roma se han ensanchado: Roma no es mas que una inmensa piscina, cuyo hediondo olor embriaga, en que no se puede permanecer siendo bueno, en que la tentacion salta de delante de los piés del hombre puro, del caballero sin mancha que penetra en ella; concluyamos, señora, concluyamos; no hablemos mas: decidme dónde hay que llevaros para que esteis en salvo; el Gran Capitan tiene miedo, empieza á dudar de sí mismo, á tener vergüenza de sí mismo.

—¿Por qué decís eso, señor?—exclamó Angiolina fijando en Gonzalo de Córdova una mirada irresistible, aunque involuntaria.

—¿Por qué? ¿por qué? porque esta maldita casa me ha trasformado; porque el vapor de la sangre, del lodo, de todas las impurezas del libertinaje rodean mi cabeza, me aturden, me embriagan.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó Angiolina;—no digais eso; vos, el caballero de los caballeros, el cristiano, el grande, no podeis, no debeis temer nada: callad, no me digais lo que por vos pasa; lo adivino en lo que pasa por mí.

—¡Lo adivinais!—exclamó Gonzalo de Córdova, poniéndose encendido como una doncella:—¡qué adivinais lo que pasa por mí!

—¡Oh!—exclamó Angiolina, lanzando una carcajada de loca:—mentira: los que hemos sido amamantados en un sér impuro, no podemos ser puros, mentira. Italia está corrompida, y no pueden hacer en ella nada que no esté corrompido: y bien, ¿qué importa? Estad en Roma, sed romano; yo soy romana, porque no he de ser mesalina. El amor ha pasado por mí dos veces, sin dejarme mas que un recuerdo de desprecio; que me arrastre consigo la tercera.

—¡Callad, insensata!—dijo Gonzalo;—callad: no busqueis vuestra desgracia y mi vergüenza: estoy sintiendo por vos lo que nunca he sentido; salgamos: separémonos cuanto antes; no volvamos á vernos mas; pero antes, señora, busquemos al duque de Gandía: para salvarle he venido yo aquí, por mas que sea un miserable; por mas que merezca cien muertes horribles, Gonzalo de Córdova no puede hacerse cómplice de un asesinato, consintiéndole, cuando puede evitarle.

—¿Y qué me importa á mí el duque de Gandía?—exclamó Angiolina, que se habia trasformado.

VII.

No era ya la niña pura, suspirante, que sueña un amor ideal.

No era ese ángel humano que parece que pasa sobre la tierra sin tocarla; no era la inocente en cuyo corazon el amor toma la forma de un ángel: era una mujer apasionada, terrible, que ha recibido de repente

la revelacion de la vida; era la sangre de la adúltera y del asesino que se revelaba en la hija; era una mujer de la Roma de aquel tiempo corrompido y corruptor; era un triunfo funesto de la belleza, de la grandeza, de la fama de Gonzalo de Córdova.

VIII.

—¡Que nada os importa el duque de Gandía!—exclamó el Gran Capitan,—¡y os encuentro desmayada en una casa adonde os ha traido su amor, y el primer nombre que pronunciais anhelante, al volver de vuestro desmayo, es el de Giovanni Borgia!

—El terror influye sobre el alma como el amor, Gonzalo: ¡ah! no dudeis de mí; no creais que yo soy lo que es Lucrecia Borgia: habeis pasado dos horas á su lado... ¡ah! esa mujer tiene la hermosura de Satanás; esa mujer tiene el alma de Satanás; os habreis enamorado de ella; sereis su amante, á la fuerza: ¿quién resiste á esa horrible sirena que se llama Lucrecia Borgia? si yo fuera hombre, me haria matar por ella, si me quedaba un momento de vida para sentirme amado por ella: si no me amaba, la mataria para que no amase á otro: ¡ah! sí; ¡qué dichoso sois! porque ya os habrá amado, sí; os habrá amado solo al veros; y ser amado por Lucrecia, ser amado por ella... ¡oh! yo no sabia lo que era amor, pero ya lo sé: ¡qué felicidad! un momento de gloria del amor por una eternidad de gloria: ¡ah! yo ignoraba lo que era el amor: ¡insensata! ¡y yo creia haber amado!

—Salgamos, señora,—dijo el Gran Capitan con acento trémulo.

—¡Ah! la amais; la amais, sí: temeis que ella sepa que habeis estado mucho tiempo al lado de una mujer, porque Lucrecia lo sabe todo: por ella teneis miedo de estar á mi lado.

—Sí, tengo miedo de estar á vuestro lado, porque vais á ser mi condenacion.

—¡Yo, señor! ¡que voy á ser yo vuestra condenacion!—exclamó con una alegría infinita Angiolina:—¡ah! ¡con que no me habia engañado! ¡con que en vos se ha hecho el mismo milagro que en mí! ¡con que habeis olvidado por mí, en un solo momento, todos vuestros amores, como yo he olvidado todos los mios!

—¡Ah! no; yo no puedo tener mas que un amor.

—¡Ah!—exclamó con una avidez suprema Angiolina:—ese es un amor maldito: el amor de un dia: tras ese amor está el veneno: que os digan los nombres de los amantes de Lucrecia Borgia: empezarian á nombrarlos desde por la mañana, y no habrian acabado por la noche: ¿no lo sabeis? Roma entera lo sabe: preguntad dónde están esos aman

tes: el Tíber guarda el secreto; las lagunas Pontinas podrian arrojar algunos de ellos: ¡ah! no la ameis, porque os matará; ó lo que es peor, si no os mata, ennegrecerá vuestra gloria: preguntadla qué fué de su primer marido; os responderá, juntando las manos, que ha llorado su muerte. ¡Infame!... Preguntad á Juan Sforza, señor de Pésaro, su segundo marido; y él os dirá: —Agradezco á los Borgias el que no me hayan matado; pero él, sin ventura, la ama; la ama, como aman todos los hombres á esa mujer.

IX.

Gonzalo escuchaba fascinado á Angiolina.

Habia en la inflexion de su palabra apasionada una armonía embriagadora; algo misterioso é irresistible.

La vibracion de un alma, que lanzaba de sí cuantos tentadores y deleitosos encantos puede producir la inocencia unida á la pasion dentro de una belleza incomparable.

Gonzalo de Córdova empezaba á ser el esclavo sin voluntad de una mágia incontrastable.

Su alma halagada, refrescada, satisfecha, salia á su semblante en una espresion de delicia inefable: en su sonrisa, en su mirada, la embriaguez se apoderaba de él.

—Yo, si es amor lo que ahora siento, no he amado nunca: ¿cómo os llamais?

—¡Oh! gracias; al fin necesitais saber mi nombre: me llamo Angiolina.

—¡Oh! Angélica, que diríamos en mi idioma castellano: pues bien, dejadme que os llame como os llamaria en mi país natal, Angélica: yo no sé si sois ángel de luz ó ángel de tinieblas: lo que sé es que nunca habia creido existiese una mujer tan hermosa como vos: resplandeceis, Angélica: por vos, á poco de haberos visto, á poco de haberos oido, me he olvidado de todo: de que estoy en Roma; de lo que he venido á hacer en Roma; de que he entrado en esta casa para salvar, si me era posible, al duque de Gandía.

—Oid, —respondió Angiolina: —al venir esta noche á esta casa, yo me creia amada, creia amar, venia anhelante á salvar, como vos, al duque de Gandía. ¡Oh! ese hombre, al revelarle yo que mi padre era amigo de Gerónimo Savonarola, que Gerónimo Savonarola me habia inspirado hace algun tiempo un sentimiento que yo, engañándome, habia creido amor, Giovanni Borgia cambió completamente: me dejó ver un alma horrible; se trasformó en otro hombre, que me aterró, que se me

hizo odioso, á quien no podia amar; sin embargo, aun duraba mi fascinacion, y estuve á punto de perderme por salvarle. De improviso apareció un monje terrible: en sus ojos brillaba con un fulgor sombrío la muerte; su mano levantaba un puñal; el duque huyó como un miserable, dejándome abandonada al furor de Savonarola; pero resonó ruido de espadas en la calle á lo lejos, Savonarola desapareció y yo me desmayé.

—¡Ruido de espadas en la calle poco despues de haber salido de aquí el duque de Gandía!—exclamó el Gran Capitan, en el cual se sobrepuso á todo la idea del asesinato del duque: —¿pudísteis juzgar hácia dónde resonó el ruido?

—Sí, hácia la calle de la Longara: el duque iba sin duda á refugiarse en la casa de su madre.

—¡Cómo!—dijo el Gran Capitan.

—Sí; Rosa Vannozia Borgia vive en la calle de la Longara, cerca del convento de Regina Cœli, donde me he criado yo.

—¡Oh! pues es necesario saber, es necesario averiguar: á pesar de las infamias del duque, nosotros no debemos dejar de buscarle y ayudarle, si es necesario. Venid conmigo.

—¡Ah, no! ¡Los bravos de César Borgia son unos hombres terribles! —exclamó Angiolina:—si esperan á Giovanni; si tropezais con ellos, podreis perecer.

—Ya he sido acometido por una banda de asesinos, y cuatro han quedado tendidos: no estoy solo; me acompaña un valiente capitan español, que espera abajo. Seguidme.

—Como vos querais, —contestó Angiolina, levantándose y poniéndose su manto, su antifaz y su sombrero.

X.

Gonzalo tomó para alumbrarse una de las bujías que ardian en los candelabros.

Al salir á la antecámara, Angiolina vió la lámpara que habia dejado allí Gonzalo.

—¡Ah! ¿qué es eso?—dijo.

—Necesitaba luz para entrar aquí, y he roto el hierro de la lámpara del Ecce-Homo que está en la esquina.

—¡Ah! sois un hombre admirable, —exclamó la jóven:—valor, generosidad, fuerza, todo se reune en vos: ¿por qué no os he conocido antes?

XI.

Bajaron las escaleras, recorrieron parte de las galerias inferiores, llegaron á la puerta, la abrió el Gran Capitan, y salieron.

Cristóbal de Villoslada esperaba espada en mano.

Gonzalo arrojó dentro la bujía y cerró la puerta.

—¿Ha acontecido algo, capitan?—preguntó á Villoslada.

—No señor, —respondió éste: —la calle ha permanecido silenciosa y tranquila.

—Bien; seguidnos, ó mas bien, precedednos; y puesto que conoceis las calles del Trastévere, llevadnos á la de la Longara.

El capitan echó delante, y Gonzalo y Angiolina, asida al brazo de su noble acompañante, le siguieron.

XII.

Muy pronto, despues de haber recorrido dos callejas, Villoslada se detuvo.

—Hé aquí que estamos en la Longara, señor, —dijo, —y que la Longara está tan silenciosa y tan desierta, como la Longaretta: nada tiene de estraño: acaba de dar la una en el reloj del Vaticano.

—¿Qué luz es aquella que se vé á lo lejos á nuestra izquierda?—preguntó el Gran Capitan.

—La de la Madonna del pórtico de la iglesia de Regina Cœli.

—¿No me habeis dicho, Angélica, —preguntó Gonzalo, —que en esta calle resonaron las cuchilladas?

—Sí.

—¿Y que en esta calle está la casa de la madre de Giovanni Borgia?

—Sí; es una gran casa de piedra, próxima á la iglesia.

—Adelantad, capitan Villoslada, —dijo Gonzalo; —reconozcamos bien la calle; id á nuestro lado; estendámonos, porque la calle es estrecha, y si hay algo, habremos de tropezar con ello.

XIII.

Pero llegaron al pórtico de la iglesia, esto es, al lugar donde habia sido asesinado el duque, y nada encontraron: ni una sola gota de sangre habia quedado sobre el pavimento de mármol del pórtico.

Con tal rapidez se habian echado sobre el duque los asesinos y le habian envuelto en su manto y en sus capas.

—Tomemos la lámpara de esta santa Madonna, como tomamos la de

aquel sagrado Ecce-Homo, —dijo el Gran Capitan: —no me satisfago hasta haber reconocido bien: un cadáver puede ser trasladado y arrojado al rio: pero en el lugar donde se ha cometido un asesinato, quedan rastros de sangre.

—¡Oh, qué noche tan horrible y tan venturosa á la par! —exclamó Angiolina.

XIV.

La lámpara de la Madonna, que era semejante á la del Ecce-Homo, fué arrancada por Gonzalo como aquella, llevándola en la mano Villoslada: la calle de la Longara, desde la iglesia de Regina Cœli hasta las callejuelas por donde habian entrado en ella Gonzalo, Angiolina y el capitan, fué únicamente reconocida, sin que se encontrase vestigio alguno.

—Pasemos al lugar donde nos desembarazamos de aquellos traidores, señor Cristóbal de Villoslada.

XV.

Se encaminaron allá á buen paso.

—Aquí fué, —dijo Villoslada deteniéndose en una bocacalle, —no tengo duda de ello; pero ya veis, señor; nada, no hay nada: los cadáveres han desaparecido: aquí se ha arrojado mucha agua: esto os convencerá de que se ha cuidado de borrar todo vestigio; lo que sucede en Roma no sucede en ninguna parte.

—¡El crímen, que medita friamente y que borra sus pasos! —exclamó el Gran Capitan: —volvamos á la calle de la Longara: no me satisfago hasta que haga todo lo que pueda hacer por el duque.

XVI.

Volvieron.

—Hé aquí la casa de Rosa Vannozia Borgia, —dijo Angiolina deteniéndose delante de una puerta.

—Ocultad la lámpara bajo vuestra capa, señor Villoslada, —dijo Gonzalo.

Villoslada la ocultó.

Solo quedó un débil reflejo sobre el suelo, á los piés de Villoslada.

Gonzalo se acercó á la puerta, levantó la enorme aldaba de hierro, y dió un fuerte golpe que retumbó de una manera hueca en el interior.

A poco se abrió una ventana en el piso superior.

—Velan, —dijo para sí Gonzalo.

—¿Quién llama á estas horas? —dijo desde la ventana una áspera voz de hombre.

—El capitan general del ejército español, Gonzalo de Córdova,—respondió éste.

—Esperad, esperad un momento, señor;—dijo dulcificando su voz el de la ventana:—voy á avisar á mi señora, si es que buscais á la señora Rosa Vannozia Borgia.

—Cabalmente,—respondió Gonzalo.

Se cerró la ventana.

—Es posible que esté aquí el duque,—dijo Gonzalo:—en la casa están despiertos, y esto es muy estraño á estas horas, Angélica.

—Demasiado estraño, Gonzalo.

—Esperad, esperad; siento abrir el balcon principal: ¡ah! se ve luz: una dama se asoma al balcon.

XVII.

Si Gonzalo hubiera podido ver á través de las maderas, hubiera notado que detrás de la hoja del balcon que no se habia abierto, habia una mujer, y que aquella mujer era Lucrecia, que escuchaba con toda su alma.

—¿Sois vos el Gran Capitan, caballero?—dijo en español la dama que se habia asomado al balcon.

—Así me llaman, mi señora,—dijo con su acostumbrada cortesanía Gonzalo;—¿y vos, sois por dicha la señora Rosa Vannozia Borgia?

—Vuestra servidora y vuestra amiga, señor Gonzalo de Córdova,—contestó Rosa con una voz dulce, insinuante, sonora, argentina, que revelaba sin embargo á una mujer de edad madura:—perdonadme si no conociéndoos os he hecho esperar: voy á mandar que os abran.

—Os lo agradezco, señora, pero no es ocasion esta de visitaros; solo queria haceros una pregunta: he buscado en su casa á vuestro hijo el señor duque de Gandía, y no le he encontrado: me importa mucho verle esta misma noche: ¿está por ventura en vuestra casa, señora?

—No, no señor,—respondió Rosa:—ha comido conmigo, con su hermano César y con nuestros parientes, en despedida de mi hijo César, que parte mañana á Nápoles para asistir con el legado de nuestro Santísimo Padre á la coronacion del rey Federico: á las nueve salió con su hermano César, y es posible que anden en alguna diversion, por lo cual no habreis encontrado en su casa á mi hijo Giovanni.

—Gracias, señora;—respondió Gonzalo;—y como nada mas tengo que deciros, perdonadme por lo que os he molestado, y tenedme por muy vuestro servidor.

—Puesto que por ahora no quereis honrar mi casa, señor Gonzalo de Córdova, os suplico no retardeis el placer que tendré de veros en ella, y tenedme por vuestra amiga.

—Gracias, señora: adios, y que él os dé muy buenas noches.

—Muy buenas noches, señor Gonzalo de Córdova.

XVIII.

El Gran Capitan, llevando del brazo á Angiolina, y precedido por Cristóbal de Villoslada, se puso en marcha.

Rosa y Lucrecia, que se habian abalanzado al balcon, permanecieron en él hasta que se perdió en una revuelta el reflejo de la luz que llevaba Villoslada.

CAPITULO IX.

El poeta Bonvinetto.

I.

Volvamos al momento en que Lucrecia, salvada por Bonvinetto, escapó por la calle de San Galicano.

A pesar del terror que la dominaba, vió el balcon abierto de la casa de los Tres Ahorcados, y el reflejo de la luz del interior.

—Ahí están,—dijo:—volveré.

Y siguió marchando apresuradamente.

En Roma, particularmente en el Trastévere, abundan en las calles los nichos con imágenes de santos y Madonnas, y las luces que arden en estos nichos, eran como hemos dicho anteriormente, el único alumbrado nocturno de la ciudad eterna. Merced á las luces de estas imágenes, por delante de muchas de las cuales pasaron sucesivamente Lucrecia y Bonvinetto, pudo verse la figura y el traje de éste.

Era un jóven como de veintiseis años, pálido y flaco á causa de su pobreza, que le mantenia en una casi miseria irredimible.

Tenia el semblante grave, lánguido, triste, simpático.

Su sonrisa tenia mucho de amargo; pero mucho tambien de resignacion.

En sus grandes ojos negros brillaba una tristeza ardiente.

Una larga cabellera, naturalmente rizada, ámplia, abultada, ondulante, daba á su cabeza mucho de romántico.

Era alto y cenceño, pero fuerte.

Vestia una gran caperuza, prolongada por delante en un pico acandilado, de paño negro, con ancha vuelta, que al prolongarse determinaba el pico; una camisa no muy limpia ni muy fina, cerrada en un puño al-

rededor del cuello; un jubon de paño, color de hoja seca, sin adorno de ninguna especie, ajustado al talle, prolongado sobre las caderas, cerrado por delante con cordones, con mangas perdidas, cuyo estremo llegaba hasta las rodillas, manga de punto azul, ceñida, calzas del mismo punto de lana azul; borceguíes de cuero negros con una pequeña punta retorcida; cinturon de cuero adobado, con hebilla de hierro, en el cinturon un puñal, y á la espalda, sujeto por una bandolera, un gran laud de seis cuerdas de metal.

Todo este traje estaba usado, deslustrado, raido, no muy limpio, amenazando abandonar á su dueño, probablemente antes de que su dueño pudiera reemplazarle con otro nuevo.

II.

Bonvinetto era una especie de antiguo trovador modificado: un poeta que cantaba los versos que escribia, acompañándose de un laud: una especie de mendigo decente, á quien se llamaba para amenizar las fiestas y las orgías, y para cantar serenatas á las damas durante la noche, pagado por los amantes.

Habia por entonces en Roma centenares de estos músicos; de lo que resultaba, que dividida y subdividida la ganancia, ganaba muy poco.

Bonvinetto, que era uno de los mas célebres, apenas ganaba para comer muy mal y para pagar el alquiler de una casucha aislada junto á las Termas de Diocleciano, es decir, al otro estremo de Roma, en relacion con el Trastévere.

III.

No era solamente la música y la poesia lo que ayudaba á medio vivir á Julio Bonvinetto: los amantes de poco ingénio acudian á él para que les escribiese sus cartas amatorias.

A mas de esto, Bonvinetto ejercia una industria criminal, á saber:

La falsificacion de billetes.

Muchas damas habian sido comprometidas ó deshonradas por correspondencias falsas, en que Bonvinetto habia imitado de una manera admirable la letra de las víctimas.

Bonvinetto se disculpaba de esto para con su conciencia con el siguïente sofisma:

—En Roma, y no solamente en Roma, sino en Italia, el libertinaje es una costumbre: no hay, pues, honra; por consecuencia yo no puedo quitar á nadie lo que no existe; á mas de eso, la intriga está en uso:

¿si me pagan la intriga, por qué no he de vender yo lo que todo el mundo compra?

IV.

No era este, por último, el término del modo de vivir de Bonvinetto.

Confeccionaba tambien filtros amatorios, decia la buenaventura y hacia el horóscopo.

De manera, que á mas de poeta, músico y falsificador de escritos, tenia algo de químico, de gitano, de nigromántico y aun de brujo.

Con toda esta múltiple ciencia, Bonvinetto, como ya hemos dicho, solo conseguia medio vivir.

V.

Gracias á que de vez en cuando, Lucrecia, á quien Bonvinetto entonaba de noche cantares de amor un tanto directos, aunque sutilmente envueltos por una ingeniosa forma y por un profundo respeto, solia mandar á Francesco Buotti diese algunos escudos romanos al músico.

En una ocasion, Bonvinetto se atrevió á ser algo esplícito en la letra de su canto nocturno, y Lucrecia mandó que le diesen una paliza.

Afortunadamente los bravos encargados de esta faena no tenian ojeriza á Bonvinetto, y á los seis ú ocho latigazos le dejaron escapar, sin otra avería que los cardenales, y algunas roturas en el sayo, que estaba demasiado enfermo.

Aquella noche, el audaz Bonvinetto pidió en un ingenioso cantar un generoso perdon á Lucrecia, y algun dinero para comprarse un sayo nuevo, á causa de que los palos habian puesto el que vestia en un estado indecoroso para un doctor en la *gaya sciencia*, con título de la academia de Tolosa.

Al otro dia, Francesco Buotti soltó una larga y dura reprimenda á Bonvinetto, que fué endulzada al final con algunos escudos de oro, mediante los cuales Bonvinetto se vistió de los piés á la cabeza, y pudo vivir desahogadamente dos meses.

En agradecimiento de esto, llovieron sobre Lucrecia cánticos, madrigales y sonetos, todos respetuosos, todos encomiásticos, todos recomendables por el talento y por la inspiracion que en ellos brillaba.

Lucrecia lo tomó á risa, estimó por otra parte en lo que valia el talento de Bonvinetto, le cobró una especie de afecto, y le envió con Buotti un bolsillo y una carta concebida en estos términos:

«Buen Bonvinetto: os concedo el título de poeta mio; pero con la con-

dicion de que no me escribais mas versos; os fatigais demasiado, y yo no tengo tiempo para leerlos: sale de vos un verdadero diluvio de metáforas, y temo que acabeis por volveros loco. Mi mayordomo os pagará todos los meses diez escudos. Solo se os permite de vez en cuando una cántiga nocturna. Que Dios os dé buenaventura.—*Lucrecia Borgia.*»

Bonvinetto, cuando se quedó solo, besó frenético esta carta, la cubrió de lágrimas y la guardó sobre el corazon, porque adoraba á Lucrecia.

Este era Julio Bonvinetto, que al fin habia logrado hacer un verdadero servicio á Lucrecia; un servicio terrible, puesto que por ella habia matado á un hombre.

VI.

Hasta que estuvieron bien perdidos dentro de un intrincado enmarañamiento de callejas, y á larga distancia de la calle de la Longaretta, Lucrecia marchó rápidamente y en silencio.

Al fin, cuando se creyó segura, se detuvo para tomar aliento, y se sentó en un poyo, bajo el soportal de una capilla en que habia una imájen de San Cristóbal, alumbrada por una lámpara.

Fatigaban demasiado el antifaz y el sombrero á Lucrecia, y se los quitó.

Estaba cubierta de sudor.

En Roma, el verano es terrible, de dia y de noche.

Bonvinetto permanecia respetuosamente de pié delante de Lucrecia, y se habia quitado la caperuza, no á causa del calor, sino por respeto.

Lucrecia habia abierto su manto, y se veian su rico traje y sus joyas.

VII.

Estaba hermosísima con su fatiga, con su escitacion nerviosa, con su palidez, con la espresion de su terror, que aun no habia podido dominar.

Lucrecia, por mas que se atreviese á todo, tenia el alma de mujer; la acobardaba el peligro, la causaba miedo y vértigos la vista de la sangre: no era una de esas escepciones, una de esas equivocaciones de la naturaleza, que podrian llamarse hombres-hembras.

VIII.

—¿Y cómo es, amigo mio,—dijo Lucrecia, —que estábais en la calle de la Longaretta tan á tiempo para favorecerme? me vais causando miedo: me parece que sois mi duende, mi espíritu familiar: donde quiera

que voy, á la primera mirada que dirijo en torno mio, encuentro vuestros ojos. ¿Quereis esplicarme esto, señor Bonvinetto?

—Esto consiste, señora, en que vos sois un luciente sol, y yo un planeta opaco que busca siempre vuestros resplandores.

—Vuestro ingénio,—dijo Lucrecia, sonriendo á pesar de la situacion y tal vez á causa de ella, porque esperimentaba un terror vago al verse á solas con aquel loco, cuya mirada candente la devoraba;—vuestro ingénio, amigo mio, es un tanto audaz; procurad que no me vea obligada á daros para un sayo nuevo.

—¡Ah, señora!—dijo Bonvinetto,—todo lo que yo reciba de vos me será dulcísimo, aun la muerte misma.

—Estais loco,—dijo Lucrecia nublando el semblante, y buscando instintivamente bajo su manto la empuñadura de su puñal.

—Quien se obstina en mirar al sol, señora, ciega,—dijo el audaz Bonvinetto:—¿qué hay de malo en que yo esté ciego por vos, en que ponga á vuestros piés mi vida, mi alma, que es lo único que poseo; y eso porque vos lo quereis?

—¿Me dais vuestra vida y vuestra alma?—dijo Lucrecia envolviendo en una mirada satánica á Bonvinetto.

—Soy muy desgraciado, señora, porque no tengo mas para sacrificároslo,—dijo Bonvinetto.

—Sois un hombre inteligente y bravo: ¿quereis entrar en mi casa?

—Suponed, señora, que San Pedro me dice: ¿Quieres entrar en el cielo, Bonvinetto? Pues bien, me causarian menos alegria estas palabras del portero del Paraiso, que las que acabais de pronunciar, señora: ¡vivir en vuestra casa, veros todos los dias, seguiros á donde os trasladeis, guardaros, tendido delante de la puerta de vuestro aposento mientras durmais, ser todo vuestro, entendimiento, corazon, puñal, veneno, cuanto querais; qué mas felicidad, señora!

—Sois, pues, mio; pero decidme, decidme cómo habeis podido estar junto á mí en el momento del peligro.

—Esta tarde, señora, acudí á ver la procesion pontifical: creí que vos asistiríais á ella: no fuísteis: ¿estará enferma?—me dije:—acudí á la portería del convento de San Sixto. Apenas llegué á ella, ví salir al señor Francesco Boutti.

—¿Está enferma vuestra señora?—le pregunté:—porque aunque el señor Francesco es capaz de cualquier cosa, yo me atrevo á todo por vos.

—¿Qué os importa?—me dijo con muy mala cara y con muy mal acento:—ea, quitáos de delante, sois muy importuno.

Y pasó.

Yo habia visto que el señor Francesco Buotti, al atravesar la portería, se habia metido una carta en la escarcela.

—¿Para quién llevará esa carta el compadre Buotti?—dije yo para mí:—esa carta es sin duda de mi señora.

Perdonadme; pero sentí una rabiosa necesidad de saber quién era la persona afortunada á quien vos escribíais, y me fuí detrás, á la larga, siguiendo al señor Francesco, que no paró hasta que se metió en el Vaticano, y en las habitaciones que en él tiene el general del ejército español.

—¡Ah!—dije:—si yo hubiera tomado á Granada, si yo me llamara el Gran Capitan Gonzalo de Córdova, ¿podria esperar que el resplandeciente sol que me deslumbra me escribiese? y quién sabe, tal vez nada tiene que ver en esto el amor: ¿no es ella la reina de Roma? ¿no amenaza á Roma ese Gran Capitan? Por lo mismo mi señora no querrá que nadie sepa que le recibe: de seguro mi señora pasará esta noche del convento de San Sixto al palacio Borgia.

Fuí á ponerme en acecho del convento de San Sixto, y en efecto, al oscurecer salió de él una litera.

Yo no tuve duda de que aquella litera, tras la cual iba el señor Francesco con ocho esbirros, os conducia.

Hasta la media noche he estado esperando envuelto en la sombra, y he visto algo.

—¿Y qué habeis visto?

—En primer lugar, he visto, cerca de la media noche, entrar por el postigo del jardin un hombre á quien he reconocido.

—¿Y qué hombre era ese?

—Vuestro hermano César Borgia.

—¡Cómo! ¡Mi hermano César ha estado esta noche en mi casa!

—Sí señora; y ha permanecido en ella hasta poco antes de que vos saliéseis acompañada de otro hombre que entró por el postigo de los jardines, poco despues de haber entrado el señor César Borgia.

—¿Y sabeis quién era ese hombre que me acompañaba?

—Sí señora: le he reconocido por su manera firme y altiva de andar, y por su acento español: yo estaba muy cerca de vos cuando salísteis con él: era el general del ejército español que está en Terracina: despues me fuí detrás: cuando entrásteis en vuestro batel seguí por la ribera del Tiber, le atravesé, y mientras los del señor César Borgia mataban al capitan español, adelanté hasta el lugar donde he tenido la felicidad de salvaros.

—¡Matar al capitan español!—exclamó Lucrecia pálida é irritada:—¡ah! no habrán podido: él solo vale por un ejército; pero si acometido por la traicion le han muerto alevosamente, ¡ay de sus asesinos! Ya he

descansado; ya debe haber desaparecido el peligro; vamos, llevadme otra vez á la calle de la Longaretta.

IX.

Lucrecia se levantó, se puso el antifaz y el sombrero, y echó á andar rápidamente y en silencio.

Bonvinetto no se atrevia á romper aquel silencio, y seguia á su señora, que adelantaba demasiado deprisa.

X.

Al llegar al desemboque de la calle de San Galicano en la de la Longaretta, Lucrecia levantó la vista buscando el balcon que antes habia visto iluminado con el reflejo de la luz del interior.

El balcon estaba cerrado.

—Ya no están ahí, —dijo: —¿qué habrá sucedido? al acometer al Gran Capitan creerian que era mi hermano Giovanni... ¿y se habrá éste salvado á causa de la equivocacion?... ¡Ah! —añadió en voz alta al volver la esquina: —la lámpara del Cristo se ha apagado.

—No, no señora; —dijo Bonvinetto, —aunque la noche es bastante oscura, como yo tengo algo de mochuelo, veo perfectamente que la lámpara ha sido arrancada: sin duda se la han llevado para encender aquellas luces que vagan allá á lo lejos, en el lugar donde fué acometido el capitan español que os acompañaba, y de donde huísteis vos aterrada.

XI.

En efecto; á la entrada de la travesía, desde la calle de la Longara al Tíber, se veian antorchas, y á su luz algunos hombres que se ocupaban en una operacion estraña; esto es: en arrojar agua de golpe y con grandes cubos en el empedrado de la calle.

Aquellos hombres tenian antifaz, y trascendian á bravos.

De improviso aquellas luces adelantaron, y Lucrecia y Bonvinetto se vieron obligados á tomar la entrada de una calleja inmediata, desde la cual observaron.

Tras los dos hombres que venian con las antorchas, venian cuatro sin ellas.

Se detuvieron frente á la casa de los Tres Ahorcados, junto á un hombre tendido é inmóvil.

Le reconocieron.

Estaba muerto.

—Alguna vez se habia de llevar el diablo á ese bruto, —dijo una

voz, por la que Lucrecia conoció á Micholotto: —buena noche de aventuras: vamos, cargad pronto con él: tengo la ropa mojada y pegada á la carne, y necesito descansar: que no quede aquí, como allá bajo, ninguna señal de sangre.

Despues de estas palabras, Micholotto se alejó.

Los cuatro hombres sin antorchas cargaron con el muerto, y los de las antorchas fueron alumbrándoles.

Poco despues volvieron con grandes cubos llenos de agua, y los arrojaron sobre la sangre del hombre á quien habia matado Bonvinetto.

Cuando la sangre estuvo completamente borrada, aquellos hombres se fueron, desaparecieron las luces, y todo quedó envuelto en sombra y silencio.

XII.

—Adelantemos hácia el Tíber, hácia el puente de San Sixto, —dijo Lucrecia; —pero adelantemos con precaucion: es posible que todavía estén por ahí esos miserables.

—¿No habeis reconocido, señora, al hombre que ha hablado con los otros que venian á recoger el muerto?

—No, —respondió brevemente Lucrecia.

—Pues era Micholotto, el capitan de los esbirros del señor César Borgia; yo me entenderé con ese hombre.

—Guardaos bien de ello, señor Bonvinetto, Micholotto es un tigre.

—¿Y qué me importa? Micholotto y yo nos entenderemos, señora, y estad segura de que al entendernos, Micholotto os servirá mejor que á vuestro hermano: pero ya hemos llegado al sitio del combate: lo veis, nada; mojado á trechos: el Tíber es el único que sabe ya lo que aquí ha sucedido: los vecinos, aunque hayan oido el estruendo, se habrán guardado muy bien de sacar la cabeza á la ventana, por temor de que les sucediese algo.

—Sigamos hácia el puente de San Sixto, señor Bonvinetto, —dijo Lucrecia.

Y guardó silencio.

Cuando llegaron al puente añadió:

—Bajad la escalerilla, señor Bonvinetto, y arrojad dos piedras al agua, en direccion al puente.

XIII.

Bonvinetto tomó dos piedras de las que abundaban en la márgen, bajó hasta la última grada de la escalerilla, tocando al agua, y tiró las dos piedras.

Poco despues se vió una sombra negra y larga que salia sin ruido de debajo del puente.

Era el batel de Lucrecia, que atracó al pié de las escaleras.

Lucrecia al sentir el choque, bajó y entró en el batel.

—¿Os han visto?—dijo.

—No señora,—contestó el hombre que estaba en el timon:—la oscuridad es densa, y mucho mas densa debajo de la arcada donde hemos permanecido ocultos.

—¿Ha vuelto el señor Francesco Buotti?—preguntó Lucrecia.

—No señora,—contestó el mismo hombre que habia hablado antes.

—¿Qué ha sucedido, Tiéppolo?—preguntó Lucrecia.

—Hace mas de media hora, mucho mas, despues de haber saltado vos en tierra, oimos ruido de espadas: temimos que estuviéseis en peligro, señora, y hubiéramos saltado tambien; pero ni teníamos espadas, ni órdenes, ni podiamos abandonar el batel: el ruido del combate cesó poco despues, y algunos hombres pasaron huyendo á la carrera sobre el puente: despues sentimos ruido en el agua al pié de esta misma escalera: llenaban cubos: no sé de dónde los habrian sacado; los tendrian escondidos entre las malezas de la ribera: de improviso se oyó en el agua el golpe de un cadáver que habian arrojado desde el puente: así, y mediando poco espacio de uno á otro, fueron arrojados otros tres cadáveres; por último, habiendo mediado un largo espacio, y hace poco tiempo, ha sido arrojado otro; hemos creido oir la voz de Micholotto que avivaba impaciente á los que trabajaban.

—Gracias, Tiéppolo,—dijo Lucrecia saliendo del batel y ganando la escalerilla:—ocúltate otra vez: si antes del amanecer no he venido, vuélvete á casa.

—Muy bien, señora,—dijo Tiéppolo.

Y el batel viró al mismo tiempo que Lucrecia y Bonvinetto subian las escaleras.

XIV.

—Á la calle de la Longara, señor Bonvinetto,—dijo Lucrecia.

Y encerrándose de nuevo en su sombrío silencio, rompió la marcha en paso rápido.

Muy pronto llegaron á la puerta de la casa de Rosa Vannozia, á la cual llamó Lucrecia con fuerza.

Á causa de lo avanzado de la hora, tardaron en responder.

Lucrecia se vió obligada á llamar dos veces mas.

Al fin se abrió una ventana, y una voz descortés y soñolienta dijo con acento áspero:

—¿Qué quereis á estas horas?

—Abre, Laurencio, y abre al instante.

—¡Ah! ¿sois vos, señora?—dijo Laurencio, trocando en cortés y respetuoso su acento descomedido:—perdonad; creí que serian algunos importunos de los que se entretienen de noche en despertar á los vecinos; allá voy.

Tres minutos despues se abrió la puerta, y apareció un hombre greñudo, sombrío, mal encarado, envuelto en un ropon rojo, con una linterna encendida.

XV.

—Entrad, señor Bonvinetto,—dijo Lucrecia:—cerrad vos, Laurencio.

—¿No traeis mas escolta que esta, señora?—dijo Laurencio, mirando con desprecio á Bonvinetto, que se puso pálido de cólera.

—Y es buena y bastante, Laurencio,—contestó Lucrecia, haciendo desaparecer con estas palabras la cólera de Bonvinetto:—es un bravo jóven: mientras yo hablo con mi madre, dále algo que coma y que beba, y trátale como amigo.

XVI.

Lucrecia, precedida por Laurencio y seguida por Bonvinetto, subió por unas bellísimas escaleras de mármol de Carrara, embellecidas por estátuas antiguas.

—¿Habeis sentido algun rumor en la calle?—dijo Lucrecia.

—No señora: cuando yo me propongo descansar, duermo como un tronco. Nada he oido: de seguro, á causa de mi sueño, habreis llamado mas de tres veces.

—Sí, y de tal modo, que creí haberme equivocado y estar llamando á la casa de los Siete Durmientes: ¿no ha llamado nadie antes que yo?

—No señora.

—Segun eso, el duque de Gandía no está en casa.

—No señora: ha comido hoy aquí con toda la familia, esceptuándoos á vos, que ni aun para asistir á la procesion papal habeis querido abandonar vuestro monasterio de San Sixto: ya sabíais que era una comida de despedida al señor César Borgia, vuestro hermano, que parte mañana á Nápoles; á poco mas de las ocho, terminada la comida, salieron juntos, y mas amigos que nunca, vuestros dos hermanos; los demás de la familia se fueron; y nadie, hasta que habeis venido vos, ha parecido por esta casa; debe ser muy tarde.

—Á lo menos, las dos de la mañana, —dijo Lucrecia. —Llevad á mi acompañante donde coma y beba, hacedle compañía, tratadle bien.

Lucrecia, que habia estado detenida algun tiempo hablando con Laurencio en lo alto de las escaleras, se dirigió á una mampara de cuero de Flandes que cerraba un pequeño pero bellísimo pórtico romano de mármol blanco.

—Esperad, señora, —dijo Laurencio; —está cerrado: andando por Roma los de Orsini, es necesario tenerlo cerrado todo; hasta á las habitaciones interiores hay que llamar: se han puesto cordones y campanillas; y esto que se ha hecho por necesidad, es bastante cómodo.

Laurencio tiró de una anilla dorada, á que respondió inmediatamente un sonido metálico.

—Aquí duermen tambien de veras, —dijo Laurencio, despues de haber esperado algun tiempo: —será necesario llamar qué sé yo cuántas veces.

Pero como para desmentir á Laurencio, se abrió en aquel momento la puerta.

CAPITULO X.

Rosa Vannozia.

I.

Apareció una mujer; mejor dicho, una dama alta, esbelta, vestida sencillamente con un ancho traje negro de seda, teniendo en la mano una bujía en una palmatoria de plata.

—¡Ah! ¿eres tú, Lucrecia?—dijo:—entra.

Y cerró la mampara, echando su llave.

Atravesaron algunas habitaciones, y se detuvieron en un magnífico retrete, ricamente amueblado y ornamentado, en que se armonizaban con el lujo lo artístico y lo sencillo.

II.

—Sufro horriblemente,—dijo Rosa, sentándose en un sillon:—me parece que sangre nuestra ha sido vertida por nuestra propia sangre.

—Yo tambien lo creo, madre, y estoy aterrada,—dijo Lucrecia, sentándose junto á Rosa.

III.

Parecian una mujer duplicada.

No habia entre ellas otra diferencia que la de que Rosa revelaba á primera vista alguna mas edad que Lucrecia, y que estaba sencillísimamente vestida, sin una sola joya.

Rosa no tenia mas que cuarenta y cinco años, pero apenas demostraba treinta.

Era una de esas beldades fuertes que conservan el aspecto de una gran juventud, aun cuando han llegado á su edad madura.

Tenia además una espresion mas sombría, mas triste, mas cansada, por decirlo así, que su hija.

El hastío, el cansancio de todo nublaba su hermosa frente, en que resplandecia aun la juventud.

En aquellos momentos estaba terrible.

Miraba de una manera sombría á Lucrecia.

IV.

—¡Estás aterrada como yo!—dijo.—Pues qué, ¿en efecto son ciertas mis sospechas?

—¿Y qué habeis sospechado, madre?

—¿No te he dicho ya que temo que sangre nuestra haya sido vertida por nuestra sangre?

—Y si lo habeis sospechado, ¿por qué no lo habeis evitado, señora?—respondió sombríamente Lucrecia.

—Ha sido una sospecha vaga, he temido engañarme: durante el festin he sorprendido una mirada horrible de César fija en Giovanni, que estaba hermoso y gentil como nunca; pero me ha parecido increible, no lo creo aun, háblame sin temor, Lucrecia; dime lo que sepas; prefiero una certeza funesta á lo horrible de la incertidumbre.

—Nada sé,—dijo Lucrecia,—y lo temo todo; y por eso he venido á buscar á vuestra casa á mi hermano Giovanni.

—Salió, acabado el festin, con César: ni el uno ni el otro han vuelto: me quedé inquieta vacilando; no me atrevia á avisar á Giovanni, á decirle:—¡Guárdate! ¡te van á matar!—Pudiera haber sospechado de César; porque, ¿quién mas que César mata en Roma?

—Cárlos Orsini,—contestó Lucrecia.

—Si Cárlos Orsini hubiese de matar á un Borgia, antes que á César, mataria al Papa; antes que á Giovanni, á César: no cometeria la imprudencia de avisar á los otros matando al menos temible: ya sé, ya sé que los Orsini beberian con placer nuestra sangre; que esterminarian, si pudiesen, como lobos hambrientos, á todos los Borgias; hasta á aquellos de nuestros parientes que no han salido de España; pero nunca empezarian por Giovanni: si yo dijese á éste: tén cuidado, sospecharia de César, y esto seria horrible; podria traer unas consecuencias funestísimas: es cierto que César está celoso de Giovanni, que le aborrece, que le envidia, que es capaz de todo; pero no creo sea capaz del fratricidio: esto seria la última y mas terrible maldicion de los Borgias: no me he atre-

vido á hablar, y sin embargo, mi cuidado ha crecido de momento en momento; me he recogido y me he desvelado; me venció al fin el sueño, y he despertado despavorida, creyendo oir ruido de espadas; me pareció que mataban á mi Giovanni; pero despierta ya, nada se oia, nada: me levanté, sin embargo, despavorida, me vestí rápidamente como me ves, y abrí un balcon. La Longara estaba desierta, silenciosa; habia soñado sin duda: cerré el balcon, y he permanecido velando atenta, cuidadosa: has venido tú, y tu venida ha acabado de aterrarme: habla, dime lo que sepas, no me ocultes nada; hay que temerlo todo, porque todo lo hemos sacrificado á nuestra ambicion; hemos llegado á todo lo horrible de la impureza y del crímen, y la maldicion de Dios pesa sobre nuestras cabezas.

—Nada sé, sino que la vida de Giovanni está amenazada por César, de esto no tengo duda, pero ignoro si el crímen se ha cometido ó no; ha habido sangre, cadáveres; yo misma he estado amenazada; es necesario de todo punto buscar á Giovanni y á César.

V.

En aquel momento se oyeron tres fuertes golpes á la puerta de la calle.

La madre y la hija se levantaron de una manera nerviosa, se acercaron al balcon, y escucharon.

Quien llamaba era el Gran Capitan.

VI.

Ya conocemos el breve diálogo que sostuvieron desde el balcon á la calle, Rosa Vannozia y Gonzalo de Córdova.

Cuando este diálogo terminó, cuando Gonzalo se alejó, Lucrecia salió al balcon.

A causa del reflejo de la lámpara que llevaba bajo la capa el capitan Villoslada, Lucrecia vió que en el brazo de Gonzalo se apoyaba una mujer.

—¡Ah! exclamó Lucrecia; es necesario que yo sepa á dónde van.

Y sin despedirse de su madre, escapó.

Al llegar á las escaleras encontró sentado en lo alto de ellas á Bonvinetto.

—¡Seguidme! dijo.

Y á oscuras, por el tacto, gracias á lo mucho que conocia la casa de su madre, llegó á la puerta, y descorriendo los cerrojos del postigo, salió seguida de Bonvinetto, dejando el postigo abierto.

—¿Veis á lo lejos aquel débil reflejo que avanza, que se va?—dijo á Bonvinetto:—es necesario no perderle de vista.

VII.

Rosa Vannozia no notó que Lucrecia se habia separado de ella, hasta que oyó su voz en la calle, despues de haber oido el ruido de los cerrojos.

—¡Oh!—exclamó Rosa:—¡esa miserable se olvida por otro de su hermano! pero su madre vive.

Y buscando un puñal, poniéndoselo en la cintura y cubriéndose con un manto, un antifaz y un sombrero, llamó á Laurencio.

—¡Pronto! ¡vístete! ¡ármate!—le dijo,—que se vistan y se armen otros dos: vamos al palacio Farnesio, y de allí al Vaticano.

En el palacio Farnesio vivia Giovanni Borgia.

El Vaticano era, y es, como todos saben, la residencia del Papa.

CAPÍTULO XI.

En que Lucrecia empieza á utilizar de una manera grave á Bonvinetto.

I.

—¿Por qué os he encontrado solo y á oscuras en las escaleras?—dijo Lucrecia á su nuevo servidor.

—Tenia muy mala cara el hombre con quien me dejásteis, señora, y como dicen que siempre hay un plato y una botella algo traidores donde quiera que hay un Borgia, he tenido miedo; he preferido mi hambre.

—Ó sois un miserable imprudente, ó un loco,—dijo Lucrecia sin dejar de andar deprisa.

—¿No me habeis tomado á vuestro servicio? ¿No estais segura, señora, de que soy vuestro hasta perder la vida? ¿Qué importa que os diga lo que siento, que os revele lo que conozco á los Borgias, si desde hoy soy un pensamiento y un brazo mas para vos? Pero callemos; pueden oir los que seguimos el rumor de nuestra conversacion y notar que son seguidos.

Lucrecia no contestó, y Bonvinetto guardó silencio.

II.

Siguieron.

Cuando Gonzalo, Angiolina y el capitan Villoslada llegaron al lugar en que habia sido acometido Gonzalo, éste, despues de haber reconocido el sitio, mandó á Villoslada arrojar la lámpara.

Lucrecia y Bonvinetto se vieron obligados á acortar la distancia para poder continuar su seguimiento, guiados por el ruido de los pasos.

III.

Gonzalo de Córdova, Angiolina y Villoslada atravesaron las callejas que separaban la Longaretta de la ribera, siguieron el puente de San Sixto, entraron sobre la orilla derecha por la calle de Pettinari, seguidos por Lucrecia y por Bonvinetto, se encaminaron á la plaza de España, tras la cual y al postigo del palacio de la duquesa de Urbino, llegaron media hora despues de haber atravesado el puente, seguidos siempre, y sin notar que eran seguidos, por Lucrecia y Bonvinetto.

IV.

—Vendré á veros mañana á la media noche, Angélica,—dijo el Gran Capitan, despidiéndose de Angiolina que habia abierto el postigo.

—Os estaré esperando con impaciencia,—contestó la jóven estrechando la mano del Gran Capitan,—dad cinco golpes cuando llegueis, con el pomo de vuestro puñal. Adios; no me olvideis.

—¡Ah! no puedo olvidaros, señora,—dijo Gonzalo.—Adios.

Y se separó del postigo que, Angiolina, despues de haber entrado, acababa de cerrar.

V.

—¿Para qué hemos de seguirlos?—dijo Lucrecia;—el capitan español, con el que le acompaña, se vuelve, de seguro, al aposento que el Santo Padre le ha dado en el Vaticano; pero ¿de dónde ha salido ese hombre que le acompaña? él estaba solo; no, no es Francesco Buotti; Francesco huyó cobardemente.

—Ignoro, señora, quién sea el hombre que acompaña al general español,—dijo Bonvinetto;—yo no pensaba mas que en vos, cuando los esbirros de vuestro hermano César os acometieron.

—Pero ¿estais seguro de que los hombres por quienes fuimos acometidos, eran esbirros de mi hermano?

—Segurísimo: oí hablar mientras ellos adelantaban por la orilla derecha del rio, siguiendo vuestro batel, á Micholotto: recordad que aquel de vuestros hombres con quien hablásteis al pié de la escalerilla del puente de San Sixto, os dijo que tambien habia reconocido la voz de Micholotto.

—¿Habrá querido tambien asesinarme César?—dijo para sí Lucrecia;—pero esto no es creible, no le conviene; me necesita: torzamos, torzamos á la izquierda,—añadió dirigiendo la palabra á Bonvinetto;—los soldados de Orsini están aposentados en el monte Pinziano, y aunque

lo probable es que estén recogidos en las casas, debemos evitar por prudencia un mal encuentro.

VI.

Torcieron á la izquierda; atravesaron algunas calles y se encontraron marchando hácia el puente de Sant Ángelo, por la orilla derecha del rio.

Media hora despues, Lucrecia y Bonvinetto estaban en el palacio Borgia, en el mismo retrete donde hemos presentado á Lucrecia por la primera vez.

Un bravo vulgar; un bravo secundario; uno de los esbirros de Lucrecia puesto á las órdenes de Francesco Buotti, su capitan, estaba tambien allí: le habia llamado Lucrecia.

—¿No ha venido por aquí el señor Francesco Buotti?—le preguntó.

—Sí señora,—contestó el bravo;—ha venido, y por cierto con una herida bastante grave en un hombro; á pesar de ello, ha tomado una espada y ha salido precipitadamente con ocho de vuestros esbirros.

—Bien; retírate: cuando vuelva el señor Francesco Buotti, díle que se me presente.

—Muy bien, señora,—dijo el bravo, inclinándose profundamente.

Y salió.

—¡Cuerpo de Baco!—murmuraba el bravo atravesando las ricas habitaciones de Lucrecia:—y ese pájaro nocturno, ese mendigo se queda con ella; y ella ha cerrado la puerta en cuanto he salido yo: ¡qué locuras cometen estas grandes señoras, y qué suerte tienen algunos pícaros! como si lo viera: mañana le hace el Papa caballero, se viste de tela de oro con el dinero que ella le dé, y ese canalla nos trata á pescozones; será necesario avisar al señor César Borgia para que alicorte á ese pájaro.

Y el bravo, que habia salido á las galerías, continuó, murmurando, hácia las escaleras.

VII.

—Pedidme lo que querais, Bonvinetto,—dijo Lucrecia terriblemente escitada;—pero poned en mi poder á Angiolina Crespi.

—¡Cómo! ¿que ponga en vuestro poder á la hija del abogado Crespi, uno de los hombres mas poderosos de Roma?

—Pedid, pedid lo que querais, y no me opongais dificultades.

—Que pida lo que quiera; ¡ah! seria para eso necesario que yo acabase de cegar; que acabase de volverme loco: lo que quiero, ya lo sabeis; tened en cuenta que no lo pido, que no estoy loco aun, que no

quiero morir, porque cuando muera, no os veré: no os enojeis, he concluido ya; no volveré á hablar ni una palabra acerca de esto: ¿quereis tener en vuestro poder á la hermosa Angiolina Crespi? la tendreis, y la tendreis de balde; no quiero nada.

—¿Y cuándo?—dijo Lucrecia, acentuando sombríamente su pregunta.

—¿Cuándo? cuanto antes: esta misma noche. Odíais á esa mujer por la misma razon que yo odio desde ahora á Gonzalo de Córdova: la odíais porque creeis que el Capitan Gonzalo la ama; y yo odio al Capitan Gonzalo porque le amais vos.

Miró de una manera terrible Lucrecia á Bonvinetto.

—Teneis razon; me he olvidado de mi promesa; no volveré á hablar ni una sola palabra acerca de lo que siento: ¿quereis que me apodere esta misma noche de esa muchacha? me apoderaré; no sé cómo, pero vos lo quereis, y por vos soy yo capaz de un imposible: ¡ah! sí, tengo el medio: si esa mujer está enamorada del Capitan Gonzalo, estará loca por él, y de los locos se hace lo que se quiere cuando se halaga su locura: yo sé dónde duermen las damas de la duquesa de Urbino: muchos enamorados me han pagado para que cante de noche debajo de sus balcones: yo estaba muy mal con mi oficio de cantor mendigo, pero ahora me alegro de serlo, porque mi oficio os puede servir de algo: las damas de la duquesa de Urbino tienen sus aposentos sobre el postigo, por donde ha entrado Angiolina; iré, y cantaré unos versos que ella comprenderá perfectamente, porque los oirá, estará desvelada, abrirá el balcon; entonces la diré que el Capitan Gonzalo la espera, que tiene que revelarle grandes cosas.

—Esperad, esperad, completemos nuestro proyecto: me han dicho, ó me habeis dicho esta noche, no sé, porque mis ideas se confunden, que falsificais admirablemente la escritura de cualquier persona.

—No os han engañado, señora.

Lucrecia se levantó, abrió una papelera, sacó de ella una carta y la presentó á Bonvinetto.

—Ved si podeis escribir una carta, cuya letra sea enteramente igual á esta.

—No solo puedo, señora, falsificar esta carta, sino que puedo tambien falsificar el sello de armas de cera con que ha estado cerrada: escudo ducal; ¡ah! estos poderosos señores son muy afortunados.

VIII.

La carta decia así:

«Señora: He recibido una carta vuestra, en que me rogais que para

tratar de asuntos que importan mucho á Su Santidad, á los reyes, mis señores, y al orbe cristiano, vaya á veros secretamente esta noche á vuestro palacio, cerca del cual encontraré á uno de vuestros servidores, encargado de conducirme hasta vos.

Tened la seguridad de que iré.

Guárdeos Dios.—Del Vaticano á quince de agosto de mil cuatrocientos noventa y siete.—*Gonzalo de Córdova.*»

IX.

—Empecemos por el sello, señora,—dijo Bonvinetto:—necesito una bujía encendida, cera de sellar y un poco de aceite.

—¡Aceite!—dijo Lucrecia;—¡pedir ahora aceite! esto puede parecer estraño.

—¿No teneis aceite perfumado para vuestros cabellos, señora?

—¡Ah! es verdad,—dijo Lucrecia:—esperad; vuelvo al momento.

Y abrió la puerta y salió, volviendo á cerrarla.

—¡Ah! desconfias de mí,—exclamó Bonvinetto;—haces bien; pero has dejado tu papelera abierta.

Bonvinetto se acercó á la papelera y se apoderó de algunos papeles.

—¡Ah!—dijo;—esto no sirve; estrañas cuentas.

«Al Picardo, doscientos escudos.»

—El precio sin duda de un asesinato.

«Á Bernardini, cincuenta escudos para una librea.»

—Esta mujer lleva las cuentas de su casa como un mayordomo: todo es así; estos papeles no me sirven; me estoy entreteniendo demasiado.

Puso los papeles en el sitio donde estaban y abrió uno de los cajones interiores.

Su mano tropezó con un objeto plano y duro: le sacó.

Al sacarle, la luz de la lámpara arrancó de aquel objeto vivos destellos.

Era un medallon de oro guarnecido de rubíes.

Ya sabemos que el color rojo era el color de la terrible divisa de los Borgias.

Aquel medallon era un magnífico retrato en miniatura de Lucrecia, en mosáico, que la representaba coronada de pámpanos, suelta la vestidura, descubiertos los hombros y el seno, de medio cuerpo, con el tirso en la mano, como bacante, en fin.

—¡Ah!—exclamó Bonvinetto, guardando apresurado el medallon bajo su sayo, y cerrando el cajon:—un regalo de amor, destinado tal vez á ese Gonzalo de Córdova, y que ha venido á mi poder: la siento venir; no importa ya.

X.

La puerta se abrió y apareció Lucrecia con una bujía y un pomo de oro que habia tomado de lo que podia llamarse su tocador.

Puso ambas cosas sobre la mesa redonda de mosáico que estaba en el centro del retrete, y volvió á cerrar la puerta.

Despues tomó de la papelera un tintero de oro, una cartera de marroquí estampado, y un pedazo de cera encarnada, dura y consistente, muy semejante al lacre, que servia entonces para sellar.

Bonvinetto cubrió con una capa de aceite, que tomó del pomo, el sello de la carta del Gran Capitan.

Despues sacó de la cartera papel, y derritió sobre él parte de aquella especie de lacre.

Le dejó enfriar un poco, y blando aun, le oprimió sobre el sello ducal de Gonzalo de Córdova.

Gracias á la capa de aceite, la una cera no se unió á la otra cera, y cuando Bonvinetto levantó el papel, apareció perfectamente estampado en hueco el sello del Gran Capitan.

—¡Ah!—exclamó Lucrecia:—valeis mas de lo que yo creia: mereceis que se os proteja.

—Esperad, esperad aun, señora,—dijo Bonvinetto.

Y tomó papel de la cartera, volvió la carta del Gran Capitan, examinó un momento su escritura, tomó la pluma y dijo:

—Decidme lo que querais que escriba el señor Gonzalo de Córdova á la señora Angiolina Crespi.

—Escribid,—dijo Lucrecia.

Y añadió dictando:

«Angiolina de mi alma: Por sucesos imprevistos, conviene que salgas al momento y entres en una litera que te esperará para traerte á mi lado.—Tu *Gonzalo.*»

XI.

Cuando Bonvinetto acabó de escribir, Lucrecia lanzó un grito de alegría.

Comparada la carta escrita por Gonzalo de Córdova con la falsificacion hecha por Bonvinetto, no existia diferencia alguna en los rasgos y en la forma de la escritura.

—Concluyamos,—dijo Bonvinetto, tomando la estampacion en hueco del sello de Gonzalo de Córdova, y cubriéndola con una capa de aceite.

Luego cerró la carta, ó por mejor decir, la falsificacion, y dijo:

—¿Cómo pongo el sobrescrito?

—A la señora Angiolina Crespi, —contestó Lucrecia.

Bonvinetto escribió.

Despues, cuando se hubo secado el sobrescrito, derritió cera sobre el cierre de la carta; esperó á que se enfriase un poco, y oprimió sobre ella la estampacion en hueco del sello.

Cuando lo despegó, apareció el sello del Gran Capitan, admirablemente falsificado.

XII.

—Y bien, —dijo Bonvinetto, —¿para qué esta carta? ¿se han escrito antes estos dos señores?

—No: se han conocido esta noche.

—Entonces, pues, es inútil esta falsificacion.

—Torpe, —dijo Lucrecia; —abrid ahora esa carta.

—¿Y para qué?

—Abridla, porque esa carta no debe abrirla Angiolina.

—No os comprendo.

—Por eso os llamo torpe; esa carta debe aparecer mañana en la habitacion abandonada de esa mujer.

—¡Ah! con harta razon dicen que los Borgias son hijos del diablo,— observó Bonvinetto.

—¡Sí; para vengar un amor ultrajado, despreciado! —exclamó con la mirada y con el acento lúgubres, Lucrecia.

—Gracias, señora: veo que me hablais como debe hablarse á un buen confidente, como si habláramos con nuestra propia conciencia; gracias, señora.

Y el acento de Bonvinetto era frio y profundamente amargo.

—Sí, es verdad; —continuó, —mañana encontrarán esta carta en la habitacion de Angiolina; la encontrarán, porque yo entraré en esa habitacion, aunque tenga que meterme en ella á través de las paredes; lo quereis vos, y será; y caerá sobre ese capitan español una mancha oscura; se le pedirá una mujer que habrá desaparecido; y en vano se desesperará, se irritará. ¡Oh! la venganza de los Borgias: Dios me libre de ella.

—Pues bien; procurad no merecerla, señor Bonvinetto; no os alenteis porque yo use de vos; el que no sabe romper el instrumento de que se sirve, el que no pueda evitar que ese instrumento se vuelva contra él, que no le use: os advierto que yo soy muy prudente; que os sirva esto de aviso.

—Yo no puedo seros traidor, —dijo Bonvinetto.

—Mejor es así: pero basta ya: esperad, voy á mandar que preparen

la litera; el hombre que vaya mandando á los destinados á escoltar la litera, irá informado de lo que debe hacer: vos, no teneis que hacer otra cosa que sacar á Angiolina de casa de la duquesa de Urbino, y conducirla hasta la litera; despues, haceis de modo que esa carta quede en el aposento de Angiolina: tomad,—añadió, sacando de la papelera un puñado de escudos de oro, y dándoselos:—vivid bien: gastad cuanto querais: yo no os quiero en mi casa: me sois demasiado útil para procurar evitar que nadie sepa que estais á mi servicio.

—Vuestra voluntad es para mí un precepto, al que no puedo desobedecer.

Lucrecia cerró la papelera, guardó la llave, y salió.

XIII.

—La has cerrado tarde: mejor; cuando la dejaste abierta, estabas como ahora, loca: si la hubieras dejado ahora abierta tambien, tal vez al cerrarla luego hubieras desconfiado, hubieras examinado, hubieras encontrado que faltaba de esa papelera tu retrato. No comprenderás cómo ese retrato ha desaparecido, ó al menos, no tendrás la certeza de que he sido yo quien te lo ha robado; porque no te acordarás de que me has dejado aquí solo con esa papelera abierta: estás ébria de rabia, de celos, de venganza. Los ébrios no se acuerdan de lo que han hecho durante su embriaguez: ¡ah! ¡que tú rompes el instrumento de que te sirves! veremos si me rompes á mí, hermoso demonio, ó si soy yo quien te rompo.

XIV.

Bonvinetto calló.

Se oian los fuertes, los precipitados pasos de Lucrecia, que se acercaba.

Abrió la puerta y entró.

Venia mas pálida, mas descompuesta, mas terrible que antes.

—Salid,—dijo á Bonvinetto,—abajo os esperan ocho hombres y una litera, que van á vuestras órdenes: decid á esos hombres, únicamente para que os reconozcan: la señora me envia.

—¿Y despues?—preguntó Bonvinetto.

—Despues, cuando Angiolina esté ya en la litera, idos á donde querais: cuando necesiteis dinero, pedidlo á Francesco Buotti: cuando yo os necesite, se os buscará. Idos.

Lucrecia era para Bonvinetto una señora que mandaba y pagaba.

Bonvinetto se inclinó, y salió murmurando al pasar por las habitaciones de Lucrecia:

Lamina 5.ª — ¿Quién sois? ¿Qué haceis aquí?

—Me das oro, me mandas como á un perro, y no es esto lo que yo quiero de tí, no: ya nos veremos, señora Lucrecia Borgia: llegará un dia en que sabremos quién es el señor y quién el esclavo, si tú ó yo.

XV.

Salió á la galería, bajó las escaleras, y encontró en el patio del palacio una litera y ocho bravos, cubiertos con antifaces.

Uno de ellos salió al encuentro á Bonvinetto, y le dijo:

—¿Quién sois? ¿qué haceis aquí?

—La señora me envia, —dijo Bonvinetto.

—Estamos á vuestra disposicion, —contestó el hombre que habia hablado con Bonvinetto.

—Pues bien, —dijo éste, —á la ciudad, al postigo del palacio de la duquesa de Urbino.

XVI.

El hombre con quien Bonvinetto habia hablado se acercó á los otros y les dió algunas órdenes.

Dos de ellos cargaron con la litera, y todos, con Bonvinetto, salieron por la puerta principal del palacio, y luego de los jardines por el postigo.

Despues se perdieron en la oscuridad.

XVII.

Apenas habia salido Bonvinetto del retrete de Lucrecia, se abrió la puerta y apareció Francesco Buotti.

Traia el brazo izquierdo en cabestrillo.

—No sabia yo, —dijo Lucrecia con cólera, —que eras tan miserablemente cobarde. Hé aquí que yo he protegido, he enriquecido y he ennoblecido á un vil instrumento que solo sirve para matar á traicion.

—Si no huyo, muero, y de una manera inútil: no podia ya defenderme; necesitaba salvarme para salvaros ó para vengaros: estais irritada, y me decís lo que no pensais: bien sabeis que el viejo lazzaroni napolitano no conoce el miedo, y que jamás se olvida de la prudencia: sobre todo, señora, quien me ha herido ha sido Gonzalo de Córdova: ¿qué ha hecho por vos ese caballero, ese soldado invencible, ese héroe? ¿os ha salvado, ó ha huido tambien, y os habeis visto obligada á salvaros á vos misma?

—Gonzalo de Córdova no se llama Francesco Buotti; no es un mi-

serable lazzaroni huido de Nápoles: Gonzalo de Córdova ha muerto por sí mismo á cuatro bravos de César Borgia.

—¿Y quién ha matado el quinto, señora?

—¡Cómo! ¿sabes?...

—Sí, sí señora, yo lo sé todo; no me llameis cobarde ni miserable, porque aun en vuestros lábios, que pueden decírmelo todo, esas palabras me irritan y me enloquecen. ¡Mirad!—añadió, acercándose y abriéndose violentamente el sayo:—tengo completamente atravesado un hombro; he perdido mucha sangre; me he curado en la cabaña de un pescador, como pudiera haberse curado un perro, y no he venido aquí á meterme en el lecho, á decir que llamen á los cirujanos, no; he venido por gente nueva que no fuese tan villana como la que nos acompañaba, que se ha vendido á César Borgia: he recorrido todo el Trastévere; he sabido que habíais estado casa de vuestra madre; que habíais salido de ella; que vuestra madre habia salido tambien: he sabido por los pescadores de la ribera que han sido arrojados por el puente de San Sixto cinco cadáveres al rio: os traigo además la noticia cierta de que vuestro hermano el duque de Gandía ha sido asesinado.

—¡Cómo!—exclamó Lucrecia palideciendo y temblando.—¿Quién te ha dicho eso?

—Siempre hay entre la sombra un ojo que mira el crímen; un oido que oye las palabras de la agonía del asesinado y el rugido de los asesinos: ese ojo y ese oido han sido en esta ocasion los de un pobre estúpido desventurado: los de Giuseppe Farfanelli, que, sin familia, sin hogar, se ampara de la Santa Madonna del pórtico de la iglesia de Regina Cœli, y duerme en un hueco debajo del cajon de los expósitos: yo veo bien; yo no pierdo nada de lo que conviene mirar; yo ví, al reconocer el pórtico de la iglesia, al estúpido replegado en su hueco, pálido, con los ojos desencajados, temblando: me acerqué á él, y me dijo, replegándose aun mas:

—¡Yo no he sido!... ¡yo no he sido!... ¡eran unos hombres negros...! ¡ah! ¡ah! ¡ah!... El otro tenia miedo, mucho miedo... ¡ah! ¡ah! ¡ah!... ¡Yo soy el duque de Gandía! ¡yo soy el duque de Gandía!... ¡no he sido yo, no! ¡no he sido yo! ¡mi madre la Santa Madonna lo sabe!... ¡se lo llevaron! ¡se lo llevaron! ¡y luego han venido otros, y han mirado, y no me han visto!... ¡No he sido yo! ¡han sido los hombres negros!... ¡Oh, qué espadas tan largas! ¡Oh, y cómo las metian en el cuerpo del otro!... ¡Se lo llevaron yo no sé á dónde! ¡yo no lo sé!

—¿Qué has hecho de ese estúpido?—dijo Lucrecia.

—Le protegia la Santa Madonna,—dijo con todo el fanatismo de un napolitano, Buotti.

—Ha hecho bien, —dijo Lucrecia: —¡pobre desventurado! de ti hay que temerlo todo, Buotti; eres un lobo que nunca se harta de sangre; por ejemplo: aun tienes en tu puñal la del bravo, la del esbirro de César que mató á Pietro Basti: éste era al fin un asesino; pero ya sabes que me repugna la sangre.

Lo que no impide que alguna vez sea necesario verterla.

—Estos tiempos traen estas cosas: para no morir es necesario matar; pero cuanta menos sangre mejor; perdona lo que te he dicho: la muerte de mi hermano; los sucesos que han sobrevenido, me tienen fuera de mí. Necesito salir otra vez: ¿puedes acompañarme?

—Sí.

—Que se armen todos los hombres que se pueda; mis guardias, mis esbirros: vamos á la campiña, al Borgo Fortesse, que está algo lejos: que ensillen para mí un palafren, para tí un caballo; que mis hombres de armas vayan á caballo tambien; que los esbirros adelanten y se estiendan por el camino; que se lleven hachas de viento á fin de que podamos ver á alguna distancia: la campiña está infestada de bandidos, y no quisiera nos sorprendiesen.

XVIII.

Media hora despues, uno de los atalayas del Gran Capitan, que velaba en el monte Vaticano, decia á su alférez:

—Venid, señor Maldonado; asomaos al muro; mirad: ¿qué antorchas serán aquellas que se ven á lo lejos á la derecha del rio? Allí van hombres de armas: ¿no veis cómo la luz de las antorchas refleja en los arneses?

Cinco minutos despues, cuatro ginetes á la ligera, envueltos en la sombra, avanzaban al galope por la izquierda del rio.

Los caballos se fatigaban, porque corrian sobre la arena; pero á causa de esto no se oia su carrera.

Media hora despues, un veterano de los de Gonzalo decia al alférez de guardia:

—Señor Maldonado, eran treinta buenas lanzas gruesas, armadas con arneses redoblados de punta en blanco, sin sobrevestas, sin estandarte, y aun sin guion: en medio de ellas iban, sobre un palafren, una dama con manto negro, sombrero y antifaz; á su izquierda un hombre á caballo, tambien con antifaz y manto negro: los que llevaban las antorchas iban á pié y enmascarados: toda esta gente se ha metido en ese antiguo palacio que se llama Borgo Fortesse, y cuyos muros lame el rio.

—Idos á descansar, Perez, —dijo Maldonado.

A seguida el alférez se puso sobre su medio arnés un tabardo, en vez de su capacete una gorra, y se fué al palacio del Vaticano, y llegó á un postigo, junto al cual habia un guardia del Papa.

—Dejadme pasar, hidalgo, —dijo Maldonado en mal italiano, pero comprensible:—vengo á ver para un asunto importantísimo á mi general el señor duque de Sessa.

CAPÍTULO XII.

En que se dicen cosas que no han podido decirse antes.

I.

El monge Gerónimo Savonarola habia entrado, como sabemos, fugitivo, desconcertado, irritado, casa de Alfonso Crespi, en la plaza Colonna.

Le buscó inmediatamente.

El mayordomo de Crespi le dijo que su amo no estaba en casa.

—¿Dónde está, pues?—dijo Savonarola impaciente y sombrío.

—Ha ido al monte Pinciano,—contestó el mayordomo.

—¡A ver á Cárlos Orsini! ¡á ese miserable! ¡á ese traidor que vacila entre el Papa y la Reforma! ¡Oh! no hay Italia; esto es un lodazal en que se agitan gusanos hambrientos y se devoran para saciar su hambre.

Por de contado, el mayordomo de Crespi no oyó estas palabras, porque Savonarola las habia pronunciado de una manera ronca é ininteligible.

—Que me acompañen dos,—dijo en voz alta;—necesito ver á vuestro señor; por lo que pueda suceder, tener preparadas maletas y cuatro caballos.

—Muy bien, venerable Maestro,—dijo el mayordomo.

II.

Algunos minutos despues, Savonarola, cubiertos los hábitos con un gran manto negro, echado sobre la cabeza el negro capuchon de su hábito, avanzaba por el Corso hácia la plaza del Pópolo, acompañado de dos criados de Crespi, que llevaban las espadas desnudas, y que, como to-

dos los criados de la gente principal de Roma en aquel tiempo, eran gente brava y capaz de todo, porque para todo se les usaba.

III.

Al llegar á la plaza del Pópolo, de junto á una hoguera, alrededor de la cual velaban algunos hombres de armas, se levantó uno, y dijo á Savonarola:

—¿A dónde vais? ¿qué quereis? ¿no sabeis que aquí velan los leones de Orsini?

—Hablad con mas respeto,—dijo severamente Savonarola;—podríais pasarlo mal por ignorante: decid al señor Cárlos Orsini que aquí está el Maestro de Florencia.

El hombre de armas se retiró receloso, como quien respeta de mala gana á un hombre á quien no conoce y que se ha atrevido á reprenderle.

Le causaba pavor la negra figura del monje, que se alzaba rígida, tiesa, amenazadora, delante de él.

Savonarola tenia mucho de espectro.

El hombre de armas entró en la plaza y se perdió en ella.

Savonarola esperó inmóvil en el mismo lugar en que se habia detenido.

Los dos criados de Crespi, espada en mano y completamente encubiertos, estaban tambien inmóviles detrás de él.

IV.

Aquellos hombres de armas, que, situados á la entrada de la plaza, en medio del Corso, alrededor de una hoguera, bebian y charlaban, ó dormian, eran lo que podia llamarse una avanzada del ejército de Orsini, que, posesionado del monte Pinciano, ocupaban la plaza del Pópolo.

Dentro de ella se veian algunas hogueras mas, cuya luz reflejaba en los arneses de los hombres que las rodeaban.

Los del puesto avanzado, ante el cual permanecia inmóvil Savonarola, no hicieron mas caso de él que sino hubiera estado allí.

Al cabo de algunos minutos volvió el hombre de armas que habia ido á anunciar á Orsini la llegada del *Maestro de Florencia*.

—Seguidme,—le dijo,—mucha persona debeis ser, porque mi señor ha puesto muy buena cara cuando le he dado vuestro mensaje.

Savonarola siguió al hombre de armas, y los dos criados de Crespi siguieron á Savonarola.

El monje notó que habia gran número de soldados en la plaza, armados y en pié de guerra.

En el lado del Mediodía de la plaza habia un gran palacio, por cuyos balcones abiertos salia el reflejo de la iluminacion de las habitaciones y estruendo de fiesta, cantares alegres, carcajadas de hombres y de mujeres.

—¡Hé aquí la Italia! —murmuró el monje: —al lado de la guerra la orgía; el puñal en las oscuras encrucijadas; el veneno en la copa del festin; la impureza en todos los corazones; la impiedad y la blasfemia en todas las bocas. ¿Y yo he podido amar despues que á Dios á una hija amamantada por esta torpe Mesalina, por esta inmensa bacante; por esta Cloaca que se llama Roma?

Y Savonarola ahogó un gemido.

V.

Habia llegado á lo alto de las magníficas escaleras de pórfido de aquel palacio, orladas de flores, iluminadas, como dicen los italianos, *á giorno*, y por la cual subian y bajaban criados y pajes vestidos con ricas libreas, en las cuales se veian los blasones de muchos de los magnates de Roma.

En lo alto de las escaleras habia pajes y escuderos con libreas blancas, llevando sobre el pecho un escudo azul flordelisado de oro.

Esto significaba que el jóven rey de Francia Cárlos VIII estaba allí.

VI.

Savonarola dejó entre aquella servidumbre régia á los dos enmascarados servidores de Crespi, que al entrar en la plaza del Pópolo habian envainado sus espadas, y pasó guiado por un paje de Orsini, á juzgar por los dos osos luchando que se veian en el blason que tenia al pecho.

Aquel paje le habia dicho al verle:

—Si sois el Maestro de Florencia, seguidme.

Atravesó cámaras deslumbrantes, llenas de una ostentosa servidumbre, y entró al fin en un gran salon, en medio del cual habia una larga mesa cubierta de ramilletes, de vagilla de plata y oro, de botellas, de copas, de manjares.

De trecho en trecho algunos pavones puestos sobre fuentes de oro, rodeados de ricas conservas, ostentaban estendida su inmensa cola, matizada con los colores del Iris.

A los lados de la mesa habia como doscientas personas, hombres y mujeres, engalanados, perfumados, ébrios, ruidosos, delirantes.

Cuatro cantoras y otros cuatro cantores, puestos sobre un estradillo, al fondo del salon, cantaban en el momento en que entró Savonarola un himno á Baco, acompañándose con laudes.

Blancas nubes de humo oloroso se exhalaban de los perfumeros colocados de trecho en trecho en pedestales de pórfido.

Las luces se reproducian en gigantescos espejos de Venecia, y hacian resaltar las alegorías mitológicas demasiado picantes, pintadas al fresco en las paredes y en el inmenso plafon que constituia la techumbre.

No se veian mas que miradas chispeantes; no se escuchaba mas que las risas, los chistes licenciosos de una conversacion múltiple, el chocar de las copas y los vivos compases, la armonía incitante del himno á Baco.

Aquel festin recordaba los de la antigua Roma, cuyas costumbres gentílicas han llegado, aunque modificadas y degeneradas, hasta nuestro tiempo.

Aquel festin era digno de OEmbarbo Neron, ó de Lúculo.

Los convidados no estaban á la verdad tendidos en triclinios ni coronados de flores: pero los anchos sillones eran bastantes para que estuviesen casi tendidos.

En vez de flores, los sueltos, los desordenados cabellos de las hermosas estaban ceñidos por perlas ó por riquísimos prendidos.

VII.

Como era natural, encontrándose la orgía en todo su esplendor, la negra y severa figura de Savonarola no fué notada.

VIII.

El monje sintió al ver aquello una indignacion terrible.

Todo el pudor que habia en su alma, toda su severidad se sublevaron.

Sintió una especie de vértigo, arrojó el manto, se echó atrás la capucha, dejó descubierta su sombría frente y su cabeza rasurada; adelantó hácia el centro de la mesa del festin, enloquecido por lo que uno de sus discípulos hubiera llamado su santo furor, y arrojó sobre la mesa los candelabros, los ramilletes, las botellas, cuanto encontró delante de sí, causando un estruendo especial.

Aquel estruendo inesperado produjo un silencio profundo.

—¡Abominacion! ¡pecado! ¡infamia!—exclamó con voz de trueno Savonarola en medio de aquel silencio de un momento.

Una carcajada inmensa fué la reaccion de aquel silencio, la contestacion loca al violento apóstrofe de Savonarola.

—Amigos mios,—dijo una voz á uno de los estremos de la mesa,—sed indulgentes con un severo monje domínico que no está acostumbrado á estas magníficas escenas: os presento á mi amigo, á nuestro amigo, el sábio, el respetable, el virtuoso prior de San Márcos de Florencia, Gerónimo Savonarola.

—¡No!—dijo Savonarola, respondiendo á Cárlos Orsini, que era el que acababa de hablar:—¡aquí no está mas que el cuerpo de Gerónimo Savonarola; su alma está muy lejos de aquí!

—Pues con su cuerpo nos basta,—dijo una jóven, casi niña, levantando en su preciosa mano una ancha copa de plata vacía:—¡Chipre para el gran Savonarola, señor Rugiero!

—Esperad, esperad; hermosa Elisabeta: aquí ha acontecido una catástrofe: todo ha caido por tierra, ó para hablar con mas propiedad, por mesa: ved, hay rios de vino y de hipocrás: por favor, señores, ¡Chipre! ¡Chipre! ¡embriaguemos al santo!

Respondieron carcajadas, alegres voces, aplausos, y en un momento, una multitud de hermosísimas mujeres rodearon á Savonarola, y le presentaron sus copas de plata, de oro y de antiguo y riquísimo cristal de roca incrustado, llenas de espumoso y aromático vino.

—¡Hé aquí la Roma impura, la Roma maldita, la Roma corrompida, la execrable Babilonia!—exclamó el tremendo monje, rechazando de sí á aquellas hermosísimas y alegres bacantes:—apartad, yo no he venido á buscar aquí el impuro festin de Baltasar: he venido á buscar á uno que se llamaba defensor de la justicia, de la causa de Dios, y en el cual encuentro á un hombre que se envilece entre rameras.

IX.

Sucedió un alarido de indignacion.

Aquellas damas romanas, que no creian mancharse con asistir á un festin que no era ni mas ni menos que como todos los festines de Roma de aquel tiempo, se indignaron, y Savonarola estuvo á punto de ser víctima de una sublevacion femenil, á manos de los amantes de aquellas hermosuras ultrajadas.

X.

Un jóven pálido, de grandes ojos negros, de rostro prolongado y melancólico, pero de espresion fria y antipática, asió de la mano á Savonarola, le arrancó del salon y le llevó á una habitacion contigua.

Aquel hombre era Cárlos Orsini, el rebelde que habia ido á Roma á

tratar con el Papa acerca de su sumision, con las armas en la mano, al mando de un ejército de bandidos, teniendo diseminado en la campiña de Roma otro ejército de salteadores.

—Venid, Maestro, venid, —le dijo, —sois demasiado severo, y sin quererlo, habeis ofendido á estas señoras.

—¡Aquí impera Satanás! —dijo Savonarola, pasando con Orsini por otra sala, inmediata á la del festin, y que estaba desierta é infinitamente menos alumbrada.

—No, Maestro, no, —dijo Cárlos Orsini; —aquí no impera Satanás; este es un alegre festin en honor del señor rey de Francia, que ha querido ver juntas á las mujeres mas hermosas de Roma: ¿qué habeis visto? una franca alegría, un trato galante, y nada mas: en vano buscareis aquí el libertinaje: son unas escelentes damas: todo consiste en que no hay hipocresía, en que nuestras costumbres son fáciles: ¡oh! esto es preferible á morirse de fastidio; aquí, es verdad, se concertarán citas, pero esta no es una cita; esta no es una orgía; eso se queda para Lucrecia Borgia, para la moderna Mesalina.

—Esperad, esperad, —dijo Savonarola á punto que iban á entrar en una cámara: —dicen que aborreceis á Lucrecia porque teneis contra ella motivos de venganza; dicen que no es la impura mujer deshonrada ante el vulgo, sino la dama hermosa y de grande inteligencia que pone su hermosura y su talento al servicio de la ambicion de los Borgias: me habíais ofrecido procurarme la ocasion de conocerla, y no habeis cumplido vuestra promesa, cuyo cumplimiento es imposible por ahora, porque parto de Roma.

—¡Desdichado de vos si conociérais á Lucrecia Borgia! porque os engañaria, os enamoraria, os romperia entre sus manos: no querais conocerla. ¿Sabeis por qué, mas que por otra cosa, aborrezco yo á Lucrecia? porque la amo, porque estoy loco por ella: ¿sabeis por qué he tomado las armas contra el Papa? por pedirle como prenda de paz la mano de Lucrecia; esa mano que se ha separado de la de Juan Sforza, para unirla con la del bastardo Alfonso de Aragon: ¡ah! ¿sabeis por qué me rodeo yo de toda esa alegría, de toda esa fascinacion, de toda esa voluptuosidad? por distraer mi tristeza: inútilmente; Lucrecia es mi sueño, del que no despierto; mi ángel, á quien en vano pretendo acercarme; mi fascinador demonio, cuyo ardiente recuerdo no me deja: y quereis vos conocerla, ¡insensato! moriríais desesperado: alegraos de no haberla conocido; pedid á Dios no conocerla nunca. Ahora bien: ¿por qué os vais de Roma?

—Porque una mujer á quien, despues de Dios, yo amo; porque una mujer, con la cual habia resuelto unirme cuando triunfase mi Reforma,

me ha hecho traicion por otro hombre, por el duque de Gandía, á quien ha revelado mi existencia en Roma.

—¡Ah! pero vos habeis tenido la culpa; vos habeis querido que Angiolina Crespi se finja amante del duque de Gandía para atraerlo á vuestra secta, para sembrar la discordia en la familia de los Borgias y sacrificarle despues: perdonadme, Maestro, pero habeis andado torpe: ¿qué fundador de una nueva iglesia; qué enunciador de una gran reforma, se vale para coadyuvar al fin que se propone, de una mujer jóven, y si no impura, criada á la vista de las licencias de Roma? ¿Qué hombre enamorado de una mujer, usa de ella para que engañe á otro hombre fingiéndose enamorada de él? Habeis sido torpe de una doble manera: como maestro de secta, y como amante: Angiolina ha elegido entre el monje severo y ascético, y el jóven hermoso, galante, rico, gentil, al hermoso jóven: ¡oh! vosotros, los grandes filósofos, no vivís en el mundo, no le conoceis; pero si el duque de Gandía sabe que estais en Roma, haceis bien en huir: huid, no os detengais, á no ser que querais ser quemado vivo en la plaza del Pópolo como hereje contumaz é irreconciliable.

—Sí, saldremos esta noche de Roma, Alfonso Crespi, á quien alcanza la traicion de su hija y yo, y con nosotros irá Angiolina.

—¡Ah! ¡pobre jóven, cuán caro la va á costar la culpa de vuestra imprudencia! dejáosla, dejáosla en Roma, casa de la duquesa de Urbino; puesto que os ha hecho traicion, que no os ama, salvaos de su traicion, renunciad á su amor, y sed generoso; perdonadla.

—¿Está tras esa puerta Alfonso Crespi?—dijo sombríamente Savonarola, sin responder á los consejos de Orsini.

—Sí, y con una altísima persona, con el rey de Francia.

—¡Ah! ¡católico fanático, defensor del Papa!—dijo con acento de anatema Savonarola.

—Y que sin embargo hace la guerra al Papa por el reino de Nápoles.

—Ataca al rey, pero respeta al Pontífice, y le acata como Vicario de Jesucristo.

—Pero como el rey de Roma y el sucesor de San Pedro son una misma persona, todo el que le combata, todo el que debilite sus fuerzas, es nuestro amigo sin saberlo, porque facilita nuestro triunfo: entremos: pero me parece prudente que el rey de Francia no sepa que sois el excomulgado de Florencia; se horrorizaria de vos: os llamais, por ejemplo, el reverendo padre Anselmo, prior de los dominicos de Pádua, no lo olvideis; ahora entremos.

Orsini levantó un tapiz, abrió una puerta y entraron en una cámara,

en que, sentado en un sillon, habia un hombre como de veintiseis años, magníficamente vestido, y delante de él, de pié, otro hombre severamente vestido de negro.

XI.

El hombre que estaba sentado era el rey de Francia, Cárlos VIII.

Tenia puesto un riquísimo birrete, enriquecido con piedras preciosas, y sobre el sayo de brocado, el collar y la placa de la órden francesa de San Miguel.

Era rubio, pálido y con los ojos azules.

En su semblante habia algo de la astucia y del recelo de Luis XI; pero no la firmeza de aquel lobo coronado.

Era hermoso, pero se notaba en él algo de enfermizo: en él la dignidad tenia mucho de soberbia y de jactancia, y miraba muy de alto á bajo, como hubiera podido mirar á uno de sus criados, á Alfonso Crespi, que, birrete en mano, permanecia en pié é inmóvil delante de él.

XII.

Alfonso Crespi era un hombre ya viejo, pero erguido, duro, rígido: la mirada gris de sus ojos dejaba ver una profunda astucia y una resolucion firmísima: parecia contrariado por la soberbia con que le trataba el rey de Francia.

Al ver entrar á Savonarola con Orsini se estremeció.

La presencia allí del monje le habia causado pavor; habia presentido una desgracia.

Orsini era bajo y adulador.

Se inclinó profundamente de una manera servil ante el rey de Francia, teniendo de la mano á Savonarola, que no saludó al rey ni aun con una leve inclinacion de cabeza, y le dijo:

—Perdonadme, señor, si me atrevo á presentaros al muy reverendo padre Maestro fray Anselmo de la Buona-Nuova, prior de los domínicos de Pádua.

—¿Y qué buena nueva viene á traernos el reverendo prior?—dijo con disgusto Cárlos VIII, porque le irritaba la altiva tiesura de Savonarola.

—La hora se acerca,—dijo Savonarola;—Dios no puede tolerar mucho tiempo tanta corrupcion, tanto crímen, tanta infamia, tanta ignominia: todo está perdido; es necesario huir de Roma, y huir cuanto antes, si no queremos ser exterminados.

Estas palabras, mas que ál rey de Francia, se dirigian á Alfonso Crespi, que volvió á estremecerse.

—Nuestro buen prior,—dijo sonriendo Cárlos VIII,—ha pasado sin duda por vuestro festin, caballero Orsini, y ha visto todas esas mujeres coronadas de perlas, con la mirada chispeante, con la garganta y con los hombros desnudos: teneis razon, padre mio; yo tampoco he podido estar mas que un momento entre esa gente loca y olvidada de todo; entre esas mujeres que parece imposible pertenezcan á las principales familias romanas, segun afirma el caballero Orsini: teneis razon: yo, mortal profano á los votos que hacen de un sacerdote un sér sagrado, no he podido permanecer allí, ni permanezco por mas tiempo en esta casa: caballero Crespi, continuaremos nuestra conversacion en el Quirinal, donde os espero mañana: bendecidme, padre mio,—añadió, inclinando su cabeza, como la hubiera inclinado Luis XI ante él mas pobre de los sacerdotes, y recibiendo la rígida bendicion de Savonarola;—vos, caballero Orsini, guiadme á la salida, sin que tenga que pasar junto á esas mujeres.

Cárlos VIII pasó sério y grave junto á Crespi, que se inclinó profundamente, y pasó bajo un tapiz que levantaba, no menos profundamente inclinado, Orsini.

Savonarola permaneció rígido como una estátua.

Tras el rey desapareció por la misma puerta Orsini.

XIII.

Apenas habian quedado solos, Savonarola asió con una mano trémula de ira una mano de Crespi.

—¿Qué sucede?—dijo éste:—¿por qué tiemblas, tú, que nunca has temblado? ¿por qué te agita la cólera, á tí, el hombre impasible?

—¡Angiolina... Giovanni Borgia... se aman!—exclamó Savonarola, cuyas palabras entrecortaba la cólera.

—¡Mentira!—exclamó con irritacion Crespi,—tú buscas pretestos; tú quieres romper nuestra alianza.

—La ha roto la infamia de tu hija; pero entre tanto, tú y yo estamos perdidos: lo he oido todo, permaneciendo oculto tras un tapiz de la cámara de la casa maldita, donde Angiolina y Giovanni se enamoraban; todo se lo ha revelado en su locura tu hija; y yo no he podido inmolar al duque de Gandía; yo, yo no conocia bien aquella casa; allí se quedó tu hija; poco despues de salir Giovanni Borgia, oí ruido de espadas; salí de la casa; queria saber lo que aquello era; nada, nada encontré: huí,

te he buscado en tu casa, me han dicho que estabas aquí, y he venido: salgamos al momento de Roma si no queremos perecer en ella.

—Si no has mentido,—respondió Crespi,—mi hija caerá como cayó su madre: sígueme.

Crespi y Savonarola salieron por una puerta distinta de aquella por donde habian salido el rey de Francia y Cárlos Orsini.

CAPITULO XIII.

Lo que va de un asesino á un caballero.

I.

Como á la una de la noche, un hombre embozado adelantaba por las oscuras calles de Roma hácia la plaza Colonna, proviniendo de la parte del Tíber.

Caminaba muy deprisa y llegó al fin, á la plaza y al pié de la columna Trajana.

—Señor, —dijo.

—¡Ah! erés tú, Micholotto, —contestó otro hombre que esperaba al pié de la columna.

—Sí, yo soy.

—¿Y qué?

—Asunto concluido.

—¿Los dos?

—No, no señor; vuestro hermano únicamente.

—¿Y Gonzalo de Córdova?

—Le ha protegido el diablo: me ha matado cuatro hombres y nos ha obligado á huir para que no nos matase á todos.

—¡Cobarde! —exclamó César Borgia, que él era, —¿no sabes que Lucrecia le ama? sí, le ama; si no le amára, ¿para qué habia de haberle llamado á la media noche á su palacio? ¿Y sabes tú que un hombre á quien ame Lucrecia no puede menos de amarla? ¿Sabes tú, infame traidor, que esos amores contrarían todos mis proyectos? ¿Sabes tú que si Lucrecia, por el amor de ese español maldito, no se casa con Alfonso de Aragon, todos mis proyectos sobre la corona de Nápoles se deshacen como el humo? Giovanni era menos temible que Lucrecia enamo-

rada de Gonzalo de Córdova: ¡oh! ¡has huido de él y vives todavía!...

—¿Y quién os serviria como yo, si me matáseis?—dijo tranquilamente Micholotto,—hasta ahora, ¿cuándo no os he servido bien? Me dijísteis hace siete años:—Me pesa sobre el corazon, me estorba el marido de Lucrecia.—Fuí á España, volví, y os dije:—Vuestra hermana es viuda.—Me habeis dicho tantas veces esto quiero, y tantas veces he satisfecho cumplidamente vuestra voluntad, que por cierto, señor, debiérais perdonarme el no haber podido libraros de ese hombre como os he librado del duque de Gandía.

—¡Ah! sí, pero has dejado cuatro muertos en la calle; cuatro muertos conocidos por esbirros mios: mañana buscarán al otro, le sacarán del Tíber, le encontrarán despedazado á estocadas, y como tenia fama de valiente, dirán: él fué el que mató á los cuatro esbirros de César Borgia: lo que es lo mismo que decir: César Borgia ha matado á su hermano.

—Ni aun sangre ha quedado sobre la calle,—dijo Micholotto;—el duque de Gandía se ha perdido; no queda ni una sola huella por donde se pueda venir en conocimiento de quién le ha hecho desaparecer.

—¿Pues no me has dicho que huiste?

—Huí, señor, porque si no huyo, soy muerto; pero como Gonzalo de Córdova no habia de quedarse en el lugar del combate, volví algun tiempo despues; arrojé los muertos al Tíber, hice arrojar agua sobre la sangre, y por cierto señor, que encontré otro cadáver de los nuestros, casi frente á la casa de los Tres Ahorcados, con una puñalada en la espalda, sin poderme esplicar qué mano se la habia dado.

—¿Dónde fué el lance con el duque?

—En el pórtico de la iglesia de Regina Cœli.

—¡Cerca de la casa de mi madre!—exclamó roncamente César,—¿y se defendió?

—Un momento.

—De modo que han podido oir el ruido de las espadas en casa de mi madre.....

—El cuerpo fué arrebatado tan pronto de allí, que ni una sola gota de sangre quedó sobre el pavimento del pórtico, ni nadie tuvo tiempo de acudir: al arrojarle al Tíber, un gran batel chocó con nuestra lancha y la volcó: tuvimos que salir á nado; ved, señor, aun empapados en agua mis vestidos.

—¿Se ha ahogado algun esbirro?

—Ninguno, señor.

—¿Os pudieron reconocer los del batel?

—Imposible; es la noche muy oscura.

—Es decir, no puede probárseme que soy fratricida.

— No, señor.

—Pues bien; vete á preparar mi partida para mañana; ya sabes que se me espera con impaciencia en Nápoles para la coronacion del rey Federico; el cardenal legado que ha de acompañarme, no debe esperar mucho, ténlo todo dispuesto para dentro de dos horas: yo voy al Vaticano á despedirme de Su Santidad, que aun no se habrá recogido.

Y dichas estas palabras, César Borgia, rebozándose en su manto, partió, siguiendo el Corso, hácia la plaza del Pópolo.

A la una y media entraba en la cámara del Papa, con el que estuvo hablando mas de media hora, sin que á su dulce semblante asomase ni aun la mas lijera señal del recuerdo del horrendo crímen que acababa de cometer.

II.

Cuando bajaba por las escaleras del Vaticano para volverse á su casa, se encontró con un hombre que subia y que se detuvo al verle, y le miró profundamente.

—¡Ah! señor duque de Sessa, — dijo César Borgia, sonriendo como hubiera sonreido á su mas amigo:—aprovecho la ocasion para despedirme de vos.

Y estendió su mano hácia el Gran Capitan, que mantuvo las suyas debajo de su manto.

César dejó caer su mano, y como si no hubiera notado el rudo desaire de Gonzalo, continuó siempre con su afable sonrisa:

—¿Qué quereis para Nápoles?

—Que os volvais tan pronto, que yo no os encuentre en el camino, señor César Borgia, porque lo tendria á mal agüero, como lo tengo, por hábernos encontrado esta noche.

—No os comprendo,—dijo César, sin perder su serenidad.

—Oidme,—dijo el Gran Capitan:—yo gusto de que las personas, á quienes me veo obligado á despreciar, y aun á castigar, cuando me sea posible, estén avisadas por mí: no os tiro mi guante á la cara, porque yo no puedo combatir de hombre á hombre con un asesino; pero ¡ay de vos, si una vez os encuentro en el campo entre gente armada, ó por acaso se nos venís á las manos! temedlo todo de mí; y en cuanto á lo que vuestro pensamiento me esté amenazando en este mismo punto, lo desprecio: idos.

—Señor duque de Sessa,—dijo César siempre tranquilo;—no os comprendo, y por lo que veo, vos tampoco me comprendeis; pero no tardaremos en comprendernos; hasta entonces, adios.

Y César y Gonzalo siguieron, el uno escaleras abajo y el otro escaleras arriba.

—¡Ah!—murmuraba Gonzalo:—Dios me protejerá contra la traicion.

—¡Ah! ¡y ese hombre está avisado! ¡y ese hombre es fuerte é invencible! ¡y ese hombre está rodeado de leales servidores! ¡y lo sabe todo! ¡oh! ¡quién sabe! puede ser que se refiera á él mismo, al llamarme asesino, no á Giovanni; tal vez mi hermana..... ¡ah! ¡y mi hermana está protegida por mí mismo contra mi furor! bien, adelante, luchemos; hasta ahora llevo la mejor parte en la lucha y no tengo motivo para creer que el diablo me abandone.

Murmurando estas palabras, salió César Borgia del Vaticano, y tomó el camino de su casa.

III.

Tan sumido iba en su meditacion, que no habia reparado en un hombre que, cuando él encontró al Gran Capitan, subia por las escaleras, que se detuvo cuando el Gran Capitan encontró á César Borgia, y que continuó subiendo cuando César Borgia y el Gran Capitan se cruzaron.

Este hombre era Cristóbal de Villoslada, que al pasar junto á él César Borgia, le abarcó en una mirada.

—Eres enemigo del Gran Capitan,—dijo para sí Cristóbal de Villoslada:—yo no sé quién eres; pero desde ahora hasta de aquí á cien años, no te me despintarás; yo haré de modo que se me perdonen mis malas venturas; yo me levantaré á la sombra del señor Gonzalo de Córdova.

Y continuó:

IV.

Gonzalo habia entrado por una gran puerta de mármol, situada en una galería, obra magnífica, aunque severa, del arquitecto Bramante.

A la puerta de aquel magnífico ingreso, á la luz de un farol que pendia de la bóveda, se veian dos centinelas.

El uno era un suizo de la guardia de honor que el Papa habia mandado se diese al héroe de Granada.

El otro un alabardero de la guardia particular del capitan general del ejército de España en Italia.

Por una coincidencia casual, los dos vestian de rojo.

El color de los Borgias, como ya lo hemos dicho, era el rojo.

El Gran Capitan habia vestido de rojo á sus alabarderos, porque ha-

biendo de entrar junto á él en batalla, quiso que fuesen tan señalados como él.

El soldado del Papa tenia cubierto el casco por una especie de birrete y la coraza y las grebas por una sobrevesta roja, teniendo sobre el pecho un blason partido en dos; á la derecha las armas de San Pedro, esto es, las dos llaves cruzadas; á la izquierda el blason particular de los Borgias.

Sobre estos dos escudos, comprendidos en uno, la triple corona pontifical, esto es, la tiara.

Se apoyaba en una pica corta de infante, y ceñia espada y puñal.

V.

El alabardero de Gonzalo de Córdova vestia con gran lujo; como que daba de gala la centinela á la puerta de las habitaciones que tenia en el Vaticano su general.

Tenia gran casco bruñido de alto creston con penacho, la barba entera y larga, una coraza bruñida, descubierta, sobre un sayo de damasco rojo.

Sobre la coraza, sin cubrir mas que el centro de ella y parte de sus hombreras, una pequeña cota de armas á la manera de una pequeñísima casulla ó escapulario de seda azul que caia por delante hasta la mitad de la coraza; por detrás, hasta mitad del espaldar, y sobre ella, por ambos lados, el escudo de armas de la casa de Aguilar, de la que era hermano menor Gonzalo, y sobre este escudo corona ducal.

Bajo la coraza se veia el estremo de una túnica de damasco rojo, corta hasta medio muslo, calzas de grana, botas altas de gamuza amarilla con grandes espuelas plateadas: las mangas de damasco rojo rizadas, con cuchilladas de seda amarilla, guantes de ambar, alabarda negra con regaton de acero y moharra de plata, grande espada de fuerte empuñadura de hierro con gavilanes, y puñal buido.

VI.

Esta guardia de alabarderos, que se componia de doscientos hombres, era magnífica y formidable, cuando llevando en vez de alabardas arcabuces, entraba en batalla á la carrera, rodeando el caballlo del Gran Capitan.

VII.

Gonzalo, que se habia quitado el antifaz al entrar en el Vaticano, pasó por entre los dos centinelas, dándoles afablemente las buenas noches.

Los dos le saludaron dando un golpe sobre el pavimento con los regatones de sus armas.

—Dejad pasar al que viene detrás de mí, —dijo el Gran Capitan.

Y entró.

Poco despues, Cristóbal de Villoslada pasó libremente por entre los dos centinelas que estaban inmóviles como estátuas.

—Grandes soldados tiene el Gran Capitan, —dijo Villoslada fijándose al pasar mas en el alabardero que en el suizo.

Un ayuda de cámara de Gonzalo llevó á la cámara de éste al capitan Villoslada, que se descubrió respetuosamente y permaneció inmóvil.

VIII.

Gonzalo, sin birrete, sin manto y sin espada, se paseaba profundamente abstraido á lo largo de la estensa y magnífica cámara.

Se revolvia en el pensamiento de Gonzalo la tentadora hermosura de Lucrecia, la mágia de Angiolina, el asesinato del duque de Gandía, el hipócrita aspecto de César Borgia; toda la grave y múltiple situacion en que se encontraba en Roma.

Estaba escandalizado, indignado, irritado, interesado, aunque de una manera distinta, por dos mujeres: escitado por la cólera que levantaba en él el inmediato recuerdo de César Borgia; con la atencion de su espíritu puesta en el Papa, en el rey de Francia, en Orsini, en el cardenal Julio de la Rovere, en Juan Sforza, señor de Pésaro, en Nápoles, donde estaba el derecho de sus reyes; en España, desde donde sus reyes tenian la vista fija en él, esperándolo todo de su prudencia y de su valor.

Gonzalo de Córdova era en aquellos momentos un hombre, un embajador y un general: un enamorado, un diplomático, y un soldado.

Empezaba á aturdirse, no queria dejar de ver claro, y meditaba sin reparar en Villoslada, ni mas ni menos que si no hubiera estado allí.

IX.

Al fin, despues de algunos minutos de meditacion, reparó en él.

—Perdonad, hidalgo, —le dijo, —pero tengo en esta cabeza un mundo. ¡Buena noche de aventuras, eh!

Gonzalo de Córdova, que parecia muy sério y muy grave cuando no se le conocia, una vez conocido, era muy afable.

Como todo el que ha nacido grande y verdaderamente noble, trataba á sus inferiores con una fácil franqueza, pero sin disminuir nunca la distancia que de ellos le separaba, y sin hacer odiosa esta distancia.

Esto, cuando sus inferiores le eran simpáticos; por el contrario cuando algo le disgustaba en ellos, se les mostraba duramente severo, y en breves palabras les reprendia, imponiéndoles las penas correspondientes á su falta: pero siempre con moderacion, con dignidad.

Sus servidores y sus soldados le adoraban, y se hacian matar por él.

—Sí, en verdad, señor, —contestó Villoslada, —á vuestra señoría le persiguen las grandes aventuras: estamos en una tierra infame, donde la generosidad y el valor están siempre acechados por la traicion: por eso yo, desde hace dos semanas que vuestra señoría llegó, le espero, le sigo, especialmente cuando sale de noche solo, resuelto á perder mi vida por vuestra señoría; y al fin esta noche he tenido la dicha de servir á vuestra señoría de algo.

—De mucho, de mucho, —dijo el Gran Capitan, —sin vos, solo Dios sabe lo que aquellos infames hubieran hecho de mí: se amparan del número y de las tinieblas; mirad; mi sayo está rasgado por todas partes: gracias á mi buen camisote de mallas y á vuestra buena espada, no soy hombre muerto. ¿Qué quereis? ¿Qué ambicionais? Si sois tan honrado como os conozco bravo, y como lo pareceis por el semblante, esperadlo ¿Cómo os llamais, que ya no lo recuerdo?

—Cristóbal de Villoslada.

—¿Qué sois?

—Ahora, un desterrado de España, señor.

—Bien, bien: ¿qué habeis sido?

—En el cerco de Granada, señor, era capitan de una bandera de infantería, á sueldo de la Orden de Santiago, bajo las órdenes del comendador duque de Maqueda, don Gutierre Fernandez de Cárdenas.

—Buen capitan, gran caballero y grande amigo mio. ¿Y por qué os desterraron de España, señor de Villoslada? don Gutierre no tenia á sus órdenes ningun capitan que no fuese un hombre de honor y un gran soldado.

—No me han desterrado, señor: he huido yo de la crudeza de las pragmáticas: en Medellin, mi patria, maté á un hombre que por envidia habia difamado á una honrada señora, á quien yo amaba, y con la cual no pude casarme, porque la habia deshonrado la calumnia de aquel infame.

—¿Le matásteis con ventaja? —dijo el Gran Capitan deteniendo su paseo delante de Villoslada, y mirándole de una manera profunda.

—Sí señor, —contestó tranquilamente Villoslada: —con una gran ventaja.

El rostro del Gran Capitan se nubló, y apareció en él una severidad infinita.

—Hicísteis mal, muy mal;—dijo con acento breve y duro.

—La ventaja que yo tenia sobre aquel hombre era la ventaja que tiene sobre todo miserable el hombre de honor y de corazon, pero no otra: le maté frente á frente, espada contra espada, en duelo y con peligro: porque alcancé una estocada que á poco mas acaba conmigo: ved, señor,—añadió Villoslada, abriéndose su jubon de ante y su camisa, y presentándole sobre su hombro derecho una cicatriz sesgada, que empezando en la parte baja del hombro, casi tocaba su garganta:—puedo justificar que recibí esta estocada en un duelo, del alférez Gerónimo de Meneses, á quien maté.

—¿Y estas otras dos cicatrices de arcabuz?—dijo el Gran Capitan.

—Las recibí en la Vega de Granada el dia de San Luis del año 1491.

—¿En la Azubia?

—Sí, sí señor.

—El dia en que nuestra señora la reina doña Isabel hubiera caido en poder de los moros, si no hubiéramos apretado, como buenos y como leales, los puños y las lanzas: ¡ah! entonces íbais conmigo, señor Villoslada, y sois mi hermano de armas; porque aquel dia hicimos tanto y valimos tanto capitanes como soldados; éramos uno contra veinte: me alegro de haberos conocido; esta es mi mano, capitan Villoslada.

Éste tomó con las dos manos la mano que Gonzalo de Córdova le tendia, y la besó conmovido.

—Mi capitan de alabarderos Nuño de Navascués ha muerto, con gran sentimiento mio, hace ocho dias, de estas tercianas que se cogen en Roma: su plaza está vacante; ocupadla vos.

—¡Ah, señor!—exclamó Villoslada echándose á los piés de Gonzalo de Córdova:—ser capitan de vuestra guardia de alabarderos vale tanto como ser general.

—Alzad, alzad, señor Villoslada: yo os hago mi capitan de alabarderos porque os creo bastante para ello; pero habeis de jurarme por Dios y por Santa María que no cometísteis traicion al matar á un hombre, y que podeis justificarlo.

—Por la Vírgen madre de Dios y por la Santísima Trinidad os lo juro sobre mi alma,—dijo Villoslada.

—Pues siendo así, yo os prometo que, por mi intercesion, los reyes mis señores os indultarán del rigor de las Pragmáticas contra el duelo. Sois desde ahora de mi casa, señor Villoslada; porque á mas de nombraros mi capitan de alabarderos, os nombro mi gentil-hombre.

En aquellos tiempos, los grandes señores, á la manera del Gran Capitan, eran casi reyes: tenian grandes Estados; mantenian guardia de

honor y alta servidumbre. El poder de la alta nobleza, aunque muy mermado por el poder real, se sostenia aun sobre grandes privilegios.

X.

—Ahora bien, señor Villoslada, —continuó el Gran Capitan;—permitidme que os hable con franqueza: ¿teneis hacienda en vuestra tierra?

—Tengo en ella, si en ella muero, siete piés de tierra para una sepultura.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—¿Cómo, entonces, gastais tan buenas galas? ¿cómo llevais cadena de oro, buen coleto, rico sayo, buenas armas?

—Señor... en Roma hay un modo de vivir muy fácil y que no deshonra.

—Esplicadme, esplicadme eso.

—Yo no puedo ocultaros nada, señor, despues de lo noble y de lo generoso que habeis sido conmigo: ¿conoceis á la duquesa de Urbino?

—Gran dama, cuya grande reputacion es tan grande como su hermosura; una de las pocas señoras á quienes puede hablarse sin sonrojo en Roma.

—¿Conoceis al duque de Urbino?

—Uno de los reyezuelos miserables y vergonzosos de que está infestada Roma: el marido vale tan poco como la mujer vale mucho.

—¿Y creeis que una mujer como Isabel de Gonzaga puede amar á un hombre como Guido Ubaldo?

—No.

—¿Y creeis que una dama romana que no ama á su marido, mucho mas cuando no es digno de ser amado, se pasa sin un amante?

—¡Oh! ¡oh!—dijo el Gran Capitan, cuyo semblante se nubló.

—Además, la verdadera señora, la duquesa, es ella: él es una especie de noble condotiero: la sedujo siendo aun muy jóven, y por razones de honra la obligó á ser su esposa.

—No lo creyera, á no decírmelo vos: la hipocresía cubre aquí la misma miseria que deja conocer sin temor alguno la desvergüenza.

—Señor, el libertinaje está en las costumbres de Roma: aquí la pureza desaparece antes del alma que del cuerpo: esta es la tierra del antifaz, del manto, de las aventuras, del puñal y del veneno: gran cosa se hará, si se ayuda á nuestro Santísimo Padre á corregir las pervertidas costumbres de Roma: esto es horrible: solo el Tíber sabe cuántos asesinatos se cometen cada noche en las oscuras encrucijadas; solo las tum-

bas saben cuántos sucumben bajo el veneno: en los lupanares está despedazada la honra de las damas romanas; aquí no se busca mas que placer y oro á toda costa: ó el mundo está á punto de dar un estallido, ó tanta infamia, tanta impureza y tanto crímen han de terminar pronto.

—Creo esto último: los reyes nuestros señores bastan por sí solos para acabar con tanta corrupcion y con tanta ignominia: el mundo se estremece de terror ante el poder de los Reyes Católicos; llevaremos la virtud y la pureza á todas partes con el hierro y con el fuego; esto pasará: yo estoy en Italia; el derecho de mis señores será respetado en ella á despecho del mundo entero, y robusteceremos el poder santo y benéfico del Papa, aunque nos cueste torrentes de sangre: pero dejando esto á parte, ¿cómo habeis conocido á la duquesa de Urbino?

—Es muy atendida en la córte romana, porque es muy poderosa y es lealmente servidora del Santo Padre: muchas veces sus tesoros han ido á mantener el exhausto tesoro de San Pedro: yo habia gastado los pocos dineros que habia traido, y quise entrar á sueldo al servicio del Papa.—Amparaos de la duquesa de Urbino, me dijeron, y si ella os favorece, contad con lo que deseais.—Me costó algun trabajo, algunas idas y venidas, ver á la duquesa; al fin, un dia que salia en carroza la dí mi memorial: os confieso, señor, que la hermosura de la duquesa me turbó: tomó ella mi memorial, me miró afablemente y me dijo:—Dentro de una hora volveré; esperadme; yo daré órden de que os dejen pasar y os oiré: tomad vuestro memorial; vos, despues, os esplicareis mejor de palabra.—La carroza marchó, y yo me quedé esperando, sin saber qué pensar de la afabilidad de la duquesa, porque me habian dicho que era muy grave y muy altiva: tardó muy poco en volver; al entrar me hizo seña de que la siguiese; la seguí, y atravesé tras ella tan ricas estancias, que no pude menos de asombrarme, y mucho mas de que la duquesa me llevase tan adentro. Atravesábamos solos aquellas opulentas estancias: ella iba de prisa y en silencio; yo la seguia callando. Al fin se detuvo en un camarin, abrió un armario, tomó de él un puñado de escudos de oro, y me los dió diciéndome:

—Se conoce que estais necesitado, y que teneis honra y vergüenza: tomad; vestíos bien y volved mañana al medio dia, y os recibiré y os oiré; ahora no tengo tiempo; idos.

Salí doblemente confuso: la duquesa me habia dado aquel dinero, como quien da, indudablemente, una limosna, y me habia hablado con mucha compostura; mas aun, con altivez.

Me compré galas de soldado y volví al dia siguiente:

La duquesa me hizo esperar una hora larga.

Salieron al fin dos cardenales, y poco despues, un paje de la duquesa me llevó adonde ella estaba.

No he visto jamás, señor, una mujer mas hermosa, ni mas altiva, ni mas séria.

Me preguntó, oyó mi historia y me dijo, cuando hube concluido:

—Volved dentro de tres dias á la misma hora; veremos lo que puede hacerse por vos: salid.

Á los tres dias volví y estuve esperando mucho mas tiempo.

Salieron al fin algunos señores, entre los que conocí al difunto Fabio Orsini, al duque de Castromonte y á Juan Sforza.

Yo los habia buscado, como á la duquesa, para que me diesen empleo, sin conseguirlo.

Cuando aquellos señores hubieron salido, un paje me llevó adonde la duquesa estaba.

—Aun nada puedo deciros, me contestó, con el aspecto tan grave y tan sério como la vez anterior: en el Vaticano se ocupan ahora de cosas muy importantes, y no es ocasion de que escuchen solicitudes como la vuestra: tomad mas dinero para ir pasando, y volved por acá dentro de ocho dias.

Salí sin haber podido alentar ni la menor esperanza de que el enamoramiento que yo sentia por la hermosísima duquesa fuese premiado: es verdad, decia yo; una tan alta dama no puede reparar en un pobre diablo como yo, huido de su tierra y perseguido por la mala fortuna: ¿por qué esta señora me da dinero? en Roma hay que recelar de todo; tal vez quiera tenerme obligado para hacer de mí uno de sus esbirros: ¡ah! pues no; yo no he nacido para dar estocadas á oscuras en la calle.

XI.

Aquella tarde me paseaba yo por la Marmorata.

Empezaba á oscurecer é iba á volverme á mi casa, cuando un hombre embozado, con antifaz y con toda la apariencia de bravo, se acercó á mí y me dijo:

—Teneis una suerte loca, y yo os envidio, señor capitan Villoslada: si os atreveis á ir esta noche á la isla de San Bartolomé, á la taberna de Fortunato, despues de las doce, os alegrareis de haber venido á Roma.

—Esplicadme, le dije.

—Nada puedo esplicaros: si no os atreveis á ir, no vayais; peor para vos.

—Iré, —dije; —pero la taberna estará cerrada á esa hora.

—Acercaos á ella, y cuando os acerqueis, la puerta se abrirá delan-

te de vos, como en los cuentos de encantos y brujerías; y ya que nada mas tengo que deciros, quedad con Dios.

XII.

A las doce fuí al lugar adonde me habian citado, y apenas toqué á la puerta, la puerta se abrió.

Entré y me encontré á oscuras.

—Dadme la mano, —dijo cerca de mí el mismo hombre que me habia hablado en la Marmorata, y á quien reconocí por la voz.

Le dí la mano, tiró de mí; me hizo subir unas escaleras, volver y revolver á oscuras, no sé si por habitaciones ó pasadizos, y al fin me dijo soltándome la mano:

—Esperadme aquí.

XIII.

Sentí los pasos de aquel hombre alejándose, y luego el ruido de una puerta que se cerraba levemente.

Noté que tenia bajo los piés una alfombra; que la habitacion estaba perfumada; pero nada mas: permanecí inmóvil; estaba dominado por una viva ansiedad.

Parecíame que aquello tenia todas las apariencias de una aventura amorosa.

¿Pero quién podia ser la dama por la cual se me habia citado y se me habia llevado allí?

Tal vez alguna de las caprichosas y corrompidas cortesanas de Roma.

Mi impaciencia crecia.

Pasaba el tiempo y nada se oía.

Esperé aun.

Al fin quise reconocer, aunque no fuese mas que por el tacto, el lugar donde me encontraba.

Adelanté con las manos estendidas, contando los pasos, y á los tres, mis dedos encontraron una pared cubierta por una tapicería de seda.

Bajé las manos y dí con el coronamiento labrado de un mueble que, adelantando en su reconocimiento, encontré que era un sillon con asiento forrado de seda.

Seguí á lo largo de la pared, á mi derecha, y conté cuatro sillones; despues habia un camapé.

Pasaba yo la mano sobre sus almohadones, cuando de improviso la retiré. Habia encontrado otra mano.

Sentí vergüenza de aquel movimiento, y volví á buscar la mano aquella con que habia tropezado.

Era una mano de dama, suave, hermosa, llena de sortijas.

—Aquella dama,—dijo el Gran Capitan,—se daria al fin á conocer, ¿no es esto?

—No señor; ni aquella noche, ni la noche siguiente, ni en un mes, durante el cual fuí todas las noches á la misma hora.

—Ciertamente, la duquesa de Urbino es una mujer que guarda mucho respeto á su fama; porque ella era sin duda, ¿no es esto?

—Si señor, ella era; pero yo no me atrevia á creerlo: no hablaba por mas que yo se lo suplicaba: su silencio me hacia pensar en si seria la duquesa de Urbino; pero la duquesa, que seguia recibiéndome de cuatro á cuatro dias, para el asunto de mi empleo, se me mostraba siempre séria y altiva.

XIV.

Una noche, poco despues de oscurecer, al volver á mi casa del paseo, me dijeron que habian dejado para mí una cajita que me dieron.

La abrí y encontré dentro una banda de seda, bordada de perlas, con un rico herrete de gruesos diamantes, de las que suelen ponerse las damas en el peinado.

Dentro de la caja habia tambien un papel que decia:

«Llevad esto esta noche prendido en el hombro izquierdo, cuando vayais adonde sabeis.»

Obedecí.

La dama misteriosa me quitó del hombro la banda.

Al dia siguiente fuí á ver de nuevo á la duquesa de Urbino.

La encontré de pié, en medio de su retrete, tan séria, tan altiva y tan grave como siempre; pero en su cabeza, sobre sus cabellos, tenia la banda y el grande herrete de diamantes sobre la frente.

Tuve valor para contener mi sorpresa y mi alegría: la saludé humildemente y la pregunté:

—¿Puede darme vuestra señoría alguna buena noticia sobre mi empleo?

—Aun no,—me contestó la duquesa,—pero tomad.

Y me dió una bolsa llena de escudos de oro.

La guardé y la dije:

—¿Me despide vuestra señoría para que no vuelva?

—No,—me dijo,—volved mañana.

Salí.

A la noche fuí á la taberna de Fortunato.

Esperaba yo que por aquella noche no habria tinieblas ni permaneceria la duquesa muda, pero me engañé.

Hubo la misma oscuridad y el mismo silencio.

Me aturdí y no supe qué pensar.

¿Seria la dama, mi amante en las tinieblas, alguna enemiga de la duquesa de Urbino? ¿Se habria valido de alguna astucia para que la duquesa se pusiese aquel dia la banda, y al verla yo, la sonrojase, la sorprendiese con un atrevimiento mio, al ver aquella señal?

Me volvia loco y cada vez amaba mas á la duquesa.

Fuí á verla al dia siguiente.

El mismo aspecto; la misma seriedad.

—No volvais,— me dijo,—se tienen malas noticias de vos, segun me han dicho, y no podeis entrar al servicio de Su Santidad.

—No quiero molestar á vuestra señoría disculpándome,—la dije;—yo soy un hombre honrado, Dios lo sabe.

—Y bien,—me dijo la duquesa;—el caso es que no puedo valeros para nada, id con Dios.

XV.

Salí con el corazon destrozado, y completamente convencido de que la duquesa de Urbino no era mi amante misteriosa.

Pasaron quince dias, y durante ellos, todas las noches fuí á la taberna á la media noche, y no salí de ella hasta el amanecer y nada dije á aquella mujer, tenaz en su silencio, que pudiera referirse á la duquesa de Urbino.

La suplicaba, sí, que se me diese á conocer, que me hablase á lo menos; y nada conseguia.

Al volver á mi casa la noche del dia décimoquinto, despues del último dia en que hablé con la duquesa, ví sobre mi hombro la banda azul con el herrete de diamantes, y un papel que decia:

«Vendedla: vale dos mil escudos.»

—¡Ah! no la venderé,—dije yo,—no, de ninguna manera, aunque pereciese.

Cuando fuí á la noche á la taberna, llevaba la banda sobre mi hombro.

Pero la puerta de la taberna no se abrió.

Llamé y fué inútil.

Volví á la noche siguiente: aconteció lo mismo.

La tercera, la puerta permaneció cerrada.

Me desesperé; comprendí que aquello habia concluido; pero dudaba aun de que la incógnita fuese la duquesa.

Me perdia en cavilaciones.

Pasó un mes, dos, tres, seis; me quedé sin dinero y tuve que empeñar, para comer, mis galas.

Al mes, ya no tuve recurso alguno mas que la alhaja que habia visto sobre la frente de la duquesa.

No la vendí; no pensé en venderla: era lo único que de la duquesa me quedaba, ó por mejor decir, lo único que de la duquesa tenia.

Me hubiera dejado arrancar el corazon antes que desprenderme de aquella alhaja: habia momentos en que yo decia:

—La dama misteriosa era ella.

Y entonces, aquella alhaja era para mí mas preciosa que mi vida: dudaba de que fuese mi amante nocturna Isabel, y sin embargo, tampoco podia desprenderme de aquella alhaja que, sin saber yo, cómo ni por qué, habia visto en su cabeza.

En fin, señor, pasé cinco meses mas de miseria, comiendo mezquinamente de lo que me daban en las hospederías de los conventos.

Por fin al oscurecer de la noche en que se cumplia un año desde la última vez que encontré en la taberna de Fortunato á la dama misteriosa, un bravo enmascarado me dió en silencio un billete y se fué.

Abrí aquel billete, y le leí á la luz de una Santa Madonna.

Dí un grito de alegría. Estaba escrito de la misma mano que el billete que habia encontrado en la caja donde recibí la banda.

«Si conservais mi cendal y mi rosa de diamantes,—decia el billete,—id esta noche á la taberna de Fortunato; pero si no, no.»

Esperé con una terrible impaciencia á que llegase la media noche.

Llegada esta, me dirijí á la taberna.

La puerta se abrió al tocarla yo.

—¿Traeis algo que os han encargado trajérais?—dijo una voz de hombre junto á mí.

—Sí,—le contesté.

—Dádmelo.

—Tomad.

—No, venid conmigo,—me dijo aquel hombre sin tomar la joya:—cuando esteis cerca de la señora, empezad por darla eso.

En efecto, apenas encontré la mano de mi desconocida, puse en ella la alhaja.

Apenas la tomó, se retiró de mí precipitadamente.

Sentí una puerta que se cerraba.

Poco despues se abrió aquella puerta y apareció una mujer con una

bujía encendida, en un candelero de plata, vestida como una diosa, con un traje de brocado blanco y oro, con ceñidor azul bordado de perlas, y el cendal en la cabeza, con el herrete de diamantes sobre la frente.

Era la duquesa de Urbino.

Pero cuán distinta: sonriendo, mirándome con todo el amor de su alma.

No me atreví á hablar aun.

—Ya sí, ya sí,—me dijo;—ya es tiempo: bastante has sufrido, Cristóbal; ya no puedo desconfiar de tí; me has respetado: ni aun te has atrevido á pensar que yo te amaba: no has ido á preguntar á nadie si conocia la letra del billete que te escribí há mas de un año: has sufrido el hambre, la desnudez, la miseria, y no has vendido la prenda que de mí tenias: ¡ah! sé que me amas; que no serás ingrato y que guardarás mi honra, nunca hasta ahora manchada, en el secreto de tu alma...

—Hé aquí que se ha equivocado esa señora,—dijo severamente el Gran Capitan,—y que habeis perdido mucho conmigo: un hidalgo no vende jamás el secreto de una dama, por mas que esa dama sea tan loca como la duquesa de Urbino.

—Estamos en Roma, señor; y comparada Isabel con las otras duquesas y princesas, vasallas del Papa, es una santa; en cuanto á lo de haber roto su secreto, perdonadme, señor, pero el secreto está guardado, porque solo le conoce un tan grande caballero como vos, y nadie mas le conocerá.

—Teneis razon,—dijo Gonzalo;—por mi parte ese secreto ha caido en el pozo del olvido; porque yo me olvido de estas cosas, capitan Villoslada; ¿pero cómo es que habiendo tenido una tal fortuna, os cansais de ella y quereis entrar á mi servicio?

—¡Ah, señor! yo no me canso de ser feliz: pero faltaba á mi felicidad el poder volver á mi patria, visitarla, ver á mi anciana madre, traerla á Roma, hacerla partícipe de mi riqueza, porque yo soy rico.

—Elogio merece vuestro amor á vuestra madre y á vuestra patria, que son un mismo amor: pero ¿cómo siendo vos tanto de la duquesa de Urbino, y pudiendo tanto, por sus amigos, con el Santo Padre la duquesa, no ha podido ella daros ese perdon que anhelais y que los reyes nuestros señores hubieran concedido al legado de Su Santidad?

—Ese empeño de la duquesa por mí,—dijo Villoslada,—hubiera podido causar sospechas.

—¿Sabe la duquesa que vos buscábais una ocasion de servirme para obligarme?

—Ella me lo ha aconsejado, señor.

—Ved aquí qué revueltas dan las cosas,—dijo Gonzalo riendo fran-

LUCRECIA BORGIA.

Lamina 6.ª—Era la duquesa de Urbino.

camente; —vamos, es necesario perdonaros, señor Villoslada, la ofensa que haceis á Dios, faltando á uno de sus preceptos; porque al fin, si esa señora no os hubiera aconsejado que os convirtiérais en mi acompañante á la larga, cuando saliese de noche del Vaticano, no hubiérais podido ayudarme tan á tiempo, y puede ser, puede ser que aquellos viles hubieran dado mala cuenta de mí; os confieso que hubiera tenido muy mala agonía si me hubiera visto muerto por la traicion; si no fuera porque hay que guardar un secreto, os suplicaria diéseis las gracias en mi nombre á la duquesa de Urbino.

—¿Y por qué no se las dais vos mismo, señor?—dijo Villoslada.

Miró profundamente Gonzalo de Córdova al capitan.

—No penseis mal de mí, señor,—dijo sonrojado Villoslada, porque habia comprendido el severo pensamiento que aparecia en los ojos del Gran Capitan;—yo no soy un echadizo, ni un miserable; yo sé que esa mujer, que es mi vida, me ama; que si desea veros, no es Isabel quien lo desea, sino la duquesa de Urbino: la mujer que por ser quien es, está metida en las intrigas de Roma; en una palabra, señor, la enemiga á muerte de Lucrecia Borgia.

—¡Ah! ¡ya! se busca en mí al capitan general del ejército de España.

—Aunque no hubiera acontecido lo que me ha procurado la honra de ayudaros, de reñir á vuestro lado, yo os hubiera dicho:—Señor duque de Sessa, ¿quiere vuestra señoría venir donde le espera y le suplica que vaya, la señora duquesa de Urbino?

—Vamos,—dijo el Gran Capitan ciñéndose la espada, tomando su manto y su birrete y tirando hácia la puerta de la cámara.

XVI.

Antes de llegar á ella apareció el alférez Maldonado.

—Señor,—le dijo,—por la orilla derecha del rio, hácia Borgo-Fortessi, se han visto, á la luz de algunas antorchas que llevaban hombres de armas, y entre ellos, una dama y un hombre sin arnés, á caballo.

—Que se observe á esos,—dijo Gonzalo;—pero entre la sombra, por la orilla izquierda del rio; que se les siga hasta donde paren, y que se procure saber quiénes son: volveos, alférez Maldonado; y vos, capitan Villoslada, guiad adonde hemos de ir.

CAPITULO XIV.

La duquesa de Urbino.

I.

Villoslada llevó á Gonzalo de Córdova al postigo del palacio de la duquesa de Urbino.

Al acercarse á él, le encontró abierto.

—¡Qué es esto!—exclamó,—¡Quién ha salido por aquí!

—¿Qué es eso?—dijo el Gran capitan.

—He encontrado abierto el postigo.

—Y bien, ¿qué?

—Que esto es demasiado estraño: de este postigo nadie tiene llave mas que yo; es un postigo que no se usa.

—¿Y á dónde corresponde este postigo?

—Al palacio de la duquesa.

—¡Ah! ved ahí que el señor duque debe estar sordo.

—El duque vive al otro lado; sobre la plaza del Pópolo: ahora bien, señor, dejadme que entre solo; temo por vos las tinieblas; no me fio de nadie; quién sabe.

—Entremos, entremos, señor Villoslada: huir de la muerte es un vano cuidado: cuando ella viene nos alcanza, por mas que nos escondamos.

—Entrad, pues, pero yo delante.

—Preciso será, porque de otro modo, yo no sabria por dónde ir.

Villoslada cerró por dentro el postigo con un cerrojo.

Despues asió la mano del Gran Capitan, y tiró de él.

II.

Por unas estrechísimas, largas y empinadas escaleras de piedra, tan estrechas que Gonzalo de Córdova sentia sobre ellas á ambos lados el roce de su manto, subieron hasta llegar á un pasadizo tan estrecho como las escaleras.

—¿Sabeis que al verme en estas estrechuras y en esta oscuridad,—dijo Gonzalo de Córdova,—me parece que de capitan me he convertido en raton?

—Vamos por un pasadizo secreto, señor,—dijo Villoslada;—por el pasadizo de los amantes y de los conspiradores.

—Pues ved ahí: como yo no soy lo uno, ni puedo ni quiero ser lo otro, me encuentro aquí mal; no es este mi terreno; á mí me gusta el campo abierto y la luz del sol; pero ¿por qué diablos temíais entrar por aquí á oscuras? ¿Quién mata aquí á nadie que vaya prevenido? con estender la mano, y en la mano la espada, es imposible que maten aquí á un hombre, solo con que este hombre no tenga el corazon asustadizo.

—La cuestion era abajo, señor, en la crugía del postigo: cuando yo gané la puerta secreta de las escalerillas, se me quitó el cuidado.

—¡Ah! con que hemos dejado cerrada á la espalda una puerta secreta.

—Sí señor: ¿qué palacio hay en Roma que no tenga taladrados los muros por pasadizos y escaleras?

—Eso no es achaque solo de Roma: allá en nuestra España no hay castillo ni alcázar que no esté cruzado por estos agujeros de raton: nuestros abuelos eran muy aficionados á estos secretos, que yo no sé para qué sirven sino para traiciones y malas cosas: ¿pero sabeis que este es largo, capitan Villoslada?

—Es que tenemos que dar una gran vuelta para llegar á la habitacion de la duquesa; pero ya estamos cerca, y seria prudente que calláramos.

—Callemos pues.

III.

A poco, Villoslada abrió una puerta y entró en una cámara ricamente amueblada, alumbrada por una lámpara.

Pasó el Gran Capitan, y Villoslada cerró la puerta.

Cuando Gonzalo se volvió, no encontró ni el mas leve vestigio de puerta alguna; tan disimulada estaba por la tapicería.

—Sentáos, señor,—dijo Villoslada:—voy á avisar á Isabel; no teneis que guardar con ella el secreto de lo que os he revelado; vendrá al momento.

Villoslada salió.

IV.

A pesar de que Villoslada habia dicho al Gran Capitan que solo tardaria un momento la duquesa, tardó por lo menos media hora.

Gonzalo se hubiera impacientado sino hubiera tenido tan preocupado su pensamiento con todo lo que le habia acontecido aquella noche.

No tenia duda de que el duque de Gandía habia sido asesinado por César Borgia.

Lo habia leido en los ojos de éste cuando le encontró en las escaleras del Vaticano; habia en ellos algo que revelaba una alegría horrible.

¿Seria cómplice de aquel crímen Lucrecia?

Atendido el interés que habia demostrado por salvar á Giovanni Borgia, debia suponerse que ella no habia tenido parte alguna en aquel crímen.

¿Qué debia pensar Gonzalo de Lucrecia? ¿Era la infame mujer á quien acusaba la fama de envenenadora, la impura, la miserable, ó como ella habia dicho, la víctima de la ambicion de los Borgias?

Gonzalo no podia desechar de sí el recuerdo de Lucrecia; para él, aquel recuerdo tenia mucho de candente y mucho de halagador.

Los grandes hombres tienen mucho de pequeños cuando se encierran dentro de sí mismos con su conciencia; cuando no los ve nadie mas que Dios.

Entonces rinden tributo á su condicion humana; dudan, vacilan y se ven obligados á hacer grandes esfuerzos para no manchar ni aun con la mas pequeña debilidad su reputacion de héroe.

Gonzalo de Córdova, severo aun consigo mismo, estaba disgustado de sí mismo: se acusaba de debilidad: Lucrecia no le parecia tan mala como decia la fama; habia encontrado en ella mucho de puro, de ardiente, de grande, y sobre todo, no podia recordar sin cierto estremecimiento su hermosura, su maravillosa hermosura, y aquel amor que ella le habia revelado de una manera tan tentadora.

Pero á la par que recordaba la hermosura y la enamorada solicitud de Lucrecia, su corazon se estremecia, enlanguidecia, sentia algo que asustaba á su razon, al recordar la maravillosa, la pura, la incomparable belleza de Angiolina.

Lucrecia era mas mujer, mas hermosura, mas encanto que Angiolina.

Pero Angiolina era una especie de ángel á punto de quemar sus alas en el fuego de la vida, y Lucrecia tenia mucho de demonio.

El Gran Capitan se escandalizaba de sí mismo.

No comprendia cómo podia pensar en aquellas dos mujeres, y pensar de una manera que podia llamarse criminal, existiendo doña María Manrique, su bella y noble esposa.

Lo repetimos; el buen caballero estaba muy descontento de sí mismo.

Y no era esto solo: le contrariaba fuertemente, y aun podremos decir que le avergonzaba el andar corriendo aventuras como un cualquiera.

—De seguro que el rey mi señor no haria lo que yo estoy haciendo; pensaba; no sé qué hago aquí de antecámara de esa señora que se olvida de sí misma hasta el punto de amar á un aventurero, y de no importarle nada que yo lo sepa: no, no, el rey mi señor, aunque le fuera en ello el reino, no haria esto, y se alegraria mucho de saber que yo lo hago, para murmurármelo.

V.

No sabemos por qué, en casi todos los momentos algo importantes de su vida, el Gran Capitan se ponia en parangon con Fernando V, y en un decidido antagonismo.

Esto consistia sin duda, en que los dos se estimaban en lo que valian, se envidiaban, y resultaba que el Gran Capitan era mucho vasallo para Fernando V, y Fernando V poco rey para el Gran Capitan; en que eran en fin, dos reyes de hecho; uno coronado y otro sin corona, pero que habia añadido un reino, el de Granada, á la corona de sus reyes, y debia añadir otro, el de Nápoles.

Los vasallos que dan reinos á sus reyes como Almanzor, el Cid y el Gran Capitan, son verdaderos reyes, que solo atendiendo á su honor y por no mancharse con la fama de rebeldes, sufren su vasallaje.

VI.

Gonzalo, pues, se irritaba porque estaba allí esperando á una duquesa italiana; pero no se impacientaba, porque le entretenia el pensamiento.

VII.

Al fin se abrió una mampara, y apareció una mujer, una dama como de treinta años, sencillísimamente vestida, con los cabellos rubios, peinados en trenzas, sobre los cabellos una toquilla suelta de terciopelo rojo con una ligera briscadura de oro en el borde, traje de terciopelo del mis-

mo color, con la misma briscadura en los bordes del descote de las mangas y de la falda, y por ceñidor un sencillo cordon de oro.

Gonzalo se puso de pié estremecido.

Por un momento creyó que adelantaba hácia él su noble reina Isabel la Católica; pero la fascinacion pasó.

La duquesa de Urbino era infinitamente mas hermosa y mas jóven que Isabel la Católica; sin embargo, no podia comparárselas buenamente.

Isabel la Católica era la gran dama, la dama por excelencia, la criatura nacida para representar sobre el trono la grandeza, la pureza, la virtud, el entusiasmo, la majestad sin afectacion, sin ostentacion, sin soberbia; era un ángel reina, era un fenómeno; era el conjunto mas completo de cualidades nobles, bellas y grandes que Dios habia permitido apareciese sobre la tierra.

Gonzalo de Córdova tenia fanatismo por su reina Isabel; la veneraba como hubiera venerado á una santa; por ella sola no habia dejado el servicio del ingrato y envidioso Fernando V.

Reconocia el valor, el talento y las grandes cualidades de rey de Fernando V; pero estaba disgustado de él por su carácter suspicaz, receloso, por aquella manera de acometerlo todo, no de frente, sino en línea curva, procurando siempre como el tigre, coger á su enemigo por la espalda.

Si se nos permitiera una frase estraña y algo atrevida, diríamos que los Reyes Católicos fueron un rey cronómetro; se compensaban el uno al otro.

Sin la astucia, sin la prevision, sin la sangre fria, sin la política maquiavélica de Fernando V, Isabel la Católica con su vehemencia, con el violento arranque de su virtud, de su entusiasmo, de su grandeza, cada vez que se hubiera sentido provocada, hubiera acometido, llevando á Castilla entera tras su estandarte, empresas temerarias, y hubiera sido muy posible que aquel ángel, aquella santa, hubiera perecido con su ejército intentando una conquista sobre el Africa, á que la arrastraban su patriotismo, su celo religioso y su afan de gloria, como sucumbió mas de medio siglo despues su biznieto el rey don Sebastian de Portugal.

La conquista de Marruecos era el sueño dorado de Isabel la Católica, hasta el punto de que la recomendase en su testamento á los reyes sus sucesores.

Isabel habia infiltrado en Cisneros la misma grande pero imprudente idea, y apenas el tremendo fraile francisco se vió por la muerte de Isabel la Católica, por la locura de su hija la reina doña Juana y por la menor edad de su nieto Cárlos de Gante, regente de Castilla, se arrojó so-

bre el Africa y conquistó á Orán en nombre y en memoria de su reina Isabel.

Es verdad que quien conquistó á Orán fué el conde Pedro Navarro, pero la empresa era de Cisneros.

En cambio, el gran desastre de los gelves compensó á los moros la conquista de Orán.

Cuando supo esto Fernando V, que estaba enemistado con Cisneros, se encogió de hombros y dijo:

—Merecido lo tiene el fraile; los que embisten con todo lo que se les pone delante de las narices, están siempre á punto de echar sangre por ellas.

VIII.

Fernando V templaba, pues, los arranques de entusiasmo de Isabel la Católica, al par que la noble y espansiva condicion de Isabel embellecia la conducta de zorro de Fernando V.

IX.

No existia pues, ni podia existir comparacion alguna entre la grande reina de Castilla y la intrigante cortesana, hipócrita, que se llamaba duquesa de Urbino.

Sin embargo, el traje, la estatura, el continente, los cabellos rubios, los ojos azules y la escesiva blancura de la duquesa, sorprendieron por un momento á Gonzalo de Córdova.

La duquesa se habia vestido esprofeso, como se decia vestia comunmente la reina Isabel; esto debia de ser muy simpático para el Gran Capitan.

A mas de esto, la duquesa se habia armado de cierta majestad.

De aquí la fascinacion de un instante de don Gonzalo de Córdova.

X.

La duquesa adelantó ligeramente con suma gracia, saludó con una hechicera inclinacion de cabeza y una sonrisa puramente de dama italiana á Gonzalo, y se sentó en un camapé.

—Sentaos, señor duque,—le dijo;—estais en vuestra casa: mi marido lo sabe y lo estima.

Gonzalo de Córdova se sentó, despues de haber contestado con una profunda inclinacion al saludo de la duquesa, plegando ceremoniosamente al sentarse su manto.

XI.

Permítasenos una observacion.

Los acontecimientos que vamos refiriendo tenian lugar en agosto, y en este mes hace en Roma un calor insoportable.

Á pesar de esto, hemos presentado á nuestros personajes, ellos con capas ó mantos, ellas con mantos de terciopelo.

Así se acostumbraba entonces: la capa y el manto eran prendas inseparables del traje de ambos sexos para la calle.

Hay un antiguo proverbio castellano que dice:

«Lo que quita el frio quita el calor.»

Es muy frecuente ver un arriero castellano andando el camino en el mes de agosto liado en su capa burda.

En los pueblos nadie se casa sin la capa puesta, aunque se achicharren los pájaros.

Se tendria á mal agüero el que un hombre se casase sin capa, como una mujer sin mantilla ó mantellina.

Hemos hecho esta digresion para que no se estrañe los mantos que ponemos á nuestros personajes en verano. Á otros tiempos, otras costumbres.

Continuemos.

XII.

—Os habeis sorprendido al verme, señor duque, —dijo la duquesa: —¿habeis creido por un instante que se os presentaba una dama, una gran señora muy amada vuestra?

—La dama mi muy amada, señora,—dijo el Gran Capitan,—no puede confundirse con vos: es mucho mas alta, es morena, tiene los ojos y los cabellos negros; en una palabra, mi esposa, doña María de Manrique, no se os parece en nada.

—Pero dicen, —respondió la duquesa, un tanto contraida, disimulando mal la impresion aguda que le habian causado las intencionadas palabras del Gran Capitan, —que la reina, vuestra señora, se me parecia mucho.

—Mas claro, —dijo el Gran Capitan, que tratándose de Isabel la Católica, no aceptaba transacciones: —¿os habeis referido á su alteza la reina, mi señora, al preguntarme si habia querido ver en vos á una dama mi muy amada?

—¡Señor duque!—exclamó aturdida la duquesa, aterrada por el acento y por la expresion de Gonzalo de Córdova.

—Perdonad, perdonad, señora,—djo el Gran Capitan, cambiando de acento, pero no de semblante:—sin duda me he equivocado; sí, sin duda: vos no habeis querido empañar ni con una sola palabra imprudente el alto, el purísimo, el inviolable honor de mi señora, ni la lealtad nunca desmentida, ni el nunca desmentido y profundo respeto á la virtud y á la grandeza de un caballero sin tacha como yo; hay palabras que entran en el corazon y le amargan; que entran en la cabeza y la enloquecen: ¡que yo amaba á mi señora! no os respondo á vos, que no lo habeis dicho, que no podeis decirlo; respondo á la impía suposicion de que alguien lo dijese: ¡que yo he puesto impuros en mi señora los ojos y el pensamiento! ¡ah! si alguien lo dice; si alguien lo supone con una sola intencion, ¡ahora, ó luego, ó siempre, miente como un villano infame y traidor! ¡miente como un mal nacido! ¡si yo le conozco, muere! solo podrán decir eso impunemente, si alguien se atreve á ello, que no lo creo, cuando yo esté reducido á polvo: ¡ah! perdonad, perdonad otra vez; nada de lo que he dicho lo he dicho por vos; pero ha pasado por mí una mala sospecha, y creedme, señora, la sangre se me ha revuelto desde los piés á la cabeza, y Satanás, con cien legiones de demonios, se me ha metido en el cuerpo: ya veis, estoy temblando como un azogado; no puedo remediarlo, señora, yo soy así.

XIII.

La duquesa miraba con espanto y con asombro á un tiempo al Gran Capitan.

Estaba trémulo, pálido como un cadáver, y en sus negros ojos brillaba sombría una expresion de muerte y de exterminio.

Era el héroe irritado, con el semblante del momento terrible de la batalla entre los cerrados escuadrones enemigos.

Solo que entonces, el Gran Capitan, lo que tenia delante era una mujer asustada, asombrada, aturdida.

—¡Ah! yo no os conocia,—dijo la duquesa;—en Roma no se cree, no se adivina que haya hombres tales como vos: aquí estamos rodeados de lodo y de miseria: ¡qué grande, qué generoso y qué noble sois, señor duque de Sessa! idos, idos cuanto antes de este albañal; no merece que vos le sufrais; perdonadme, yo no os conocia; yo os creia un gran general, pero no un grande hombre.

—¿Y me habeis llamado para eso, señora? ¿solamente para decirme eso?

El Gran Capitan habia hecho un poderoso esfuerzo, se habia dominado, y habian desaparecido el acento ronco y vibrante, la expresion mortal y el temblor de la cólera.

—No; os habia llamado para intrigas; para cosas en que, lo veo, vos no podeis entrar, las rechazaríais; me habia equivocado, porque no os conocia, porque aquí no se cree en nada; y tengo la lealtad de confesároslo: os suplico por esto que me estimeis, me tengais por vuestra amiga y me considereis como una dama romana, no de las peores; sobre todo, como una mujer que todavía no ha cometido el crímen que mata, ni le cometerá nunca: ahora, señor duque, podeis permanecer aquí ó no, como gusteis; os lo repito con toda la sinceridad de mi alma: estais en vuestra casa.

—Y decidme, señora, —preguntó Gonzalo de Córdova, —¿el capitan Cristóbal de Villoslada conocia vuestras intenciones respecto á mí?

—El capitan Villoslada os ha engañado, señor duque: el capitan Villoslada es el jefe de mis bravos.

—¡Ah! ¡vos tambien teneis bravos á vuestro servicio!

—¿Y quién que puede mantenerlos no los tiene? Los Borgias los mantienen para matar; los otros para defendernos de los Borgias, de los Orsinis y de los Sforzas cuando vamos de noche por la calle, cuando salimos de dia quince pasos mas allá de los muros de Roma.

—Que no vuelva á presentárseme ese hombre, porque le prendo y mando á mi preboste que le ahorque.

—Me sentenciais á mí en ese caso: Cristóbal me ha obedecido, y Cristóbal habla de vos con veneracion y entusiasmo.

—No le defendais por temor de que yo le cace, porque si no se me presenta, yo no he de mandar buscarle. Adios, señora.

Y el Gran Capitan se levantó.

—Un momento, —dijo la duquesa: —os estimo en mas de lo que creeis; permitidme que os dé un consejo: no os fieis de los Borgias; sobre todo, arrojad de vos á Lucrecia: fiando en vuestro valor, habeis cometido esta noche la imprudencia de ir á su casa, de acompañarla fuera de ella, y habeis estado á punto de ser asesinado: sea como quiera, señor duque, me debeis la vida: si yo no hubiera mandado á Cristóbal de Villoslada que velase, que os acompañase siempre que saliéseis de noche, que emplease para defenderos su espada y lo mucho que conoce á Roma, seríais á estas horas hombre muerto.

—Es posible, y por lo mismo os doy las gracias, señora, y procuraré pagaros lo que os debo, sin meterme á inquirir el interés que hayais podido tener en hacerlo.

—Lo he hecho, porque me importaba mucho: queria teneros de mi

parte; valeis tanto, que aquí os buscamos todos: el Papa, Lucrecia, el rey de Francia, Cárlos Orsini, yo... y quién sabe... todo el que tiene ambicion ó enemigos: idos, idos cuanto antes de Roma; no podreis ser amigo de todos los que necesitan que lo seais, y aquellos á quienes no ayudeis, os rodearán de asechanzas: una persona habeis conocido esta noche de la que podeis fiaros, y de la que sin duda os habreis enamorado, porque es la jóven más hermosa de Roma, y aun de Italia; Angiolina: segun me ha dicho Cristóbal de Villoslada, en el lugar de un duque muerto ha puesto un duque vivo, y ha ganado en el cambio.

—Yo he amparado á esa jóven, señora, y nada mas,—dijo Gonzalo de Córdova.

—Sea como fuere, yo no soy vuestro confesor; y pues nada tenemos que hablar, porque yo, al veros tan noble y tan generoso, he desistido de mis intenciones respecto á vos, salid ó quedaos: esperad,—añadió, yendo á un balcon y abriéndole:—aun no es de dia, pero empieza á amanecer; pronto será de dia claro.

—Y bien, señora, ¿qué importa eso?

—Los asesinos de Roma son como los murciélagos; salen con la sombra y con la sombra se ocultan; el dia es su enemigo: cuando sea de dia claro podreis pasar sin riesgo por las calles de Roma.

—Nunca he temido el peligro, señora.

—Sin embargo, al par que vuestro valor, elogian vuestra prudencia: si se tratase de un peligro de esos que puede y debe arrostrar todo hombre alentado, yo no os detendria; pero ya ha sido para vos esta noche gravísimo el peligro: os habeis visto acometido por ocho hombres diestros, acostumbrados á matar, y valientes, á pesar de que eran asesinos: es posible que seais esperado por un número mayor; yo no puedo ya ayudaros. Cristóbal de Villoslada no puede inspiraros confianza, ni pueden inspiraros confianza mis bravos: os retengo, pues,—añadió la duquesa, yendo á la puerta de la estancia, cerrándola y guardando la llave:—venid, sentaos; cuando sea de dia claro abriré esa puerta, saldreis; entre tanto, si quereis salir, tendreis que violentar á una dama.

La duquesa se sentó, y el Gran Capitan se sentó tambien.

—No quiero que murais,—dijo la duquesa, asiéndole las manos;—no quiero que murais, porque... porque os amo.

CAPITULO XV.

De cómo el Gran Capitan se vió obligado á responder de una falta que no habia cometido.

I.

Habia amanecido: era de dia claro, asomaba el sol en el horizonte, y el Gran Capitan no habia salido aun del palacio de la duquesa de Urbino.

Cristobal de Villoslada se paseaba sombrío, pálido, ceñudo, en uno de los salones de aquel palacio.

—Ese hombre es invencible,—decia,—nada pueden contra él espadas ni peligros, y todas le aman: les deslumbra su gloria: si fuera italiano ó quisiese hacer traicion á sus señores, seria rey de Italia; porque un hombre es lo que ellas quieren que sea: seria una guerra muy estraña, una guerra de mujeres: y bien, ¿qué me importa? ¿qué soy yo mas que un capitan de bravos, un amante oscuro de esa mujer? afortunadamente no me ha obligado á cometer ningun crímen: ella no mata, intriga; es cierto que de sus intrigas suele salir algun asesinato, pero lo hacen otros, no lo hago yo; y ella á pesar de que carga la nube de donde parte el rayo, cree que tampoco los hace, y dice que es una buena mujer; que se lo pregunten al pobre duque de Gandía; las intrigas de la duquesa en favor de Savonarola le han matado: Angiolina ha sido la red en que le han encontrado encerrado los asesinos; y quién sabe en qué mano ha estado el puñal á que ha sucumbido el duque; si en las manos de César Borgia ó en las de Savonarola; yo he visto cruzar al monje dominico por el puente de San Sixto murmurando roncas palabras; los bravos de César Borgia se entretuvieron demasiado con nosotros, fueron es-

carmentados, ahuyentados: el duque ha perecido sin duda; de otro modo, el Gran Capitan no hubiera encontrado sola á Angiolina en la casa de los Tres Ahorcados: esto se enreda; la muerte de Giovanni Borgia causará graves sucesos; Lucrecia ama al señor Gonzalo de Córdova, que al parecer la desprecia; Angiolina le ama tambien, y me parece que el Gran Capitan está enamorado de ella; pero la mas afortunada, segun las apariencias, es mi señora, la duquesa de Urbino. ¿Qué saldrá de aquí? Por mi parte me alegro; tengo un pretesto, mas que un pretesto, una razon para apartarme de la duquesa; me canso ya de ser esclavo; tengo mi amor, el amor de toda mi vida en mi patria; seré franco y leal con el Gran Capitan, se lo revelaré todo y me amparará; sí, me amparará; porque en este laberinto infame que se llama Roma, yo seré su guía.....

II.

Interrumpieron á Cristóbal de Villoslada tres fuertes golpes que retumbaron en la puerta principal del palacio.

Aquella puerta no podia abrirse sin que acudiese Villoslada; porque como capitan de la guardia de la duquesa, en su poder quedaban de noche las llaves del palacio.

Acudió pues.

III.

Los golpes se habian repetido con mas frecuencia y con mas fuerza.

Cuando Villoslada abrió la puerta, se encontró en ella con Alfonso Crespi.

Delante del palacio habia una litera sostenida por dos mulas y algunos criados con caballos de la mano.

Alfonso Crespi estaba en traje de camino.

—¿Qué es esto, señor Alfonso Crespi?—dijo Villoslada con el semblante mas afable del mundo:—os salís de Roma á la campiña; en verdad que hace mucho calor, pero la campiña está infestada de bandidos: mirad lo que haceis.

—Vengo por mi hija,—contestó secamente Crespi,—decidlo así á vuestra señora.

—Mi señora duerme aun,—contestó Villoslada.

—No importa; el asunto que me trae es grave; necesito que se me entregue al momento mi hija.

—Entrad, entrad pues, señor Alfonso Crespi,—dijo Villoslada;—sin duda habeis pisado esta noche alguna mala yerba, venís con el humor negro.

—Como el infierno,—dijo Crespi entrando.

Villoslada cerró la puerta con llave, dejando fuera el acompañamiento de Crespi.

—¿Por qué cerrais?—dijo éste volviéndose osco y receloso á Villoslada.

—Es muy temprano para abrir las puertas, señor Alfonso Crespi; lo estrañaria la vecindad, creerian que habia sucedido algo estraño: nos acostamos tarde y nos levantamos muy tarde.

—Creo que no os habeis acostado vos esta noche,—dijo el abogado.

—Es muy posible eso, señor Alfonso Crespi; pero subid, llamaré á las doncellas de la señora para que la llamen, puesto que os empeñais.

—No, no hay necesidad de que esa noble señora se incomode por asuntos mios,—dijo Crespi;—llevadme al aposento de mi hija.

—Como gusteis,—dijo Villoslada,—en ese caso, en vez de subir por la escalera principal, subiremos por la del fondo del patio.

—En buen hora,—dijo Crespi siguiendo á Villoslada.

—¿Y os vais á llevar á vuestra hija tan de repente y sin despedirse de la duquesa?

—No incomodemos á esa señora,—dijo Crespi,—que á lo que parece descansa gratamente; en el aposento de mi hija escribiré una carta que me disculpará con la duquesa, y que vos la entregareis.

—Me parece que no sales tú de aquí tan facilmente,—dijo para sus adentros Villoslada,—tu fuga de Roma con tu hija me afirma la idea de que el fraile y tú habeis sido los asesinos de Giovanni Borgia.

IV.

Habian atravesado el gran patio del palacio, magnífica construccion greco-romana, habian penetrado por una galería, y subian unas estrechas escaleras de servicio.

Al fin de ellas entraron en una crugía, en la cual habia á derecha é izquierda algunas puertas.

En la cuarta de la izquierda se detuvo Villoslada.

—Hé aquí el aposento de vuestra hija,—dijo á Crespi;—pero no es necesario llamar, la puerta esta abierta; en el interior se ve la luz del dia: vuestra hija debe haberse levantado, aunque esto es estraño, porque generalmente se levanta tarde: entrad.

V.

Crespi entró ansioso, atravesó una entecámara elegante, y entró en una bella cámara.

Uno de sus dos balcones estaba abierto, y penetraba por él la luz del sol naciente.

Nadie había en la cámara.

El lecho de Angiolina estaba intacto.

Aquella cámara no tenia comunicacion con ninguna otra estancia donde pudiera encontrarse Angiolina.

—¿Estará mi hija con la duquesa?—exclamó sintiendo una ansiedad mortal Crespi.

Entonces reparó en que un rico armario de ébano estaba abierto, y delante de él, esparcidas en desórden, algunas ropas.

—¡Ah!—exclamó Crespi,—¿porqué este desórden?

Y miró en torno suyo de una manera insensata, como si hubiera pretendido que aquella muda estancia le respondiese.

Su vista se fijó terrible en una carta que estaba sobre la mesa de mármol colocada bajo un grande espejo, que podia llamarse tocador de Angiolina.

Junto á aquella carta habia un sobre roto.

Crespi lanzó un grito salvaje, un rugido de rabia y de venganza al leer aquella carta.

Era la que tan hábilmente habia falsificado Bonvinetto, haciéndola que apareciese como del Gran Capitan.

Crespi examinó el sobre, y vió en él impreso en cera encarnada el sello de las armas del ducado de Sessa.

—¡Señor Cristóbal de Villoslada,—gritó abalanzándose á la puerta,—entrad!

VI.

Villoslada entró.

—Mirad,—le dijo mostrándole la carta con los ojos inyectados en sangre y con las manos trémulas de cólera, trasportado de furor.

—Y bien, ¿qué?—dijo con voz ronca y amenazadora Villoslada, porque comprendia que en el estado en que estaba Crespi, se le iba á ir encima;—eso es cosa vuestra: ajustad vuestras cuentas con quien tengais que ajustarlas; nada tenemos que ver con eso, que por otra parte es muy natural; ya era tiempo de que vuestra hija empezase su historia: ¿qué dama á su edad no tiene ya historia en Roma?

—¡Miserable!—exclamó Alfonso Crespi echando mano á su puñal y acometiendo ciego de furor á Villoslada.

—¡Eh, viejo!—contestó éste, que habia previsto el ataque, asiendo la mano de Crespi con la fuerza de unas tenazas de hierro, y haciéndole soltar el puñal;—tranquilizáte, modérate, no seas insensato;

seria muy singular que un zorro cansado como tú, despedazase á un lobo fuerte y jóven como yo: ¡eh! bien merecido lo tienes; el duque de Gandía se alegra en el fondo del Tíber, adonde le habeis arrojado cosido á puñaladas, tú y tu buen amigo el hereje Savonarola.

—¡Ah! ¡que ha muerto el duque de Gandía!—exclamó de una manera indescribible Alfonso Crespi.

—¡Ah! ¿con que no habeis sido vosotros?—dijo Villoslada comprendiendo por la espresion de Créspi que ignoraba la muerte del duque: entonces ha sido César Borgia.

—¡Pero mi hija, mi hija!—exclamó Crespi en el colmo de su furor.

—Mas vale que tu hija sea manceba de un héroe, que mujer de un miserable tal como Savonarola; alégrate de tener casi en tu familia á un hombre como el duque de Sessa; la fortuna te sonrie, Crespi; pero ¿qué diablos haces aquí? véte, véte á buscar á tu hija, á pedir el precio de tu honra al favor del Gran Capitan; es un gran señor, á quien estiman mucho sus reyes, que nada le niegan: la fortuna te besa en la boca, Alfonso: por lo que se vé, el Gran Capitan ama á tu hija, enloquecerá por ella; la fortuna es tuya, véte.

—¡Ah! ¡no saldré de aquí sin ver á la duquesa, sin pedirla mi hija!

—Imbécil, ¿pues no sabias tú que tu hija salia para verse con Giovanni Borgia? ¿no conspirabas con la duquesa mi señora para sobreponerte á los Borgias, valiéndote para ello de la irresistible hermosura de Angiolina? Has sembrado infamias, y cuando te se viene á la cara una infamia con que no habias contado, ruges de desesperacion y de rabia; así son todos los miserables.

—No saldré de aquí sin ver á la duquesa, será necesaria para ello la violencia.

—Y bien, sí,—dijo despues de un momento de meditacion Villoslada;—¿por qué no ha de saber la duquesa que el Gran Capitan ha seducido, ha robado y tiene en su poder á la hermosa Angiolina?

Villoslada sonrió de una manera amarga.

—Sí, sí,—dijo,—venguémonos; ¡celos por celos! vén Alfonso, vén.

VII.

Villoslada salió, y seguido de Crespi atravesó rápidamente galerías y cámaras, llegó al salon donde se paseaba, cuando Crespi llamó á la puerta del palacio, se acercó á la puerta de la cámara de la duquesa, y dió en ella tres golpes leves.

Nadie contestó.

—¿Lo veis?—dijo Villoslada sonriendo acremente;—la duquesa duerme.

—Volved, volved á llamar, —dijo Crespi.

—Es inútil, —dijo Villoslada, cuya sonrisa se hacia mas ácre: —el sueño de la duquesa es profundo; fatiga demasiado su pensamiento cuando está despierta, y cuando se duerme cae en una especie de letargo.

—Llamaré yo, —dijo Crespi asentando sobre la puerta tres fuertes golpes con el puño cerrado.

Nadie contestó sin embargo.

—¿Lo veis? —dijo Villoslada; —mas pronto responderian los Siete durmientes.

Crespi dejó pasar algunos minutos y llamó con mas fuerza.

Poco despues se abrió violentamente la puerta, y apareció Isabel de Gonzaga, pálida, contrariada, ceñuda.

VIII.

—¿Qué quereis? ¿por qué me molestais? —dijo con una dura altivez; pero al reparar en Crespi, añadió: —¡ah! ¿sois vos, Alfonso? ¿qué grave asunto os trae á estas horas á las mismas puertas de mi cámara?

—¿Qué grave asunto, señora?... —dijo Crespi conteniéndose á duras penas; —dadme mi hija.

—Llevadla en buen hora, —respondió con un altivo disgusto la duquesa; —lleváosla, y dejadme en paz.

—Mi hija no está en vuestra casa, señora, —dijo Crespi con una dureza de todo punto descortés.

—Y bien, —dijo la duquesa acabando de irritarse: —no la habrá dejado volver el duque de Gandía.

—El duque de Gandía ha sido asesinado esta noche, —respondió con acento opaco y lúgubre Crespi.

—Que le entierren pomposamente, porque cuando vivia era muy dado á la ostentacion, y asunto concluido; —dijo con desprecio la duquesa; —si se ha perdido vuestra hija, buscadla; nada tengo que ver ni con lo uno ni con lo otro: yo no mato, ni tampoco tengo presas bajo llave durante la noche á mis damas; idos, y no volvais á parecer por mi casa.

—¡La traicion está en el corazon de todos los romanos! —dijo Crespi con furor: —son veletas que se vuelven allí hácia donde corre el viento de su interés: me abandonais, en buen hora; no conteis con Alfonso Crespi: Alfonso Crespi ni olvida ni perdona: no, no olvidará nunca la traicion y la injuria que le haceis, como no olvidará ni perdonará jamás la terrible injuria que le ha hecho ese general español, ese miserable á quien llaman el Gran Capitan.

—¿Qué decís del Gran Capitan? —exclamó la duquesa volviendo instintivamente la cabeza hácia atrás.

IX.

En aquel momento Crespi dió hácia atrás aterrado algunos pasos.

De detrás del tapiz entreabierto de la cámara habia salido de repente Gonzalo de Córdova.

Su aspecto habia aterrado á Crespi: era el terrible aspecto de la cólera, de la indignacion del Gran Capitan, que adelantó lento, amenazador, como un leon irritado hácia Crespi.

Este siguió retrocediendo.

—¿Qué habeis dicho de traicion y de injuria mia contra vos?—dijo Gonzalo deteniéndose ante el terror de Crespi.

—¡Habeis seducido á mi hija, me la habeis robado, la teneis en vuestro poder!—dijo Crespi, cuya voz temblaba tanto á impulsos de la cólera, como del miedo.

—¿Que tengo yo en mi poder á vuestra hija?—exclamó Gonzalo en el colmo de su indignacion y de su sorpresa.

—Sí; tomad, leed; esta es la prueba, á no ser que vos no hayais escrito esta carta; á no ser que no sea este el sello de vuestras armas; si me decís que no, os creeré; porque quien como vos alcanza tan gran fama de caballero, no puede mentir, y porque en vez de encontraros junto á mi hija, os encuentro en la cámara de la señora duquesa de Urbino.

Isabel miró de una manera terrible á Villoslada, como haciéndole responsable de la situacion en que se encontraba.

—Mirad ahora y responded,—dijo Crespi.

Y presentó la carta y su sobre por el lado del sello al Gran Capitan.

—Indudablemente,—dijo Gonzalo,—este es el sello de mis armas, esta me parece á mí mismo mi escritura; pero yo no he escrito esta carta, ni he puesto este sello.

Y guardó la carta y el sobre en su escarcela.

—¡Ah! ¡vos habeis sido!—dijo Crespi,—guardais una prueba que no esperábais hubiese sido abandonada; no tengo ya duda: señor duque de Sessa, guardaos de mí.

—No os despedazo,—dijo Gonzalo conteniéndose,—porque quiero que vivais para poder probaros que habeis mentido como un infame al acusarme; cuando os lo haya probado... ¡ay de vos!... Idos, idos pronto, no sea que acabe de cegar y os pese.

Crespi salió lanzando una mirada de ódio al Gran Capitan.

Villoslada aprovechó aquella ocasion para salir: tenia la llave de la puerta; comprendia, además, que la duquesa le agradeceria la dejase esplicarse libremente con el Gran Capitan.

LUCRECIA BORGIA.

LAMINA 7.ª—Sí, tomad, leed; esta es la prueba.

A pesar de su valor, Villoslada empezaba á tener miedo.

Salió detrás de Crespi.

X.

La duquesa se avalanzó al Gran Capitan, pálida, con los ojos llenos de lágrimas, celosa.

—¡Ah! sois un hombre funesto, —dijo, —inspirais un amor irresistible, y junto á vuestro amor está la desgracia; yo me habia creido feliz, y ved, me estoy muriendo: os creo, os creo, pero no me negareis la gracia que voy á pediros: dejadme ver esa carta.

—Tomad, señora, —dijo gravemente sombrío el Gran Capitan; —tomad, y ved hasta qué punto se lleva aquí la infamia: si el contenido de esta carta no tuviese importancia alguna, si esta carta fuese una de esas de que podemos olvidarnos, yo juraria sin temor de ofender á Dios ni de manchar mi nombre, que habia escrito esta carta.

—¡Es falsa!—exclamó con alegría la duquesa.

—Sí, falsa como el alma del Júdas traidor que la ha escrito.

—Esperad, voy á probaros cuánto os amo; vos acompañásteis anoche hasta el postigo de mi casa á Angiolina; me lo ha dicho Villoslada; indudablemente lo ha sabido Lucrecia; ella conoce asesinos, envenenadores, falsificadores: esta carta es obra suya: esta carta prueba, ó que os ama con locura, ó que os tiende un lazo de muerte: estamos frente á frente Lucrecia y yo; pero esta carta prueba tambien que habeis dicho amores á Angiolina, que sois su amante: de otro modo, ella no hubiera podido comprender esta carta: estamos tambien frente á frente Angiolina y yo.

—La encontré en una casa, adonde iba á buscar al duque de Gandía; la encontré desmayada; la socorrí, me conmovieron su hermosura, su pureza, un no sé qué que no puedo esplicarme; pero yo no habia pensado en tener amores con ella, como no habia pensado tenerlos con vos.

—¡Oh! me engañais; ¡conocer á Angiolina y no amarla! esto es imposible; ¡oh! pero es necesario que os olvideis de ella, que no penseis mas en ella; lo quiero yo, lo mando yo; yo, vuestra amiga; yo, que no perdonaré medio para vengaros de Lucrecia, porque, os lo afirmo, Lucrecia os hace traicion, no os fieis de esa mujer, esa mujer no ama á nadie; esa mujer es una sirena que adormece con sus encantos para devorarle al imprudente que la escucha: ¿conoceis á Cárlos Orsini? preguntadle quién es Lucrecia: él os dirá que es un demonio á quien Satanás protege: evitadla si no quereis que os acontezca una desgracia.

—¡Oh! lo menos apropósito para separarme de una persona, para apartarme de un empeño es decirme que arrostro un peligro cierto.

—¡Oh! la temeridad no es la valentía, Gonzalo; creedme, seguid mis consejos, ó no salís de Roma.

—Saldré, señora, saldré; y saldré con honra, como he entrado en ella: un padre ofendido me acusa; yo satisfaré á ese padre y le pediré despues cuenta de su acusacion, que es una injuria: ahora, señora, adios.

—¿Y no volveremos á vernos, Gonzalo?

—¿Por qué no?—dijo el Gran Capitan, dejando ver una sonrisa amarga;—¿no sois mi amiga? ¿no me lo suplicais? nos veremos siempre que os plazca.

—Pues bien, id con Dios, yo os avisaré; cuando os avise, no vacileis en ir al lugar donde yo os llame, por estraño que pueda pareceros aquel lugar.

—Iré, señora, no lo dudeis: entre tanto, adios.

—Adios, Gonzalo,—dijo tristemente la duquesa.

El Gran Capitan salió.

No conocia la casa, y sin embargo, de antecámara en antecámara salió á las galerías altas del patio, llegó por ellas á las escaleras, las bajó, y encontrando la puerta principal abierta, salió á la plaza del Popolo, y por el Corso adelante se dirigió al Vaticano.

XI.

—Y bien,—decia mientras adelantaba,—¿qué me importa á mí de todo esto? me fastidiaba, no sabia qué hacerme, y he encontrado entretenimiento: ¿quiere esto decir que yo olvide á mi doña María? no; no la ofendo; estos amores de mancebas son tal cosa, que no pueden ofender á la mujer propia: á mas de eso, no dejo de ser cristiano ni caballero por estas mancebías: nadie duda de lo cristiano y de lo caballero que es el Rey Católico, mi señor, y sin embargo, tiene mas de un hijo bastardo: ¿y qué diablos ha de hacer un general en campaña? porque yo estoy en campaña, y en una campaña de intrigas y de malas artes, en que se echa mano de todo; hasta de la hermosura de las mujeres. Lucrecia... ¡ah! he sido un imbécil: ¡qué hermosura, qué ingenio, qué dama! y, ó mucho me engaño, ó se ha enamorado locamente de mí, sí: á mas de lo que yo he podido notar, ¿por qué ha robado á la hermosísima Angiolina? ¡oh, qué Angélica! se conoce que estoy en Roma; que su aire corrompido me ha inficionado: nunca he pensado yo tanto en las mujeres: ¡bah! me conviene entretener á Lucrecia y á Isabel; ellas lo pueden todo en Roma: intriga contra intriga, puesto que nos vemos obligados á hacer así la guerra: en cuanto á Angélica, es necesario salvarla;

me interesa mucho esa jóven; y además, tengo un empeño de honra con su padre.

XII.

La verdad era, que aquella noche de aventuras habia sobreescitado gravemente á Gonzalo de Córdova, colocándole en los tiempos de su juventud, en que habia sido gran galanteador y gran calavera, si se nos permite esta frase, porque el calavera ha existido en todos los tiempos, aunque no siempre se le haya llamado de este modo.

Las tres mujeres mas hermosas de Italia se habian enamorado de él á primera vista.

Esto no tenia nada de estraño.

Gonzalo de Córdova era un poderoso señor, un gran señor, cuya alta celebridad conocia todo el mundo.

Las mujeres de imaginacion se apasionan de los hombres célebres aun antes de conocerlos.

A mas de esto, el Gran Capitan era hermoso, simpático; y en el cuidado con que se aliñaba, con que se engalanaba, con que procuraba parecer buen mozo, habia algo qne halagaba á las mujeres.

Encontraban en él algo que pertenecia á su sexo, á la par de un valor heróico y reconocido, de una grandeza indudable y de una alta fama, que habia vencido á la envidia, que no se atrevia á protestar de ella.

Gonzalo, pues, no podia menos de ser amado, y amado con frenesí, por mujeres tales como Lucrecia, Isabel y Angiolina.

XIII.

Llegó al Vaticano, entró en sus habitaciones y, sin comer nada, se recogió.

Tenia mas necesidad de descanso que de alimento.

—No nos apresuremos, —dijo; —con calma se piensan y se hacen mejor las cosas; descansemos, y despues Dios dirá.

A poco de haber pronunciado estas palabras, el Gran Capitan se durmió.

CAPITULO XVI.

Cómo cumplió Bonvinetto el encargo de Lucrecia, y lo que hizo despues.

I.

Retrocedamos: volvamos á meternos en la noche del 15 al 16 de agosto de 1497: así lo exige el órden de nuestro relato.

Angiolina, cuando entró en su aposento, no se acostó, ni aun se desnudó: se sentó junto á una mesa y permaneció inmóvil, abstraida, impresionada: Giovanni Borgia, Savonarola, Gonzalo de Córdova, se revolvian en su imaginacion.

Giovanni, al revelarse á ella tal como era, la habia horrorizado; la habia dejado ver un hombre completamente distinto de aquel que ella habia soñado, que habia amado en medio de sus sueños.

II.

Al trasformarse Giovanni, ó mejor dicho, al dejarse ver tal cual era un Borgia en toda la estension de la frase, Angiolina se habia estremecido; habia sentido un dolor agudo, una agonía infinita.

Su amor habia muerto; y casi en el momento en que la estremecia la trasformacion de Giovanni, apareció Savonarola, puñal en mano, aterrándola, trasformado tambien, dejándola ver un demonio en vez del hombre dulce y apasionado que hasta entonces habia visto.

III.

Gonzalo de Córdova era la noble figura que reanimaba con su recuerdo candente el alma de Angiolina, helada por el terror.

Angiolina sentia por el Gran Capitan algo que no habia sentido ni por Savonarola ni por Giovanni Borgia.

¿Qué podia esperar, sin embargo, de Gonzalo de Córdova?

Mientras pensaba en él, un tristísimo presentimiento atormentaba á Angiolina.

El presentimiento de no ser amada.

IV.

Sumida la jóven en estos pensamientos, pasó el tiempo.

De improviso se oyó en la calle el sonido de una cítara, y luego una voz magnífica cantó un romance de amores.

Cesó la voz, pero continuó resonando el puntear de la cítara.

Angiolina abrió el balcon, miró á la calleja y vió en ella un bulto informe.

La voz volvió á cantar.

Angiolina se inclinó sobre la balaustrada del balcon, y dijo á media voz:

—¿Quién os envia á que me deis música?

—Un caballero muy noble y muy poderoso que os ama, y á quien vos amais.

—¿Cómo se llama ese caballero?

—Gonzalo.

—¿Gonzalo de qué?

—Gonzalo de Córdova.

Ardió la sangre en las venas de Angiolina, se estremeció toda, y por algunos segundos guardó silencio.

V.

—¿Y cómo es, —dijo, —que os envia ese caballero?

—Estoy á su servicio, señora; ha encontrado que soy buen músico y me tiene en su casa. Esta noche, hace poco, dormia yo profundamente, cuando me despertaron y me dijeron que el señor me llamaba: acudí, y me dijo: —Toma tu cítara, y vete al postigo del palacio de la duquesa de Urbino; canta junto á él un cantar de amores á una dama que se llama Angiolina; contigo irán una litera y cuatro hombres.

—¿Y para qué son esa litera y esos cuatro hombres? —dijo con la voz trémula de emocion la jóven.

—El Gran Capitan marcha antes del amanecer á Terracina, donde le espera un ejército, con el cual irá á Nápoles.

—¿Y no volverá?

—¿Y qué tiene que hacer mi señor en Roma? En Nápoles, en el Milanesado y en el Monferrato es donde hace falta y donde le entretendrán por algun tiempo los franceses. ¿Quién sabe si mi señor podrá volver á veros si no le seguís?

VI.

Cruzó por el alma de Angiolina el espectro vengador de Savonarola junto á su padre irritado; recordó á su madre muerta á puñaladas al pié de la columna Trajana; temió ser inmolada tambien por los celos de Savonarola y por el furor de Alfonso Crespi.

Otro espectro sangriento acabó de aterrarla: Giovanni Borgia, que sin duda habia sido asesinado, de cuyo asesinato podian hasta cierto punto acusarla, puesto que se habian traslucido sus citas de amor con Giovanni en la Torrecilla de los Tres Ahorcados.

Al mismo tiempo, y con una fuerza irresistible, se sublevó en su corazon el amor que habia empezado á sentir por Gonzalo de Córdova. Él la atraia de una manera dulce, candente; hácia él la empujaban con sus manos heladas Giovanni Borgia, Gerónimo Savonarola y Alfonso Crespi.

VII.

—¿Y os ha dicho el Gran Capitan que quiere que yo le siga?

—Sí, si señora, con toda su alma,—respondió Bonvinetto.

Angiolina vaciló.

Pero recordó á Giovanni, á Savonarola, á Crespi; vió delante de sí en su alma á Gonzalo que la llamaba enamorado, y se decidió.

Era demasiado jóven, la faltaba esperiencia, estaba dominada por una escitacion febril, y ni aun sospechó que aquel podia ser un lazo que se la tendia.

VIII.

—¿Y bien,—dijo,—han venido esa litera y esos hombres?

—Sí, si señora,—respondió Bonvinetto;—están esperando en el fondo de la calle, y no hay tiempo que perder.

—Esperad,—dijo Angiolina retirándose del balcon y dejándole abierto.

—Atencion,—dijo Bonvinetto acercándose á cuatro hombres que es-

taban pegados á la pared, dos á cada lado del postigo.—En cuanto salga os apoderais de ella, la tapais la boca, la meteis en la litera, y en marcha: ya sabeis la seña para que os abran la puerta del Pópolo; Santa María la Nova: silencio.

IX.

Poco despues se oyó el ruido de la llave en el postigo, se abrió éste, y Angiolina salió.

En el momento los cuatro hombres se arrojaron sobre ella.

Angiolina dió un grito; pero la fué imposible dar otro: la habian tapado la boca.

Se la llevaron.

Bonvinetto trepó inmediatamente por la gran reja que estaba bajo el balcon, ganó éste, entró en la habitacion, dejó sobre la mesa la carta falsa que llevaba, y miró en torno suyo por ver si podia llevarse algo de valor.

Vió un armario, en el cual estaba puesta la llave; le abrió, y dentro de él encontró ropas, que echó fuera, esparciéndolas por el suelo, buscando alhajas: vió un cofrecito de ébano; le tomó con ánsia, se lo puso debajo del brazo, ganó el balcon y saltó á la calle.

Se alejó á la carrera, llegó á la plaza de España, se detuvo y examinó el cofrecillo, probando su peso, que era lo único que podia hacer entre la oscuridad.

Pesaba muy poco.

Le agitó y exclamó con despecho:

—Papeles, no hay mas que papeles: ¡eh! pero puede ser que estos papeles valgan mas que las alhajas que podria contener este cofrecillo, por ricas que fuesen: ella conspiraba: ¿quién sabe? ¿quién sabe? pero sino fueran mas que insípidas cartas de amor... ¡ah! lo veremos.

X.

Bonvinetto se puso en marcha hácia el centro de Roma.

Dejó atrás el monte Pinciano y por la calle de San Babuino, por la plaza de la Trinidad del Monte, por las vias Sistina y Felice y las Cuatro Fontanas, atravesando las callejas intermedias, llegó á las Termas de Diocleciano, á una pequeña casa aislada, situada junto aquel magnífico monumento, llamó, y á la tercera vez se abrió la puerta y apareció una jóven con una lámpara de barro cocido, de la figura de las antiguas lámparas romanas.

XI.

Aquella jóven era delgada, alta, esbelta, morena, hermosa, con ricos cabellos negros que caian descuidados, desaliñados, en gruesas trenzas sobre sus hombros.

Vestia un traje muy usado y muy pobre de lana parda.

En la mirada de sus grandes y hermosos ojos negros, habia tristeza, desaliento, cansancio; y una gran miseria estaba representada por la demacracion, por la palidez enfermiza de la jóven.

Contaria cuando mas veinte años.

Su color moreno intenso, lo cenceño de sus formas y la fuerza y un no sé qué singular de su mirada, parecia denunciar en ella á un individuo de esa raza oriental proscripta, á cuyos hijos se llama jitanos en España, boemios en Francia y cíngaros en Alemania.

A juzgar por el acento purísimo romano con que la jóven saludó á Bonvinetto, aquella jitana era italiana, de Roma ó de sus cercanías.

XII.

—Dios te guarde, Julio,—le dijo al entrar éste,—muy larga ha sido la música esta noche, y deben haberte pagado muy mal; porque traes muy mala cara.

—Han sucedido grandes cosas, Marieta,—dijo Bonvinetto pasando de lo que podia llamarse vestíbulo de la pequeña casa, y entrando en una habitacion pequeña en que habia una miserable cama, una mesa, tres sitiales de madera, un arca y algunos pobres vestidos colgados de la pared.

Bonvinetto puso el cofre sobre la mesa, se quitó de la espalda la cítara, la colgó de la pared, y se sentó junto á la mesa, sobre uno de los sitiales.

Marieta miraba intensamente el cofrecillo de ébano.

—Nada, nada,—dijo Bonvinetto,—no hay mas que papeles; cartas de amor sin duda: veremos si se las puede sacar algo: entretanto toma y guarda eso.

Y sacó de su bolsillo los escudos romanos que le habia dado Lucrecia.

Marieta tomó con indiferencia el dinero, abrió el arca, y guardó en ella aquel oro.

Bonvinetto veia entretanto cómo podia abrir el cofrecillo sin romperlo.

—Dame algo de comer,—dijo Bonvinetto continuando en la inspec-

cion del cofrecillo,—tengo hambre, y buena: desde ayer al mediodia no he comido.

Marieta salió.

Bonvinetto sacó el retrato de Lucrecia, dejando á un lado el cofrecillo, y se puso á examinar el retrato de una manera fija y sombría, colocándole en una posicion vertical, y devorando con los ojos una especie de barniz de capa trasparente que cubria el mosáico.

—¡Ah!—dijo,—¡si yo estuviese ciegamente enamorado de este demonio! ¡si besase su imájen! ¡ah! ¡á quién ha querido matar esta fiera!... Dicen que la obligan á casarse; pero Lucrecia no se hubiera hecho representar de una manera tan lúbrica para enviar su imájen á su prometido... y ¿quién sabe?... Él es napolitano; Nápoles está mas corrompido que Roma, si es que puede haber algo mas corrompido que esta vieja cortesana gastada: la imágen de Lucrecia, tal cual aquí aparece, embriaga.

—¡Oh! ¡esa mujer, esa infame mujer!—dijo Marieta que habia sobrevenido trayendo en la mano un plato ordinario con algunos peces fritos y un pedazo de pan, y en la otra un jarro desboquillado en que habia un poco de vino.

Marieta puso el plato y el jarro sobre la mesa, y continuó contemplando con ódio el retrato de Lucrecia.

—Mira al soslayo,—la dijo Bonvinetto poniendo el retrato en una posicion vertical respecto á la luz de la lámpara:—¿qué notas?

—Que ese mosáico está un poco empañado,—dijo Marieta.

—¿No te parece que sobre el retrato se ha estendido un líquido espeso, pero trasparente, que forma esa capa un poco grasienta?

—Sí, ¿y qué es eso?

—El terrible veneno de los Borgias: ¿sabes tú cómo se hace este veneno?

—No.

—Oye: se caza en trampa un javalí, se le enjaula, se le dá de comer harina con leche, que le gusta mucho, y en este alimento se pone una gran cantidad de arsénico: cuando el animal empieza á sentir los efectos del veneno, se le cuelga por los piés, y se recoje la baba que le hace arrojar en abundancia la rabia del dolor: esta baba es el veneno líquido de los Borgias: cuando se le quiere tener sólido, se deja que esta baba, que es jelatinosa, se condense, se seque: entonces se la muele y se tiene un polvo blanco como la azúcar: pues bien; esta capa estendida sobre este mosáico, no es ni mas ni menos que el veneno líquido de los Borgias; ¡ay del que bese este retrato! ¡ay del infame Cárlos Orsini!

—¡Cárlos Orsini!...—dijo Marieta;—¡Cárlos Orsini!... ¡oh! ¡cuándo podré yo ver su cadáver sangriento, despedazado!

—Este retrato...—dijo Bonvinetto.

—¡Ah!—exclamó Marieta,—¡Cárlos Orsini ama á Lucrecia!

—Con toda su alma; no se sabe si se ha rebelado contra el Papa por aumentar sus estados ó por obligarle á que le dé por esposa á Lucrecia.

Marieta inclinó la cabeza y permaneció por algun tiempo abstraida en una profunda meditacion.

Bonvinetto devoraba los peces y el pan con el mejor apetito del mundo.

XIII.

—Yo soy hermosa,—dijo Marieta,—yo tengo la mirada terrible; veo palidecer á los hombres cuando los miro; Cárlos Orsini no me conoce, no sabe que yo soy hija de Julieta: ¡ah! no lo sabe. Empieza á rayar el dia,—añadió Marieta abriendo una ventana.—¿En qué caverna habita ese infame Orsini?

—Ha pasado la noche en medio de la orgía; reposará cansado, ébrio.

—Holofernes reposaba cuando le mató Judit,—exclamó la jóven:—voy á ponerme mi mas hermoso vestido, mi collar de corales, mi cadena de plata dorada; voy á trenzar mis cabellos; voy á prepararme al combate.

—¡Marieta!—exclamó Bonvinetto levantándose y asiéndola con fuerza de un brazo,—¡ay de tí si te engalanas para ese hombre! ¿No sabes que yo te amo? ¿No sabes que eres mi vida, mi eternidad, mi ser entero? ¿No sabes que por tí me he sentenciado á la pobreza, á la miseria, á la servidumbre? ¿No sabes que por tí, porque nada te falte, porque no sufras, porque no tiembles de frio en el invierno lo he arrostrado todo, todo, hasta el crímen? ¿No sabes que por tí me he hecho terrible, exterminador? ¡Engalanarte tú, alma mia! ¡posar tú tu irresistible, tu divina mirada en ese hombre! ¡Caer en sus brazos aunque sea para sofocarle entre ellos! No, Marieta; á ese precio no quiero la venganza: si yo te viera sonreir á un hombre, mataria á ese hombre aunque fuera mi hermano, y te haria pedazos para que no volvieses á sonreir á otro.

—¡Mi madre, tu hermana, nos piden venganza contra los Orsini!

—Sí, sí, vé; pero mas tarde, cuando haya reposado, cuando su cabeza esté libre del vapor de la orgía; vé, no como la amante, sino como la gitana; no como la mujer enamorada, loca, busca el delirio del amor, sino como la gitana pobre, vagabunda, que va á buscar el oro del gran señor, desgreñada, cubierta de harapos, descuidada, súcia, salvaje; y

aun así, quiera Dios que Cárlos Orsini no ambicione tu hermosura; ¡ah! no, no vayas, tengo miedo, iré yo.

—¡Celos!—exclamó con acento grave y enérgico Marieta: —¡tienes celos! ¿y por qué no he de tenerlos yo, Julio? ¿crees acaso que yo no te amo como tú me amas? ¡ah! pues te amo, te amo como tú no eres capaz de amar: las mujeres amamos mas, infinitamente mas que los hombres; hemos nacido para el amor, para un solo amor, al que lo sacrificamos todo; la vida, el corazon, el alma: ¡tienes celos! y ¿por qué no he de tenerlos tambien yo? ninguna noche has tardado tanto; nunca has traido tanto oro... y ese retrato de Lucrecia Borgia, de la gran dama, de la poderosa dama; ese retrato con su marco de oro y piedras preciosas que vale un tesoro, ¿por qué no he de matar á esa mujer á quien tú sonries, á esa mujer que te ha dado una bolsa llena de oro y un retrato como ese?

—¡Un retrato envenenado!

—¡Ah!—exclamó Marieta; —¿y para qué te ha dado entonces ese retrato la señora Lucrecia Borgia?

—No me lo ha dado; se lo he robado yo.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¡En su casa!

Bonvinetto contó á su amante sus aventuras de aquella noche; se las contó de una manera descarnada, breve, sombría.

Cuando hablaba de Lucrecia, la mirada de Marieta fija en Bonvinetto que estaba como abstraido en el recuerdo de Lucrecia, era sombría, terrible.

Marieta no podia dudar de que Bonvinetto amaba á Lucrecia, ó que por lo menos estaba deslumbrado por ella.

Marieta hizo un violento esfuerzo, el fuego sombrío de su mirada se fué apagando, desapareció el leve temblor que como una oscilacion de su alma la habia agitado; quedó completamente tranquila, y cuando Bonvinetto acabó su relacion, le sonrió, rodeando sus brazos á su cuello, como una mujer enamorada, tranquila, que nada teme porque se han desvanecido sus celos.

—¡Ah! gracias, Julio, gracias,—exclamó:—he sufrido mucho, he creido que amabas á esa infame: ¡es tan hermosa! ¡ah! parece que Satanás la ha dado toda su seduccion, todos sus encantos; perdóname, amado mio, perdóname el haber dudado de tí; el amor es muy receloso; todo le estremece, todo le espanta: pero ya estoy tranquila; ¿no lo ves? tú me amas, me amas desde el punto en que me viste; no has dejado de amarme ni un momento, no dejarás de amarme nunca, Julio mio.

—Tengo sueño, —dijo Bonvinetto por toda contestacion á las caricias de Marieta.

—¡Oh! duerme, duerme, —respondió la jóven, siempre dulce y siempre sonriente; —voy al mercado; ya es de dia, somos ricos; hoy vamos á comer como el Santo Padre: ya verás.

Bonvinetto bostezó, guardó el retrato de Lucrecia, tomó el cofrecillo de Angiolina, y se entró en un pequeño aposento, cuya puerta cerró.

XIV.

—¡Ah! —exclamó Marieta: —antes de que me abandones, de que me sacrifiques, yo sacrificaré á esa mujer: te ha hechizado, cuando muere el que nos hechiza, el hechizo desaparece; la muerte de la persona que amamos nos desespera, pero pasa el dolor, se olvida al fin; ¡ah! ¡yo mataré á esa mujer!

XV.

Marieta abrió el arca, sacó de ella un escudo de oro, la cerró, tomó de las ropas que estaban colgadas de la pared una especie de mantellina azul, que se puso sobre los hombros, entró en otro aposento, salió de él con una cesta de junco, y luego de la casa.

Cerró la puerta, echó la llave bajo ella, y se alejó en direccion á la plaza de la Trinidad del Monte.

CAPITULO XVII.

En que aparece el perfil del Papa Alejandro VI.

I.

Rosa Vannozia, que como sabemos habia salido aquella noche de su casa en busca de su hijo Giovanni Borgia, no habia encontrado á éste en su palacio.

Domínico, su criado favorito, su criado de confianza, no parecia tampoco.

Ninguno de los otros criados pudo indicarla un lugar donde pudiese probablemente encontrarse Giovanni.

II.

—César, —dijo para sí Vannozia, —debe despedirse esta noche de Alejandro para asistir á la coronacion del rey de Nápoles; es posible que allí esté Giovanni.

Rosa se encaminó al Vaticano, al que llegó poco despues de haber salido César.

Rosa se hizo anunciar al Papa.

Este no se habia recogido aun, aunque de ordinario se recogia mas pronto.

Le desvelaba un estraño presentimiento.

Recibió á Rosa Vannozia, que adelantó lanzando una rápida mirada recelosa en torno suyo.

Alejandro VI estaba solo, sentado en un sillon con vestidura y solideo blanco, pendiente del cuello un cordon rojo y una cruz de oro y esmeraldas.

III.

Alejandro VI era ya viejo, pero á pesar de que no era robusto, revelaba á primera vista una gran fibra.

Su semblante, como el de todos los Borgias, era dulce, insinuante, simpático.

Tenia, sin embargo, los lábios delgados, en que vagaba siempre una leve y suave sonrisa, y alrededor de sus ojos de mirada tranquila, habia esa especie de aureola, esa sombra que revela la astúcia.

Sus cabellos canos acababan de hacer interesante la cabeza de aquel anciano, del cual podia decirse que su ancianidad solo estaba en los años.

IV.

Rosa se arrodilló, se inclinó y besó el pié de Su Santidad.

—Levántate, —dijo Alejandro VI, —estamos solos, nadie vendrá: ¿qué quieres á estas horas? ¿por qué veo en tí la ansiedad y la desolacion?

—César... ¿dónde está César? —dijo Rosa.

—César, parte en este momento á Nápoles para asistir en mi nombre á la solemne coronacion del rey Federico; acaba de despedirse de mí.

—¿Y dónde ha estado antes?

—Preparando su viaje, —respondió con estrañeza y con cuidado el Papa; —¿por qué me haces esas preguntas?

—¡Giovanni!... ¿dónde está Giovanni? —preguntó con doble ansiedad Rosa.

El Papa se puso de pié, y se aumentó la natural palidez de su semblante.

—¿Por qué unir de tal manera, de una manera tan lúgubre los nombres de César y de Giovanni? —dijo el Papa.

—Lucrecia ha recibido un funesto aviso, —contestó Rosa con voz insegura, y de una manera precipitada: —la vida de Giovanni estaba en peligro.

—¡En peligro! ¿á causa de qué? —exclamó el Papa.

—A causa de César.

—¡Oh! ¡imposible, imposible! —exclamó Alejandro VI; —¡Dios no puede permitir ese horror! ¡no! Dios en su infinita misericordia no querrá castigar de una manera tan terrible mis pecados. César está dovorado por una ambicion funesta; ha soñado en ser César: *au Cesar au nihil*, este es su mote, es cierto; envidia á Giovanni porque yo le amo; pero amo

tambien á César; no, no puedo dudar de ello: tiene celos de él; pero estos celos son insensatos: no, no puedo creer que César se haya atrevido á tanto.

—¡César es capaz de todo; de todo es capaz la sangre que corre por sus venas! ¡ah! ¡en mal hora fuí su madre! ¡en mal hora alenté en mis entrañas á ese mónstruo!

—No, no; si no tienes la prueba, si todo esto no tiene mas fundamento que una suposicion horrible, yo no puedo alentarla, yo no puedo creer en ese crímen: César se ha despedido de mí perfectamente tranquilo: me ha hablado de su hermano Giovanni sin que apareciese la menor turbacion en su acento ni en su mirada; á mí no se me engaña. Cain, despues de su delito no se atrevió á mirar frente á frente á Dios: ¡ah! no, no: eso no es mas que un negro recelo, hijo del amor que tenemos á Giovanni: te lo repito: César no puede engañarme.

—César ha engañado mas de una vez á Nicolás Maquiavelo, el hombre á quien menos se puede engañar; ha engañado á Lucrecia, nos ha engañado á todos: ¿quién sabe lo que se oculta en el oscuro y sombrío pensamiento de César? Hoy, en nuestro banquete de familia, banquete que se daba en honor de César, ha estado comunicativo, alegre, nos ha hecho reir á todos: estaba en la mejor armonía con Giovanni; con él salió cuando concluyó el festin: no sé por qué, yo sentia oprimida mi alma bajo el peso de un funesto presentimiento: me he recogido mas tarde que otras noches; no tenia sueño; estaba desvelada; me dormí al fin, rendida por el cansancio, y apenas me habia dormido, me despertó un ruido de espadas que resonaba en la calle de la Longara hácia la iglesia de Regina Cœli; despues nada oí: me lancé del lecho, abrí el balcon; la calle estaba silenciosa, tranquila, desierta: á lo lejos lucia en paz la lámpara de la Santa Madonna de Regina Cœli: me tranquilicé, creí que habia sido un sueño aquel ruido de espadas: pero no, no habia sido sueño; poco despues vino Lucrecia; ella tambien habia sido amenazada, puesta en peligro; habia oido combate cerca del Tíber: despues llamó á las puertas de mi casa ese general español á quien llaman el Gran Capitan, y me preguntó por Giovanni: todo esto confirmó mis temores: salí, he ido casa de Giovanni, y Giovanni no está allí, ni nadie ha sabido dónde podria estar: aquí tampoco ha estado: ¿qué ha sido, pues, de Giovanni?

—Es jóven, enamorado; aun está en la edad de los placeres; tal vez está entretenido en una aventura amorosa; esperemos, esperemos; tal vez no hay motivo para que nos alarmemos ni para alarmar á nadie; si mañana no parece, se le buscará.

—¡Tarde, tal vez muy tarde!

—Si amenazaba á Giovanni una desgracia, que no lo creo, porque no puedo, porque no debo creerlo, esa desgracia será ya irremediable.

—César no habrá partido aun; que se le detenga y se le pregunte.

—¡Ah! no; no demos ocasion, tal vez en vano, á que César crea que hemos concebido acerca de él tan terribles sospechas: ¡ah, no! el asesinato de Giovanni por César seria el horror de los horrores; me volveria loco: no pensemos en esto; confiemos en la misericordia de Dios: vete, Rosa, vete y tranquilízate; tu temor es hijo de tu amor de madre; yo haré buscar esta misma noche á Giovanni, y si se le encuentra, recibirás el aviso al momento.

V.

Rosa salió.

Alejandro VI quedó aterrado, meditabundo, sombrío.

—Es posible, es posible, —dijo: —en César están reconcentrados, perdidos, emponzoñados todos los pecados de mi familia: su aborrecimiento á Giovanni no podia ocultarse, especialmente á mis ojos: pero esta ansiedad es espantosa, y es necesario salir de ella.

Alejandro VI tocó un timbre, é inmediatamente se presentó un camarero.

—Que llamen al capitan Pignateli.

Poco despues se presentó un hombre como de treinta años, fornido, buen mozo, con un medio arnés, banda roja sobre la coraza, cota de armas al pecho, con el blason de los Borgias unido á las armas pontificias bajo la tiara, botas altas de gamuza con espuelas, gran espada, puñal al cinto, y el capacete de hierro bajo el brazo.

—Santísimo Padre, —dijo, arrodillándose é inclinando profundamente la cabeza.

—Pignateli, hijo mio, —dijo Alejandro VI, —tú eres sagaz y valiente, y nos sirves con amor y solicitud como respetuoso y obediente hijo; por eso te amamos y te damos nuestra bendicion apostólica.

Alejandro bendijo al capitan de sus suizos, que inclinó mucho mas la cabeza para recibir la bendicion.

—Pignateli, nuestro muy querido hijo en Cristo, —continuó Alejandro VI, —necesitamos todo tu amor, toda tu inteligencia y todo tu valor.

—Mandad, Santísimo Padre, —contestó humildemente Pignateli.

—Necesitamos saber al momento dónde está nuestro muy querido hijo el duque de Gandía y de Benavente, generalísimo de la Iglesia: no se le ha encontrado en su casa, y para servicio de Dios y de nuestra Santa Sede urge el encontrarle.

-Si su señoría el duque está en Roma, Santísimo Padre, antes de dos horas tendrá noticias de él vuestra Santidad.

—Pues á la obra, —dijo con firmeza Alejandro VI.

—Pignateli se levantó, é inclinado, andando para atrás, sin volver la espalda al Papa, salió.

—¡Oh! — dijo Alejandro VI cuando hubo salido Pignateli; —él me traerá dentro de poco noticias de Giovanni, favorables ó adversas: ¡César! ¡el maldito, el réprobo, el que no se detiene ni aun delante de su sangre en el camino de su ambicion! ¡oh, Jesus! ¡oh, dulce Jesus mio! ¡por tu pasion y muerte aparta de tu representante en la tierra este amarguísimo cáliz! ¡apura para conmigo tu misericordia; no me hagas espiar de una manera tan terrible mis pecados; y si es tu divina voluntad que yo pase por esta amargura, dame valor para apurarla!

Alejandro VI, vacilante, trémulo, se acercó á su reclinatorio, se arrodilló y, doblegado, aterrado, oró con toda su alma.

CAPÍTULO VIII.

El Gran Capitan metido contra su voluntad en una intriga aventurera que tenia por base el amor.

I.

No hay héroe que, sin dejar de ser héroe, y por fuerte que sea, no adolezca de una debilidad que le empequeñece; siendo, por decirlo así, su lado de sombra.

La cuestion es encontrar este flaco, esta parte negra.

El Gran Capitan, héroe por mas de un concepto, tenia el flaco de una vanidad disculpable, hija de la conciencia que tenia de su grandeza y de su poder, y que él mismo no conocia.

Era además, aunque no diese muestras de ello, y aunque se dominase, apasionado por lo candente, por lo peligroso, por lo terrible, por lo embriagador.

La hermosura de la mujer le impresionaba; y si no habia cedido, como Fernando V, á esta doble propension del espíritu y de la materia hácia la mujer, habia sido porque esta propension estaba compensada en él por la rigidez con que cumplia sus deberes de cristiano, de marido y de caballero.

II.

Pero habia entrado en Roma: aquella atmósfera candente, impura, emponzoñada, habia empezado por causarle náuseas y desprecio.

No habia encontrado en Roma nada digno de ser respetado mas que la augusta, la sagrada persona del Pontífice.

Es verdad que con ninguna otra mas se habia puesto verdaderamente en contacto Gonzalo.

Al rey de Francia le habia tratado de alto abajo con la seca, dominadora y fria altivez de los Reyes Católicos, á quienes representaba, y que eran entonces los mas poderosos del mundo.

Con Orsini, ni aun habia querido cruzar la palabra: le volvió la espalda cuando éste se dirigió á él en el Vaticano.

Con el duque de Gandía y con el duque Valentino habia usado de una cortesanía ceremoniosa.

A la duquesa de la Romanía, esto es, á Lucrecia Borgia, no habia podido verla, porque estaba retirada en el convento de San Sixto.

Estaba terriblemente prevenido contra ella, y por esta razon, como ya hemos visto, las seducciones de Lucrecia se habian roto contra él, como se hubiera roto una caña con la que se embistiese á una estátua de acero.

Sin embargo, Gonzalo no recordaba haber visto nunca una mujer tan hermosa y tan fascinadora.

No habia podido olvidar su hermosura, y se decia recordándola:

—Lástima que una tal dama, tan hermosa y con tanto ingenio, sea tan perversa.

Despues, y á causa de Lucrecia, habia conocido á Angiolina, que le habia parecido un ángel un poco estraviado, que volaba por donde no debia volar, pero siempre un ángel.

—¡Lástima de serafin!—decia Gonzalo.

Y recordaba con mas fuerza á Angiolina que á Lucrecia.

Por último, la duquesa de Urbino le habia encontrado bastante inficionado ya por aquella atmósfera de libertinaje, era hermosísima, insinuante, astuta, y le habia hecho resbalar.

Gonzalo se habia encontrado, sin saber cómo, amante de la duquesa.

Esto le causaba cierto remordimiento: le parecia ver fijos sobre él los ojos de su mujer, que le acusaba, que le pedia cuentas.

—¡Bah!—dijo el Gran Capitan, poco despues de haberse levantado, allá á las once del dia:—¿cuándo me he levantado yo á estas horas? verdad es que hoy he dormido muy poco: me he acostado á las seis de la mañana: y es el caso que estoy rendido como si hubiera pasado todo un dia á caballo y en batalla: ¡ah! ¡las mujeres!... prefiero estar en guerra con los turcos, y con los franceses, y con el mundo entero, á estar metido entre ellas: ¡qué noche, Señor! ¡qué noche y qué tres mujeres! y es el caso que no puedo olvidarme de ninguna: Lucrecia me parece un demonio; ¡pero qué demonio tan hermoso! Angiolina me arrastra; Isabel me embriaga: yo era un niño... no, no señor; es que yo era un buen hombre, y en esta infame Roma me he convertido en un libertino: ¿qué

diria, si me viese en estas aventuras, mi buena doña María? creeria que no la amaba: no, no señor; eso no es verdad; veamos: mi reina y mi señora doña Isabel está siempre casando á sus damas, dotándolas bien, y enviándolas con sus maridos lejos de la córte: ¿y por qué hace esto la reina doña Isabel? porque mi señor el rey don Fernando galantea á sus damas; y la reina, para evitar los galanteos del rey, echa fuera á las damas galanteadas de la mejor manera que puede: ¿y quiere esto decir que el rey mi señor no ame mucho, con toda su alma, á la reina mi señora? ¡ah, no! cuando á doña Isabel la duele el estómago, don Fernando se pone malo, echa un humor de los diablos, no se le puede hablar: bien es verdad que yo no le hablo sino cuando me habla él; pero los otros que están á su lado, que son unos cortesanos ruines, conocen por el humor del rey si la reina mi señora está ó no enferma: pues si un rey tan cristiano, tan bravo y tan caballero, sin dejar de amar á su esposa como á su alma, tiene una y otra manceba, ¿por qué yo he de apurarme, y he de sonrojarme, y he de darle vueltas al negocio, porque me encuentro entre tres mujeres? ¡ni aunque fueran trescientas! mi mujer está lejos de mí; estoy en campaña; bien mirado... bien mirado, la verdad es que estoy aturdido, y que no sé lo que hacer ó dejar de hacer.

III.

La verdad era que el Gran Capitan sentia halagado su amor propio al verse objeto del amor de las tres mujeres mas hermosas de Roma.

Esto nada tenia de estraño; Gonzalo de Córdova era muy buen mozo, muy galan, muy rico, muy alto, muy temido, muy respetado, muy célebre.

Tenia cuanto necesita tener un hombre para ser amado.

La mujer es toda voluptuosidad, ó vanidad, ó corazon, y Gonzalo de Córdova era lo mas á propósito para haber sido, si hubiera querido serlo, el amante universal.

IV.

Por otra parte, Gonzalo era un profundo político, un grande hombre de Estado, á mas de un grande general.

Como político, como hombre de Estado, como general, comprendia que le era conveniente romper lanzas con una mujer como Lucrecia, que á mas de ser de hecho la reina de Roma, era temible por su talento y por su valentía.

Una de dos: ó Lucrecia se habia enamorado de él, como parecia de-

mostrarlo el haberse apoderado celosa de Angiolina, ó pretendia seducir á Gonzalo.

Debia, pues, éste encubrirse, esperar, observar, sacar el partido posible de sus relaciones, fuesen del género que fuesen, con aquella tremenda mujer en favor de sus reyes y de su patria.

Tenia otro interés además: Angiolina.

A no dudarlo, Lucrecia se habia apoderado de ella, y Gonzalo se interesaba mas de lo justo, mas de lo razonable, mas de lo que él mismo hubiera querido por Angiolina.

No habia podido olvidar aquella escesiva juventud, aquella tez blanca, blanquísima, suave, trasparente, aquellos ojos de mirada pura y apasionada que se habian posado en él con amor. Angiolina era en el pensamiento del Gran Capitan, esa tentacion con la que luchamos obedeciendo á nuestra conciencia, á pesar de que eso que se llama voz secreta, el sentido íntimo, el instinto, nos dice que la tentacion con que luchamos ha de vencerla.

La lucha no es otra cosa en estos casos, que un vano tributo que rendimos á nuestra conciencia.

Gonzalo ansiaba volver á ver á Angiolina.

En cuanto á la duquesa de Urbino, habia encontrado en ella un encanto, una voluptuosidad que habian sido para él hasta entonces un misterio.

Lo que quiere decir que el héroe habia sido cojido por el diablo con una triple garra compuesta por tres mujeres.

Sin embargo, no habia olvidado la mision que le habia llevado á Roma, y por nada del mundo hubiera faltado á aquella mision.

Afortunadamente, las tres mujeres que ardian en su pensamiento, podian servirle, por su posicion, para llegar mejor y mas pronto al cumplimiento de su encargo.

V.

Gonzalo se hizo vestir, componer, engalanar por sus ayudas de cámara, en lo que invirtió no menos que hora y media, y cuando se hubo quedado solo, mandó que llamasen al alférez Maldonado.

VI.

Acudió éste.

—Anoche,—le dijo Gonzalo,—me dísteis parte de que se habian visto antorchas y ginetes por la orilla derecha del rio, hácia Burgo-Fortese: ós mandé que se observase: ¿qué habeis hecho?

—Antes hubiera dado parte á vuestra señoría,—dijo el alférez;—pero vuestra señoría reposaba.

—Bien; veamos.

—Envié al cabo Navascués con cuatro ginetes, á la sordina, por la orilla izquierda del rio; vieron que aquella cabalgata, entre la cual iba una dama, entró en ese antiguo palacio que hay en la campiña junto al rio, á media legua de Roma.

—Supongo que por esto no se volveria Navascués.

—No señor, puesto que se le habia mandado que observase: el palacio habia quedado silencioso y envuelto entre la oscuridad: Navascués, que es un soldado muy bravo, para observar mejor, determinó pasar el rio, acercándose al palacio, y lo verificó metiéndose en el agua con el caballo, sin considerar si podria hundirse ó no entre el fango de la orilla: afortunadamente no habia fango, y sobre el caballo que nadaba, atravesó el rio, se acercó al palacio, y aguardó oculto entre unos árboles junto á su puerta. Dos horas despues sonaron pasos de hombres sobre el camino que por entre árboles termina en la puerta del palacio. Aquellos hombres llamaron, la puerta se abrió, y gracias á la luz que tenia en la mano el que habia abierto, Navascués vió que sacaban de una litera á una dama, á la que al parecer llevaban violentamente y como robada, y la metieron en el palacio, cuya puerta se volvió á cerrar. La litera vacía y los hombres que con ella habian ido, se volvieron por el mismo camino. Navascués pasó de nuevo el rio, me envió un ginete para darme parte de lo que habia visto, y allí está todavía, al otro lado del rio oculto entre los árboles, observando el palacio Fortesse.

—Bien; que se releve esta noche á Navascués y á los que con él están, y que se continúe observando á Burgo-Fortesse lo mas de cerca que se pueda, procurando que no salga de él ni una sola persona sin ser vista: si los que salieren fueren hombres, se les dejará ir; pero si saliere del palacio una dama ó una litera en la cual pueda ir una dama, que se la siga hasta donde pare, sin dejar por esto de observarse el palacio. Id con Dios: ¡ah! decid al señor Hugo de Moncada que voy á salir, que no sé cuando volveré, y que entre tanto gobierne á la jente de armas.

—Muy bien, señor.

El alférez Maldonado salió, y tras él el Gran Capitan.

VII.

Al bajar por las escaleras del Vaticano, Gonzalo notó cierto movimiento estraño; hombres que subian y bajaban con mucha prisa, que iban y venian hácia las habitaciones del Santo Padre.

—¿Qué será esto? ¿Qué pasará hoy?—dijo el Gran Capitan.

Y continuó bajando.

Al salir del Vaticano, vió el puente de Sant Angelo completamente lleno de curiosos.

En el rio, algunos pescadores del Trastévere iban y venian con sus lanchas, se arrojaban acá y allá al agua, y buscaban.

—¡Ah! ¡ya!—dijo el Gran Capitan,—buscan al duque de Gandía: y cuando le buscan tan abajo, es señal de que han recorrido ya el rio buscando inútilmente desde el puente de San Sixto hasta el de Sant Angelo, —¿y no se han encontrado ningun cadáver?—preguntó á uno de los curiosos que estaban en la orilla del rio.

—¡Ah! si señor,—respondió el preguntado, que tenia facha de sacristan,—desde el medio dia, todos los barqueros del Tíber andan buscando al duque de Gandía, que dicen se ha perdido, por si le han asesinado y le han arrojado al Tíber: el registro se ha hecho desde el puente de San Sixto hasta la isla de San Bartolomé, por allá, y desde el puente de San Sixto hasta aquí: se han sacado mas de diez cadáveres; pero de ellos, solo cinco recientes, como de anoche, los otros contaban ya mucho tiempo en el rio: todos estos cadáveres antiguos, estaban atados á grandes piedras, para que no sobrenadasen; los recientes no: los barqueros se han visto obligados á cortar con los cuchillos las cuerdas. ¿No sentís cierto olorcillo desagradable?

—En efecto; no huele muy bien,—dijo con disgusto el Gran Capitan, porque no podia sufrir el mal olor, por lijero que fuese.

—Pues bien, ese mal olor,—dijo el que parecia sacristan ó monaguillo,—proviene del cadáver de una mujer, á quien se ha sacado de debajo del puente de Sant Angelo, hace media hora: el cadáver está casi en los huesos, lo que demuestra que hace mucho tiempo fué arrojada al rio: ya veis, está en tal estado que no se la puede reconocer; pero por unos amuletos que tenia encima, la ha reconocido su hermana, que por desgracia estaba á la orilla del rio cuando la sacaron: quien la ha reconocido es una famosa jitana que se llama Marieta, que vive junto á las Termas de Diocleciano, que dicen que es una grande hechicera, que adivina dónde están las cosas ó las personas que se han perdido, resucita á los muertos, y qué sé yo cuántas cosas.

—Pues si adivina dónde están los que se han perdido y puede resucitar á los muertos,—dijo riendo el Gran Capitan,—no habrá querido sacar del rio ni resucitar á su hermana.

—Yo no sé, yo no sé, señor,—dijo aquella personilla casi eclesiástica;—pero la verdad es que la Inquisicion anda muy morosa cuando no ha quemado á esa bruja, ó por lo menos no la ha sacado á exorcismos del cuerpo los demonios; pero no debia de saber que estaba en el rio su

hermana, porque cuando la reconoció por los amuletos, puso el grito en el cielo, y todos oimos que decia:

—¡Con que ahí estabas tú, desventurada, y durante un año yo te he buscado en vano, y en vano he seguido los pasos de Orsini! ¡Infame Orsini, miserable Orsini, asesino Orsini, maldito seas!

—¿Dónde vive esa hechicera? dijo el Gran Capitan.

—Ya os lo he dicho, señor; muy cerca de las Termas de Diocleciano, en una casita que no puede confundirse con otra; está en medio de un pequeño huerto que no tiene muro ni vayado, ni cerca de ninguna clase: en el huerto hay algunos álamos negros, y entre ellos parras que se entrelazan á sus troncos: el esterior de la casa está cubierto de yedra, y sobre el techo crecen las ortigas y las malvas locas; en esa casa debe haber goteras; porque solo esto se consigue cuando se deja crecer yerba en el tejado; la Marieta y su amante Bonvinetto, un músico vagabundo, son unos perdidos que viven de cualquier manera: ¡lástima que ella sea tan hermosa! yo no sé por qué Dios hace tan hermosas á esas muchachas que solo sirven al diablo.

VIII.

Un alarido general interrumpió al charlatan monaguillo.

Aquel alarido habia partido de la multitud de curiosos que miraban desde el puente y desde las orillas la faena de los pescadores.

—¿Qué es eso?—preguntó el Gran Bapitan á su pequeño interlocutor.

Pero éste habia desaparecido; habia corrido á un lugar de la orilla donde se habia agolpado un gran número de personas para ver de cerca un cadáver que acababan de sacar del rio.

El Gran Capitan, á despecho de sus galas de gran señor, acudió al sitio donde se agolpaba la multitud.

Es verdad que entre aquella multitud habia tambien grandes señores, y aun damas.

Habia corrido la voz por Roma de que se sospechaba que habia sido asesinado y arrojado al rio el duque de Gandía, y esta noticia habia atraido á las orillas del Tíber un gentío inmenso, compuesto de personas de todas clases y condiciones.

IX.

El Gran Capitan se abrió paso por entre la apiñada muchedumbre á fuerza de puños y de codazos, y logró ver el cadáver.

Era en efecto el duque de Gandía.

Habia perdido el birrete y la espada, lo que probaba, por la falta de esta última, que se habia defendido de los asesinos.

Conservaba el rico collar y la patena ó placa de la órden francesa de San Miguel; su limosnera, bordada de oro y piedras, y dentro de la limosnera un rosario de perlas y una bolsa de ámbar henchida de escudos de oro.

Esto demostraba que no se habia asesinado al duque para robarle.

Los comisarios del Papa que habian registrado el cadáver, abrieron sus ropas, y se encontraron en su pecho y en su vientre nueve heridas profundas.

El nombre de César Borgia corria en un rumor sordo de las bocas de todos los que contemplaban el cadáver.

X.

El Gran Capitan se retiró de allí con repugnancia y de muy mal humor.

Todo aquello le parecia monstruoso.

Aquel rio que ocultaba cadáveres; aquel pueblo que entregaba el secreto de sus crímenes al rio.

—¿Y á dónde voy yo ahora?—dijo el Gran Capitan:—es una imprudencia ir casa de Lucrecia; podia creer que yo iba á ser testigo del momento en que le diesen la noticia de la muerte de su hermano: ¿á casa de la duquesa de Urbino? no: ella estará entre esa multitud que ha acudido por ver si sacaban de entre el cieno á un Borgia; de cualquier cosa hacen los romanos una fiesta; el espectáculo de un Borgia asesinado por otro Borgia y mandado buscar por un Borgia, es una cosa rara que no se ve todos los dias. ¡Y esta es la cabeza del orbe cristiano! ¡Oh! Dios no puede querer esto; Dios curará, si quier sea á fuego esta lepra; á fé, á fé que quisiera yo ser la mano de que se valiese Dios para la cura: ¡puede ser que el Tíber de turbio que es, se convirtiese en rojo; pero Roma quedaria purificada, vive Dios!

XI.

Gonzalo habia atravesado á buen paso el puente de Sant Angelo, y habia tomado la direccion de la plaza del Pópolo.

Al entrar en ella, dijo á un transeunte pobre, á juzgar por sus trazas:

—¿Quereis ganar un ducado, amigo?

—¡Ah, señor! ¿y qué hay que hacer para eso?—dijo el transeunte.

—Llevarme á las Termas de Diocleciano; soy recien llegado y no sé andar por la ciudad.

—Ya se conoce, señor, en vuestro acento que sois extranjero: seguidme; dentro de media hora estarémos allá.

El casi mendigo echó á andar, y Gonzalo le siguió.

No pudiendo ir á ver á Lucrecia, no creyendo oportuno visitar á la duquesa de Urbino, no sabiendo qué hacer, se le habia ocurrido al Gran Capitan conocer á aquella gitana, á aquella hechicera, que al reconocer el cadáver de su hermana habia llamado asesino á Orsini y le habia maldecido.

Bueno era conocer una historia secreta de aquel poderoso y rebelde Vicario de la iglesia, que ejercia una influencia tan marcada en la política de Roma, y que era partidario y casi vasallo del rey de Francia en perjuicio de los reyes de España.

XII.

Al fin, en algo mas de media hora y andando deprisa, el mendigo señaló al Gran Capitan unas magníficas y venerables ruinas.

—Las Termas ó baños del emperador Diocleciano, —dijo con la gravedad de un Cicerone el guia.

Todo romano nace Cicerone.

El romano mas miserable, se avergonzaria de no poder presentar su casa de una manera erudita á un extranjero.

—Tomad, idos, —dijo el Gran Capitan dando á su guia un escudo.

—¿No quereis que os esplique, señor?

—No, no me hace falta; idos.

—Quedad, pues, con Dios.

El mendigo se alejó, pero dió la vuelta, se perdió entre las ruinas y se puso en observacion del Gran Capitan.

XIII.

El sol estaba próximo á ponerse.

Las Termas de Diocleciano proyectaban sobre el declive del terreno, largas sombras.

Todo callaba en derredor.

Parecia que se habia anticipado la noche, y que Roma estaba entregada al sueño.

No pasaba por aquel sitio ni una sola persona.

El Gran Capitan buscó la casita revestida de yedra, coronada por or-

tigas y malvas locas, entre algunos álamos negros, y la encontró al fin al pié del repecho, envuelta ya por los accidentes del terreno, en una luz crepuscular.

Gonzalo descendió en direccion á la casita.

Entonces se vió cruzar una sombra por una oscura arcada de las Termas. Era el mendigo que habia guiado hasta allí al Gran Capitan, y le observaba.

Al fin llegó Gonzalo á la casita atravesando un jardin talado, sin flores, con algunos arbustos secos, cubierto de una yerba viciosa, espesa y verdinegra: un arroyo cruzaba silenciosamente este jardin, por entre la yerba, proviniendo de detrás de la casita, por su lado derecho.

La puerta estaba cerrada; junto á ella, á la izquierda, pegado al muro, habia un banco rústico formado por medio álamo aserrado y descansando sobre algunas gruesas piedras.

XIV.

El Gran Capitan llamó á aquella puerta, y solo contestó el ladrido de un pequeño perro.

Los perros ladran de una manera particular, cuando están solos en la casa.

Por el ladrido del perro, Gonzalo comprendió que en la casa no habia nadie.

—Y bien, —dijo, —he venido con el propósito de ver á esa gitana, y no he de volverme sin verla; esperaré; pero ya que he de esperar, visitemos esas antiguas ruinas.

XV.

El Gran Capitan volvió á subir el repecho en direccion á las Termas.

Entonces el mendigo, que estaba inmediatamente detrás del peristilo, se retiró precipitadamente, perdiéndose bajo una oscura bóveda.

Gonzalo recorrió aquellas vetustas ruinas, cubiertas por ese moho que producen los siglos en las piedras de los monumentos.

Aquellos peristilos, aquellas arcadas, aquellos muros sin techo, aquellas graderías que se hundian entre escombros, nada decian al Gran Capitan, por la sencilla razon de que el Gran Capitan estaba profundamente distraido y visitaba aquello sin verlo.

Las ruinas son tristes, porque son esqueletos de monumentos que representan un pasado muerto; viejas generaciones que vivian y sentian de una manera completamente distinta de la manera de ver y de sentir de la generacion á que pertenece el que visita las ruinas.

Por eso el vulgo de los viajeros, cuando visita estos caducos restos de la soberbia antigua, solo vé piedras mohosas, arcadas que parecen próximas á desplomarse, columnas inclinadas, truncadas, movidas de su asiento, jaramagos entre los escombros, y entre los jaramagos alguna chata cabeza de lagarto que asoma bajo una piedra, como para reconocer al que visita su morada.

El arqueólogo, el poeta, y el filósofo reconstruyen, á la vista de estos escombros, un mundo muerto, un mundo fantástico, un mundo magnífico.

XVI.

El Gran Capitan recorrió maquinalmente aquellas vastas ruinas, y se encontró fuera por el lado opuesto á aquel por donde habia entrado en las Termas.

Caia la noche.

Gonzalo dió la vuelta; volvió á descender por el repecho, y llegó otra vez á la casita cubierta de yedra, y llamó á su puerta.

Volvió á ladrar el perro, pero de una manera impaciente, irritada.

Gonzalo se sentó pacientemente en el banco que estaba junto á la puerta.

De improviso se oyó cerca el clamor funeral de las campanas del convento de capuchinos. Luego, mas lejos, en todas direcciones, un doble general.

El Gran Capitan se puso de pié, se quitó el birrete y rezó por el alma del duque de Gandía. Despues volvió á sentarse, y las campanas continuaron doblando.

XVII.

Entraba á mas andar la noche oscura y lóbrega.

La luz del crepúsculo era ya demasiado vaga, demasiado neutral. Los objetos solo tenian ya color de sombra.

Al cabo la oscuridad se hizo mas densa, hasta que cerró del todo: ya no se percibia mas que un color, el negro; y este negro, salpicado de imperceptibles puntos luminosos rutilantes, las estrellas.

XVIII.

El doble de las campanas seguia haciéndose fantástico entre aquella densa oscuridad.

El Gran Capitan empezaba á impacientarse; nadie venia á la casa.

El interés por conocer á lagitana, por saber la historia que la ponia

en una relacion de venganza con Cárlos Orsini, empezaba á no tener interés para él.

Y sin embargo, necesitaba esperar para que alguien le guiase por entre la oscuridad de la noche por aquel terreno accidentado y para él desconocido.

Pasó un cuarto de hora, y el Gran Capitan, que tenia poca paciencia, acabó de impacientarse.

—Y bien,—dijo para sí;—andando, andando, llegaré á las primeras casas, donde vivirá alguien que me guiará: de aquí allá iré tanteando el terreno con la espada, y todo irá bien.

El Gran Capitan tiró de la espada para que le sirviese de tiento, y como no sabia tirar de ella mas que de una manera, es decir, con brío, como cuando la desnudaba al frente de su brava infantería para cargar sobre el enemigo, la espada, que era larga, describió un ancho círculo, antes de que terminase el cual, tropezó en un objeto.

Instantáneamente se oyó un grito.

—¡Cuerpo del diablo,—exclamó el Gran Capitan,—que sin quererlo he herido á alguien!

Y en aquel punto salió corriendo, aquel alguien, á quien no habia oido acercarse, y que era sin duda un mal alguien que se habia acercado á él con algun mal pensamiento.

Por sí ó por no, Gonzalo, que tenia un gran tacto, avanzó rápidamente dos pasos hácia el sitio donde habia tropezado el último tercio de su espada, y sacudió un cintarazo.

Aquel cintarazo acertó por casualidad, y se oyó otro grito.

—¡Ah! no me mateis, señor,—dijo una voz temerosa;—ya me habian dicho que érais terrible.

El Gran Capitan cerró hácia donde sonaba aquella voz.

Encontró un hombre; le asió un brazo, luego otro, y le aseguró al fin por los pulgares, como pudieran haberle asegurado unas esposas de hierro.

A seguida le registró, y no le encontró nada mas que algunas monedas en un bolsillo.

—¿Dónde tienes tu puñal?—dijo el Gran Capitan.

—Yo no tengo puñal, señor,—contestó el preso.

—¡Cómo no!—dijo Gonzalo:—¿pues por qué te acercabas tan silenciosamente á mí?

—En la yerba no suenan las pisadas, señor.

—Es verdad,—dijo con sinceridad el Gran Capitan, que encontró plausible aquella respuesta;—pero dime, ¿á qué venias por aquí?

—Venia á mi casa.

—Mentira, —dijo el Gran Capitan; —no te he encontrado la llave.

—¿Y qué? —contestó, disimulando mal una impaciencia feroz aquel hombre: —¿no puede haber dentro quien me abra?

Y al mismo tiempo, de improviso, hizo un violento esfuerzo para desasirse del Gran Capitan.

Este esfuerzo le hizo lanzar un grito agudo.

Gonzalo estaba prevenido. Tenia unas fuerzas de toro, y unos huesos y unas articulaciones tan fuertes como si hubieran sido de acero.

El hombre á quien sujetaba seguia gritando, porque Gonzalo e deshacia los pulgares entre sus dedos.

Al fin aflojó, pero no tanto que pudiese escapársele, y cesaron los gritos.

—¿Por qué han de tener valor estos infames para asesinar al hombre entre tinieblas, y no han de tenerle para sufrir el dolor? —dijo Gonzalo con desprecio.

—Yo no queria asesinaros, señor; yo no sabia que estábais aquí.

—¿Por qué me llamas señor, si no me conoces, si no me has visto? —dijo Gonzalo: —¿qué sabes tú si soy un mendigo?

—Me habeis herido con espada.

—En otras partes la espada es arma de soldado ó de hidalgo; en Roma la llevan todos, hasta los asesinos, que la convierten en puñal; pero, ¡bah! sí, ahora recuerdo; al apoderarme yo de tí, me parece que dijiste: —Ya me habian dicho que érais muy terrible, señor.

—Yo no he dicho eso.

—Si no has dicho eso, has dicho una cosa muy semejante: pues mira, me alegro; me aburria de estar esperando, y me vienes como llovido del cielo para entretenerme: ¿quién te envia?

—Nadie, señor.

El Gran Capitan apretó los dedos; el prisionero estaba sujeto á la cuestion del tormento.

—¡Ah! ¡por Dios, que me vais á dejar manco, señor! —dijo llorando aquel hombre: —yo lo diré todo, todo; pero aflojad, por Dios, señor, que el dolor me acaba.

—Habla, —exclamó aflojando el Gran Capitan.

—Esta tarde, señor, —dijo aquel hombre, —encontrásteis á un mendigo en la plaza del Pópolo, cerca del palacio donde está aposentado el señor Cárlos Orsini.

—¡Ah! Orsini habia de andar en este negocio, —dijo el Gran Capitan; —¡el infame capitan de bandidos!

—Yo me llamo Bartolomeo Ferrati, y soy esbirro del señor Cárlos Orsini.

—¿Por qué no llevas su librea?

—No la llevo desde que vos llegásteis á Roma, hace tres dias.

—¡Ah! conque desde que yo llegué á Roma andas disfrazado: ¿y con qué objeto?

—Con el de seguiros, con el de espiaros, con el de mataros en la primer ocasion oportuna.

—¿Por órden de Cárlos Orsini?

—Sí señor; pero como siempre vais acompañado de pajes; como no habeis salido de los alrededores del Vaticano...

—¡Ah! has aprovechado la ocasion: vamos, por lo visto, estorbo yo á todo el mundo en esta tierra: al Papa, porque quiere disponer libremente á su antojo de su feudo el reino de Nápoles; al rey de Francia, porque sabe demasiado que mientras yo tenga quinientas lanzas y seis mil infantes en Italia, no se ha de pasear por ella como por sus jardines del Louvre; y á Orsini, porque ve que estando yo en Roma no puede faltar al respeto al Santo Padre: sin contar con otras personas á quienes parece que tambien estorbo: pues ya tienen tiempo para rabiar, si el que yo viva les irrita; paréceme á mí que aun no se ha forjado, ni se forjará el hierro que ha de matarme; no digo yo á manos de un asesino, pero ni en campo abierto ejército contra ejército, en buena guerra. Tres dias hace que estoy en Roma, y ya han pretendido asesinarme tres veces.

El Gran Capitan contaba como tentativa de asesinato la inútil seduccion de Lucrecia.

—Dios os protege, señor,—dijo Bartolomeo:—cuando os habeis librado de mí, podeis asegurar que no habeis nacido para morir de mano airada.

—Pero, señor, en Roma no he conocido mas que asesinos: parece que los cria y que los oculta debajo de las piedras, de donde salen como las sabandijas: ¡fuego de Dios! ¡y que no pueda yo segar toda esta mala yerba! ¡bah, bah! si yo sé adónde vengo, me disculpo con el rey mi señor, y me quedo, no por temor de morir á hierro y á traicion, sino por miedo de morir de asco.

El Gran Capitan hablaba consigo mismo, porque no debe suponerse dirigiese aquellos razonamientos al miserable asesino: éste lo comprendió así, y no respondió á las palabras del Gran Capitan, sino que le dijo:

—Ya que os lo he confesado todo, señor, ¿por qué no me soltais?

—¡Ah! no; necesito un guia que me lleve á casa del señor Cárlos Orsini, y ninguno mejor que tú.

—¡Ah! no,—dijo Bartolomeo:—si Orsini sabe que he vendido su secreto; si me presentais á él, me manda matar: soltadme, soltadme, y

en cuanto me solteis, huyo de Roma, y me pierdo donde Orsini no pueda encontrarme.

—Silencio, ó mueres,—dijo el Gran Capitan,—se acerca alguien.

XIX.

En efecto, se oia el murmullo de las voces de dos personas que se acercaban hablando.

Pasaron á alguna distancia del Gran capitan y de Bartolomeo.

A juzgar por la voz, eran un hombre y una mujer.

El Gran Capitan creyó reconocer la voz sonora, acentuada, enérgica de Lucrecia.

XX.

—¿A qué viene, á qué viene aquí? ¿con quién viene?—exclamó Gonzalo.

Y á pesar de la prevencion con que miraba á Lucrecia, sintió un impulso de despecho muy parecido á celos.

—¡Oh, las mujeres... las mujeres!...—exclamó;—¡maldígalas Dios!

XXI.

El hombre y la mujer en quien habia creido reconocer el Gran Capitan á Lucrecia, llegaron á la puerta de la casa, sonó una llave en una cerradura, y luego el rechinar de la puerta que se abria.

Tornó á cerrarse la puerta; pero no sonó el ruido de la llave en la cerradura, lo que queria decir que la puerta habia quedado sin afianzar.

Poco despues apareció el reflejo de una luz por las rendijas de la puerta.

—Tú debes conocer esta casa,—dijo el Gran Capitan á Bartolomeo, á quien seguia reteniendo por los pulgares;—díme si además de la puerta hay algun sitio desde donde se pueda ver y oir lo que se haga y lo que se hable dentro.

—Sí señor,—contestó Bartolomeo:—á la derecha tiene la casa una ventana baja, una vieja ventana agujereada.

—Vamos allá, Bartolomeo; vamos allá,—dijo el Gran Capitan,—vive Dios que me aburria y no esperaba encontrar un entretenimiento tal esta noche: echa á andar y llévame á esa ventana.

XXII.

Bartolomeo, siempre asido por los dedos, lo que le hacia andar de

soslayo, llevó á Gonzalo á un lado de la casa, en el cual habia una ventana baja, por cuyos resquicios se veia el reflejo de una luz en el interior.

Dos agujeros causados en la vieja ventana por el tiempo, permitian ver lo que pasaba dentro.

El Gran Capitan miró, teniendo hácia atrás la mano con que sujetaba á Bartolomeo, de modo, que separado éste de la ventana, no podia ver más que el reflejo de la luz por los resquicios, ni oir mas que el murmullo de las voces.

XXIII.

El Gran Capitan veia una habitacion pequeña; la misma en la cual hemos visto la noche anterior á Bonvinetto y á Marieta.

Sobre el arca estaba sentada Lucrecia.

Tenia, como la noche anterior, un manto y un sombrero á la veneciana.

Por la abertura del manto se veia un traje completamente negro, un traje de luto.

Tenia un antifaz en su hermosa mano, abandonada sobre su falda, y con la cabeza inclinada, lloraba en silencio.

—No sabia yo,—dijo para sí el Gran Capitan,—que podia llorar una loba: el que llora como llora ella en este momento, no es malo del todo; veamos.

XXIV.

Junto á Lucrecia, de pié, con la cítara á la espalda, estaba Bonvinetto examinando un puñal que tenia en la mano.

—Es estraño,—decia,—al llegar he pisado este puñal, y le he recogido: es un verdadero puñal de bravo, puñal de tres canales; pero no tiene ni una sola mancha de sangre; á estos puñales se les queda la sangre en la profunda canal; está recien afilado; ¿qué es esto?

—¿Y qué importa ese puñal?—dijo Lucrecia;—lo que importa es que no está aquí vuestra hermana; estoy desesperada; quiero saber á punto fijo quién ha matado á mi hermano Giovanni.

—Poco tiene eso que adivinar, señora,—contestó Bonvinetto—¿no lo dicen claramente los cinco esbirros que se han sacado esta tarde del Tíber? ¿No se les ha reconocido como esbirros de vuestro hermano el duque Valentino? ¿No tenian su librea? ¿No estaban muertos á estocadas?

—Sí; pero eso mismo me hace dudar; aquellos hombres fueron muertos sin duda por Gonzalo de Córdova.

Lucrecia pronunció de una manera tal el nombre del Gran Capitan, que éste se estremeció de una manera voluptuosa.

—¡Cuánto amais á ese hombre!—dijo roncamente Bonvinetto.

—Es lo único noble, grande, generoso que he conocido desde que tengo memoria,—dijo Lucrecia;—le amo, sí, le amo con toda la fé de mi alma, y estoy segura de que cuando ya me arroje á sus piés y le pida que me vengue, me vengará del asesino de mi hermano; pero necesito saber de seguro quién sea ese asesino.

—César Borgia, repitió lúgubremente Bonvinetto.

—¿Qué, acaso no está en Roma Cárlos Orsini?—dijo Lucrecia con una voz vibrante en que palpitaba el ódio.

—¡Cárlos Orsini!—exclamó Bonvinetto, cuya voz tomó la entonacion de un rugido sordo.

—Dicen que la gitana que vive con vos, vuestra amante, vuestra hermana ó vuestra amiga, importa poco lo que sea vuestro, es hechicera, que evoca á los muertos, que les hace hablar, responder; que ve lo pasado y lo presente, que adivina lo porvenir, que lee el horóscopo, que levanta figuras: yo quiero todo eso, toda su ciencia en servicio mio; ¿dónde está esa mujer? que venga, que hable, que ilumine mi pensamiento que se pierde en tinieblas; que me diga quién es el asesino de mi hermano, que lea mi destino, que me diga lo que tengo que esperar, lo que tengo que temer: estoy agonizando; tengo un infierno en el corazon, y se me vá la cabeza, se me va; yo sufro, yo amo, yo estoy desesperada; que venga, que venga esa mujer, os cubriré de oro, os ennobleceré: no sereis vos, Bonvinetto, el primer miserable á quien yo he hecho patricio de Roma y rico: mirad á Francesco Buotti; era un infame condotiero napolitano; me ha servido bien, y es rico, noble y caballero; yo tengo en mi mano todo el poder de Roma; decidme, que me diga esa mujer el nombre del asesino de mi hermano; que me diga que Gonzalo de Córdova me ama; que no permitirá que me casen con ese aborrecido bastardo de Nápoles y tened por segura toda la recompensa que querais.

—¡Ah! pues dádmela,—dijo Bonvinetto,—porque yo sin valerme de conjuros ni de mágia blanca ni negra, os afirmo que el asesino de vuestro hermano es vuestro hermano César Borgia.

—¡La prueba!

—Le mataron á estocadas en el pórtico de la iglesia de Regina Cœli.

—Sobre el pavimento del pórtico no habia ni una sola gota de sangre,—dijo Lucrecia,—se han reconocido todos aquellos lugares, y no se ha encontrado ningun vestigio del asesinato.

—Le envolvieron en su manto, y en tres capas de los asesinos, antes de que tuviese lugar la sangre de filtrarse por las ropas del duque:

la sangre debió empaparse en aquella gran envoltura; por eso no quedó ni una sola gota sobre el pórtico, ni el rastro de ella á lo largo de la Longara hasta el rio.

—¿Pero quién, quién ha visto eso?

—Quien lo ha visto no volverá á verlo.

—Hablad.

—Habia en Roma un pobre insensato, un loco, que vivia muriendo, de la caridad de los trastiverinos; le daban un pedazo de pan, pero se lo arrojaban al suelo como á un perro; nadie se atrevia á tocarle ni á darle un lugar bajo su techo; porque el desdichado tenia lepra; dormia, pues, aquí ó allá, en los pórticos de las iglesias, porque Dios no rechaza á los leprosos. Dios quiere que siempre haya un ojo despierto, un ojo oculto en la sombra que vé el crímen,—añadió Bonvinetto con voz ronca;—Dios quiere que este ojo reconozca que el insensato que ha visto el crímen, tenga razon para revelarle: debajo del cajon de los expósitos, en el pórtico de la iglesia de Regina Cœli, se habia recogido anoche Giuseppe, el imbécil, el mendigo, el leproso: le abrasaba la lepra, no podia dormir: de repente vió que un hombre apresurado, espada en mano, ganaba las gradas del pórtico de la iglesia, y Giuseppe tuvo miedo, se encogió, se replegó en el hueco debajo del cajon de los expósitos para no ser visto: él era el ojo despierto y oculto que Dios permite vea el crímen: apenas el hombre que habia ganado el pórtico se habia replegado contra la puerta de la iglesia, cuando se le echaron encima nueve hombres, que retrocedieron al verle espada en mano.—Yo soy el duque de Gandía,—dijo el hombre que espada en mano apoyaba su espalda en las puertas de la iglesia.—Entonces Giuseppe oyó una voz terrible que escitaba á los asesinos, y le reconoció por la voz: era Micholotto, el capitan de los esbirros de César Borgia: muchas veces Giuseppe habia ido al palacio Farnesio, en que habita vuestro hermano César, á pedir una limosna; muchas veces habia tropezado con Micholotto, que le habia arrojado irritado, del vestíbulo del palacio: la Providencia de Dios combina las cosas, de manera que el autor de un crímen pueda ser reconocido sin que quede duda alguna. Hoy al medio día oí un canto lastimero delante de la puerta de mi casa; así pedia limosna Giuseppe, el imbécil; yo acababa de levantarme, porque como sabeis, habia trasnochado; salí á la puerta, y ví á Giuseppe sentado en la yerba, sobre sus rodillas, con el rosario en la mano entonando su humilde y lastimera plegaria.—Véte,—le dije,—y no vengas á traernos tu lepra.—¡Ah! señor mio,—me respondió,—tened lástima de mí; no he comido desde ayer; en el Trastévere me hubieran dado un pedazo de pan; pero le tengo miedo al Trastévere, mucho miedo; el Trastévere está maldito; le mataron, le mataron delante

de mi madre la Santa Madonna de Regina Cœli.—¿A quién mataron?—le pregunté con ánsia, impulsado por una sospecha que habia pasado por mi pensamiento.—Yo soy el duque de Gandía,—dijo el imbécil, como quien repite lo que ha oido y ha quedado impreso por lo horrible en su memoria.—No me mateis... oh... sí... sí... ¡no me mateis! como si el maldito Micholotto tuviera caridad: ¡no me mateis! ¡ah... las nueve espadas... Santa Madonna... muerto! ¡ah! lo envuelven, lo envuelven y se lo llevan, ¡ah! el Trastévere está maldito; yo no vuelvo mas al Trastévere; allí me hubieran dado un pedazo de pan, allí tienen lástima del pobre Giuseppe; pero yo no vuelvo mas al Trastévere; tengo miedo.—Entré, tomé un pedazo de pan, y lo arrojé al mendigo, que lo devoró con ánsia.—Mira,—le dije sacando un escudo de oro y mostrándoselo:—con esto puedes hacerte una choza en el campo de Marte, por donde nadie pase, de donde nadie echa al leproso: pero no, no; mejor es que con esto comas algunos dias: las Termas de Diocleciano no te arrojarán de sí; mira, allí bajo sus bóvedas puedes tener tu habitacion; los lagartos no temen la lepra; vén conmigo y yo te diré dónde puedes morar.— Y eché á andar. Giuseppe me siguió, ansioso porque le diese el escudo de oro que llevaba en la mano. Cuando estuvimos dentro de las Termas, bajo una sombria arcada, me detuve, interrogué al leproso, y supe todo lo que os he revelado. Entonces dije:—¿Quién sabe si ella, ella, á quien yo amo, por quien muero, tiene tambien manchadas las manos con la sangre de su hermano Giovanni? y aunque no las tenga, ¿quién sabe si la sirvo, ocultando este horrendo crímen de los Borgias? Este imbécil, como me lo ha revelado, puede revelarlo á otro; ¿quién sabe si lo ha revelado ya?—Bajo el impulso de este pensamiento enmudecí al leproso: allá está en las Termas; su boca no hablará.

XXV.

El Gran Capitan se extremeció de horror, de indignacion, de cólera; sintió algo terrible que pasaba por él; sintió la tentacion de romper aquella débil ventana, saltar dentro y exterminar al miserable asesino de un desventurado. Levantó sus dos puños cerrados sobre la ventana, y naturalmente para esto, soltó, olvidado de todo, á Bartolomeo, que escapó.

El Gran Capitan no dejó caer sus puños sobre la ventana; un rayo de reflexion dominó su cólera, y le hizo conocer que aun debia escuchar.

Entonces notó que se le habia escapado Bartolomeo.

—No importa,—dijo,—empezaba ya á cansarme; para ajustar mis cuentas con Orsini, no necesito de ese infame.

Y volvió á escuchar con toda su atencion.

XXVI.

Habia sucedido un intérvalo de sombrío silencio á las últimas palabras de Bonvinetto.

—Has hecho bien,—dijo al fin, con acento apagado Lucrecia;—mi hermano ha muerto á mi hermano; el castigo de este crímen no puede partir de los Borgias contra un Borgia; debemos ocultar este horror para que el mundo no se horrorice de nosotros; Dios castigará ese crímen que yo rechazo, por el que maldigo á mi hermano César, como le maldecirá nuestro padre. ¡Oh! y esa maldicion de la tierra es la maldicion del cielo. César Borgia morirá de mala muerte y se presentará ante Dios envuelto en un sudario rojo.

XXVII.

Volvió por algunos instantes el silencio.

—Sin mágia, sin hechicerías, sabeis ya quién es el asesino de vuestro hermano;—dijo Bonvinetto;—quereis saber además si os amará ese español á quien llaman el Gran Capitan: ¿y lo dudais? os ha tenido al lado anoche, durante algunas horas... os ama, señora, os ama, no lo dudeis: no se os puede ver sin amaros; no se puede oir vuestra voz sin enloquecer por vos: ¡ah! lo único que defiende á ese hombre es su recelo: ¿creeis que se puede confiar ni en la palabra ni en la mirada de un Borgia? Borgia y muerte son una misma cosa: ese hombre ha venido á Roma con un gran fin, con un fin que no conviene al Santo Padre, y ese hombre lo sabe, ese hombre recela; además, anoche, yendo con vos, estuvo á punto de ser asesinado; donde existe la desconfianza, no puede existir el amor; pero estoy seguro de ello; os recuerda; vuestra imágen no ha podido borrarse de su memoria; su corazon arde con vuestro recuerdo: ¡ah! teneis la hermosura de un ángel, aunque este ángel sea un ángel terrible; confiad á ese hombre, hacedle comprender que para él la fiera se ha convertido en paloma, y os amará con toda su alma, y gozará por vos una felicidad nueva; porque el amor de Lucrecia Borgia debe ser un amor de Satanás.

XXVIII.

Lucrecia escuchaba sombría y preocupada la audaz palabra de Bonvinetto, y en sus ojos brillaba un fuego ardiente, á través del cual parecia trasparentarse una alegría inefable, pero terrible.

Bonvinetto parecia que habia leido en su alma.

Por esto habia escuchado, sin rechazarlas, las audaces palabras de Bonvinetto.

—Sí, sí,—dijo Lucrecia;—teneis razon; no me ama porque desconfia: ¡ah! no desconfiará, no; él me conocerá; él sabrá que tengo el alma vírgen; que su amor es mi primer amor, mi única esperanza.

XXIX.

Rechinó en aquel momento la puerta, y entró una mujer pobremente vestida, pero de una manera abigarrada; con sartas de cuentas de vidrio en los negros cabellos, peinados con una bella coquetería; con cinturon, y brazaletes en los brazos desnudos, de cobre dorado, y una pandereta en la mano.

Era Marieta.

En su semblante aparecia una espresion de dolor, de cólera, de venganza; todo junto.

Se detuvo al ver que Bonvinetto no estaba solo.

—¿Quién es esa mujer?—dijo estendiendo un brazo y señalando á Lucrecia con un dedo rígido.

—Esta señora,—contestó Bonvinetto,—es la duquesa de la Romanía.

—¡Ah! Lucrecia Borgia: ¿tú eres Lucrecia Borgia, y estás aquí?—dijo, dando hácia Lucrecia un paso de una manera enérgica, amenazadora, terrible.

De repente cambió su espresion.

Su rigidez aflojó, por decirlo así.

Pareció como que menguaba de estatura; se ablandó la tension de los músculos de su semblante, y dijo con la voz dulce y respetuosa:

—¡Ah! perdonad, señora duquesa; no sé lo que digo ni lo que hago; estoy transida de dolor: ¿sabeis lo que ha pasado por mí esta tarde? ¡ah! pues oid y juzgad: he encontrado á mi hermana Julieta; oid: estaba yo en la ribera, junto al puente de Sant Angelo; allí habia mucha gente: el caso no era para menos: los pescadores del Trastévere andaban buscando en sus lanchas el cadáver de un gran señor, de un poderoso señor, del señor duque de Gandía, asesinado, no se sabe por quién: todos los dias no se ve sacar del Tíber un pez tan gordo; es cosa de ir á verlo. Los pescadores se sumergian, volvian á salir para respirar y se sumergian de nuevo: al fin se vió aparecer á dos de ellos con algo que parecia un cuerpo humano: —Ahí está, ahí está,—dijimos todos, y todos nos abalanzamos al lugar de la ribera hácia donde estaban los pescadores;

pero no era el duque de Gandía; era casi un esqueleto cubierto con unos harapos de mujer: aquel esqueleto tenia al cuello unos amuletos; estos, mirad, un cuernecito de cabra, un zapatito de niño muerto antes del año de su existencia; esto sirve para curar el mal de ojo; un corazon de plata con el sello de Salomon; miradlo, miradlo todo, pendiente de su cadena de plata; todo está negro por su larga permanencia en el lodo; como que á Julieta la sacaron de junto al pié de uno de los estribos del puente.

Y Marieta mostraba con la mano trémula á Lucrecia aquellos objetos negros y asquerosos.

—Y bien, —dijo Lucrecia; —¿por qué os dirigís á mí mostrándome esos objetos? ¿qué tengo yo que ver con todo eso?

—¡Ah! es verdad, —dijo Marieta, envolviendo los amuletos en un pedazo de tela vieja que la servia de pañuelo y guardándolos en su seno: —¡qué teneis vos que ver con Julieta! ¿quién era Julieta? una pobre muchacha muy blanca, muy rubia, muy hermosa; pero... gitana en fin; vagabunda, bailarina pública, decidora de buenaventura, una mendiga, una miserable, que no poseia mas que su pandereta y su faldellin azul con orla plateada: ¡ah! ¿quién era Julieta? mi hermana; ¡mirad qué título! ¡hermana de Marieta la hechicera, de Marieta la cíngara! ¡oh! ¡qué importamos nosotros, hijos de una raza maldita esparcida por el mundo, que no se sabe de dónde venimos ni adónde vamos; que hoy estamos aquí, mañana allá; sin mas vestido que el puesto; sin mas hacienda que la tierra que pisamos, ó la que cubrimos con nuestro cuerpo cuando nos sirve de lecho! golpear, herir, matar á uno de nosotros, es como golpear, herir ó matar á un perro; menos aun, porque el dueño del perro maltratado podrá levantarse con cólera contra quien le haya maltratado: por nosotros no se levanta nadie: un cíngaro, un bohemio, un egipcio, un gitano, como querais, significa menos que un perro abandonado y leproso.

—Pero, ¿á qué todo eso? —dijo Lucrecia, que miraba con estrañeza á Marieta: —¿os he despreciado yo? ¿os he maltratado? no: yo he venido á buscar vuestra ciencia, y esto no es despreciaros.

—No habeis venido, os han traido, —dijo Marieta, cuya mirada inmóvil y fria, pero con una frialdad aterradora, estaba fija en Lucrecia: ¡ah! os han traido porque... ya lo vereis para lo que os han traido aquí.

XXX.

Lucrecia vió algo amenazador en los ojos de Bonvinetto; en su boca una sonrisa sesgada.

Se levantó y dijo con energía:

—Abridme paso, apartáos; yo no estaré aquí ni un momento mas.

—Esperad, señora, esperad,—dijo Bonvinetto, cubriendo la puerta de la casa con su espalda:—han caido al suelo los antifaces: ¡que os amo yo! sí, como ama el lobo á su presa, el carnicero á la res, el verdugo á la víctima: ¡ah! pues qué, ¿es tan fácil tomar venganza de Lucrecia Borgia? no: es necesario confiarla; hacerla creer que tiene un esclavo de su maravillosa hermosura; un esclavo del cual puede disponer á su antojo, en el cual puede confiar ciegamente: ¡ah, sí, sí! ¿no habeis echado de menos un magnífico retrato que teníais en vuestra papelera?

—¡Vos! ¿habeis sido vos quien me lo ha robado?—dijo Lucrecia, cuya voz temblaba, no de miedo, sino de cólera.

—Sí, yo: al robaros ese retrato, os he robado mi venganza: ya veis, estoy fuerte; mis miembros no han enlanguidecido; esto prueba que yo no os amo; que para mí no sois hermosa; que he mentido cuando os he hecho creer que estaba loco por vos: si esto hubiera sido cierto, hubiera besado vuestro retrato, y no existiria, porque vuestro retrato, como vos, está envenenado.

—¿Qué habeis hecho de mi retrato?—dijo Lucrecia.

—¡Ah! escuchad, mientras viene el señor Cárlos Orsini, lo que va á contaros Marieta.

—¡Ah!—dijo Lucrecia;—¿va á venir aquí Cárlos Orsini? pues bien; espero.

Y Lucrecia se sentó de nuevo en el arca.

XXXI.

Marieta cogió un escabel, y se sentó frente á Lucrecia.

Bonvinetto quedó apoyado de espaldas contra la puerta.

Gonzalo de Córdova continuaba mirando por los agujeros de la venana, escuchando con toda su alma, aspirando el leve y delicioso perfume que se exhalaba de Lucrecia, cuya cabeza tocaba casi á la ventana tras la cual observaba el Gran Capitan.

XXXII.

—¿Os acordais de Julieta?—dijo la gitana, con la voz grave y la palabra acentuada, de una manera dura y agresiva.

—No la conozco, ó mas bien no la he conocido; no puedo recordarla,—dijo Lucrecia con acento frio y despreciativo; y fijando una mi-

rada tal y tan dominadora en Marieta, que la hizo bajar los ojos; —pero seguid, seguid; comprendo que vais á contarme una historia que debe ser interesante; esto me entretendrá mientras llega Cárlos Orsini; seguid.

—¿Y no os causa terror el solo pensamiento de encontraros aquí sola, abandonada, en poder de Cárlos Orsini? —dijo Marieta.

—Seguid, no sea que no tengais tiempo para acabar de referirme vuestra historia, —dijo con un creciente desprecio Lucrecia.

—Puesto que decís que no habeis conocido á mi hermana, —dijo Marieta, —bueno será que sepais que era mas hermosa que vos.

—Seguid, —dijo de una manera inalterable Lucrecia.

—¡Ah! os esforzais para aparentar que no teneis miedo, y estais aterrada, —dijo Marieta: —¿sabeis que tiene vuestro retrato Cárlos Orsini? ¡ah! es verdad; no os lo habíamos dicho: como Bonvinetto es un juglar, un cubiletero, un músico de plaza pública, una personilla ruin, puede hacer muy bien, sin que nadie lo estrañe, el oficio de mensajero de amores: vos habíais dicho á Bonvinetto: —Con vos vive una hechicera que adivina lo oculto; quiero que ella me diga quién es el asesino de mi hermano: —se lo dijísteis esta tarde, y Bonvinetto, para ganar tiempo, os dijo que no podia vérseme hasta la noche: me buscó y me encontró despues de la puesta del sol en el cementerio de la iglesia de San Márcos, viendo cómo enterraban á mi pobre hermana; cuando la hubieron enterrado, Bonvinetto me dijo: —Al fin podemos vengarnos de la envenenadora de Julieta.

—¡Yo! —exclamó Lucrecia; —¡que yo he envenenado á vuestra hermana! ¡mentís!

—Eso se lo direis al señor Cárlos Orsini, que se quejó de ello á todo el que quiso oirle: —Yo amaba, —decia, —á una pobre jóven; la habia arrancado de su miseria, la tenia en mi palacio: una noche la encontré envenenada, presa de agudos dolores; la habia envenenado Lucrecia Borgia, porque me aborrece tanto como yo la he amado, y ha querido herirme el corazon, y me lo ha herido matando á mi Julieta.

—¡Oh! ¡qué cúmulo de desvaríos! —exclamó Lucrecia; —estais locos: yo no sé lo que se oculta detrás de todo esto; pero entreveo una historia miserable.

—Oid, oid, —dijo Marieta; —voy á empezar mi historia por el principio: un dia, hace mas de un año, sí, un año y un mes, un hermoso y jóven caballero se acercó, en la plaza de la Trinidad del Monte, á un corro de gente que estaba viendo bailar á una hermosísima niña de quince años: cuando acabó de bailar, y despues de haber recogido en su pandereta las monedas de cobre que la dieron de limosna, se puso en marcha: el jóven y hermoso caballero la siguió.

—Niña,—la dijo,—¿quieres venir á bailar y cantar ante unas hermosas damas?

—¿Y por qué no, señor?—contestó Julieta;—mi oficio es divertir por un poco de dinero: vuestras damas me darán por todo lo que pudiera reunir en una semana diciendo la buenaventura y cantando en las plazas: vamos allá.

Y siguió á Cárlos Orsini hasta el viejo palacio de los Orsini, en el cual entró, y del cual no volvió á salir sino ricamente vestida; como vos, señora, cuando vais al Vaticano á besar los piés al Santo Padre, cubierta de joyas, en litera y escoltada por bravos: Julieta era feliz, era rica; no habia amado nunca, y al enamorarse de ella Cárlos Orsini, amó por primera vez.

Aun no habia pasado un mes, cuando Julieta desapareció.

La busqué, la buscamos, no la encontramos; ¿dónde podia estar?

Al fin la he encontrado esta tarde; la he reconocido por sus inútiles amuletos, de los cuales no se desprendia nunca, porque creia que aquellos amuletos la salvaban de todo peligro.

Yo habia sospechado de Cárlos Orsini; pero ¿qué interés podia haber tenido en matarla?

Esta tarde, cuando la ví muerta, mi pensamiento se fijó en Orsini, y le maldije. Pero Bonvinetto me dijo al salir del cementerio de San Márcos:—No acuses solamente á Orsini; él ha sido la causa, pero no la mano que ha matado á tu hermana; la ha matado Lucrecia Borgia: yo tambien habia sospechado de Orsini; le acechè, y en una ocasion en que le encontré solo, de noche, en un lugar apartado, le pedí cuentas de Julieta:—¡Ah!—me dijo;—no me la recordeis; su pérdida es un dolor agudo que nunca dejará de destrozarme el corazon: pedid cuenta de ella á Lucrecia Borgia, que la mató para amargarme el alma.—¿No es eso lo que me has dicho, Bonvinetto?

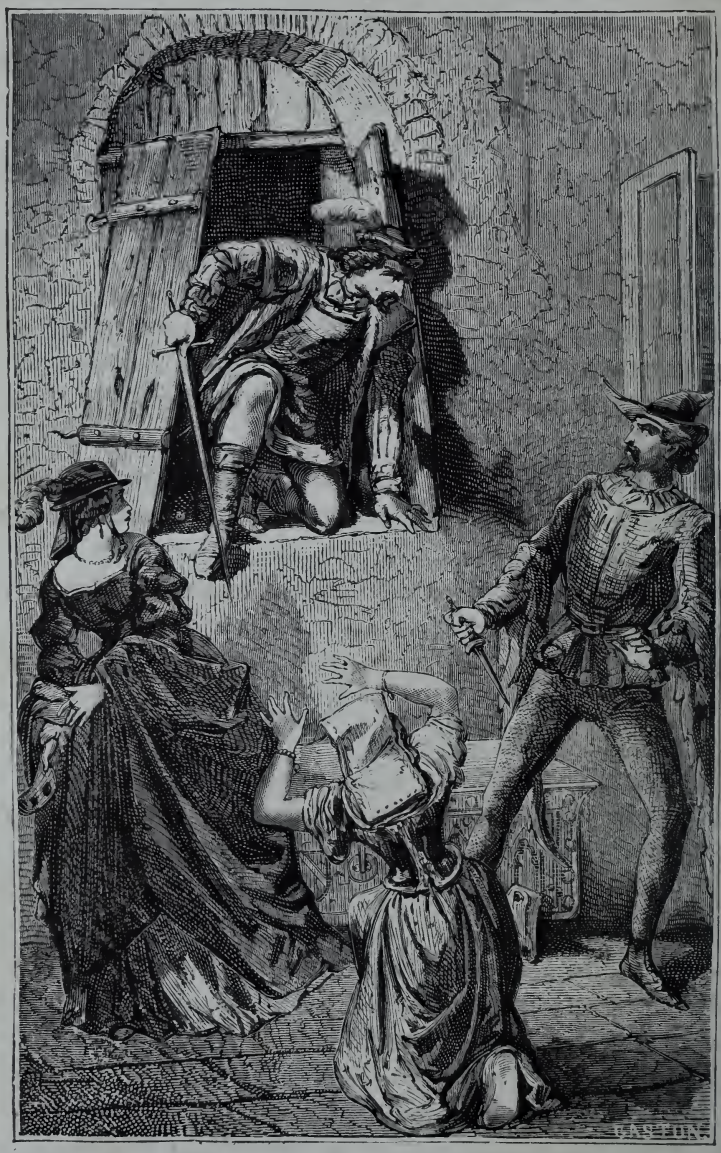
—Sí,—respondió éste;—sí, esa es la verdad.

—¡Ah!—dijo Lucrecia, como iluminada por una inspiracion súbita;—vuestro amante no os ha dicho hasta ahora, Marieta, que yo habia matado á vuestra hermana.

—Así es,—dijo Marieta.

—Esperad; por lo que respecto á mí he visto en ese hombre, adivino lo que ha sido ese hombre respecto á vuestra hermana: ¡oh! ¿de qué caverna infernal has salido tú, miserable? el infierno no puede contener dentro de sí pasiones tan infames, tan malditas como las tuyas; ¡ah! ven, yo no te comprendia; si te hubiera comprendido, te hubiera adorado; yo te adoro: ¿no sabes que yo amo todo lo terrible, todo lo exterminador?

Marieta miraba con asombro y con inquietud á Lucrecia y á Bonvi-



LAMINA 8.ª—Era la ventana que se rompia.

netto: Lucrecia sonreia, miraba, acariciaba con su mirada y con su sonrisa de amor á Bonvinetto, que adelantaba hácia ella como el pájaro atraido por la serpiente.

De momento en momento el semblante de Lucrecia se iluminaba mas y mas con una expresion de amor; su hermosura crecia.

Marieta estaba pálida, anhelante; Bonvinetto fascinado; el Gran Capitan se daba á los diablos, y sentia unas furiosas tentaciones por romper la ventana y entrar, saltando por ella, en escena.

—¿Qué importa esta mujer, Julio?—dijo Lucrecia:—lo que una pavesa lanzada de una hoguera, que se pierde en el viento: ¿qué importa Orsini? vendrá; en buen hora: aquí, entre la sombra y el silencio, libertaremos al Papa de un rebelde: ¡ah! yo no te conocia, Bonvinetto; tú no me conocias tampoco; tenias celos; porque tú me amas, ¿no es verdad? me amas como jamás has amado: ¡ah! sí, tú me amas.

Y estendiendo una mano, asió otra mano de Bonvinetto, que lentamente se habia acercado á ella.

La mano de Lucrecia quemaba y temblaba; sus ojos despedian fuego; su sonrisa era la de un demonio; pero de un demonio hermosísimo, irresistible.

Bonvinetto cogió entre sus dos manos la mano de Lucrecia y la cubrió de ardientes besos.

Marieta, demudada, mortal, terrible, se lanzó para separar á Bonvineto de Lucrecia.

Bonvinetto la rechazó.

—¡Ah! sí,—dijo;—yo os amo; yo estoy loco por vos.

—¡Miserable!—exclamó Lucrecia, rechazando á Bonvinetto y cambiando la expresion de amor en una expresion de desprecio, de amenaza, de cólera:—¡miserable! ¡infame! ya sé, ya sé quién mató á la hermana de esa mujer: el mismo que pretende matarme á mí.

—¡Ah! me habeis tendido un lazo,—dijo Bonvinetto;—Satanás os ha dado el poder de engañar, de fascinar: Orsini, aunque se sienta morir á vuestros piés, no se atreverá á heriros.

En aquel momento se oyó un ruido estraño, un crujido seco.

Era la ventana, que se rompía.

Bonvinetto habia puesto mano á su puñal, y el Gran Capitan habia roto la ventana y habia saltado dentro.

Bonvinetto se quedó helado, mudo, y por un momento inmóvil: luego tembló, y antes de que pudiese asirle el Gran Capitan, ganó la puerta y escapó.

XXXIII.

—¡Ah! por vos, por vos, Gonzalo,—dijo Lucrecia,—he sido sorprendida, encerrada aquí, amenazada de muerte, y sin vos hubiera perecido: mañana en esta casa solitaria hubieran encontrado dos cadáveres: el de Cárlos Orsini envenenado; el de Lucrecia Borgia muerto á puñaladas: ¡oh! el cielo os ha enviado, Gonzalo.

—Este es un sueño del infierno,—dijo el Gran Capitan;—yo no conocia el miedo, os lo juro, y ahora el miedo se me viene encima; no puedo librarme de él; salgamos, salgamos de aquí, señora.

—No, un momento,—dijo Lucrecia:—es posible que hayais oido lo que aquí se ha hablado.

—Sí, sí señora,—dijo Gonzalo,—lo he oido todo desde aquella ventana: parece que las malas aventuras me persiguen desde que he llegado á Roma.

—Pues bien, habreis oido que se me acusaba de haber envenenado por vengarme de Orsini, á no sé qué pobre jóven; yo quiero que no podais tener la menor duda de mi inocencia respecto á ese crímen: esta mujer, aterrada, sorprendida, ha permanecido aquí: tranquilizaos, Marieta; vos, procurando vengaros de la que creíais envenenadora de vuestra hermana, no me habeis ofendido, contad con mi proteccion, pero respondedme en verdad: oid.

XXXIV.

Marieta estaba abatida, con la cabeza inclinada, aterrada, temblaba toda.

—Oid,—repitió Lucrecia:—¿amais á Bonvinetto?

—¡Ah, señora! ese miserable me ha dado sin duda un filtro: mi corazon y mi alma son de él.

—Una mujer que ama no vé muy claro por desgracia, respecto al hombre á quien ama: ¿no habeis tenido nunca celos de vuestra hermana á causa de Bonvinetto?

—¡Oh! sí, sí,—exclamó con vehemencia Marieta;—celos que no habia comprendido, que no habian pasado de ser una inquietud mortal.

—¡Ah! sí, porque no queremos creer en aquello que nos mata,—dijo Lucrecia mirando de una manera suprema á Gonzalo.

—¡Ah! señora,—dijo Marieta,—acabais de iluminar mi alma con una luz terrible; sí, sí, cuando Julieta tardaba por la noche, Bonvinetto estaba intranquilo; se distraía; no respondía á mis palabras, ó las respondia mal, de una manera dura, impaciente: muchas veces veía yo la

mirada de Bonvinetto fija en mi hermana, y me hacia daño aquella mirada; pero yo no podia creer que la amase, no.

—No queríais creerlo,—dijo profundamente Lucrecia.

—Cuando Cárlos Orsini se llevó á mi hermana, cuando los dos se amaron, Bonvinetto se hizo mas taciturno, mas sombrío.

—¿Y aun dudais quién fué el que mató á vuestra hermana?...

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!—dijo Marieta,—él, porque la veía enamorada de otro hombre.

—Decidme: ¿desde hace algun tiempo, no habeis visto á Bonvinetto triste, taciturno?

—Sí.

—Y decid, ¿hoy no le habeis visto como le veíais cuando vuestra hermana era amante de Orsini?

—Sí.

—Mató á vuestra hermana, porque no fuese de Orsini; y ha querido matarme á mí, envolviéndome en una intriga miserable, para que no perteneciese á otro hombre.

El Gran Capitan se extremeció.

Empezaba á perder la cabeza.

Su amor habia puesto en peligro de muerte á Lucrecia.

—Protejedme, señora, protejedme,—dijo Marieta,—yo olvidaré á ese hombre; debo olvidarle; no sé si en vez de olvidarle moriré: pero no me abandoneis por Dios; perdonadme, porque os he injuriado, porque os he calumniado: él me lo habia dicho y yo creia todo lo que me decia Bonvinetto; yo no soy mala, señora; yo no he hecho daño á nadie; yo no he robado niños como las otras jitanas, ni he hecho á los niños mal de ojo; si digo que soy hechicera y que adivino, es porque así gano mi miserable existencia: ¡ah! señora, no me abandoneis.

—Yo os acojo en mi casa, – dijo Lucrecia:—¿estais seguro, señor duque de Sessa, de que yo no soy esa infame envenenadora que habíais supuesto?

—Veo, señora, que teneis la desgracia de que se os atribuyan cosas que no habeis hecho.

—Así es todo: juradme, juradme que me creeis tal cual soy, una buena mujer.

—Lo que os juro, señora, es que vais creciendo á mis ojos de una manera que me causa espanto: ¿quereis que yo os aprecie, os estime? pues bien; salgamos, pongamos á esta mujer en seguridad y entendámonos despues.

—Seguidnos,—dijo Lucrecia á Marieta, asiéndose al brazo de Gonzalo.

XXXV.

Pero antes de llegar á la puerta, ésta se abrió por sí misma, y apareció un caballero jóven y hermoso.

Ya le hemos descrito: era Cárlos Orsini.

XXXVI.

Al ver al Gran Capitan, teniendo del brazo á Lucrecia, palideció mortalmente, ardió en sus ojos una mirada sombría, y puso violentamente la mano en su espada.

—Aun no,—dijo el Gran Capitan;—aun no, señor Cárlos Orsini; pero os declaro que, poniéndoos ahora ante mí, me habeis ahorrado mucha impaciencia, y el trabajo y el camino á vuestra casa, donde me era forzoso ir para arrojaros mi guante de caballero á vuestro rostro de asesino.

—¡Ah! pues pronto,—dijo Cárlos Orsini;—pronto; me estorbais y he procurado deshacerme de vos; no lo niego: Maquiavelo nos ha enseñado; á un enemigo se le quita de enmedio de cualquier modo; cuanto antes y con mas seguridad, mejor; ahora os veo al lado de esa mujer, que es mi demonio, y esto bastaria para que yo deseára mataros: un Orsini vale tanto como un Córdova.

—Mentís,—dijo friamente el Gran Capitan;—un Fernandez de Córdova vale tanto como un rey; un Orsini vale tanto como un bandido.

Orsini, ciego de furor, puso mano á su espada.

—No;—dijo el Gran Capitan, asiendo la mano de Orsini y doblegándole;—cuando os he igualado con un bandido, claro está que no puedo igualaros conmigo, midiendo con vos mi espada: oid: en el momento, apresurándoos para que yo no os alcance, vais á salir de Roma; no permanezcais en ella el tiempo suficiente para que yo pida licencia á Su Santidad, os acometa á vos y á vuestra canalla, donde os aposenteis, y á despecho del rey de Francia, os prenda y os ahorque: idos, pero sin espada.

Y arrancándosela del costado, la rompió bajo su pié.

—¡Ah! sí, bien,—dijo Orsini;—acepto vuestra amenaza como un reto de batalla: no sereis ves quien vengais con vuestros fanfarrones españoles sobre el monte Pincio, seré yo quien vaya con los mios, sobre el monte Vaticano. Adios.

Y se alejó.

XXXVII.

—Sí, vé á morir entre la sombra como un perro,—dijo Lucrecia.

—¿Qué decís, señora?—exclamó el Gran Capitan.

—Cárlos Orsini está envenenado.

—¡Envenenado!

—Sí, ¿no habeis oido decir á ese Bonvinetto, que habia llevado mi retrato, un retrato que me robó, á Cárlos Orsini?

—No lo recuerdo.

—Ni yo estoy segura de haberlo oido, pero estoy segura, sí, de que ese retrato ha sido llevado por Bonvinetto á Orsini, como una señal para que confiase en una cita mia con él aquí, en esta casa: él ha venido; en sus lábios secos, en sus ojos sanguinolentos, aparecen ya los primeros indicios del tósigo.

—¡Oh! ¿y cómo, cómo ha podido envenenarse con vuestro retrato ese hombre?

—Esperad, esperad;—decidme, Marieta, ¿ese retrato ha sido llevado á Orsini?

—Sí señora, —respondió Marieta;—Bonvinetto le dijo:—señor, la duquesa de la Romanía se vale de mí para entregaros su retrato, en muestra de que al fin se rinde á vuestro amor; ella desea hablaros y os espera en mi casa, al pié de las Termas de Diocleciano: la conoceis demasiado; muchas veces habeis ido á ella acompañando á la pobre Julieta.

—Pues bien; Gonzalo,—dijo Lucrecia,—Orsini se ha envenenado besando mi retrato; sobre él habia una capa sutil de un tósigo mortal.

—¡Oh! salgamos, salgamos; es necesario salvar á ese hombre.

—Inútilmente; no le encontraríamos; la noche es muy oscura, y aunque le encontráramos, todo seria en vano; Orsini muere como debe morir; yo no tengo parte alguna en su muerte, y como Pilatos, me lavo las manos; salgamos, Gonzalo, salgamos; me siento mal aquí.

Y arrastró consigo al Gran Capitan, que se sentia aturdido, como embriagado.

Marieta se fué tras ellos.

XXXVIII.

—¡Ah!—dijo Lucrecia, atravesando con seguridad el terreno, como conociéndole bien;—¡qué pensamiento tan malvado! abandonarme en poder de Orsini, que irritado al sentir los efectos del veneno, me hubiera inmolado á su rabia: ¡oh! ved, ved en lo que consiste mi terrible fama;

apariencias funestas: indudablemente Orsini lleva sobre sí mi retrato; mañana le encontrarán muerto, verán ese retrato fatal y me atribuirán su envenenamiento.

—Pero ¿por qué, por qué, señora, poseíais ese retrato envenenado?

—¡César! ¡siempre César! el dia de mi santo me regaló ese retrato: es una hermosa obra en mosáico hecha por uno de mis retratos en tabla; afortunadamente yo conocí que sobre el retrato se habia estendido un veneno, el veneno que llaman de los Borgias, inventado por César.

—¿Y con qué objeto habia puesto en vuestro poder ese retrato César Borgia?—dijo severamente el Gran Capitan.

—¡Ah! soy muy desgraciada; me veo obligada á horrorizarme de mi familia: César, engañado por la predileccion que yo mostraba á mi hermano Giovanni por el grande afecto que él me tenia, supuso, sin duda, como probable, que yo mostraria ó regalaria el retrato á Giovanni; que Giovanni le besaria: un solo beso sobre ese retrato es la muerte.

—¡Oh! causa horror oiros, señora,—dijo el Gran Capitan:—vuestro hermano César no es un hombre, es un demonio: ¡oh! perdonadme; pero Dios quiera que yo le encuentre en campo abierto ó en ocasion en que pueda apoderarme de él.

—¡Ah!—dijo Lucrecia.

—¿Qué?—dijo el Gran Capitan con recelo;—¿os estremece el que yo me apodere de vuestro hermano César?

—No; es que he oido una voz lastimera que proviene de las cercanas Termas de Diocleciano, adonde os llevo, porque en ellas he dejado mi litera y algunos de mis esbirros que me han acompañado hasta aquí: mirad, ¿no veis entre las ruinas una luz que cruza? es sin duda uno de mis hombres, que acude al sitio donde resuenan esos ayes lastimeros: apresurémonos; ese debe ser Orsini.

Llegaron en muy poco tiempo á las Termas.

—¡Socorro!—gritó en aquel momento una voz desesperada.

Lucrecia, el Gran Capitan, y Marieta siguiéndolos, se precipitaron en las ruinas.

Se oia en ellas el rumor confuso de las voces de algunos hombres, y en el fondo de una arcada se veia el reflejo de una luz.

XXXIX.

—¡Buotti!—gritó Lucrecia.

Se movió el resplandor de la luz, se acercó; apareció al fin la luz, que provenia de una linterna, y trayéndola en la mano izquierda Francesco Buotti, que llevaba el brazo derecho en cabestrillo, á causa de la

herida que habia recibido la noche anterior de manos del Gran Capitan, ligera á causa de la distancia y la oscuridad.

—Que se retiren todos, —dijo Lucrecia, —y adelantad vos solo hácia el lugar donde resuenan esos ayes.

Ocho ó diez hombres se retiraron.

Francesco Buotti bajó una ancha escalinata de granito, movida, desajustada, rota, que se hundia á los pocos peldaños entre el terreno cubierto de musgo, causado por los antiguos escombros.

Aquel terreno seguia en declive hasta una profunda arcada, de cuyo fondo provenian los gemidos.

Francesco Buotti entró.

Lucrecia, Gonzalo y Marieta le seguian.

A poco Buotti se detuvo.

Tenia delante de sí un cadáver estendido, boca arriba, con los ojos y los brazos abiertos: parecia que pedia venganza al cielo.

—¡Ah! ¿qué hombre es ese? —dijo Lucrecia: —ese no es Orsini.

Los gemidos y los gritos de dolor habian cesado.

—Ese es, —dijo Marieta, —Giuseppe el imbécil, el leproso, el mendigo; le habrá matado alguno á quien habrá tocado.

—Le ha matado Bonvinetto, —dijo Lucrecia.

—¡Ah! —exclamó Marieta horrorizada; —¡pobre Giuseppe!

—Sigamos, sigamos, —dijo Lucrecia; —ese infeliz no era el que gritaba; hace algunas horas que fué muerto; quien gritaba era Orsini; nos ha sentido acercarnos y calla, porque teme que le encontremos.

—¡Ah! aquí está, —dijo Buotti, entrando en uno de los baños, en el cual, replegado en un ángulo, con la mirada sangrienta, con el semblante lívido, descompuesto, desencajado, estaba Orsini.

Tenia las dos manos crispadas sobre su estómago, como si hubiese querido arrancarse de él algo que le abrasaba, que le rompia las entrañas.

XL.

—¡Ah! ¡tú, la envenenadora, la infame!... —dijo, haciendo un violento esfuerzo, Orsini, al ver á Lucrecia, y lanzándose hácia ella, aunque débilmente, puñal en mano.

Francesco Buotti le rechazó de una manera vigorosa, y Orsini cayó, para no volverse á levantar mas.

—¡Ah! tu padre te envia, —dijo Orsini; —tú me matas por el ódio de tu padre: ¡ah! que no repose tranquilo; los Orsinis son numerosos, son fuertes, no se extinguen: yo tenia que vengar á Maffés Orsini, á Fabio Orsini, mi padre, mi tio... he caido asesinado como ellos; asesi-

nado por los Borgias; Genaro Orsini, mi hermano, nos vengará á todos: ¡malditos seais vosotros, los infames Borgias!

XLI.

Cárlos Orsini continuó hablando; pero sus palabras, roncas, entrecortadas, se hicieron ininteligibles, y al fin se convirtieron en rugidos inarticulados.

Una fascinacion terrible retuvo allí á Lucrecia y al Gran Capitan.

En cuanto á Marieta, se habia sentado junto á la cabeza de Orsini, y le miraba intensamente.

Francesco Buotti permaneció impasible, alumbrando aquel cuadro sombrío con la luz de su linterna.

Al cabo de algunos minutos de agonía, Orsini quedó inmóvil y rígido, arrojando por la boca contraida una espuma sanguinolenta.

Habia muerto.

—¡Ah! te llamaba desde su tumba mi hermana, —dijo Marieta alzándose: —estaba escrito que el mismo dia en que fuese sepultada lo fueses tú.

—Registrad el cadáver, Buotti, —dijo Lucrecia; —ved si encontrais sobre él un medallon; si le encontrais, dádmelo sin mirarle, porque pudiérais morir como ha muerto Orsini.

XLII.

Buotti abrió el sayo de brocado de Orsini, y sobre el corazon de éste encontró un medallon, que entregó á Lucrecia sin mirarle.

Lucrecia guardó el medallon en su bolsillo.

—Salgamos, —dijo, arrastrando consigo al Gran Capitan, que estaba ya completamente aturdido en fuerza de tanto horror.

Marieta los siguió.

Al llegar adonde estaban los esbirros de Lucrecia alrededor de una litera, Lucrecia dijo á Marieta:

—¿Os afirmais en vuestro propósito de vivir en mi casa amparada por mí?

—Sí señora, —dijo Marieta.

—Pues bien, Buotti, que entre esta jóven en mi litera; idos con ella y con los esbirros, y dejadla encerrada, hasta que yo vuelva, en mi retrete.

Y diciendo esto se apoyó en el brazo de Gonzalo de Córdova, perdiéndose con él entre las ruinas.

CAPITULO XX.

De cómo se avinieron Lucrecia y Gonzalo de Córdova.

I.

Adelantaban á oscuras.

Salieron de las Termas y descendieron por el repecho.

Gonzalo sentia latir el corazon de Lucrecia, á quien llevaba asida del brazo derecho, y que se estrechaba contra aquel brazo.

Un vértigo poderoso dominaba al Gran Capitan.

Parecia que de Lucrecia se desprendia un hálito emponzoñado que rodeaba á Gonzalo, de la influencia del cual, éste, no solo no podia libertarse, sino que ni aun lo intentaba.

Habia olvidado completamente á Angiolina, á Isabel, y aun el encargo que le habia llevado á Roma.

La maga tenia dentro de su atmósfera al héroe, y le vencia.

Era Homphale dominando á Hércules, embriagándole, trasformándole.

II.

—¿A dónde vamos, señora?—dijo Gonzalo con la voz trémula y medrosa por la primera vez de su vida.

—La casa de Bonvinetto es nuestra,—dijo Lucrecia;—ha quedado desierta, en ella hay luz, es temprano, oid: han cesado de doblar las campanas un momento por el duque de Gandía, para doblar por las ánimas de los fieles difuntos; recemos, Gonzalo, por los que acaban de morir y por las ánimas del Purgatorio.

III.

Lucrecia se detuvo.

El Gran Capitan se quitó el birrete y rezó, como de costumbre, la oracion de las ánimas, pero distraido.

No sabemos si Lucrecia rezó tambien; es posible.

En aquellos tiempos, el crímen no excluia la devocion.

Luis XI, el lobo coronado, era muy devoto, y llevaba cubierta su gorra de medallas de santos.

Felipe II de España pasaba todo su tiempo rezando y trabajando en los negocios de Estado.

El tremendo Maquiavelo, que tenia mucho de hereje y de impío, era tambien muy devoto.

La influencia de la época se hacia sentir en todos.

El condotiero veneciano, el lazaroni napolitano y el bravo de Roma, rezaban por el alma del que acababan de matar á puñaladas.

IV.

Cuando pasó la oracion de las ánimas, resonó el toque de queda.

Eran las nueve de la noche.

Las campanas continuaron doblando por el alma del duque de Gandía, y Lucrecia siguió arrastrando consigo á Gonzalo hácia la casa de Bonvinetto.

V.

La puerta estaba franca.

Dentro, sobre la pequeña mesa que componia parte del mezquino moviliario, ardia aun la lámpara.

Lucrecia se desasió del Gran Capitan, cerró la puerta por dentro, tomó la lámpara, y entró en otra habitacion á la que la siguió Gonzalo.

Lucrecia cerró tambien por dentro la puerta, y puso la lámpara sobre una mesa de roble.

VI.

Aquella habitacion era mas estensa; estaba situada en el centro de la casa, y recibia la luz por una claraboya del techo.

En un ángulo opuesto á la puerta de entrada, que estaba en otro ángulo, se veia una cortina de lana encarnada.

La habitacion era de madera, y sobre ella se levantaba el hueco del

techo formado por viguetas sin labrar, y por tosca tablazon casi podrida; aquello tenia todas las señales del antro de un hechicero; en la pared se veian en andenes retortas, ampollas, frascos, ánforas, vasijas de vidrio, de barro ó de cristal: algunas ropas de colores chillones y forma estravagante colgadas acá y allá; un estante de roble con puertas de alambrera, en que habia algunos gruesos libros en fólio encuadernados en pergamino, con grandes rótulos góticos en sus lomos.

Sobre la mesa, que era muy grande y estaba escultada de una manera artística, se veian un astrolabio, un cuadrante, un reloj de arena, un cráneo humano, algunas velas de cera verde, medio consumidas unas, sin empezar las otras, cuyos candeleros estaban formados por huesos que descansaban sobre un pié de cera verde tambien.

Habia además algunas figuras de cera encarnada, que representaban algunos personajes de una manera ruda, pero que dejaban notar el parecido.

El resto de los muebles se componia de sillones, todos de distinta forma, ya de roble, ya de nogal, revestidos los unos de cuero, los otros de seda, y de un viejo arcon labrado, de encina vieja, con abrazaderas de hierro cincelado, tres cerraduras prominentes, y la tapa cilíndrica sobre dos borriquetes tambien de encina, escultados, representando dos grifos.

Aquel mueble, que era una preciosidad artística, se remontaba al siglo XIII.

El suelo estaba cubierto por una vieja alfombra flamenca.

—Todo es aquí singular, —dijo Lucrecia examinando la habitacion: —mirad esas figuras de cera; esto es pavoroso; todas tienen clavado un alfiler negro en el pecho, sobre el corazon; miradlas bien: dos de esas cuatro figuras nos representan; vos asís mi mano; las otras dos figuras representan, la una al duque de Gandía, la otra á Cárlos Orsini; los dos han muerto; ¿habremos de morir nosotros tambien?

—Sea lo que Dios quiera, —respondió preocupado el Gran Capitan.

—Mirad, esas dos velas verdes, están casi consumidas; las otras dos no han sido encendidas aun; ¡ah! no se encenderán.

Lucrecia arrancó aquellas dos pequeñas velas de sus horribles candeleros, las retorció, las enroscó y las guardó en su limosnera.

Luego arrancó los dos alfileres de sobre el pecho de las figuras que representaban al Gran Capitan y á ella misma, y las asió para desfigurarlas.

Pero al oprimir la que representaba al Gran Capitan, salió por el agujero que habia dejado el alfiler una gota de sangre.

VII.

—¡Ah! ¿veis?—dijo con terror Lucrecia.

—No creo en esto,—dijo, rehaciéndose el Gran Capitan:—¿cómo ha de haber sangre en una figura de cera?

—Por efecto de la mágia, Gonzalo; esas figuras somos nosotros.

—Mas fácil es creer,—dijo Gonzalo,—que esas figuras están huecas, y que han sido llenas con un líquido rojo como la sangre; veamos.

Y asiendo la figura, la rasgó de alto á bajo con su puñal.

Cayó sobre la mesa un líquido rojo, y en la estátua partida quedó descubierto un hueco.

—¿Lo veis?—dijo Gonzalo;—Dios no permite la mágia; Dios no quiere que se cumpla la voluntad del diablo; estas son trazas de los embaucadores para dominar á las gentes crédulas y enriquecerse á su costa; Dios es la luz, y esto es la tiniebla.

—Romped, romped tambien la figura que me representa,—dijo Lucrecia.

—Me cuesta un gran trabajo romperos aunque sea en figura,—dijo el Gran Capitan.

—¡Oh, gracias!—dijo Lucrecia,—pero romped esa imágen mia; quiero ver lo que hay dentro.

—¡Oh! es una gran lástima, señora,—dijo el Gran Capitan;—reparad, es vuestro retrato completo; ese infame os ama con toda su alma; tiene vuestra imágen en el corazon, y os ha reproducido admirablemente; esperad; el traje, aunque es de cera, está sobrepuesto.

El Gran Capitan arrancó la cubierta de cera, representando un sudario, que cubria la pequeña estátua, cuya altura no escedia de un pié.

Apareció la imágen de Lucrecia desnuda y bellísimamente modelada.

—Mirad no sea lo que habeis hecho un presagio,—dijo Lucrecia.

—¡Oh, qué hermosa sois! ¡qué admirablemente hermosa!—dijo el Gran Capitan;—esas estátuas de la antigüedad que se ven en Florencia y en Roma, en Nápoles y en Ferrara, no son tan hermosas como vos; ¡y ese miserable, ese asesino, conocia vuestra hermosura!

—¡Ah, no!—exclamó Lucrecia poniéndose vivamente encendida;—quien ha hecho este admirable retrato tan completo, ha adivinado por lo que ha visto, lo que no habia visto ni podia ver.

Lucrecia sonrió de una manera inefable.

VIII.

Habia visto nublado el semblante del Gran Capitan con la espresion de unos negros celos.

LUCRECIA BORGIA.

LAMINA 9.ª —No, yo no rompo esta bellisima imágen vuestra....

—¡Ah! es mio, —pensó, —me ama; él dejará de servir á sus reyes para servir al Papa.

Lucrecia no reflexionó que los celos no son siempre hijos del amor; que los produce tambien la vanidad ofendida.

—No, yo no rompo esta bellísima imágen vuestra, —dijo el Gran Capitan; —si me lo permitís, yo la conservaré, y haré que uno de los buenos escultores de Roma la copie en marfil; entonces solo, y cuando la copia sea como ella, la destruiré.

—Destruidla, yo os daré una estátua mia de mármol poco mayor que esta, y de mas mérito que esta, ejecutada por el buen escultor Sansovino, está además pintada al natural, y sobre un plinto de oro, representando á Leda un momento despues de una visita de Júpiter; ¿pero qué habeis de hacer de esa estátua? ¿no temeis que la encuentre en vuestro poder vuestra esposa?

—No la verá, —dijo Gonzalo extremeciéndose por aquel recuerdo tan rudamente evocado por Lucrecia.

—Sí, es posible, muy posible, casi seguro que no vea mi estátua vuestra esposa.

El Gran Capitan volvió á extremecerse.

—Destruid, destruid esa, Gonzalo, —dijo Lucrecia; —es una obra hecha con una intencion siniestra; que desaparezca esa obra.

—No: me pareceria que os despedazaba á vos, y yo, aunque aparezcais algun dia á mis ojos como la mas perversa de las mujeres, aunque supiese que habíais pretendido envenenarme, no podria, no querria hacer nada contra vos.

—¡Ah! por algo grande, misterioso, infinito, —dijo Lucrecia con vehemencia, —me he olvidado yo de la muerte de mi hermano, de mi proyectado enlace con Alfonso de Aragon, de los intereses de Roma, de mí misma: ¡oh, qué feliz soy, Gonzalo! guardad, guardad esa imágen mia, puesto que por ser mi imágen no os atreveis á destruirla; yo tampoco me atrevo á destruirla, porque la amais vos; guardadla; tendreis dos en vez de una; ¡ah, no! tendreis tres; mirad

Y sacó de su limosnera el medallon que Buotti habia encontrado en el pecho de Orsini.

Era el retrato en mosáico, en miniatura, de Lucrecia, representada como una bacante.

IX.

—Mirad, —dijo Lucrecia.

—¡Ah! —exclamó el Gran Capitan; —¡qué hermosura!

—No, no mireis eso; ¿no veis empañada la cabeza del retrato,

mientras que el resto tiene cierto brillo? ¿No veis que ese brillo parece causado por algo que se ha estendido sobre el retrato? Pues bien, eso que se ha estendido es un veneno mortal: Orsini ha producido con sus lábios, besando este retrato, lo que en él se vé empañado. Orsini ha muerto: yo os doy este retrato; pero no quiero que esteis privado de besarle; voy á hacerle inofensivo, Gonzalo.

X.

Lucrecia quitó del medallon el mosáico, le cojió por un estremo con su pañuelo de Cambray redoblado, y le pasó repetidas veces por la luz, hasta que la plancha que constituia el mosáico se puso candente y completamente negra por la parte sometida á la accion de la luz.

Despues asió con el pañuelo por el otro estremo el retrato, é hizo lo mismo; luego quemó el pañuelo, que se habia envenenado en parte por el contacto con aquella especie de barniz terrible.

—El fuego lo purifica todo,—habia dicho Lucrecia mientras ejecutaba aquella operacion;—afortunadamente el retrato es de mosáico de mármoles duros, y el fuego no puede destruirle: dadme vuestro pañuelo, Gonzalo; dentro de un momento, de debajo de esa densa capa negra, vereis aparecer mi imájen mas brillante que como la habeis visto.

—¿No os parece singular, señora,—dijo Gonzalo dando su pañuelo á Lucrecia,—que para que yo vea brillante y pura vuestra imájen, haya sido necesario hacerla pasar por el fuego y quitar de sobre ella una negra sombra de luto?

—Agorero estais,—dijo sonriendo Lucrecia;—pero hay algo de terrible en esta casualidad; parece esto un símbolo de lo que me sucede; vos, Gonzalo, sois el fuego que me ha purificado; vos quien ha quitado de sobre mi alma la negra sombra de duelo que la envolvia.

Y limpió con el pañuelo del Gran Capitan el mosáico; le frotó y apareció mas brillante, mas bello que como le habia visto anteriormente Gonzalo.

—Ya mi imájen no es mortal,—dijo Lucrecia poniendo de nuevo el mosáico en el medallon y cerrando éste; aunque se unan los lábios á él, no matará como ha matado á Orsini.

—Pero envenena el alma, señora,—dijo el Gran Capitan.

—¡Ah! considerais mi amor como un veneno, Gonzalo,—dijo sonriendo Lucrecia.

—Sí, como un veneno que mata la voluntad, la razon, la conciencia; creedme, señora; antes de veros estaba prevenido contra vos:—Guardaos de ella,—me habian dicho,—es una mujer terrible; es el ma-

yor enemigo que vais á encontrar en Roma.—Sin embargo, os conocí anoche y no he podido olvidaros.

—Y á pesar de eso, os habeis enamorado de Angiolina Crespi y habeis hecho vuestra querida á Isabel de Gonzaga.

—¡Cómo, señora! sabeis.....—dijo el Gran Capitan poniéndose encendido como un muchacho á quien pillan en un renuncio.

Porque el Gran Capitan, como todos los hombres cuyo heroismo nace del entusiasmo, era en el fondo fuertemente candoroso.

—¿No sabeis que me llaman la reina de Roma?—dijo siempre sonriendo Lucrecia;—pobre reina seria yo si no supiese todo lo que me importa saber: no os amaria yo si no recelase, y yo cuando recelo necesito saber, hago espiar, y los italianos son admirables espías que tienen la buena cualidad de servir fielmente á quien les paga: sé, pues, que habeis enamorado á Angiolina: sé que Isabel de Gonzaga hace de vos su instrumento, y que vos, de buena fé, os habeis dejado engañar por Isabel: no digais, pues, que me amais; bien, no habeis dicho que me amais, pero habeis dicho que á pesar de estar prevenido contra mí, mi recuerdo tenaz os persigue, es lo mismo: si me recordárais de esa manera que hace que el recuerdo sea amor, no os hubiera enamorado Angiolina, no os hubiera embriagado Isabel: mi recuerdo las hubiera vencido.

—Vos no sabeis que sois la primera persona que me ha hecho conocer el miedo,—dijo Gonzalo;—vos no sabeis cuánto valor, cuánta fuerza he necesitado anoche para no olvidarme de mi esposa, de mis reyes, de mí mismo, y arrojarme á vuestros piés y deciros: yo os amo, amadme.

—Llevais muchos años al lado de Fernando V,—dijo Lucrecia, cuyo semblante se nubló;—Fernando V es sagaz, astuto; ha engañado muchas veces al rey mas receloso y mas esperimentado del mundo, á Luis XI de Francia; Maquiavelo dice que Fernando de Aragon, rey de las Dos Sicilias, es su maestro, y que en él ha estudiado su libro del Príncipe; ¿sereis vos, como Fernando V, un hombre impenetrable? ¿usareis para la política del amor de una pobre mujer enamorada?

—Lo mismo pudiera deciros yo, Lucrecia: ¿querreis fascinar con vuestros encantos, con vuestra sagacidad, con vuestra astucia, con vuestra esperiencia en los asuntos políticos; á un hombre que, porque lo creeis terrible, quereis romper?

—Bien, recelamos el uno del otro,—dijo Lucrecia,—y sin embargo, nos atraemos; pues bien, haced vos en la política lo que importe á los reyes de España, vuestros señores; yo haré lo que importe á Roma: dejemos en paz el gobierno del mundo, que ello será lo que Dios quisiere que sea, y ocupémonos de nosotros mismos: ¿por qué os habeis mostrado enamorado de esas dos mujeres? decid.

—Porque os temo, porque he pretendido enamorarme de ellas para no enamorarme de vos.

—Es necesario confesar que la respuesta es ingeniosa; pero en fin, es la mejor respuesta que pudiérais darme.

—¿Creeis en mi honor, señora?—dijo el Gran Capitan.

—Como creo en Dios.

—Pues bien, oid: os empeño mi palabra de honor, de no volver á ver mas á Isabel de Gonzaga.

—¡Oh! gracias; y decidme, ¿no empeñais del mismo modo vuestra palabra respecto á Angiolina Crespi?

—No hay necesidad, señora; no puedo verla; me la habeis robado.

—¡Ah! sí, no os lo niego; os he robado á esa imbécil; esto os probará cuánto os amo: me daba miedo, es demasiado hermosa, demasiado pura: ¡ah! y los hombres son terribles, no aman, no, no aman con el corazon; eso se ha quedado para las mujeres; aman la hermosura, la materia: la pureza de las niñas los irrita, los atrae: ¡ah! sí, os he robado á Angiolina; y mas aun, no quiero negároslo; he falsificado una carta que os ha comprometido, que os ha hecho un enemigo terrible de Alfonso Crespi; que ha vuelto contra vos un demonio; Gerónimo Savonarola, el fanático de Florencia, el protestante, el hereje; no importa, yo destruiré esos enemigos que os he hecho.

—No, dejad eso á mi cuidado: por mi parte os doy las gracias porque me habeis procurado dos enemigos mas, y dos grandes enemigos: en cuanto á Angiolina, he prometido á su padre buscarla y la buscaré; lo que no impedirá el que seamos muy amigos, Lucrecia.

—Sin dejar yo de ser vuestra amiga, procuraré á todo mi poder, que no encontreis á Angiolina, os lo juro.

—Bien, es un juego que empeñamos amigablemente; pero prometedme que no deshonrareis, que no matareis á Angiolina.

—¿Qué juicio habeis formado de mí, Gonzalo?

—Os creo capaz de todo, si os arrastran vuestras pasiones; perdonadme si soy sincero: anoche os traté duramente; hacia poco tiempo que os conocia; hoy no puedo trataros con dureza; me habeis vencido; yo no sé si es amor lo que siento por vos, pero puedo aseguraros que estoy loco: me he embriagado, me he aturdido; desde anoche no he visto mas que crímenes é infamias, y mi cabeza está rodeada de un vapor impuro; dudo de mí mismo, os temo; me arrastrais hácia vos, me devorais; yo no he visto nada tan hermoso, ni que parezca tan bueno y tan puro; yo no sé, yo no sé; pero á pesar de que os rodea el horror, os amo, Lucrecia, os amo.

—¡Ah, Gonzalo!—exclamó Lucrecia;—este es el primer momento de felicidad que he gozado sobre la tierra; oid: voy á aparecer mas horrible á vuestros ojos: yo os dije que ese retrato me le habia regalado mi hermano César; que lo habia envenenado él, contando con que yo lo regalaria á mi hermano Giovanni; mentí por no horrorizaros: ese retrato lo he mandado yo hacer; lo he envenenado yo para regalarlo á Cárlos Orsini, á quien aborrezco desde que os conozco, y os conozco desde hace algun tiempo, desde que fuí á España con mi primer marido: desde entonces os amo, Gonzalo.

—¡Ah, Lucrecia! ¿por qué me atormentais? ¿por qué me obligais á ver en vos á un demonio, cuando yo no quiero ver mas que á un ángel?

—Quiero saber si me amais, y llego, para probarlo, hasta lo horrible: ¡ah! el amor es un tirano, contra el cual nos rebelamos inútilmente. ¿Qué importa que una mujer sea un demonio, si se la ama? se la ama mas; sí, mas; un hombre que ama, muere sonriendo á los piés de la mujer que le ha asesinado; pero son muy pocos los hombres que aman así: yo quiero saber si me amais de ese modo.

—¡Ah! Lucrecia, si me amais, tened compasion de mí; apartaos de de mí, dejadme pasar, defendedme de mí mismo; no hagais perder mi honor, no me aniquileis, no me cubrais de infamia: me habeis vuelto loco; defendedme.

—No os propondré un crímen; no os exigiré que falteis á vuestro honor, no; además, esto seria inútil; vos no podeis llegar hasta la locura de la infamia; vuestra soberbia es mas grande que vuestro amor.

—¡Mi soberbia!—exclamó el Gran Capitan;—decid mi honra.

—En buen hora; la soberbia de vuestra honra os impedirá siempre mancharla con ningun crímen, con ninguna traicion; y como yo no quiero que dejeis de amarme, no os pondré á prueba; por el contrario, os ayudaré para que estimeis mi amor.

—¿Y no creeis que ya es bastante mancha para mí el tener amores que ofenden á mi esposa, que os ofenden á vos, Lucrecia?

—No; hombres como vos nunca son casados, son héroes: los héroes están sobre todo lo vulgar á que están sujetos los demás hombres: yo, por mi parte, no me avergonzaré de que se sepa que Lucrecia Borgia es amante del Gran Capitan, Gonzalo Fernandez de Córdova; lo tendria á orgullo; sin embargo, respetaré vuestros escrúpulos; no nos veremos nunca, Gonzalo, sino en medio del mas profundo misterio.

—Este es un sueño, un sueño terrible,—dijo el Cran Capitan, completamente fascinado.

—Sí, un sueño de amor,—dijo Lucrecia;—de un amor inmenso, que nada puede contrariar. Salgamos, salgamos de aquí; esta casa me

espanta; á la vista de estas vasijas, de estas figuras, me parece que estoy rodeada de hechicería; salgamos.

—Sin embargo,—dijo el Gran capitan,—bueno seria, puesto que ese Bonvinetto es un miserable que nos ha hecho traicion, reconociésemos lo que queda en su casa: en este arcon está labrado un escudo con corona ducal: mirad; dos calderas con sierpes en el centro del escudo y orla de castillos y leones: yo haré que el rey de armas de Aragon, que me acompaña, examine ese blason, y me diga á qué familia pertenece.

—Esta casa no quedará abandonada, Gonzalo,—dijo Lucrecia;—apenas habremos salido de ella, cuando la habrán ocupado algunos esbirros mios; yo nunca estoy sola; os agradezco el que esta noohe me hayais salvado, pero sin vos, hubiera sido protegida del mismo modo: salgamos, que ya es tiempo: es posible que vayan á buscarme del Vaticano ó de casa de mi madre, y pareceria muy estraño no me encontrasen en mi casa en una situacion tan terrible para nuestra familia.

XI.

Poco despues, Lucrecia y el Gran Capitan adelantaban hácia la Puerta Pinciana.

El Gran Capitan llevaba cuidadosamente envuelta en su pañuelo la estátua de cera de Lucrecia, y en su escarcela el retrato.

La Puerta Pinciana se abrió al pronunciar Lucrecia las siguientes palabras:

—Abrid á la Santa Madonna de la Farfarella.

Pasaron.

Media hora despues entraban en una magnífica cámara del palacio Borgia, y Lucrecia arrojaba su manto y su sombrero.

CAPITULO XX.

De cómo, despues de vencer á Genaro Orsini, el Gran Capitan tuvo una entrevista delante de Lucrecia con el rey de Francia.

I.

Pero estaba de Dios que no terminasen aquella noche las grandes aventuras.

Apenas Lucrecia se habia sentado en un camapé al lado de Gonzalo de Córdova, y asiendo sus manos le miraba con la locura del amor, cuando se oyeron grandes golpes á la puerta de la cámara, que habia cerrado Lucrecia.

El semblante de ésta se nubló por aquella contrariedad, se levantó, fué á la puerta y la abrió.

II.

Apareció Francesco Buotti pálido y cuidadoso.

—Estamos cercados, —dijo, —y pronto seremos acometidos.

—¡Cercados! ¡acometidos!—dijo Lucrecia con cólera: —¿por quién?

—Por los de Orsini.

—¡Ah!—exclamó el Gran Capitan;—los de Orsini se nos vienen encima: ¿no teneis medio de avisar á mis gentes?

—La noche es tan oscura, que bien puede pasarse por entre los de Orsini sin ser notado: yo iré; pero entre tanto, es necesario acudir á la defensa.

—¿Cuántos hombres teneis aquí?

—Cuarenta hombres de armas, cien suizos y sesenta bravos: todos están armados, todos están dispuestos, porque esto se temia: Orsini está loco.

—No es ciertamente á Orsini á quien hay que culpar de este atrevimiento.

—Ya sé que Cárlos Orsini ha muerto; como que le he visto, —dijo Buotti; —pero no ha muerto su hermano Genaro Orsini.

—Dadme un escudo, un capacete y una hacha, —dijo el Gran Capitan: —iluminad todos los balcones del palacio, que se vea claro; que parte de la gente lleve antorchas: yo os juro, señora, que dentro de poco daré buena cuenta de esa canalla; pero salgamos, y que se haga al momento lo que he dicho.

III.

Y el Gran Capitan salió tras de Francesco; bajó al patio del palacio, donde habia algunos suizos, y dijo á Francesco:

—¿Y es esta toda la gente de que disponemos?

—El resto está en las rejas del piso bajo con arcabuces.

—Que se retire esa gente de donde está, y que venga aquí: iluminad el palacio: antes de iluminarle, haced que se avise á don Hugo de Moncada, que se ha quedado gobernando mi gente en el Vaticano; haced que se me den las armas que os he pedido, y todo esto pronto.

IV.

Algunos minutos despues, unos trescientos hombres bien armados estaban formados en masa en el centro del patio.

Gonzalo de Córdova, armado con un escudo, un casco y una hacha de combate, les dijo:

—Yo soy Gonzalo de Córdova, á quien llaman el Gran Capitan: por acaso me encuentro en el palacio de vuestra señora cuando se atreven á amenazarle unos miserables: yo nunca he sido vencido cuando han ido tras mí los mios: me han dicho que sois valientes, veamos si haceis lo que conmigo harian mis fieros leones castellanos; ellos no tardarán en venir; se les ha avisado: defendámonos un cuarto de hora, y los mios atacarán por la espalda á los de Orsini. ¡En nombre de Dios y de Santa María, á vender caras las vidas, hijos! que no se diga que á vosotros y á mí nos han arrebatado esos bandidos vuestra señora.

V.

Todos aclamaron á Lucrecia y al Gran Capitan.

Éste dividió en cuatro escuadrones los trescientos hombres, los sacó fuera, y colocó un escuadron en el centro de cada una de las cuatro fachadas del palacio.

Cada uno de estos cuatro escuadrones fué formado en masa de cuatro frentes, como si dijéramos, en cuadro compacto.

Estos cuadros se apoyaban en el palacio, no paralelamente á él, sino formando con dos de sus ángulos una línea perpendicular respecto á la línea de la fachada del palacio; de modo que podian hacer fuego diagonal por los cuatro lados.

El Gran Capitan se habia quedado fuera con unos cuarenta hombres de armas, dispuesto á acudir adonde mas apretase el peligro.

El palacio estaba completamente iluminado.

En el centro de los cuadros habia hachas de viento.

Habian desaparecido las tinieblas en torno del palacio.

El jardin, por fortuna, no tenia árboles donde pudiesen resguardarse los enemigos, ni mas que algunas estátuas.

En los balcones de las cuatro fachadas habia algunos criados con arcabuces.

VI.

—¡Dios de Dios!—dijo un jóven como de veinticuatro años, que armado de punta en blanco y con la visera levantada todavia subia á caballo por el repecho, seguido de unos doscientos hombres de armas á caballo tambien, llevando en el centro el estandarte de los Orsini, todo lo cual se veia al reflejo de las luces del palacio Borgia.—¿Quién ha sido el traidor que ha avisado á esa loba?

—Sus esbirros están en todas partes, —dijo con voz ronca un hombre que estaba á pié junto al caballo del jóven.

Aquel hombre era Bonvinetto.

Cuando escapó de su casa, se fué sin perder tiempo á la plaza del Pópolo, donde estaban aposentados los hombres de Orsini, buscó á su hermano Genaro, y le dijo:

—Ya sabeis quién soy y que podeis fiaros de mí: Lucrecia Borgia ha envenenado á vuestro hermano Cárlos, y vengo á avisaros para que le vengueis.

—¿Dónde está esa mujer?—dijo Genaro Orsini, que era feroz.

—Es de suponer que esté en su palacio llorando la muerte de su amado hermano el duque de Gandía.

Bonvinetto suponia con razon, que Lucrecia, salvada por el Gran Capitan, se habria apresurado á volverse á su palacio.

Genaro Orsini mandó reunir su jente; pero como no queria que las trompetas tocasen llamada, para que no se sospechase por este toque, fué necesario ir avisando casa por casa á los soldados, y por lo tanto se tardó mucho tiempo en reunirlos, dando lugar á que Lucrecia volviese á su

palacio, y á que los espías que Francesco Buotti tenia entre los de Orsini, avisasen que el palacio iba á ser acometido.

VII.

Genaro Orsini, que era mas feroz que valiente, se detuvo al ver el formidable aspecto de defensa que tomaba el palacio Borgia, reunió á sus capitanes, que eran cuatro desalmados condotieros, y les dijo:

—¿Qué os parece de esto? veníamos á sorprender á la fiera creyéndola dormida, y la encontramos despierta.

—Pero esa fiera,—dijo uno de los capitanes,—no tiene fuerza bastante para resistirnos, y el asesinato de vuestro hermano nos autoriza para todo; por pronto que acudan al socorro del palacio Borgia, perturbado como está el Papa, con la muerte del duque de Gandía, ya habremos tenido tiempo para matar á Lucrecia, saquear el palacio é incendiarle; la gente de Lucrecia es como la nuestra, aficionada al oro, y en cuanto sepa que va á haber saqueo, se vendrá con nosotros; pero es necesario no perder ni un momento.

Genaro Orsini mandó acometer por la entrada de la cerca del jardin.

VIII.

Ahora bien; en el balcon de una casa del monte Palatino, tomando el fresco al lado de una hermosa muchacha que se llamaba Toneta, estaba el conde de Auvigny, gran signatario ó porta-estandarte real de Cárlos VIII, cuando vió á lo lejos destacarse iluminado entre la sombra el palacio Borgia.

—¿Qué es aquello Toneta mia?—dijo de Auvigny;—¿la terrible Lucrecia ilumina su palacio en festividad de la muerte de su hermano Giovanni Borgia?

—¡Ah conde!—dijo Toneta;—me parece que veo mas que vos.

—En efecto,—dijo de Auvigny;—yo tengo algo cansada la vista; ¿qué veis vos, hermosa mia?

—Veo relucir arneses á la luz de antorchas.

—¡Ah!—dijo de Auvigny;—pues esto es grave, gravísimo; eso indica que va á ser acometido el palacio Borgia: ¿y por quién? ¿Quién puede tener interés en ello? es necesario avisar al rey.

IX.

Un cuarto de hora despues, montaba á caballo la tremenda gendar-

mería francesa, y Cárlos VIII, armado de todas armas, se ponia á su frente.

Algunos ginetes, despachados por de Auvigny, habian ido á hacer un reconocimiento, y habian traido la noticia de que Orsini con sus aventureros habia acometido el palacio Borgia, que se defendia bravamente.

X.

Pero el combate duró muy poco.

Genaro Orsini, que habia logrado romper á hachazos las puertas de la cerca del jardin, fué recibido con un fuego mortífero por los cuadros situados por el Gran Capitan al frente de las fachadas del palacio, y que sucesivamente fueron acometidos sin resultado por los de Orsini.

De improviso se oyó en direccion al Vaticano un feroz alarido de trompas de guerra, que tocaban á arremetida.

Eran los hombres de armas castellanos que acudian con Hugo de Moncada.

Orsini y sus capitanes huyeron ganando la campiña, y los bandidos se dispersaron, perdiéndose en la campiña tambien.

Entonces, un hombre solo saltó la cerca del jardin por un lugar oscuro, y se perdió entre la sombra murmurando:

—Aun no era tiempo: el diablo la proteje; pero no importa: yo me vengaré.

Aquel hombre era Bonvinetto.

XI.

Cuando llegó Hugo de Moncada, no habia enemigos á quienes combatir.

Se reconoció el jardin, y se encontraron algunos soldados muertos y heridos de Orsini.

De los del palacio no habia sido muerto ni herido ni un solo hombre, porque los de Orsini no habian llevado arcabuces.

XII.

—Por lo visto, esto se ha acabado,—dijo Hugo de Moncada dando la mano al Gran Capitan.

—Sí,—dijo éste riendo:—ello ha sido como si se hubiesen venido sobre nosotros unas cuantas moscas; las hemos ahuyentado con suma facilidad; sin embargo, don Hugo, poned guardias alrededor; tanto da que acam-

pemos aquí como allí; se me figura que aun no hemos concluido: ¿no oís? apostaría á que tenemos encima al rey de Francia; oigo crugir arneses, y conozco yo demasiado el crugir de los arneses de la gendarmería: salid al encuentro al señor rey de Francia, y pedidle os haga el favor de deciros qué diablos se le ha perdido aquí esta noche y á estas horas: como tardeis en venir mas de lo justo, monto á caballo, salgo, y arremeto con los franceses, á pesar de que sus lanzas tienen dos palmos mas de largas que las nuestras: tengo grandes ganas de saber si esos dos palmos mas y el tener mas redoblados los arneses les sirve de algo; id, id don Hugo, y acabemos de saber en qué paran las aventuras de esta noche.

XIII.

Hugo de Moncada volvió diciendo que el rey de Francia deseaba hablar con el señor duque de Sessa y la señora duquesa de la Romanía.

—Ya lo oís,—dijo el Gran Capitan á Francesco Buotti, que estaba junto á él:—trasmitid á vuestra señora el deseo del señor rey de Francia.

—¡Ah! que pase, que pase su alteza,—dijo Francesco Buotti;—las puertas de la señora duquesa de la Romanía, no se cierran ni pueden cerrarse para un tan gran señor.

—Pues id, id, don Hugo, y traednos al señor rey de Francia.

Hugo de Moncada se alejó de nuevo.

—Y vuecencia, señor,—dijo Francesco Buotti,—sígame; mi señora está impaciente por volveros á ver.

XIV.

—¡Oh, gracias, gracias, Gonzalo!—dijo Lucrecia arrojándose en sus brazos;—he tenido miedo; he creido que no iba á volveros á ver.

—Yo no he venido al mundo, Lucrecia, para morir á manos de bandidos,—dijo Gonzalo;—pero tranquilizaos, preparaos para una régia visita.

—¡Cómo!—dijo Lucrecia.

—Sí, el ruido de los arcabuces ha atraido sin duda al rey de Francia, y quiere ya que ha venido, hablar con vos y conmigo; como si dijéramos, con el Santo Padre y con los señores Reyes Católicos.

—¡Ah! ¡Buotti!—dijo Lucrecia á su mayordomo que permanecia allí como esperando órdenes, y veia con semblante sombrío la intimidad que existia entre Lucrecia y Gonzalo;—que se ilumine la gran cámara; id.

—Eso ha sido ya mandado, señora, y estará hecho,—dijo Francesco Buotti.

—Pues bien; id entonces á recibir con mi servidumbre, con pajes, con antorchas al señor rey de Francia: vos, venid, Gonzalo.

Y asiéndole de la mano, le llevó, atravesando algunas habitaciones, á una magnífica cámara, completamente iluminada.

—Esperad tras los tapices de esta puerta, amigo mio,—dijo,—y cuando entre por el otro extremo el rey Cárlos, entrad vos.

Lucrecia adelantó sola, llegó al estrado y se sentó en él, tomando toda la séria y altiva actitud de una reina.

XV.

Poco despues se levantó el tapiz de la puerta situada al extremo opuesto á aquella tras la cual esperaba el Gran Capitan, y entró el rey de Francia armado de todas armas, pero sin celada.

La habia dejado antes de entrar á uno de sus pajes de lanza.

Al entrar Cárlos VIII, entró por el extremo opuesto el Gran Capitan con el birrete en la mano, y galanamente vestido con un sayo de brocado escarlata.

Llegó al mismo tiempo que Cárlos VIII junto al estrado, y saludó ceremoniosamente, de la misma manera que el rey de Francia á Lucrecia, que se habia puesto de pié.

Despues, Cárlos VIII y el Gran Capitan se saludaron, no menos ceremoniosamente.

El rey de Francia no veia ni podia ver en Gonzalo otra cosa que un representante de los Reyes Católicos.

Gonzalo sabia demasiado que representaba á sus señores, y Cárlos de Francia y Gonzalo de Córdova sabian que en aquella situacion improvisada, que era completamente política, Lucrecia por su posicion representaba al Papa.

XVI.

El rey de Francia tomó el primero la palabra.

—Desde el Palatino, señora, han visto mis capitanes luminarias en vuestro palacio, y proviniendo de él han oido disparos de arcabuz; vuestro palacio era acometido, y yo me he apresurado á venir en persona á socorreros.

—Gracias, señor,—dijo Lucrecia;—ya habia yo sido socorrida por España; lo que no quiere decir que yo no os agradezca con toda mi alma vuestra buena voluntad.

—Me habian dicho,—dijo Cárlos VIII,—que el duque de Sessa habia defendido en persona vuestra casa: pero esto debe haber sido una equivocacion, porque encuentro al duque desarmado.

—He acudido, señor rey, —dijo Gonzalo, —como me encontraba, para llegar mas pronto; de otro modo, hubiera llegado tarde.

Cárlos VIII frunció ligeramente el entrecejo.

—Sentáos, señor rey de Francia, —dijo Lucrecia.

—Empezad por sentaros vos, señora, —dijo Cárlos VIII.

Lucrecia se sentó en el centro del estrado como hubiera podido sentarse en un trono.

El rey se sentó en un sillon á la derecha.

El Gran Capitan permaneció de pié.

XVII.

—Sentáos, caballero, —dijo Cárlos VIII; —ya que en otra ocasion os han considerado igual suyo el rey Luis de Francia, mi augusto ascendiente, y el serenísimo rey de Aragon y de las Dos-Sicilias, don Fernando, vuestro señor, quiero yo tambien consideraros igual á mí; sentáos pues.

El Gran Capitan se sentó sin afectacion y sin encogimiento.

XVIII.

—He acudido, señora, —dijo Cárlos de Francia, con una galantería afectada y algo tiesa, por decirlo así, —he acudido en vuestro auxilio, mas que como rey, como caballero; me habian dicho que vuestro palacio era asaltado por esa horda de foragidos que obedecen á Cárlos Orsini.

—Que á pesar de ser un condotiero, —dijo Lucrecia, —dispensadme si os interrumpo, ha tenido el honor de ser vuestro aliado, y la fortuna de ser vuestro protegido.

—Las lises de Francia, — dijo vivamente Cárlos VIII, —no pueden bajar hasta los osos de Orsini; mi aliado no; mi protegido sí; era una complicacion para el Papa, y yo, soy franco, soy enemigo de la política que se encubre sagazmente: dígalo la República de Florencia; dígalo la historia de esta segunda campaña que he hecho en Italia, sin encontrar enemigos con quienes combatir.

—Cuando uno no quiere, dos no riñen, señor rey, —dijo el Gran Capitan, que estaba reventando por hablar y no pudo contenerse, escitado por la vanidosa altanería de Cárlos VIII.

—¿Y con quién hubiera yo podido reñir? —dijo vivamente el rey de Francia.

—Habeis podido y podeis reñir conmigo, y con los mios; —dijo gravemente el Gran Capitan, —con las lanzas de España y de Nápoles, que

se han quedado en Terracina respetando á Roma, evitando que se crea que los reyes, mis señores, quieren ejercer una opresion sobre el Santo Padre; y puesto, señor rey, que decís os agrada la franqueza, voy á ser muy franco con vos, en nombre de los muy altos y muy poderosos Reyes Católicos, mis señores: yo no he venido á Roma á amenazar al Papa, sino á prestarle fuerzas para que obre libre y espontáneamente en justicia sobre lo de Nápoles; el rey Federico, descendiente de la casa de Aragon, será coronado rey de Nápoles dentro de tres dias, manteniéndose así de hecho y de derecho la investidura del reino de Nápoles en la casa real de Aragon; vos habeis venido á impedirlo, y vuestro impedimento se ha reducido á poner vuestros reales dentro de Roma, sobre el monte Palatino: me alegro, así nos hemos escusado de reponer algunos cientos de lanzas rotas.

—Lo que quiere decir,—dijo con la voz convulsa y conteniéndose á duras penas Cárlos VIII,—que si yo hubiera marchado sobre Nápoles, vos me hubiérais salido al camino.

—Os hubiera atajado el campo y hubiera sido lo que Dios hubiera querido,—contestó tranquilamente el Gran Capitan;—esto, señor rey, sucederá algun dia; yo tengo la órden terminante de marchar á Civitavechia, y embarcarme con mis españoles, en el momento en que se efectúe la coronacion del rey Federico, salvo siempre, que vos hayais evacuado á Roma y puesto en marcha para vuestro reino de Francia; vos estais empeñado en ceñiros la corona de Nápoles; sois un rey guerreador, y tarde ó temprano se os acabará la paciencia y os vendreis sobre Nápoles; entonces, si yo vivo y los reyes mis señores continúan confiando en mí como hasta ahora, veremos si sois rey de Nápoles ó no.

XIX.

Calló el Gran Capitan, que había dicho todas estas palabras de una manera reposada y grave, endulzando su altivez con una gran cortesanía, y Cárlos VIII, sorprendido, irritado, guardó por algunos momentos silencio.

Lucrecia miraba con éxtasis á Gonzalo.

—Verdaderamente,—dijo al fin Cárlos VIII,—el rey Luis XI supo lo que hacia considerándoos como rey, haciéndoos sentar y tener palabra á par suyo y de vuestro rey don Fernando.

—Dios se lo pague á sus altezas,—dijo, inclinándose, el Gran Capitan;—hablé allí como hablo aquí; dije lealmente lo que pensaba convenia á la paz del mundo y á los intereses de dos tan grandes monarcas como el rey Luis y el rey don Fernando; lo dije con lisura, y con las

menos palabras posibles, como yo digo todo lo que siento; y sus altezas tuvieron la dignacion de aprobar lo que yo pensaba debia hacerse; pero perdonad, señor rey, aquel caso y este no son iguales; entonces Gonzalo de Córdova no era ni mas ni menos que Gonzalo de Córdova; ahora Gonzalo de Córdova es mas que Gonzalo de Córdova, y tanto como vos, porque ahora represento, por ámplios poderes que he presentado al Santo Padre, y que os presentaré á vos mañana, si lo quereis, á los poderosos Reyes Católicos, mis señores; ellos os hablan por mi boca.

Cárlos VIII se inclinó ceremoniosamente.

—Hablad, —dijo, llevando hasta donde pudo todo lo régio de su gravedad.

—Hé aquí lo que mis reyes os dicen ahora, y lo que os hubieran dicho mañana, si una casualidad, y vuestra voluntad, no me hubieran puesto ante vos: el serenísimo rey de Francia levantará pasado mañana 18 de agosto su campo de la ciudad de Roma; dentro de tres dias pasará las fronteras de los Estados pontificios; dentro de quince, no habrá un solo soldado francés en Italia; de no, en nombre de Dios y de Santa María, estais en guerra con los reyes mis señores.

—¿Son esas las instrucciones terminantes que se os han dado?— dijo pálido por la cólera Cárlos VIII.

—Sí, señor rey; —contestó el Gran Capitan.

—¿Y si yo rechazare esa violenta intimacion?

—Me encerraria con el Papa y con mis hombres de armas en el castillo de Sant Angelo, hasta que llegasen de Terracina mis escuadrones.

—¿Y si yo os prendiese aquí, en este mismo lugar?

—Sobre no ser eso fácil, —dijo Gonzalo, —porque fuera está el bravo Hugo de Moncada, que vale tanto como yo, y que no se fia gran cosa de los franceses; además, de que en vez de ser yo el preso, podríais muy bien serlo vos: dado caso que me prendiéseis, y á Moncada con las doscientas lanzas que tengo en Roma, todo se reduciria á doscientos españoles presos, y nada mas; tendríais que entendéroslas con los que se han quedado allá en Terracina, que, os lo aseguro, son un poco duros de pelar; y en fin, yo no tengo la vanidad de creer que quito ni pongo; siempre os encontraríais frente á frente con el mejor capitan del mundo, con el rey don Fernando; haced, pues, libremente lo que os parezca mejor; la paz, saliendo de Italia, ó la guerra permaneciendo en ella.

—Contestaré desde Paris á los reyes vuestros señores, —dijo Cárlos VIII, —aplazaré la reivindicacion de mi derecho sobre el reino de Nápoles; soy guerreador, pero no imprudente; se me os habeis venido

con seis mil lanzas gruesas, y seria una locura que yo aceptase con vos una batalla; seria vencido por el exceso del número.

—¡Ah! no, no admito la disculpa; yo batallaré contra vos con un tercio menos de gente; no lo dejeis por eso, señor rey.

—Dicen que los andaluces son lo que los gascones, que todo les parece poco antes de empezar, y todo les viene grande despues de empezado.

—Perdonad, señor rey, pero con la tercera parte de gente menos de la que vos teneis, que llevase contra vos, irian de mi parte la razon y la justicia.

—Adios,—dijo Cárlos VIII.

—Mañana iré á deciros solemnemente, en medio de vuestra corte, lo que os he dicho á solas, delante de esta noble señora, en medio de la noche.

—Mañana mi córte no estará en Roma,—dijo Cárlos VIII.

—Entonces, señor rey,—dijo Gonzalo de Córdova levantándose, porque se habia levantado el rey de Francia,—hasta la vista; espero que Dios nos dará vida para encontrarnos otra vez.

—Así sea,—dijo Cárlos VIII:—cuidad entonces de que yo no os prenda.

—Será lo que Dios quiera: procurad, si llega el caso, no ser preso, señor rey; aunque á mí lo que me importa es vencer; en cuanto á lo de prender, es oficio que lo dejo á los alguaciles.

Ardió una mirada de amenaza en los ojos de Carlos VIII, y tuvo que contener la mano que se le iba al puño de la espada.

Luego, acercándose á Lucrecia, tomándola una mano y besándosela, se dirigió con ímpetu á la puerta por donde habia entrado, haciendo crugir de una manera áspera las piezas de su arnés.

El Gran Capitan le siguió como haciéndole el honor de acompañarle.

—¡Quedaos, por Dios vivo!—dijo volviéndose colérico Cárlos VIII;—habeis dejado ya de representar á vuestros reyes y no quiero que me acompañeis.

Y salió.

—Vaya en buen hora el señor rey de Francia,—dijo Gonzalo de la manera mas córtes del mundo:—vive Dios, que me gusta y que le he visto casi, casi, á punto de hacer una locura, porque, os lo afirmó Lucrecia, sobre ser mucha la gente que tengo en Terracina, es toda brava, dura, vieja y esperimentada en la guerra: el que menos de mis soldados ha reñido diez batallas, y con gente tal como los moros, que son duros en el pelear, como leones: ¡bah! no me puedo ir á la mano, señora, se me enmohece la espada y ardo en ganas de afilarla en arneses enemigos.

—¡Oh, que grande, que grande sois!—dijo Lucrecia:—¿por qué no sois rey, Gonzalo?

—No he nacido rey, y me basta y me sobra con lo que soy: yo, no me despreciaria á mí mismo, poniéndome debajo para parecer mas alto las gradas de un trono, me basta con el arzon de mi caballo: yo soy yo, y no quiero ser mas que lo que soy.

—Vos, sin corona, sois mas rey que muchos reyes coronados: Cárlos VIII.....

—Cárlos VIII, Lucrecia, es un gran rey y un gran caballero; pero está loco de ambicion y de orgullo, y es muy mal capitan: yo le venceria solamente con las doscientas lanzas que tengo en Roma; no por mas valiente, que lo es de sobra el rey de Francia, sino por mas esperimentado: vaya, vaya en paz su alteza; hará muy bien en irse de Roma, porque yo le tengo en jaque desde Terracina, y como no se vaya, ya vereis, con solo mover mis escuadrones, le doy el jaque-mate: lo conoce, y es prudente por la primera vez de su vida: vaya con Dios.

—Tengo que quejarme de vos, Gonzalo; la pobre reina de Roma no ha tenido ocasion de decir ni una sola palabra: es verdad que vos habeis hablado por todo lo que yo pudiera haber dicho y mucho mas: ¿sabeis que á pesar de tanta cosa negra como me sucede, me divertia el ver ponerse á cada palabra vuestra encarnado ó pálido al rey de Francia, y que me enorgullecia cada vez mas de amaros y de ser amada por vos? porque vos me amais, ¿no es verdad? repetidme, repetidme que si habeis galanteado á Angiolina Crespi, que si habeis sido amante una hora de la duquesa de Urbino, ha sido porque pretendíais curaros de mi amor; que no lo habeis conseguido, que las habeis olvidado; repetídmelo, repetídmelo, Gonzalo; la reina de Roma, la hermana llena de dolor se convierte en la mujer.

—Seré con vos tan franco como lo he sido con el rey de Francia: á mi despecho, contra mi voluntad, contra mi razon, contra mi conciencia, os amo tanto, que me dais miedo; y como el que tiene miedo huye, el que jamás ha huido de nadie, huye de vos, señora.

—¿Y á dónde huireis que yo no os persiga?—dijo Lucrecia:—me teneis miedo, esta es la verdad; desconfiais de mí, pues bien, llegará un dia en que no temais, en que no desconfieis, en que necesiteis verme para no desesperaros, en que me amcis, yo os lo aseguro; me amais ya, pero aun podeis luchar con vuestro amor: mañana no luchareis, yo os lo aseguro, sereis completamente mio, mas mio que vuestro; ahora, Gonzalo, adios, es ya tarde, os esperan vuestras gentes, no deis lugar á que se murmure de mí; volveremos muy pronto á vernos.

—Adios, señora, y hasta la vista,—dijo Gonzalo.

Y salió.

—¡Ah! sí, es mio, completamente mio,—dijo Lucrecia,—no tendré que buscarle, él volverá.

Entre tanto, el Gran Capitan murmuraba bajando las escaleras:

—Esa mujer es el diablo, pero yo haré que todos los dias mi capellan me rocíe con agua bendita para que el diablo no pueda cargar conmigo.

Salió fuera del palacio, y dijo á Francesco Buotti.

—Todo lo que amenazaba á vuestra señora ha desaparecido: los de Orsini se han desbandado y el rey de Francia se ha ido: yo me vuelvo con mi gente á mis aposentamientos; si ocurre algo nuevo, avisad.

Gonzalo se volvió con los suyos á sus alojamientos del Vaticano.

CAPITULO XXI.

Que trata principalmente de la historia de aquel tiempo.

I.

Habia causado tal sensacion en Roma el asesinato del duque de Gandía, por ser éste el mas querido hijo del Papa, que temiéndose graves sucesos, se reunió por sí mismo el Consistorio de cardenales en el Vaticano.

II.

De improviso se lanzó en medio del Consistorio un anciano con los cabellos cubiertos de ceniza, desencajado, lívido, aterrado, tembloroso.

Aquel anciano era el Papa Alejandro VI.

III.

Se prosternó, confesó fuera de sí todos sus pecados, se acusó de que ellos habian traido sobre su familia aquella horrenda desgracia, y fué necesario sacar á Alejandro VI del Consistorio, porque daba muestras de haber perdido la razon.

IV.

Esto causó alguna perturbacion.

Los adictos al cardenal Julio de la Rovere, el rebelde, que habia protestado contra la eleccion de Alejandro VI, manteniéndose con las armas en la mano, en Ostia, de donde le habia arrojado el Gran Capitan, decian que debia declararse incapacitado á Alejandro VI, y procederse á la eleccion de un nuevo Pontífice.

Todos los malos elementos de Roma estaban en fermentacion.

Lucrecia ponia en juego todos sus poderosos recursos, y el Gran Capitan se vió obligado á permanecer en Roma, y á arrojar su espada en la balanza, declarando que mientras no fuese indudable la locura de Alejandro VI, y sobre todo, mientras él no recibiese mandato en contrario de sus reyes, protectores de la Santa Sede, no permitiria se reuniese el cónclave para la eleccion de un nuevo Pontífice.

La prision de algunos cardenales, hecha por órden de Lucrecia, con el apoyo del Gran Capitan, que habia ocupado el castillo de Sant Angelo y enviado correos para que el ejército que estaba en Terracina se dispusiese á marchar sobre Roma á la primera órden, contuvo á los enemigos de Alejandro VI, á los adictos del cardenal la Rovere, y obligó á Cárlos VIII, que se habia detenido en Roma en vista de los sucesos, á levantar su campo y á marchar evacuando á Italia.

Puede decirse que en aquellos momentos gravísimos, amenazó á la Iglesia un cisma, y á la Europa una terrible guerra.

V.

Lucrecia, siempre enérgica, superior siempre á todo lo que la rodeaba, habia asumido en sí el gobierno de Roma; habia llevado á cabo las únicas y enérgicas medidas que podian conjurar la tempestad, y Gonzalo se vió obligado á verse una y otra vez con ella para prestarle el auxilio de su fuerza.

Lucrecia se engrandecia de tal modo como princesa, como mujer de Estado, á los ojos del Gran Capitan, que éste acabó por ser vencido.

Isabel de Gonzaga, notoriamente adicta al cardenal la Rovere, habia sido presa y encerrada en Sant Angelo.

Lucrecia atendia á todo: á los intereses de su padre y de su familia, y á su amor.

Habia obrado de una manera tan rápida y tan enérgica, que el golpe imprevisto habia aturdido al Consistorio y á todos los que tenian interés en la deposicion de Alejandro VI.

Y todo esto se habia llevado á cabo mientras Alejandro, enloquecido por el dolor, cubierta la cabeza de ceniza, hacia, como hemos dicho, una confesion espantosa ante el Consistorio.

VI.

Despues, Alejandro, encerrado en su cámara, se negó á la vista de todos, declaró que se iba á dejar morir de hambre; é inútilmente el cardenal adlátere, de rodillas á la puerta de la cámara pontificia,

suplicaba llorando al Papa no se entregase á una desesperacion tan funesta.

Fué necesario que Lucrecia llamase á aquella puerta para que aquella puerta se abriese.

Al fin, y gracias á la influencia que Lucrecia ejercia sobre Alejandro, á los tres dias consintió aquel en tomar algun alimento.

VII.

Cuando lo acerbo de la situacion pasó, vióse que Alejandro recobraba su aspecto de impasibilidad habitual, y no volvió á hablar de su hijo el duque de Gandia, ni acusó á nadie de su muerte, ni mandó se instruyese proceso en averiguacion de los asesinos.

Al duque de Gandía se le hicieron unos ostentosos funerales, y se le enterró en la iglesia de San Pietro in Montorio.

VIII.

La tempestad habia pasado.

El Papa habia recobrado la razon, y con ella toda su energía.

Se castigó duramente á los que mas se habian comprometido en favor de la Rovere, se confiscaron algunas haciendas, y se soltó á los presos, que salieron de sus calabozos aterrados, entre ellos Isabel de Gonzaga.

IX.

España prestaba su espada al Papa, y el Papa era fuerte por su alianza con España, garantida por la investidura de la corona de Nápoles en la casa de Aragon, y con el casamiento de Lucrecia con Alfonso de Aragon, príncipe de Tarento, hijo natural del rey de Nápoles.

No podian sobrevenir los sucesos mas en favor de César Borgia, que los habia preparado.

Obra suya era el convenido casamiento de su hermana Lucrecia con el príncipe de Tarento; la entrada en Italia de un ejército español á las órdenes de Gonzalo de Córdova: obra suya tambien el asesinato de su hermano el duque de Gandía, que era un grande obstáculo á su ambicion; y aunque no habia sido obra suya el asesinato de Orsini, se habia alegrado de él, porque le libraba de un mal enemigo.

En lo único en que la suerte se le manifestó contraria, fué respecto al Gran Capitan.

X.

Lucrecia no habia podido dominarle completamente; no habia logrado hacer á éste su esclavo: le impresionaba, le enamoraba, le hacia vacilar cuando le tenia delante; pero en el momento en que se creia dueña de él, escapaba, y era necesaria una nueva y dura batalla para volver á adquirir alguna influencia sobre el Gran Capitan.

Esto contrariaba grandemente á César.

Gonzalo de Córdova continuaba ocupando á Roma, por decirlo así, porque era una ocupacion su permanencia en ella.

El ejército estacionado en Terracina, compuesto de napolitanos y españoles, se aumentaba cada dia con nuevos refuerzos que llegaban de España.

Amenazaba, pues, una campaña en Italia.

Podia suceder muy bien que antes de llegar á los Alpes, Cárlos VIII se detuviese, llamase tropas de Francia, y fuerte para ponerse frente á frente de España, avanzase sobre Nápoles.

Temíanlo esto los Reyes Católicos; y en vez de mandar á Gonzalo de Córdova se retirase de Italia, reforzaban su ejército, reclutando contínuamente para él, con buenos enganches, soldados nuevos.

XI.

Nada de esto convenia á los Borgias.

Habíales venido muy bien la intervencion de España cuando se vieron amenazados por Francia y acometidos por los rebeldes señores romanos, que, como los Borgias, querian acrecentar su poder.

El ambicioso Alejandro VI no se satisfacia con menos que con crear un reino para su casa.

Habia soñado tal vez en una dinastía empezada por sus hijos, que debia obtener, primero, el dominio del reino de Nápoles por medio de la influencia de Lucrecia, ingerida por su enlace con el príncipe de Tarento en la casa de Nápoles, y contando con la influencia de que disponia el mismo Alejandro VI, estender la soberanía de la casa Borgia sobre el resto de Italia, haciendo de ella un reino.

XII.

Esta ambicion, fermentada en el seno de la familia, habia empezado á obrar desde el advenimiento de Rodrigo Borgia, arzobispo de Valen-

cia, cardenal de San Nicolás *in cárcere*, al trono pontificio, bajo el nombre de Alejandro VI, y Lucrecia se encontró viuda de su primer marido, y entroncados los Borgias con una poderosa familia italiana: con el duque de Milan por el casamiento de el hijo de éste, Juan Sforzia, señor de Pésaro, con Lucrecia.

Mas adelante convino el casamiento de Lucrecia con el bastardo de Nápoles, Alfonso, príncipe de Tarento; y como los Borgias tenian en su familia el supremo poder de atar y desatar, de la misma manera que fueron dispensados sus votos y anulada su órden sacerdotal y su dignidad cardenalicia á César Borgia, arzobispo de Valencia, fué anulado el matrimonio de Juan Sforzia y de Lucrecia.

XIII.

El rey Federico de Nápoles era viejo, y no tenia hijos legítimos que llamar á la sucesion de la corona.

Nadie estraña que un viejo se muera, ni era estraño tampoco que, no teniendo hijos legítimos, la sucesion á la corona recayese en un hijo bastardo; esto es, en el príncipe de Tarento.

Se tenia ya con Geofre Borgia una influencia en la casa de Nápoles, pero se necesitaba robustecer esta influencia con otra mucho mas poderosa.

De aquí el proyectado y convenido matrimonio entre Lucrecia y el príncipe de Tarento.

XIV.

César habia amañado todo esto sordamente.

Su ambicion habia ido combinando un proyecto terrible, para cuya realizacion, era necesario pasase por cima de los cadáveres de su familia.

El alma de César era el alma negra concentrada de los Borgias.

El duque de Gandía era el mas querido del Papa, el mas querido de Lucrecia; el mas querido de Rosa Vannozia, y ya hemos visto caer al duque de Gandía.

El Papa, que no hubiera encontrado castigo bastante para el asesino de Giovanni, si hubiera sido otro que César Borgia, se doblegó bajo el dolor, calló y dejó en la impunidad aquel crímen.

Lucrecia, que hubiera hecho pedazos á otro que se hubiera atrevido á matar á Giovanni, devoró su dolor y permaneció impotente, sin voluntad de tomar venganza contra César.

A ambos los contenia su ambicion.

Era necesario llegar á la soberanía, y pasar para ello sobre todo.

XV.

Un drama horrible se desarrollaba dentro de la familia Borgia, y sus consecuencias se hacian sentir en Roma, en Italia, y aun en Europa.

Alejandro VI no estaba asegurado en el trono pontificio: como ya lo mos dicho, cinco cardenales habian protestado de su eleccion, alegando que habia sido comprado el cónclave; y uno de ellos, Julio de la Rovere, se habia rebelado en Ostia contra el Papa con las armas en la mano.

El cisma habia amenazado y amenazaba á la Iglesia; y si no habia sobrevenido, debíase á la influencia armada, ya de Francia, ya de España, naciendo la proteccion de los soberanos de estas dos potencias para con el Papa de la investidura del reino de Nápoles, á la cual tenia derecho la casa de Aragon, y á la que se creia tambien con derecho la casa de Francia.

Esto debia traer mas tarde las guerras de Italia y la magnífica campaña del Garillano, por la que Gonzalo de Córdova reivindicó en la casa de Aragon, bajo Fernando V, la soberanía del reino de Nápoles, ó en la que por mejor decir, lo conquistó.

XVI.

En cuanto á los negocios de Roma, iban de mal en peor.

Los Borgias no eran solamente ambiciosos, sino codiciosos; habian llegado pobres al Vaticano; de sus cinco hijos quedaban cuatro á Rodrigo Borgia; esto es: Giovanni, César, Lucrecia y Jeofre.

Luis, el mayor, duque de Gandía, habia muerto sin sucesion; su título y sus estados, aumentados por merced de los Reyes Católicos, habian pasado á Giovanni, el mas querido de Alejandro VI, que habia aumentado la grandeza del duque de Gandía con la alta investidura de generalísimo de la Iglesia.

A Jeofre se le habia dado una alta posicion, casándole con una princesa de Nápoles.

A Lucrecia se la habia hecho mujer del heredero del duque de Milan.

César fué cardenal y arzobispo de Valencia.

Pero no bastaba esto; era necesario ir absorbiendo naturalmente á Roma.

Los Estados romanos habian sido absorbidos ya de antiguo por los que se llamaban vicarios de la Iglesia.

Los Colonnas, los Orsini, los Urbino, los Vizconti, los Malatesta y otros, ejercian desde hacia mucho tiempo una influencia formidable en Roma, teniendo, por decirlo así, en tutela al Papa.

Alejandro VI no era hombre que se dejase influir, sino por una fuerza incontrastable, y hombre de Estado y profundo político, obró de tal manera, que muy pronto fué mas fuerte que los rebeldes y soberbios vicarios de la Iglesia. Los excitó á la rebeldía, los acometió, los desorganizó, los persiguió, los proscribió, confiscó sus bienes, ó como dijo, los reivindicó en los Estados de la Iglesia, y con ellos constituyó los pingües Estados de Lucrecia, de Giovanni, de César y de Jeofre, bajo el título de ducados.

Pudo decirse, que á los dos años del advenimiento de Rodrigo Borgia al trono pontificio, sus cuatro hijos fueron otros tantos príncipes soberanos.

Los Borgias habian despojado á los despojadores de la Iglesia en provecho propio; lo que queria decir, que la Iglesia continuaba siendo robada.

XVII.

Esto habia atraido sobre los Borgias innumerables y terribles enemigos, de los que se libertaban como podian, mas á traicion que de otro modo, valiéndose del puñal y del veneno.

La corrupcion de las costumbres habia llegado á un extremo inaudito; los crímenes se multiplicaban: la campiña de Roma estaba infestada de bandidos, hasta el punto de que no se podia salir de la ciudad sin arrostrar un gran peligro.

Amenazaban la anarquía y el cisma.

Los príncipes soberanos y las repúblicas de Italia miraban hostilmente á Roma, en la que veian un peligro para Italia; y el nombre de los Borgias se maldecia por todos como la causa de tantos males.

XVIII.

En Florencia, un sér terrible se rebelaba, no ya contra Alejandro VI, no ya contra el rey de Roma, sino contra el Papa, contra la Iglesia, predicando doctrinas que no eran otra cosa que el prólogo de la Reforma de Lutero.

XIX.

Sin la influencia de los Reyes Católicos, sin la presencia en Italia del Gran Capitan, solo Dios sabe á qué terribles consecuencias hubiera llevado á la Iglesia y á la Italia la insaciable ambicion de los Borgias.

Pero la presencia en Italia de un ejército español, bajo las órdenes de un héroe tal como Gonzalo de Córdova, anulaba la influencia que el ambicioso Cárlos VIII pretendia ejercer sobre el Papa, aterraba á los enemigos de Alejandro VI, y mantenia un *statu quo* lamentable sin duda, pero á todas luces preferible á lo que hubiera acontecido sin la poderosa influencia española en Italia.

No sabemos qué movia mas á los Reyes Católicos á mantener en Italia con grandes dispendios un ejército; si anular las pretensiones del rey de Francia á la soberanía del reino de Nápoles, ó defender á la Iglesia de un grande y lamentable escándalo.

Los Reyes Católicos prescindian de Rodrigo Borgia; no veian en él mas que al Vicario de Cristo, al sucesor de San Pedro, al soberano Pontífice, y le prestaban todo su poder, no en provecho de una persona, ni de una familia, sino en servicio de la Iglesia.

No podian hacer otra cosa; no les correspondia intervenir en la conducta del Papa como hombre; esto correspondia á Dios: no debian ayudar al cisma, que hubiera producido funestísimos resultados, tanto en el órden religioso como en el político de Europa; debian evitarle, y le evitaban.

Para esto habian enviado á Italia al Gran Capitan.

XX.

Como era natural y preciso, Gonzalo se encontró rodeado por aquella atmósfera infecta, acometido por la corrupcion, combatido por la tentacion.

Tres mujeres se habian puesto á su paso; de las tres, una sola habia tenido para él buena fé; Angiolina Crespi: ella sola, despertada bruscamente de un sueño de amores por Giovanni Borgia, habia sentido hácia Gonzalo algo que podia llamarse amor.

En cuanto á Lucrecia y á Isabel, se habian impresionado por él; porque Gonzalo de Córdova tenia mucho de don Juan Tenorio; esto es, el valor, la grandeza, la altivez y la hermosura: pero sobre Gonzalo, como sobre don Juan, no pesaba una maldicion, ni le arrastraban las empresas aventureras, ni las mujeres le hacian olvidarse de su ambicion de gloria: prudente siempre, y siempre fuerte, vacilaba ante la tentacion, pero no caia.

Esto acabó de irritar á Lucrecia, y de hacerla empeñarse de una manera gravísima por el Gran Capitan.

CAPITULO XXII.

En que aparece Bonvinetto cambiados la condicion y el nombre, y se sabe en qué se ocupaba.

I.

Eran los primeros dias del mes de setiembre.

Se habia puesto el sol; empezaba á oscurecer, y la luna llena inundaba de una luz blanda y poética la triste campiña de Roma á las orillas del Tíber.

Roma se ocultaba tras las colinas.

El rio, turbio, ancho, silencioso, atravesaba un pequeño valle entre dos lomas áridas.

Aquella aridez estaba solamente rota por algunos álamos negros y frondosos que rodeaban una casa de piedra, que mas que casa parecia torre.

No se veia en ella mas que una estrecha puerta de arco, cerrada por un postigo, una saetera en la parte superior de la torre, por la cual se veia el reflejo de una luz, y coronando el muro, algunas almenas chatas.

II.

Todo era silencio: no se oia otra cosa que el zumbar del viento en las hojas de los álamos, y el canto de un cuco que debia anidar en la torre.

De improviso, y cuando ya habia cerrado la noche, se oyó un rumor, primero leve y lejano, que creció acercándose rápidamente, y dejó conocer al fin el galope de un caballo.

No tardó mucho en aparecer entre las dos colinas un ginete, que adelantó hácia la torre, llegó á su puerta, levantó el aldabon y le dejó caer tres veces con fuerza.

Desapareció el reflejo de la luz de la saetera, y poco despues se abrió la puerta y apareció en ella un hombre con una lámpara en la mano.

Aquel hombre era Bonvinetto.

—Adelante, Domínico,—dijo.

El ginete echó pié á tierra, entró en la torre, metió su caballo en el piso bajo y subió al superior siguiendo á Bonvinetto por unas estrechas escaleras.

III.

Era la en que habian entrado, una habitacion cuadrada, de paredes denegridas y desnudas.

No habia mas muebles que una mala cama, dos sitiales y una mesa, sobre la que se veia un tintero, y papel de escribir bajo una carpeta.

En un ángulo se veian arrojadas las piezas de una armadura completa.

Apoyada contra aquel ángulo una lanza, y en otro lugar, en el suelo, la montura de combate de un caballo.

Sobre la mesa se veia colgada de la pared por su cordon, una bocina de metal.

Sobre la cama habia un manto, un birrete y una espada, y sobre un escabel algunas ropas.

IV.

Bonvinetto se habia trasformado; vestia un sayo de ante con ribetes negros, calzas rojas, botas altas de gamuza, y ceñia su cintura con un ancho talabarte de cuero crudo color de avellana, con gran hebilla de acero y dobles tirantes.

Las mangas cortas del sayo dejaban ver otras mangas de malla, de anillos grandes y fuertes, malla que se dejaba ver tambien asomando dos dedos bajo la orla negra del sayo de ante.

Bonvinetto, con su semblante moreno y enérgico, con su gran cabellera abultada, descuidada, enmarañada, y aquel sencillo traje militar habia dejado de ser el poeta, el músico, el juglar, para convertirse en un bravío condotiero, ó lo que es lo mismo, en un capitan de aventura.

V.

Domínico era aquel infame criado del duque de Gandía, que sirviendo á Savonarola habia hecho traicion á su señor, le habia abandonado y habia desaparecido.

Se le habia creido asesinado tambien; pero como vemos, no habia sucedido tal cosa.

Llevaba un casco redondo y liso, una coraza, brazaletes y grevas, sayo de ante, calzas oscuras, botas altas curtidas, con espuelas, puñal y espada; sobre los hombros un manto pardo y corto con capuz, y en las manos guantes de gamuza.

VI.

—Merezco, por las noticias que os traigo, señor Roberto, me deis algo de beber.

—El Tíber te dejará beber cuanto quieras, y á buen seguro que le agotes,—dijo Bonvinetto, á quien acabamos de oir llamar Roberto.

Esto consistia en que al variar de oficio y de traje, habia variado tambien de nombre, y se llamaba Roberto Roberti, capitan de aventureros, ó si se quiere de bandidos, al servicio del gran capitan de facinerosos, estendidos por la campiña de Roma, que se llamaba Genaro Orsini.

—Es cosa fuerte,—dijo Domínico,—que no os acordeis de que vuestros buenos servidores que vienen á buscaros, pueden tener sed: vivís mas estrechamente que un ermitaño santurron, y esto no es justo ni cómodo para los que vienen á visitaros, mi buen señor Roberto.

—¿De dónde vienes?—dijo Roberto, que así seguiremos llamando á Bonvinetto, puesto que habia variado de nombre.

—De Veletri, es decir, de cerca de Veletri, del convento de las Santas Vírgenes.

—Y bien, ¿qué?—dijo Roberto.

—¿Qué? que la señora duquesa de la Romanía sabe que el general español tiene noticias de que la señora Angiolina Crespi está escondida en los subterráneos de las ruinas del convento de las Santas Vírgenes, y que se ha propuesto ir á libertarla.

—¿Por supuesto que tú llevarias la carta de Angiolina á Gonzalo de Córdova?

—Sí señor, y por cierto que ese caballero me dió esta sortija de diamantes por la carta.

—¿Luego ama á Angiolina?

—Yo no sé deciros si la ama ó no, lo que sé es que se alegró cuando leyó la carta.

—¿Y no te preguntó quién eras?

—Sí por cierto.

—Tú, ¿qué le respondiste?

—La verdad en todo, menos mi nombre; no me convenia que supiera que yo habia sido criado de aquel pobre diablo de duque de Gandía.

—¿Le dijiste que servias á Orsini?

—Sin reparo alguno, ¿qué mas dá? y le conté tambien de qué manera habíamos dado con Angiolina Crespi.

—¿Y ella?—dijo Bonvinetto.

—¿Cuál de las tres quereis decir, cuando decís ella; Lucrecia Borgia, Isabel de Gonzaga ó Angiolina Crespi?

—Angiolina.

—Está triste, llora.

—Luego, ama: ¿por qué, señor, por qué han de amar á ese hombre todas las mujeres? es verdad, la gloria rodea como una aureola su cabeza; es rico, poderoso, le llaman el Gran Capitan, y Lucrecia le ama.

—Yo creo que sí, señor Roberto,—dijo Domínico.

—Cuéntame, cuéntame.

—De la señora Lucrecia no puedo deciros nada directamente, sino por referencia de Farfarello: recordemos lo que me dijísteis hace tres dias, para que veais que he cumplido lealmente vuestro encargo, porque sirviéndoos y sirviendo á Genaro Orsini, sirvo á mi maestro Gerónimo Savonarola: —vos me dijísteis: —Escuchad Domínico, mis hombres han seguido á Angiolina Crespi, á quien Lucrecia Borgia ha hecho trasladar de noche á las ruinas del convento de las Santas Vírgenes, cerca de Veletri; tú eres mas á propósito que otro ninguno para el encargo que voy á confiarte.

—Adelante, adelante; no necesito que me repitas lo que te he dicho; lo sé; veamos cómo has desempeñado tu comision.

—Anteanoche, al oscurecer, llegué á Veletri: me habia puesto antes de entrar el antifaz, temeroso de encontrar á alguien que me conociese, porque me conviene pasar por muerto y que crean que me han comido los peces del Tíber; me metí en la posada, dejé en ella mi caballo, me salí, y me encaminé á las ruinas.

Hay que advertir, señor Roberto, que no hay en todos los Estados romanos, muchos hombres que se atrevan á acercarse de noche á las ruinas del convento ni aun entrar en ellas de dia; ya sabeis lo que se cuenta de esas ruinas: dicen que hace doscientos años, cansado Dios de los vicios de los moradores del convento, los abandonó al diablo y que una mañana amaneció el convento arruinado, sin que se supiese qué habia sido de los que le habitaban.

—¿Eso dicen?

—Pues qué ¿no lo sabeis? aquellas ruinas tienen muy mala fama: dicen que no pudiendo entrar en el infierno los frailes, porque llevan puesto el escapulario y el cordon del seráfico San Francisco, se aparecen á los que pasan por las ruinas de noche para que les quiten aquel escapulario y aquel cordon, que por estar benditos los atormentan mucho mas

que las penas del infierno: por lo mismo, aunque vos me habiais asegurado que Angiolina estaba en los subterráneos del convento, aunque yo nada os habia dicho, por no contradeciros, dudaba mucho que hubiese nadie que se atreviese á vivir en las ruinas, guardando á esa señora.

—Por lo mismo que esas ruinas causan pavor, —dijo Roberto, —creo yo que ha hecho Lucrecia llevar á ellas á Angiolina para que nadie pueda ni aun suponer que allí se la ha escondido.

—Necesitaba yo, pues, estar seguro de que allí se encontraba á Angiolina, —dijo Domínico.

—Y tú ¿no tienes miedo á los frailes condenados?

—¡Bah! ¿qué mas condenado que yo, señor Roberto? en todo caso, los frailes y yo nos hubiéramos tratado como buenos compañeros: entré sin vacilar en la ruinas y me puse á recorrerlas. De improviso, al bajar por unas escaleras, sentí ruido de pasos y no de un hombre solo. Aquellos pasos cesaron y todo quedó en el mayor silencio.

—Quien quiera que sea, —dije en alta voz, —que no obre de ligero: me envia la señora Lucrecia Borgia.

—¿Quién sois pues? —dijo una voz junto á mí.

—Yo soy un esbirro de la señora, y vengo á advertiros de su parte, que esteis muy prevenidos, porque se teme vengan á libertar á cierta persona que se guarda aquí.

—La prevencion es inútil, y tanto que no seras tú el que salgas si no nos convencemos de que verdaderamente te envian, por medio de una seña que debes traer.

Como debeis suponer, no perdí ni un momento; llevaba la espada en la mano; me volví hácia la subida de las escaleras y escapé, sacudiendo mandobles al aire, por si me habian cortado la retirada, pero no encontré á nadie: la escalera estaba á oscuras; como que huia, corria yo mas que los que me seguian. Al salir á la luz de la luna, torcí rápidamente á la derecha, rodeé una pila, otra, luego otra; me agazapé, ví que me buscaban en otra direccion, me deslicé por entre las ruinas, salí al campo, dí un rodeo, y me volví á Veletri, riéndome de los que sin duda estaban buscándome todavia entre las ruinas.

—Veo que eres un hombre de provecho, Domínico, y que no me engañó Genaro Orsini cuando me dijo que en tí me daba una alhaja; pero continúa.

—Entré en la posada, cené y bebí, porque siempre es bueno fortalecer el estómago; pagué, monté á caballo y me fuí á la carrera á Zanazaro, donde, encubierto bajo la apariencia de un capitan de condotieros, estaba Genaro Orsini con algunos ginetes.

—Necesito diez hombres, —le dije, —y once hábitos de fraile francisco.

—¿Para qué?—me dijo Orsini.

—Para esto y para lo otro,—le dije poniéndole al corriente del negocio.

—¡Ah! ¡Cuerpo de Baco!—me dijo Orsini,—es necesario que se me avise cuando esté armada la ratonera á Lucrecia.

—Se os avisará; pero importa que se me den al momento esos diez hombres y esos once hábitos franciscanos: serán necesarias ademas once antorchas: esos hombres vendrán á caballo y armados, conmigo, y puestos completamente á mis órdenes.

Una hora despues saliamos de Zanazaros á caballo y bien armados diez de los mejores hombres de Orsini y yo; cada uno llevábamos en nuestro saco un hábito franciscano y una antorcha.

Cuando llegamos cerca de Beletri eran ya mas de las dos de la mañana. El pueblo estaba desierto: sin embargo, no entramos en él.

Dejamos los caballos en un caserío, salimos con los hábitos y las antorchas bajo del brazo, y nos dirijimos á las ruinas.

La luna se habia puesto y la noche era oscura.

Cerca de las ruinas hice detenerse á mis hombres y les dije:

—Vamos á encasquetarnos estos hábitos: colocaos de tal modo las espadas que no se vean bajo ellos: abrid con vuestros puñales una abertura por la parte izquierda de los hábitos para que queden libres los puños de las espadas; pero de modo que los oculte el capillo.

En un instante estuvo hecha esta operacion, y hénos aquí convertidos en frailes franciscos cenicientos y con las capuchas caladas hasta los ojos.

—Ahora bien,—dije,—no hay nadie que no sepa cómo se canta el *memento homo* á los muertos en las iglesias; encendamos las antorchas y en paso lento y grave, como si fuéramos fantasmas, acerquémonos á las ruinas, cantando en coro el son del oficio de difuntos.

—¡Ah, diablo! ¿tu creias que los de Lucrecia habian de asustarse?

—¡Bah! por el momento fué la cosa mas divertida del mundo. Figuraos que apenas habiamos entrado en las ruinas entonando nuestra salmodia, se nos aparecieron otros ocho ó diez frailes vestidos de la misma manera con antorchas en las manos y cantando tambien el oficio de difuntos. A cierta distancia nos detuvimos los unos y los otros.

—¿Qué es esto?—dijo uno de los que nos salieron al encuentro;—¿venis, á hacernos el espanto ó sois efectivamente frailes en penas del viejo convento de las Santas Vírgenes? si es así, acercáos y os quitaremos los hábitos á fin de que os reciban en los infiernos.

Yo tiré de la espada, y los que venian conmigo hicieron lo mismo.

—Seais quien fuéreis, —dije á los otros frailes, —ved cómo haceis para que no nos apoderemos de la señora Angiolina Crespi, si no quereis entregárnosla.

—¿Qué os parece de esto?—dijo á los suyos el hombre que anteriormente habia hablado.

—Que digan quién son, y quién los envia, —dijo uno de aquellos hombres.

Entonces me ocurrió una buena idea.

—Vamos, —les dije, —vosotros me pareceis esbirros ó condotieros como nosotros.

—Bien, ¿y qué?—dijo el que parecia jefe de los contrarios.

—Que nosotros no tenemos otro dueño que aquel que mejor nos paga: ¿os parece un buen amo el capitan general del ejército español, duque de Sessa?

—¡Ah!—contesté algo turbado el otro,—¿os envia el Gran Capitan?

—Sí,—dije;—sabe que la señora Angiolina Crespi está en poder de la duquesa de la Romanía, y en estas ruinas: el señor duque de Sessa guarda muchos respetos á la duquesa de la Romanía y no quisiera que ella supiese la arrancaba á viva fuerza su prisionera; pero si os obstinais en que no la veamos, se os echarán encima algunos buenos soldados españoles, á los cuales no podreis resistir, dado caso que podais resistirnos á nosotros.

—Avengámonos,—dijo aquel hombre,—busquemos un medio para que yo no me vea espuesto á la venganza de mi señora.

—El medio es muy sencillo: no me entregarás la señora Angiolina Crespi.

—Pues entonces ¿á qué vienes?

—Me basta con ver á la señora Angiolina y con que ésta escriba una carta.

—Me parece que no os ayuda nadie,—dijo el otro;—porque si tuviérais con vosotros mucha gente, no querríais menos que la persona de esa señora.

—Apártate á un lado conmigo,—le dije,—y entendámonos.

Apartóse conmigo el otro, y cuando los demás no pudieron oirnos, le dije:

—El Gran Capitan está locamente enamorado de Angiolina: por estos amores se la ha robado Lucrecia Borgia que está locamente enamorada del Gran Capitan y celosa de Angiolina: el Gran Capitan solo quiere tener una prueba de que Angiolina está presa en poder de Lucrecia Borgia, para obligar á ésta á que se la entregue, por temor á un escándalo.

—Mi señora, antes que entregar á esa jóven la matará: inútilmente se pretenderia arrebatárnosla: dos hombres se han quedado junto al lugar donde está encerrada, con órden de matarla, si no podemos defenderla.

—Eso importa poco: lo que nos importa es la gran recompensa que recibiremos del Gran Capitan si se le presenta una carta de Angiolina.

—¿Y cuánto dará ese señor?

—Tú,—respondí sin vacilar,—recibirás mil escudos romanos de oro: á mas de eso serás recibido al servicio del Gran Capitan.

—Al servicio de nadie, porque con mil escudos de oro me hago yo sombra y me voy donde nadie me conozca y donde no pueda alcanzarme la venganza de Lucrecia.

VII.

—En resúmen,—dijo Roberto interrumpiendo á Domínico,—viste á Angiolina y tuviste la carta: dices que Angiolina ama al Gran Capitan.

—Con toda su alma; lo cual no agradará mucho á mi maestro Gerónimo Savonarola: cuando me vió Angiolina se aterró, porque me conoce demasiado y creyó que ó su padre ó Gerónimo Savonarola me enviaban para que la matase: yo la tranquilicé diciéndola que á lo que iba era por una carta suya en que manifestase al Gran Capitan la situacion en que se encontraba, rogándole que la salvase, y esto hizo sonreir de alegría á Angiolina.

—¿Y no te preguntó por el duque de Gandía?—dijo Roberto.

—Ni aun se acuerda de él: no vive mas que para el Gran Capitan.

—¡Oh! ¡las mujeres, las mujeres!—exclamó Roberto;—fuego del cielo en ellas: ¡y que seamos tan insensatos los hombres que todo se lo sacrifiquemos!... ¿sabes tú lo que yo he hecho por Lucrecia, por ese demonio que enloquece? ¿sabes tú quién soy yo? Genaro Orsini te habrá dicho que ayer era yo un charlatan, un miserable, un músico, Julio Bonvinetto; y hoy el capitan Roberto Roberti; sabe Dios quién yo soy: yo mismo me he olvidado de lo que he dejado de ser á causa de Lucrecia, y debia aborrecerla, estar sediento de su sangre... ¡ah! esa mujer... Concluyamos: el Gran Capitan recibió la carta de Angiolina; ¿cuándo la recibió?

—Esta mañana.

—¿Qué dijo?

—Volved á donde está esa señora y decidla que esta noche mis hombres de armas rodearán las ruinas de ese convento, y que aunque sea necesaria una batalla, la salvaré: estad preparados vos y los que os acompañan, para las doce de la noche.

—Vaya en buen hora Gonzalo de Córdova y apodérese de Angiolina; me importa muy poco con tal que yo me apodere de Lucrecia: ¿has cuidado, como te dije, de avisarla?

—Sí, y á estas horas debe Lucrecia encaminarse á las ruinas de Veletri; no se fia de nadie; irá, sin embargo, muy resguardada.

—No importa, —dijo Roberto, —Orsini está prevenido y ocupará á estas horas con mucha y brava jente un punto intermedio del camino de Roma á Veletri: ¡ea! ayúdame á bajar los jaeces de mi caballo.

VIII.

Roberto y Domínico cargaron con la montura de guerra que estaba en un ángulo de la habitacion y bajaron con ella á una cuadra, donde habia un magnífico caballo negro.

Cuando éste estuvo enjaezado, volvieron á subir y Domínico armó de punta en blanco á Roberto.

Púsose éste un manto sobre las armas, tomó la lanza y la bocina, bajó, sacaron fuera los caballos y Roberto lanzó con la bocina tres agudos gritos que repitieron los ecos de las colinas.

Poco despues se oyó ruido de caballos y aparecieron unos cuarenta hombres montados.

—Adios torre del Anacoreta, —dijo Roberto; —gracias por el tiempo que me has servido: quédese ahí mi lecho para otro desdichado que necesite ampararse de tí.

Y luego dijo á los ginetes que habian aparecido:

—Al galope tras de mí; vamos en busca de una buena presa.

Aquel pequeño escuadron, al que se habia unido Domínico, partió á galope y desapareció al poco tiempo en una ondulacion del terreno.

Al cabo se perdió tambien el ruido de su carrera y del crugir de los arneses, entre el silencio de la noche.

CAPITULO XXIII.

De cómo el Gran Capitan se encontró metido en un nuevo enredo.

I.

En efecto, aquella mañana, al salir el sol, hora en que generalmente se levantaba Gonzalo de Córdova, se le presentó el alférez de su guardia de alabarderos.

—Perdonadme, señor, —le dijo, —si incomodo á vuestra señoría; pero acaba de llegar un hombre sospechoso que pide hablaros y que dice trae una carta de una persona que se ha perdido y que os interesa mucho encontrar.

—¿Y qué tiene de sospechoso ese hombre? —dijo Gonzalo.

—Parece un bravo.

—En Roma lo parecen todos.

—Trae además puesto un antifaz.

—Eso es muy comun en Roma.

—Parece un asesino.

—Un asesino, alféréz Lopera, no se atreve á acercarse á mí, á no ser que esté seguro de que estoy dormido y atado: que entre ese hombre y guardaos de tomar ninguna precaucion; sentiria mucho que se creyese que yo tengo miedo.

II.

Poco despues entró un hombre con traje de soldado, capotillo pardo y antifaz en el rostro.

Se quitó la gorra, se detuvo á una distancia respetuosa del Gran Capitan, se inclinó y le dijo mostrándole una carta:

—De la señora Angiolina Crespi.

Gonzalo se apresuró á tomar aquella carta, la abrió y vió que decia:

«Señor duque de Sessa: Por seguiros he sido envuelta en una traicion inícua de que os creo incapaz. Al hacerme á mí traicion, han debido hacérosla. Lucrecia me ha dejado conocer que ella era la autora de esta infamia. Se me ha traido de acá para allá, y ahora estoy en unas ruinas, guardada por hombres á quienes no veo el rostro, y con los cuales son inútiles los ruegos y los ofrecimientos. Os amo tanto, que por mi amor, creo que vos me amais, y que os apresuraréis á salvarme. No puedo escribir mas: no me dejan escribir mas. Os espero. Cuando me salvéis lo sabréis todo.—*Angiolina Crespi.*»

III.

Gonzalo se alegró vivamente al leer esta carta.

Habia empeñado su palabra de honor á Alfonso Crespi de entregarle su hija, y le mortificaba el no haber podido cumplirla.

A mas de esto, y algo viciado por la corrompida atmósfera de Roma y porque tratándose de la mujer, y de una mujer tan hermosa como Angiolina, hay que cerrar los ojos para el resbalon mas ó menos grave que dé el caballero mas sin tacha, Gonzalo sintió con cierta fluicion deliciosa el recuerdo de Angiolina.

—¿Quién sois vos?—dijo á Domínico, guardando la carta en su escarcela.

—No soy ni mas ni menos,—dijo aquel tunante,—que un hombre que necesita la contestacion á la carta que os ha traido.

—Teneis razon,—dijo Gonzalo;—pero si no fuera porque os necesito para que lleveis esa contestacion, os afirmo que os habíais de arrepentir de vuestra desvergüenza: en esta carta no dice dónde esa señora se encuentra; decídmelo vos.

—Cerca de Veletri,—dijo Domínico,—en las ruinas del convento de las Santas Vírgenes.

—¿De seguro?

—De seguro.

—¿Y estará allí esta noche á las doce?

—Indudablemente; la duquesa de la Romanía nada sospecha; nada puede sospechar.

—Pues bien, id y decid á la señora Angiolina Crespi que esta noche mis hombres de armas irán á salvarla; y digo mis hombres de armas, porque es posible que tenga que quitar de en medio de mi camino á Orsini, que segun dicen, anda por Veletri cometiendo desafueros: esto me servirá de pretesto para salir de Roma con mis escuadrones.

—Genaro Orsini no estorbará el paso á vuestra señoría; no es enemigo vuestro.

—¿No, vive Dios, y se jacta de contar con la proteccion del rey de Francia?

—Eso no impide que Genaro Orsini desee tener tambien la proteccion del rey de España.

—¿Sois vos de los de Orsini?—dijo el Gran Capitan;—teneis bastante mala facha para que yo pueda creerlo.

—En efecto,—dijo Domínico,—soy uno de los mas allegados servidores del señor Genaro Orsini.

—Pues decid á vuestro señor, que los reyes de España no protejen á hombres como él, y que Gonzalo de Córdova se alegrará mucho de que no se le ponga delante ni para traerle la gloria: idos, llevad la respuesta que os he dado á la señora Angiolina Crespi, y porque no digais que me habeis traido una carta y no os he pagado el porte, tomad.

Y dió una sortija á Domínico. Este se inclinó y salió.

IV.

—Supongamos,—dijo el Gran Capitan,—que esta carta es tan falsa como la que creyó mia Angiolina: ¿con qué objeto, si ello es así, han podido hacerlo? el golpe no puede venir de Lucrecia, pero puede venir de César Borgia; ¿quién sabe? le estorbo: ¡se me ha entregado esta carta de una manera tan estraña!... no se me ha esplicado nada; quien la ha traido dice ser de los de Orsini: esto puede ser falso tambien: si esta carta es un lazo, debe provenir de César Borgia, y César Borgia es enemigo á muerte de Orsini: y bien, tengo un medio de saber si es ó no de Angiolina: Isabel... pero la duquesa de Urbino debe estrañar que yo me presente á ella; seria lo mismo que decirla:—Me he arrepentido de haberme apartado de vos; héme aquí á vuestros piés.—Verla solo para preguntarle si esta carta es de ella, es herirla, ofenderla, despreciarla: yo no puedo hacer eso; bastante he hecho con alejarme; pero ella me oyó prometer á su padre que buscaria á Angiolina, que se la entregaria: sin embargo, Isabel creerá mas bien que yo busco á Angiolina porque la amo, que por entregarla á su padre: esto es un embrollo: bien que quien anda entre mujeres no puede salir de enredos: ¡vive Dios! me alegraria de que llegase en este momento un correo del rey con la órden de marchar inmediatamente de Roma, y que se llevase el diablo á la duquesa de la Romanía, á la de Urbino y á Angiolina; pero no hay que esperar esto; el rey sabe que en el momento en que yo salga de Roma se lo lleva

todo el diablo, y á mi despecho, tengo Roma para tiempo; me aburro, y no sé qué hacer.

V.

—Una carta para vuestra señoría, —dijo presentándose con ella el alférez de la guardia.

—¡Que no la hubiera traido un correo de España!—dijo Gonzalo.

—La ha traido un pajecillo rubio, que ha traido algunas otras,—dijo el alférez.

Y salió.

—De la duquesa de Urbino,—dijo el Gran Capitan abriendo la carta.

VI.

«Os espero sin escusa alguna,—decia aquella carta,—hoy á las doce. Si no venís, tenedme por vuestra enemiga.—*Isabel.*»

—Iré, iré, sí señor; esta carta me saca del apuro: en cuanto á lo de ser vos mi enemiga, señora duquesa de Urbino, paréceme que vamos á quedar mas enemigos yendo á veros; no podemos entendernos; es verdad que yo no puedo entenderme con nada de esto. ¡Hola, Rebolledo!

Apareció en la puerta un soldado viejo.

—Id á los aposentamientos de la gente, y decid de mi parte á don Hugo de Moncada, que las guardias no dejen salir á ningun hombre; que se aperciban caballos y arneses, y que todo esté preparado para cabalgar esta noche: que no se dé ni una sola licencia para salir. Idos.

Despues el Gran Capitan almorzó sóbriamente, pero con un servicio y con un lujo dignos de un rey; oyó misa en la capilla particular del Vaticano, la misma misa que oia el Papa, y á las doce, despues de haber pasado por las manos de sus ayudas de cámara, que le engalanaron como de costumbre, se presentó casa de la duquesa de Urbino.

VII.

—Gracias á Dios que se os ve, caballero,—dijo Isabel, que le habia recibido vestida de una manera sencillísima, pero traidora, porque su ligero traje blanco aumentaba su hermosura:—¿qué es de vos?

—Me aburro, señora,—dijo Gonzalo, despues de haber besado ceremoniosamente una mano á la duquesa.

—¿Sabeis, Gonzalo,—dijo ésta contrariada,—que no parece sino que no nos conocemos, ó que vos creeis que alguien nos escucha?

—Os he dicho, Isabel, que me aburro,—contestó Gonzalo,—y os

lo repito, porque es verdad: me aburro mas de lo justo y de lo que puede buenamente sufrirse.

—¿Y os aburrís ahora tambien?

—No, ahora me desespero.

—¿Porque os habeis visto obligado á venir á verme por no desairar una carta mia?

—Lo que me desespera, señora, es que yo no puedo ser en nada ni por nada en Roma lo que quiero ser.

—¿Pues qué mas quereis ser en Roma, señor duque, si vos sois el que aquí manda? ¿si el Santo Padre no se atreve á hacer nada sin consultarlo con vos?

—Eso mismo sucederia si en vez de estar yo aquí estuviese otro cualquier vasallo de los reyes mis señores; porque á quien se respeta, á quien se teme en Roma, en Francia, en todas partes, en tierra de moros y cristianos, es á los poderosos Reyes Católicos: han podido dejar aquí á don Hugo de Moncada, que, aunque jóven, es un bueno, bravo y prudente caballero, y enviarme á mí contra los turcos, ó contra los moros, y si no querian esto, dejarme vivir en paz en mi casa de Loja, donde me encontraria mejor que en ninguna parte.

—Sois ingrato y cruel, Gonzalo: ¿creeis que no os llorarian en Roma?

—Por uno que llorase, habria cien mil que se regocijasen: estorbo, señora, y me miran de reojo.

—Pero no aquí.

—Yo no he dicho eso.

—Tampoco en otra parte; por ejemplo, en el palacio Borgia, donde vais con suma frecuencia. ¡Ah! decidme, ¿qué habeis hecho de cierto retrato de mármol de Lucrecia Borgia que representa á Leda recordando á Júpiter, segun aparece por un dístico latino que hay en su pedestal? Supongo que no llevareis á Loja esa obra maestra: ¡qué escándalo! ¿y podeis amar á una mujer semejante?

—Lucrecia Borgia es la persona mas importante de Roma,—dijo el Gran Capitan;—y si la veo con alguna frecuencia...

—Es porque os ha dado algo para que la ameis, y la amais, y estais loco por ella, y sois su amante, á pesar de que os ha robado una mujer infinitamente mas hermosa que ella, mas pura, mas jóven, y ha comprometido vuestro honor, haciendo creer por una intriga que vos habeis seducido, robado y perdido á esa jóven.

—Cabalmente,—dijo Gonzalo de Córdova, asiendo la ocasion por los cabellos,—el deber que tengo de restituir esa jóven á su familia, y la certeza de que Lucrecia Borgia está apoderada de ella, es lo que me

obliga á frecuentar el trato de Lucrecia; pero tengo una prueba de que no se me trata lealmente: acabo de recibir una carta de Angiolina, que me parece tan falsa como la que Angiolina creyó mia y la puso en poder de Lucrecia. ¡Sabe Dios qué lazo se me tiende! Aunque no me hubiérais favorecido llamándome, yo hubiera venido á veros para que me prestáseis vuestra ayuda.

—¿Habeis recibido una carta de Angiolina, —dijo la duquesa, que se habia puesto mortalmente pálida, y no podia contener su temblor colérico, —y venís á pedirme ayuda?

—Sí, sí señora, —dijo Gonzalo, sacando la carta de su escarcela: —vengo á pediros ayuda, porque temo que tras esta carta se oculta una traicion: necesito que me ayudeis diciéndome, porque indudablemente podreis decírmelo, si Angiolina ha escrito ó no esta carta.

Y la entregó á la duquesa, que la tomó temblándola la mano.

—Esta carta es indudablemente de Angiolina, —dijo la duquesa; —pero pueden haberla obligado á escribirla: esta carta puede ser, en efecto, un lazo preparado por la misma Lucrecia; de otro modo, no comprendo cómo puede haber llegado esta carta á vuestras manos: Lucrecia guarda muy bien á sus prisioneros, y en último resultado, para guardarlos mejor, los mata: ¿y podeis amar á esa mujer? y tendreis casi la prueba de que os hace traicion, y continuareis amándola.

—Si yo amara á Lucrecia, —dijo el Gran Capitan aprovechando el ataque de Isabel, —si fuera mi amante, no pretenderia hacerme traicion; esto os probará, que si he dejado de veros, es porque temo que me volvais loco, y que si veo con frecuencia á Lucrecia, es porque en ella veo el poder de Roma y la mujer que oculta á otra mujer que necesito encontrar como caballero.

—Los ojos y los oidos de una mujer celosa están en todas partes, —dijo Isabel, fijando una mirada tan intensa en el Gran Capitan, que le hizo bajar los ojos: —Lucrecia y yo somos enemigas á muerte; y si no soy yo vuestra enemiga, Gonzalo, es porque no puedo, es porque á pesar de que me despreciais, os amo; os amo de tal manera, tal vez porque vos no me amais, que estoy desesperada y resuelta á todo.

—En verdad, señora, si yo no os amo como vos quereis, —dijo el Gran Capitan, —es porque no puedo; y si no soy vuestro amante, es porque os respeto.

—Concluyamos, —dijo Isabel, —¿vais á ir á salvar á Angiolina?

—Sí.

—Pues bien, yo iré tambien; no á salvar á Angiolina, sino á salvaros á vos: no necesito saber dónde está Angiolina, ni cuándo vais á ir en su ayuda; lo sabré; nos encontraremos.

—En ese caso, señora, hasta la vista, —dijo el Gran Capitan.

—Id con Dios, —dijo Isabel, conteniendo las lágrimas que asomaban á sus ojos.

Gonzalo la besó la mano y salió.

VIII.

Cerca de la puerta del palacio de Urbino encontró un paje con librea encarnada, esto es, con la librea de los Borgias.

—De mi señora, —dijo el paje entregando una carta al Gran Capitan.

Aquella carta decia:

«Mi paje os entregará esta carta donde os encuentre; venid al momento á verme; importa mucho.—*Lucrecia.*»

—Marcha, corre, —dijo Gonzalo al paje, —dí á tu señora que yo voy detrás de tí.

El paje saludó profundamente á Gonzalo, y partió á la carrera.

Un momento despues, Isabel sabia que Gonzalo habia recibido á las puertas mismas del palacio Urbino, de manos de un paje de Lucrecia, una carta.

IX.

Llamó á Cristóbal de Villoslada, su capitan de esbirros, su amante, su confidente, su *factotum*, en una palabra.

—Y bien, —dijo Villoslada, —¿hasta dónde va á llegar esto, Isabel? cada dia me siento con menos fuerzas para sufrir; tú amas á ese hombre.

—No, —dijo Isabel, —le necesitamos mas cada dia; Savonarola me escribe, y me dice que es necesario de todo punto que el Gran Capitan se ponga de nuestra parte; él se aleja mas cada dia, cada dia se apodera mas de él Lucrecia; pero Lucrecia no le ama, ama mucho mas su ambicion: el Gran Capitan nos estorba á todos, y puede servirnos á todos; pero no sirve mas que á sus reyes; es un hombre de acero; matarle es inútil, porque quedarian al frente del ejército español otros capitanes, sin contar con Márco Antonio Colonna, que se ha sometido á la casa de Aragon, y está en Terracina con el ejército de Nápoles y España, que es uno mismo: no podemos movernos, y si el Gran Capitan muriese, seria peor; ahora bien: si pudiésemos atraer á la Reforma á Gonzalo de Córdova, lo que tal vez se conseguiria si Savonarola pudiese hablar con él, seria distinto: su prestigio es inmenso, su solo nombre es una prenda de victoria; tal vez estimulando su ambicion, poniéndole ante los

ojos la soberanía de Italia, se nos vendiera en cuerpo y alma; puede mucho una corona, Cristóbal; los Borgias serian arrollados, despedazados por nosotros; Julio de la Rovere seria el pontífice de una iglesia purificada, poderosa.

—¿Y Savonarola?

—Savonarola seria el apóstol de la Reforma.

—Estoy viendo la hoguera en que Roma va á reducirnos á cenizas, —dijo Villoslada.

—Pongamos de nuestra parte á Gonzalo, y esa hoguera no se encenderá.

—Si Roma es vencida, los vencedores serán vencidos á su vez por los Reyes Católicos; si el Gran Capitan les hace traicion, lo que me parece imposible, vendrá sobre el Gran Capitan con todo el poder de España el rey don Fernando; todo esto es un sueño, ó mas bien, un pretesto; hoy nada te importan Roma ni Savonarola, ni el mundo entero; lo que te importa es ese hombre.

—Sea como quiera, —dijo Isabel, —sepamos lo que eres tú, si mi esclavo, ó mi señor.

—Tu esclavo.

—Pues entonces, el esclavo debe callar y obedecer; necesito tantos cuantos hombres puedan reunirse á caballo y bien armados.

—Como por la estancia en Italia del Gran Capitan, ha terminado la guerra, hay en Roma un sinnúmero de aventureros ansiosos de un sueldo.

—Bien, bien, ¿cuántos?

—Segun para cuando se les necesite.

—Para esta noche, reunidos entre Roma y Veletri, á la derecha, fuera del camino.

—Entonces podrán reunirse trescientos.

—¿Cuánto costará eso?

—Mil escudos.

Isabel abrió un armario, sacó de él algunas ricas alhajas, y dijo á Villoslada:

—Busca un judío, y toma lo que te dé por estas joyas; despues, toma á sueldo todos los mas hombres que pudieres; que para esta tarde esté hecho todo: ¿está espiado el palacio Borgia?

—Sí.

—Que en cuanto salga de él Lucrecia, se me avise; véte.

X.

En aquel momento, Gonzalo entraba en el retrete donde le esperaba Lucrecia.

Estaba pálida y agitada.

Esto consistia en que Farfarello, enviado por Domínico, la habia dicho que el Gran Capitan sabia dónde estaba Angiolina, é iba á salvarla.

Lucrecia habia empezado por mandar encerrar á Farfarello, que se habia negado á decirla quién le habia dado la noticia de que Angiolina estaba en las ruinas del convento de las Santas Vírgenes, de que el Gran Capitan lo sabia, y que habia de ir á salvarla aquella misma noche.

Farfarello habia permanecido mudo á estas preguntas; de nada habian servido para arrancarle una respuesta, ni ruegos ni amenazas.

Es mas: al ser llevado al castillo de Sant Angelo, Farfarello se habia escapado arrojándose al Tíber, y nadando bajo el agua.

Lucrecia escribió entonces á Gonzalo, esperando obtener de él insidiosamente la seguridad de que sabia dónde estaba Angiolina.

Por esto, cuando el Gran Capitan entró, encontró á Lucrecia pálida y conmovida.

XI.

Como sabemos, el Gran Capitan, por su alta mision política, y por lo que de antiguo estaba acostumbrado á tratar y á entendérselas con Fernando V, era, cuando necesitaba serlo, un diplomático consumado.

Al ver en aquel estado á Lucrecia, afectó entristecerse, y lo afectó tan bien, que la engañó.

—¿Qué sucede?—dijo,—¿qué desgracia nos amenaza, amada mia?

—¡Ah Gonzalo!—dijo Lucrecia llorando: —me veo obligada á separarme de vos, no sé por cuánto tiempo.

—¡Separarnos!—dijo, fingiéndose fuertemente contrariado, y aun asustado Gonzalo de Córdova: —¡separarnos! ¿y por qué? ¿para qué? ¿quién lo manda?

—El Santo Padre, —dijo Lucrecia.

—¿Y á dónde vais?

—A Florencia.

—¡A Florencia!

—Sí, pero encubierta; hay que oponerse al fin á la funesta predicacion herética de Savonarola, que seduce á los florentinos, que los rebela contra la Iglesia; es necesario acudir, intrigar, ofrecer, vencer con la astúcia á la audacia; sé lo que podeis decirme; uno de mis capitanes con algunos escuadrones, basta para prender al hereje y hacerle perecer en la hoguera. Esto seria peor, infinitamente peor, Gonzalo; seria hacer un mártir de un miserable, alentar á sus discípulos, que son fanáticos; acrecer el mal en vez de arrancarle de raiz; yo obraré de distinto modo:

desenmascararé á Savonarola, haré que todos, hasta los mas ignorantes, vean en él un ambicioso, un infame, no un apóstol.

—Pero estareis expuesta; dicen que Savonarola es un hombre terrible, y que aborrece de muerte á los Borgias.

—¿Y dónde estoy en seguridad yo?—dijo Lucrecia:—¿qué copa puedo llevar á mis lábios sin el recelo de que esté envenenada? ya os lo he dicho; ya lo habeis comprendido y lo comprendereis cada dia mas; yo soy la mártir de mi familia.

Y lloraba de tal manera Lucrecia, que si Gonzalo hubiera podido fiarse de ella, le hubiera engañado.

XII.

Durante dos horas que duró la entrevista, ni una sola palabra habló Lucrecia de Angiolina, ni el Gran Capitan se refirió á la jóven ni con una sola palabra intencionada. Parecia como que la grave situacion en que se encontraba habia hecho á Lucrecia olvidarse de todo.

XIII.

—¿Y cuándo partís?—dijo Gonzalo á Lucrecia.

—Mañana,—dijo esta.

—Os acompañaré, señora,—dijo el Gran Capitan.

—Sí, me acompañareis hasta los límites de la campiña: Orsini, que intentaria contra mí un golpe de mano, no lo intentará si sabe que vos me acompañais.

XIV.

El Gran Capitan sabia demasiado que Lucrecia partiria aquella misma noche; que estaba celosa, que procuraria saber por sí misma si Gonzalo iba ó no á salvar á Angiolina.

Sin embargo, guardó tal reserva, y la guardó de una manera tan natural, que Lucrecia dudó de si en efecto Gonzalo sabia el paradero de Angiolina ó si el aviso que se la habia dado solo habia sido un lazo que se la habia tendido.

XV.

—¿Me ama de veras esta mujer?—decia Gonzalo al salir del palacio Borgia,—lo veremos.

—¿Irá, ó no irá?—dijo Lucrecia en cuanto se hubo quedado sola,—lo veremos.

Despues llamó.

Se presentó una de sus damas.

—Laurencia,—dijo Lucrecia,—decid á Marieta que venga.

Cinco minutos despues, Marieta estaba delante de Lucrecia; pero trasformada, convertida en una dama.

Se conocia que sufria mucho, porque estaba muy pálida.

—Ha llegado el momento,—dijo Lucrecia,—de que yo no pueda consentir que guardes por mas tiempo silencio: en vuestra casa se ha encontrado un arca antigua, rica, que parece haber pertenecido á una antigua familia: el escudo de armas que se vé en ella, pertenece á los Corsini, noble familia napolitana, á la cual no falta ningun indivíduo, es decir, de la cual ninguna persona está envuelta en el misterio; hace seis años que falleció la última persona que la muerte ha arrebatado á esa familia, Elena Corsini; todos los demás Corsini están en Nápoles: ¿cómo ha ido á parar esa arca tan antigua, tan ricamente labrada y por el escudo de armas que se encuentra en ella, ha pertenecido á la familia Corsini, á poder tuyo ó á poder de Bonvinetto?

—Nada significa, señora, —dijo Marieta, —que esa arca estuviese en nuestro poder: un mueble puede venderse, puede pasar de una familia á otra; sobre todo, yo nada sé acerca de esa arca.

—Dentro solo se ha encontrado un puñal mohoso, un velo blanco de mujer con manchas que parecen haber sido de sangre, y una corona, al parecer, de desposada.

—No sabia yo que aquella arca encerraba tales objetos.

—Es estraño, —dijo Lucrecia; —la curiosidad es un vicio comun á todas las mujeres y tú has debido querer saber lo que el arca encerraba.

—Pero siempre que lo he pretendido, señora, Bonvinetto me ha dicho: —No quieras saber lo que hay ahí dentro, no te importa.

—¿Quién es Bonvinetto? —dijo Lucrecia; —hasta ahora, cuando te he preguntado, me has dicho: —me hace daño la memoria de ese hombre, os agradeceria que no me habláseis de él: —he respetado tu deseo, pero hoy me siento, no se por qué, amenazada por Bonvinetto; necesito de todo punto saber quién es ese hombre: ¿no has encontrado en mí proteccion y cariño? ¿por qué me pagas con la frialdad del desagradecimiento lo que hago por tí?

—Estoy sola en el mundo, —dijo Marieta, —teneis razon, señora; yo no debo ocultaros nada; pero es poco, muy poco lo que yo puedo deciros acerca de Bonvinetto, solo que no se llama Julio Bonvinetto.

—¿Su nombre?

—Lo ignoro.

—¿Dónde le conociste?

—En Nápoles, en la falda del Vesubio; una noche, en una situacion terrible.

Marieta inclinó la cabeza, guardó por un momento silencio, y levantando de nuevo la cabeza, dijo:

—Acabábamos de llegar de Francia mi padre, mi desgraciada hermana Julieta, que era todavia una niña, y yo, que solo tenia quince años: vivíamos pobremente en un mezquino albergue y desde por la mañana hasta que oscurecia recorriamos las calles y las plazas, cantando, bailando y diciendo la buenaventura. Desde los primeros dias, despues de nuestra llegada á Nápoles, nos habia seguido con insistencia un jóven caballero, á quien mi padre habia puesto muy mala cara porque habia comprendido que se habia enamorado de mí.

Éramos muy pobres, pero aunque á mi padre le hubiesen ofrecido un tesoro por mi amor, le hubiera rechazado. Si mi padre me hubiese visto enamorada de un extranjero, como llamamos nosotros á todos los que no son gitanos, me hubiera muerto.

Afortunadamente yo no me enamoré del jóven noble, por mas que éste, poniéndose siempre á mi vista, á pesar del enojo de mi padre, me hubiese dejado comprender que estaba perdidamente enamorado de mí.

XVI.

Una noche, hace cinco años, volviamos mi padre, mi hermana y yo, por las faldas del Vesubio, de un pueblecillo cercano á Nápoles, adonde habiamos ido á buscarnos la vida.

Era la noche densamente oscura, esclarecida solo levemente y de tiempo en tiempo, por la llama sombría que arrojaba el volcan.

De improviso fuimos acometidos, cercados por algunos hombres que se apoderaron de nosotras mientras mi padre se defendia como una fiera.

Nos habian puesto sobre dos caballos y se alejaban con nosotras.

Los gritos de furor de mi padre cesaron de repente y yo me desmayé. Sin duda mi padre habia sido muerto.

XVII.

Cuando volví en mí, me encontré en una estancia casi regia, en un magnífico lecho.

De pié, junto al lecho, contemplándome con ansiedad, habia un hermoso jóven.

Este jóven no era el que me habia perseguido, el que sin duda nos habia acometido con sus gentes.

Era el que vos y yo conocemos bajo el nombre de Julio Bonvinetto.

—¿Y qué apariencia tenia entonces?—dijo Lucrecia.

—La de un caballero noble y rico, la del dueño de aquella magnífica casa.

—Continúa.

—Me enamoré de él en cuanto le ví; esto lo comprendí despues.

Entonces, mi primer cuidado fué preguntar por mi padre y por mi hermana.

—Vuestra hermana está en otra habitacion; enferma y bien asistida; en cuanto á vuestro padre, siento decíroslo, pero he llegado muy tarde para salvarle.

—¡Cómo! ¿pues no habeis sido vos el que nos ha arrebatado?—le —dije.

- Yo no os he conocido hasta esta noche, —me contestó Bonvinetto; —venia yo de Nápoles á esta quinta con algunos criados, cuando oí los desesperados gritos de un hombre y se nos echaron encima dos ginetes que venian á rienda suelta; comprendimos que se habia cometido un crímen, nos cruzamos delante de aquellos dos ginetes y os libertamos á vuestra hermana y á vos, las dos desmayadas de terror; hace muy poco tiempo que ha sucedido esto: mandé que os trajesen á vos y á vuestra hermana á esta quinta mia que está muy cerca del lugar en donde se han encontrado muertos á un gitano que debe ser vuestro padre y á un antiguo amigo mio, á Conrado Alberti: ambos han sido trasladados aquí, porque siempre es bueno quitar del paso público dos cadáveres cuando están cerca de la casa de un hombre que no tiene muy buena fama y éste los encuentra: hay que evitar informaciones y disgustos; sobre todo, me habeis curado, solo con veros, una llaga en el corazon que yo creia incurable; pienso reteneros bajo mi proteccion, y necesito evitar se crea que yo he sido el autor de la muerte de vuestro padre, por robaros.

—Decidme, —pregunté á Bonvinetto, alentando apenas, y cada vez mas aterrada, —ese amigo vuestro, ese Conrado Alberti ¿era un jóven como de veinticuatro años, excesivamente blanco, y con una larga cabellera rojiza?

—¡Ah! ¿le conocíais?—me dijo Bonvinetto con un acento que me hizo conocer por la primera vez la violencia de sus pasiones.

—Le conozco, —dije, —porque desde hace algunos dias me ha perseguido de una manera tenaz: ¡pero mi padre, mi pobre padre!... yo quiero verle; quiero ver tambien á ese hombre; quiero convencerme de que ha sido él, no vos, quien ha causado la muerte de mi padre.

Y diciendo esto, me levanté del lecho.

—Esperad aun, —me dijo Bonvinetto; —apenas acabais de volver de vuestro desmayo.

—¡Ah! no, —le respondí; —me siento fuerte.

Y dejando el lecho, me puse de pié.

—¿Y por qué, —dijo Bonvinetto conmovido, —quereis sufrir el dolor de ver á vuestro padre muerto?

—Si eso ha sucedido, —respondí, —quiero saber, sin que me quede duda de ello, que mi hermana y yo estamos solas en el mundo.

—No, —me dijo Bonvinetto, mirándome cada vez con mas insistencia, con mas pasion; —vos no estais sola en el mundo, y tampoco vuestra hermana, mientras yo exista.

—Quiero ver á mi padre: sin tener la seguridad de que ha muerto, yo no puedo aceptar vuestra proteccion.

—Puesto que decís que os sentís fuerte, —me contestó Bonvinetto, tomando una lámpara de mano que estaba sobre una mesa, —seguidme.

Le seguí.

Me sacó de aquella estancia; pasamos por algunas otras, tambien muy ricas, salimos á una galería, y por unas escaleras muy estrechas bajamos á un gran salon.

En el centro de él, sobre una alfombrilla, habia dos hombres tendidos; Bonvinetto los iluminó con la luz de la lámpara.

Dí un grito de horror y me arrojé sobre el uno de ellos.

Era mi padre.

Estaba ensangrentado, lívido, espantoso.

Bonvinetto me alzó vigorosamente de sobre el cadáver de mi padre.

—Ya os lo habia dicho; esta es una prueba demasiado terrible, —me dijo; —venid, venid conmigo.

—Un momento, —respondí; —quiero ver el semblante de ese otro hombre.

Bonvinetto iluminó el semblante del otro cadáver.

—Ese es, —dijo, —mi amigo Conrado Alberti.

La frialdad con que Bonvinetto habia pronunciado estas palabras me hizo sentir algo de miedo hácia él, que no he perdido todavía.

XVIII.

Aquel otro cadáver era el del jóven caballero que me habia perseguido.

Estaba amoratado; tenia en la garganta cuatro señales sangrientas por un lado, por el otro una; quedaban allí los terribles vestigios de la mano que le habia ahogado.

Lamina 10 — Bonvinetto me apartó casi en brazos de los dos cadáveres ..

Bonvinetto me apartó casi en brazos de los dos cadáveres, y me volvió á la rica estancia donde yo habia vuelto en mí.

XIX.

Pasaron muchos dias sin que yo ni mi hermana viésemos á nadie mas que á Bonvinetto.

Él nos traia la comida en abundancia para que quedase para cuando él no podia venir á traérnosla, porque solo venia de noche.

Nosotras solo veíamos el dia por unas ventanitas redondas que tenian en su parte superior las maderas de los balcones del salon. Nada oíamos, nada sentíamos; no podíamos abrir los balcones; habian sido fuertemente clavados.

Bonvinetto venia poco despues del oscurecer; nos traia la comida en un hermoso canastillo, comia con nosotras; cuando habíamos acabado de comer, encerraba á mi hermana en una habitacion inmediata y se quedaba á solas conmigo.

A la media noche abria la puerta del aposento donde ya en un cómodo lecho dormia mi hermana, y se iba, cerrando la puerta de la estancia.

XX.

Me habia preguntado mi historia, y mi historia era muy sencilla.

Yo no habia conocido á mi madre, que, segun mi padre decia, habia muerto al dar á luz á Julieta. Yo no habia conocido parientes, ni aun amigos de mi padre. Éste nos habia enseñado todo cuanto se necesita para embaucar á las gentes crédulas y sacarlas el dinero. Éramos gitanos, y no mas que gitanos. Habíamos corrido mucho por el mundo, y nunca habíamos estado en una poblacion mas de dos meses. A esto se reducia mi historia.

XXI.

Yo no sabia, ni lo sé aun, el verdadero nombre de Bonvinetto.

Cuando yo se lo preguntaba, me respondia:

—¿Necesitas para amarme saber cómo me llamo?

Tenia razon: yo, sin saber su nombre, le amaba con toda mi alma, tanto como le aborrezco ahora.

¡Ah! es un demonio.

Marieta calló, abatida por lo doloroso de sus recuerdos.

Al fin continuó:

XXII.

—Por mucho que me embriagase el amor de Bonvinetto, sentia la necesidad de espacio, de aire, de luz. Me ahogaba en aquel rico salon y en aquel pequeño y bellísimo retrete que servia de aposento á mi hermana.

Por los pequeños claros circulares de los balcones penetraba una luz triste, escasa, que hacia parecer espectros á los grandes retratos de familia que se veian en el salon.

—Y bien, —dijo Julieta, —en todos los retratos de familia está el blason de la casa: ¿recuerdas cómo era aquel blason?

—Habia cuatro distintos, —dijo Marieta.

—Veamos, —dijo Lucrecia; —díme cómo eran esos blasones.

—Al pié de un caballero cano, moreno, casi atezado, que tenia cruzado el rostro por una larga cicatriz...

—¡Ah! —dijo Lucrecia, —voy á decirte cómo era el blason que el caballero de la cicatriz tenia á los piés: escudo de oro con banda negra de izquierda á derecha; sobre el escudo corona de duque.

—En efecto, —dijo Maricta.

—¿Cómo ha podido estar cerca de Nápoles un retrato de Paolo Vizconti? espera: á la izquierda de ese retrato habria otro que representaria á una dama muy hermosa, como de cuarenta años.

—Es verdad.

—Al pié de esta dama debia haber un escudo de plata, y en él, dividiéndole en cuatro partes, una cruz roja; sobre este escudo una corona ducal.

—Cierto.

—Y bien, sí, —dijo como recordando Lucrecia; —debe ser él; yo no le he visto nunca; ha podido engañarme: díme, ¿cuánto tiempo hace que salió contigo, para venir á Roma, de ese palacio Bonvinetto?

—Cerca de cinco años.

—Exactamente; él es, —dijo Lucrecia.

—¿Y quién es él?

—¡Ah! un señor poderoso que se ha ocultado bajo una condicion vil: cuéntame: ¿no lograste ver los alrededores de aquella quinta?

—Sí, sí señora: á los pocos dias de estar allí encerradas, mi hermana y yo pusimos junto á un balcon una mesa, sobre la mesa un sillon; subí y miré por el claro del balcon; ví un jardin; mas allá del jardin un muro; mas allá una playa; luego el mar; á la derecha el Vesubio; mas allá una isla,

—Bien, eso, eso es,—dijo Lucrecia:—¡ah, señor Bonvinetto, señor Bonvinetto! ¡y os habeis arrastrado á mis piés; y os habeis envilecido; y ahora pretendeis envolverme en una traicion! continúa, continúa, Marieta: ¿cómo salísteis de aquel palacio?

—Una noche, á los tres meses de estar allí, cuando yo ya estaba completamente loca por Bonvinetto, me dijo:

—Necesito ir á Roma; no quiero apartarme de tí; no podria vivir sin tí; vas á seguirme; pero tú y tu hermana ireis en dos literas cerradas; no quiero que nadie os vea mas que yo; me importa mucho que nadie sepa que tengo mujeres en mi poder, una de las cuales es tan hermosa como tú.

La voluntad de Bonvinetto me arrastraba como arrastra el viento una hoja seca.

Nos dió á mi hermana y á mí dos mantos y dos antifaces, nos llevó á una sala del piso bajo, en donde habia una gran litera. En el fondo de esta litera habia cadenas y pedazos de hierro.

—¿Qué es esto?—pregunté á Bonvinetto.

—Esto es peso, para que crean que, en vez de mujeres, llevo en esta litera mucho dinero; así nadie estrañará que en las posadas donde paremos haga yo encerrar esta litera, y duerma junto á ella, y cuide de ella mucho: aquí teneis tambien agua y provisiones: entrad y guardad silencio; no hableis ni una palabra durante el camino.

—Es verdad; entonces se trataba del casamiento de Bonvinetto con Elena Corsini, que estaba en Roma, en el convento de San Sixto. ¡Ah! empiezo á ver claro: continúa.

XXIII.

—Hicimos el viaje misteriosamente ocultas por Bonvinetto.

Al fin un dia abrió la litera y nos dijo:

—Estamos en Roma, y permaneceremos aquí durante algun tiempo.

Nos llevó á otra habitacion, que era rica y suntuosa, nos encerró y se fué.

Durante un mes continuamos haciendo la misma vida que en la quinta de Nápoles.

Una noche Bonvinetto entró pálido, desencajado, terrible.

—Nuestra suerte ha cambiado,—me dijo;—he caido en un abismo; no puedo permanecer en Roma sin gran peligro de mi vida, y necesito permanecer en Roma: he buscado un albergue seguro, pero necesito desfigurarme, que no puedan reconocerme.

—¡Ah!—exclamé yo;—tú eres blanco como el alba y rubio como

el sol; yo atezaré tu semblante y tus manos, yo ennegreceré tus cabellos: ¿tienes dinero?

—Sí, mucho dinero en joyas, en oro; pero salgamos, salgamos cuanto antes: la noche es muy oscura, nadie me ha visto entrar en esta casa, nadie me verá salir de ella.

XXIV.

Salimos y nos llevó á la casa aislada, al pié de las Termas de Diocleciano, donde me habeis conocido, señora.

Ya estaba allí esa arca que tiene sobre sí el blason de los Corsini.

Mi hermana y yo conservábamos nuestros trajes de gitanas; salimos y compramos cuanto necesitamos.

Bonvinetto, que habia tomado este nombre, quedó tal cuando yo le teñí, que era imposible reconocerle.

Así hemos vivido cerca de cinco años: lo demás, lo sabeis.

—Bien, me has dicho mas de lo que yo esperaba: cuenta mas y mas con mi proteccion: vete.

XXV.

Marieta salió.

—¡Ah! hé aquí que las faltas de los padres caen sobre los hijos: hé aquí las consecuencias de un infame adulterio: ¡ah! tú, el otro bastardo de Aragon, á quien se cree ahogado en el Tíber; tú, el hermano del que va á ser mi esposo, ¿y has podido convertirte en gitano, en vagabundo, en miserable? no has tenido valor para morir, infame; ¡ah! eres un peligro y es necesario libertarse de tí: me esperas: te ayuda Orsini: me engañas ó pretendes engañarme procurando que crea que Gonzalo sabe dónde está Angiolina y que va á salvarla esta noche: ¿tan loca crees que me ha vuelto el amor de Gonzalo que iria imprudentemente yo misma á sorprender en una traicion á mi amante? ¡ah! no, no iria yo á eso; me bastaria con impedirle que se apoderase de Angiolina; pero él no sabe dónde ella está, no; y yo iré, sí, iré á entenderme con Orsini: no á que te apoderes tú de mí, sino á apoderarme yo de tí: ¿qué quieren los Orsini, que se les levante la acusacion de traicion y que se les devuelvan sus estados? pues bien, no importa; se les devolverán: ¡hola!.....

XXVI.

Se presentó á la puerta Francesco Buotti.

—Al momento,—le dijo Lucrecia que estaba escribiendo una carta; —monta á caballo y lleva este pliego á Genaro Orsini.

—¿A Genaro Orsini, señora?

—Sí, á Genaro Orsini: está en Veletri.

Lucrecia cerró la carta, la selló y la dió á Buotti.

—La contestacion cuanto antes; vete.

Francesco Buotti salió asombrado.

Lo que menos podia esperar era que su señora se pusiese en inteligencia con los Orsini.

CAPÍTULO XXIV.

En que se vé de lo que era capaz Lucrecia.

I.

La noche era bastante clara.

Roberto, ó Bonvinetto, como mejor queramos, abandonada la brida del caballo y bastante avanzada su gente, adelantaba por un camino de herradura, entre viñedos, hácia la parte media del camino de Roma á Veletri.

Un volcan ardia en la cabeza de aquel misterioso personaje, que ni se llamaba Roberto ni Bonvinetto.

Nosotros podemos penetrar en lo íntimo de su conciencia.

Bonvinetto ó Roberto, recordaba el dia en que un ángel, una mujer menos codiciable por su grande hermosura que por su grande espíritu, Elena Corsini, habia espirado á sus piés bañada en sangre, maldiciéndole.

Aquella mujer habia tenido tiempo de pronunciar algunas palabras.

Aquellas palabras habian sido oidas.

En vano Roberto habia hecho desaparecer el cadáver en el Tíber; en vano habia guardado el arca funesta en que habia sido conducido el cadáver; no se habia atrevido á destruirla. Habia huido temeroso de una venganza terrible, de una venganza que no podia evitar. Habia conservado el arca, el puñal y el velo de Elena Corsini, no sabia por qué, como un remordimiento.

Dos crímenes habian seguido á aquel otro crímen: el asesinato de dos criados confidentes. Los dos cadáveres, cosidos á puñaladas, habian aparecido en un lóbrego rincon de las Termas de Diocleciano.

II.

Roberto, cuando recordaba su vida anterior á su primer crímen y la comparaba con su vida posterior á aquel crímen, no se reconocia.

Eran dos séres completamente distintos: el lobo que no comprende que es lobo, que al verse lobo se desconoce.

III.

—¡Poder de Dios!—decia Bonvinetto,—yo no he amado nunca: lo que sentí por Elena no era amor, sino vanidad y ambicion; ánsia de los millones de escudos de su padre: ¡miseria! lo que he sentido por Marieta, una fascinacion; afan de pureza y de hermosura, lo que me arrastró por Julieta: ¡ah, Lucrecia! Lucrecia es mi demonio: Lucrecia tiene el alma tan negra como la mia; solo por ella lavaria yo este color oscuro que me encubre; solo por ella dejaria yo que apareciese lo rubio de mis cabellos; cuando fuese mi esposa, cuando ella me amase, cuando tuviese ya todo el poder de Roma para pagar á los Corsini: á los ambiciosos Corsini el precio de la sangre de Elena; ¡ah! me la arrebataban; se la daban á Próspero Colonna: ella me amaba; la enviaron á Roma; ¡ah! imbécil Próspero Colonna; no sabia que Elena me amaba; que Elena acudiria donde yo la llamase: ¡ah! pero ella no se atrevió á desposarse conmigo; ¿para qué la queria yo como manceba? de la misma manera que matándola hubiera arrojado sobre mí la venganza de los Corsini me hubiera estorbado: yo no la amaba; lo que yo queria era ser por ella poderoso para decir á mi avaro padre: no necesito vuestro oro para tener la alta representacion que necesita un príncipe napolitano: ¡ah! sí, yo no podia vivir en una magnífica quinta desierta, sin criados, sin caballos, sin carrozas, sin esbirros, como un raton que se pasea por un palacio: ¡ah! sí, es verdad; mi madre me dejó lo único que podia dejarme; la quinta del Vesubio; bien, con los cadáveres no se casa nadie; yo tenia empeñado mi orgullo, todo el mundo sabia que galanteaba á Elena, y que Elena me amaba; no quiso unirse á mi por miedo; me propuso que nos perdiésemos, que abandonásemos la Italia: ¡ah! perfectamente, cargad con una mujer hermosa y desnuda, y estad temiendo siempre sentir en vuestro pecho el frio de la hoja del puñal de un asesino enviado tras mí por los Corsini; no, no: Próspero Colonna no debia burlarse de mí; es cierto que pude matar á Próspero; pero los Corsini hubieran pensado entonces en otro marido para Elena: un Médicis, un Sforzia, un Orsini, ¿quién sabe? todo, menos un bastardo, y un bastardo pobre por la avaricia de

su real padre: la cuenta era mucho mas corta matando á Elena... ¡ah! yo no sé por qué esa mujer se me presenta siempre; detrás de ella Julieta: ¡ah! soy muy débil; estoy seguro de que Lucrecia no recuerda los suyos, y ¿quién sabe, quién sabe lo que se agita tras la serena frente de una mujer que parece un ángel? y va á casarse con mi hermano Alfonso; ¡ah! no, no; mil veces no: el solo pensamiento de verla de otro..... ¡ah! cuando yo la conocí estaba ya separada de Juan Sforzia; pero ama á ese Gonzalo de Córdova; ¡bah! exterminemos: Orsini me necesita, Orsini aborrece á Lucrecia porque ella ha matado á su padre, á su tio, á su hermano, y aborrece de muerte á Gonzalo de Córdova, porque es el poder que le impide aterrar al Papa: adelante, adelante; esta noche podrá arrojar algunas sombras mas en mi conciencia, pero no importa; adelante.

Y siguió caminando.

De improviso, al revolver una colina, vió destacarse sobre la vaga claridad que esparcia sobre la tierra la luz de la luna, la sombra de una cruz gigantesca.

—¡Ah!—dijo,—la cruz de la Buena-dicha; ya debe estarme esperando Orsini; me parece que veo brillar armas; adelante.

Y recobrando las bridas de su caballo, le arrimó las espuelas.

IV.

Poco antes de llegar á la cruz, que estaba en la parte media del camino de Roma á Veletri, plantó de repente su caballo y afianzó su lanza.

—¡A mí!—dijo á sus ginetes;—me parece que damos con otra gente que la que buscábamos; son muchos, pero no importa; lanza en ristre, hijos; haced lo que yo haga y estaremos á salvo.

V.

A la luz de la luna, que producia móviles reflejos en las bruñidas armas, se veia un número formidable de ginetes que avanzaban en semicírculo con la marcada intencion de encerrar á Roberto y á los suyos.

Delante del centro de aquel semicírculo se destacaron algunos ginetes.

—Príncipe Pietro de Nápoles,—dijo el que delante de aquellos ginetes venia,—evitad un combate inútil; traigo quinientos hombres de armas, y vuestros ginetes apenas llegan á cuarenta; si resistís, solo conseguiréis que se os haga pedazos: rendíos.

—A un traidor como tú, Genaro Orsini, no se rinde ninguno de la casa de Aragon, aunque, como yo, sea un bastardo.

Genaro Orsini lanzó una carcajada.

—Vuelve la cabeza á ver dónde están tus hombres, - dijo: —huyen; han comprendido lo que tú no quieres comprender, y no son tan leales que por servirte arrostren la muerte.

Pietro de Nápoles, puesto que ya hemos dicho el verdadero nombre de Bonvinetto, volvió la cabeza y vió que en efecto, los suyos, incluso Domínico, el traidor criado del duque de Gandía, escapaban á campo-atraviesa.

Tras ellos, á la desfilada, con intencion de atajarlos y prenderlos, iban una multitud de hombres de armas de Orsini, muchos de los cuales gritaban:

—Detenéos y entregáos; á todo el que quiera se le tomará á sueldo; no se matará á nadie.

—Lo mismo que esos dicen á los tuyos, —dijo Orsini, —te digo yo, Pietro de Nápoles; ríndete; serás mi prisionero, pero yo te aseguro la vida.

—¡Ah! ¿quién te ha dicho quien yo soy? —dijo Pietro arrojando lejos de sí su inútil lanza y echando pié á tierra; —¿qué traicion es esta?

—No te estrañes de ello, —dijo Orsini, echando pié á tierra tambien; —me han pagado un buen precio por tí, y te he vendido, como tú me hubieras vendido en igual caso: nada tenemos que echarnos en cara: somos completamente iguales, con la única diferencia de la bastardía: podrá suceder muy bien que yo no sea hijo he Fabio Orsini, pero así consta; vamos, dame tu espada, Pietro; esto importa muy poco; mañana estarás admirablemente aposentado en el castillo de Sant Angelo: ¿qué quieres? vales tanto y te han pagado tan en tu justo precio, que no he podido resistir á la tentacion de venderte.

Pietro de Nápoles sacó su espada y la entregó á Orsini.

—¿Conque es decir que soy prisionero del Santo Padre?

—Así me parece á lo menos, —contestó Orsini.

—De lo que resulta, que te has sometido á Su Santidad.

—Creo que sí.

—Mucho te habrá convenido.

—Indudablemente.

—¿Qué demonio se ha puesto entre nosotros dos? ella... y tú la crees; tú confias en ella; tú te desarmas y te metes en el antro del leon.

—¿Qué mas me da estar armado en la campiña como rebelde, ó en los castillos de mi vicariato de Roma como receloso? vamos, los tuyos han comprendido que les conviene pasar de tu servicio al mio, y vuelven tranquilamente entre mis hombres de armas.

VI.

Así era verdad.

Los aventureros de Pietro de Nápoles habian encontrado igual estar á las órdenes de Orsini ó á las del capitan Roberto Roberti. Existia entre ellos un solo hombre á quien no convenia ser reconocido.

Este hombre era Domínico.

Habia pretendido escapar, apretando las espuelas á su caballo, pero los hombres de Orsini le habian tomado de través, y le habian cortado.

Era el único que habia insistido en la fuga, se habia hecho sospechoso y le habian preso.

VII.

—Monta á caballo, Pietro de Nápoles, —dijo Orsini, —y á Roma.

—¿A Roma?—dijo Pietro, —me parece que ambos vamos á dar en el castillo de Sant Angelo.

—¡Ah, no! y sobre todo, nada te importa; á caballo, Pietro, y en marcha.

—Bien, —dijo el bastardo montando, —mi buen padre el rey Federico, me ama lo bastante para que no se alegre mucho de que yo haya parecido y no me reclame; no sé quién habrá de reclamarte á tí: en marcha, Genaro Orsini; puesto que tú lo quieres, á Roma.

VIII.

En aquel momento llegó un ginete á rienda suelta.

Se detuvo á poca distancia de Orsini, y dijo:

—Preparáos, señor, porque no sabemos lo que puede suceder: yo estaba apostado junto á la capilla de *Gratia Dei*, y he visto venir por el camino un fuerte escuadron de lanzas gruesas.

—¡Ah! — dijo Pietro de Nápoles, —eso es que el Papa envia gente para recibirte, imbécil: ¡ah! dame mi espada; haz que busquen mi lanza; me parece que todos vamos á tener que apretar los puños y los dientes.

—¡Ah! la tengo en mi poder, —dijo Orsini: —si me hace traicion, muere.

—¿A quién, á quién tienes en tu poder?—dijo Pietro.

—A Lucrecia: la mayor parte de los hombres de armas que me acompañan son los suyos; los que vienen no deben ser enemigos; si lo son, combatiremos: en cuanto á Lucrecia, estoy seguro de ella.

IX.

Mientras llega el escuadron que se esperaba, y que no se sabia si era amigo ó enemigo, espliquemos la situacion en que se encontraba Orsini.

La carta que Lucrecia habia enviado á Orsini estaba concebida en estos términos:

«Necesito entenderme con vos, Genaro; y para ello iré á veros esta noche á Veletri: me confio á vos. Llevaré escolta por el camino. Tened avanzado á Veletri un hombre que pueda conducirme adonde vos esteis. Yo seguiré sola á aquel hombre.—*Lucrecia.*»

Genaro Orsini contestó á Lucrecia en una carta que solo contenia esta palabra: — «Espero.»

X.

A las nueve de la noche, una mujer cubierta con un manto, con un sombrero y con un antifaz, entró en una habitacion de una casa aislada, situada cerca de Veletri, donde habitaba Genaro Orsini.

Este esperaba de pié, vestido de una bella manera, impaciente y excitado.

Si hubiera podido ver lo que Lucrecia habia hecho un momento antes de entrar en la habitacion donde él se encontraba, se hubiera extremecido.

Lucrecia habia sacado un pomo de oro de su limosnera, y habia vertido parte de su contenido en el guante de su mano derecha.

En el momento en que entró, se abrió el manto, se quitó el antifaz y el sombrero, y apareció sonriente, magnífica, tentadora, á los ojos de Orsini, y le tendió la mano.

—Acabemos de una vez discordias que son funestas á Roma, —dijo con la voz dulce, persuasiva, hechicera.

Genaro tendió su mano desnuda y estrechó la de Lucrecia, que oprimió con fuerza la de Genaro, y la retuvo.

—Sois verdaderamente una maga, —dijo Orsini; —¿sabeis que yo habia jurado no parar, no cesar hasta vengar en vos la muerte de mi padre, de mi tio y de mi hermano?

—Vengadlas, —dijo dulcemente Lucrecia sin soltar la mano de Orsini; —aquí me teneis; mi gente se ha quedado fuera: podeis disponer de mí y de alguien mas que os enamora.

—¡Cómo! —dijo Orsini, —¿quién viene con vos, de quien pueda decirse que yo estoy enamorado?

—¡Oh! aventuras: ¿querreis creer que me he encontrado por esos campos de Dios no menos que á la duquesa de Urbino al frente de un pequeño ejército, y que se ha arrojado sobre mí con la furia de una pantera?

—¡Ah! ¿sí? ¿y por qué?

—Lo ignoro, —dijo Lucrecia que continuaba reteniendo la mano de Orsini y estrechándola cada vez con mas fuerza: —la verdad es que me obligó á un combate, que mi gente ha vencido y he hecho prisionera á la duquesa de Urbino: sucesos de la guerra: ¿no os parece esto muy estraño, Genaro?

—Donde vos vais, señora, va lo extraordinario y lo terrible; pero ¿dónde está Isabel?

—Dejémosla por ahora: está abajo, guardada por vuestros hombres y por órden vuestra, segun yo he dicho: me importa mucho mas entenderme con vos que con ella: sentémonos.

Solo entonces soltó Lucrecia la mano de Orsini.

XI.

Se sentaron, y Lucrecia le dijo:

—¿Sabeis que necesito que me entregueis un hombre, y que os encargueis de una mujer?

—¿Qué hombre es ese, y qué mujer es esa?

—Ese hombre es el príncipe bastardo de Nápoles, Pietro de Aragon.

—Bien, ¿y quién es la mujer?

—Angiolina Crespi.

—¡Ah! ¿la hermosísima hija de Alfonso Crespi?

—Sí; os la doy.

—¿Es vuestra enemiga?

—Sí.

—¿Y en vez de matarla me la entregais?

—¿Sois vos tambien de los que creeis que yo mato?—dijo Lucrecia con acento de triste reconvencion.

—No hablemos de esto, señora, porque aun no nos hemos entendido, y junto á nosotros están las sombras de mi padre, de mi tio y de mi hermano.

—Estarán á mas distancia, Genaro, que entre vos y mi hermano César Borgia: y nada tiene esto de estraño, ellos y vos habeis hecho la guerra á César, y César os ha hecho sentir su enemistad como ha podido.

—Como un Borgia, —dijo con indignacion Genaro.

—No confundais en una sola é injusta acusacion á los Borgias,—

dijo Lucrecia; —yo soy tambien Borgia, y ya lo veis, vengo como intermediaria entre el Santo Padre y vos.

—¡Cómo!—dijo el ambicioso jóven; —el Santo Padre....

—Su Santidad tenia grandes motivos para no poder avenirse ni con vuestro padre, ni con vuestro tio, ni con vuestro hermano; vos sois distinto; ninguna ofensa personal os debe el Santo Padre; os habeis encontrado con una mala herencia, y Su Santidad quiere hacérosla buena; ¿os sometereis lealmente al Papa si se os devuelven los Estados confiscados á los Orsini y la investidura de Vicario de Roma?

—Sí; pero ¿qué seguridades puedo tener yo de que se obra conmigo de buena fé?

—Yo me quedo aquí en rehenes: hacedme guardar; entregadme á gente de vuestra confianza y no me dejeis libre hasta que pública y solemnemente el Santo Padre haya cumplido lo que yo os prometo en su nombre.

—¡Ah, señora!—dijo Orsini, —mi espada y mi vida están al servicio de Su Santidad, al vuestro.

—Tan miserable como sus parientes, —dijo para sí Lucrecia: —he aquí un cadáver que vende la sangre de los suyos, muertos como él.

Y luego añadió en voz alta:

—Creo que nada mas tenemos que hablar acerca de vuestra sumision al Soberano Pontífice.

—Nada señora; mañana, fiando en las buenas rehenes que de vos me da el Papa iré á besarle los piés en el Vaticano.

—Podeis ir con seguridad: ahora bien; faltan dos condiciones.

—¿Cuales?

—Me estorba Angiolina Crespi.

—¿Qué os estorba?

—Sí; hacedla desaparecer.

—¿Desaparecer?

—Sí; ya sabeis lo que hay que hacer para que desaparezca una persona.

—Los que verdaderamente desaparecen son los que mueren.

—Que desaparezca: vuestra gente está acostumbrada á esto.

—¿Y vos sois la que decis que no matais?

—Ya lo veis, yo no mato.

—¿Y esa es una condicion necesaria?

—Pues ¿por qué habia yo de daros el vicariato que tuvieron los Orsini, si no os necesitara? oid: amo á un hombre, sí, le amo: ¿para qué sirven los antifaces entre nosotros? tengo celos; él ama á esa mujer, á esa funesta Angiolina; sabe dónde está y procurará libertarla: yo no

puedo hacer nada; si yo la matáse, ese hombre que la ama y á quien yo amo, se alejaria mas y mas de mí; que lo haga vuestra soldadesca, supongamos que la han encontrado en las ruinas del convento de las Santas Vírgenes...

—¡Ah! bien, esa mujer desaparecerá.

—Pero pronto, pronto; esta misma noche, dentro de una hora.

—¿Dentro de una hora?

—Oid: las gentes que la guardan aparecerán entre las ruinas, al sentir gente en ellas, que las den esta seña: *cruz y fuego*, y la entregarán.

—Bien, señora, —dijo Orsini levantándose como para dar una órden.

—Esperad; id vos mismo: no tomeis parte en ello, pero vedlo; además, he aquí mi segunda condicion; ya os lo he dicho: entregadme la persona de Pietro de Nápoles.

—¿Y se sabe acaso si es muerto ó vivo?

—Sí, vive y está á vuestras órdenes.

—¡A mis órdenes!

—Sí; se llama para vos el capitan Roberto Roberti.

—¡Cómo, señora! dicen que Pietro de Nápoles era blanco y rubio, y el capitan Roberto Roberti es moreno como un mulato y tiene los cabellos negros.

—Se tiñe la piel y los cabellos, y esto es todo.

—¡Ah! ¿y es vuestro enemigo Pietro de Nápoles?

—Siente por mí un amor terrible y es un demonio; me veria obligada á ser su esclava ó estaria contínuamente amenazada por un peligro invisible.

—Es verdad, —dijo Orsini; —él me habia hablado de vos; él me habia dicho: —Esta noche podremos apoderarnos de Lucrecia, estad con cuanta gente podais una hora despues de anochecer, en la Cruz de la Buena-dicha. —Pretendí que me esplicase cómo y por qué habíais de atreveros á salir á la campiña y me respondió: —Ese es mi secreto: os juro que esta noche podremos apoderarnos de ella y de alguien mas; que Gonzalo de Córdova estará esta noche donde os he dicho, y no me pregunteis mas; yo os respondo con mi cabeza de los resultados. —Se fué y poco despues recibí vuestra carta.

—Y ved aquí que en vez de que vos y él os apodereis de mí, vos y yo nos apoderaremos de él.

—Vos, señora podeis todo lo que quereis.

—Pues bien, id; no os detengais; dejadme aquí encerrada, pero encerrad antes conmigo á Isabel de Gonzaga: cuando os hayais apoderado

de Pietro de Nápoles; cuando haya desaparecido Angiolina y podais probármelo, volved.

—Os advierto señora, —dijo Orsini levantándose de nuevo, —que si me tendeis un lazo será en vano: las gentes que se queden guardándoos me son demasiado leales, me temen y por nada del mundo se atreverian á hacerme traicion; aunque el Papa me encerrase creerian que yo encontraria medios para recobrar la libertad y que no los perdonaria; además, y esto es lo mas seguro, os encontraríais atajada en la campiña por donde quiera que fuéseis; tales son las gentes que me sirven que aunque se les ofreciese el perdon del Papa no creerian en él, sino mas bien en que se les armaba una trampa; su temor de ser ajusticiados me asegura su lealtad.

—Id tranquilo, Orsini: dentro de poco estareis libre de todo temor.

—Pues adios señora: voy á enviaros vuestra enemiga.

Orsini salió.

XII.

Lucrecia en cuanto salió Orsini, se quitó el guante de su mano derecha.

Debajo tenia otro guante de seda, encerado, impermeable.

Indudablemente aquel guante interior la habia servido para que no llegase hasta su piel el veneno de que habia empapado el guante exterior.

—¡Oh, sí! tus sicarios te son completamente leales, Genaro, —dijo Lucrecia; —pero no se sirve á los muertos; los muertos no pueden dar nada: tus bravos se volverán á mí que les tenderé las manos llenas de oro; ¡insensato! ¡y has podido creer que yo vendria á ponerme en tú poder, que te haria dueño de Roma! ¡ah! os ha cegado la ambicion, y en vano han caido ante los Borgias uno y otro Orsini; aun os creeis poderosos; no importa; continuad en vuestras rebeldias; llegará muy pronto un momento en que no habrá un solo Orsini que pueda rebelarse: ¡y, esa mujer, esa Isabel, cuánto tarda! ¡ah! por fin.

XIII.

Habian sonado pasos.

Se abrió la puerta por donde habia salido Orsini, y entró Isabel de Gonzaga.

Se detuvo á pocos pasos de la puerta, y lanzó una mirada altiva, irritada á Lucrecia.

—¡Ah! ¡sois vos! —dijo, —esperad, no os acerqueis, no me toqueis, estais emponzoñada; temo que hayais envenenado el aire de este aposento.

—¡Ah! ¿y por qué me habeis buscado entonces, mi buena amiga?—dijo Lucrecia, —¿por qué habeis salido tras mí de Roma, y os habeis arrojado sobre mí?

—¡Porque os aborrezco! ¡porque queria mataros!—dijo Isabel de Gonzaga.

—Pues ved ahí,—dijo Lucrecia,—yo no os aborrezco, yo no os deseo la muerte; estad segura de que no os mataré, porque os desprecio.

Isabel se puso pálida y tembló de cólera.

—¡Que me despreciais!—dijo,—es verdad, debeis tener hecho pacto con el diablo, porque el infierno os proteje; mi gente era mas en número, y mas fuerte que la vuestra, y sin embargo, la habeis vencido.

—Y os venceré siempre; estais sentenciada á equivocaros; creísteis que él os amaba, y solo le habeis servido de burla: ¿sabeis á quién ama el duque de Sessa?

—Ni á vos ni á mí,—dijo Isabel;—si os amara no estaríais aquí, en poder de Orsini; no me hubiérais salido esta noche á la campiña; pero ya se ve, sabíais que él habia de venir á salvar á la mujer que ama, á Angiolina Crespi, y habeis venido á impedirlo.

—¡Qué!... ¡sabeis vos!...—dijo Lucrecia:—yo he venido para impedir que el Gran Capitan caiga en una infame emboscada; yo he venido á matar al hombre que se la tendia, por medio de un hombre de quien estaba segura haria lo que quisiese; por medio de Genaro Orsini.

—¿Y quién es ese otro,—dijo con sarcasmo Isabel,—que ha podido tender una emboscada al Gran Capitan?

—¿No habeis conocido en Roma á un poeta, á un músico, á un brujo, á un gitano que se llamaba Julio Bonvinetto? ¿No habeis ido nunca á su casa, en los Términos, al pié de las Termas de Diocleciano, para que os diga la buenaventura?

—¿Qué dama no ha conocido en Roma á Bonvinetto?—contestó Isabel.

—Y decidme,—añadió Lucrecia,—¿no habeis oido hablar de un terrible condotiero, que hace pocos dias apareció en la campiña, y que se llama el capitan Roberto Roberti?

—Se cuentan de ese hombre cosas horribles,—dijo Isabel.

—Sentémonos,—dijo Lucrecia;—ponéos á cuanta distancia querais de mí, si es que temeis que el solo roce de la orla de mi brial con el vuestro os envenene; podeis creer lo que querais; pero ¿para qué habia yo de mataros? ¿qué daño me habeis hecho? habeis fascinado un momento á un hombre á quien admiro; esta es la verdad, y de quien me creeis apasionada; os han cegado los celos, mi buena duquesa, ¿no sabeis la gran persona que es en Roma el duque de Sessa? ¿no habeis llegado á comprender que el Santo Padre no puede tratarle de una manera

tal por su augusto carácter, que llegase á comprender completamente las intenciones con que los reyes de España han enviado á Italia á ese Gran Capitan, coronado por la victoria? ¿no creeis que yo, en quien el Santo Padre confia tanto, que mas de una vez ha puesto en mis manos el gobierno de Roma, soy apropósito para esplorar las intenciones del duque de Sessa? ¿por qué habeis sido tan ciega? ¿por qué os habeis equivocado de ese modo? ¿por qué habeis visto amor donde solo hay astúcia, una astúcia necesaria para la defensa de nuestra hermosa Italia? ¿no sabeis que yo estoy acostumbrada á sacrificarme por mi segunda patria y por el interés del Sumo Pontífice? ¿quién mas apropósito que yo para poner en claro lo que el Gran Capitan trae entre nosotros? hablamos la misma lengua, los dos somos españoles; si él ha nacido bajo el ardiente sol de Andalucía, yo he nacido bajo el ardiente sol de Valencia; nos conocemos de antiguo, desde hace algunos años, y entrambos hemos estado en la córte de ese astuto coronado que se llama Fernando V, y de esa noble y grande mujer que se llama la reina Isabel, ambos los conocemos; ¿por qué no habeis pensado en esto, Isabel? ¿por qué habeis dado ocasion á que tengamos aquí, en una casa aislada de Veletri, prisioneras por el momento de ese infame Genaro Orsini, esta estraña entrevista? ¿qué me importa á mí que ameis al Gran Capitan, ni que el Gran Capitan os ame? ¿no sabeis que yo estoy prometida al hermoso, al jóven príncipe de Tarento, Alfonso de Nápoles, que le amo, y que de un dia á otro seré su esposa? Pero vos direis: ¿Por qué habeis salido á la campiña infestada por las bandas de Orsini, al frente de un escuadron de lanzas, como una dama andante de un libro de caballerías? Ya os lo he dicho: el Gran Capitan, sorprendiendo su generosidad, se le ha tendido un lazo; él es valiente; es casi imposible que de una manera leal le venciese Orsini; pero es tambien temerario; se señala de tal manera para entrar en batalla, que se le vé donde quiera que se encuentra, y un arcabuz traidor puede asesinarle; en Italia abundan los hombres de buena puntería; muerto el Gran Capitan, de noche, á las puertas de Roma, en una empresa aventurera, podia creerse por sus reyes que el lazo habia estado en las manos de los Borgias; seria una imprudencia dar lugar á que esto se creyese; las consecuencias serian incalculables; para evitar esa traicion urdida por el capitan Roberto Roberti, era necesario que yo viniese aquí, que me viese con Genaro Orsini; por eso estoy aquí; si vos hubiérais sido mas prudente, menos loca, no me acompañaríais casa de Genaro Orsini; me alegro; os he dado una leccion; he aclarado cosas que yo no quiero que se crean, y además, me servís para que me impaciente menos, esperando la resolucion del lance en que nos encontramos, que no se hará esperar mucho; hablemos de algo, Isabel; sírvanos para entrete-

nernos el señor Bonvinetto, ó el capitan Roberto Roberti, el traidor por quien nos encontramos aquí; ninguno de esos dos nombres le pertenece; ¿sabeis cómo se llama ese hombre?

—No,—dijo secamente Isabel.

—Pues creo que le habeis conocido mucho, hace cinco años; porque érais grande amiga de la desventurada Elena Corsini, que no tenia para vos, segun se cuenta, secretos.

—¡Ah! ¡pobre amiga mia!—exclamó Isabel,

—¿Sabeis el nombre de quien la mató?

—Su amante; el hombre á quien adoraba; el terrible Pietro de Nápoles.

—¿Y sabeis qué ha sido de Pietro?

—Se cree que desesperado, sabiendo que se conocia su crímen, porque un esbirro de César Borgia estaba en la taberna donde la mató, y oyó las súplicas de la desdichada que nombraba á su asesino, se cree que Pietro se arrojó al Tíber.

—No, Pietro no arrojó al Tíber otra cosa que el cadáver de Elena Corsini, conducido en un arca, en la cual salió de su casa, creyendo huir con su amante la pobre jóven; ¡oh! ¿quién guarda á una niña enloquecida por el amor? ¿cómo habia de creer el viejo Corsini que un arca que salia de su casa, y en la que creia iban regalos para Próspero Colonna, conducia á su hija, á la que habian favorecido para su fuga algunos criados traidores comprados por el oro de Pietro de Nápoles? la verdad es, que si un esbirro de mi hermano César no está en la taberna de los Cuatro Santos Coronados, sino sigue á los que condujeron dentro la misma arca donde habia sido llevada viva á la taberna Elena Corsini, muerta, nadie hubiera sabido lo que habia sido de ella; el Tíber hubiera guardado el secreto; en cuanto á Pietro de Nápoles, si se arrojó al Tíber, salió de él atezado, convertidos en negros los rubios cabellos, enronquecida la voz, envilecido el aspecto, convertido, en una palabra, en Julio Bonvinetto.

—¡Ah! ¡Julio Bonvinetto era Pietro de Nápoles!—exclamó Isabel.

—Sí, el hijo de un adulterio vergonzoso; ¿sabeis la historia del nacimiento de Pietro de Nápoles?

—No: Elena Corsini me habia dicho que era hijo natural del príncipe Federico, hoy rey de Nápoles.

—Es verdad; un dia Paolo Vizconti, prófugo por traicion á la República de los Estados de Venecia, llegó á Nápoles con su esposa Giovanna Monti, hermosísima veneciana en la flor de su juventud. Paolo lo habia perdido todo; el rey de Nápoles le otorgó una proteccion mezquina; le dió una quinta á las faldas del Vesubio, y una pequeña renta: el prín-

cipe Federico aumentó esta renta por una razon de infamia; se habia enamorado de Giovanna Monti, esposa de Paolo, que fué bastante prudente para comprender su situacion y para sufrirla. Pero la señoría de Venecia es terrible; los que ella sentencia mueren. Seis meses despues de la llegada de Paolo Vizconti á Nápoles, le mató en medio del dia, en la calle de Toledo, un hombre que cuando pretendieron prenderle se abrió el sayo y dejó ver sobre su pecho estas tres letras rojas: C. D. X. (Consejo de los Diez): y mostró un salvoconducto de la serenísima República, que contenia una sentencia por traicion contra Paolo Vizconti. La República de Venecia es demasiado respetable; se enterró á Paolo Vizconti, y su verdugo partió libremente de Nápoles. Algun tiempo despues de esto, nació Pietro, y con el tiempo fué tan parecido á su padre, el príncipe Federico, que éste no pudo menos de reconocerle como hijo suyo. Pero Pietro no ha heredado mas que la quinta donde nació, y una pequeña renta que le dió por decoro, no por amor, su padre, que le aborrece, con harta razon, porque Pietro ha sido siempre un miserable, un infame, un sér terrible que ha vivido en la impunidad hasta que ha osado atentar contra los Borgias; morirá esta noche; para matarle he venido yo aquí; ved cómo os engañábais, Isabel; ved cuán inútilmente habeis salido de Roma, atentando por una equivocacion funesta contra mí.

XIV.

Calló Lucrecia, é Isabel permaneció contrariada, sombría, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Y bien,—dijo al fin, rompiendo aquel silencio Isabel;—vos que lo sabeis todo, ¿sabeis lo que ha sido de mi dama de honor Angiolina Crespi?

—¿Y qué sé yo de Angiolina?—dijo Lucrecia.

—Dicen que la habeis robado y que la habeis ocultado por celos que teneis de ella á causa del Gran Capitan.

—¡Calumnia, calumnia infame que ha servido para armar el lazo de que he librado á Gonzalo de Córdova!

—¿Y sabeis si le habeis librado?—dijo con desesperacion Isabel,—¿sabeis si el duque de Sessa vivirá en este momento?

XV.

Oyóse entonces un gran tumulto fuera de la casa; crugir de armas, pisadas de caballos, voces de hombres, una confusion, en fin, que parecia indicar una gran desgracia ó un gran peligro.

Veamos de lo que provenia aquello.

CAPITULO XXV.

De cómo el Gran Capitan era un raton demasiado feroz para que pudiese cogérsele fácilmente en una ratonera.

I.

Volvamos á la Cruz de la Buena-dicha en el momento en que Orsini y Pietro de Nápoles, unidos por el peligro, se preparaban á oponerse al escuadron de lanzas que venia de Roma.

La noche era muy clara, y no tardaron en verse los destellos de la luz de la luna en los arneses del escuadron que adelantaba al trote largo por el camino.

Al frente de aquel escuadron, cubierto de penachos y lambrequines, con una rica sobrevesta, embrazada en la adarga y puesta en la cuja una fuerte lanza, sobre un magnífico corcel paramentado, venia el Gran Capitan rodeado de algunos capitanes y cabos de su gente.

II.

—Por San Lázaro, nuestro patron, capitan Illescas,—dijo Gonzalo, á un viejo veterano que llevaba á su derecha;—paréceme que se atreven esos villanos á atajarnos el camino.

—Deben ser los de Orsini,—dijo el capitan Illescas.

—Pues con esos canallas no hay que entrar en parlamentos ni en intimaciones; puesto que se nos cruzan en el camino, embistámoslos sin meternos en contestaciones, y llevémoslos por delante de un repelon: ¡hola! ¡alférez Arévalo! mandad á las trompas que toquen á arremetida: ¡sus, á ellos! ¡Santiago y cierra España!

III.

A este grito de guerra lanzado con voz tonante por el Gran Capitan, se unió el clamor herido de las terribles trompas españolas que tocaban á arremeter, y los cien hombres de armas que llevaba el Gran Capitan enristraron las lanzas, se inclinaron sobre los arzones, aflojaron las bridas, apretaron los acicates, y el escuadron rápido, sombrío, relumbrante, recrugiente, avanzó con el fragor de una tromba; llegó, y de la primera embestida arrolló, desordenó, atropelló al escuadron de Orsini.

Los bandidos de Roma, los bravos convertidos en hombres de armas, no podian resistir á los buenos soldados viejos de Castilla, acostumbrados á superar empresas harto mas difíciles bajo el mando en persona de Gonzalo de Córdova.

Se hubieran llevado por delante una muralla, cuanto mas aquella turba multa de miserables, mas acostumbrados al asesinato y á la sorpresa en cuadrilla que al combate.

IV.

En el momento en que el escuadron de Orsini fué deshecho, como pudiera haber sido deshecho un monton de hojas secas por el huracan, se vieron algunos ginetes que se alejaban á rienda suelta; los unos hácia Albano; los otros á través de los viñedos que cubrian las colinas.

Entre aquellos hombres que huian, se salvaban Pietro de Nápoles y Domínico.

Por un momento Pietro tuvo la idea de avanzar sobre las ruinas del monasterio de las Santas Vírgenes, arrebatar de ellas á Angiolina y valerse de la jóven como de un arma para una nueva intriga que podia ser mas afortunada que la que acababa de ser deshecha por una reunion de coincidencias.

Pero se encontró sin mas fuerzas que le ayudasen que Domínico, que se le habia pegado como la sombra al cuerpo.

Angiolina estaba bien guardada, y además no era prudente detenerse y dar ocasion á que se echasen encima los vencedores que seguian avanzando por el camino.

Pietro de Nápoles apretó los acicates á su caballo y continuó corriendo sin otra direccion que la de un lugar en que se encontrase á salvo.

V.

No eran todos los soldados del escuadron castellano los que seguian corriendo sin detenerse por el camino de Veletri.

La mitad del escuadron se habia quedado por órden de Gonzalo de Córdova con el capitan Illescas y algunos otros cabos, ocupado en alancear á los pocos de Orsini que todavia resistian.

Gonzalo, con el otro medio escuadron, esto es, con cien lanzas, iba en derechura á las ruinas del convento de las Santas Vírgenes, donde se le habia dicho estaba Angiolina.

—Alférez Arévalo,—dijo Gonzalo cuando estuvieron cerca de las ruinas;—partid á la desfilada con sesenta hombres y cercad esos muros derruidos que tenemos delante; que no salga un solo hombre de esos muros, sin que se le persiga y se le prenda; alférez Majuelo, conmigo y los otros cuarenta.

Cinco minutos despues, las ruinas estaban cercadas y el Gran Capitan, el alférez Majuelo y las cuarenta lanzas echaban pié á tierra dentro de las ruinas.

Diez soldados se quedaron teniendo los caballos, y Gonzalo, el alférez Majuelo y los otros treinta, dejadas las lanzas, adelantaban hácia una arcada, por donde habian aparecido algunos frailes cenicientos con antorchas.

—¡Ah! tenemos encima almas en pena;—dijo el Gran Capitan soltando una carcajada;—pues cuenta no os haga yo de veras almas del otro mundo, hermanos; dejaos de espantos y veníos á hablar buenamente con el Gran Capitan.

—¡Ah! ¿vuestra señoría es el señor duque de Sessa?—dijo adelantando uno de los frailes.

—El mismo en persona,—dijo el Gran Capitan,—á no ser que al meterme entre estos paredones me haya convertido en alma del otro mundo.

—¿Y qué quiere vuestra señoría?—dijo con miedo el fraile.

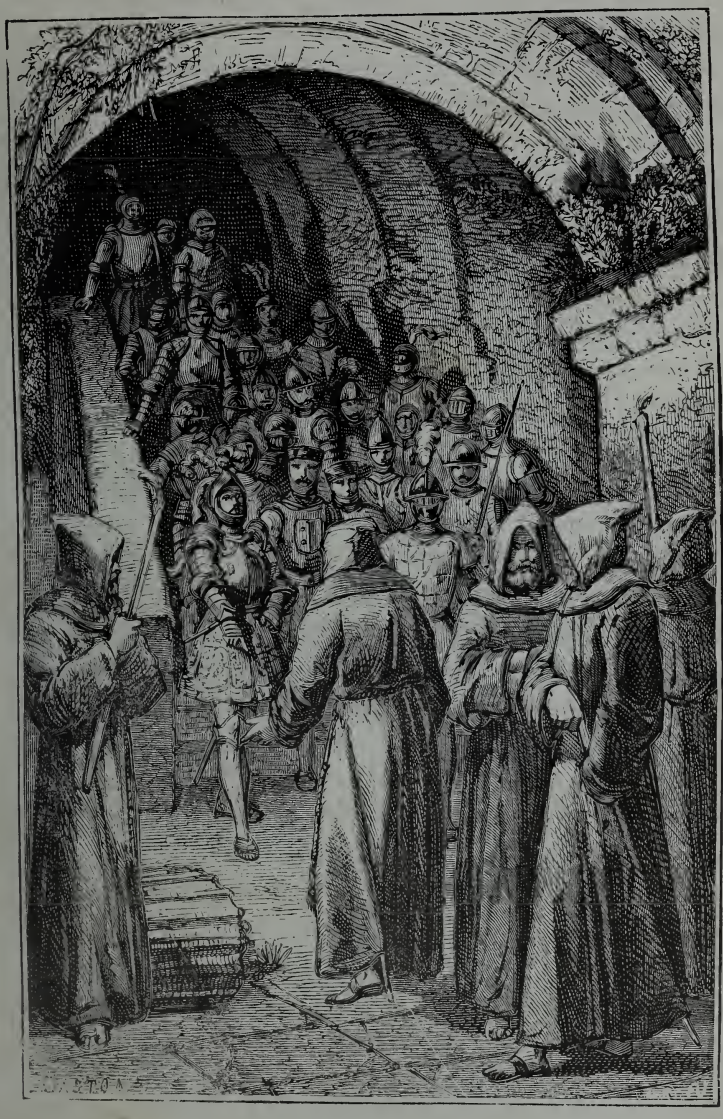
—Quiero que se me entregue al momento una dama que está cautiva entre estas ruinas.

—¿Sabe vuestra señoría que yo no puedo hacer lo que me manda?

—Lo que sé es que si no me obedeces, con el cordon de tu hábito te mando ahorcar de una de esas columnas.

—Esta es una traicion,—dijo el fraile;—verdaderamente yo no me he comprometido á hacer imposibles, ni tengo la vida para perderla á ciencia cierta: yo no tengo la culpa de esto; todo consiste en que se sabe que está aquí esa señora; no puedo defenderla; no debo matarla y me veo obligado á entregarla: ¿qué diablos he de hacer yo contra el Gran Capitan que se me viene encima con una tan brava compañía de hombres de punta en blanco? sígame vuestra señoría.

Y se metió por la arcada.



Lamina 11. —Quiero que se me entregue al momento una dama que está cautiva entre estas ruinas

Otros cuatro frailes que le acompañaban, tambien con antorchas, adelantaron alumbrando.

VI.

La arcada era sombría, lóbrega; se ramificaba, se torcia; descendia el terreno.

El Gran Capitan notó por lo húmedo del ambiente, que adelantaban por debajo de tierra.

Bajaron aun unas escaleras, entraron en una estrecha galería, en la cual habia algunas puertas, y al cabo el fraile que iba delante se detuvo ante una de aquellas puertas y la abrió con una llave que sacó de la manga de su hábito.

—Entre vuestra señoría,—dijo,—ahí está la dama que busca.

Gonzalo pasó de aquella puerta y se encontró en un espacio húmedo, estrecho, de bóveda deprimida, en el cual habia un lecho, una mesa, algunas sillas y una alfombra que la humedad mojaba.

La luz que dentro del aposento ardía sobre la mesa, estaba rodeada de una aureola densa, á causa de la humedad.

Al entrar Gonzalo de Córdova, una mujer que estaba sentada sobre el lecho, una jóven hermosísima, Angiolina Crespi, en fin, se lanzó hácia él, se arrojó en sus brazos y exclamó con una alegria delirante.

—¡Ah! ¿con que sois vos, Gonzalo? ¿con que ya estoy libre? ¿con que nada tengo ya que temer? gracias, amigo mió, gracias; no esperaba yo tanto: ¡qué horribles quince dias! he creido volverme loca; pero ya no me separaré de vos, ¿no es verdad? no; vos no os apartareis de mí; seria dejarme espuesta á la venganza de Lucrecia, á la cólera de mi padre, á la rabia de Savonarola: ¡ah! no, no; no os apartareis de mí, y si no me amárais, si no quisiérais tenerme á vuestro lado, ponedme bajo la proteccion del Santo Padre y haced que se me encierre en un convento.

Angiolina habia dicho estas palabras de una manera precipitada, febril, con la mirada candente, fija en el Gran Capitan que se extremecia bajo ella.

Nunca le habia parecido tan hermosa Angiolina. Estaba vestida de la misma manera que la noche en que la habia encontrado, en la torrecilla de los Tres Ahorcados, el Gran Capitan.

Pero su traje estaba ajado, manchado por la humedad.

VII.

—Salgamos, salgamos de aquí cuanto antes señora, —la dijo,— encaminémonos al próximo pueblo de Veletri: allí tendreis un aposentamiento digno de vos y veremos lo que debe hacerse.

—¡Oh! sí, salgamos cuanto antes de esta horrible caverna en la que he creido morir de horror y de frio: tengo ansia de respirar aire puro; salgamos.

Y se asió al brazo del Gran Capitan.

VIII.

Salieron y precedidos por los cinco frailes que alumbraban, recorrieron aquellos estrechos pasadizos, subieron las escaleras, adelantaron por la lóbrega arcada y se encontraron al fin al descubierto entre las ruinas, bajo la luz de la luna.

El alférez Majuelo y los treinta hombres de armas, seguian en paso acompasado al Gran Capitan y á Angiolina.

En cuanto á los frailes, ó lo que es lo mismo, en cuanto á los esbirros de Lucrecia, que hasta entonces habian guardado á Angiolina, en el momento en que ésta, Gonzalo y los hombres que los acompañaban estuvieron fuera de la arcada, se perdieron en el fondo de ella.

—Vayan con Dios, —dijo el Gran Capitan: —nada hay que decirles, puesto que han sido dóciles como corderos.

Angiolina aspiraba con placer el aire seco y perfumado de la campiña.

—¡Ah! ¿cómo habeis sabido que yo estaba aquí? —preguntó á Gonzalo.

—Se me ha tendido un lazo, ó mejor dicho, se me ha armado una ratonera y se os ha puesto á vos por cebo para que el raton entrase; pero al entrar el raton, ha roto la trampa, ha hecho pedazos á los que querian cogerle, y todo se lo ha llevado el diablo: estoy contento, vive Dios: os he salvado y puedo satisfacer un compromiso de honor que tenia empeñado con vuestro padre.

—¡Qué decis! —exclamó aterrada Angiolina.

—Una carta falsificada de una manera tan hábil que, á tratar de otro asunto, hubiera yo tenido por mia, fué encontrada en vuestro abandonado aposento del palacio de la duquesa de Urbino.

—¡Una carta! —dijo Angiolina con estrañeza; —yo no he recibido ninguna carta vuestra.

—Eso prueba que aquella carta fué dejada en vuestro aposento para comprometerme, para que se creyese que yo era quien os habia robado: pero ¿cómo, si no leisteis aquella carta, pudisteis salir del palacio de la duquesa de Urbino?

—¡Ah! yo estaba loca: habian pasado por mí tantas cosas aquella noche, tantas cosas terribles... os ví y me fascinásteis; yo estaba ame-

nazada por el furor de Gerónimo Savonarola; habia sido abandonada de una manera cobarde por el duque de Gandía: la única persona generosa que encontraba junto á mí erais vos; yo no se cómo pudo ser, pero á poco que hablamos sentí por vos algo que se parecia al amor, algo mas grande que lo que habia sentido por Gerónimo Savonarola y por el duque de Gandía: me mirábais de una manera tal, que no parecia sino que tambien estábais enamorado de mí; como me estais mirando ahora.

—Es que sois la mujer mas hermosa que he visto en toda mi vida.

—¡Ah! y vos sois el único hombre á quien he recordado con mas dolor, con mas amor: cuando me separé de vos sentí algo muy doloroso; me pareció que no iba á volver á veros; por eso, cuando un hombre que habia empezado por cantar bajo los balcones de mi aposento me dijo que vos me esperábais, yo creí aquel hombre enviado por vos, y le seguí; me metieron en una litera, y desde entonces estoy presa: ¡ah! Lucrecia os ama; ella se ha gozado en mi desesperacion; ella me ha dejado comprender que vos no me habíais entregado á ella como ella pretendia hacerme creer; sino que ella, celosa de mí, me habia robado para apartarme de vos.

—¡Oh que nueva infamia!—dijo Gonzalo de Córdova,—si esa mujer no es Satanás, es por lo menos su hija.

—Sí, no sabeis cuán terrible es Lucrecia Borgia: yo temblaba; yo temia ser envenenada con las viandas que se me presentaban, y solo comia cuando me obligaba el hambre: he sufrido mucho, mucho, pero ya no sufriré mas porque vos no os apartareis de mí.

IX.

Llegaban en aquel momento al lugar de las ruinas, donde estaban los caballos.

Habian llegado dos ginetes que esperaban al Gran Capitan.

—Señor,—dijo uno de ellos,—el capitan de los enemigos, derribado de una lanzada de su caballo, ha sido preso y se ha encontrado que es el señor Genaro Orsini.

—Y bien; como supongo que estará bien guardado, nada tengo que decir sino que le traigan á Veletri con los otros de los suyos que hayan sido presos, porque supongo que no habrá sido el único preso el señor Genaro Orsini

—Hay otros treinta mas, señor, y cincuenta hombres entre muertos y heridos.

—Pues volved á rienda suelta, y que se venga el resto de la gente con los presos á Veletri.

Los dos ginetes se volvieron.

Gonzalo montó, tomó sobre el arzon á Angiolina, montaron los hombres de armas, y se dirigieron á la poblacion que estaba cerca.

Antes de llegar, los cuatro hombres de armas que iban á vanguardia descubriendo el terreno, se detuvieron.

Poco antes de llegar á Veletri, junto á una casa aislada, habian encontrado un escuadron como de cuarenta lanzas que esperaban á pié firme.

—Id á reconocer á esa gente, alférez Majuelo,—dijo el Gran Capitan.

El alférez avanzó con algunos hombres de armas.

Del escuadron que esperaba, avanzaron á media rienda algunos otros hombres.

—¿Quién va?—dijo el alférez Majuelo á los que le salian al encuentro.

—Hombres de armas de la duquesa de la Romanía,—contestó Francesco Buotti. —Y vosotros, ¿quiénes sois?

—España,—contestó el alférez Majuelo.

—¡Ah! ¿viene con vosotros el señor duque de Sessa?

—Sí, pardiez,—contestó el alférez Majuelo.

—Pues allá voy con vos á hablar al señor duque,—dijo Buotti adelantando solo y llegando poco despues con el alférez Majuelo delante del Gran Capitan.

X.

—Guarde Dios á vuestra señoría,—dijo Buotti, levantándose la visera de la celada:—¿no me conoce vuestra señoría?

—¡Ah! ¿vos sois el capitan de la gente de armas de la señora Lucrecia Borgia?

—Vuestro servidor,—contestó Buotti.

—¿Y qué diablos haceis aquí, señor Francesco, tan cargado de hierro?

—He venido con mi señora.

—¡Ah! ¿está aquí la duquesa?

—Sí señor, en esa casa aislada.

—¿Y qué hace ahí?

—Ha venido á entregarse á Genaro Orsini en prenda de un avenimiento con el Santo Padre.

—¡Diablo, diablo!—dijo el Gran Capitan;—no veo muy claro: el bueno de Orsini es mi prisionero; se me ha puesto por delante, he arre-

metido contra él, y le he cogido como á un gazapo, y no le suelto, no; por la rosa de oro que me ha dado Su Santidad, que le ahorco, y despues de haberle ahorcado, que se avenga con él Su Santidad cuanto quisiere.

—Hareis muy bien, señor; con estos infames, el mejor avenimiento es una cuerda de cáñamo.

—Pero veamos: ¿está verdaderamente en poder de los de Orsini vuestra señora?

—Sí señor, y bien guardada; por gente superior en número á la mia.

—Vuestra señora ha cometido una gran imprudencia,—dijo el Gran Capitan; —sabe Dios las órdenes que tendrán esos bandidos; y hay que reconocer que son fieles como la espada á la mano para quien les paga: algo bueno habian de tener; pero esto es muy malo para nosotros; es una gran prenda la duquesa, y sabe Dios á lo que nos obligarán, porque no acontezca á esta señora una desgracia. ¿Qué gente es esa que se acerca, capitan Illescas?—añadió Gonzalo, percibiendo el lejano rumor de caballería gruesa que se acercaba.

—Son indudablemente las cien lanzas que dejamos allá, que segun las órdenes de vuestra señoría, vienen sin duda con los presos.

—¡Brava noche de aventuras!—dijo Gonzalo; —pero la imprudencia de la duquesa va á obligarme á capitular con ese mal nacido Orsini: vamos, ya están cerca, y dentro de poco los tendremos encima. ¿Quién acompaña en esa casa á la duquesa, señor Francesco?

—Otra duquesa.

—¿Quién?

—La duquesa de Urbino.

—¡Pardiez! ¿y por qué está aquí esa señora?

—Cuando veníamos se nos echó encima con unos cien hombres de armas; trabamos pelea, los vencimos y prendimos á la duquesa.

—¡Diablo, diablo!—dijo el Gran Capitan riendo;—hé aquí que las damas romanas se nos convierten en capitanes de aventuras: ¡válgame Dios qué enredo! es decir, que la señora Lucrecia Borgia, presa, tiene presa consigo á la señora duquesa de Urbino.

—¡Alto! ¿quién va?—dijo el alférez Majuelo, dirigiéndose á un escuadron que se acercaba.

—¡España!—contestó otra voz desde el escuadron.

—¡Ah! los nuestros,—dijo el Gran Capitan:—capitan Illescas, ayudadme á poner en tierra á esta dama.

El capitan desmontó, puso en tierra á Angiolina, que tenia miedo, porque no conocia las intenciones del Gran Capitan, y sabia que estaban muy cerca Lucrecia y la duquesa de Urbino.

Gonzalo desmontó.

—Servid á esta dama, capitan Illescas, —dijo Gonzalo, —mientras yo voy á entenderme con ese señor Orsini.

XI.

Y el Gran Capitan, seguido de algunos de sus pajes y de sus alféreces que habian desmontado, adelantó hácia el resto de su gente, que acababa de llegar.

A la cabeza de ella, á caballo, desarmado y rodeado por algunas lanzas, estaba Genaro Orsini.

Mas atrás, rodeados por hombres de armas, estaban los otros treinta que habian sido presos.

—Dejad que se acerque á mí el capitan contrario y cautivo, —dijo el Gran Capitan llegando á su gente.

XII.

Genaro Orsini echó pié á tierra, y pasando por entre los hombres de armas que le guardaban y que se abrieron, llegó, dominado por una cólera sorda, hasta el Gran Capitan, y le dijo:

—Yo creia que un caballero tal y tan renombrado como vos, era incapaz de prestarse á traiciones.

—Hablad con mas comedimiento, —dijo Gonzalo, —ó ¡vive Dios! os mando cortar la lengua por insolente, señor Genaro Orsini. ¿A qué llamais traicion? ¿os he cogido yo durmiendo? ¿por qué, ¡voto al diablo! no os habeis defendido mejor? ¿qué culpa tengo yo de que los vuestros á la primera embestida se hayan desbandado como estorninos y os hayan dejado solo en el campo? ¿por qué, en vez de haberos dejado echar mano, no me habeis echado mano á mí, mal capitanejo de salteadores cobardes? ¿creíais vos, don perdido, don jactancioso, que era lo mismo que aterrar á las desarmadas aldeas de la campiña de Roma, ponerse delante de las lanzas de España? ¡Por el alma de mis abuelos, que me da vergüenza de que mis trompas de guerra hayan tocado á arremeter contra una gentecilla tan ruin como la vuestra!

—Ya sé yo que los bravos de Roma no pueden ponerse enfrente de vuestras buenas lanzas viejas, —dijo Orsini: —aquí tenemos lo que podemos, y nos basta para entendernos: yo cuestiono con el Santo Padre un derecho: yo soy un vicario, un príncipe de Roma, y los Orsini valen tanto, por lo menos, como los Fernandez de Córdova.

—En otro tiempo, ahora no; mentís como un mal nacido al decirlo: los Orsini, como todos los vicarios de Roma, se han convertido en unos miserables bandidos.

—Ved que Próspero Colonna, vuestro grande amigo, que está allá en Terracina con vuestro ejército de España, mandando las lanzas de Nápoles, es como yo, un vicario de Roma, desposeido por las tiranías de Alejandro VI.

—Hiciérais vos, hicieran los vuestros que han perecido cobardemente, lo que ha hecho el buen caballero Próspero Colonna; buscárais por los buenos medios, como él, intercesores tales como los señores Reyes Católicos; prestároos á un buen avenimiento, y yo os tenderia la mano y os llamaria mi amigo; pero habiéndoos rebelado abiertamente contra nuestro Santísimo Padre, vuestro señor natural, á quien debeis un doble acatamiento como cristiano y como vasallo, haciendo sufrir depredaciones y tiranías, escándalos y desastres á la campiña de Roma, no podeis ser considerado mas que como un rebelde traidor, como un capitan de condotieros, como un gran salteador en cuadrilla.

—Yo me amparé del rey de Francia.

—Os hubiérais ido con él cuando se fué de Italia, y no oiríais lo que oís, ni os veríais como os veis.

—Me veo así, porque conmigo se ha hecho una gran traicion.

—Déme Dios paciencia para sufriros: si fuérais tan bravo y tan buen capitan como sois desvergonzado, indudablemente no hubiera yo podido prenderos: pero ya que hablais de traicion, quiero escucharos: probadme que yo os he hecho traicion, y os suelto.

—¡Pues no! Llega Lucrecia Borgia adonde yo me encuentro, me tiende la mano, me pone condiciones para mi avenimiento con el Papa, se queda en rehenes entre los mios, y cuando yo marcho sobre Roma confiadamente, vos me salís al encuentro, me acometeis, me venceis, me prendeis: ¿qué quereis que piense de vos?

—Todo, menos que soy un mal caballero; debísteis creer que vuestro encuentro conmigo era un encuentro casual.

—¿Y por qué, en vez de veniros á parlamento, me acometísteis á todo vuestro poder?

—Porque yo no parlamento con bandidos.

—Ved que estoy preso, y que no puedo tomar satisfaccion de vuestros insultos.

—Concluyamos, que esto me cansa: ¿qué órdenes habeis dejado á vuestros bravos que guardan á la duquesa de la Romanía?

—Órdenes terminantes; las que se dan respecto á todas las rehenes: si me salen al camino, y me vencen y me matan, matadla; si el Papa me prende, retenedla presa, perdéos con ella en nuestras guaridas; y si el Papa me mata, matadla.

—Pues bien, voy á soltaros; id y soltad vos á la duquesa: preso por preso.

—Despues de todo, señor duque de Sessa, me basta vuestra palabra: si me prometeis dejarme en libertad con los mios y volveros á Roma con Lucrecia, vamos por ella.

—Os lo prometo por mi honor.

—Pues en marcha, señor duque, porque veo que los mios, que se han quedado en la casa donde está la duquesa, andan alborotados, porque saben sin duda que he sido preso.

—Vamos, y acabemos de una vez.

XIII.

Gonzalo de Córdova y Genaro Orsini, seguidos de los hombres de armas, se encaminaron á la casa.

Gonzalo habia notado que Orsini tenia la voz ronca, que hablaba con dificultad, que respiraba con fatiga, que su marcha tenia algo de la marcha de un ébrio.

Genaro Orsini se sentia enfermo; le fatigaba un mal estar pesado, que se iba haciendo á cada momento mas grave; pero lo atribuia á su caida del caballo á impulsos de una lanzada, ó á la rabia de verse preso y vencido.

Ni aun siquiera sospechaba que le hubiese envenenado Lucrecia por medio del contacto de su guante cubierto con el tósigo de los Borgias, que se habia infiltrado por una larga presion á través de la piel desnuda de la mano de Orsini.

XIV.

El tumulto que habian oido desde la habitacion en que se encontraban Lucrecia é Isabel, habia sido causado por la aproximacion de Genaro Orsini, del Gran Capitan y de los hombres de armas castellanos.

—Nada hay que temer, —dijo Orsini á los suyos, llegando a la puerta de la casa; —prevenid los caballos para marchar.

Y emprendió la subida de las escaleras.

A la mitad de ellas se detuvo.

—Me pareceis muy enfermo, —dijo el Gran Capitan.

—La caida ha sido grave,—contestó Orsini:—me cogió una lanzada de través, y sin poderme valer, vine de los arzones al suelo; y gracias á que la coraza es muy fuerte y resbaló el hierro, que de otra manera, no lo cuento.

—Las buenas armas son la mitad del buen caballero, —dijo el Gran Capitan.

—Adelante, —contestó Orsini.

Y siguió subiendo con trabajo las escaleras.

CAPITULO XXVI.

De cómo el Gran Capitan se vió libre de tres hermosos enemigos con faldas.

I.

Las dos duquesas oyeron que el tumulto cesaba.

Poco despues, el crugir de los arneses de dos hombres que se acercaban.

Se abrió al fin la puerta, y aparecieron Genaro Orsini y el Gran Capitan.

Lucrecia fijó una profunda mirada en Orsini.

Le vió pálido, sudoroso, marcada en el semblante la espresion de un dolor recóndito, de una gran fatiga y de un gran decaimiento.

—Ahí teneis á Lucrecia Borgia,—dijo Orsini á Gonzalo;—voy á llamar al capitan de mis bravos y á levantar la órden de que retuviese presa á esa señora. ¡Hola! ¡Sebastiano!

II.

Apareció instantáneamente en la puerta un hombre atlético, armado de todas armas, con la visera calada sobre el rostro.

Parecia un espectro de hierro.

—La señora duquesa de la Romanía,—le dijo Orsini,—está libre.

—¿Libre, señor, por vuestra libre voluntad?—dijo Sebastiano con una voz ronca, ahuecada por el cerrado casco de encaje.

—Por mi libre voluntad, Sebastiano,—contestó con voz firme Orsini.

—Jurádmelo, señor, por la venganza de vuestros parientes asesinados,—dijo Sebastiano.

—Te lo juro.

—Es, señor, que me han dicho que estais preso.

—Lo estaba, pero ya no lo estoy. ¿No es esto así, señor duque de Sessa?

—Así es, —contestó el Gran Capitan: —fuerza es confesar que teneis muy buenos servidores. ¿Qué hace todavía ahí ese bribon?

—Espero órdenes, —dijo con voz sombría Sebastiano.

—Pues dádselas pronto, vive Dios, —dijo Gonzalo, —y aunque vos podeis contaros siempre por libre, mando prender á todos los vuestros que están en esta casa, y que los despachen buenamente: me canso ya, y estas señoras esperan.

—Sebastiano, —dijo Orsini á su capitan, —haz que saquen fuera los caballos y que estén prevenidos para marchar.

—Muy bien, señor, —dijo Sebastiano retirándose.

III.

—Pero supongo, —dijo Lucrecia cuando hubieron quedado solos, —que todo esto no es mas que una equivocacion; oigo decir que estábais preso, Genaro, y que se os ha puesto en libertad, á lo que parece, á cambio de mi libertad: esto es, sin duda, que vos, señor Gonzalo de Córdova, habeis encontrado marchando hácia Roma al señor Genaro Orsini, habeis arremetido con él, le habeis vencido y le habeis preso.

—Eso es, señora, —dijo Orsini, que de momento en momento se encontraba mas desasosegado.

—Si yo hubiera podido adivinar que vos, señor Gonzalo de Córdoba, íbais á salir esta noche de Roma con vuestra gente, y que podíais encontraros con el señor Genaro Orsini, hubiera dado á éste una carta para que no le hubiéseis puesto impedimento en su marcha hácia Roma, donde le espera Su Santidad.

—¡Ah! ¡espera Su Santidad al señor Genaro Orsini! —dijo con asombro Gonzalo de Córdova; —yo ignoraba esto.

—¿Con que es cierto que Su Santidad me espera? —dijo Orsini; —¿con que no existe la traicion que yo suponia?

—Si no estuviérais acostumbrado á las traiciones, —dijo Gonzalo, —no hubiérais supuesto traicion contra vos ni contra nadie en personas tales como la duquesa de la Romanía y yo.

—Perdonadme, —dijo Genaro Orsini; —pero vivimos en unos tiempos en que hay que temerlo todo: la traicion ha matado á mis parientes.

—Se les ha hecho la guerra como se ha podido, —dijo Lucrecia; —pero id, id Orsini, el Santo Padre os espera.

—Voy á montar al momento á caballo,—contestó Genaro:—os suplico otra vez que me perdoneis, señor duque de Sessa; tiempo me queda para demostraros cuánto estimo yo á caballeros tales como vos. Adios, señoras; espero que nos veremos pronto en Roma.

—Yo confio,—dijo Lucrecia,—en que como vos os avenís con la Santa Sede, se avengan los otros vicarios de la Iglesia, y se acaben estas turbulencias que tanto nos debilitan: id con Dios, señor Genaro Orsini.

—Adios señoras; adios señor Gonzalo de Córdova,—dijo Orsini.

Y se volvió para salir.

—Esperad un momento,—dijo Lucrecia,—me olvidaba, una de las condiciones que yo he venido á imponeros, ha sido que me entregáseis al bastardo Pietro de Nápoles: ¿dónde está ese hombre?

—Le habia preso,—contestó Orsini,—pero en aquellos momentos nos acometió el señor Gonzalo de Córdova, y Pietro de Nápoles huyó; no ha sido mia la culpa; puedo probar con el testimonio de mis gentes, que le prendí.

—Y bien, cómo ha de ser,—dijo Lucrecia;—si esta vez se nos ha escapado Pietro de Nápoles, no se nos escapará otra; id con Dios, Genaro.

—Adios,—dijo Orsini.

Y salió.

IV.

Gonzalo de Córdova se quedó solo y algo embarazado con las dos duquesas.

Isabel, sombría, indiferente habia permanecido sentada en un sillon, y como hemos visto, no habia pronunciado una sola palabra.

—Y bien,—dijo el Gran Capitan;—¿cómo es que os encuentro aquí, señoras?

—Esta noche ha sido noche de avenimientos, señor Gonzalo de Córdova; Isabel y yo estábamos algo alejadas; nos hemos explicado, nuestra enemistad ha concluido, y hemos venido juntas á buscar á Genaro Orsini; espero que nuestra amistad no volverá á romperse.

—¿Pero por qué, por qué habeis venido vos á entenderos con Orsini?—dijo el Gran Capitan;—bastaba con que yo hubiera enviado con algunas lanzas á mi buen amigo don Hugo de Moncada.

—Francamente, Gonzalo, he tenido miedo; necesitaba apoderarme por medio de Orsini, de un hombre terrible, del cual, por culpa involuntaria vuestra no he podido apoderarme; ese hombre, á quien se creia muerto hace cinco años, ha resucitado para convertirse en un terrible

enemigo mio; en un enemigo oculto que hiere á traicion, que se encubre, que se trasforma; de quien no podeis defenderos, porque es invisible: y ya que en preguntas andamos, ¿por qué habeis salido vos de Roma con vuestra gente de guerra?

—Porque mis atalayas han visto salir al campo uno tras otro, dos escuadrones; y en habiendo gente armada por donde yo ando, tengo por costumbre averiguar por qué se ha armado, á donde vá y qué pretende hacer: he creido que así servia lealmente á Su Santidad.

—Gracias en nombre de Su Santidad, —dijo Lucrecia.

—Y ved ahí, señora, —dijo Gonzalo, —Dios ayuda los buenos propósitos: ¿creereis, Isabel, que por esta escursion nocturna en que yo no habia pensado, he venido á dar con el escondrijo en que tenian presa á una de vuestras damas que se perdió dias atrás, y cuyo padre tuvo el atrevimiento de acusarme de que yo era quien la habia perdido?

—Angiolina Crespi, —dijo levantándose y con alegría Isabel, porque sabia que aquel era un golpe demasiado rudo para Lucrecia; —¡habeis encontrado á Angiolina Crespi!

—Sí, por una casualidad afortunada,—contestó Gonzalo;—figuráos, señoras, que algunos soldados mios penetraron en las ruinas de un convento, inmediatas á Veletri, persiguiendo á alguno de los de Orsini que habian penetrado en ellas, cuando he aquí que se presentan algunos frailes franciscos con antorchas; estos frailes, que no eran otra cosa que bravos disfrazados, que para imponer espanto pretendian pasar por almas en pena, en vez de aterrar á los mios, se aterraron de vérselos encima y cantaron de plano, que si iban por una dama que tenian escondida y presa en un subterráneo de las ruinas, la entregarian.

Me avisaron de esto, acudí y ví con asombro y con alegría que la dama presa era Angiolina Crespi.

—¿Y qué habeis hecho de ella?—dijo sombríamente Lucrecia.

—Esta abajo entre los capitanes y cabos de mi gente: ya que nos hemos entendido, voy á hacerla subir y á entregarla á la duquesa de Urbino, su señora, para que la lleve á Florencia y la entregue á su padre á ruegos mios. ¡Hola! alférez Majuelo venid acá, —añadió Gonzalo llegando á la puerta.

V.

El alférez Majuelo se presentó.

—Llevad mi órden de subir con la dama que he dejado cerca de esta casa al capitan Illescas, —dijo Gonzalo: —al capitan de la gente de armas de la señora duquesa de la Romanía, que se aproxime á esta casa, y

lo mismo al capitan de la gente de armas de la señora duquesa de Urbino: id.

Majuelo se inclinó y se retiró.

VI.

—Hé aquí, —dijo el Gran Capitan, —que si yo no tercio en este lance, sabe Dios lo que sucede: ¡imprudencia como la vuestra, Lucrecia! ¡y vos tambien, Isabel, venir á meteros entre estos bandidos! gracias á que yo tengo una pequeña guardia por prevision á cada puerta de Roma, y la de la Puerta Latina vió salir un escuadron; otro la de la Puerta de San Lorenzo; me avisaron y salí.

—Hay pues, que dar muchas gracias á vuestra prevision, —dijo con despecho Lucrecia, que no adivinaba cuáles pudieran ser las intenciones del Gran Capitan al hacer traer allí á Angiolina.

En aquel momento entró la jóven, y se detuvo asombrada, irresoluta, al ver allí á las dos Lucrecias.

VII.

Las tres mujeres mas hermosas de Italia habian sido reunidas allí por los acontecimientos, delante de un grande hombre, amado por las tres.

La situacion no podia ser mas difícil, y Gonzalo se apresuró á evitar un escándalo.

Lucrecia daba muestras de estar próxima á estallar.

Isabel se contenia á duras penas.

Angiolina, pasado el primer momento de sorpresa, habia comprendido la situacion y se habia preparado á todo.

—Angiolina, —dijo el Gran Capitan, —debeis vuestra libertad, tanto á la duquesa de la Romanía como á la de Urbino, como á mí, y mas que á mí á estas señoras, porque sin ellas yo no hubiera podido libertaros.

—Gracias á estas buenas señoras, —dijo encubriendo mal su sarcasmo Angiolina, —y sobre todo, gracias á vos, Gonzalo, á vos, de quien todo lo espero.

Dijo con tal acento Angiolina estas palabras, miró de tal manera, al decirlas, al Gran Capitan, que éste temió sobreviniese un rompimiento.

Lucrecia se mordió de despecho los lábios, é Isabel se puso densamente pálida.

—Gracias á Dios, —dijo el Gran Capitan, —vuestra honra, Angiolina, no ha padecido nada por estas aventuras; estais completamente á sal-

vo: la señora duquesa de Urbino me ha prometido llevaros á Florencia, donde vuestro padre se encuentra, y entregaros á él: la señora duquesa de la Romanía hará cuanto esté de su parte, porque reconociendo vuestro padre sus errores, pueda ser perdonado por el Santo Padre y vivir libremente en Roma; ¿no es así, señoras?

—Así es,—dijeron las dos duquesas, que veian aplazada la cuestion.

Sobre todo, el Gran Capitan se separaba voluntariamente de Angiolina.

Esta se echó á llorar.

Salia del poder de Lucrecia para caer bajo el dominio de su padre, y la terrible venganza de Savonarola.

Gonzalo se apresuró á terminar aquella situacion difícil, invitando á las tres damas á que le siguiesen.

Estas le siguieron.

Algun tiempo despues, se apartaban de Veletri tres escuadrones.

El primero el del Gran Capitan; el segundo el de Lucrecia, que iba á caballo junto á Francesco Buotti; el tercero el de la duquesa de Urbino, que con Angiolina iba tambien á caballo delante de su escuadron.

VIII.

Al llegar junto á la laguna de Veletri, los esploradores del escuadron del Gran Capitan se detuvieron.

Habian visto relumbrar arneses junto á la laguna.

Cuando aquella gente fué reconocida, se vió que era la de Orsini, diezmada y acobardada.

—¿Por qué os habeis detenido aquí?—dijo el Capitan Illescas.

—Nuestro señor,—dijo sombríamente Sebastiano,—acaba de morir.

—¡Diablo, diablo!—dijo el capitan Illescas,—en Roma la gente se muere sin saberse por qué ni cómo.

—¡Ah! todavia quedan Orsinis que venguen á los Orsinis asesinados,—dijo Sebastiano:—¡ah, si hubiéramos muerto á esa serpiente antes que dejarla hablar con nuestro señor! la sola mirada de los Borgias envenena.

—Componeos como podais,—dijo el capitan Illescas; pero lo mejor que podeis hacer es iros de los Estados romanos, porque en ellos os amenaza por todas partes la horca.

Y revolviendo su caballo, fué á dar parte al Gran Capitan de lo que Sebastiano le habia dicho.

—¡Oh!—exclamó Gonzalo,—¿qué nos importa? adelante; un bandido menos.

Y poniéndose en marcha, dijo para sí:

—Es necesario confesar que hay mujeres que parecen ángeles y son demonios; afortunadamente esta noche me he librado de las tres, y se han acabado para mí estas aventuras.

Y el Gran Capitan al frente de su escuadron, continuó al paso su camino.

A las dos de la noche, el Gran Capitan entró en Roma por la puerta de San Sebastian.

Isabel por la de la Latina.

Lucrecia por la de San Lorenzo.

Cuando el Gran Capitan entró en el Vaticano, encontró, esperándole, á un correo que habia llegado de España.

Aquel correo le llevaba un pliego en que los Reyes Católicos le decian:

«Dejad lo de Roma, y que el Papa salga de sus cosas como pudiere; pasad con el ejército al reino de Nápoles y estad á la mira: esto cuanto antes.»

—¡A mejor tiempo!...—dijo con alegría el Gran Capitan.—Bueno es que los reyes mis señores me hagan poner entre Lucrecia y yo toda la tierra que hay desde Roma á Nápoles: á pesar de que esa mujer me causa horror y desprecio, me domina, me aturde, me embriaga; es necesario huir de ella, como se huiria de Satanás.

Y sin perder un instante, Gonzalo dió órden de que su gente estuviese pronta para marchar.

Lucrecia recibió tambien órden del Papa para marchar de incógnito á Florencia.

La duquesa de Urbino marchó dos dias despues para Florencia, llevando consigo á Angiolina.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

SAVONAROLA.

CAPITULO PRIMERO.

En que aparece de nuevo Pietro de Nápoles.

I.

El 20 de Setiembre de 1497 entró por la Puerta Romana de Florencia un hombre montado en un gran caballo, de mala estampa, pero fuerte y andador.

El hombre que en este cuártago cabalgaba llevaba un gran sombrero, bajo el cual se veia un semblante rojizo, orlado por una barba negra y espesa, y flanqueado por las greñas revueltas de una gran cabellera negra.

El resto del traje de este hombre era un sayo pardo; sobre el sayo un capotillo corto con mangas anchas; calzas ordinarias de lana azul, botas altas, espuelas enmohecidas, y pendiente de un cinturon de cuero crudo, una ancha y larga espada.

El cuártago llevaba sobre las ancas una gran maleta.

Esto hizo que uno de los guardas de la puerta detuviese al ginete y le preguntase:

—¿Llevais algo que tenga que pagar á la señoría?

—Si la ropa blanca y usada paga, llevo, —dijo con mal talante el de á caballo;—pero si no, dejadme pasar, que todo lo que conseguireis, si me deteneis para un registro, será hacerme perder el tiempo.

—Pasad, —dijo, no sabemos por qué, el guarda.

Sin duda le habia inspirado confianza por su ruda franqueza el viajero.

Éste pasó.

Poco mas allá de la puerta preguntó á otro ginete que salia:

—¿Quereis decirme cómo se llama esta calle?

—Via Romana, —dijo el otro.

El que entraba siguió.

Esta Via Romana ocupaba el mismo lugar que hoy ocupa la calle de Guicciardini.

II.

El desconocido siguió adelante, y se detuvo á la puerta de la tienda de un espadero, en la cual habia una muchacha bastante linda.

—¿Querreis decirme, hermosa señora, —la preguntó, —á dónde se sale por esta calle?

—Lo primero que se encuentra, —contestó la jóven, —es el Puente Viejo.

—Y por el Puente Viejo ¿se va bien á la plaza de San Márcos?

—¡Oh! ¡oh! sí señor; pero San Márcos está allá, al otro lado de la ciudad nueva; hay que pasar el rio y recorrer muchas calles.

—Y decidme, ¿dónde encontraré una hostería?

—¡Ah! eso, cerca; en el mismo Puente Viejo; la hostería ' la *Vita Buona*.

—¡Ah! gran título; voy á ver si es justo: adios, señora, y perdonadme; soy forastero.

—Ya se conoce: adios.

El viajero siguió por la Via Romana adelante, y llegó al Puente Viejo, que no pudo reconocer sino porque, por un claro, es decir, por una boca-calle que descendia á la ribera, se veia la mansa corriente del Arno.

El Puente Viejo estaba flanqueado por dos hileras de casas, y era, por decirlo así, el punto de union de las calles que hoy se llaman de Guicciardini y de Santa María.

Sin embargo de haber visto el Arno, el viajero preguntó á un transeunte:

—¿Es este el Puente Viejo?

—Sí señor, —contestó el preguntado; —todo lo que hay desde aquí hasta aquella puerta, que es la de Santa María, es el Puente Viejo.

—Y decidme, —insistió el viajero, —¿cuál es la hostería de la Vita Buona?

—En el lado del frente, hácia el medio, —contestó el transeunte.

—Gracias y adios.

—Id con Dios: la muestra os dirá cuál es la hostería.

III.

Empezaba á oscurecer.

El viajero hizo tomar á su caballo el centro del puente, y adelantó hasta la mitad de su longitud, donde se detuvo á la vista de una muestra de hierro que rechinaba contra su pescante, impulsada por un fuerte viento.

La tarde era tempestuosa.

En aquella muestra se leia en letras encarnadas: *La Vita Buona.*

Debajo de este rótulo habia pintados pasteles, aves y pescados.

En aquella casa entendian por buena vida comer mucho y bien.

El viajero enderezó su caballo hácia la hostería y se metió por su ancho portalon.

Inmediatamente apareció un criado, que tuvo la brida al caballo.

—¿Venís á parar aquí, señor?—le dijo.

—Indudablemente, puesto que aquí me meto,—contestó el viajero echando pié á tierra y quitando por sí mismo la maleta de la grupa del caballo:—llevad ese bicho á la cuadra, y que me den aposento, luz y cena.

—Giussepe,—dijo el criado que tenia el caballo á otro que salia de una habitacion baja,—lleva á este señor... pero es necesario saber si quereis aposento de mucho precio.

—Al contrario,—dijo el viajero,—el de menos precio que tengais.

—Al aposento número 21,—dijo ya con mucho menos respeto el mozo que tenia el caballo, á pesar de que habia notado que la maleta que se habia puesto debajo del brazo el viajero, era pesada.

Para medir el respeto, no importaba se adivinase por el peso de la maleta, que el viajero tenia oro, sino lo que gastaba.

IV.

Giussepe echó á andar, emprendió por unas estrechas escaleras, siguiéndole el viajero, le hizo andar y subir, no sabemos cuánto tiempo, y al fin lo dejó en lo alto de la casa, en un pequeño aposento.

Por el momento, el viajero no pudo formarse una idea exacta del local adonde le habian llevado.

Empezaba á oscurecer, y por la ventana solo penetraba una luz gris é indecisa.

Se asomó á aquella ventana y vió el Arno, en cuya tersa superficie se reflejaba en un tono blanquecino el cielo.

Dos largas hileras de casas flanqueaban el rio hasta el puente de Alle Gracie.

Muchas de las casas que flanqueaban el rio eran palacios.

V.

Tardó en volver Giussepe con una luz.

La facha del viajero y la peticion de cuarto barato habia inspirado poca confianza á los mozos de la hostería de la Vita Buona.

No estrañareis os preguntemos de dónde venís, —dijo Giussepe, — ni quién sois y cómo os llamais: la señoría de Florencia ha ordenado á los dueños de las hosterías se informen del nombre y de la procedencia de los huéspedes.

—¿Sí? ¿y para qué quiere saber esto la noble señoría de Florencia?

—¡Oh! por dos causas muy graves, señor mio: en primer lugar, se sabe que el bribon de Pedro de Médicis, á quien echamos hace dos años á puntapiés porque era un déspota, conspira y envia emisarios suyos á fin de volver á imponernos su tiranía; pero se engaña: estamos ojo avizor; no mas Médicis; estamos cansados de ellos; no los necesitamos para nada sino para que conspiren contra la libertad de la república: hé aquí una de las razones por qué se necesita saber quién es y de dónde viene el que viene á Florencia.

—¿Y cuál es la otra razon? —dijo el forastero.

—La otra razon es que, á causa de la predicacion del padre Girolamo Savonarola, la república ha sido excomulgada por el Papa, Roma y Florencia no se entienden, y se dice que de Roma viene mala gente para matar á Savonarola.

—¿Y qué me importa á mí eso? —dijo, encogiéndose de hombros, el viajero; —yo me llamo Marcelo Porta, soy siciliano, y me ocupo en el comercio de sedas: cuando haya hecho un buen empleo de escelente *raja*, de Florencia me volveré á Siracusa, mi pátria, de donde vengo.

—Bien, —dijo el criado; —mucho será que no os pidan un fiador.

—¡Cómo! pues qué, ¿la señoría de Florencia tiene tanto miedo que cree necesita un fiador cada cual que venga á albergarse dentro de las murallas de su ciudad?

—¡Uf! la cosa es grave, muy grave: ¿quién sabe lo que es cada prójimo que viene y á quien no se conoce? peor para el que venga con mal propósito; no le durará mucho la cabeza sobre los hombros.

Volvió á encoger los suyos el señor Marcelo Porta.

—Traedme de cenar, —dijo.

—¿Qué quereis?

—Un pedazo de carne asada, un pedazo de pan y un vaso de vino.

Miró con mucho menos respeto el criado á Marcelo Porta, salió y tardó media hora larga en venir con la cena.

VI.

Entre tanto, el señor Marcelo tuvo tiempo de examinar la habitacion.

En Florencia, desde muy antiguo, el arte es una costumbre.

No podeis ver nada en Florencia que no tenga algo de artístico. Así, pues, el techo de la pequeña habitacion era de madera sencillamente encasetonado, pero con belleza y buen gusto; las paredes estaban cubiertas por pedazos hetereogéneos de tapices viejos, en que se mezclaban cabezas, brazos, piernas; trozos de composicion; todo de dibujo correcto y de buen colorido, pero descompaginado.

Habia allí fragmentos de un centenar de tapices, pero no podia decirse que la habitacion no estaba entapizada

En un ángulo habia una cama de bella forma antigua, pero en cuanto á colchones y ropas mezquina; una mesa antiquísima, algunos viejos sillones y un agua-manil de estaño, componian todo el mueblaje.

Las vidrieras de la ventana eran de vidrios exágonos, verdes, azules y encarnados.

El suelo era de madera, descubierta y no muy limpia.

VII.

Lo que menos miró el viajero fué el interior de la habitacion; lo que miró con mas interés fué la altura de la ventana sobre el rio. Habia á lo menos, quince varas.

Debajo de la ventana, en línea perpendicular, habia otras dos ventanas.

VIII.

—Bueno es saber,—decia el señor Marcelo, midiendo á ojo la altura de la ventana sobre el rio,—que se tiene mucha cuenta en Florencia con los extranjeros sospechosos: por lo mismo, para salir á ciertas horas, es necesario buscar una puerta que de nadie sea vigilada: Domínico debe estarme esperando esta noche en la plaza de San Marcos: hasta el toque de cubre-fuego se puede estar fuera sin que se sospeche; despues ya veremos por dónde y cómo salimos.

IX.

El señor Marcelo corrió.

Y preguntando por la situacion de una calle donde dijo vivia un conocimiento suyo, salió de la hostería.

Adelantó, y preguntando acá y allá, llegó al fin á la plaza de San Marcos y al pórtico del convento de dominicos que da nombre á la plaza.

X.

La plaza estaba desierta.

La noche se habia hecho mas y mas tempestuosa, era oscurísima y llovia en abundancia.

El señor Marcelo se metió en uno de los reentrantes del pórtico para guarecerse de la lluvia.

XI.

Pasó algun tiempo sin que ninguno de los transeuntes que pasaban harto de prisa, se detuviese en el pórtico.

Al fin un hombre subió la escalinata, se detuvo y esperó.

—Domínico,—dijo el que esperaba anteriormente.

El hombre que habia sobrevenido se encaminó al lugar de donde habia salido la voz.

—¡Ah! ¿sois vos, señor?—dijo.

—Sí, yo soy Domínico,—contestó el señor Marcelo,—y ya me impacientaba.

—¿Qué quereis?—vengo del Duomo (catedral) de oir el sermon del Maestro; magnífico sermon; me hubiera alegrado de que le hubiera oido el Papa; ¡excomulgado el Maestro! ¡hereje el maestro! ¡bah! esto no puede continuar así; el cardenal de San Pedro Advíncula y los otros cardenales sus amigos, acabarán de convencer á Alejandro VI de simonía; será lo que debe ser.

—Te estás charlando como si no cayera el agua á cántaros, Domínico,—dijo el llamado Marcelo Porta;—¿ha vuelto ya al convento el padre Savonarola?

—Sí, debe haber vuelto mucho antes que yo, porque yo he tenido que esperar á que se fueran evacuando las naves que estaban llenas de gente: que nos excomulguen, bueno, nosotros peleamos por Dios y Dios nos fortalece.

—¿Has hablado de mí al padre Savonarola?—dijo el señor Marcelo.

—Sí, si señor; le he dicho que un pariente lejano mio, siciliano, de Siracusa, que se llama Marcelo Porta, tenia que venir á Florencia á comerciar en sedas, y necesitaria quien le fiase para que le dejasen permanecer en la ciudad: el Maestro me dijo:—Yo le fiaré si me pareciere justo: cuando llegare, tráelo.

—¿Qué hombre es ese Savonarola?—dijo el señor Marcelo.

—Un apóstol, un santo,—contestó con entusiasmo Domínico.

—No pregunto yo eso: su carácter.

—Severo, severísimo.

—Ese hombre, —dijo hablando como consigo mismo el señor Marcelo,—es un sábio: debe tener una gran perspicacia; ¿no temes tú que reconozca mi disfraz, Domínico?

—¿Qué importa? yo no he querido decirle la verdad; he preferido que se la digais vos si os conviene: la mejor recomendacion que teneis para el Maestro Girolamo Savonarola, es ser enemigo á muerte de los Borgias.

—Pues si te parece que es hora á propósito para presentarme á tu Maestro, vamos allá.

—A todas horas puedo yo llegar hasta el Maestro; tengo una llave del postigo que dá á la calle del Maglio; venid.

XII.

La calle del Maglio empezaba en la plaza de San Marcos, y corria al costado izquierdo del convento.

Domínico y el llamado Marcelo Porta, se deslizaron á lo largo del pórtico, entraron en la calle del Maglio, y al fin del costado del convento, Domínico abrió un pequeño postigo.

—Mucha confianza debe tener en tí el Maestro Savonarola cuando te deja una llave de su convento.

—¿Conoceis en Italia algun personaje que no tenga bravos á su servicio?—dijo cerrando por dentro el postigo Domínico.

—¡Ah! ¡con que el apóstol, el santo, necesita tambien tener á su servicio un puñal!—dijo de una manera acre el señor Marcelo.

—No, pardiez,—contestó Domínico;—pero el que tiene grandes y poderosos enemigos, cuando estos enemigos se llaman los Borgias, tiene necesidad de llevar tras sí, de dia y de noche gentes que le defiendan: ya sabeis que no todos los que tienen á sueldo bravos, los tienen para asesinar, sino para no ser asesinados; pero callemos, que pronto vamos á entrar en el gran claustro; la comunidad es numerosa; pasan de doscientos los hijos de Santo Domingo que viven conventualmente en San Marcos.

—¿Y piensan todos como el reformista Savonarola?

—¿Se puede oir acaso al Maestro Girolamo sin ser persuadido? si desde el primero hasta el último de los religiosos de San Marcos, no pensasen como fray Girolamo, éste no seria su prior: pero silencio; entramos en el claustro; bajad la cabeza en señal de recogimiento; estos religiosos son muy ascéticos; como que su superior es un apóstol: seguid detrás de mí.

XIII.

Habian recorrido un pasadizo estrecho iluminado por algunos faroles de luz opaca, y entraron en un magnífico cláustro, severo, sombrío, grandioso.

Uno de esos magníficos monumentos de la escuela romana.

Llegaron á las anchas escaleras de mármol, subieron, y á la derecha, en el cláustro alto, Domínico abrió una mampara y entró con el señor Marcelo en un recibimiento bello, aunque sencillo; porque dentro de Florencia, hasta el ascetismo era artístico.

—Esperad aquí,—dijo Domínico al señor Marcelo.

Y abrió otra mampara, atravesó otra estancia y entró en un salon.

Aquella era la celda del reformista enemigo de Alejandro VI, del excomulgado, del hereje protegido por la república de Florencia, del célebre, en fin, Girolamo Savonarola.

Habia un verdadero lujo en este salon; pero lujo de arte: estátuas, cuadros, grandes estanterías de roble tallado, rico pavimento de mármol, rica ensambladura en el techo: en contraposicion de esto, humildes muebles, sillones de baqueta, mesas sencillas, lecho pobre.

XIV.

Sentado junto á la mesa, escribiendo con suma atencion, y muy deprisa, una carta que el que la hubiera leido hubiera visto se escribia en un latin fácil, correcto y elegante, carta que se dirigia al Papa, estaba Girolamo Savonarola, con la rasurada cabeza inclinada sobre el papel.

Su descarnada mano se agitaba al escribir, en una leve convulsion nerviosa; y tan abstraido estaba, que no sintió los pasos de Domínico.

XV.

Éste llegó hasta tocar la mesa, y dijo con voz respetuosa:

— Venerable Maestro.

Savonarola levantó el semblante, miró de una manera fija á Domínico y le dijo sin soltar la pluma:

—¿Y bien?

—Ahí está,—contestó Domínico.

—¿Quién?

—El que se esperaba.

—¿Pietro de Nápoles?

—Pietro de Nápoles.

Savonarola dejó la pluma en el tintero, guardó en un cajon de la mesa la carta á medio escribir, y dijo á Domínico:

—Que entre ese hombre.

Domínico salió, y poco despues entró Pietro de Nápoles, llamémosle así, puesto que ya nos han dicho el verdadero nombre del señor Marcelo Porta, Savonarola y Domínico.

XVI.

Savonarola recibió de pié, rígido y grave al bastardo de Nápoles.

—Salud, venerable Maestro,—dijo Pietro adelantando sombrero en mano y bajando profundamente la cabeza ante Savonarola.

—Salud, hermano,—contestó fray Girolamo;—¿sois vos el mercader Marcelo Porta, siciliano, de Siracusa, de quien me ha hablado Domínico Fanti, criado de este convento?

—Yo soy,—dijo con la cabeza erguida y con altivez, Pietro de Nápoles,—el mismo de quien os ha hablado Domínico.

—¿Y qué quereis?

—Proteccion.

—¿Contra quién?

—Contra mis enemigos.

—¿Quiénes son vuestros enemigos?

—Los Borgias.

—¿De qué manera quereis que os otorgue esa proteccion?

—Responded de mí á la señoría de Florencia; vos lo sois aquí todo.

—¿De quién he de responder?

—Del siciliano Marcelo Porta, natural de Siracusa, que viene á Florencia á comerciar en sedas.

XVII.

Savonarola se sentó, tomó un papel, y escribió lo siguiente:

«El prior de los dominicos de San Márcos de Florencia, responde

»ante la señoría de la república, de la persona del señor Marcelo Porta, »natural de Siracusa en Sicilia, mercader de sedas. —Florencia 21 de »Setiembre de 1497. —*Savonarola.*»

Despues puso el sello de la Orden en el papel, y le entregó á Pietro de Nápoles.

XVIII.

Pietro tomó aquella especie de salvo-conducto, le guardó y dijo:

—Si no temiera incomodaros, padre, distraeros de vuestras gravísimas ocupaciones, prolongaria mi permanencia junto á vos.

—Si os es necesario, prolongadla, —dijo Savonarola.

—He venido á Florencia solo por vos, —dijo Pietro de Nápoles; —para serviros, para ayudaros y para que me ayudeis.

—¡Ah! ayuda por ayuda, —dijo Savonarola.

—Sí, os amenazan los Borgias; os amenazan de cerca, —dijo Pietro de Nápoles.

—¡De cerca! es verdad; el Santo Padre no se ha satisfecho con excomulgarme; ha excomulgado á la república de Florencia porque me ama, porque oye mi doctrina y acude presurosa á escuchar, arrodillada á mis piés, la palabra de Dios.

—Teneis enemigos en Florencia.

—Dios es mi fortaleza, y me ampara con su gracia.

—Entre tanto la serpiente se enrosca á vuestra garganta.

—Hablad terminantemente.

—Lucrecia Borgia está en Florencia.

—En buen hora, —dijo Savonarola; —yo no combato; yo lo abandono todo, hasta mi vida, á la voluntad del Señor: lo que yo digo por la salud de la república, no es mio; viene de Dios: Dios me inspira: si vos me ayudais, será porque esta sea la voluntad de Dios; yo no busco vuestra ayuda ni la acepto; mi poder está en Dios.

—Tanto me da si vos tomais como de Dios la ayuda mia; pero deseo que Dios os inspire tenderme la mano cuando la necesite.

—Yo la tiendo á todos mis hermanos.

—¿Estais seguro de que yo puedo ser considerado hermano vuestro, ni hermano de ningun hombre?

—Aunque seais una oveja extraviada, —dijo Savonarola, —siempre sereis una oveja del Señor: los pastores á quienes Dios ha entregado su grey tienen el deber de buscar á la oveja perdida y volverla al rebaño del Señor.

—Y decidme, padre Girolamo, ¿no puede haberse perdido de tal manera la oveja que no pueda volver al rebaño?

—La misericordia de Dios es infinita.

—¿Y creeis que sin la misericordia de Dios, el hombre no puede llevar á cabo un buen propósito?

—Ante todo, es necesaria la gracia del Señor.

—¿Y cómo podrá obtener la gracia divina un gran pecador?

—Por medio del arrepentimiento; empezando por la penitencia.

—Escuchadme, pues, en confesion, porque ante vos, padre, está uno de los mas grandes pecadores del mundo.

—Seguidme, —dijo Savonarola.

Y se dirigió á una puerta situada en el fondo del salon, por la cual desapareció seguido de Pietro de Nápoles.

CAPITULO II.

¿Qué era Savonarola?

I.

Por una estrecha escalera bajaron á la sacristía, y de ella pasaron á la iglesia.

Al fondo de esta, á la izquierda, entraron en la capilla de San Antonio envuelta en una densa penumbra.

Tal vez Savonarola habia elegido esta capilla oscura y el gran confesonario puesto á su fondo, para que Pietro de Nápoles, de quien no sabia si confiar ó desconfiar, no pudiese apercibirse de las emociones que pudiesen salir á su semblante.

Despues de haber rezado la Confesion general en latin, Pietro de Nápoles dijo:

—Como sabeis yo no soy Marcelo Porta, sino Pietro de Nápoles.

—Y bien, siempre sereis el mismo pecador, —dijo Savonarola.

—He teñido cuatro veces mis manos en sangre.

—Arrepentíos, —dijo Savonarola, no sabiendo contestar de otro modo á aquella brusca confesion.

—Maté á Elena Corsini porque me amaba y no podia ser mi esposa, desde entonces paso por muerto y un absoluto incógnito me defiende de la venganza de los Corsini.

—Continuad:

—Despues maté á una pobre niña, á quien amaba, porque amaba á otro: esta desgraciada era gitana y se llamaba Julieta.

—Seguid, —dijo Savonarola.

—Hace poco tiempo maté, acometiéndole por la espalda y de una sola puñalada, á un hombre que amenazaba la vida de una mujer á

Lamina 12.—He teñido cuatro veces mis manos en sangre

quien amo: aquel hombre era un esbirro de César Borgia; la mujer por quien maté, protegiéndola, á aquel hombre, la mujer á quien amo es Lucrecia Borgia.

—Seguid, —dijo siempre impasible Savonarola.

—Aquella misma noche, llevado por Lucrecia á su palacio, recibido á su servicio, la robé un retrato suyo; aquel retrato estaba cubierto por el veneno de los Borgias; yo sabia que Cárlos Orsini amaba á Lucrecia, puse en su poder aquel retrato, le besó y murió.

—Seguid.

—Me ví obligado á huir y puesto al servicio de Genaro Orsini, que ignoraba que yo fuese el matador de su hermano, fuí vendido por él á Lucrecia y preso; pero pude escapar á favor de un combate entre las gentes del Gran Capitan que habia sobrevenido, y las de Genaro Orsini: me acompañaba Domínico Fanti, que habia sido preso tambien, y que, como yo, habia aprovechado la ocasion de fugarse.

—Seguid.

—Respetable Padre Maestro, ¿no fuisteis vos quien envió á Roma, encargándole procurase entrar al servicio del duque de Gandía, á nuestro comun amigo Domínico Fanti? ¿ignorais que Domínico vendió á su señor y le abandonó siendo en gran parte causa de su muerte desastrosa? Decid: vos, que os llamais profeta, que leeis en el porvenir, que recibís la inspiracion de Dios, ¿qué sucederá el dia en que os presenteis á juicio?

—Si he pecado, me he arrepentido, —dijo Savonarola.

—Padre Girolamo, —dijo Pietro de Nápoles, —no os he dicho yo mi nombre, ni os he pedido que me escucheis en confesion para que sostengais conmigo la sábia hipocresía que os ha hecho dueño de Florencia, peligroso para el Papa y enemigo de Roma, no; he venido á deciros: prestadme vuestro poder, y yo os prestaré mi brazo y mi conciencia: nos envuelven las sombras, nadie nos oye; sed para mí, no el fraile humilde, caritativo, sábio que predica la virtud, si no el ambicioso que sueña en el trono de una Iglesia reformada.

—¡Yo! —dijo Savonarola; —la tentacion y la angustia me persiguen; llenan mi sueño, rodean la sombra que me envuelve: en vano, el espíritu de Dios está conmigo.

—Bien, no insistiré; no procuraré que os despojeis para mí del antifaz con que os encubrís; pero oid: Anoche paré en Acquapendente, en la hostería del Aguila de Oro: al entrar ví un hombre que me es muy conocido, estaba dando órdenes para la cena de una viajera: aquel hombre no pudo conocerme por lo excelente de mi disfraz; pero como él no estaba disfrazado, ví que era el señor Francesco Buotti, mayordomo y

capitan de la gente de armas de Lucrecia Borgia: la viajera para quien se pedia la cena, era sin duda Lucrecia: yo no hice movimiento alguno por el que pudiera sospechar Francesco Buotti que yo le habia reconocido: fuí al aposento donde me llevaron, pedí de cenar y me mantuve en observacion: la ventana de mi aposento daba al patio de la hostería: apagué la luz, abrí la ventana y me mantuve toda la noche observando: Antes del amanecer sentí gran movimiento de gentes en la hosteria y pisadas de caballos que se sacaban de las cuadras. Una litera que estaba en el patio fué acercada al pié de la escalera, y poco despues sentí el paso de una mujer sobre las escaleras y el roce de su traje: habló algunas palabras con Francesco, que no pude percibir; pero percibí perfectamente la voz y el acento español de Lucrecia, ¿oís? Lucrecia en Acquapendente no podia dirigirse á otra parte que á Florencia.

—Su casamiento con vuestro hermano natural Alfonso es una cosa terminada, —dijo Savonarola, —y lo que mas importa á esa señora.

—Pero no supondreis que la duquesa de la Romania haya venido á buscar á su esposo, tomando una direccion completamente opuesta á Nápoles: perdonadme si dejo de estar de rodillas y me siento á vuestros piés, fray Girolamo: como no estoy acostumbrado á arrodillarme, se me hace muy duro.

II.

Pietro de Nápoles se sentó en el escabel del confesonario y se apoyó contra Savonarola, extendiendo su brazo por encima de sus rodillas sin que el prior de San Marcos hiciese el menor movimiento.

Aparte de la dureza y la frialdad del mármol, parecia en lo inmóvil una estátua.

—El asunto preferente de Roma, en estos momentos, —dijo Pietro de Nápoles, —y por consecuencia, el asunto preferente de Lucrecia, sois vos: habeis causado tanto ruido con vuestra reforma, habeis dicho tantas veces que es necesario destruir todo lo antiguo y construir cuanto antes lo nuevo, que nada tiene de extraño quieran destruir á un revolvedor del mundo, tal como vos.

—Yo combato por Dios, y Dios me dará su fortaleza.

—Vengamos á cuentas con lo que tenemos acá abajo, fray Girolamo: vos teneis á vuestra devocion á los piañones, esto es, al popular de Florencia, acaudillado por el terrible Francesco Valori y el intrépido Francesco Davanzati y al fuerte Andrea Cambini; á todos los enemigos de Pietro de Médicis, arrojado por ellos de Florencia; pero en cambio teneis en contra á Pietro Popoleschi, magnífico gonfaloniero de justicia con los

ocho magníficos señores de la señoría de Florencia y los arrabiatos (1) partidarios de lo antiguo, sin contar con los frailes franciscos que os envidian y os hacen una guerra á muerte; vos os creeis poderoso porque habeis dado á Florencia la forma de gobierno que tiene; porque relegado al claustro, vos sois de hecho la señoría de Florencia, el gonfaloniero de justicia, los ocho magníficos señores, los doce gonfalonieros de compañía, los doce hombres buenos, los diez del consejo de la guerra; el consejo de los ochenta y el consejo mayor, piensan, dicen y hacen lo que vos predicais en el púlpito de Santa María del Fiore: lo sois aquí todo: si vos mandais tocar á alarma con la gran piañona, los piañones llenarán armados, entusiasmados, sedientos de pelear con los arrabiatos, vuestra plaza de San Márcos.

—Yo predico la paz, la fraternidad, la caridad; yo he evitado la guerra que amenazaba á Florencia.

—Sí; predicais la dulzura y la fraternidad, porque esa es vuestra fuerza; sabeis que los pueblos aman la paz, y mucho mas, los pueblos de mercaderes como Florencia: la guerra cuesta sangre y dinero, mata la industria, interrumpe el comercio: sí, predicais la paz, pero si mañana necesitais la guerra os levantareis airado desnudando la espada de San Pablo en busca de las llaves de San Pedro, hacedlo pronto, fray Girolamo; mirad que os miden el terreno; que vuestros amigos disminuyen, que vuestros enemigos aumentan, que si esperais mucho, tal vez sea tarde cuando querais obrar de una manera decisiva: el Santo Padre es mas poderoso que vos; tiene en su favor la creencia católica; os ha excomulgado.

—Yo he probado que mi doctrina es sana, que la excomunion del Borgia, sobre ser injusta, no tiene autoridad; porque el Borgia debe su eleccion á la simonía y á la intriga y no soy yo solo el que ha protestado; mi voz no es mas que el eco de la protesta de los cardenales de San Pedro Advíncula, de Nápoles, y de otros.

—Sí, pero el mundo católico teme el cisma, porque el cisma es la perturbacion universal; Alejandro VI está reconocido como legítimo sucesor de San Pedro por la Iglesia y por todos los Estados católicos; por lo mismo, vos y esos cardenales estais legítimamente declarados

---

(1) Piañones y arrabiatos eran los dos bandos enemigos de Florencia: los piañones defendian la república y la reforma religiosa; podia decirse que Savonarola era su jefe: la campana mayor del convento de San Marcos se llamaba la piañona, y cuando tañia decian los piañones: —Oid qué hermosa y qué sonora voz tiene nuestra amiga: los arrabiatos defendian la dictadura, el gobierno aristocrático, lo antiguo: á su frente estaban los partidarios de los Médicis, expulsados del gobierno en 1495.

cismáticos, hereges y excomulgados; Florencia, rebelde contra el Papa, os ha sostenido á pesar de la excomunion, y corre á arrodillarse á vuestros piés, á escuchar vuestra ardiente palabra, llenando la catedral y San Marcos. Pero las cosas han cambiado; el Santo Padre, como era natural y preciso, ha excomulgado á la república de Florencia que os proteje: ¿y sabeis lo que es la separacion de la congregacion de los fieles del Estado florentino? Es la paralizacion del comercio, la falta de dinero, el hambre, la miseria, la desesperacion. ¿No han sido amenazados con el anatema todos los católicos que pisen el territorio florentino? ya lo habeis visto; las contrataciones han disminuido, disminuyen de dia en dia; nadie de afuera quiere ser excomulgado; porque en ningun Estado católico se tolera á un hombre marcado con el anatema de Roma: y no es esto solo; Florencia está amenazada por todas las potencias católicas; no teneis mas amigo que el rey de Francia, irritado contra el Papa porque le niega la investidura del reino de Nápoles, manteniéndola en la casa de Aragon: ¿y qué podeis esperar de Cárlos VIII, ahuyentado de Italia por España, á la cabeza de cuyo ejército se encuentra ese magnífico rey sin corona, ese hijo predilecto de Marte á quien Italia entera aclama con el dictado de Gran Capitan? ¿Qué esperanza podeis tener? La señoría, los ciudadanos, los mercaderes empiezan á miraros con ceño; ven en vos la causa de la ruina palpable de la república, sienten sus bolsillos cada dia mas ligeros, y en cambio solo les dais bellos sermones: estais dentro de un volcan, fray Girolamo, y ese volcan acabará por abrasaros y por arrojar al viento vuestras cenizas; yo tambien pretendo ser profeta: despertad de vuestra alucinacion, de vuestra confianza, combatid; ha llegado la hora; pero no combatais con la palabra como apóstol, sino como capitan, con la espada; haced que el incendio se ensanche, que salga de Florencia; insurreccionad la Italia, fatigada por la ambicion de los Borgias; levantaos una noche, arrojad vuestro hábito, ceñid la coraza; haced que bata á arrebato la piañona; acometed con vuestros secuaces, que aun son fuertes y numerosos, al grito de libertad y reforma, la señoría, los arrabiatos, cuantos son vuestros enemigos; ceñíos la corona ducal de los Médicis; llevadlo todo á sangre y fuego; aterrad á los unos, asombrad á los otros; lanzaos sobre el ducado de Milan, cansado de la tiranía de los Sforcias, incendiadle; hacedle vuestro; dad la mano á Venecia; alentad á los amigos de Francia en el reino de Nápoles; inflamad, en fin, la Italia; dad ocasion á que el rey de Francia, sediento de vengarse de las humillaciones que ha sufrido en Italia; repase los Alpes al frente de un ejército formidable; la guerra, alzáos en medio de ella terrible, espantoso; ¿qué podrá suceder? ¿que murais sobre el campo de batalla? elegid, entre una lanza enemiga y la hoguera de Roma; pero obrad

pronto, porque la serpiente se acerca á vos, ¡y ay de vos si puede rodearos con sus formidables anillos!

—He escuchado al infierno,—dijo con voz cavernosa Savonarola;—la guerra, la sangre, el esterminio, el hermano devorado por el hermano, las lágrimas, la desolacion, el incendio, la condenacion, y sobre todo esto una corona maldita: ¡oh Señor, oh mi Señor! ¿por qué permites á Satanás que hable bajo las bóvedas de tu santo templo á los piés de tu humilde sacerdote? pero es verdad. Tú permitiste que Satanás llevase á la cumbre de la montaña á tu hijo unigénito; tú has permitido que todos los santos oigan la rebelde palabra, la palabra maldita del eterno enemigo del cielo y de la tierra: ¡oh mi Señor Dios! *¿quare conturbas me?*

—Padre Girolamo, —dijo friamente Pietro de Nápoles; —¿qué mas guerra, que mas impiedad que vuestra terrible firmeza en insistir en vuestra reforma? si sois tan caritativo, tan piadoso, tan humilde, ¿por qué no bajais del púlpito, donde sosteneis el incendio de vuestra irresistible palabra, produciendo males incalculables que cada dia van en aumento? ¿Por qué descalzo, con la frente abatida y cubierta de cenizas, no vais á arrodillaros ante el trono de San Pedro á pedir arrepentido la absolucion de vuestros errores? ¿No veis que bajo la influencia de vuestra palabra se encarnizan los bandos en Florencia y están á punto de venir á las manos?

—Lo que yo hago no está en mí; viene de Dios; es hijo de un espíritu infinito que llena mi sér.

—Sí, es verdad, —dijo con desprecio Pietro de Nápoles; —habeis encontrado un medio excelente para lanzar de vos toda responsabilidad: vos no teneis libertad; vos no quereis decir ni dejais de querer decir lo que decís; no lo decís vos; vos sois un profeta, un apóstol; teneis revelaciones; la vision celeste se repite á vuestros ojos; estais lleno de un espíritu sábio, infinito; de un espíritu que no es vuestro, y al que en vuestra humildad llamais el espíritu de Dios: hablais de una manera simbólica y oscura, os creeis un elegido, un nuevo Mesías, y gracias á que no se os ha ocurrido decir que sois un ángel hijo de un ángel; vuestra humildad y vuestra mansedumbre son la soberbia y la fiereza mayores que he conocido: os prevaleis de la ignorancia general y dominais á la multitud con vuestra dulce, audaz y terrible palabra: que profetizásteis la venida de los franceses á Italia, y los franceses vinieron: qué mucho; todos los hombres de Estado conocian la ambiciosa impaciencia y el carácter aventurero de Cárlos VIII; vos no profetizásteis, dedujísteis con acierto, é hicísteis valer por profecía lo que solo era una prevision necesaria; predijísteis la caida de los Médicis: á tal extremo habian llegado su corrupcion y su tiranía, que era imposible dejaran de caer despeñados

por sus excesos, desde lo alto de su dictadura insoportable; pero la ignorante plebe, al ver cumplidos vuestros vaticinios, que eran comunes á todo hombre de Estado, os tuvo por profeta: esa es vuestra fuerza, la fuerza de que imprudentemente abusais; ó una de dos: ó estais loco y vuestra locura os pierde haciendo que os creais un predestinado divino, ó estais ciego y vuestra funesta ceguedad, produciendo las desgracias de la república, os envolverá en ellas y os destruirá: despertad; si sois verdaderamente caritativo y humilde, retractaos, dejad de alucinar á la crédula muchedumbre; si lo que haceis solo es un medio para llegar á vuestra ambicion, levantaos, herid, acometed, mientras aun teneis fuerzas; ved que esas fuerzas se os van escapando de entre las manos. En cuanto á mí, fray Girolamo, os creo un ambicioso, que como todos los ambiciosos tiene algo de loco: sois un grande hombre, no se os puede negar; si no lo fuérais no hubiérais llegado á hacer tanto como habeis hecho; por último; yo no he venido á veros únicamente para predicaros un sermon; necesito amparo, y un amparo fuerte: en cambio os serviré; lo que vos no os atreveis á hacer, lo haré yo, vigilaré á vuestros enemigos, los acometeré sordamente, me enroscaré á sus piés, los heriré desde la sombra: para esto necesito proteccion y dinero: encubridme, dadme oro, y yo haré tanto que me tengais por el mayor de vuestros amigos.

—Creo que habeis terminado, señor Pietro de Nápoles,—dijo Savonarola,—oid mi última palabra: os perdono las injurias que me habeis prodigado; el juicio abominable que habeis formado de mí; os lo perdono de todo corazon: además de esto, mi encargo es espiritual, no terrenal: estais cubierto de crímenes, poseido por Satanás; yo no os descubriré, me limitaré á rogar al Señor por vos: seguidme.

III.

Savonarola salió de la oscura capilla, y la luz de la lámpara del Santísimo, que ardia delante del altar mayor, dejó ver su blanca, severa y rígida figura, atravesando lentamente el templo en direccion á la puerta de la sacristía.

Pietro de Nápoles le seguia murmurando:

—Este hombre es incontrastable: ó es un loco, ó un santo, ó un demonio; veremos, tiempo queda.

IV.

Por la sacristía y por el cláustro, Savonarola llevó á Pietro de Nápoles al mismo postigo por donde habia entrado en el convento.

Le abrió la puerta y dijo á Pietro de Nápoles:

—Salid y arrepentíos.

Pietro salió, y se cerró el postigo.

La noche se habia hecho mucho mas oscura y continuaba lloviendo.

Pietro se deslizó á lo largo de la calle del Maglio, hácia la plaza de San Marcos, ganó el vestíbulo de la iglesia, se puso á cubierto de la lluvia en uno de los huecos del pórtico, y esperó.

CAPITULO III.

Una visita terrible.

I.

Savonarola se volvió lentamente á su celda con la cabeza inclinada sobre el pecho y profundamente pensativo.

Domínico Fanti esperaba impaciente.

Savonarola llegó á la puerta de la celda y mandó á Domínico que entrase.

—En ese hombre me has traido á Satanás,—le dijo severamente.

—Diablo contra diablo, venerable Maestro,—dijo Domínico:—Lucrecia Borgia está en Florencia.

—Ha llegado el momento del combate,—dijo Savonarola.

—Eso me decia esta tarde en su casa el señor Francesco Valori, vuestro grande amigo; es necesario romper por todo; nos estrechan las distancias; un momento mas, y nos tocarán con los puñales.

—Ha llegado la hora del combate,—repitió Savonarola,—pero no de un combate de sangre, sino de un combate espiritual: véte; ese hombre que has traido te estará esperando sin duda.

II.

En aquel momento se oyó una grave y retumbante campanada; luego otra, y otra; era la Piañona, esto es, la campana mayor de San Marcos, que tocaba reposadamente á cubrefuego.

Se oyeron cerca y lejos, en todas direcciones, otras campanas que repetian el mismo toque.

—Ya es hora,—dijo Savonarola;—véte, y hasta mañana.

Domínico salió murmurando:

—Con su horror á la sangre, el Maestro se perderá y nos perderá á todos; yo creo que no tiene muy sana la cabeza.

III.

Savonarola se sentó junto á la mesa, sacó de su cajon la carta empezada que habia guardado al entrar Domínico, y continuó escribiendo.

Aquella carta, como hemos dicho, se dirigia al Papa.

Lo que producia aquella carta, era un breve de Su Santidad al arzobispo de Florencia, en que se excomulgaba á Savonarola.

Hé aquí la traduccion de aquel breve:

«Hemos sabido por muchas personas dignas de fé, que un cierto Fray Girolamo Savonarola, vicario de San Márcos de Florencia, ha sembrado perniciosas doctrinas, escandalizando y corrompiendo á las gentes sencillas. Nos le ordenamos que en virtud de santa obediencia, suspendiese sus sermones y viniese á nuestros pies á escusarse de sus errores; mas desobedeciendo él, adujo algunas escusas que con demasiada benignidad aceptamos, esperando que nuestra clemencia le convirtiese. Pero persistiendo él siempre en su obstinacion, le ordenamos en un segundo breve, sopena de excomunion, uniese el convento de San Márcos á la Congregacion Tosco-Romana, por Nos nuevamente creada. Sin embargo permanece firme en su pertinacia, incurriendo así *ipso facto* en la censura. Ahora bien: Nos os ordenamos que los dias festivos, en presencia del pueblo declareis á Fray Girolamo excomulgado, y como tal separado de todos los fieles, porque no ha oido nuestras amonestaciones apostólicas, ni ha obedecido nuestros mandatos. Y prohibimos, bajo la misma pena de excomunion, que ninguno le ayude, ni le trate, ni le elogie con hechos ó con palabras, como excomulgado y sospechoso de heregia.»

La carta de Savonarola, despues de repetir lo que tantas veces habia dicho acerca de su doctrina, y afirmándose en ella, concluia de este modo:

«Esta excomunion no me espanta, porque no es válida ni ante Dios, ni ante los hombres; porque ha sido causada por las invenciones y las calumnias de mis enemigos. Yo me he sometido y me someto al juicio de la Iglesia, y no faltaré á la obediencia, aunque no se debe obedecer á los mandatos que son contrarios á la caridad y á la ley del Señor. Yo me preparo con la oracion á lo que pueda sucederme y á hacer conocer, si es necesario, la verdad á todo el mundo. Que no debe temerse la condena cuando es injusta; y someterse á toda sentencia, es tener paciencia de asno y temor de liebre.»

Cuando Savonarola hubo cerrado y sellado con el sello de la Orden de Predicadores esta carta, llamó á uno de sus familiares.

—Fray Benedetto, —le dijo, —salid en una litera, acompañado de cuatro sirvientes del convento; no lleveis luces; id á la calle de San Procolo, casa del señor Francesco Davanzati; dadle esta carta, y decidle que en el momento salga con ella un correo para Roma.

El familiar tomó la carta, y permaneció un momento indeciso.

—Ya os he dicho, —dijo con dulzura Savonarola, —que es necesario que esa carta sea llevada cuanto antes á Roma.

—Sí, sí, venerable Maestro, —dijo fray Benedetto, —si me detengo, es porque temo deciros que un encubierto que dice que acaba de llegar de Roma, insiste en hablaros; como nos está prohibido traeros tales mensajes á estas horas... pero el encubierto insiste; dice que trae un asunto de la mayor importancia.

—Que entre ese hombre, —dijo Savonarola.

—¡Que entre, venerable Maestro! ¿no temeis que ese hombre sea un puñal de los Borgias?

—Fray Benedetto, cuando la muerte venga sobre nosotros, en vano será que pretendamos preservarnos de ella; lo que Dios quiere se cumple; id á lo que os he mandado, y de paso haced que entre ese hombre.

Fray Benedetto salió.

IV.

—¡Cuántas y cuántas veces han probado la fuerza de mi espíritu! buscan en mí el pavor, como si pudiera haber pavor en quien tiene puestas en Dios su fé y su esperanza; yo no he nacido para que me mate el aleve puñal de un asesino; Dios me reserva para grandes cosas; mi espíritu penetra en el porvenir: ¡Roma! Roma está herida; ¡qué importa que perezca yo! tras mí vendrá otro, y luego otro, y otro: parece que á medida que crecen mis tribulaciones, crece mi esperanza en Dios, mi fé en Dios; la tentacion me rodea; el gran enemigo de los cielos me prueba una y otra vez: ¡Pietro de Nápoles! ¡ese hombre! aun retumba en mi oido el eco de su maldita palabra: —Desnudad la espada de San Pablo, pelead, herid, ved que vuestros enemigos crecen, se multiplican, van subiendo desde vuestros piés como las oleadas de un mar irritado; ved que la serpiente se enrosca á vuestra garganta; Lucrecia está en Florencia...—¡Ah! ¡esa mujer! ¡los Borgias!...

Y las miradas de Savonarola eran vagas, sombrías: se escuchaba su respiracion ardiente, bajo la cual se sentia un hervor leve, como si algo terrible agitase el pecho de Savonarola.

—¡Ah! ¡una revelacion, Señor, Dios mio! ¡envíame uno de tus ángeles con tu espada, y yo combatiré!

V.

En aquel momento sonó levemente al abrirse la puerta de la celda, y entró un hombre completamente vestido de negro, cubierto el rostro con un antifaz de terciopelo, y dejando ver bajo su birrete sus largos cabellos blancos.

Adelantó silenciosamente hasta Savonarola, que inmóvil en medio de la celda y profundamente abstraido, no sintió su aproximacion.

VI.

—El apóstol medita y duda, —dijo con voz ronca aquel hombre, poniendo una mano sobre el hombro de Savonarola: —y mientras duda, sus enemigos estrechan la red en que le envuelven.

—Alfonso Crespi, —dijo Savonarola volviendo en sí y reconociendo por la voz á su terrible amigo.

—Sí, Alfonso Crespi, que viene á traerte, no sé si buenas ó malas noticias, —dijo el abogado quitándose el antifaz, pero conservando puesto el birrete.

—¿Por qué vienes á estas horas al convento? —dijo severamente Savonarola; — la señoría de Florencia, que tanto me debe, que por mí existe, que por mí se ve libre de la odiosa tiranía de los Médicis, que por mí ha evitado el cruel azote de la guerra, me vuelve las espaldas, me acecha, me vigila: ¿por qué dar ocasion á que esos hombres débiles y cobardes, que se doblegan ante la excomunion de Roma, crean que conspiro? yo soy la luz, yo tengo en mi espíritu el espíritu de un ángel, yo aborrezco las tinieblas, mi espada es la palabra; ¡que calle! no puedo callar; si me cierran las puertas de Santa María del Fiore, predicaré en la vía pública; y no puede reducirse al silencio la palabra de Dios.

—Angiolina acaba de llegar á Roma, —dijo Alfonso Crespi, cortando rudamente el razonamiento de Savonarola.

Este se extremeció de los piés á la cabeza.

—¡Oh! ¡mi pecado! —dijo, —la parte flaca de mi corazon: ¡Angiolina! ¡ella! ¡la impura! ¡ella, forma de ángel, alma de cieno! véte, aléjate, no me traigas la tentacion; mi espíritu lucha y teme: véte; he sido débil; me ha arrastrado el infierno; tu hija ha sido mi gran desventura; es todavía mi terrible tentacion; oye: hace mucho tiempo, la vision celeste, el ángel que Dios me enviaba para confortarme, ha dejado de

descender hasta mí; siento que me abandona el espíritu profético; cuando oro, cuando me abismo en la contemplacion, cuando durante la oscura noche lanzo mi vista á la infinita inmensidad de los cielos, mi estrella, antes tan resplandeciente, me deja ver un resplandor rojo y fatídico; mi sér se inflama, abrasado por un fuego del infierno; mi estrella se dilata, crece, desciende, me deja ver, no el ángel glorioso, sino una mujer, tu hija; por ella he estado á punto de convertirme en un demonio; por ella una ráfaga de sangre tiñe mi conciencia; ¡el duque de Gandía!... ¡ah! ¡los celos, la rabia, la desesperacion... el hombre es materia vil! la mujer... ¡oh! pero si Dios ha creado la mujer, si la ha creado para el hombre, si ha encendido el alma de los dos en el fuego del amor, ¿qué hay que se oponga á la voluntad de Dios? ¿qué hay que separe al hombre de la mujer? ¡Oh Dios y Señor mio! yo desfallezco, mi alma se pierde en densas tinieblas, y mi alma ama la luz, la luz de tu eterna verdad, y la busca ansiosa; ¡por qué la niegas á mis ojos, Señor, Dios de Sabaot!

VII.

Alfonso Crespi miraba mudo y sombrío á Savonarola.

—He tenido la desgracia, —dijo, —de unir mi destino al de un loco, porque no quiero creer que eres un malvado, Girolamo; ¡ah! no quiero creer que has buscado para tu negocio al terrible patricio de Roma; no quiero creer que te has valido de mí como de un instrumento; que con una horrible y fria maldad has usado de mi pobre hija para tus ambiciosos proyectos.

—He pecado, y Dios me castiga, —dijo Savonarola; —mi espíritu ha vacilado, y Dios le ha quitado su fortaleza; me siento abandonado, me consumo impotente, como un tizon requemado al fuego: ¡la excomunion! ¡ah! mi doctrina es buena; no puede anatematizarse; pero mi alma está impura, enferma; yo siento caer por permision de Dios el anatema de Roma, no sobre mi palabra, sino sobre mi conciencia.

—Loco terrible, loco que persuade, demonio que parece santo, ¡ah! tú te has perdido y me has perdido contigo: ¡mi hija, mi pobre hija me la ha traido la princesa de Urbino, enferma, loca, pálida, como una flor marchita.

—¡Calla! —exclamó con voz rugiente Savonarola; —véte, aléjate, no me traigas la tentacion: no me traigas la desesperacion y la ira.

—¿Y á dónde iremos mi hija y yo? ¿qué has hecho de nosotros, Girolamo? ¿por qué dudas, por qué vacilas, por qué no acabas de una vez, por qué no lanzas tu protesta entera contra Roma, por qué no predicas lo que tantas veces me has dejado oir?

—Dudo, tiemblo, el dogma es perfecto, la Iglesia no puede engañarse ni ser engañada; yo no predico contra la Iglesia; mi doctrina es completamente dogmática; yo censuro al hombre, al Borgia; yo protesto contra una eleccion simoniaca, contra una eleccion sacrílega; fuera legítima la eleccion de Alejandro VI, y yo le reconoceria Papa, me postraria humilde á sus piés, y dudo, dudo; me abismo en un cáos; pequé, y el Señor ha conturbado mi espíritu; déjame, véte, sé caritativo, ten compasion de mí.

—Mi hija está enferma y loca, —dijo el terrible Alfonso Crespi; —si dudas, si vacilas, si tiemblas, yo tambien vacilo, dudo y tiemblo; nos has envuelto en la heregía, en el anatema; la felicidad de mi hija está perdida; mi hacienda confiscada.

—¡Hereje no! —exclamó extremeciéndose Savonarola; —yo creo en Dios uno y trino, en la santísima vírgen María, en el Verbo encarnado, en la comunion de los Santos; hereje no, hereje no, no; yo no protesto contra la Iglesia, yo acometo al Borgia; Dios ha llenado mi espíritu de su espíritu, del espíritu de profecía.

—Supersticioso que sueñas que los ángeles descienden hasta tí, que te crees ángel y no puedes dominar tu soberbia; ¡oh! y tú eres cristiano, tú, que con la palabra aborreces la guerra, y que con la tenacidad de tu palabra la provocas; tú, sér funesto, que rodeado de desgracias marchas terrible entre la multitud ignorante, inficionándola con tu locura; tú que has traido la perturbacion á un pueblo que te ha adoptado, que vé en tí lo que pareces, no lo que eres, que ocultas, aun para tí mismo tu ambicion satánica, que crees que con confesar que has pecado, has hecho y dicho todo lo que tenias que hacer y que decir, vuélveme el corazon tranquilo é inocente de mi hija, arrepiéntete cuanto quieras, pero empieza por deshacer el mal que has hecho; de otro modo, Girolamo, yo veré en tu arrepentimiento mi desgracia; te habrás convertido en mi enemigo, y yo, Girolamo, ni olvido ni perdono.

—Sea lo que quiera la voluntad del Señor.

—¿Es esa tu última palabra?

—Sí.

—¿Es decir que nos abandonas?

—Hago lo que puedo hacer.

—¿Es irrevocable tu decision?

—Irrevocable, como es firme mi arrepentimiento de haber pecado.

VIII.

Alfonso Crespi se puso lívido en fuerza de pálido, se extremeció de

una manera poderosa de los piés á la cabeza, rugió sordamente como un tigre hambriento, y echó mano á su puñal.

Savonarola no se movió.

—No, —dijo Crespi; —no, una puñalada es poco; no, aun te respetan, aun te adoran, aun están ciegos; no, cuando estés desenmascarado, cuando esa multitud que se prosterna ante tí se levante contra tí colérica y sanguinaria... ¡ah, no! una puñalada es poco; la hoguera, la hoguera de los herejes, de los falsos apóstoles, de los profetas embusteros; ¡ah! la desgracia de mi hija, la mia, hacinarán el primer combustible de tu hoguera. Adios.

Y Alfonso Crespi salió rápido, erguido, sombrío, terrible.

Savonarola permaneció inmóvil.

Luego adelantó hácia su reclinatorio, se arrodilló, y exclamó con la mirada fija en el Crucifijo:

—¿Por qué, señor, permitiste que yo pecara? ¡por qué, Señor, desoyes mi oracion y me abandonas!

CAPITULO IV.

De cómo se escondió Lucrecia en Florencia.

I.

Por aquellos tiempos, á orillas del Arno, entre el puente Viejo y el de Alle Grazie, bañando los muros de sus jardines en el agua, habia en el mismo lugar en que ahora se encuentra la biblioteca Magliovecchiana, un antiguo palacio gótico; mucho tiempo hacia deshabitado. Se hablaban de él cosas espantosas; se decia que estaba habitado por fantasmas, por espíritus malignos, y por no sabemos cuántas cosas, hijas de la supersticion italiana.

II.

Un dia, el gonfaloniero de justicia, Pietro Popoleschi, mandó se le informase de quién era el dueño de aquel palacio, y se encontró conque un siglo antes aquel palacio habia sido confiscado á la familia Scaramuccia, por delito de traicion.

Las llaves del palacio estaban, pues, en la casa de los Oficios, en las dependencias del Consejo de los Ocho.

III.

Popoleschi fué al palacio, le abrió, le visitó, y encontró que habia mucho polvo, muchas telas de araña y muchos vidrios rotos, con una absoluta carencia de muebles.

El jardin, que era muy grande, estaba completamente cubierto de maleza y yerbas parásitas.

Popoleschi mandó limpiar el palacio, reparar las vidrieras, limpiar el jardin y poner ricos muebles en las habitaciones.

Todo esto lo habia hecho sin decir á nadie por qué lo hacia, y la curiosidad pública estaba excitada.

Decíase si Popoleschi habia comprado á la República aquel palacio y le habia puesto habitable, para hablar mano á mano con el diablo, su antiguo inquilino, ó si le habia destinado para habitacion de su hija Eufosina, que era sábia y que entendia la cábala y otras ciencias ocultas.

IV.

La verdad era, que á principios de Setiembre, un correo que habia venido de Roma, habia echado pié á tierra en la calle de Calimara, donde vivia Pietro Popoleschi, y habia pedido hablarle con urgencia acerca de cosas muy interesantes al Estado.

Poco despues, aquel correo, que no era otro que uno de los principales esbirros de Lucrecia, llamado Bartolote, estaba encerrado con Pietro Popoleschi.

—Puesto que se trata de la salud de Florencia, y que yo soy su primer magistrado, hablad sin reserva,—dijo Popoleschi,—nadie nos escucha: ¿de dónde venís?

—De Roma, magnífico señor,—contestó Bartolote.

—¿Quién os envia?

—La excelentísima é ilustrísima señora Lucrecia Borgia, con una carta para vuestra magnificencia.

—Dadme acá,—dijo Popoleschi.

Bartolote sacó de la escarcela un pliego que entregó al gonfaloniero de justicia, y éste se fué á leerle al hueco de una ventana, volviendo la espalda á Bartolote.

El pliego decia así:

«Muy magnífico señor gonfaloniero de justicia de la república de Florencia, messer Pietro Popoleschi. Respetable amigo: Tiempo es de obrar, y de obrar de cerca. Por vuestra última carta al Santo Padre, sabemos que el prior de esa ciudad de Florencia, fray Girolamo Savonarola, de la órden de Predicadores, acreciendo en su audacia, se apodera rápidamente de los ánimos del popular, y estiende la pravedad de su herética doctrina haciéndose creer profeta inspirado por Dios. Por lo mismo, es necesario atacar el mal en sus raices y cortar el contagio, descubriendo la falsedad de ese que se llama apóstol, y haciendo ver claro al pueblo iluso que le engaña. Para este propósito se me ha mandado ir á Florencia: pero como importa que mi residencia en ella sea un misterio, hareis de modo que yo pueda vivir en esa ciudad oculta y de nadie sospechada.

La obra es grande; urge atajar una rebeldía contra la Santa Sede, que se va haciendo contagiosa, concluir el estado de desórden en que se encuentra la república de Florencia á causa de los pasados trastornos, y repcner en el supremo dominio al magnífico Pedro de Médicis.

Venecia y Milan nos ayudan, y la Santa Sede hará cuanto esté en su poder para llegar al fin de tan buen propósito.

Contestadme secretísimámente á fin de que yo sepa cuándo puedo trasladarme con seguridad á Florencia.

Me recomiendo afectuosamente á vos. Dado en Roma á 20 de Agosto de 1497.—*Lucrecia Borgia.*»

V.

Pietro Popoleschi contestó largamente á esta carta, poniéndose completamente á disposicion de Lucrecia, y para mayor seguridad envió la contestacion con el mismo Bartolote.

Por lo que se vé, messer Pietro Popoleschi, primer magistrado de la república de Florencia; hacia traicion á la república valiéndose de su poder para tejer las redes en que se pretendia envolver la libertad y traer al supremo dominio, de que tan justamente habia sido lanzado, al tirano y repugnante Pedro de Médicis (1).

VI.

Era necesario poner en ejecucion el encargo de Lucrecia, y el gonfaloniero de justicia llamó secretamente á su casa á messer Ceccone, notario de la Señoría.

—Es necesario que busqueis un palacio desconocido en Florencia,— dijo messer Popoleschi á messer Ceccone.

Éste miró de una manera entre asombrada y burlona al gonfaloniero de justicia, y le dijo:

—Todo el mundo conoce los palacios de Florencia, á no ser que vuecencia tenga noticia de alguno que no conozca nadie.

---

(1) Hé aquí el retrato de este tiranuelo, tomado de una declaracion de Lamberto dell' Antella, ante la señoría de Florencia.

Pedro de Médicis acostumbra á levantarse del lecho á la hora de comer, y una vez levantado pregunta qué comida se le tiene dispuesta; pero casi siempre se vá á comer casa del cardenal de Sanseverino, donde hay gran mesa; y no creais que su boca se satisfaga con poco, porque no le basta con un capon entero y algunas otras cosas. Despues de comer se encierra y juega algunas horas, si tiene dinero.

—Se trata de que una gran dama, una princesa, pueda vivir en Florencia sin que nadie sepa que vive en ella.

—Eso no es fácil,—dijo messer Ceccone;—los florentinos son muy curiosos, y las florentinas mucho mas: sobre todo, los piañones, que andan siempre husmeando para dar parte de todo lo que ven y lo que saben, á fray Girolamo Savonarola.

—Pues cabalmente es de todo punto necesario que fray Girolamo ignore que esa princesa está en Florencia.

—¿Y quién es esa princesa?—preguntó messer Ceccone, que contaba con toda la confianza del gonfaloniero de justicia, porque estaba tan vendido á los Médicis como él.

—Esa princesa,—dijo messer Popoleschi,—es no menos que donna Lucrecia Borgia.

—¡Donna Lucrecia!—dijo con asombro, con un verdadero asombro, messer Ceccone;—¡viene á Florencia donna Lucrecia Borgia!

—Al menos así me lo indica en esta carta,—dijo el gonfaloniero sacando de su escarcela la carta de Lucrecia y entregándola al notario.

—Es decir, que no ha de saber nada de esto la Señoría,—dijo messer Ceccone.

—¿A quién está dirigida la carta?—preguntó gravemente el gonfaloniero.

—Al muy magnífico señor gonfaloniero de justicia messer Pietro Popoleschi,—dijo el notario leyendo el encabezamiento de la carta.

—¿Y no me encarga además de eso el mayor secreto donna Lucrecia?

—Indudablemente.

—¿Podemos fiarnos para perseguir al fraile de ninguno de los magníficos señores del Consejo de los Ocho?

—De ningun modo; le protejen, no se conseguiria nada.

—Por lo mismo es necesario valerse de la astucia: donna Lucrecia viene á este solo asunto á Florencia: quiere vivir ignorada, y es necesario buscarla una vivienda segura y al mismo tiempo digna: para eso os he llamado, messer Ceccone.

—Pues bien,—dijo el notario; ahí está el palacio de los Duendes, confinado á la orilla del rio con un gran jardin rodeado de altos muros.

—¡Un palacio de duendes!

—Como donna Lucrecia traerá consigo algun fraile exorcisante, debe importarle muy poco que el palacio tenga duendes ó no.

—Informaos de quién es el dueño de ese palacio,—dijo messer Popoleschi;—ved si quiere venderle, y lo que pide por él.

Entonces se supo que el palacio estaba confiscado por la república, por haber pertenecido á los Scaramuccia, desterrados de Florencia, y sobre los cuales pesaba una declaracion de traicion; y messer Popoleschi compró á la república aquel palacio que antes no habia querido comprar nadie á causa de los duendes, y que por esta razon fué vendido en muy poco dinero á messer Pietro Popoleschi, con el pretesto de darle en dote á su hija Eufosina, que dentro de poco debia casarse con Rodolfo Gualterio, uno de los mas ciegos servidores de los Médicis en Florencia.

VII.

La necesidad de preparar el palacio para donna Lucrecia, hizo que se apresurase la boda de Rodolfo con Eufosina, que no sin mucha repugnancia, por lo de los duendes, fueron á habitar el antiguo palacio de los Scaramuccia.

VIII.

Al fin el gonfaloniero de justicia recibió, el 19 de Setiembre, un correo de Roma que precedia una sola jornada á Lucrecia Borgia.

Esta debia llegar en la noche del 20 á Florencia.

En la tarde de aquel dia, se trasladaron el gonfaloniero, su yerno y messer Ceccone á la quinta ó villa de Croce Bruchata, que pertenecia á messer Popoleschi, y estaba á media legua de Florencia sobre el camino de Acquapendente

A la media noche llegó Lucrecia en una litera con una dama.

Aquella dama era Marieta.

Acompañaban á Lucrecia, su inseparable Francesco Buotti y ocho esbirros con algunas acémilas, cargadas con cajas que parecian sumamente pesadas, y que hicieron abrir tanto ojo á messer Ceccone, que era un ave de rapiña.

Despues de una larga y secreta conversacion entre el gonfaloniero de justicia y Lucrecia, conversacion que duró hasta las dos de la mañana, esta entró en su litera con Marieta, y con messer Popoleschi, Francesco Buotti, Rodolfo Gualterio y cuatro esbirros con las acémilas, se dirigió al Arno.

A alguna distancia de la ciudad, esperaba en el Arno una gran barca tripulada por algunos arrabiatos de confianza completamente adictos á los Médicis.

En aquella barca entraron Lucrecia, Marieta, Popoleschi, Gualterio, Buotti, y las ocho cajas que conducian las acémilas.

Estas se volvieron con los esbirros á la villa de Croce Bruchata; y

Lucrecia, llevada por la barca al amparo de una noche oscurísima, entró, como de contrabando, en Florencia y en el palacio Scaramuccia, por un postigo del muro del jardin, que daba al rio.

IX.

Lucrecia fué recibida por Eufosina Popoleschi, y llevada á las habitaciones del palacio que daban sobre el jardin y que no podian ser observadas á causa de la altura de los muros.

Las cajas fueron llevadas á la cámara destinada á Lucrecia, y ésta las abrió delante de Popoleschi, de su hija y de su yerno, con quienes se habia encerrado.

Cuatro de ellas estaban llenas de vagilla de plata, que Lucrecia habia llevado para su uso.

Otras cuatro mas pequeñas, de talegos de florines.

—Hemos hecho un sacrificio, —dijo Lucrecia señalando aquel oro; —aquí tenemos cien mil escudos romanos; poco importa que todo ese oro se funda si logramos llevar á la hoguera á Savonarola.

—Le llevaremos, aunque sea San Juan Bautista, —dijo con energía Popoleschi.

—Morirá en la hoguera, —dijo sombriamente Gualterio.

X.

El dia siguiente entró públicamente en Florencia el padre fray Francesco de Puglia, de la Orden de San Francisco, que por un breve del Papa que traia para el arzobispo de Florencia, estaba encargado de combatir en el púlpito la perniciosa doctrina de Savonarola.

Cierto es que éste no predicaba ya, que se le habia impuesto silencio por la Señoría, que empezaba á serle hostil; pero en su lugar predicaba la misma doctrina su discípulo fray Domínico de Peschia, que pertenecia al convento de San Márcos, de que era superior Savonarola.

XI.

El mismo dia en que fray Francesco de Puglia entró en Florencia, entraron tambien, con pocas horas de diferencia, la duquesa de Urbino, que traia á Angiolina para entregarla á su padre, y Pietro de Nápoles solo consigo mismo y con su venganza.

CAPITULO V.

La alianza de dos lobos.

I.

En el momento en que se refugió, como hemos dicho, Pietro de Nápoles de la lluvia, en una reentrante del pórtico de San Márcos, sintió los pasos de dos hombres que se acercaban, y que no pudiendo verle á causa de la oscuridad de la noche, se detuvieron cerca de él á pesar de que la lluvia caia en abundancia.

—Espérame aquí, Benedetto, —dijo una voz, en la que Pietro de Nápoles reconoció al patricio Alfonso Crespi; —veremos lo que me obliga á hacer el fraile; no me fio de él; si pasadas dos horas no he vuelto, vete á buscar al gonfaloniero de justicia, y díle que me he perdido en el convento de San Márcos.

—Descuidad, señor, —dijo Benedetto.

Alfonso Crespi pasó, dobló el ángulo del pórtico, y se perdió en la calle del Maglio.

Benedetto se amparó de la lluvia en un hueco del pórtico, cerca de Pietro de Nápoles.

II.

—Hola, buenas noches Benedetto, —dijo el bastardo cuando se hubieron perdido en el silencio los pasos de Alfonso Crespi.

Benedetto sintió algo muy parecido al miedo: era supersticioso, sabia que para nada bueno iba su amo al convento, y creyó que le hablaba alguna de las estátuas del pórtico.

—¿Quién es? —dijo con voz cobarde.

—Un hombre en carne y hueso, —contestó Pietro de Nápoles, —que como tú espera, y que como tú no quiere que le llegue el agua á la piel; ¡llueve muy bien en Florencia, eh!

—Muy bien llueve, —contestó Benedetto ya tranquilo, porque tratándose de un hombre, le importaba muy poco lo que sobreviniese.

Era uno de los bravos mas tremendos de Roma, que por lo que pudiese suceder, se habia llevado consigo á Florencia Alfonso Crespi.

—¿Se sabe ya lo que ha sido de donna Angiolina?—dijo Pietro de Nápoles.

—Donna Angiolina está con su padre, —contestó Benedetto; —¿pero á vos qué os importa eso? ¿quién sois vos?

—Nada te importa quien yo sea, ni me importa ó no lo que sea ó haya sido de donna Angiolina.

—Sabeis que hace hermosa noche para cambiar un par de estocadas á bulto, —dijo con voz seca y feroz Benedetto.

—¡Bah! ¡estúpido! —contestó Pietro de Nápoles; —guarda tus estocadas para cuando sean necesarias y puedas darlas: yo soy un antiguo amigo de tu amo, y me propongo á esperarle.

—¡Ah! pues si sois amigo de mi amo, guardad para él vuestras preguntas.

—En buen hora, tanto mas, cuanto me parece que se acerca un grande amigo mio.

III.

Sonaban en efecto pasos.

Era Domínico Fanti que se acercaba.

Se detuvo, y silbó ligeramente.

Pietro de Nápoles se separó de su hueco y se acercó á Domínico.

—No te necesito por ahora, —le dijo, —vete á esperarme á la hostería de la Buona Vita: tengo aquí quien me acompañe.

—Cuidado señor Marcelo Porta, con quién os acompañais en Florencia, —dijo Domínico; —esto está dado á los diablos.

—Tengo en mi bolsillo una fianza de Savonarola.

—Eso podrá ser muy bueno ó muy malo; si os encontrais con partidarios de los Médicis, guardaos muy bien de que vean esa fianza: decidles que sois grande amigo de los Orsini, y que venís enviado del magnífico Pietro desde la Orsaya (1): os darán la mano en vez de maltrataros: ¿pero qué diablos habeis hecho al venerable fray Girolamo? me ha dicho que en vos le he llevado un demonio.

---

(1) Nombre del vicariato de los Orsini, compuesto por algunos lugares del lago de Trasimeno.

—He sido franco con él; pero no ha querido escucharme; creo que está loco.

—No blasfemeis; os podria suceder una desgracia: fray Girolamo es un Santo.

—Santo, que si Dios no lo remedia, acabará quemado.

—Dios le protegerá; su poder está en Dios.

—Me parece que los discípulos están tan locos como el Maestro; pero no nos enojemos, vete, que llueve demasiado, y espérame en la puerta de la hostería de la Buona Vita.

—¿Y cómo vais á dar con ella, vos que nunca habeis estado en Florencia, estando la hostería y el convento de San Márcos en dos extremos opuestos de la ciudad, y con la noche oscura como boca de lobo, y sin un alma por las calles, porque ya ha sonado el toque de cubre-fuego?

—No faltará quien me guie.

—Bien, todo lo que puede suceder es que andeis perdido por Florencia hasta que amanezca y que yo me pase la noche en vilo esperándoos; afortunadamente no hace frio, conque buenas noches y adios.

—Hasta luego, Domínico.

El bravo se puso en marcha, y Pietro de Nápoles se volvió á su hueco.

IV.

—¿Quién es ese?—dijo Benedetto.

—¡Bah!—respondio Pietro de Nápoles, aprovechando aquella ocasion de captarse en algun modo la confianza de Benedetto: —quiero decírtelo, no importa que los sepas; yo no soy tan cerrado como tú: debes conocerle; por tu acento me pareces romano, y bravo; si así es, no solamente debes ser conocido, sino amigo de ese con quien he hablado; porque él es uno de los mas famosos bravos de Roma.

—¿Cómo se llama?

—Domínico Fanti.

—¡Ah! por Dios y por mi alma,—dijo Benedetto;—el mayordomo del difunto duque de Gandía; pues no conozco otra cosa mejor que á él: buen mozo, corazon de acero, buena espada y buen ojo; si yo le hubiera oido le hubiera reconocido por la voz; pero habeis hablado tan bajo, que no he podido coger ni una sola palabra: yo le tenia por muerto; digeron que cuando asesinaron á su amo le asesinaron tambien.

—Pues está tan vivo como tú y como yo.

—Me alegro porque somos grandes amigos: cuando el Maestro estuvo en Roma, oculto en la casa de mi amo, el señor Alfonso Crespi, todas las noches iba Domínico, y pasaba encerrado algun tiempo con mi amo

y con nuestro venerable Maestro: muchas noches, ya tarde, fray Girolamo salia, y Domínico le acompañaba: generalmente no volvian hasta el amanecer.

—¿Y no te dijo nunca Domínico, si el padre Savonarola entraba por cierto postigo, á espaldas de la plaza de España, en el palacio de la duquesa de Urbino, para visitar á cierta dama, á la dama mas hermosa de Roma?

—Pero ¿quién sois vos, que sabeis cosas que yo creia un secreto?

—¿Qué te importa quien yo sea?

—Alguien se acerca, —dijo Benedetto; —reconozco á mi amo.

V.

En efecto, Alfonso Crespi, irritado por la calorosa entrevista que habia tenido con Savonarola, se acercaba en paso rápido.

—Benedetto, —dijo con la voz trémula aun de cólera; —pronto en marcha á la hostería de la Buona Vita.

—¡Ah, señor Alfonso Crespi!—dijo Pietro de Nápoles; —¿con que afortunadamente vivimos bajo un mismo techo?

—¿Qué hombre es éste, Benedetto?—dijo Crespi.

—No lo sé; pero me parece amigo, —contestó el bravo.

—Tan amigo, que á poco que hablemos os convencereis de ello, —dijo Pietro de Nápoles.

—¿Vuestro nombre?—dijo Alfonso Crespi.

—Mas tarde: no me gusta hablar de ciertas cosas en la calle, y sobre todo, quiero que antes de que hablemos tengais de mí un buen fiador, ó por mejor decir, dos buenos fiadores.

—¿Y quiénes son esos dos fiadores, si os place?

—El primero, y que por sí solo basta, vuestro grande amigo fray Girolamo Savonarola; el segundo, Domínico Fanti, á quien conoceis demasiado; además de eso, desde hace mucho, sois enemigo á muerte de los Corsini, y desde hace cinco años los Corsini son mis enemigos mortales, los que me obligan á vivir encubierto y con nombre falso.

VI.

A todo esto, marchaban de prisa, y Benedetto los precedia á una distancia bastante para no poder oir lo que hablaban.

VII.

Despues de algunos instantes de silencio Alfonso Crespi dijo:

—¿Conocísteis por ventura, á Elena Corsini?

—Tanto por lo menos, como vos conocísteis á su tio Laurencio Corsini, al seductor de vuestra esposa.

—¡Oh! ¡callad! —exclamó con voz rugiente Alfonso Crespi.

—Los dos estamos unidos por el puñal y la venganza á la familia de Corsini, —dijo el bastardo.

—¡Ah! vos sois Pietro de Nápoles, —dijo Alfonso Crespi.

—Conociendo mi nombre el Padre Savonarola, no encuentro razon para que no lo sepais vos, señor Alfonso Crespi, —dijo Pietro de Nápoles; —pero olvidadle; en Florencia no soy otra cosa que Marcelo Porta, siciliano, de Siracusa, mercader de sedas.

—En buen hora; espero que nos entenderemos perfectamente, señor Marcelo Porta; concluyamos, pues, por ahora nuestra conversacion, estas calles son demasiado estrechas y la noche es muy oscura; podriamos pasar sin repararlo junto á alguien que escuchase alguna palabra grave.

—Teneis razon, —dijo Pietro de Nápoles.

Y siguieron andando en silencio y rápidamente.

VIII.

Al fin llegaron al puente Viejo, delante de la hostería de la Buona Vita.

Un bulto se despegó del hueco de la puerta y permaneció en silencio.

—¿Quién es? —dijo Pietro de Nápoles.

—Soy yo, que esperaba, —dijo Domínico, que él era.—¿Quién os acompaña?

—Antiguos amigos, —dijo Alfonso Crespi.

—¡Ah! por mi vida, —dijo Domínico, —¿vos en Florencia?

—Sí, y éste otro, que no sé por qué calla aun, es tambien un gran conocido vuestro mi mayordomo Benedetto.

—Magnífico, —dijo Domínico; —pero como llueve y es tarde, voy á llamar.

—Yo me quedo aquí con el señor Marcelo Porta.

—Y nosotros tambien, —dijo Alfonso Crespi, —porque aquí vivimos.

—Pues mejor, mucho mejor, —dijo Domínico.

Y llamó.

IX.

—Poco despues se abrió la puerta y apareció un criado de la hostería con una lámpara en la mano.

Reconoció como huespedes á Pietro de Nápoles, á Alfonso Crespi y á Benedetto; pero estrañando á Domínico le dijo:

—Os advierto que en cuanto estos señores entren nos recogemos, y será necesario que salgais muy pronto si quereis que se os abra la puerta.

—Me quedo aquí esta noche, —dijo Domínico.

—¿Dónde?

—En mi aposento, —dijo Pietro de Nápoles.

—¡Ah! esperad, —dijo el criado, —tengo encargo del dueño de la hostería de deciros cuando viniéseis, que si no presentais persona que responda de vos, no podeis permanecer en la casa; no lo estrañeis: la Señoría está muy recelosa y con razon: los Médicis conspiran y está mandado que no se reciba en ninguna parte á los forasteros; si no presentan algun fiador abonado residente en la ciudad.

—Podíais haber esperado á decirnos eso en nuestro aposento, y no hacernos esperar junto á la puerta,—dijo Alfonso Crespi, que era altivo.

—Perdonad, señor; —dijo el criado; —á vos os conocemos; habeis presentado el mejor fiador que podia pedirse, el padre Savonarola; pero tengo órden de no dejar pasar á este otro señor, si no trae, ó por lo menos promete traer fianza mañana por la mañana.

—Medrosos andan los ocho magníficos priores de Florencia; —dijo Pietro de Nápoles; —pero ya que el padre Savonarola es tan buen fiador, ved aquí un escrito en que su paternidad responde de mí; llevadlo á vuestro amo, pero despues que nos hayais alumbrado hasta nuestros aposentos.

—Perdonad, pero no hacemos mas que lo que se nos manda, —dijo el criado tomando por las escaleras.

Al llegar á un corredor, en el primer descanso, Alfonso Crespi se detuvo junto á una puerta.

—No subais mas, señor Marcelo Porta, —dijo; —y digo que no subais, porque como yo he tomado para mí y para mi familia todo este piso, supongo que habreis de subir; entremos; entrad vos tambien, señor Domínico.

Entraron.

Domínico y Benedetto tomaron por una puerta de la izquierda, y Alfonso Crespi y Pietro de Nápoles por otra puerta al frente de la de entrada.

Crespi cerró aquella puerta con llave.

Pasó á una habitacion, abrió otra puerta, y la cerró tambien con llave.

—Ya estamos seguros de no ser escuchados, —dijo, quitándose el manto, el birrete y la espada, poniéndolo sobre un sillon y sentándose en otro; —vos, príncipe, dejad vuestras ropas esteriores, que deben estar tan mojadas como las mias.

—¿Por qué me llamais príncipe?—dijo Pietro de Nápoles, soltando su capotillo y su sombrero sobre un sillon, y no la espada, porque como aparente mercader de sedas, no la llevaba.

En cambio, atravesado en su cinturon de piel color de avellana, llevaba un largo puñal.

—El hijo de un rey es siempre príncipe, aunque sea hijo natural.

—Pues ved ahí; para mi hermano Alfonso todo: príncipe de Tarento, general, pingüe renta; para mí nada, un simple reconocimiento y una rentecilla; precisamente los Corsini debieron preferir para marido de Elena á Próspero Colonna, aunque fuese viudo, viejo, con hijos; á mí, que nada tenia, ¿qué quereis? la suerte de los hijos la hacen los padres; el rey Federico no me ama; me importa poco; se me cree muerto, y me alegro; asi me veo desembarazado del peso de un nombre inútil; solo he resucitado para cuatro personas; para Domínico, para Genaro Orsini, que no puede revelar mi resurreccion, si á su vez no resucita, para el padre Savonarola y para vos.

—¿Sabeis cómo ha muerto Genaro Orsini?

—Dicen que se sospecha que le han envenenado.

—¿Y quién?

—¿Quién envenena en Roma á los que son temibles á los Borgias?

—César está en Nápoles.

—Lucrecia estaba en Roma.

—Qué, ¿no está ahora?

—No; ahora está en Florencia.

—¡En Florencia! y ¿á qué viene esa mujer?

—A matar á alguno demasiado temible para los Borgias.

—¿A Savonarola?

—A Savonarola.

—¡Oh! eso no es posible; un Borgia no se atreveria á venir á Florencia.

—Pues ved ahí: anoche la encontré en Acquapendente; por cierto que á algunos de sus criados que se quedaron allí para volverse, oí decir que el señor Genaro Orsini habia muerto, y que se decia que habia muerto envenenado.

—Pietro de Médicis debe sentir mucho esta muerte.

—¿Qué importa? los Orsini son innumerables; abundan como la mala yerba; si han muerto Fábio, Cárlos y Genaro, allí queda Virginio, grande protector de su cuñado Pietro de Médicis, por lo mismo que ama mucho á su hermana Alfonsina.

Al pronunciar este nombre, Pietro de Nápoles suspiró.

—¿Por qué suspirais de una manera tan profunda, señor Pietro de Nápoles?—dijo Crespi.

—Es un homenaje que mi atormentado espíritu tributa al recuerdo de Alfonsina Orsini; ¡oh, pobre jóven! un ángel nacido por milagro entre una familia de demonios, y entregada por estos demonios á ese cerdo que se llama Pietro de Médicis, y que hasta que de él se han cansado los buenos florentinos, ha sido gran duque de Toscana.

—¡Ah! ¿habeis amado á Alfonsina Orsini?

—¡Oh! sí, la he amado; como yo he amado siempre, con delirio, y como siempre, con desgracia.

—¿Cuántas mujeres, pues, habeis amado, amigo mio?

—Qué sé yo; seria una lista larga y triste; yo no puedo vivir sin amor, ni puedo amar mas que á las grandes hermosuras: á propósito, os elijo para juez, para que declareis cuál es la mas hermosa de tres de las mujeres que he amado, y á quienes amo aun, á la una mas que á la otra.

—Veamos, señor Pietro de Nápoles; ¿cómo se llaman?

—Alfonsina, Angiolina y Lucrecia.

X.

Frunció enérgicamente el ceño Alfonso Crespi.

—¿Es mi hija, es Angiolina á quien poneis entre esas dos mujeres?

—Sí; pero tranquilizáos, señor Alfonso Crespi: amo á Alfonsina Orsini como al recuerdo de una esperanza perdida; á vuestra hija, como se ama á una hermosa flor de suave perfume, junto á la cual se pasa sin tocarla, porque se va deprisa, muy deprisa tras otro objeto que llena el alma, la envenena, la martiriza; tras una mujer adorada é imposible.

—¡Lucrecia Borgia!

—Sí; Lucrecia: es necesario saber dónde se oculta en Florencia esa mujer, ese ángel, ese demonio, porque de seguro la estancia de Lucrecia en Florencia será un misterio.

—Sedme completamente franco y no me engañeis, porque os advierto, que pretender engañarme es afrontar un peligro; ¿cómo se os puede considerar? decís que el padre Savonarola os conoce, y decís tambien que adorais á Lucrecia Borgia; sois, pues, un esclavo probable de Lucrecia, enemiga á muerte de Savonarola: no podeis, pues, ser amigo del Maestro.

—Savonarola tiene un enemigo mucho mayor, mucho mas terrible que los Borgias.

—¿Y quién es ese enemigo?

—Savonarola.

—Acaso tengais razon; acaso Savonarola sea el mayor enemigo de sí mismo; yo le creia apóstol, pero ahora le creo ambicioso.

—Yo ni apóstol ni ambicioso.

—¿Qué le creeis, pues?

—Soñador, loco.

—Pero arrastra en su locura la suerte y aun la honra de los que le rodean, de los que le adulan.

—Porque están tan locos como él; me parece veros respirar por una ancha herida; salíais del convento de San Márcos cuando me encontrásteis; Savonarola sin duda os vuelve la espalda.

—Me ha hecho su instrumento, y cuando no le sirvo, pretende romperme, ¡ah! pero le acontecerá lo que al que quiere romper una espada fuerte de buenos filos; se hiere las manos y no la rompe.

—¿Sois, pues, enemigo de Savonarola?

—Sí; si vos sois su amigo, no os lo quiero ocultar.

—Yo soy amigo y enemigo á la vez de Savonarola; amigo, porque puede servirme contra Lucrecia; enemigo, porque puedo servirme de él para acercarme á Lucrecia: yo soy lo que me haga ser ella; aborrezco todo lo que se pone entre ella y yo, y aunque nunca he amado á mi hermano Alfonso, no le aborrecia, y ahora le aborrezco porque va á ser dueño de esa terrible mujer que adoro; unámonos, señor Alfonso Crespi; ayudémonos mientras podamos ayudarnos, esto es, mientras sigamos un mismo camino; cuando llegue el caso de que hayamos de separarnos, seamos recíprocamente francos y leales, aunque en aquel mismo punto nos hayamos convertido en enemigos á muerte.

—Pues bien, unámonos, — dijo Alfonso Crespi.

—Empezad, ayudándome á averiguar dónde se oculta en Florencia Lucrecia Borgia.

—Allí á donde vaya el magnífico gonfaloniero de justicia.

—¡Cómo! ¿el señor Pietro Popoleschi favorece á los Borgias?

—¿Qué quereis? es muy amigo de Pietro de Médicis; cuando éste tiranizaba á Florencia, le proveia Popoleschi de dinero, le sacaba una usura enorme, y Pietro de Médicis sacaba á su vez el dinero á los florentinos para pagar al señor gonfaloniero de justicia el préstamo y la usura; Popoleschi ha echado sus cuentas, ha sacado en claro que ganaba mas con Pietro de Médicis que lo que gana con la República; se ha llamado á engaño, y ha vuelto á ser adicto acérrimo de los Médicis, aunque en secreto; no sea que esto se descubra y le corten la cabeza en la plaza de la Señoría, por haber conspirado para que la plaza volviese á llamarse plaza del Gran Duque.

—Por lo mismo que interesa mucho á Popoleschi que no se le sien-

ta conspirar; allí donde Popoleschi vaya, no está de seguro Lucrecia; estos florentinos son muy astutos, como que la mayor parte de ellos son mercaderes y hombres de cambio; además, de que me parece muy posible que el mismo Popoleschi no sepa dónde está Lucrecia.

—Bien puede ser; pero ¿á quién atribuir entonces el conocimiento del lugar en donde Lucrecia se encuentre?

—A los frailes franciscos.

—¡Cómo! ¿y habia de estar en un convento de frailes una dama tal y tan hermosa? ¡qué escándalo, meter la tentacion entre los hijos del padre Seráfico!

—Los frailes franciscos son unos fuertísimos varones, señor Alfonso Crespi, y especialmente los de Florencia: y si no, ahí está el padre Julio Beneventano, que es una roca; le conocí hace seis años, cuando en mi primera desesperacion por Elena Corsini, pretendí encajarme la cogulla de San Francisco: ¡ah! yo os juro que los buenos padres no verán en Lucrecia, ya viva dentro de su convento oculta, ya oculta por ellos ó por otros, en lugar distinto, mas que un terrible enemigo de su enemigo Savonarola; porque estad seguro de ello, con lo primero que cuenta Lucrecia al venir á Florencia, es con los frailes franciscos.

—¿Sabeis que con mas de trescientos que van á todas partes, que entran en todas partes, seria dificilísimo descubrir por ellos el paradero de Lucrecia?

—Buscad, yo buscaré tambien: aunque el padre Beneventano sea una roca, yo haré el milagro de que hable; acechad vos á los partidarios de los Médicis en Florencia, que son muchos, alguno de ellos sabrá, de seguro, dónde se encuentra Lucrecia, porque los Borgias favorecen á Pietro de Médicis: los Borgias aborrecen la libertad que ha sabido conquistarse Florencia, porque quieren dominarlo todo, y á los pueblos que están en el uso de sus libertades, no se les domina: pero dejemos esto, que ya tendremos lugar sobrado de tratar de ello. ¿Cómo es que vos vivís en esta hostería?

—Es la mejor de Florencia, aunque pequeña y cara: aquí, mas bien que en otra parte, pueden estar aposentadas dos damas; y como ayer vinieron la duquesa de Urbino y mi hija que quiero vivan ocultas, he tomado todo el primer piso de esta hostería.

—¿Y cómo es que la duquesa de Urbino ha venido á Florencia?

—Es un señalado favor que nos ha hecho á mi hija y á mí; como yo no puedo volver á Roma mientras viva Alejandro VI; como mi hacienda en los Estados de la Iglesia ha sido confiscada y el resto de mi fortuna está en Toscana, mi hija, que me ama y que no quiere vivir apartada de mí, ha suplicado á donna Isabel la permita volver á mi

lado, y ha llevado la duquesa su aprecio hácia mi hija hasta tal punto, que no ha querido que Angiolina hiciese sola el viaje de Roma á Florencia.

XI.

Como se vé, Alfonso Crespi ocultaba á Pietro de Nápoles que Angiolina habia estado perdida quince dias, y estaba muy lejos de creer que Pietro de Nápoles, bajo el nombre de Bonvinetto la hubiese robado de casa de la duquesa de Urbino para entregarla á Lucrecia.

Pietro de Nápoles tenia algunos puntos de vista mas que Alfonso Crespi, y aunque le habia exigido una conducta franca y leal, empezaba engañándole.

Proyectos sombríos, informes, empezaban á agitarse en el caos de su pensamiento.

Sabia cuanto tenia que saber por entonces; se levantó, tomó su capotillo y su sombrero, y dijo á Alfonso Crespi: adios, ya es tarde; he hecho estos dias algunas penosas jornadas y necesito descansar; permitidme que me retire á mi aposento.

—Sí, yo tambien estoy cansado,—dijo Alfonso Crespi levantándose, yendo á la puerta y abriéndola,—cuento con que mañana almorzareis con nosotros: para la duquesa de Urbino y para mi hija sereis el señor Marcelo Porta, antiguo conocido mio.

En esto abrió la otra puerta Alfonso Crespi.

—¡Benedetto!—dijo.

Apareció inmediatamente el bravo con una luz en la mano, acompañado de Domínico.

—Adios, amigo mio, hasta mañana: alumbra á este señor hasta su cuarto, Benedetto.

Adios,—dijo Pietro de Nápoles mostrando su mano á Alfonso Crespi, que la estrechó calorosamente.

XII.

Subieron al segundo piso, Benedetto alumbrando, tras él Pietro de Nápoles, y luego Domínico.

Habia muchas puertas en el corredor, y difícilmente hubiera dado el bastardo con su aposento, si al pasar por delante de una puerta abierta no hubiera reconocido que su aposento era aquel.

El criado que les habia abierto, arreglaba en un rincon una segunda cama.

—Buenas noches, Benedetto,—dijo Pietro de Nápoles.

Benedetto se inclinó profundamente ante Pietro, por respeto á su señor, y se retiró.

XIII.

—Perfectamente,—dijo Domínico al criado,—has comprendido que quedándome aquí necesitaba un lecho, y no ha sido necesario pedirlo.

—¿Y cómo se llamaria con justicia esta hostería de la Buona Vita si no nos anticipáramos á los deseos de nuestros huéspedes?—dijo el criado acabando de hacer la cama.

—Por de contado que no te anticipas á un deseo mio,—dijo Pietro de Nápoles cerrando la puerta y dando al criado un florin de oro.

—¡Ah, excelencia!—dijo el criado poniéndose en arco,—de seguro que vuestro deseo no consistirá en que os devuelvan el abonamiento que de vos ha hecho el padre Savonarola: tomadle sin embargo, está en regla y el señor Borromeo, dueño de la hostería, la pone á vuestra disposicion.

—Ciertamente no era este mi deseo,—dijo Pietro de Nápoles, guardando aquella especie de salvo-conducto de Savonarola.

—Veamos,—dijo, todo servicial, el doméstico.

—Tú debes ser un bribon muy largo,—dijo Pietro de Nápoles.

—Gracias, señor.

—A tí no te se oculta, sin duda, que cuando en una hosteria viven dos hermosísimas damas, puede haber alguien á quien importe saber algunas particularidades acerca de ellas.

—¡Ah! las dos damas que viven en las habitaciones que están debajo de esta,—dijo el criado;—no las conozco bien, vinieron ayer; la una es morena, muy altiva, como de veintiocho á treinta años.

—Eso es,—dijo Pietro de Nápoles;—la otra es muy jóven, como de diez y siete á diez y ocho años, blanca, muy blanca, muy hermosa.

—Sí, si señor; esa dama tiene el aposento cabalmente debajo de este; si la conoceis y quereis hablar con ella, podeis hacerlo de ventana á ventana: la suya está debajo de la vuestra, exactamente debajo.

—¿Y esa dama, tiene para sí sola ese aposento?

—Sí, señor; es un retrete muy pequeño, en que solo caben un lecho, una mesa y seis sillones; pero muy bello, muy rico; como que el señor Alfonso Crespi paga muy bien.

—¿Y qué servidumbre tiene el señor Alfonso Crespi?

—Un solo criado, el señor Benedetto: con la dama blanca y jóven, y con la otra morena han venido dos doncellas, y uno que no parece criado, alto, moreno, altivo, que por su acento parece extranjero, y que tiene bastante mal génio.

—¡Ah! el señor Cristobal de Villoslada, —dijo para sí Pietro de Nápoles.

Y luego añadió dirigiéndose al criado de la hostería:

—Supongo que vos tendreis medio para hacer que llegue una carta á manos de la dama blanca y jóven.

—Cuando ellas quieren recibir las cartas, siempre hay medio de dárselas.

—La recibirá de seguro, si se la dais.

—Dádmela.

—Esperad, voy á escribirla; para ello procuradme papel y tintero.

El criado salió; Domínico y Pietro de Nápoles quedaron solos.

—¿Con que embestís con donna Angiolina, á pesar de haber estado perdida quince dias por esos mundos de Dios?—dijo Domínico.

—Si no amara tanto á Lucrecia, ¿qué me importaria aceptar una alianza con Alfonso Crespi por medio de su hija? ha estado perdida, y bien, lo saben muy pocas personas y tienen interés en ocultarlo: ni Isabel de Gonzaga dirá á nadie que le han robado una de sus damas, ni Lucrecia confesará el robo: en cuanto al Gran Capitan, sabe que Angiolina está tan pura como un rayo del sol; el único que duda de la pureza de Angiolina, y esto es natural, es su padre: ¡taimado viejo! se ha guardado muy bien de decirme que su hija ha estado perdida, y me ha convidado á almorzar mañana, con Angiolina, con Isabel de Gonzaga y con él: ¿no comprendes esto?

—¿Sabe Alfonso Crespi que vos sois uno de los bastardos de Nápoles?

—Sí.

—Pues comprendido: Alfonso Crespi cree que su hija es una moneda falsa y pretende hacérosla tomar: meditadlo bien; Angiolina es la mas hermosa mujer de Italia: tal vez no ha amado todavia verdaderamente: vos sois hermoso, jóven, apasionado, pero pobre: vuestro padre, que os tiene por muerto, no os ha querido nunca bien, segun me habeis dicho: si resucitais os dará muy poco: Alfonso Crespi pertenece á una antigua é ilustre familia, y es inmensamente rico,

—Silencio,—dijo Pietro de Nápoles;—se acerca ese.

XIV.

En efecto, entró el criado trayendo papel y tintero que puso sobre la mesa.

Pietro escribió esta brevísima carta:

«Señora: Puedo daros noticias de vuestro Gonzalo: si quereis reci-

birlas, abrid esta noche á las doce la ventana de vuestro aposento, y no os asusteis si penetra por ella la persona que puede hablaros del Gran Capitan, y aun poneros en inteligencia con él.»

Cerró esta carta Pietro, y la dió al criado.

—Si se extravía,—le dijo,—si va á parar á otras manos que á las de la dama blanca, podrá acontecerte algo tremendo.

—Descuidad, señor; lo menos que me aconteceria si esta intriga se descubriese, seria el que me arrojasen á la calle.

—Sobre lo cual, de seguro te encontrarias con algun hueso roto.

—Os repito que podeis descuidar.

—Para que seas mas discreto y mas leal, toma.

Y dió otro florin al criado.

—¿Se os ocurre algo mas, señor?—dijo éste sonriendo de la manera mas servil á Pietro.

—Nada; buenas noches, hasta mañana.

—Buenas noches, y hasta mañana, señor.

El criado salió, y Pietro de Nápoles cerró la puerta con llave.

—Héme aquí, en fin, en camino de nuevos sucesos, de nuevas aventuras: veremos á dónde voy á parar.

—Debíais pararos de una vez,—dijo Domínico,—puesto que por una sucesion de acontecimientos que puede decirse son para vos afortunados, Alfonso Crespi se dará por muy satisfecho con que vos querais casaros con su hija; no es esto solo: si sabeis manejar el negocio, la dará un dote exorbitante.

—¿Por ejemplo?...

—Un millon de florines.

Brillaron de una manera sombría los ojos de Pietro de Nápoles.

—Con un millon de florines,—dijo,—podia hacerse mucho; pero esto es un sueño; el Borgia ha excomulgado á Alfonso Crespi, y le ha confiscado sus bienes.

—Los que tenia en los Estados de la Iglesia; ¿pero qué supone lo que allí poseia Alfonso Crespi, comparado con lo que posee en Toscana y en Ferrara, que no ha podido confiscarle el Papa?

—Angiolina está loca por el Gran Capitan,—dijo sombríamente Pietro de Nápoles;—ese hombre maldito ha nacido para que todas le amen; las deslumbra el prestigio de su nombre.

—Aparte de que el Gran Capitan, á pesar de que es un hombre ya casi en el otoño de su vida, es un hermoso hombre, muy galan, muy cortés, muy caballero, y que tiene mucho de mujer en lo que cuida de su persona, como tiene mucho de leon cuando se pone al frente de sus soldados.

—Es necesario que ese hombre muera, Domínico.

Se rascó el brazo, la oreja derecha, miró sériamente á Pietro de Nápoles, y le dijo:

—¿Os parece fácil matar al Gran Capitan?

—Sí, puesto que puede morir.

—Morir puede un tigre, y sin embargo, es muy difícil, casi imposible encontrar un hombre que se atreva á acercarse á él para matarle, aun cuando esté dormido.

—Se mata desde lejos, Domínico.

—El veneno es inútil contra el Gran Capitan: ¿creeis que eso no se ha intentado ya? Su cocinero y todos sus criados son incorruptibles; por lo demás, el Gran Capitan lleva su prudencia hasta el punto de no aceptar el convite para ningun banquete; no recibe regalos; es imposible, de todo punto imposible que llegue á él el veneno.

—Recibirá cartas.

—El envenenamiento por medio de una carta es muy inseguro, casi imposible; si haceis que la carta parezca de una dama y la perfumais para que el Gran Capitan aspire su perfume, y al aspirarle se envenene, habreis perdido vuestro tiempo; el Gran Capitan se hace abrir y leer las cartas por su secretario Márcos Mendaña; si abre alguna, como siempre tiene puestos los guantes para conservar la suavidad de las manos, no puede envenenarse con el contacto, y como tiene muy buena vista, las lee desde lejos; nadie que no sea de su servidumbre inmediata, toca á sus ropas ni á su lecho: el Gran Capitan sabe la tierra que pisa, conoce que se le odia, y se ha rodeado de tal manera de precauciones, que toda tentativa es inútil, como no sea un asesinato escandaloso, á distancia, con arma de fuego: ved si estará á cubierto de toda alevosía, cuando los Borgias, que le aborrecen de muerte y que han puesto en práctica todos los medios imaginables, no han podido dar fin de él.

—Lucrecia lo ha tenido á su lado, —dijo roncamente Pietro de Nápoles; —sin embargo vive; lo que prueba que Lucrecia le ama.

—No; eso lo que prueba es que el Gran Capitan ni aun ha cruzado su mano con la de Lucrecia, que ni aun ha tocado sus ropas, que se ha mantenido á distancia; nada tendrá de estraño que Lucrecia, como mujer, al verse despreciada, haya contraido un empeño: ¿sabeis á quién ama Lucrecia? voy á decíroslo; yo conozco mucho á los Borgias, y tengo de ellos muy buenas noticias; como que he servido algunos años al duque de Gandía; era su confidente, y no me ocultaba nada. El dia de la Asuncion, en cuya noche asesinaron á Giovanni, me decia éste mientras le vestia con sus mas ricas galas para asistir á la procesion: —Estoy de muy mal humor, Domínico; ¿ves tú que mi hermana Lucrecia se está

metida en el convento de San Sixto, aparentando un sentimiento que no tiene por la disolucion de su matrimonio con Juan Sforcia? pues ama con toda su alma á su nuevo prometido el príncipe de Tarento; esto no nos conviene; no le damos ese marido para que le ame, sino para que nos aproxime á la casa de Nápoles; el amor de Lucrecia hácia Alfonso es un inconveniente grave.

XV.

Si no hubiera tenido pintado el semblante Pietro de Nápoles, Domínico hubiera visto su terrible palidez.

No pudo, sin embargo, dejar de notar que el bastardo se extremecia con una ligera é insistente convulsion nerviosa.

—¿Estará escrito, —dijo, —que yo llegue al colmo del horror? ¿habré de dejar de aborrecer á muerte á Gonzalo de Córdova, para aborrecer de muerte á mi hermano?

—¿Pero qué hechizo os ha dado donna Lucrecia?

—¡Oh, calla! no pierdo ni un solo momento el recuerdo de su imágen; cada instante, la fascinacion que en mí produce aumenta; no vivo, porque no es vida esta agonía que me martiriza y que crece, que se hace insoportable; estoy abrasado por un fuego del infierno: ¡ella! ¡no mas que ella! no tengo otro pensamiento; todo lo que hago, todo lo que he hecho desde que la conocí, proviene de ella; ¡ah! maté á Elena Corsini porque no podia ser mia; á Lucrecia no puedo matarla; pero exterminaré á todo el que ella ame: ¡oh, sí! aunque fuera mi padre, aunque fuera mi hijo.

—Angiolina Crespi es infinitamente mas hermosa que Lucrecia.

—¿Y crees tú que amo yo la hermosura de Lucrecia? ¿Sabes tú acaso por qué amo yo á Lucrecia? yo no lo sé; solo puedo decirte que es mi destino; que ó perezco, ó llego al fin á ese ensueño idolatrado que me parece imposible, á su posesion, á tener su alma como ella tiene la mia. ¡Angiolina! ¿qué es Angiolina? comparada á una hermosa flor con la altiva, gallarda y soberana palmera agitada por el huracan, coronada por el relámpago: ¡ah! ¡qué vida y qué corazon el de Lucrecia! es Satanás, en buen hora, yo amo á Satanás. Angiolina, es verdad, no creas que la he mirado de una manera indiferente; su hermosura recrea los ojos; hay algo en ella tan fresco, tan encantador, que se desea detenerse algun tiempo á su lado, aspirarla, refrescar con sus encantos el abrasado corazon, como el viajero sediento que encuentra al cabo de una larga y calorosa jornada una fuente fresca y cristalina, se bebe, se pasa, y se olvida la fuente; ¡un millon de florines! ¡ah! ¡un millon de florines! ese

es un poder incontrastable; ¡ah! si da á su hija en dote Alfonso Crespi un millon de florines, me caso con ella; una mujer tan delicada como Angiolina, está muy expuesta á morir; las flores se deshojan por cualquier cosa; pero ella ama á Gonzalo de Córdova; rechazará mi amor.

—Las vírgenes cuando aman sueñan; no conocen la verdad del amor hasta que conocen la verdad de la vida.

—Tal vez, Domínico, tal vez: mira, procúrame mañana una escala de seda que alcance hasta el rio.

—Mañana calcularé la altura, y tendreis la escala.

—Estoy enfermo; sufro; recojámonos, Domínico.

—Sí, recojéos, y pensad mucho solo con vos mismo: encariñáos con el recuerdo de la hermosura de Angiolina, y puede suceder que empalidezca algo el recuerdo de Lucrecia.

—¡Ah! me olvidaba, —dijo Pietro de Nápoles; —búscame un traje bello, un traje en armonia con el color de mi tez y de mis cabellos, porque pienso presentarme tal cual soy á Angiolina.

—¿Os ha visto ella alguna vez?

—Sí, pero disfrazado, desfigurado; semejante á un gitano, súcio, pobre.

—Será muy posible que al veros la agradeis; que cuando deje de veros os recuerde; que lentamente vaya impresionándose por vos, y que al cabo os ame: conoceis demasiado á las mujeres; haced que esa niña acabe de soñar.

—¡Oh! ¿y cuántos amores quieres tú que tenga Angiolina? amó á Savonarola.

—Sueño, fascinacion.

—Amó á Giovanni Borgia.

—El duque de Gandía la deslumbraba, tenia el brillo y la hermosura que faltan á Savonarola: otro sueño.

—Ha estado á punto de perderse por el Gran Capitan.

—Se sintió fascinada por su grandeza; soñó tambien: y sobre todo, ¿qué mujer en su juventud no ha estado cien veces á punto de perderse por una ilusion, por un sueño, siendo tan hermosa y tan pretendida como Angiolina? Si vos no pudiéseis ser para ella un nuevo sueño, que de seguro se convertirá en una realidad, yo no os aconsejaria buscáseis vuestra curacion del amor de Lucrecia en el amor de Angiolina; ó si no os curais vuestra fuerza en el tesoro que os dará Crespi porque os caseis con ella, creyendo de todo punto necesario casarla, inventad una historia muy dulce y muy triste; yo la conozco bien; es toda poesía; halagad su alma, y si como es posible, su alma, su hermosura y su pureza os curan, os enamoran, olvidad todo lo negro que ha pasado por vos, y sed feliz.

—Pensaré en lo que me has dicho, Domínico,—dijo Pietro de Nápoles que habia acabado de desnudarse metiéndose en la cama;—apaga la luz y buenas noches.

Domínico, que tambien habia acabado de desnudarse, apagó la luz y se recogió.

El silencio y las tinieblas envolvieron á aquellos dos infames.

CAPITULO VI.

De cómo Domínico tendia imprudentemente una red, sin sospechar que podia ser cogido en ella.

I.

Por la mañana, el primer rayo del sol, atravesando las vidrieras de colores, fué á dar en el rostro de Pietro de Nápoles, y le despertó.

Se incorporó y miró al lecho de Domínico.

Domínico no estaba allí, habia salido: él sin duda habia abierto las maderas de la ventana.

Pietro de Nápoles miró con recelo á la puerta; pero se tranquilizó, estaba cerrada; su llave estaba en el suelo cerca de ella; el ojo de la cerradura estaba cubierto por un paño que pendia de un clavo, que sin duda Domínico habia puesto en la puerta.

Nadie habia podido sorprender los hermosos y rubios cabellos de Pietro de Nápoles, que al acostarse se habia quitado su grande y encrespada peluca negra.

En el lado de su rostro, sobre que habia dormido, habia desaparecido el color, con el roce de la almohada, y se veia la nítida y trasparente blancura de la piel del jóven.

II.

Se levantó, y á medio vestir se lavó.

Entonces hubiera podido comprender, quien le hubiera visto antes, por qué pintado y con la peluca negra, no parecia hermoso, ni mucho menos Pietro de Nápoles, y sin aquella ficcion parecia hermosísimo.

Esto era á causa de que la hermosura de Pietro de Nápoles consistia en el rubio dorado de sus sedosos y ondulantes cabellos, en la nítida blancura, levemente sonrosada, y en la suavidad y trasparencia de su tez, que hubiera podido envidiar una dama.

Las formas de su semblante no tenian esa pureza, esa correccion y esa armonía que producen la gran hermosura; pero eran graciosas, bellas, rudamente contrastadas por la expresion dura y sombría de los grandes ojos negros del jóven.

Verdad es que Pietro de Nápoles poseia el arte de la ficcion, y que cuando estaba contento, rara vez, ó le convenia, sus ojos perdian la fiereza y adquirian una dulzura y una lucidez infinitas.

Se comprendia, pues, que al pintarse, al cubrir su rica cabellera rubia con una osca cabellera negra, Pietro de Nápoles se desfigurase completamente.

Así solo se comprende que no le hubiesen reconocido sus amigos de Roma, á pesar de que habia cantado entre ellos como un vagabundo: en Bonvinetto, Pietro habia cambiado de una manera enérgica, hasta el timbre de su voz.

III.

Pietro de Nápoles abrió su maleta, sacó de ella dos pomos de plata, se pintó el rostro, la garganta y las manos, se puso la peluca, lo que es lo mismo que decir, que volvió á ser el señor Marcelo Porta: acabó de vestirse, abrió la puerta, llamó y apareció el criado de la noche anterior.

—¿Qué teneis que pedirme, señor?—dijo con cierta alegre presuncion el criado.

—Leo en tu semblante,—dijo Pietro de Nápoles,—que mi carta está ya en poder de esa dama.

—Algo mejor que eso; tengo esta otra para entregárosla.

Y sacando una de su bolsillo, la dió á Pietro de Nápoles, que la abrió.

Hé aquí su contenido:

«Vuestra carta me ha interesado, y por eso la contesto: no os conozco, y no puedo fiarme de vos; procurad que os conozca; me han dicho que la ventana de vuestro aposento está exactamente encima de la del mio: asomaos á esa ventana.»

—En verdad, en verdad que eres un excelente servidor,—dijo Pietro,—¿cómo has hecho para desempeñar tan pronto mi encargo?

—¡Ah! tenemos aquí una Rosina que sirve á las señoras que vienen á hospedarse á la hostería, y que vale un mundo: esta mañana, apenas amaneció, la jóven blanca, rubia y hermosa, pidió un vaso de leche: yo

dí á Rosina un ducado, la carta y una ligera advertencia, y al cuarto de hora Rosina me entregó esa otra carta y yo la dí otro ducado.

—Magníficamente,—dijo Pietro de Nápoles;—para nada mas te necesito, vete.

IV.

El criado salió y Pietro de Nápoles se asomó á la ventana.

Estaba lo menos á diez brazas de altura sobre el rio.

Inmediatamente debajo de la ventana del aposento de Pietro habia otra ventana.

Estaba abierta.

Pero nadie habia en ella.

Pietro esperó.

Poco despues apareció en la ventana una cabeza rubia, sobre la cual se agrupaban en desórden gruesas trenzas.

—¡Oh! magnífico oro,—exclamó Pietro de Nápoles,—si yo pudiera olvidarme de Lucrecia.

La cabeza que estaba en la ventana se volvió y miró hácia arriba.

Pietro vió la magnífica hermosura de Angiolina.

Sus grandes ojos negros le miraban con una profunda fijeza.

—¡Oh! está mucho mas hermosa que cuando la ví la última vez: ¡si yo no estuviera tan empeñado por Lucrecia!

La cabeza dejó de mirar hácia lo alto.

Pero no desapareció de la ventana.

Pietro dijo poniéndose las dos manos á los lados de su boca como para encajonar su voz:

—¿Estais sola, donna Angiolina?

—Sí,—contestó Angiolina volviendo á levantar la cabeza;—¿quién sois?

—Un enviado del Gran Capitan: ¿podré contar con que me recibais esta noche en vuestro aposento?

—Sí.

—¿A la media noche?

—A la media noche.

Y la cabeza de Angiolina se retiró y se cerró la ventana.

V.

—Perfectamente,—dijo una voz detrás de Pietro de Nápoles.

Éste se volvió y encontró delante de sí á Domínico Fanti, que tenia bajo el brazo un gran bulto.

—Me parece que muy pronto habeis pegado la hebra con la señora Angiolina Crespi, y os doy la enhorabuena; segun teneis de contento el semblante, os ha sentado muy bien lo que habeis hablado con ella.

—Si yo me pudiera enamorar, Domínico, me enamoraria; si esa infernal Lucrecia me dejase libre alguna parte del alma, esa parte seria de esa niña.

—¡Ah! arrancadla á Lucrecia Borgia y entregadla entera á Angiolina Crespi, pero vengamos al momento: aquí teneis una escala de seda de doce brazas: no creo que sea de tantas la altura de esta ventana sobre el rio; á mas de eso os traigo un verdadero traje de gentil-hombre, que os debe sentar á las mil maravillas: es una trencilla de terciopelo negro con herretes de plata abrillantada y forros de magnífica raja blanca en las mangas; una camisola de Cambray para el cuello, calzas de seda blancas, borceguíes de terciopelo negro con agujetas de cordon de plata, birrete de terciopelo negro con la copa de raja blanca y bordaduras de plata; escarcela y cinturon de marroquí encarnado, bordados tambien de plata: todo esto me ha costado barato; seis florines.

—Voy á dártelos.

—En buen hora; mientras tengais dinero, tomaré lo que haya adelantado; pero cuando se os acabe el dinero, no dejeis de pedir: tengo yo quien me preste sobre el dote cuantioso de un amigo mio que va á casarse, para el cual pido el dinero.

—¿Se llama Savonarola ese prestamista?

—Nada os importa cómo se llame aquel que ha de proveernos de oro.

—Encierra esa escala en mi maleta; pon esas ropas sobre el lecho, vente tras mí, cierra la puerta y guarda la llave.

VI.

Esto se hizo.

Domínico siguió en silencio á Pietro de Nápoles hasta que estuvieron en la calle.

—¿A dónde vamos?—dijo Domínico;—lo pregunto para guiaros, porque creo que nunca habeis estado en Florencia.

—A cualquier parte: quiero respirar el aire fresco de la mañana; ¿qué es lo mas notable que hay en Florencia?

—Toda Florencia,—contestó Domínico con el mismo orgullo que si hubiera sido florentino.

—Ante todo, llévame á la plaza de la Señoría, ó de los Señores, donde está el palacio Viejo: quiero ver de cerca el sagrado recinto de las leyes; estos florentinos, como todos son industriales, se levantan muy temprano: me gustaria ver el rostro de alguno de esos buenos ciudadanos

que dejan un telar para gobernar la república: el palacio de la Señoría debe estar en el centro.

—No por cierto, está muy cerca de aquí; al extremo de esta calle que se llama de Santa María.....

—Pues adelante, Domínico: debo almorzar hoy con Alfonso Crespi, con su hija y con la duquesa de Urbino, y no podemos disponer de mucho tiempo: no sé cuánto durará el almuerzo; pero tú me esperarás en mi aposento, almorzando á tu vez, y cuando yo quede libre iremos al convento de franciscanos á hacer una visita al padre Julio Beneventano, mi antiguo confesor.

—Esperad; veo desembocar por aquella calle una rara figura que conozco mucho, y que es mucha cosa del magnífico señor gonfaloniero de justicia, Pietro Popoleschi: mirad con qué aire tan raro y qué deprisa mueve sus largas piernas: apretad el paso, porque si no esa especie de cigueña humana se nos escurre; es messer Ceccone, notario de la Señoría de Florencia: ¡eh! messer Ceccone, messer Ceccone, esperad.

VII.

Dutúvose el hombre largo, se volvió, y al ver á Domínico, adelantó hácia él.

—Buenos dias, señor Domínico, —le dijo: —¿cómo vos tan temprano en la calle? si tuviérais los graves deberes que yo, lo comprenderia; ¿á que no acertais de qué voy á ocuparme?

—De alguna cosa ágria para alguien, —contestó Domínico.

—Yo soy naturalmente dulce y benévolo, —dijo messer Ceccone, —siguiendo á lo largo de la calle de Santa María, hácia la plaza de los Señores, entre Domínico y Pietro de Nápoles: —sí, yo soy por naturaleza dulce y benévolo, pero mi deber de velar por la libertad de la República, por el cumplimiento de las leyes y por el sostenimiento de las costumbres como buen ciudadano, me obliga á cosas muy desagradables: ¿creereis que hay todavia quien conspira por Pietro de Médicis, y que cinco desdichados han cometido la imprudencia de venirse á Florencia á hablar á este y al otro en favor del Médicis, y lo que es mas, que han soltado prendas? ¡imbéciles! ¿pues no saben que hoy está aquí la delacion al uso, y que al olor de los cien florines que el Consejo de los Ocho da á los ciudadanos que delatan á los que conspiran contra la libertad, todos andan á caza de conspiradores? es verdad que en Florencia hay muy poco dinero, que nos ha dejado exaustos la enorme cantidad que hemos tenido que entregar al rey de Francia; pero qué quereis, yo no creo que la pobreza sea una excusa de lo infame de una delacion; ahí teneis; voy á dar tormento á esos cinco para que declaren.

—Con todo el dolor de vuestra alma, —dijo Domínico.

—¡Eh! ¿qué decís?—dijo receloso y sobrecogido el notario, lanzando una mirada furtiva á Pietro de Nápoles, á quien no conocia.

—Nada temais, messer Ceccone; mi amigo es tan amigo como vos y como yo, de los Médicis; ya veis, he servido á los Borgias, y espero continuar sirviéndoles sin salir de Florencia.

—¡Hum!—dijo messer Ceccone; —pues qué ¿va á venir á Florencia algun Borgia?

—¿Quién sabe? ya veis, á mí se me ha puesto de espía al lado de Savonarola.

—¡Protervo! él es el que nos compromete; él es el que envalentonado con la ayuda de esos detestables pianones, hace difícil que se dé al traste con esto que los florentinos alborotadores llaman sus libertades; hablo así, porque me habeis dicho que este señor es vuestro amigo, y que piensa como vos y como yo, tanto en lo que concierne á Savonarola, como en lo que concierne al Médicis: ¡oh! magnífico, señor; yo no puedo acostumbrarme á esta balumba de gobierno; es cierto que cuando echaron de aquí al gran duque, yo grité como el primero y con mas voz y mas fuerza que muchos: —Muera el tirano; abajo la tiranía; viva la libertad:— pero ya veis, esto era prudente y útil: prudente, para que no nos dieran de palos, ó nos trataran de una manera peor; y útil, porque captándonos la confianza del populacho, podriamos ingerirnos en el gobierno y servir cautelosamente á nuestro amo: ¡imbéciles pelaires! son unos estúpidos; se fian de cualquiera; se dejan seducir por las apariencias, y otorgan su confianza á los mismos que han de extrangularlos: estoy de un humor de los diablos, señor Domínico; calculad con qué gusto daré yo tormento á mis amigos: ¡ah! no sabe Pietro de Médicis cuánto me debe, y la cosa es séria: serán decapitados: han venido muy pronto, no tenemos fuerza alguna contra el torrente de la multitud: dentro de tres dias el verdugo habrá cercenado cinco ilustres gargantas: ¡ah! os aseguro que estoy de muy mal humor, que soy muy desgraciado: ¡oh! y en cuanto al gonfaloniero Popoleschi, hay que tenerle lástima: ¡cuánto ha sufrido en los interrogatorios anteriores, cuando ha sido necesario poner en el tormento á los acusados!

—¿Y quiénes son, messer Ceccone?

—Pues qué, ¿no sabeis vos lo que sabe toda Florencia?

—Os diré: el encargo que me han dado los Borgias es demasiado grave, y ocupa todo mi tiempo: este encargo es procurarme cuanto mas pueda la confianza de Girolamo Savonarola.

—¡Ah! vos hareis una gran fortuna, señor Domínico; es necesario dar por el pié en tierra con ese falso profeta, con ese apóstol embauca-

dor: ¡oh! si alguna vez le cojo yo en la rueda del tormento, veremos si los espíritus vienen á ayudarle; le detesto, le aborrezco, le execro; él ha traido estos tiempos de desórden en que todos somos iguales, los estúpidos y los no estúpidos; él ha matado aquellos buenos tiempos en que todo el mundo hacia calle descubriéndose, y reverenciaba á los notarios del gran duque: ¿para qué sirve tanto Consejo compuesto de hombres indoctos, que nada entienden de asuntos de Estado? ¡magnífico gobierno nos ha traido el tal apóstol! ¿no es irritante que por la sugestion de cuatro ambiciosos, los piañones llenen la plaza del gran duque, es decir, la plaza de los Señores, y hagan tocar á eleccion la gran campana del Consejo, y echen abajo un gobierno como si fuera un castillejo de naipes? esto conviene grandemente á Savonarola: él predicando y predicando, y como sin quererlo, gobierna aquí y no se hace sino lo que él dice en el púlpito.

—Pero ya no predica, —dijo Domínico: —ha obedecido á la Señoría, que obedeciendo á Su Santidad, le ha impuesto silencio.

—Hemos cambiado de boca, pero no de palabra: en vez de Savonarola predica insolentemente en el Duomo la misma doctrina, su secuaz Domínico de Peschia; hemos adelantado algun terreno, pero no todo el que es de desear; entretanto, esos cinco infelices serán decapitados *nulla est redentio*, no hay nada que los salve.

—Pero en fin, ¿quiénes son? —dijo Domínico.

—¡Ah! los cinco mas ilustres de Florencia, á saber: Bernardo del Nero, Nicolo Aloisi de Ridolfis, Giovanni Cambi, Giannozzo Pucci y Laurencio Tornabuoni.

—¡Oh! ¡qué escándalo! ¡qué desdicha! ¡qué tiranía! ¡qué crímen! —exclamó Domínico con el mismo fervor que si en realidad, en vez de ser un fanático secuaz de Savonarola, hubiera sido un adicto ciego de Pietro de Médicis: ¿y vos qué decís á esto, señor Marcelo Porta? —añadió dirigiéndose á Pietro de Nápoles.

—Esto no puede continuar así, —dijo Pietro que habia callado hasta entonces: —Dios no puede tolerar por mucho tiempo tanta iniquidad; su justicia resplandecerá al fin y aterrará á los malvados.

—¿No os decia yo que era tan bueno como el mejor, mi amigo el señor Marcelo Porta? — dijo Domínico.

—Celebro mucho haberos conocido, — dijo messer Ceccone, asiendo con sus descarnadas manos de ave de rapiña una de las manos de Pietro de Nápoles; —contadme desde ahora por muy vuestro: pero hemos llegado al palacio de la Señoría, mis buenos amigos, y me es forzoso apartarme de vosotros; ya sabeis donde vivo, señor Domínico, en mi casa se come bien á las dos de la tarde: me tendré por muy dichoso si hon-

rais alguna vez mi mesa; adios señores, voy á atormentarme, atormentando á mis amigos.

—Dios os dé fuerzas para ese sacrificio, señor, —dijo Pietro de Nápoles, cuyo semblante aparecia lo mas dulce y lo mas bonachon del mundo.

—Id, id á cumplir con vuestro deber, messer Ceccone, y hasta la vista.

VIII.

—Eres un imprudente loco, Domínico, —dijo con verdadera cólera Pietro de Nápoles cuando messer Ceccone se hubo perdido por las anchas escaleras del palacio Viejo: —¿cómo comprender que hable de buena fe un curial que así se compromete, declarándose amigo de Pietro de Médicis delante de un desconocido?

—¡Bah! eso es que ha encontrado cerrada por dentro anoche la puerta del cuarto de su manceba, y ha olido al bravo capitan de los infantes de la Señoría, Marcuccio Salviati: para consolarse se habrá pasado toda la noche bebiendo, y con la borrachera se le salen las palabras á messer Ceccone, se olvida de la prudencia, y ya ha estado preso por esto algunas veces, y á riesgo de que le suceda algo grave; pero es un infame, capaz de cualquier infamia, y se le necesita, porque tiene para la maldad un gran ingenio, y aquí se comete con mucha frecuencia ese mal: ¿no es una picardía que la Señoría, por miedo á la excomunion del Papa, extremeciéndose ante la cólera de los Borgias, haya reducido al silencio al venerable Maestro? ¡ah! se cansará Dios de sufrir tanta iniquidad, y enviará una legion de arcángeles con espadas de fuego.

—Creo que estás tan loco como Savonarola, Domínico: ¡qué! ¿no creeis vos en las revelaciones, en las visiones, en el espíritu profético? ¿creeis que no hay nada mas que lo que conoce el vulgo ignorante?

—Lo que creo es que nada sabemos acerca del lugar donde se oculta Lucrecia, que es lo que importa.

—Esperad: vamos á saberlo al momento; por allí asoma el muy magnífico gonfaloniero de justicia, messer Pietro Popoleschi; se dirige al palacio Viejo; voy á cortarle el paso: observad qué semblante pone á las palabras que le voy á decir.

Y Domínico adelantó hácia el gonfaloniero.

—Buenos dias, magnífico señor, —dijo cuando hubo llegado junto á él; —ofreced á donna Lucrecia Borgia los respetos de un antiguo criado suyo.

Este golpe brusco é inesperado asombró á Popoleschi, que miró con

recelo á Domínico y á Pietro de Nápoles: se puso pálido y respondió con suma torpeza:

—¡Eh! quitáos del medio: ¿qué tengo yo que ver con esa señora, ni qué sé de ella? dejadme pasar.

Y se alejó rápidamente.

IX.

—El alma contra un florin, —dijo Domínico, —si el gonfaloniero de justicia no sabe dónde está donna Lucrecia.

—Sí, sí lo sabe; se ha aturdido, y al negarlo, lo ha confesado; pero tú vas de imprudencia en imprudencia: eres un temerario, te atreves al primer magistrado de la República.

—¡Bah! aun dura el poder de Savonarola, aun no se atreven con él, y yo me atrevo á todo, mientras el Maestro tenga una sombra de poder: antes de que fray Girolamo sea impotente, descuidad, me pondré en salvo: no se divertirán conmigo estos buenos magistrados, que no saben cómo llevar sus vestiduras de justicia: vengamos al caso: messer Popoleschi sabe dónde habita donna Lucrecia; sabiéndolo él, lo sabe de seguro su confidente messer Ceccone; sabiéndolo messer Ceccone, puede saberlo su manceba Adrianeta; y esta lo sabrá si le manda que lo sepa su amante del corazon, Marcuccio Salviati, eterna pesadilla de messer Ceccone, que no se atreve con él porque Salviati está fuertemente protegido por Savonarola.

—De lo que resulta, que Savonarola es el dueño de Florencia.

—Sí: ha callado contra mi opinion, contra la opinion de todos sus discípulos; pero haber callado no es haber sucumbido: Florencia le adora, le debe su paz y su libertad; le debe el gobierno que tiene, que podrá no ser completamente bueno, pero que por ahora no puede ser mejor: ha empezado la lucha, pero la fuerza está de parte de Savonarola.

—Así debe ser, cuando el Borgia ha enviado á Florencia á su hija Lucrecia.

—Pero se sabe; podemos combatirla en silencio, acercarnos á ella sin ser vistos y asegurar el golpe: yo maté á Giovanni Borgia sin herirle; otro se encargó de ello; yo mataré á Lucrecia sin herirla; lo hará otro.

Pasó rápidamente una chispa sombría por los ojos de Pietro de Nápoles, sin que se apercibiese de ello Domínico.

—Morirás antes de que puedas herirla, —dijo para sí Pietro de Nápoles.

Y luego añadió en voz alta:

—Averigua cuanto antes puedas el lugar donde Lucrecia se oculta: hemos aprovechado bien el tiempo que hemos estado fuera de la hostería y me vuelvo á ella, no sea que me esperen Alfonso Crespi y esas damas: tú vete á procurarte cuantas noticias puedas, y hasta despues del medio dia.

—Hasta despues del medio dia,—contestó Domínico.

Y se separaron.

Pietro de Nápoles se dirigió á la hostería de la Buona Vita; llegó ella, entró en su aposento, y apenas hubo entrado le avisaron que el señor Alfonso Crespi le esperaba para almorzar.

CAPITULO VII.

Un golpe de muerte.

I.

Durante el almuerzo, Pietro de Nápoles, á quien Alfonso Crespi habia presentado á la duquesa de Urbino y á su hija, como un antíguo conocimiento suyo, procuró captarse la confianza de Angiolina, y fuerza es decirlo, lo consiguió.

Habia adoptado la espresion dulce, benévola, simpática de que tan bien sabia revestir su semblante.

Por su parte Angiolina, sin pretenderlo, sin cuidarse de ello, habia influido de una manera séria en el ánimo de Pietro de Nápoles.

Ya hemos dicho en otra ocasion, que este era demasiado impresionable á la hermosura, y la magnífica, la deslumbrante hermosura de Angiolina habia crecido espiritualizándose con el sufrimiento.

Además de esto, Pietro de Nápoles veia detrás de Angiolina un millon de florines y todo lo que con un millon de florines podia llevarse á cabo.

II.

La duquesa de Urbino miraba con insistencia á Pietro de Nápoles.

—¿Quién es este hombre?—decia para sí; —yo le conozco, le he visto alguna vez. Pero el disfraz de Pietro de Nápoles la desorientaba.

Alfonso Crespi veia con placer que Angiolina impresionaba á Pietro de Nápoles; y le halagaba á un tiempo la idea de quitarse de sobre sí, casándola con un casi príncipe, una hija que creia deshonrada; y al par de esto, la venganza que podia tomar de Savonarola, empeñándola en un lance con aquel terrible Pietro de Nápoles.

Cuando terminó el almuerzo, de buen grado Alfonso Crespi se hubiera llevado consigo á Pietro de Nápoles y hubiera afrontado la cuestion.

Pero le pareció demasiado prematuro.

III.

Pietro de Nápoles encontró ya, esperándole en su aposento, junto á los restos de un gran almuerzo, á Domínico Fanti.

—Ya tenemos al señor Salviati,—dijo Domínico,—hoy Adrianeta estará mucho mas amable que de costumbre con messer Ceccone; ese pícaro vomitará todo lo que sepa: de segure, mañana sabemos dónde para la duquesa de la Romanía. ¿Y á vos qué tal os ha ido en vuestro almuerzo?

—Decididamente, Domínico, si Angiolina quiere me caso, y aunque no quiera, puesto que me parece que tengo de mi parte la tiranía paterna.

—Si vos os proponeis que Angiolina consienta de buen grado, consentirá.

—Por el momento,—dijo Pietro,—le inspiro confianza; dejará la ventana abierta, y podré penetrar en su aposento.

—Sed muy prudente, y sobre todo, inventad una historia muy triste que la interese: las mujeres son generalmente muy caritativas; y cuando se ha logrado escitar su caridad se está muy cerca de obtener su amor. En fin, vos las conoceis demasiado, y es inútil daros consejos: no olvideis el millon de florines; aunque no sea mas que por esto, debeis tener un grande empeño en casaros con Angiolina. ¿Qué pensais hacer esta tarde?

—Andar por Florencia, ir á la catedral donde Alfonso Crespi me ha dicho predica esta tarde el padre Domínico de Peschia: Crespi dice que los sermones que predica fray Domínico los compone Savonarola.

—Así es la verdad: la doctrina del Maestro se sostiene, pero si viérais qué diferencia hay entre la palabra del padre Savonarola y la palabra de fray Domínico: Savonarola es todo dulzura, todo uncion, persuade, seduce, hay en su voz una armonía deliciosa, parece que habla un ángel; Savonarola hace mas con el acento y con el semblante que con la palabra: fray Domínico es impetuoso, ardiente, áspero, reprende mas que amonesta, amenaza con la voz, con el semblante, con la mirada; es una cosa completamente distinta de Savonarola; pero si hemos de oir á fray Domínico, vamos á la catedral.

—¿Tan temprano es el sermon?

—No; el padre Domínico no subirá al púlpito hasta las dos; pero es necesario ir con anticipacion; porque acude tanta gente á estos sermones, que la nave se llena y no hay donde colocarse de manera que se pueda oir bien: faltan tres horas, pero no le hace; allí encontraremos algunos buenos amigos á quienes os daré á conocer.

—Pues vamos allá, Domínico.

IV.

Salieron de la hostería y se trasladaron á la catedral, en la cual habia ya bastante gente esperando el sermon; pero pudieron llegar con facilidad hasta la apside, y al pié del púlpito de la derecha, donde acostumbraba predicar Savonarola.

Se habia notado con estrañeza, que el púlpito de la izquierda estaba revestido tambien, como si se hubiese de predicar en él aquella tarde.

Un sordo rumor decia que el Papa habia enviado con un breve para el arzobispo de Florencia á un famoso fraile francisco llamado fray Francesco de Puglia, para contradecir desde el púlpito la doctrina de Savonarola, y probar que era tentatoria al dogma, y por consecuencia herética.

Este rumor, que fué tomando consistencia, avivó el interés de los que esperaban, porque se presentia una lucha heróica.

Fray Domínico de Peschia era un grande orador, cuya oratoria se apoyaba en una vasta y sólida instruccion.

Era, como habia dicho Domínico Fanti, ardiente, enérgico, impetuoso; se irritaba en la peroracion, se inspiraba, y decia grandes cosas.

Del franciscano Puglia solo se conocia la fama; pero esta fama era terrible: se decia que hablaba de repente sobre cualquier tema, en latin ó en griego durante dos horas; lo cual era maravilloso; sobre todo, que poseia de una manera admirable la argumentacion, y que además de esto era gran teólogo y gran canonista.

Nada tenia, pues, de estraño, que habiéndose estendido la noticia de esta lucha, los buenos florentinos llenasen completamente las naves tres horas antes de la prefijada para el comienzo del sermon de fray Domínico de Peschia.

V.

Al pié del púlpito de la derecha, donde debia predicar fray Domínico, y hasta el cual habian llegado Pietro de Nápoles y Domínico Fanti, habia tres hombres muy conocidos en Florencia, y públicamente adictos á Savonarola.

Estos tres hombres eran, Francesco Valori; ya de edad madura, de

aspecto bravo y severo, rico negociante que habia vivido desterrado durante el dominio despótico de Pietro de Médicis, que habia vuelto cuando Pietro fué arrojado de Toscana, y al constituirse el gobierno popular habia desempeñado el alto cargo de gonfaloniero de justicia.

El otro era Francesco Davanzati, mercader de sedas, grande amigo de Francesco Valori, que con él habia estado desterrado, que con él habia vuelto, y como él habia tomado parte en el gobierno, desempeñando el cargo de prior de la libertad del supremo consejo de los Ocho.

El tercero era Marcucio Salviati, tambien gran patriota, proscripto durante el dominio de los Médicis, y capitan á la caida de estos, de los tres mil infantes lanquenetes que formaban la guardia de la señoría de Florencia.

VI.

Todos ellos eran adictos á Savonarola, porque Savonarola atacaba á los Borgias, y los Borgias protegian á los Médicis.

Todos ellos estaban dispuestos á tirar de la espada y á sublevar Florencia en favor de Savonarola.

Las circunstancias eran, pues, graves, y justificaban la ida de Lucrecia á Florencia, para manejar de cerca los hilos de una sorda conspiracion contra el poder de Savonarola.

VII.

Domínico, como servidor íntimo de Savonarola, conocia mucho á estos tres personajes, y les presentó á Pietro de Nápoles, diciéndoles:

—Hé aquí un buen muchacho, todo oro, que está desde hace tiempo en el buen camino, y cuyos servicios en favor de la libertad y de la justicia, pueden ser muy apreciables: es el señor Marcelo Porta, natural de Siracusa y uno de los mas bravos sicilianos que podeis haber conocido; yo le recomiendo á vuestra amistad.

Los tres prohombres populares saludaron á Pietro de Nápoles y estrecharon calorosamente su mano.

Durante la hora que trascurrió desde esta presentacion hasta que apareció en el púlpito fray Domínico de Peschia, aquellos cinco hombres estuvieron hablando con el entusiasmo de todos los patriotas y de todos los sectarios, de las cosas públicas, de Savonarola y de la necesidad de un concilio que reformase la disciplina de la Iglesia.

VIII.

Cuando fray Domínico apareció en el púlpito, se levantó entre la multitud que ocupaba la gran nave de la catedral un rumor estraño.

En el púlpito de la izquierda habia aparecido simultáneamente un fraile francisco.

Savonarola, severo, grave, rígido, sombrío, atravesó el presbiterio, y fué á sentarse en un ángulo de las gradas del altar mayor.

El arzobispo estaba en su silla, en el coro, con los canónigos.

Aquello tenia el aspecto sombrío y solemne de los preparativos de una batalla.

IX.

Fray Domínico de Peschia se volvió hácia el arzobispo, y dijo con voz sonora, grave y acentuada.

—Reverendísimo padre en Cristo, arzobispo de Florencia: yo soy venido aquí para predicar sobre el Evangelio, con la vénia de vuestra señoría ilustrísima: ante mí aparece otro predicador, ¿quién ha de hablar? ¿quién ha de callar, reverendísimo padre?

Inmediatamente despues de estas palabras de fray Domínico, una de las dignidades del cabildo subió á la epístola y leyó un breve del Papa al arzobispo de Florencia, en que le manifestaba que, siendo necesario atajar y destruir los perniciosos efectos de la doctrina del prior de San Marcos de Florencia, fray Girolamo Savonarola, de la Orden de Predicadores, la Santa Sede daba comision á fray Francesco de Puglia, de la Orden de San Francisco, para que contradijese la doctrina de Savonarola, sostenida, á pesar de las censuras del Papa, por los discípulos del prior de San Marcos.

La pregunta de fray Domínico habia sido completamente satisfecha.

Al oir la lectura del breve, Savonarola se puso enérgicamente de pié, y dió algunos pasos hácia el púlpito que ocupaba fray Domínico.

—¡Que hable el Maestro! ¡que hable el Maestro! ¡que defienda su doctrina! — dijeron acá y allá una multitud de voces.

—¡No! ¡no! ¡está excomulgado! —dijeron otras.

Savonarola retrocedió, extremeciéndose, y volvió á sentarse en las gradas del altar.

Fray Domínico se volvió hácia su Maestro, al volverse hácia el altar.

—Yo, señor, —dijo, —te ruego hagas descender sobre mí tu espíritu, para que, favorecido por la gracia, pueda redundar cuanto yo digere en tu servicio.

Era difícil determinar si fray Domínico se habia dirigido á Dios ó á Savonarola; al Creador ó á la criatura; si habia sido un cristiano sincero, ó un sectario fanático.

Y luego, volviéndose al auditorio, dijo:

—Hermanos: me habia propuesto predicaros sobre el Evangelio de

San Juan, pero me veo obligado á renunciar á mi propósito; mi sermon va á convertirse en una controversia; se acusa de herética la doctrina de los religiosos de la Orden de Predicadores de San Marcos de Florencia, y yo, confiando en el favor divino, voy á defender esa doctrina contra los que la impugnan y la sentencian como herética; la Santa Sede te envia, hermano de la Orden de San Francisco, —añadió fray Domínico volviéndose de una manera nerviosa hácia fray Francesco de Puglia, — yo me congratulo de la honra que se me hace y de la que me creo indigno, al poner frente de mí, para contradecir mi humilde palabra, al sábio y famoso predicador de Nuestra Señora de Monserrat en Roma; yo te ruego, hermano mio, perdones de antemano cuanto en el calor de mi peroracion pudiese parecerte ofensivo, y lo tengas por no dicho.

Francesco de Puglia se inclinó con una cortesanía verdaderamente romana.

X.

Fray Domínico saludó al arzobispo, despues á Savonarola, por último á su contrincante, y volviéndose al auditorio, dijo:

—Voy á empezar á esplanar la doctrina que predicamos los dominicos de San Marcos, hablándoos de la Caridad, y de cómo debe entenderse la caridad dentro del Evangelio; hablaré en lenguaje vulgar, para que de todos sea entendida mi palabra, imitando á Jesucristo, que se valia de la simplicidad de la frase, para que hasta los niños pudiesen comprenderle.

Esta era una hábil maniobra de fray Domínico, que sabia que la gran fuerza de su contrincante consistia en la práctica de la argumentacion escolástica, y en lo versado que estaba en el griego y el latin.

Reducir á fray Francesco de Puglia á un razonamiento sencillo que pudiese ser comprendido por la multitud, era desarmarle, reducirle á la impotencia.

Una sonrisa fria, indescribible, contraia los lábios de Savonarola.

Fray Domínico estaba ya inspirado; se volvió y dijo con suma facilidad en correcto griego á fray Francesco de Puglia, que estaba impasible sobre su púlpito:

—No te llamo yo al lenguaje comun y de todos inteligible por miedo ó por ignorancia, no; lo hago porque la palabra de Dios debe ser sencilla, clara, y universal; no se trata aquí de un vano alarde de escolasticismo, ni hemos de perdernos ante el vulgo indocto en las oscuridades de las conclusiones metafísicas: no hemos de hablar á los que no saben el lenguaje científico de la Iglesia; cuando un certámen tal quisieres, tuya es la cátedra de nuestra iglesia de San Marcos; allí, desde nuestro

venerable Maestro hasta mí, el último de mis hermanos, contenderemos contigo; aquí debemos evitar las oscuridades, debemos hacer que nuestras palabras estén llenas de luz; se trata de la causa de Dios, que es la causa de la Iglesia, de la paz y de la libertad del pueblo, que es la causa de la humanidad. Te envian á combatir, combate; Dios dará la victoria á la justicia.

XI.

Calló fray Domínico, se cruzó de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, quedando en una figura digna y simpática, y fray Francesco de Puglia contestó en griego con una gran entonacion al par que con una gran dulzura:

—Amadísimo hermano: el Santo Padre me envia, no á contradecir vuestra doctrina, que en sí es buena y ortodoxa, sino á censurar los errores que mezclais á esa doctrina, á destruir esos sueños que desgraciadamente ha causado vuestro entusiasmo religioso, á arrancar á la credulidad de la indocta muchedumbre la creencia de que poseeis el espíritu profético, de que baja á vosotros la vision celeste, y os sentís favorecido por la revelacion. Ni nuestro Santísimo Padre ni la Iglesia pueden poner en duda, sin incurrir en la heregía, que Dios puede favorecer con el espíritu profético y la vision celeste á sus criaturas; esto seria negar los profetas; pero no sois vosotros los que debeis declararos favorecidos por la gracia; para ello se necesita una señal patente del Altísimo; se necesita un milagro.

Savonarola se levantó.

Habia sentido el golpe en el corazon.

Se extremeció, lanzó una mirada de fuego al fraile francisco, y volvió á sentarse.

Todos habian visto el movimiento de Savonarola, todos habian comprendido que el franciscano habia dicho alguna cosa gravísima; todos deseaban que terminase aquel prólogo en griego, del cual no entendian una sola palabra.

—¡En buen hora el milagro!—dijo en toscano, esto es, en el idioma vulgar de Florencia, Savonarola;—si la voluntad de Dios lo quiere, el milagro se realizará.

Y volviéndose á la multitud, entre la cual se levantaba un rumor vago, dijo:

—Ese religioso romano nos exige á los dominicos de Florencia una prueba indudable; quiere que efectuemos, como si fuéramos santos, un milagro patente; nosotros aceptamos la prueba; no haremos el milagro,

no está en nuestra mano el hacerle; pero Dios le hará por nosotros, protegiendo á los que defienden su santa causa.

—Hermanos, —dijo fray Francesco de Puglia, —yo os digo: el padre Maestro, fray Girolamo Savonarola está alucinado; no afirmo que mienta al deciros que es profeta, que siente la revelacion, que ve en extásis á un ángel del Señor bajo la figura de un mancebo, no: todo esto no es otra cosa que un sueño de su fantasía acalorada; un resultado de sus contínuas vigilias, de su contínua contemplacion; la doctrina evangélica que os ha predicado es buena, pura y dogmática; pero ha incurrido en las censuras de la Iglesia, por haber mezclado la doctrina del Evangelio con aseveraciones falsas y supersticiosas: ¿es profeta? patentícelo: ¿es santo? obre un milagro.

—¡Sí, sí, un milagro, un milagro!—exclamó como poseida por un mismo pensamiento, y con una confianza ciega en Savonarola, la multitud que llenaba la nave.

XII.

Savonarola se levantó, y dijo con la voz tranquila, pero extensa, que todos oyeron perfectamente, dirigiéndose al franciscano:

—Acepto la prueba y el martirio. Continúa, hermano; dí de qué manera pretendes que el Señor pruebe la verdad y la pureza de nuestra doctrina.

—Yo acepto tambien el martirio, —dijo con energía y con un ferviente entusiasmo religioso fray Francesco de Puglia; —yo os propongo, hermano de la órden de Predicadores de San Marcos de Florencia, una prueba terrible: sube tú, Girolamo Savonarola, sube conmigo, sobre una hoguera: si eres profeta, si estás verdaderamente poseido de la gracia del Señor, que las llamas te respeten y salgas ileso de entre ellas; pero si no se efectuase el milagro, si tú y yo fuéremos devorados por las llamas, la sentencia del Señor habrá resplandecido declarando herética vuestra doctrina.

—Sea, —dijo con voz tranquila, pero acentuada, terrible, Savonarola.

—Sea, —dijo de una manera nerviosa fray Domínico de Peschia.

—Sea, —dijo trasportado por su celo religioso fray Francesco de Puglia.

—A la Señoría, vamos delante de la Señoría, —díjo fray Domínico, —y determinemos de qué manera ha de llevarse á cabo la prueba del fuego.

Y bajó del púlpito.

Bajó tambien fray Francesco de Puglia.

Al mismo tiempo se levantó Savonarola, adelantó hácia la nave, y antes de llegar á la verja que separaba á la multitud de la ápside, se unió á fray Domínico y al franciscano, y siguió con ellos por entre la multitud, que se abrió á su paso dominada por una terrible efervescencia.

Salieron de la catedral, y seguidos por un gentío inmenso, se encaminaron al palacio de la *Señoría*.

XIII.

Pietro de Nápoles, Domínico, Francesco Valori, Francesco Davanzati y Marcucio Salviati, salieron de la catedral por la puerta que dá á la calle del Cocomero, y en la cual está el grupo de bronce que representa á Judiht cortando la cabeza á Holofernes.

CAPITULO VIII.

De cómo Pietro de Nápoles cayó al Arno y salió de él como menos lo esperaba.

I.

Aquella noche Pietro de Nápoles se recogió temprano, cenó, se encerró y esperó con impaciencia á que llegase la media noche.

Poco antes de esta hora se quitó la peluca, se lavó, se peinó, se vistió con las ropas que le habia llevado aquella mañana Domínico Fanti y se asomó á la ventana.

No habia luna y la noche era bastante oscura,

Miró á la ventana, situada debajo de la suya, esto es, la ventana del cuarto de Angiolina, y vió luz á través de las vidrieras.

—Vela,—dijo,—me aguarda; habrá dejado abierta la ventana; ¿estará sola? no se oye rumor alguno, no; indudablemente está sola; pero ¿por qué tiene encendida la luz? esta es una imprudencia, no importa, descenderé por la escala y á través de las vidrieras veré si está sola ó no.

II.

En aquel momento se oyó rechinar la vidriera que se abria y asomó una cabeza de mujer que miró hácia arriba.

Por el reflejo de la luz, que la dió en parte en el rostro, Pietro de Nápoles reconoció á Angiolina.

—Sí, aquí estoy,—dijo Pietro como respondiendo á la mirada que la jóven habia dirigido á la ventana;—pero vos ¿estais sola?

—Sí,—respondió Angiolina.

—Ocultad la luz de modo que no se vea el reflejo por la ventana, y esperad un momento.

Lámina 12 duplicada.—Ambos jóvenes, al verse, lanzaron una esclamacion de asombro.

Angiolina se retiró, y poco despues desapareció el reflejo de la luz, perdiéndose el vano de la ventana en la sombra.

III.

Pietro echó fuera la escala, la aseguró á la ventana y descendió por ella hasta la ventana del aposento de Angiolina, en el cual penetró.

Pietro de Nápoles cerró la ventana.

Angiolina sacó una bugía en un candelero de plata, de un armario donde la habia escondido.

Ambos jóvenes, al verse, lanzaron una exclamacion de asombro.

Sé habian sorprendido mútuamente.

Ella no conocia á Pietro de Nápoles, y estaba éste hermosísimo, con su bello traje y su rica cabellera dorada, ondeada, profusa, luenga, que caia sobre sus hombros.

Ella estaba muy pálida, lo que aumentaba su blancura y hacia resplandecer, por decirlo así, su belleza.

Estaba además vestida de blanco.

Sus cabellos caian en largos rizos sobre su pecho, y se rodeaban además en trenzas sobre su cabeza.

Parecia aquel el peinado de una diosa.

IV.

A mas de esto, Angiolina esperaba al señor Marcelo Porta, no á aquel gentilísimo galan.

Debemos repetirlo: pintado el semblante de moreno y rojo de una manera tan perfecta que no se conocia la pintura, recogidos los blondos, ricos, sedosos y brillantes cabellos, bajo la áspera y enmarañada peluca negra, vestido el sencillo, vulgar y feo traje de mercader siciliano, alterada la voz y la expresion de la mirada, en nada, absolutamente en nada, ni aun en el modo de andar y de moverse, se parecia Marcelo Porta á Pietro de Nápoles.

Tenia además éste, como hemos dicho, la maestría de la ficcion y un gran dominio sobre sí mismo.

Su expresion natural era feroz, y causaba dolor y espanto.

Cuando no se disfrazaba, al ver aquellos ojos tan negros y tan hermosos, que contrastaban de una manera tan magnífica con la límpida y excesiva blancura de su tez, exhalando un alma torcida, horrenda, infernal, Pietro de Nápoles parecia entonces un arcángel condenado.

Pero cuando encogía, por decirlo así, su mirada satánica, cuando la

convertia en una mirada pura, apasionada, elocuente, hermosa; cuando la dureza, la altivez y el desden de sus lábios purpúreos se sustituian por una dulce y leve sonrisa, Pietro de Nápoles parecia un arcángel glorioso, cuanto puede parecerse á un arcángel una criatura.

Habia en él mucho de la belleza delicada y mórbida de la mujer.

De modo que Pietro de Nápoles acababa de presentarse trasformado en el cuerpo y en el alma, en cuanto á las apariencias, delante de Angiolina, que no esperaba una tal aparicion.

Tal era la mágia que se desprendia de Pietro de Nápoles, que Angiolina, á pesar de que tenia bastantes razones para aterrarse al ver en su aposento, á solas con ella y á tales horas, á un desconocido, no se aterró.

Las grandes hermosuras no pueden causar terror, sea cualquiera la situacion en que aparezcan.

V.

Angiolina lanzó una exclamacion de asombro, y retrocedió.

Pietro de Nápoles adelantó hácia ella como atraido por ella.

Ambos se detuvieron al fin, y quedaron á la misma distancia.

—¡Ah! ¡qué divinidad, qué milagro de hermosura!—dijo fascinado Pietro de Nápoles, olvidándose en aquel momento de Lucrecia, de sí mismo, del mundo entero.

Angiolina bajó sus hermosos ojos, en que se fijaba una inmensa mirada de Pietro, se puso vivamente encendida, y tembló.

La mirada de Pietro de Nápoles la habia causado la misma sensacion que hubiera experimentado al sentir el beso de Satanás en el alma.

—Decidme, y decídmelo pronto para que yo no muera,—dijo Pietro de Nápoles;—¿de los tres hombres á quienes habeis amado, á alcanzado alguno por vos una felicidad de los cielos?

Creció el rubor de Angiolina, que alzó su mirada pura y la fijó valiente y altiva en Pietro de Nápoles.

Aquella fué la única contestacion de Angiolina.

—¡Ah!—exclamó con alegría, con una alegría infinita, Pietro de Nápoles.—¡Y yo que creia que no podia ser ya feliz! venid, venid, señora, y escuchadme.

Y tendió la mano hácia Angiolina, que como impulsada por una atraccion irresistible, puso su pequeña y temblorosa mano en la de Pietro de Nápoles.

Era como la avecilla atraida por la influencia magnética de la serpiente.

VI.

Pietro de Nápoles la llevó á la ventana, cuyo alfeizar avanzaba algo sobre la pared, determinando una especie de balcon.

—El viento, señora,—dijo Pietro de Nápoles, arrastrará nuestras palabras, y solo las oirá la noche: hablemos sin embargo muy bajo; vuestro padre y la duquesa de Urbino deben dormir cerca.

—Sí, á la derecha y á la izquierda,—dijo con voz apagada y trémula Angiolina,—solo me separa de ellos por el uno y por el otro lado una pared sencilla; ¿pero vos quién sois, cómo estais aquí? yo no os conozco, yo no os he visto nunca.

—Yo soy un alma desesperada, un incógnito que pasa sobre la tierra sin consuelo para su agonía, sin la mas leve vislumbre de esperanza para el horrible dolor que le despedaza.

—Pero vuestro nombre... vuestro nombre...

—Soy hijo del rey de Nápoles; pero hijo bastardo.

—¡Ah!—dijo con una singular expresion Angiolina;—vos sois Alfonso de Aragon, príncipe de Tarento; el prometido de la miserable, de la infame, de la horrible Lucrecia Borgia.

—Sí,—dijo Pietro de Nápoles obedeciendo á una inspiracion repentina,—yo soy el príncipe de Tarento.

—¿Y por qué en vez de estar á mi lado no estais á los piés de vuestra altiva esposa?

—Porque Dios y el amor lo quieren.

—¡Qué me amais!

—Sí, lo juro á Dios y á mi alma.

—¿Y sabeis si yo puedo amaros?

—Creo que no habeis amado aun, y espero.

—¿Y por qué me habeis recordado el amor de tres hombres? ¿por qué habeis dudado de mí si creeis que no he amado aun?

—Porque habeis creido amar á tres hombres audaces.

—He soñado tres veces, tres veces me han despertado de una manera dolorosa: tengo el corazon enfermo, el alma triste: mi amor ha sido escarnecido, no me amaban; hacian de mí un pobre instrumento.

—¿Tambien el generoso, el grande Gonzalo de Córdova?—dijo con una punzante ironía que extremeció á la jóven, Pietro de Nápoles.

Angiolina no respondió.

—¡Ah! ¡le amais aun!—dijo Pietro de Nápoles.

—Yo no puedo amar,—contestó con vehemencia Angiolina,—á quien me ha abandonado, á quien me ha entregado á mi padre que duda

de mí, que me mira con horror y con ódio, y que me hubiera muerto sino me hubiera protegido mi noble señora la duquesa de Urbino.

—Vuestra noble señora, sin embargo, ha sido amante del Gran Capitan, y aunque os proteje, os aborrece; tiene celos de vos.

—¡Celos! ¡celos! ¿y de qué? ¿del amor del Gran Capitan hácia mí? ese hombre no me ha amado nunca: ¿de mi amor hácia el Gran Capitan? yo no puedo amar á quien me ha engañado, al que ha jugado con mi alma, al que siendo casado me dijo amores, ocultándome que no tenia libertad para amar. ¡Ah! sí, es verdad, me creyó sin duda una cortesana miserable, una parte del lodo infecto de esa cloaca que se llama Roma; me envolvió en una intriga, me expuso al ódio de Lucrecia Borgia, me entregó á ella: ¡ah! esto no puede perdonarse: ¿sabeis lo que ha hecho conmigo esa mujer espantosa? ha retorcido mi alma entre sus manos, ha bebido mis lágrimas; no ha habido una sola de esas horribles injurias que hacen desesperar á una mujer que aun conserva entera su dignidad, que no me haya prodigado: me ha tenido escondida, prisionera, traida de acá para allá, guardada por asesinos groseros, feroces, repugnantes, terribles: me ha hecho apurar el terror, me ha tenido extremecida, esperando siempre la puñalada, el veneno, ó lo que hubiera sido infinitamente peor, una deshonra infame: tenia celos de mí, creia que el duque de Sessa me adoraba, y no me ha matado, no me ha deshonrado, ó porque queria prolongar mi agonía, retardando el golpe, ó porque temia que enamorado de mí el Gran Capitan, me vengase: ¡enamorado! ¡oh! y no dijo á esa mujer: dadme mi amor ú os hago pedazos á vos, á Roma; él, que en Italia lo puede todo; él, que ha hecho cejar al poderoso rey de Francia: él, verdadero rey de Roma, no ha tenido ni aun compasion para una pobre niña á quien habia deslumbrado, que habia soñado por él; para estos grandes hombres, todo lo que no es la gloria del triunfo, todo lo que no es la soberbia del dominio, es despreciable, pobre, mezquino. ¡Ah! no me recordeis á ese hombre: he despertado, no sueño, no volveré á soñar, pero moriré, porque mi vida es el sueño, porque yo no puedo vivir cuando todos los que me rodean me creen deshonrada, indigna de su estimacion. ¡Ah! no se puede vivir así; el despecho, la injusticia, la realidad fria, son un veneno que mata lentamente haciendo sufrir una agonía insoportable.

VII.

Angiolina, cuya conmocion habia ido creciendo gradualmente, acabó por llorar de una manera desconsoladora.

Pietro de Nápoles se extremeció, tuvo miedo de sí mismo; por la pri-

mera vez de su vida, caian sobre su corazon, conmoviéndole, abrasándole, reblandeciéndole, las lágrimas de una mujer.

El descubrimiento de que tenia corazon como otro cualquier hombre, él, que se creia fuerte contra todo, que no habia amado en Lucrecia mas que al ser terrible, á la hermosura candente de Satanás; la certeza, repetimos, de que tenia un corazon sensible á la compasion, á las delicadas, á las encantadoras, á las puras sensaciones del amor, le aterró.

Aquella ráfaga de sentimiento fué un relámpago que iluminó de repente la oscura noche de su vida, dejándole ver en toda su deformidad los repugnantes monstruos que en su sombra se ocultaban.

Sintió vergüenza y miedo por lo que habia hecho.

Un poder misterioso le arrastraba hácia Angiolina.

Angiolina continuaba llorando.

—¿Por qué llorais, señora?—dijo Pietro de Nápoles,—¿por qué, si decís que habeis dejado de amar al Gran Capitan?

—Porque á los ojos de mi padre estoy perdida; porque mi padre, que antes me amaba, me aborrece, porque se convierte para mí en un tirano; porque me ha anunciado un enlace horrible.

—¡Un enlace horrible! ¿con quién?

—Con vuestro hermano Pietro de Nápoles.

VIII.

Pietro se dió á sí mismo el parabien de haber tomado, prevaliéndose de una suposicion de Angiolina, el nombre de su hermano.

—¿Y es por eso solo por lo que llorais?—dijo no queriendo entrar en cuestion acerca de sí mismo:—perdonad si insisto, ¿no tiene parte en vuestro dolor el recuerdo de Gonzalo de Córdova?

—No,—dijo con firmeza Angiolina.

—Sin embargo, habeis consentido en recibir de noche en vuestro aposento á Marcelo Porta, simplemente porque en la carta que os escribió os dijo que podia daros noticias del Gran Capitan.

—¡Oh! sí, ansiaba tener una ocasion de que ese hombre supiese cuánto me ha hecho infeliz; sin el amor soñado, sin la fascinacion que por él sentí, no hubiera yo perdido la gracia de mi padre; no me encontraria en esta dolorosa situacion: queria que mi queja, mi acusacion sonase en los oidos del Gran Capitan: Marcelo Porta me anunció que le conocía, que deseaba hablarme, y para que llevase mi queja desesperada al Gran Capitan, consentí en recibirle: vos habeis venido en su lugar y estais por un acaso á mi lado: de otra manera no lo estaríais.

—Yo me he valido de Marcelo Porta y se ha echado mano de un pretesto para que consintiérais en recibir un hombre en vuestro aposento á solas y de una manera misteriosa: yo me he sustituido en vez de Marcelo Porta.

IX.

Como se vé, tan bueno era el disfraz de Pietro de Nápoles, que Angiolina creia que existian á la par Marcelo Porta y el príncipe de Tarento que creia tener al lado.

—Y bien,—respondió Angiolina con timidez despues de algunos momentos de silencio—¿para qué repetir estas peligrosas entrevistas?

—Yo os amo,—dijo con toda la expresion de su alma conmovida Pietro de Nápoles.

—¿Y Lucrecia?—exclamó Angiolina.

—¿Me prometian á ella necesidades políticas, asuntos de Estado?—respondió Pietro de Nápoles representando su papel de príncipe de Tarento;—que se compongan allá como puedan los Borgias y mi padre; no debo sacrificarme y mi union con Lucrecia, despues de haberos conocido, seria un sacrificio terrible del que no me siento capaz.

—¿Y dónde me habeis conocido?

—Aquí, en Florencia.

—Imposible: he entrado en ella en una litera; no he salido de la litera sino dentro de esta hosteria y aun no he puesto el pié en la calle.

—Os he conocido aquí, hace poco, en vuestro aposento.

—¡Ah! ¿no me conociais anteriormente?

—Oid cómo he llegado á este caso: Lucrecia me habia avisado de su venida á Florencia y del dia de su llegada: yo ansiaba conocerla, y me vine secretamente á Florencia, á donde llegué ayer: antes que yo, habia llegado un antiguo servidor mio llamado Marcelo Porta: cuando yo le expresaba el deseo que tenia de admirar la célebre, la ponderada hermosura de Lucrecia, me dijo:—hermosa es, en verdad, la duquesa de la Romanía, pero no tanto que no haya en Florencia en estos momentos quien la supere en hermosura: y me habló de vos. Tanto me ponderó lo excesivo de vuestros encantos, que yo ansié conoceros: afortunadamente Marcelo Porta conocia vuestra historia y pudo prometeros noticias del Gran Capitán.

—¿Y cómo conoce ese hombre mi historia?—dijo con encogimiento Angiolina.

—Es muy amigo de un hombre á quien conoceis demasiado, de Domínico Fanti, capitan que fué de los esbirros del duque de Gandía.

—¿Pues qué, Domínico no fué tambien asesinado la noche en que asesinaron al duque de Gandía?

—Parece que no, puesto que está sano y salvo en Florencia.

—No os fieis de ese hombre, príncipe; es un traidor, un miserable, —dijo Angiolina.

—¿Qué me importa ese hombre? ¿qué tengo que ver con él? respondedme, sacadme de la angustiosa duda en que me encuentro; os he visto y os adoro; en un solo momento habeis hecho en mi corazon mas daño que el que pudiera haberle causado Lucrecia en un año.

—Si aun no la conoceis, ¿por qué afirmais que no causará en vos mas impresion que la que decís os he causado yo?

—Porque ya no tengo libertad alguna que perder, porque soy completamente esclavo; necesito mi redencion, y mi redencion es vuestro amor; amadme.

—¡Ah! el amor me espanta; he creido amar tres veces, y tres veces mi amor se ha desvanecido, dejándome solo un recuerdo enojoso.

—¡Ah! recibidme una y otra noche, oidme, conocedme; nada temais porque yo entre en altas horas en vuestro aposento; mi amor hácia vos es tan puro como el de un niño hácia su madre.

—No, —respondió Angiolina; —os he recibido creyéndoos Marcelo Porta; os he oido, no sé por qué, pero es necesario que esto no se repita; no se repetirá, y para evitarlo de todo punto, para defenderme de una audacia vuestra, abandonaré este aposento, y pretestando miedo de estar sola, me iré á dormir al aposento de la duquesa de Urbino.

X.

Iba á replicar Pietro de Nápoles, cuando á la derecha del rio, cerca de la ribera, se levantó un rumor vago como de mucha gente reunida, que creció hasta convertirse en voces tumultuosas. Casi instantáneamente se oyeron algunos disparos de arcabuz y voces que decian de una manera perfectamente perceptible.

—¡Mueran los Borgias! ¡Muera Lucrecia!

—Estas voces hicieron conocer á Pietro de Nápoles lo que era aquello.

Sin duda alguna Adrianeta habia arrancado el secreto á messer Ceccone, habia avisado á Marcucio Salviati; éste habia congregado á los mas fanáticos de los piañones; habia nacido uno de aquellos tumultos que eran tan frecuentes en aquel tiempo en Florencia, y el viejo palacio de los Scaramuccia habia sido asaltado.

XI.

Entonces se desvaneció como por encanto la violenta impresion que la hermosura de Angiolina habia causado en Pietro de Nápoles; tan impresionable al influjo de la belleza: su amor por Lucrecia se reveló de nuevo poderoso, terrible, y dijo á Angiolina:

—Perdonad, señora, pero una dama con quien se sabe de público me une una promesa que aun no está rota, se encuentra en peligro.

—¡Ah! Lucrecia está en Florencia, —exclamó Angiolina, —sí, sí, id á salvarla; es vuestra prometida; id, y no volvais.

—Volveré.

—No me encontrareis.

—Lo veremos; hasta entonces, adios.

Y Pietro de Nápoles montó sobre él alfeizar y se asió á la escala que pendia sobre él.

Pero la escala, fuese que estuviese mal sujeta, ó por otra razon cualquiera, se rompió.

Pietro de Nápoles cayó al rio.

Angiolina lanzó un grito y miró al oscuro fondo.

Pietro de Nápoles ganó la superficie, y apenas salió á flor de agua, cuando oyó muy cerca de sí una voz que conocia demasiado.

—¿Qué es eso? —habia dicho aquella voz.

Era la voz de Lucrecia.

—Es... un hombre que ha caido al agua, señora, —dijo otra voz tambien muy conocida de Pietro de Nápoles.

Era la de Francesco Buotti.

Al mismo tiempo un cuerpo largo, opaco, sobre el cual se veian bultos semejantes á sombras, pasó junto á Pietro de Nápoles que nadaba.

Era una barca.

—Esperad, esperad un momento, y salvadme, señora, ya que vos os habeis salvado, —dijo Pietro de Nápoles.

—Detenéos, —dijo Lucrecia, —no neguemos nuestra ayuda á quien nos la pide.

La barca se detuvo, Pietro adelantó, se asió á su popa, y ayudado por los pescadores que tripulaban la barca, entró en ella.

XII.

—Adelante, —dijo Lucrecia.

La barca adelantaba bajo una de las oscuras arcadas del puente.

Angiolina permanecia aterrada en la ventana.

CAPITULO IX.

En que se ve cómo los adeptos de Savonarola supieron el paradero de Lucrecia, y hasta qué punto llevaba esta su dureza de corazon.

I.

Messer Ceccone escapó aquel dia muy tarde y muy de mal humor del palacio de los Señores, ó palacio viejo, y de su sala de justicia.

Habia atormentado hasta la saciedad, á pesar de ser sus amigos, á Bernardo del Nero y á sus cuatro coacusados de conspiracion para reponer á Pietro de Médicis en el gran ducado de Florencia.

No consistia el mal humor del notario en lo que habian sufrido sus amigos, sino en que estos le habian hecho trabajar demasiado, retractando sus declaraciones cuando eran quitados de la rueda, y obligándole á atormentarlos de nuevo.

La audiencia habia acabado, no porque se hubiese sacado nada de provecho de los reos, sino porque se habia acabado el dia, y el gonfaloniero y el notario que instruian el proceso no querian cenar mas tarde que de costumbre por aquel asunto.

II.

Cuando messer Ceccone llamó de una manera fuerte, biliosa, por decirlo así, á la puerta de la casa de Adrianeta, ó de su casa, como mejor queramos, Adrianeta, que era una rozagante mujer de veinticinco años, morena, robusta, incitante, con ojos negros y pestañas, cejas y cabellos negros, dijo á Marcucio Salviati que estaba sentado á sus piés en el escabel del sillon:

—Ya está ahí y viene de mal talante; mejor, mucho mejor, así me dará pretesto para reñir con él, para incomodarme; ocúltate; no será necesario que yo te diga dónde se encuentra Lucrecia Borgia; él mismo te lo dirá.

Marcucio se levantó, abrió el tapiz de una puerta y desapareció tras él.

Poco despues entró messer Ceccone, y miró osco á Adrianeta.

—Han tardado un siglo en abrirme, —dijo, —aquí huele á bestia; á esos malditos soldados se les pega el olor del caballo.

—Eres muy ridículo, amigo mio, —dijo Adrianeta, —me cansas, me fastidias, me aburres; será necesario poner un término á todo esto; te haces cada dia mas insoportable, mi querido Julio: toma una luz, registra, revuelve la casa, convéncete y déjame en paz; esto es bochornoso: ¿qué idea tienes de mí? es verdad, á tí te parece imposible que siendo tan feo, tan viejo y tan raro, te ame yo; á la verdad que no me lo esplico, sino suponiendo que se me ha metido algun espíritu maligno en el cuerpo que se divierte en atormentarme obligándome á amarte.

—Mis florines, mis alhajas, mi locura, que me hace desprender me de un tesoro en favor de una ingrata; tienes razon, esto es ya irresistible, imposible; yo estoy loco, yo soy un estúpido...

—Pero tienes ojos; registra, convéncete de que me injurias dudando de mí; pídeme perdon y veremos si te lo concedo.

Messer Ceccone no se movió.

Ya sabia por qué no se movia.

El capitan Salviati, que le encontró al momento, que fué lo mismo que encontrar cuatro formidables cintarazos que le aplicó éste por curioso, y de los cuales no se olvidó en toda su vida.

Desde entonces se abstuvo de registrar.

—Sí, —dijo con el acento entre chillido y rugido messer Ceccone; —¿dónde estará él? se habrá descolgado por alguna ventana; idle á buscar; infame, bribon, ladron vergonzante.

—Si él estuviera en la casa no se ocultaria; además, aquello pasó, me lo has perdonado, y yo no he vuelto ni aun á verle.

—Cenemos, —dijo messer Ceccone, arrojando su birrete y su manto sobre un sillon y sentándose en otro que estaba junto á una mesa redonda y cubierta ya para la cena.

—¡Ah! no; no ceno yo, ni cenas tú hasta que me dés satisfaccion de una falta que has cometido, —dijo Adrianeta levantándose, cerrando la puerta por donde habia entrado el notario, y guardándose la llave en la escarcela.

Messer Ceconne se extremeció.

Adrianeta era una mocetona de cinco piés de altura, fuerte, robusta y brava.

Mas de una vez messer Ceccone, que era un hombrecillo, habia sido maltratado por ella.

De aquí el extremecimiento del notario, al ver que su querida se encerraba con él.

—¿Y qué falta he cometido yo?—dijo.

—Veamos: ¿qué alta señora ha entrado ayer secretamente en Florencia?—dijo Adrianeta colocándose de una manera amenazadora delante de messer Ceccone.

—¡Cómo! ¿qué? ¡una alta dama!—dijo poniéndose pálido el curial.

—Sí; una dama altísima, una princesa; la reina de Roma.

—No conozco mas rey de Roma que el Papa;—dijo defendiéndose messer Ceccone.

—Y donna Lucrecia Borgia;—dijo Adrianeta;—todo el mundo sabe que es reina de Roma.

—¿Y está en Florencia esa excelentísima señora?—dijo candorosamente, haciéndose el ignorante messer Ceccone.

—Ni se cena, ni se duerme, ni se almuerza, ni se va al palacio de la Señoría, ni se sale de aquí, mientras no se me revele todo.

Messer Ceconne, que era voraz como un buitre, tenia un hambre fabulosa.

Habia estado atormentando todo el dia, y la justiciera providencia de Dios le sentenciaba al mayor tormento á que podia sujetársele, esto es: á no comer cuando tenia hambre.

—Pero ¿quién te ha dicho á tí que donna Lucrecia Borgia está en Florencia?

—Yo pregunto, no respondo,—contestó Adrianeta:—¿dónde está donna Lucrecia?

—Qué sé yo dónde está, ni á qué ha de haber venido á Florencia Lucrecia Borgia, ni qué te importa á tí.

—Bien, perfectamente;—dijo Adrianeta yendo á sentarse en su sillon y volviendo la espalda á messer Ceccone.

III.

Trascurrieron algunos minutos, durante los cuales solo se oyó el fuerte resoplar de messer Ceccone, que estaba irritado y aterrado á un tiempo.

Le era muy duro vender por hambre un secreto de Estado, comprometerse, en una palabra; y su hambre crecia formidablemente bajo el in-

flujo de la tremenda idea de la certeza de que Adrianeta le tendria sin comer hasta que la complaciese.

—Bien,—dijo,—es muy posible que donna Lucrecia esté en Florencia: yo no lo sé; puedo averiguarlo, es cierto: tengo á mi disposicion los esbirros de la República; pero no me parece justo ni conveniente me tengas sin cenar hasta que se averigue.

Adrianeta no contestó.

Se habia convertido en una estátua.

Messer Ceccone empezó á vacilar.

—Supongamos,—dijo,—que esté donna Lucrecia en Florencia; que lo sepa yo por razon de mi oficio; que me haya obligado á callarlo sopena de alta traicion; ¿te parece, dí, que yo falte á mi deber por un capricho tuyo? ¿Qué te importará á tí que donna Lucrecia esté en Florencia ó no?

—Para mí, no debe ni puede tener secretos el hombre á quien he consagrado mi vida, por quien lo he sacrificado todo,—dijo secamente y sin volverse Adrianeta.

—Pues no lo sé, no señor; ni aunque lo supiera lo diria,—contestó amostazado messer Ceccone:—yo no tengo mi cabeza para comprometerla por una loca.

Adrianeta no contestó.

—Haré contigo un desacierto,—exclamó levantándose y todo lleno de cólera messer Ceccone y adelantando hácia Adrianeta con el puño levantado.

Nunca se habia atrevido á tanto.

Adrianeta se levantó y miró de una manera fria, despreciativa, á messer Ceccone, que se encogió.

Su puño alzado cayó inerte.

Adrianeta se dirigió á la puerta que habia cerrado, y puso en ella la llave.

Messer Ceccone conoció su intencion y se cubrió de sudor frio.

Adrianeta iba á dejarle encerrado, con una mesa cubierta, pero sin manjares: esto era demasiado.

Messer Ceccone dejó escapar su último resto de valor.

—Donna Lucrecia,—dijo,—habita en el palacio viejo de Scaramuccia, oculta por Rodolfo Gualterio y por su mujer Eufosina Popoleschi; esto es cosa del gonfaloniero de justicia.

Adrianeta abrió la puerta y dijo:

—Giovanni, la cena del señor, bien caliente la sopa.

En aquel momento se oyó el ruido de unas espuelas que se alejaban á través de una de las habitaciones inmediatas.

—¡Ah!—exclamó messer Ceccone, dejándose caer abatido sobre el sillon,—ya sabia yo que no estábamos solos.

—Pero en cambio cenas, amigo mio,—dijo Adrianeta.

—Puede ser que mañana me corten la cabeza.

Este temor no impidió que messer Ceccone cenase con la voracidad de un lobo.

IV.

Entretanto Marcucio Salviati, que habia salido de casa de Adrianeta, atravesaba rápidamente las oscuras calles hácia la de San Procolo, donde habitaba Francesco Davanzati.

Ahora bien, los esbirros de Lucrecia, perfectamente desconocidos, vigilaban contínuamente y sin ser notados, á causa de su maestría para el espionaje, las casas de los amigos mas influyentes de Savonarola y el convento de San Marcos.

Uno de estos esbirros vigilaba la casa de Francesco Davanzati cuando llegó á ella Marcucio Salviati.

Llamó éste, le preguntaron desde adentro, respondió, se abrió la puerta, entró y la puerta volvió á cerrarse.

Un cuarto de hora despues se abrió de nuevo y salieron dos hombres.

El uno era Francesco Davanzati: el otro el capitan de lansquenetes de la guardia de la Señoría.

El esbirro que espiaba, que no era otro que aquel Bartolote que ya conocemos, se puso en seguimiento á la larga y sin hacer ruido, de esquina en esquina, de los dos conspiradores.

Exageraban estos su celo por Savonarola.

Sabian que éste no habia de autorizar con su asentimiento una violencia armada y obraban por su cuenta.

Al llegar al Corso de los Albizi, se detuvieron á la puerta de una gran casa y llamaron.

En aquella casa vivia Francesco Valori.

Estuvieron dentro muy poco tiempo y volvieron á salir, acompañados de otro hombre.

Siguieron adelante, siempre espiados por Bartolote, y al fin de la calle de Pietra Piana, cerca de la puerta de Santa Croce, llamaron á una casa; entraron y volvieron á salir al poco tiempo.

Les acompañaba otro hombre.

Aquel hombre era Andrea Cambini, otro grande amigo de Savonarola, que á pesar de esto no era lo mas quisquilloso en materias de honor, puesto que, como sabemos, hacia la vista gorda al libertinaje de su hermana Adrianeta.

Verdad es que el libertinaje era en aquellos tiempos el estado normal de la sociedad italiana, hasta el punto de que se oyesen sin escándalo los cantares obscenos que la gente menuda cantaba á grito herido por las calles.

Aquellos cuatro hombres retrocedieron, recorrieron la calle de Pietra Piana hasta la del Oriolo, por la cual llegaron á la plaza del Domo.

En el centro de la plaza se detuvieron y conversaron por algun tiempo en voz baja; luego se separaron.

Andrea Cambini se dirigió al Baptisterio y se perdió por su costado. Francesco Valori tomó hácia la plaza de la Anunziata. El capitan Marcucio hácia Santa Croce, y Francesco Davanzati hácia Santa María Novella.

V.

Bartolote no podia multiplicarse.

Se vió, pues, precisado á elegir para seguirle, á uno de los cuatro, y siguió á Francesco Davanzati.

Al llegar á la plaza de Santa María Novella, Francesco Davanzati se metió por la calle de la Scala.

La recorrió, llegó cerca de la puerta del Prato y llamó en algunas casas de pobre aspecto.

En cada una de ellas permaneció cinco minutos y salió con hombres armados.

—¡Ah!—dijo Bartolote viendo relucir corazas, partesanas y arcabuces, cuando aquellos hombres armados que sucesivamente iban aumentándose, pasaron junto á un nicho de piedra en que habia un *Ecce-homo* alumbrado por una candela.—¿Armas tenemos? ¿contra quién será esto? atencion.

VI.

Francesco Davanzati se le habia perdido entre aquellos hombres y al fin se cercioró de que no iba con ellos.

Habia tomado sin duda sobre la marcha alguna de las calles laterales.

Bartolote siguió á aquellos hombres que fueron llamando á otras puertas y aumentándose. A la hora pasaban de doscientos.

Al fin no se detuvieron delante de ninguna puerta, se dirigieron hácia el centro de la ciudad y solo pararon en la plaza de Santa María Novella, en que hicieron alto, reuniéndose á otros doscientos hombres que ya estaban allí.

Bartolote se metió audazmente entre ellos y á poco supo de qué se trataba.

Donna Lucrecia Borgia, segun decian aquellos hombres, estaba en Florencia; amenazaba á Savonarola, vivia en el viejo palacio de Scaramuccia y los piañones se reunian armados para cercar el palacio, asaltarle y prender á Lucrecia.

Esto debia tener lugar á las doce: no habia, pues, tiempo que perder; era ya cerca de las once.

Bartolote se escurrió, atravesó á la carrera la larga distancia que le separaba del palacio Scaramuccia, por calles desiertas y oscuras, llegó, llamó, dió una seña, entró, y cinco minutos despues Lucrecia lo sabia todo.

—Al momento, —dijo, —una barca á espaldas del palacio: que se avise al palacio Poderini, que esté todo dispuesto.

Bartolote salió.

Lucrecia llamó á Francesco Buotti.

—Pronto, —le dijo Lucrecia, —mi vajilla, el dinero, mis alhajas, cuanto tenemos de valor, á una barca que dentro de poco estará en el Arno, á espaldas del palacio; cuatro esbirros que nos acompañen: nos han hecho traicion; estamos amenazados por una violencia; gente armada vendrá sobre nosotros á las doce.

—¿Y quién puede habernos hecho traicion?—dijo Francesco Buotti,—á Popoleschi no le conviene, espera mucho de Roma, de Pietro de Médicis.

—No perdamos tiempo, Francesco, despues veremos quién nos ha vendido: que se avise á Rodolfo Gualterio y á Eufrosina Popoleschi para que se pongan en salvo; no perdamos un momento mas; que se me avise en cuanto esté todo dispuesto.

Francesco Buotti salió.

VII.

Lucrecia atravesó rápidamente con una bugía en la mano el salon en que se encontraba, murmurando:

—Ninguno de los amigos del hereje me conoce; puedo engañarlos; puedo hacerles creer que han muerto á Lucrecia, sí; me conviene que se descuiden, que se crean libres de mí; ¡ah! pero si en vez de matarme solo pretenden prenderme... no; es necesario que me crean muerta.

Lucrecia retrocedió en medio de un pasadizo por el que atravesaba.

Se volvió, entró por otro pasadizo y salió á una antecámara, donde dormitaba un hombre.

Lucrecia se acercó á él y le movió bruscamente.

Aquel hombre se puso de pié de una manera feroz y echó mano á su puñal.

Al reconocer á Lucrecia, dejó de ser el animal feroz para convertirse en el esclavo humilde.

—Perdon, excelencia,—dijo,—si hago mal mi guardia: la soledad y el silencio causan sueño.

—Ponte una coraza y un casco, ármate de una partesana y vé á esperar á mi antecámara.

—Muy bien, excelencia,—dijo el esbirro.

Lucrecia se volvió, llegó al punto desde donde antes habia retrocedido, siguió, entró en una cámara y en ella llamó á una puerta.

Tuvo necesidad de llamar tres veces.

—¡Oh, y cómo duerme!—dijo.

Se abrió al fin la puerta y apareció Marieta envuelta en un manto con una bugía en la mano.

—¡Ah! ¿qué sucede, señora?—dijo Marieta con interés,—¿por qué me buscais?

—Sígueme,—dijo Lucrecia.

—Voy á vestirme; solo tengo bajo este manto las ropas interiores: estaba acostada.

—No, no, sígueme, yo te vestiré,—dijo Lucrecia.

VIII.

Marieta la siguió.

Lucrecia atravesó rápidamente y en silencio el pasadizo que ponia en comunicacion la estancia de Marieta con la cámara de Lucrecia.

Aquellas dos mujeres, bella y sencillamente vestidas con un traje de terciopelo negro la una, la otra envuelta en un manto negro, las dos con bugías encendidas en la mano, atravesando un pasadizo estrecho, sombría la una, llena de estrañeza y de cuidado la otra, lanzaban de sí algo de terrible.

Lucrecia llegó á su cámara, la atravesó seguida siempre de Marieta, abrió una puerta y entró con la jóven en un pequeño retrete que por su aspecto general podia considerarse como tocador.

Lucrecia dejó su bujía sobre una mesa de mármol unida á la pared, en la que se veian pomos de oro, plata y cristal, y sobre la que se alzaba un gigantesco espejo.

—Siéntate y péinate de la misma manera que me peinas, Marieta.

La jóven puso su bujía sobre la mesa, se sentó é inmediatamente empezó á peinarse.

—Perdonad, señora,—dijo—pero ¿qué es esto?

—Tú me amas, Marieta, ¿no es verdad?—dijo Lucrecia.

—¡Oh! sí, sí, si señora, con toda mi alma: me habeis amparado; sois para mí una madre.

—Pues bien, Marieta, tú satisfarás un capricho mio.

—¡Un capricho, señora! si me pidiérais la vida os la daria.

—Lucrecia se extremeció.

—¿Y por qué habia yo de pedirte la vida, Marieta?—dijo domando su extremecimiento;—no se trata de eso: es que me han avisado secretamente, que mi prometido, el príncipe de Tarento, que no me conoce, que no ha podido recibir mi retrato, porque ya sabes lo que fué del retrato que yo destinaba para él, piensa sorprenderme esta noche amparado por Rodolfo Gualterio y por Eufrosina; esta no ha querido hacerme esta pequeña traicion y me ha advertido.

—Y ¿por qué quiere sorprenderos el príncipe de Tarento?

—Quiere probar si me sorprendo al verle mas ó menos gratamente, y yo á mi vez, quiero juzgar la influencia que alcanzo sobre el corazon del príncipe, cuando llegue el momento de la prueba: representaremos una comedia: tú serás para él, Lucrecia Borgia, y yo tu doncella de confianza.

—¡Ah! señora, el príncipe no podrá engañarse.

—¡Ah! tú eres hermosísima, Marieta, estás cada dia mas bella.

—Si el príncipe desoye su ambicion se enamorará de la doncella fingida.

—¡Ah! eso lo veremos, esa es la prueba.

Marieta se habia peinado de una manera muy sencilla para concluir pronto, y Lucrecia abrió un armario y sacó de él un riquísimo traje completo, que la dócil Marieta empezó á vestirle ayudada por Lucrecia.

—¡Ah! lo conocerá al momento, señora,—dijo Marieta;—me aturdiré; no sabré hablar, y sobre todo ¿cómo puedo yo hablar nunca como vos, ni representar la magestad que en vos resplandece?

—¡Oh, aduladora!—dijo Lucrecia;—tú tienes la magestad de la hermosura: además, el príncipe tomará tu encogimiento por la sorpresa natural de quien se encuentra de repente delante de su prometido, á quien ama, porque como mi enlace con el príncipe de Tarento es cosa convenida desde hace tiempo, y he visto su retrato, le he escrito una y otra carta espresándole mi amor, y no he mentido: le amo, Marieta, su retrato me ha demostrado que es hermosísimo y sus cartas me han revelado un corazon ardiente, apasionado: le amo, sí, le amo.

—¿Y el Gran Capitan, señora?

Lucrecia se puso pálida, pero con la palidez de la cólera.

—¡Oh! á ese hombre,—dijo,—nunca le he amado; es demasiado altivo; he luchado con él; me importaba dominarle, vencerle: ha habi-

do un momento en que he contraido por él un empeño de mujer, y he cometido algunas locuras, te lo confieso: pero ha resistido, ha vencido, se ha escapado de mi influencia; éramos demasiado contrarios para que fuese posible entre nosotros union alguna; eso fué un relámpago que pasó: no me hables de ese hombre.

IX.

Nunca habia llegado á tal grado de confianza con Marieta. Lucrecia estaba segura de que Marieta no abusaria de su confianza.

Dieron en el cercano reloj del palacio de la Señoría las once y tres cuartos.

Se habia invertido media hora en el atavío de Marieta.

—¡Ah! no hay tiempo que perder, —dijo Lucrecia; —la aparicion será á las doce: ven.

Y salió con Marieta á la cámara.

Acababa de entrar en ella Francesco Buotti.

—Ya está todo dispuesto, señora,—dijo.

Lucrecia atajó, poniéndose un dedo en la boca, las palabras que sin esta indicacion hubiera pronunciado sin duda Buotti.

Marieta, al escuchar aquellas palabras, comprendió lo siguiente:—Ya está ahí el príncipe de Tarento.

—Ya lo oyes, Marieta, —dijo Lucrecia; veamos cómo representas á la duquesa de la Romanía; ven, siéntate aquí, toma este libro, es la divina comedia de Dante.

—Pero yo no sé leer, señora, —dijo Marieta.

—No importa: haz como que lees, y adios, pudieran sorprendernos: yo voy á observar.

X.

Lucrecia salió seguida por Buotti que la miraba con espanto.

En la antecámara estaba Colombo, el esbirro con quien habia hablado Lucrecia, armado como uno de los piañones que dentro de poco debian asaltar el palacio.

—Mira por entre los tapices de la puerta.

Colombo se acercó y miró.

—¿Qué ves?—dijo Lucrecia.

—Veo á vuestra doncella Marieta, vestida como una princesa.

—Oye, —dijo Lucrecia; —dentro de poco, gente armada asaltará el palacio y penetrará en él: espéralos aquí, entre los tapices y la puerta.

Lucrecia cerró silenciosamente la puerta de la cámara, y echó sin ruido la llave.

—Toma, —dijo Lucrecia dando la llave á Colombo: cuando los sientas acercarse aquí, abres la puerta, penetras el primero, buscas á Marieta donde se halle, donde se haya refugiado.

—¿Y qué hago? —preguntó sombríamente Colombo.

—La matas.

Y tras estas palabras que Lucrecia pronunció de una manera opoca, salió seguida de Francesco Buotti.

—¿Se han salvado Rodolfo y Eufrosina? —dijo Lucrecia adelantando rápidamente hácia la parte posterior del palacio.

—Sí, sí señora, se han ido con los criados á casa de Pietro Popoleschi.

—De manera que se quedan solos en el palacio Marieta y Colombo.

—Sí, sí señora; la víctima y el verdugo.

—¡Francesco!—exclamó con cólera Lucrecia que seguia adelantando.

—No, no; yo no me extremezco, señora, ya lo sabeis; creo que tengo algo de lobo; pero á pesar de mis años, andaba mal enamorado de la gitana: ¡bah! paciencia, cuando vos lo haceis... vos no haceis nada en balde...

—¡Ah! esa mujer, doblegada por la desgracia, al parecer arrepentida, ha vivido con el precio del crímen y de impuras y miserables hechicerías; es un reptil que aplasto bajo las ruedas de mi carro de pelea: adelante, Francesco, adelante, ni una palabra mas.

—Llegamos; solo hay que bajar una escalera de poca altura para llegar al postigo del palacio que da al Lungo del Arno: la barca está dispuesta.

XI.

Bajaron por aquella escalera.

Buotti abrió el postigo y le dejó de intento abierto.

Nadie habia en el Lungo; esto es, en la ribera del Arno.

La noche, como hemos dicho, era bastante oscura.

Nada se veia mas que allá á lo lejos, sobre el Puente Viejo, el reflejo de una luz á través de una ventana.

Aquella era la ventana donde hablaban Pietro de Nápoles y Angiolina.

El silencio era profundísimo.

XII.

De improviso, en medio de aquel denso silencio, se oyó un rumor leve y casi imperceptible.

Las doce de la noche vibraron lúgubremente en el silencioso espacio.

En aquel momento entraban en la barca Lucrecia y Francesco Buotti.

—Bogad y bogad bien: —dijo éste: —vamos mas allá del Puente Viejo, mas allá del puente de la Trinidad, al de la Carragia.

La barca se separó de la ribera y tomó el centro del Arno.

Seis vigorosos remeros la impulsaban.

Otro hombre iba á la caña del timon.

A popa se veian cuatro hombres de pié.

Lucrecia y Buotti se sentaron en las bandas.

El leve rumor crecia.

Parecia una tempestad que se acercaba.

—Bogad, bogad, —decia con voz ronca Francesco Buotti.

Y los pescadores, esperando una buena recompensa, bogaban con todas sus fuerzas.

El rumor se habia convertido ya en estruendo y en estruendo cercano, en tumulto.

Se oyeron al fin distintamente las voces de: —¡Muera la romana! muera Lucrecia Borgia!

La barca se acercaba al Puente Viejo.

Entonces fué cuando Pietro de Nápoles cayó al rio, y fué recogido por Lucrecia, que no podia creer que hubiese recogido á Pietro de Nápoles.

XIII.

Retrocedamos algunos minutos.

Marieta, con su perspicaz oido de gitana, habia sentido el leve rozamiento de la llave en la cerradura al cerrar la puerta de la cámara de Lucrecia.

Se apoderó de Marieta un terror vago.

Empezó á parecerla muy extraño todo aquello; el hacerla aparecer Lucrecia; el no haberla dicho nada hasta el momento preciso.

Arrojó el libro y recorrió la cámara.

Todas sus puertas estaban cerradas, menos las del retrete-tocador, por decirlo así, de Lucrecia, y la de su dormitorio.

Pero ninguna de aquellas dos piezas tenia salida.

Tres rasgadas ventanas góticas con vidrieras de colores compartian uno de los lados de la cámara.

Marieta, cada vez mas aterrada, abrió la ventana del centro y lanzó una cobarde mirada á la calle: presentia que la amenazaba un peligro terrible é inmediato, y no tenia mas que aquella salida; pero la daba miedo la altura, aumentada en su imaginacion por la oscuridad.

Oyó, como lo habia oido Lucrecia, Buotti, los de la barca, Pietro de Nápoles y Angiolina, aquel rumor leve que se acercaba, que crecia, que se convertia en estruendo, que se asemejaba mas que á otra cosa al rugir de la avenida de un rio.

Al fin vió desembocar en la calle una multitud inmensa á la luz de antorchas que relucian sobre petos, cascos, espadas, partesanas y arcabuces, y oyó clara y distintamente los mueras á Lucrecia.

A seguida los disparos de algunos arcabuces, muchas de cuyas balas penetraron en la cámara pasando por encima de la cabeza de la jóven.

Otros disparos habian roto las vidrieras de las otras ventanas.

La calle estaba completamente llena de curiosos.

Marieta se apartó, aterrada, de la ventana.

Se lanzó á la puerta de la cámara, y la golpeó frenética, desesperada, pidiendo á voces socorro.

Colombo estaba detrás de aquella puerta, pero guardó silencio.

XVI.

Se escuchaban los redoblados, fuertes y retumbantes golpes que los piañones descargaban sobre la puerta del palacio, pretendiendo forzarla.

Pero la puerta era de roble; estaba barreada de hierro; afianzada por gruesos cerrojos en el interior, y resistia.

Los mueras y los improperios á Lucrecia se multiplicaban, y envolvian las desesperadas voces de socorro de Marieta.

XVII.

De improviso se oyeron algunas voces que dijeron:

—¡Al asalto!

—Unos sobre otros.

—Escalad las ventanas.

Colombo metió la llave en la cerradura y esperó.

Marieta, que habia escuchado aquellas terribles voces, quedó petrificada de espanto.

De repente lanzó un grito horrible, mas que grito un chillido agudo, extenso, imposible de describir.

Habia visto asomar por la ventana, primero, partesanas, luego cascos, despues rostros feroces, petos.

Se volvió instintivamente, por un impulso de conservacion, á la puerta.

La puerta se abrió y apareció Colombo, al mismo tiempo que algu-

nos de los que penetraban por la ventana decian con una energía imponderable:

—¡Que nadie la hiera!

—¡Apoderémonos de ella!

—¡Ella es!

Colombo, antes de que aquellos hombres pudieran apoderarse de Marieta, se lanzó sobre ella y la hirió en el corazon de una puñalada.

Marieta cayó sin exhalar un grito.

Colombo dió un salto y un rugido, y cayó de boca contra el suelo.

Uno de los piañones, al verle levantar el puñal sobre Marieta, á quien creia Lucrecia, se apresuró á disparar sobre Colombo su arcabuz, para impedirle que la matase.

El secreto de Lucrecia quedaba guardado por dos cadáveres.

XVIII.

Hubo un momento de consternacion entre los piañones que habian penetrado por la ventana en la cámara.

No se les habia mandado tanto.

Aquello era empeorar el estado de las cosas.

—¡Ah!—dijo uno ya entrado en años,—esto es terrible; es menester ver qué se hace: ¿por qué no han venido con nosotros Francesco Davanzati, Francesco Valori y sus amigos? ¿quién nos aconsejará?

—El consejo es muy sencillo,—dijo otro,—desfigurarla, arrojarla al Arno desnuda para que no puedan reconocerla por sus vestiduras de princesa: arrojar tambien á ese otro, y volvernos en silencio á nuestras casas.

Sabido lo que sucedia por todos los piañones, la mayor parte de ellos se escurrieron entre la sombra; otros desempeñaron la triste faena de mutilar el rostro de Marieta, el de Colombo, y el de arrojar sus cadáveres al Arno.

Sus ropas fueron quemadas en el patio del palacio.

Despues de esto huyeron.

A la una de la noche todo era silencio y reposo en Florencia.

Al dia siguiente Savonarola supo con horror, de boca de Francesco Valori, lo que habia acontecido.

Pero nadie mas que los piañones, que guardaron profundamente el secreto por lo que les convenia, supo que Lucrecia Borgia habia estado en la ciudad, y mucho menos que habia sido muerta.

Cierto es que se notó que las vidrieras del palacio Scaramuccia estaban rotas y que nadie habitaba en él; pero los buenos florentinos dijeron:

LAMINA 43. — Marieta cayó sin exhalar un grito.

—Lo que ha sucedido es lo mas natural del mundo: el diablo no ha querido que le usurpen su palacio, y ha echado fuera á Rodolfo Gualterio y á su mujer.

XIX.

Estos, sin embargo, cuidaron de sacar de noche los muebles, las alfombras, los tapices y los cuadros.

El palacio Scaramuccia quedó de nuevo deshabitado con mas fama de endiablado que nunca, y con dos anchas y negras manchas de sangre en el entarimado de roble de su cámara principal.

CAPITULO X.

De cómo Lucrecia incurrió en una gravísima equivocacion.

I.

Antes que la barca llegase al puente de la Santa Trinitá, se habia estinguido completamente el estruendo del tumulto.

Aquello habia pasado como una tromba; arrastrando consigo y arrojando en el Arno dos cadáveres.

Angiolina, que habia permanecido en la ventana, oyendo las furiosas voces que lanzaban mueras contra Lucrecia, el estampido de los arcabuces; que habia seguido aun en la ventana cuando el tumulto habia descendido en estruendo hasta volver á convertirse en rumor, sintió de repente á su izquierda el ruido de la carrera de muchos hombres que adelantaban por el *Lungo* del Arno y ganaban el Puente Viejo por el flanco de la derecha.

Eran los piañones que habitaban en la ciudad vieja, y que habian huido al saber que donna Lucrecia Borgia habia sido muerta.

II.

No era solo Angiolina la que observaba aquello.

Su padre, la duquesa de Urbino y el capitan Cristóbal de Villoslada, que habian oido los disparos y las voces, se habian asomado á sus respectivas ventanas; pero sin dejar ver luz á través de ellas.

Solo se veia luz por la ventana de Angiolina.

La mayor parte de los vecinos de la ribera del Arno observaban tambien desde la oscuridad de sus aposentos.

III.

Pasaron algunos minutos.

Se sintió rumor de gente en el *Lungo* del Arno, á espaldas del palacio Scaramuccia.

Aquella gente se acercó al rio.

Poco despues se oyó ese chasquido especial, ese ruido que no puede confundirse con otro, que produce un cuerpo arrojado al agua.

Pasaron algunos segundos, y se oyó otro ruido semejante.

Despues, los pasos de muchos hombres que se alejaban á la carrera.

Por último, todo quedó en un profundo silencio.

IV.

Para Alfonso Crespi, para la duquesa de Urbino y para Cristóbal de Villoslada, para los vecinos, en fin, que entre la sombra habian observado aquello, lo que habia sucedido era indudable, á pesar de que nada habian visto: dos cadáveres habian sido arrojados al agua: y como se habian oido poco antes terribles mueras á Lucrecia Borgia, era de suponer que uno de los cadáveres fuese el de Lucrecia.

V.

Entretanto, la barca habia pasado bajo el puente de la Santa Trinitá, y habia llegado sobre la izquierda del Arno al puente de la Carrajia, atracando al pié de una escalera.

Saltó á tierra Francesco Buotti y dió la mano á Lucrecia que salió.

Tras ellos siguió Pietro de Nápoles.

En lo alto de la escalera, cerca de la puerta de Poderini, se detuvo Lucrecia, y junto á ella Pietro de Nápoles.

Buotti volvió á bajar y dijo á los pescadores:

—Cargad cada uno con los cajones: vosotros,—añadió dirigiéndose á los esbirros,—seguid espada en mano.

Los siete pescadores que tripulaban la barca cargaron con los pesados cajones que habia en ella, y subieron trabajosamente las escaleras; porque los cajones eran muy pesados.

Los esbirros los seguian.

Cuando hubieron subido á la ribera, los tomaron en medio.

Adelantaron por la puerta Poderini, y á la izquierda de la calle de Serragli llegaron á un antiguo palacio al cual llamó Buotti.

Era el palacio Poderini.

Se abrió la puerta y apareció uno de los esbirros de Lucrecia con un farol en la mano.

A su luz pudo ver Lucrecia á Pietro de Nápoles, y al verle lanzó un ligero grito de sorpresa.

—¡Ah!—dijo,—¡vos aquí Alfonso! ¡vos llegado de una manera tan estraña junto á mí!

Lucrecia confundia á Pietro de Nápoles con su hermano el príncipe de Tarento.

—¡Ah, señora!—dijo Pietro aceptando la equivocacion de Lucrecia. —cualquiera modo es bueno para llegar junto á vos.

—Seguidme, príncipe, seguidme;—dijo vivamente escitada Lucrecia.

Esta y Pietro de Nápoles, precedidos por el esbirro que alumbraba, atravesaron las galerías de un gran patio y subieron por unas escaleras, seguidos de los pescadores que conducian los cajones.

Francesco Buotti volvió á salir; llegó al Arno; desatracó del pié de la escalera la barca; la entregó á la corriente, y volvió despues al palacio Poderini.

Los pescadores que habian dejado las dos grandes cajas que habian conducido hasta la cámara donde habia entrado Lucrecia con Pietro de Nápoles, esperaban en la galería alta del patio á que se les pagára para volverse.

Francesco Buotti les dijo:

—Habeis hecho vuestra fortuna: desde hoy ganareis un florin de oro cada dia.

—¿Y por qué, señor?—dijo el que hacia cabeza de los pescadores.

—Porque no saldreis de aquí, sabe Dios en cuanto tiempo, y justo es que se os pague el cuidado que pasen por vosotros vuestras familias.

—¿Y qué será de nuestras familias sin nosotros?—dijo uno de ellos; — somos pobres, no tenemos para alimentar á nuestros hijos mas que lo que ganamos cada dia.

—Me direis cada uno de vosotros,—contestó Buotti,—dónde habita vuestra familia, que será socorrida y tendrá noticias vuestras.

Los pescadores se resignaron, ó por mejor decir, se doblegaron á la fuerza.

Delante de ellos estaban, enmascarados, como Francesco Buotti, cuatro esbirros con las espadas desnudas.

Fueron encerrados en una de las habitaciones interiores del palacio.

VI.

Pietro de Nápoles habia comprendido la equivocacion de Lucrecia.

Pietro se parecia escesivamente á su hermano Alfonso, porque

ambos eran muy semejantes á su padre el rey Federico de Nápoles.

Alfonso nunca habia estado en Roma.

Lucrecia no le conocia mas que por su retrato, que la habia enamorado.

El retrato se habia quedado en Roma, de modo que Lucrecia pudo muy bien engañarse.

VII.

Veamos el estado del corazon de Lucrecia.

Sacrificada siempre á la conveniencia de su familia, no habia amado á ninguno de sus dos maridos: habia conservado su corazon vírgen.

Gonzalo de Córdova habia conmovido algo aquel corazon altivo; pero al pretender atraérsele Lucrecia, habia sido mas bien la mujer de estado que una mujer enamorada.

La altiva conducta del Gran Capitan para con ella la habia irritado; la habia obligado al robo de Angiolina, al empeño que habia demostrado por Gonzalo de Córdova, y que la habia hecho parecer enamorada de él.

Pero Lucrecia, cuando contrajo su empeño por el Gran Capitan, estaba ya enamorada de Alfonso de Nápoles.

Su retrato habia hablado á sus sentidos.

Las apasionadas cartas que desde Nápoles la habia escrito el príncipe de Tarento, habian hablado á su corazon.

VIII.

Aparecia tan diferente tal cual era Pietro de Nápoles, de lo que habia parecido bajo su disfraz de músico, de vagabundo, bajo el nombre de Bonvinetto; eran tan diferentes su voz y su actitud, que Lucrecia no pudo de ningun modo reconocerle.

La actividad del alma de Lucrecia era espantosa.

Acababa de cometer un crímen horrible haciéndose sustituir por Marieta entregándola á la muerte, y sin embargo, á la vista de Pietro de Nápoles, tomándole por el príncipe de Tarento, lo olvidó todo y solo pensó en aquel jóven que la enamoraba; en el primer marido que la imponia su familia sin contrariar su corazon.

IX.

—Y bien, ¿qué es esto, Alfonso?—le dijo dejándose ver mas hermosa que nunca de Pietro de Nápoles, porque el amor aumentaba el poder de sus encantos:—¿cómo nos conocemos de una manera tan estraordinaria?

—Yo recibia con frecuencia cartas vuestras, —dijo Pietro de Nápoles, que mientras estuvo al servicio de Lucrecia bajo el disfraz y el nombre de Bonvinetto, habia visto con celos, con rabia, aumentando su ódio contra su hermano Alfonso, que todos los dias salia de la villa Borgia, con una carta de Lucrecia para su hermano, un correo.

—Sí, es cierto, —dijo Lucrecia; —yo os escribia todos los dias, y todos los dias recibia una carta vuestra: hace quince dias os dije: No me contesteis, Alfonso; porque no recibiré vuestra carta: seria necesario me contestáseis á Florencia, á donde parto dentro de algunos dias, y esto no seria prudente.

—Por lo mismo, yo que no puedo pasar sin tener noticias vuestras, me he venido á Florencia de incógnito: ansiaba además conoceros, veros de cerca ignorando todo el mundo que nos veíamos: ¡no sabeis cuánto os amo, señora, cuánto he sufrido por vos!

—¡Oh! gracias, —dijo Lucrecia; —yo en cambio os amo como no he amado jamás; pero estais mojado, señor, temblais de frio.

—¡Ah, no, no, señora, tiemblo de amor! es esta una felicidad que yo no esperaba, que me aturde, me vuelve loco.

—Esperad, esperad: tengo un gran cuidado por vos: es necesario que os mudeis de ropas: afortunadamente en uno de esos cajones, además de ropas mias, vienen ropas de mi mayordomo. ¡Hola, Francesco!

X.

Inmediatamente se presentó Francesco Buotti.

—Hé aquí al príncipe de Tarento, —dijo Lucrecia; —mi esposo; está mojado, procúrale uno de tus mejores trajes de los que vienen en uno de esos cajones. Adios, Alfonso; si estais muy cansado, recogeos; Francesco se queda á vuestra disposicion; si no, sabed que yo no tengo sueño: adios, hasta luego, ó hasta mañana.

—Hasta luego, —dijo Pietro de Nápoles.

Lucrecia sonrió hechiceramente á Pietro de Nápoles, y salió de la cámara.

XI.

Francesco miró de una manera recelosa á Pietro de Nápoles.

—¿No me conoceis, señor? —dijo mientras levantaba con su puñal la tapa de uno de los cajones.

—¡Ah!... sí, —le respondió Pietro agarrándose á un recuerdo: —hace ocho años debiste ser ahorcado.

Francesco miró con asombro á Pietro de Nápoles.

La cita era exacta.

—Espero, —añadió Pietro, —que guardes un profundo secreto acerca de esto; porque á tu señora no le agradaria saber lo terriblemente enamorado que estuve de aquella pobre Giovanna á quien tú robaste para mí: recuerdo que mi hermano Pietro andaba tambien muy enamorado de ella: como siempre ha sido un lobo, sorprendido por el padre de Giovanna al robarla, le mataste: hubo quien lo vió, fuíste preso, y gracias á que yo te abrí las puertas de tu calabozo y te dí dinero y un caballo para que escapases de Nápoles, yo no habia vuelto á saber de tí, y me sorprende encontrarte al servicio de mi esposa.

XII.

Francesco perdió el recelo.

La casualidad favorecia decididamente á Pietro de Nápoles.

Habia conocido á Francesco ocho años antes á causa de sus amores con una hermosa pescadora, de quien estaba enamorado tambien, aunque sin fortuna, su hermano el príncipe de Tarento.

Buotti servia á este de *factotum* de la misma manera que servia entonces á Lucrecia.

El príncipe de Tarento se habia desesperado, y habia encargado el rapto de Giovanna á Buotti.

Este rapto habia producido un crímen; el asesinato del padre de la jóven.

Buotti hubiera sido ahorcado á no intervenir el príncipe de Tarento.

Pietro conocia tanto esta historia, como que habia sido uno de sus personajes, y se aprovechó de ella.

Era además tan parecido al príncipe de Tarento que engañó á Buotti.

XIII.

Éste, despues de haber abierto el cajon y de haber sacado de él un traje completo, empezó á ayudar á vestirse á Pietro de Nápoles.

—Y decidme, señor, —dijo, —¿qué fué de aquella hermosa jóven?

—No me hables de ella, —dijo Pietro de Nápoles; —es uno de mis malos recuerdos; estaba enamorada de mi hermano Pietro, de ese hijo de mala madre, de ese malvado á quien Dios ha castigado matándole: antes de que me la entregases, Giovanna me despreciaba; despues, cuando se vió en mi poder, llena de venganza por la muerte de su padre, dolorida por su separacion de mi hermano, me aborreció, enfermó de tristeza y murió. Este es un mal recuerdo; ahoguémosle; no volvamos á despertarle; sobre todo, que nada sepa tu señora.

—Yo creia que no amabais á donna Lucrecia,—dijo Francesco Buotti;—que la pasion que ella creia encontrar en vuestras cartas no salia de vuestro corazon: yo amo cuanto puede amar un servidor á su dueña, á mi señora: su felicidad es para mí un asunto grave. S. E. que tiene en mí una gran confianza, me leia muchas de vuestras cartas:—Tú eres muy esperimentado, Francesco, me decia, además no te ciega la pasion: te lo confieso, el príncipe de Tarento ha logrado por fin conmover mi alma; podré engañarme; á veces creo que en estas apasionadas cartas del príncipe hay algo de fingimiento; pero tal vez esto no sea mas que un recelo de mi amor.—Yo, cuando mi señora me leia la carta á que se referia, notaba como ella, que habia mucho de violento en lo apasionado de sus frases; pero me guardaba mucho de decirlo á mi señora; hubiera sido aumentar su desventura, y ya es bastante desventurada: tiene la sangre de los Borgias, pero sufre viéndose obligada á adelantar, arrollándolo todo, por el terrible camino que han elegido los Borgias. Vuestra esposa (no quiero ocultaros nada, porque no puedo olvidar que os debo la vida), es mitad luz, mitad tinieblas; tiene tanto de ángel como de demonio.

—Y qué, Francesco, ¿no somos nosotros dos hijos de Satanás? ¿si no fuera por la terrible alma de Lucrecia, la amaria yo como no he amado á ninguna mujer?

—¡Ah! por muy terrible que la creais, lo es mas todavía: ¿sabeis lo que ha hecho esta noche?

—Ha huido de la muerte, y esto es natural.

—¡Ah! nos han hecho traicion: no sé cómo han descubierto los partidarios de Savonarola que la duquesa estaba en Florencia y el lugar donde habitaba: el palacio Scaramuccia hubiera sido invadido, lo ha sido en efecto, y la señora hubiera sido muerta ó presa, si uno de nuestros esbirros encargados de vigilar á los partidarios mas poderosos de Savonarola no nos hubiese avisado un momento antes. Espanta pensar en lo que ha hecho la duquesa. Tenia consigo una pobre gitana, una hermosa muchacha; la ha vestido con uno de sus trajes mas ricos y la ha hecho esperar, para que los piañones que no conocen á la señora, al ver á Marieta tan hermosa y tan ricamente vestida se equivoquen: un esbirro se quedó allí encargado de matar á Marieta: los piañones habrán creido muerta á Lucrecia, mientras oculta en este viejo palacio, podrá obrar de una manera terrible y mas segura contra Savonarola.

—¡Oh, qué gran mujer!—esclamó el infame Pietro de Nápoles, oyendo friamente la catástrofe de la pobre Marieta.

—Pero sufre, sufre, señor: vierte sangre, pero la sangre la repugna: no es completamente Borgia; por eso os digo que es desventurada,

y que yo no he querido aumentar su desventura desvaneciéndola el único sueño que ha tenido en toda su vida: pero yo la amo, y quise saber lo que habia de cierto en vuestro amor hácia ella. Uno de mis amigos fué á Napoles; buscó, averiguó y supo que estabais perdidamente enamorado de la hermosa Laurencia Bentivoglio, que os quejábais desembozadamente de que al casaros con la duquesa de la Romanía os sacrificaban á una razon de Estado.

—Tu amigo es un pobre hombre, Francesco, —dijo con alegría Pietro de Nápoles; —ha creido lo primero que le han dicho: ¡Laurencia Bentivoglio! ¡un galanteo, un pasatiempo como otro cualquiera! ¿qué comparacion es posible entre tu señora y la hija del condestable de Nápoles? ¡Ah, no! yo amo á Lucrecia como si fuera parte de mí mismo ser, y soy capaz de todo por ella.

—Pues sed felices: de seguro, que al veros, su amor ha llegado á la locura; pareceis mas jóven que hace ocho años: el pincel no os ha favorecido; estais mas bello que en el retrato: brillaba en los ojos de la duquesa cuando os miraba un amor infinito.

—¡Ah! ¡si yo lo hubiera sabido antes, —esclamó suspirando Pietro de Nápoles, —¡cuántos sufrimientos me hubiera escusado!

—¡Y luego, habeis aparecido de una manera tan misteriosa, tan estraordinaria! pudiera decirse que habeis caido del cielo: ¿os merezco la confianza de que me digais la estraña causa de vuestra caida en el rio á tiempo que pasaba nuestra barca?

—Ese es mi secreto, Francesco, y sabes de antiguo que quiero que mis secretos se respeten.

—Perdonad, señor, —dijo Francesco.

—Ni una palabra á tu señora acerca de nuestro antiguo conocimiento: y puesto que ya he cambiado de traje, anuncia á tu señora que deseo pasar á su lado algun tiempo, que tengo ansiedad por verla, por oirla: vé.

Francesco salió murmurando:

—¡Cuánta singularidad! si no hubiera muerto Pietro de Nápoles... ¡pero bah! los muertos no se levantan de su tumba.

XIV.

—Todo me favorece, —decia entre tanto Pietro de Nápoles; —¡qué multitud de coincidencias, qué casualidades tan terribles! y ella me ama, se equivoca, me toma por mi hermano... ¡ah! ¡quién sabe! Angiolina me enloquece, ¡Lucrecia! ¡ah, si yo pudiera unir á esas dos mujeres, hacer de ellas una sola!... un millon de florines por una parte,

ser tan rico como un rey, poseer la mujer mas hermosa y mas pura del mundo: por otra parte, el poder de los Borgias, el alma de fuego y la satánica hermosura de Lucrecia, llegar á ser rey acaso: ¡ah! veremos, ¡quién sabe! si Lucrecia enloquece por mí; si un dia al darme á conocer á ella me prefiere á mi hermano, será necesario luchar con César Borgia, con mi padre... no importa; yo he nacido para la lucha, lucharé.

En aquel momento apareció en la puerta Francesco y dijo:

—Podeis seguirme; mi señora os espera.

Pietro de Nápoles salió de la cámara tras Francesco Buotti.

CAPITULO XI.

La alianza de dos tigres.

I.

Pietro de Nápoles llevaba un traje de terciopelo negro, calzas rojas de seda, borceguíes de terciopelo negro tambien y camisa de Cambray; un cinturon rojo de marroquí bordado de oro, sin espada y sin puñal, ajustaba su cintura.

Con este traje, con sus cabellos rubios, ondeados, largos, abultados, flotantes; con sus grandes ojos negros y su curtida y sonrosada blancura, estaba hermosísimo. Tenia las formas puramente modeladas del Apolo de Belvedere: era gallardo y al par fuerte.

Parecia de menos edad que la que realmente tenia. Su espresion era benévola, simpática, espiritual.

Se ponia ante Lucrecia, dejándose ver por su lado bello.

Era, en fin, un poema concentrado en un hombre.

II.

Lucrecia le miraba acercarse con pasion.

La pasion la trasfiguraba y en esta trasfiguracion su vigorosa hermosura resplandecia.

Pietro de Nápoles fué á sentarse á los pies de Lucrecia, en el cojin de terciopelo rojo puesto sobre el escabel del sillon; tomó las manos de Lucrecia, que esta le abandonó.

Aquellas manos ardian y temblaban.

La mirada de ambos jóvenes se mezclaba, ardía, dejaba ver lo que solo ven los afortunados en amor: el alma entera del ser amado en sus

ojos; el alma enamorada; el alma cubriendo, con la poesía del amor, sus debilidades, sus monstruosidades, cuanto puede contenerse en el alma de un ser humano.

El amor es siempre una poesía, siempre una belleza. La mirada del lobo deja de ser feroz cuando se fija en la hembra, porque tambien los lobos sienten el amor.

III.

Lucrecia y Pietro de Nápoles eran dos mónstruos, dos lobos humanos, y sin embargo, en aquella situacion, dominados por el amor, parecian dos arcángeles.

IV.

—¡Oh! y cuánto os amo,—dijo Pietro de Nápoles;—cuánto he sufrido, cuán infeliz he sido por vos.

—¿Que habeis sufrido por mí, Alfonso; que por mí habeis sido infeliz?

—¡Oh! sí, porque vuestros ojos no me miraban como me miran ahora.

—¡Ah! ¿y cómo queríais ver mi mirada desde Nápoles? ¿por qué no os habeis apresurado á aproximaros á mí? la verdad es, Alfonso, que si nuestra union no se ha efectuado ya, en vos ha consistido; no estaba yo en el caso de escitaros, de daros prisa; vos, en medio de las frases mas apasionadas, encontrabais siempre un pretesto para dilatar vuestra ida á Roma: últimamente, era necesario que asistierais á la coronacion de vuestro padre: he sufrido mucho; yo no podia unir bien lo ardoroso, lo enamorado de vuestras cartas con las dificultades que encontrabais para venir á mi lado: he sido muy infeliz: he tenido celos, ¿de quién?, no lo sé: no me he atrevido á averiguarlo; pero yo adivinaba una mujer amada, una mujer con quien yo luchaba en vuestro corazon.

—¿Creeis, pues, que el príncipe de Tarento no os ha amado lo bastante? ¿qué decís, señora, del esclavo que teneis á vuestros piés?

—¡Ah! no puedo dudar, vos no habeis amado hasta ahora.

—Os engañais; hace mucho tiempo que amo, que amo sin esperanza; lo que veia en vos me desesperaba.

—¿Lo que veíais?

—Sí, lo que veia; oidme, Lucrecia: estoy viendo en vuestros ojos que me amais, que sois mia, que me amaríais del mismo modo, aunque yo no fuese el príncipe de Tarento.

—¡Oh! sí, con toda mi alma, y oid á vuestra vez: yo no sabia lo que os amaba, hasta que os he visto esta noche; he sentido algo tan terrible, tan inmenso, que me he desconocido á mí misma; yo os amaba, sí; habia visto en vuestro retrato algo que hablaba á mi alma, algo que me arrastraba hácia vos; pero al veros, ¡oh! al veros, oid bien: aunque no os hubiera conocido, aunque no hubiérais sido mi prometido, don Alfonso, os hubiera amado de improviso del mismo modo: ¿qué teneis, señor, en vuestra mirada, que me enloqueceis, que me trasformais, que haceis de mí un sér que no se conoce á sí mismo? ¿por qué no os he conocido antes, para que hubiera sido antes tan dichosa como yo no sabia pudiese ser dichosa una criatura sobre la tierra? ¡ah! siento una alegría infinita; no tengo duda de que soy para vos un tesoro inapreciable, una felicidad desconocida; no puedo tener celos, no puedo dudar.

—Ni yo tampoco, y no quiero llevar por mas tiempo un nombre aborrecido.

—¡Un nombre aborrecido!—dijo con asombro Lucrecia.

—Sí,—contestó Pietro de Nápoles:—yo no soy el príncipe de Tarento.

—¡Ah!—esclamó Lucrecia:—¿pues quién sois?... pero ¿qué importa quien seais? yo os amo, yo os amo, yo os amo.

—¿Y por qué no amaste al pobre músico Bonvinetto?—dijo Pietro de Nápoles.

—¡Bonvinetto! y ¿qué tienes tú que ver con Bonvinetto?

—Yo soy...

—¿Pero qué eres tú?

—Yo soy... el que fué Bonvinetto.

—Pues bien, yo te amo.

—Yo soy el que fué Roberto Roberti.

—Yo te amo.

—Yo soy... Pietro de Nápoles, el asesino de Elena Corsini... de Julieta la gitana, de Fabio Orsini; yo soy el que celoso, desesperado, loco, quiso matarte, deshonrarte...

—Yo te amo.

—¡Ah! sí, hemos nacido para amarnos, Lucrecia; pero este era un misterio para mí; yo dudaba, yo sufria, yo tenia el corazon y el pensamiento convertidos en un infierno: ahora soy feliz; no, no puedo dudar; mi alma se une á la tuya, se confunde; han dejado de ser dos para no ser mas que una.

—Pero esto es un sueño, Dios mio, y un sueño terrible; yo creia haber amado á tu hermano, porque tu hermano tiene algo de tí.

—Sí; los dos somos hijos de maldicion, los dos hemos heredado una

sangre impura, una sangre de demonio; nos aborrecemos, y nos hubiéramos destruido, si la fatalidad no me hubiera obligado á ocultar mi existencia, á hacer creer que habia muerto.

—¿Quién representa esa fatalidad?

—Los Corsini, sedientos de venganza por la muerte de Elena: ¿qué podia yo solo contra una familia de tigres? no tenia mas defensa que la tumba, y de la tumba me he amparado.

—¡Ah! los Corsini me venderán su venganza, ¿para qué soy yo reina de Roma? ¡ah! yo les daré lo que me pidan, y tú, amado mio, podrás levantar tu faz resplandeciente: ¡ah! sí, y el rey Federico, tu padre, te pondrá sobre su cabeza; te compraré su amor, como te compraré el perdon de los Corsini.

—¡Ah! ¿con que tú rompes tus promesas con el príncipe de Tarento?

—Sí, soy tuya, no mas que tuya.

—¿Olvidas á tu hermano César Borgia?

—¡César! ¡César!—dijo Lucrecia:—¿qué mas da á César que yo me una á tí ó me una á tu hermano Alfonso? ¿y qué importa César? ¿crees acaso que yo no sé que estoy sentenciada por César? ¿crees que desconozco la infame trama de su ambicion? ¿has olvidado su divisa, su mote *au Cesar au nihil?* ¡ah! sueña en la soberanía de Italia, y pretende entrar en ella por la puerta de Nápoles: los Borgias somos demonios; oye las tenebrosas jornadas de la ambicion de César: el rey Federico no tendrá hijos legítimos; si los tiene, morirán; el rey Federico morirá tambien, nombrando su sucesor á aquel de sus hijos bastardos que sea esposo de Lucrecia; para esto será necesario hacerse amigos en Nápoles; se apelará á todos los medios, y se tendrá á esos amigos; despues, cuando Lucrecia, reina ya de Nápoles, tenga un hijo, morirá su esposo: el tio del rey niño, será regente; morirá el rey niño, y el regente, dueño de todo, se hará proclamar rey, aunque para ello necesite inmolar á su hermana; una vez rey de Nápoles, puede emprenderse la conquista de Italia; ¡ah! este sueño insensato arde en la cabeza de César: César marcha hácia él creyéndose bastante terrible para superarlo todo; pero César se engaña; César me cree un instrumento dócil, una pobre mujer, víctima siempre de los Borgias, siempre sumisa á sus preceptos; mi mayor gloria consiste en haber engañado á César; él cuenta conmigo; yo le ayudaré hasta que ponga sobre nuestras cabezas la corona de Nápoles; para ello será necesario romper á un héroe, el Gran Capitan: le romperemos; una vez ha estado á mi alcance; he mentido, me he fingido enamorada de él, y solo he logrado hacerle vacilar; ¡ah! yo me pondré de nuevo á su paso, y caerá; tras el Gran Capitan vendrá el rey Fernando de España en persona; ¿qué importa? ¿acaso es de una natura-

leza tal que nada pueda contra él la mano de un Borgia? despues de Fernando V, nada hay que temer; César trabaja para nosotros; confiemos á César, debleguémonos; un dia nos levantaremos como la tempestad, y yo habré llegado á la prediccion que me hizo hace muchos años en Valencia una gitana; *tú ceñirás una corona;* pero ayúdame; tu alma es hermana de la mia; se han conocido y se han unido; destruyamos, aunque no sea mas que para no ser destruidos.

—Te ayudaré; empezaré á ayudarte desde el momento; es necesario que caiga Savonarola; ese hombre es funesto; caerá; debemos empezar por ahí; estamos en el momento preciso; si Savonarola no cae, nada hay que detenga la Reforma; la Reforma cambiaria la faz de Italia, la faz del mundo; Savonarola seria papa, ó si por soberbia, por un exceso de ambicion no queria serlo, peor, mucho peor; seria el apóstol, el profeta que tendria en sus manos al Papa; para vencer á Savonarola es necesario enloquecerle; los medios para enloquecerle están en Florencia; esos medios, ó por mejor decir ese medio, es Angiolina Crespi.

—¡Que está en Florencia Angiolina Crespi!—exclamó Lucrecia palideciendo mortalmente; —¿y lo sabes tú y la has visto sin duda, y has hablado con ella?

—Sí.

—¡Oh! entonces habrás sentido por ella esa sed que inspira á todos su hermosura.

—Forma de ángel, alma débil, tórtola que gime; ¡ah! no, no; Angiolina no es mas que un hermoso juguete; si tú me hubieras despreciado, si Dios ó el infierno no nos hubiesen dado dos almas creadas para unirse, Angiolina hubiera sido un instrumento contra tí; con Angiolina me hubiera dado Alfonso Crespi un tesoro: ¡ah! y un tesoro en estos tiempos en que todo se compra y se vende, es cuanto puede desearse.

—¡Un tesoro!—dijo Lucrecia.

—Sí, un millon de florines.

—¡Un millon de florines! ¿tan rico es Alfonso Crespi?

—Sí, posee inmensos estados en Florencia.

V.

Lucrecia inclinó la cabeza profundamente pensativa.

—Con un millon de florines llegaríamos á nuestro objeto; es necesario dominarlo todo; reprimir al corazon, tener la cabeza fria; ¡un millon de florines! apoderémonos de ellos, Pietro.

—Para eso es necesaria mi union con Angiolina.

—¡Que la felicidad la mate!—exclamó Lucrecia.

—¿Y no tendrias celos?—dijo roncamente Pietro de Nápoles.

—Celos por celos, esposo por esposa, dejemos correr los sucesos; yo esposa de Alfonso de Nápoles, tú esposo de Angiolina.

VI.

Pietro tuvo que hacer un violento esfuerzo para ocultar su alegría.

Lo que habia creido un imposible se realizaba.

Aquellas dos mujeres, que eran para él una sola mujer completa, iban á pertenecerle.

Lucrecia habia comprendido cuánta fuerza podia darla el millon de florines de Alfonso Crespi.

Se habia agotado todo por los Borgias; los que quedaban sin despojar eran bastante fuertes para que se atreviesen á despojarlos. El tesoro de Crespi radicaba en Florencia, y no podia alcanzarle una confiscacion.

¿Qué importaba un año de espera, un año de sufrimientos, un año de celos, si se obtenia una fuerza incontrastable?

Y necesario es confesar que Lucrecia llegaba á todos los pensamientos horribles que constituian su proyecto, no por ambicion propia, sino por amor á Pietro de Nápoles.

Al amarle le habia comprendido.

Pietro era tan ambicioso por lo menos como César; tan miserable y tan infame como él.

Lucrecia le habia amado al verle, por una razon de simpatía. Sus almas tenian las mismas aspiraciones. Podia decirse que el amor de Pietro de Nápoles habia perfeccionado á Lucrecia para el mal.

Por algo hemos llamado á este relato *Memorias de Satanás*.

Unido al apellido Borgia va el horror. Es verdad que Dios ha permitido que de esa raza de tigres naciera un santo; San Francisco de Borja, esto es, Francisco de Borja, marqués de Lombay, duque de Gandía, uno de los hijos mas esclarecidos de la compañía de Jesus.

Y este santo fué nieto de Lucrecia.

VII.

—¿Cómo has encontrado en Florencia á Angiolina Crespi?—dijo Lucrecia.

Pietro de Nápoles la refirió lo que ya hemos referido á nuestros lectores.

—Pues bien,—dijo Lucrecia,—continúa siendo el mercader siciliano Marcelo Porta; continúa siendo el aparente amigo de Savonarola; ahora véte, déjame á solas conmigo; mi cabeza arde, es un caos; es necesario que yo domine ese caos, que le ordene. Adios.

Pietro de Nápoles besó apasionadamente una mano de Lucrecia y salió.

La mirada de Lucrecia le siguió ansiosa hasta la puerta.

—Ese hombre es mi destino, —dijo; —ahora comprendo lo que yo encontraba de misterioso, de terrible en Bonvinetto: ¿cómo no le amé entonces? ¡ah! es que no me parecia hermoso: el corazon humano..... lodo, materia, sangre; la hermosura vale por lo menos tanto como el alma; yo no habia amado hasta ahora, ni hasta ahora habia sufrido; bien, apuremos el sufrimiento; es necesario que yo le domine, que le haga completamente mio, que le desespere: ¡ah! si yo hubiera cedido enamorada, si hubiera roto por todo, ese hombre es terrible; es necesario que yo me convierta para él en su eternidad, en su único pensamiento, en su único deseo: ¡Angiolina! siempre esa mujer delante de mí; unida á él... ¡qué importa! unida á él es desencantarle; le embriaga su hermosura; entreguémosela; no es prudente disputar al sediento el agua: sí, sí, y ese millon de florines... y sin embargo, vacilo: me parece que soy esclava de ese hombre, y yo no quiero ser esclava, no: lo he sido hasta ahora, lo seré durante algun tiempo, pero me alzaré un dia omnipotente, y ese dia no está lejano.

Lucrecia se dirigió á una puerta; entró por ella en un dormitorio; se desnudó, y antes de acostarse apagó la luz.

Se piensa mejor en las tinieblas cuando los pensamientos son mas negros que ellas.

CAPITULO XII.

De cómo por otro lado se disponia del destino de Angiolina.

I.

Alfonso Crespi habia notado que Angiolina estaba completamente vestida en la ventana de su aposento.

Esto no pudo menos de llamarle la atencion.

Se retiró de la ventana, desde donde habia observado lo que habia sucedido entre las tinieblas, junto al palacio Scaramuccia; salió al corredor y llamó á la puerta del aposento de su hija.

Entonces fué cuando esta volvió en sí del terror que le habia causado la caida de Pietro de Nápoles al rio.

Se volvió hácia la puerta de una manera nerviosa; se lanzó rápidamente á ella; la abrió, y al ver á su padre sombrío y ceñudo, retrocedió aterrada.

—¿Por qué estás vestida?—la dijo Alfonso Crespi;—¿por qué está tu lecho intacto?

Tan terrible fué el acento de Alfonso Crespi, tan sombría la espresion de su semblante, que Angiolina cayó de rodillas, y extendiendo hácia él los brazos, le dijo desesperada:

—Matadme, señor; pero salvadle, salvadle si aun es tiempo.

—¡Salvadle! ¿á quién? ¡otra ignominia mas!—exclamó rugiente Alfonso Crespi:—¿quién es él?

—¡Alfonso de Nápoles, el príncipe de Tarento!—exclamó Angiolina.

—¿Qué dices? ¿estás loca?—exclamó Alfonso Crespi levantando violentamente á Angiolina.

—Sí; loca, sí; matadme, pero oid: le amo: ¿y por qué me habeis de matar si él quiere ser mi esposo? ¡ah! él no duda de mí, no; él sabe

que yo estoy pura como un rayo del sol; loca, sí; estoy loca; ha debido perecer; id á socorrerle; ha caido desde esa ventana al rio.

—Veamos si logras dominarte, si puedo yo comprender lo que dices.

—Es el príncipe de Tarento: entró por esa ventana, desde la otra que está encima.

—¡Ah! espera, espera: —exclamó Alfonso Crespi.

Y saliendo del aposento de su hija, le cerró por fuera con llave.

II.

Bajó al piso inferior y llamó al criado encargado de abrir de noche la puerta de la hostería.

—¿Cuándo ha venido el señor Marcelo Porta? — le preguntó.

—Antes del toque de cubre fuego, —contestó el criado.

—¿Ha vuelto á salir?

—No señor, como no haya salido por la ventana: por la puerta no ha salido nadie desde que cerré.

—Bien: ¿y ha entrado alguien?

—Tampoco.

—Cuenta con lo que dices; si te han dado dinero para que calles, yo te daré mucho mas para que hables.

—Nada tengo que decir, ni nada tengo que callar; solo sé que desde que cerré la puerta, no ha entrado ni salido nadie.

Habia tal sinceridad en la manera de responder del criado, que Alfonso Crespi no dudó de que le habia dicho la verdad.

—Toma y recógete, y á nadie digas que he hablado contigo esta noche: —dijo Alfonso Crespi dando algunos ducados al sirviente.

—Muchas gracias, señor, —dijo este, —y descuidad, á nadie diré nada.

Alfonso Crespi tomó á tientas por las escaleras, y el criado se metió en su cuarto murmurando:

—¿Qué visiones se le habrán puesto delante á este buen señor? ya se vé, quien tiene hijas tan hermosas como la suya, en todas partes ve bultos.

III.

Alfonso Crespi volvió á su aposento, acabó de vestirse, tomó su puñal y subió al segundo piso, deteniéndose delante de la puerta del aposento de Pietro de Nápoles.

Llamó á ella y nadie le contestó.

Palpó y notó que la llave estaba puesta por dentro en la cerradura.

Esto le indicó que si Marcelo Porta ó Pietro de Nápoles habia salido, no habia sido ciertamente por la puerta.

Tampoco comprendia cómo Pietro de Nápoles habia entrado por la ventana del aposento de su hija, sino con una deliberada y traidora intencion.

IV.

Alfonso Crespi volvió á llamar de nuevo, y nadie le contestó.

Era indudable que el aposento estaba abandonado; porque de otro modo, no debia suponerse que no contestase Pietro de Nápoles.

Alfonso Crespi tenia consigo la llave del aposento de su hija.

—Es muy comun, —dijo, —que las llaves de las hosterías sirvan para todas sus puertas; probemos.

Dió vuelta con los dedos á la llave que estaba puesta en la cerradura, y al cabo de algun tiempo logró echarla fuera.

Entonces probó la del aposento de su hija. Entraba en el hueco de la cerradura, pero no daba vuelta.

—¡No importa!—dijo Alfonso Crespi;—la llave es fuerte, me servirá como un instrumento para romper la cerradura.

Y atravesando por el ojo de la llave el pomo de su puñal, y sirviéndose de él como de una palanca, con todas sus fuerzas, logró romper el obstáculo que impedia diese vuelta la llave.

La puerta se abrió, pero nada consiguió Alfonso Crespi.

El aposento estaba completamente á oscuras.

Bajó al de su hija, le abrió, y encontró en medio de él á Angiolina por tierra y sin sentido.

Otro padre hubiera socorrido á su hija.

Alfonso Crespi tomó la bujía que ardia sobre una mesa, y volvió á subir al aposento de Pietro de Nápoles.

Entonces encontró sobre la mesa la peluca negra con que se disfrazaba el jóven, y las ropas de que se servia para aparecer como Marcelo Porta, sobre la cama; sobre la mesa estaba además la maleta abierta, y en ella ropa blanca, un pomo de cristal envuelto en un paño de seda negro, cerrado con cera colorada, conteniendo un licor incoloro y espeso.

Alfonso Crespi se apresuró á soltar este pomo, y se frotó los dedos contra sus ropas.

Habia además un puñal corto con triple canal, y esta canal llena de una materia viscosa.

—¡Dios de Dios!—esclamó Alfonso Crespi;—¡y qué hombre este Pietro de Nápoles, qué fiera!

Alfonso Crespi continuó en su inspeccion, y encontró en la maleta una bolsa en que habia cuando mas cien florines de oro.

—Pobre está el bastardo,—dijo;—será necesario prestarle algun dinero sin que nos lo pida.

No habia mas en la maleta; pero en un bolsillo del traje que estaba sobre la cama, encontró Alfonso Crespi el abonamiento de Marcelo Porta, firmado por Savonarola.

—Luego este hombre,—dijo,—es conocido íntimo de fray Girolamo; bien.

Y volvió á dejar el escrito en el bolsillo.

V.

La ventana estaba abierta.

Alfonso Crespi la examinó.

En su alfeizar encontró asegurados los garfios de una escala de seda; pero esta escala estaba rota una vara mas abajo.

—¡Diablo, diablo!—dijo Alfonso Crespi;—la altura es respetable: esta ventana está sobre el centro del rio; el canal del Arno es profundo y su corriente muy rápida; puede ser muy bien que el señor Pietro de Nápoles haya perecido; pero como no se ha roto la escala cuando bajó al aposento de Angiolina, y se ha roto despues sin duda, al pretender volverse á su aposento el bastardo. Estas escalas de seda son muy fuertes; pueden sostener muy bien á tres personas; para que se rompan es necesario tenerlas preparadas: esto trasciende á traicion; no puede ser otro que Domínico Fanti el hombre que ha proporcionado esta escala á Pietro de Nápoles: meditemos: ¿nacerá esta tracion de Savonarola? ¿habrá traicion? ¿no habrá sido esto un accidente casual? esperemos: es posible, casi probable, que Pietro de Nápoles haya ganado la orilla; es fuerte y valiente: ¿pero por qué no ha vuelto? ¡quién sabe! en fin, mañana podremos juzgar con mas acierto.

Alfonso Crespi bajó, entró en su aposento, abrió un arca, sacó de ella una gran bolsa llena de oro, volvió á subir al aposento de Pietro de Nápoles, puso aquel oro en la maleta, cerró la maleta, quitó de la ventana el resto de la escala, que puso sobre la mesa, cerró la ventana, salió del aposento, cerró su puerta, bajó y entró en el aposento de Angiolina que continuaba desmayada.

VI.

Pero Angiolina no estaba sola.

La duquesa de Urbino, sentada sobre la alfombra, tenia sobre sus rodillas la cabeza de la jóven, y se esforzaba por hacerla volver en sí.

El capitan Cristóbal de Villoslada estaba de pié junto á la duquesa, teniendo en la mano un jarron de plata lleno de agua, de la que se servia la duquesa para rociar el rostro de Angiolina.

—Dejad eso ahí, y salid; —dijo la duquesa á Villoslada.

Este puso el jarron sobre la alfombra, junto á la duquesa, y salió.

VII.

—Cerrad la puerta, —dijo la duquesa á Alfonso Crespi.

Este obedeció y volvió junto á la duquesa.

—Sois una fiera, —dijo Isabel; —estais matando á esta pobre niña.

—Esa miserable me ha deshonrado, —dijo roncamente Alfonso Crespi.

—Vos sois la causa de ello, —contestó Isabel: —¿quién la puso al lado de Savonarola? vos: ¿quién tendió con ella un lazo al duque de Gandía? Savonarola y vos: ¿quién dió motivo á que encontrase al Gran Capitan? vosotros y Lucrecia: y aun os quejais, Crespi; ¿aun hablais de una deshonra que no ha existido?

—Todo el mundo sabe que Angiolina ha estado perdida quince dias.

—No lo sabe nadie: yo he ocultado su fuga: mis damas han creido que habia partido con vos.

—Lo saben los que han favorecido su fuga; los que la han acompañado; los que la han guardado: canalla infame; gente miserable y procaz; esbirros que todo lo cuentan.

—En fin, Crespi, adopto vuestra hija, y os declaro que me la llevo conmigo y que la caso.

VIII.

Entre tanto la duquesa se esforzaba por hacer volver en sí á Angiolina.

El desmayo era profundo y tenaz.

—¡Que la casais! —dijo Alfonso Crespi; —¿y con quién?

—Esperad, esperad; me parece que vuelve en sí; salid, que no os vea; volveria á desmayarse: teneis el rostro de un condenado.

—Lo estoy en efecto: Dios me ha hecho muy desgraciado; me ha dado una mala familia.

—Salid, —dijo Isabel.

Crespi salió, se volvió á su aposentó y esperó.

IX.

Al cabo de media hora, Isabel empujó la puerta y entró.

Alfonso Crespi la ofreció un sillon.

Isabel venia sumamente pálida.

—¿Y no me preguntais por el estado de vuestra hija?—esclamó.

—Si ha muerto,—contestó sombriamente Alfonso Crespi,—Dios ha tenido compasion de ella.

—¡Oh, y qué ferocidad de lobo!—dijo vivamente Isabel:—no ha muerto, no; ni morirá por ahora; yo os lo aseguro; he dejado con ella á mis doncellas, y vengo á hablar sériamente con vos: si mañana no ofrece peligro ponerla en marcha, marcho con ella, ó cuando se encuentre en estado de marchar; y no volvereis á verla hasta que esté bien casada y protegida por un buen marido.

—¿Quién es ese hombre?

—Uno de los patricios mas ricos de Venecia; Cosme Caracciolo, senador de los Ciento de la Señoría de Venecia.

—¡Ah! ¿y qué motivos teneis para creer que Cosme Caracciolo pueda ser esposo de Angiolina?

—Hace dos años, Cosme Caracciolo fué á Roma componiendo parte de una embajada de Venecia que llevaba por objeto poner al Papa de parte y en favor de Pietro de Médicis, espulsado por los florentinos. Cosme es hijo de un antiguo amigo de mi marido y fué á visitarnos en nombre de su padre. Angiolina estaba conmigo, y Cosme Caracciolo se enamoró perdidamente de ella.—Señora,—me dijo algunos dias despues;—¿creeis que puedo yo sin locura aspirar á la felicidad de ser esposo de esa deidad que teneis con vos?—Mis damas son hermosas todas,—dije á Caracciolo,—¿á cuál de ella os referís?—A la que os acompañaba el dia de mi primer visita.—¡Ah! renunciad á ella,—le dije,—porque está ya prometida.—Caracciolo se puso densamente pálido; lo que me demostró que estaba locamente apasionado de Angiolina, y no insistió. Pocos dias despues se volvió á Venecia con la embajada de que formaba parte.

—¿Y es ese el único fundamento que teneis, señora, para creer que Cosme Caracciolo está dispuesto á ser esposo de mi hija? En dos años que han trascurrido desde entonces, Caracciolo que es jóven, bello, noble, rico, senador, debe haberse casado.

—Pues ahí vereis: Cosme Caracciolo no se ha casado; y si no se casa con Angiolina, no se casará nunca.

—¡Ah! ¿y cómo sabeis eso, señora?

—De tiempo en tiempo Caracciolo me escribe una larga carta en que me habla con pasion de Angiolina; en que me pide noticias de ella; en que me pregunta si se ha casado ya. Cada carta es mas triste y mas apasionada: parece que el tiempo y la distancia aumentan, en vez

de gastarle, el amor de Caracciolo. Yo nada os decia de estas cartas; nada he dicho á Angiolina, porque creia que la Reforma del padre Savonarola se realizaria muy pronto; que llegaria á todas sus consecuencias, y que Angiolina seria la esposa de un grande hombre. Pero las cosas han cambiado; nos hemos engañado acerca de Savonarola; no es tan grande como creiamos; ha sido vencido; su esposa probable es la hoguera; ha sobrevenido además el rapto de Angiolina, su retencion infame por Lucrecia Borgia: y gracias á la generosidad y al valor del Gran Capitan, vuestra hija no ha sido hecha pedazos por ese infame. Pero tiene el corazon destrozado; es necesario curárselo, darla un amor que ambiciona, protejerla, y hacer que ese amor no la sea tan funesto como lo han sido los que ha creido sentir hasta ahora. Conoced á vuestra hija: la habeis pervertido, y milagrosamente su pureza se ha salvado, á pesar de la perversion de su espíritu; es un ángel cuya excesiva sensibilidad se ha excitado: padece la locura del amor; pero una vez amada, una vez casada, será una esposa honesta y digna.

—Confesad que es una desgracia que mi hija haya nacido tan sensible, tan parecida á su madre.

—No hableis de su madre, Alfonso; vuestro amigo, mi escelente esposo, me ha hablado muchas veces de vuestra esposa: era como Angiolina, es verdad: ¿pero encontró en vos un marido digno, un marido amante?

—¡Señora!—esclamó Alfonso Crespi como protestando.

—Vos fuisteis en vuestra juventud uno de los jóvenes mas corrompidos de Roma: teníais un buen patrimonio; erais patricio, y habíais estudiado leyes, teología y cánones, porque en medio de vuestra perversion amábais el saber: esto no impedia os entregáseis á una vida dispendiosa, desordenada, terrible, yendo de escándalo en escándalo durante las horas que no consagrábais al estudio. A los veinte y cinco años, empeñadas ya las rentas de cuanto poseíais en los Estados Pontificios, os desterraron de Roma porque os desvergonzasteis gravemente con no sé qué cardenal.

—Me estais refiriendo mi historia, pero de una manera exagerada.

—No, Crespi, no; os estoy haciendo cargos: siento molestaros, pero exijo no me interrumpais.—Obligado á salir de Roma y de los Estados del Santo Padre, os decidisteis por la Toscana, y vinisteis á fijar vuestra residencia á este emporio de las artes y del saber. En Florencia conocisteis á Eleonora de Albici, mas hermosa que Angiolina, mas jóven que Angiolina, y mas que Angiolina propensa al amor. Hacia mucho tiempo que los Albici habian sido arrojados del dominio de Toscana por los Médicis; pero habia sobrevenido una transaccion entre aquellas dos poderosas

familias, y como indemnizacion de la soberanía del gran ducado de Toscana, se habian dado á los Albici inmensos territorios, de los cuales, por una sucesion de herencias habia llegado á ser la última heredera Eleonora. — Podia considerársela como una princesa, que un dia tal vez reivindicaria su derecho al gran ducado de Toscana. — La conciencia de su alto rango contrapesaba en Eleonora su propension al amor; los que consideraba como iguales no llenaban las aspiraciones de su alma. Todos los príncipes de Italia la pretendieron para sí ó para sus hijos, ó para sus parientes inmediatos. Eleonora rechazó con una fria altivez todas aquellas pretensiones. De los jóvenes inferiores á ella en rango, que hubieran podido satisfacer su necesidad de amar, la defendia su orgullo: solo vos tuvísteis el privilegio de enloquecerla, y fué vuestra esposa. Pero vos estabais corrompido, gastado, con el alma envilecida...

—¡Señora!

—Os he suplicado que no me interrumpais. Suponed que no soy yo quien os habla, sino vuestra conciencia, y seguid escuchando: Me interesa demasiado la suerte de vuestra hija, para que yo evite un combate con vos por ella, sea cualquiera la trascendencia de este combate.

Alfonso Crespi, vivamente contrariado, sombriamente irritado, inclinó la cabeza sobre el pecho, y continuó escuchando.

X.

Isabel prosiguió:

—Os habiais casado, no con la hermosísima, con la ilustre Eleonora Albici, sino con su inmenso patrimonio: comprasteis la permision de vuestra vuelta á Roma, pagasteis vuestras deudas, restaurasteis vuestro patrimonio, y os entregasteis con un verdadero furor á los desórdenes, á las orgías, á todo género de depravaciones faustosas. Eleonora se desesperó; encontró su corazon vacío del amor con que creia haberle llenado; no podia estimaros, y os despreció. ¡Oh! que no se queje de nada el hombre que se hace indigno de la estimacion y del respeto de su esposa. Cuando este hombre se llama Guido Ubaldo como mi marido, es un pobre diablo, del cual se mofan hasta los mas pequeños: cuando ese hombre se llama Alfonso Crespi, la rebeldía de su esposa contra su destino produce el crímen espantoso, el crímen que nada disculpa, el mas infame de los crímenes: porque vos, Alfonso, no tuvísteis razon para dar de puñaladas á Eleonora y á su amante Corsini.

—¡Oh! ¡basta!—esclamó Alfonso Crespi de una manera sorda, rugiente, espantable.

—Angiolina, —dijo impasiblemente Isabel, —tendria la misma

suerte que su madre si la casárais con ese hombre que ha penetrado esta noche en su aposento.

—¡Cómo! ¿sabeis, señora, esta nueva indignidad de Angiolina?

—Velaba: su aposento solo está separado del mio por una division de tablas cubierta de uno y otro lado por los tapices: sentí un ligero estremecimiento, como producido por alguna persona que hubiese caido con fuerza sobre el piso del aposento de Angiolina. Despues una exclamacion de sorpresa de vuestra hija. Salí de mi aposento silenciosamente, y miré por la cerradura. ¿A quién creeis que ví hablando con Angiolina? A un malvado que se creia muerto: á uno de los bastardos de Nápoles; al asesino de Elena Corsini; á Pietro, hermoso, seductor, bellamente vestido, al cual miraba fascinada Angiolina. Luego, Pietro la asió de la mano y la llevó á la ventana. Yo volví á mi aposento, oculté la luz, abrí silenciosamente mi ventana, y como está muy próxima á la de Angiolina, oí todo lo que hablaron, hasta que ese tumulto que vos sin duda habreis oido suspendió su conversacion. Pietro entonces se avanzó sobre la ventana, ganó una escala que pendia sobre ella, la escala se rompió, y Pietro cayó al rio. Será muy posible que si no ha perecido, como es de suponer, Pietro de Nápoles os pida la mano de vuestra hija: negádsela.

—¿Y por qué?

—Primero, porque es un infame.

—¿Y hay en nuestros tiempos algun hombre ilustre en Italia que no sea un miserable?

—Otro miserable se daria por satisfecho con poseer la incomparable hermosura de Angiolina y su inmensa herencia. Pietro de Nápoles lleva sin duda una doble intencion. Si quereis matar de una manera indirecta á Angiolina, casadla con Pietro de Nápoles.

—¿Qué decís?

—En primer lugar, Pietro de Nápoles está tan pervertido, tan corrompido, tan gastado, y es tan feroz como vos cuando os unísteis con Eleonora: busca el patrimonio de vuestra hija. En segundo lugar, ¿por qué ese hombre se separa violentamente de Angiolina en el momento en que se oyen en medio de un tumulto furiosos é irritados mueras á Lucrecia Borgia? Ese hombre la conoce; le conoce ella; se aman; no mateis á vuestra hija uniéndola á ese inícuo: no la entregueis á la venganza de Lucrecia, que la aborrece, porque la ha creido amante y amada del Gran Capitan.

—¿Qué no la entregue á la venganza de Lucrecia? ¿pues, no habeis oido el golpe de dos cadáveres arrojados al rio, y apagarse despues el tumulto, y quedar todo despues en silencio?

—Satanás ayuda á Lucrecia: habrá encontrado un medio para escapar: no sé por qué; pero juraria por mi alma que Lucrecia existe.

XI.

Inclinó la cabeza profundamente meditabundo Alfonso Crespi.

—Y si existe, —continuó la duquesa, —si como es de presumir, Lucrecia y Pietro de Nápoles se conocen; si este último no ha venido á esta hostería sino para ponerse cerca de nosotros y tendernos un lazo, no estamos con seguridad en Florencia; debemos partir; yo, por mi parte, me alejaré cuanto antes, y me llevaré conmigo á Angiolina, aunque para llevármela me vea obligada á usar de la fuerza.

XII.

Alfonso Crespi permaneció algun tiempo abismado en una abstraccion sombría.

—¿Y decís, señora, —esclamó al fin, —que Cosme Caracciolo anhela ser esposo de Angiolina?

—Cosme Caracciolo enloquecerá en el momento en que yo le haga entrever la mas ligera esperanza: si me autorizais, mañana mismo despacho un correo con una carta mia para Caracciolo.

—Despachadle en buen hora; pero limitaos únicamente á dejarle entrever una esperanza, de modo, que á nada nos comprometamos.

—Vos en cambio, si se os presenta Pietro de Nápoles...

—Aun no he prometido nada; aun nada me ha pedido él: esperaré los sucesos, y obraré con arreglo á ellos.

—Adios, Alfonso, —dijo la duquesa levantándose; —voy á cuidar de vuestra pobre hija.

—Gracias, señora, —dijo Alfonso Crespi, levantándose y abriendo la puerta de su aposento.

La duquesa salió.

Alfonso Crespi cerró la puerta de su aposento. Cuando la duquesa hubo entrado en el de Angiolina, se sentó junto á la mesa murmurando:

—Al fin es mi hija: los pecados de sus padres pesan sobre ella: Dios quiera hacerla al cabo feliz.

Luego, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, silencioso, concentrado, abismado en un caos de pensamientos, permaneció inmóvil, hasta que entrando la luz del dia por la ventana se recogió.

CAPITULO XIII.

De cómo se encontraban las cosas en Florencia.

I.

Pasaron algunos dias hasta el 10 de Setiembre.

Desde por la mañana se oyó un toque terrible ; el de la campana del palacio de la Señoría, que de tiempo en tiempo daba ocho campanadas y con un breve intérvalo cinco.

Esto significaba que el supremo Consejo de los ocho habia sentenciado á muerte á cinco ciudadanos, y que aquel dia debia ejecutarse la sentencia.

En la puerta del palacio viejo del gran duque antes, de la Señoría entonces, se veia en una tabla el *Boletin* que contenia el decreto del Consejo que sentenciaba á los cinco ciudadanos cuyos nombres se espresaba.

Aquel decreto estaba escrito en latin ; pero al lado, para que llegase á conocimiento de todos estaba su traduccion en toscano.

II.

Aquellos cinco hombres eran : Bernardo del Nero, Nicolao Aloysij de Ridolfi, Giovanni Bernardo de Cambi, Ignacio Antonij de Puci y Laurencio Giovanni de Tuornabuoni.

El delito porque aquellos desgraciados habian sido condenados á muerte, era el de conspiracion para restaurar en el dominio de Toscana á Pietro de Médicis.

Todos ellos pertenecian á principales familias de Florencia ; á la clase de los octimatos, como si dijéramos, á la clase patricia.

Todos habian desempeñado, durante los dos años trascurridos desde la espulsion de los Médicis, altos cargos en el gobierno de la república.

El *Boletin* que los sentenciaba á muerte, estaba fijo además que en la puerta del palacio viejo, en una de las de la catedral, en el pórtico de la iglesia de la Annunziata, en el de la de Santa María Novella, en el de la de Santa María del Carmine, en el de la de *Santi Espíritu*, en el de la de Santa Croce, en el de la de San Laurencio, en todas las iglesias, en fin, situadas en plazas, y en las que no tenian iglesia, como la de María Antonia, en uno de los edificios principales.

Además de esto, el decreto se repetia en cada una de las ocho puertas del recinto general, y en cada una de las de los cinco puentes.

Se daba, pues, toda la publicidad posible á la sentencia, y se la habia dado antes toda la solemnidad posible, puesto que los heraldos de la Señoría, con escolta de lansquenetes, habian pregonado la sentencia en cada uno de los lugares donde aparecia fijado el decreto.

III.

La ejecucion de aquellos cinco ciudadanos por delito de conspiracion en favor de Pietro de Médicis, era una prueba de que la influencia de Savonarola era todavía poderosa en Florencia.

Savonarola habia sublevado la opinion pública contra la tiranía, y podia decirse que habia sido la primera y mas poderosa causa del derrumbamiento de Pietro de Médicis.

Roma protegia abiertamente á éste; estaban decididamente de su parte la república de Venecia y el duque de Milan.

Sin la grande influencia de Savonarola, los conspiradores hubieran sido tratados menos rigorosamente y sentenciados, como Lamberto de Lantella y sus demás cómplices, á prision perpétua.

La ejecucion de los cinco jefes de aquella conspiracion era el triunfo de Savonarola, enemigo á muerte en nombre de la justicia y de la libertad, de los Médicis y de toda otra tiranía.

IV.

Sin embargo, Savonarola, en nombre de la caridad, habia pedido gracia para los cinco sentenciados á muerte.

El gonfaloniero de justicia y los ocho magníficos priores de la libertad se habian mantenido inflexibles.

—La República, — habian dicho, —está en peligro; las conspiraciones no cesan; poderosos príncipes amparan al Médicis; ante la justi-

cia debe callar la misericordia; es necesario aterrar con sangre á los enemigos de la libertad: de la prision se sale, de la tumba no; el terror de los conspiradores defienda á la República.

V.

Y á pesar de esta severa manifestacion, los que la hacian, conspiraban silenciosamente contra Savonarola en favor de Roma, en favor de los Médicis contra la República: su severidad republicana no era otra cosa que la hipocresía del miedo.

Aun era potente Savonarola; callaba, y aun oia su voz el pueblo: parecia humillado, y entonces era mas potente; porque el pueblo le veia perseguido.

Su voz, rompiendo el silencio en un momento dado, hubiera hecho estallar en una explosion revolucionaria á la Toscana: un ataque directo contra su persona hubiera producido tambien la explosion.

Roma habia influido como Venecia y como Milan, por medio de emisarios secretos, en favor de los conspiradores.

—Esperemos, —habia respondido el supremo Consejo; —aun no es tiempo; no podemos arrancar sin peligro esas cabezas al pueblo: tenemos cogido á Savonarola: esperemos á la prueba del fuego, á que perezca en ella, ó á que se desprestigie excusándola; de ambas maneras habrá muerto, y entonces será tiempo.

VI.

Savonarola no habia podido evitar el peligro de que la aristocracia, aunque elegida por el pueblo, apegada al antiguo régimen que representaba sus privilegios, ocupase los primeros cargos del Estado.

Las costumbres políticas no habian podido infiltrarse aun en el pueblo, y los ricos, esto es, los aristócratas, corrompian la eleccion.

Se estaba en los momentos de una tremenda lucha; en los primeros pasos de esa gran revolucion que se llama renacimiento; en el período de transicion de la edad media á la edad moderna; entre las rabiosas convulsiones del feudalismo espirante, y las primeras é informes aspiraciones de una libertad naciente, que ha necesitado tres siglos para empezar á constituir de una manera fuerte y decisiva el derecho comun.

Savonarola, fuese el que quisiese su objeto, fuesen las que quisiesen sus debilidades, sus supersticiones, sus exajeraciones, fué uno de los primeros mártires de la libertad, por cuya adquisicion definitiva luchamos todavía, formando parte de un nuevo y gigantesco renacimiento.

Cuando se estudia concienzudamente y sin pasion de ningun género la historia de Savonarola, se encuentra en ella á un predestinado, mitad luz, mitad sombra, que se empequeñece por una parte, que se engrandece por otra; que lucha; que vacila; que se levanta terrible; que se postra desanimado entre las olas de dos mares, en el que nada se encuentra determinado, en que todo es caos, que levanta su frente al cielo y hunde los piés en el lodo; que se cree profeta iluminado, inspirado, que heretiza sin quererlo, que se llama católico y ataca de buena fé al catolicismo; que encuentra el mal y no encuentra el remedio; que aparece indeciso como todo lo que en las diferentes esferas de la actividad humana ha producido su época, como las artes, la filosofía y el derecho en los primeros tiempos del renacimiento. Comprendia la necesidad de una reforma, y pedia un concilio; esto es, pedia un sueño: que la Iglesia se reformase á sí misma; es decir, que fuese y no fuese; enemigo de hecho de las testas coronadas, buscaba en ellas apoyo; apostrofaba á la tiranía en nombre de la caridad; pretendia infiltrar la caridad en las masas ignorantes, encorvadas aun bajo el peso de los recientes gravámenes, dolorida aun por los golpes del látigo; y su portentosa, su espansiva é inspirada elocuencia solo conseguia hacer estallar en ira á la muchedumbre contra todas las opresiones que la habian sofocado. Queria lo que no pasa de ser una bellísima ilusion: que la libertad creciese, se desarrollase, se robusteciese sin sangre. La muchedumbre, mas lógica, apelaba al terror, repitiendo de boca en boca este terrible axioma.

«El enemigo menos terrible es aquel á quien se mata.»

Savonarola, gran revolucionario en las ideas, desconocia la revolucion en la práctica.

Pretendia lo que es imposible: que la revolucion se efectuase sin trastorno.

Soñaba una gran regeneracion y procuraba apartar de ella la sangre.

Savonarola, mas que un hombre, era una idea; un prólogo.

VII.

Roma habia sido completamente lógica.

La atacaba abiertamente un hombre que se llamaba apóstol, profeta inspirado.

Roma encontró, como no podia menos de encontrarla, herética, si no la doctrina, la distincion que Savonarola pretendia establecer entre el Papa y el hombre en quien recaia la alta investidura del pontificado, y le escomulgó.

Necesitaba vencerle; y para vencerle, apeló al siguiente terrible dilema.

«O estás ó no favorecido por la gracia, ó eres santo ó impostor; si eres santo, si eres predestinado, Dios acudirá á tu defensa con un milagro. Si Dios no permite que seas el representante de un milagro, eres un impostor.»

De aquí, que fray Francesco de Puglia propusiese, en busca de un milagro, el esperimento del fuego.

VIII.

Savonarola se encontraba con sus propias armas puestas al pecho.

Él se habia valido de la prediccion, del espíritu profético para hacerse venerable ante los ojos de la muchedumbre; habia predicho valientemente la caida de los Médicis y la ida á Italia de un ejército francés.

Roma le atacaba con un milagro.

IX.

Todo por el momento parecia favorecer á Savonarola.

La República le protegia, negándose á enviarle preso á Roma.

De los conspiradores en favor de Pietro de Médicis, cinco de ellos fueron decapitados, y los restantes reducidos á prision perpétua.

Lucrecia Borgia, aquel terrible enemigo que se habia ocultado en Florencia, habia sido muerta, segun creian los piañones: Savonarola lo creyó tambien.

—Estas gentes,—dijo, cuando Francesco Valori le dió la noticia de la muerte de Lucrecia,—acabarán por hacerme perder la gracia de Dios con su ferocidad y sus instintos sanguinarios; y puesto que no me atrevo á separarme de ellos y anatematizar enérgicamente su conducta, sus crímenes caerán sobre mí; pero la grande obra quedaria empezada; ellos son mi ejército, mi fuerza; sin ellos nada puedo hacer.

Savonarola estaba encerrado en un círculo vicioso, del cual no podia salir; ó la revolucion, ó no la revolucion: si la revolucion, la sangre; si no la revolucion, el retroceso; los Médicis en el dominio.

X.

Creíase completamente secreta la muerte de Lucrecia. Nada se habia hablado del tumulto. Los que le habian causado habian guardado un silencio de miedo, y silencio de miedo habian guardado tambien los que se habian apercibido de él.

Temíase, sin embargo, que Roma se apercibiese del silencio de Lucrecia, que indagase, que descubriese el atentado, que reclamase.

No habia aun trascurrido tiempo para esto, cuando fueron decapitados los conspiradores en favor de Pietro de Médicis; pero se temia que los resultados apareciesen de un dia á otro.

Los jefes de los piañones estaban resueltos á todo, y Savonarola veia aparecer una nueva complicacion.

XI.

Pasó, sin embargo, el tiempo necesario para que en Roma se hubiese notado la desaparicion de Lucrecia, y Roma guardó silencio.

Savonarola y sus amigos decian:

—Están haciendo pesquisas.

Los ocho magníficos señores del Consejo, el gonfaloniero de justicia y el notario Ceccone, creian tambien muerta á Lucrecia.

Rodolfo Gualterio y su mujer Eufosina, espléndidamente pagados y estimulados por la esperanza de una gran recompensa, guardaban profundamente el secreto, y aseguraban al gonfaloniero de justicia, Pietro Popoleschi, padre de Eufosina, que se habian salvado milagrosamente descolgándose por una ventana á una de las calles laterales, mientras los piañones acometian la puerta principal del palacio Scaramuccia.

XII.

Lucrecia entretanto, no solo estaba escondida, sino disfrazada, en el Viejo Palacio Poderini; no salia de él, ni ninguno de sus servidores, incluso Francesco Buotti, que pudieran haber sido reconocidos por alguno procedente de Roma.

Roma, sin embargo, estaba al corriente de todo.

Pietro de Nápoles se sentia devorado por Lucrecia; la adoraba.

Lucrecia, que nunca habia sido una cortesana, respondia á la impaciencia de Pietro de Nápoles:

—Esperemos, amado mio, esperemos: no humillemos nuestro amor envolviéndole en un vergonzoso secreto.

Pietro de Nápoles era decididamente desgraciado con Lucrecia.

Su union con ella era una doble necesidad para Pietro de Nápoles: estaban interesados su ambicion y su amor.

XIII.

Por parte de Alfonso Crespi habia sobrevenido, respecto á Pietro de Nápoles, una mudanza completa, que muy pronto habia hecho renunciar

á Lucrecia y á Pietro del infame proyecto del casamiento de este último con Angiolina, que no tenia otro objeto que apoderarse del inmenso patrimonio de los Albici, sacrificando á la pobre jóven.

XIV.

Al amanecer del dia siguiente á la noche del tumulto, Domínico Fanti, buscado en su casa por Pietro de Nápoles, habia ido á la hostería de la Buona Vita, provisto de una llave maestra para abrir la puerta del aposento de Pietro, y llevarle las ropas y los medios de disfrazarse para aparecer como Marcelo Porta.

Los criados de la hostería le vieron subir y bajar poco despues con un bulto debajo del brazo; pero como le creian amigo del señor Marcelo Porta, nada estrañaron y nada le dijeron.

Domínico habia reparado que sobre la maleta de Pietro de Nápoles estaba lo que habia quedado de la escala rota, y lo dijo á Pietro.

Habia notado tambien que la cerradura estaba violentada, á pesar de que abria y cerraba como si no lo hubiese sido.

—Es necesario que yo me entienda con ese viejo lobo,—dijo Pietro de Nápoles acabando de disfrazarse.

XV.

Volvió á la hostería de la Buona Vita poco despues de la salida del sol.

Los criados que le vieron entrar, nada estrañaron, porque nada recelaban, nada sabian, y supusieron que Pietro habria salido antes sin que le viesen.

Pietro encontró, en efecto, la cerradura alterada, el trozo de escala sobre la maleta, y lo que no habia podido conocer Domínico, porque no sabia cuánto dinero tenia Pietro: la existencia en la maleta de una bolsa llena de florines, que resultaron ser quinientos.

Pietro llamó á un criado y le dijo:

—En cuanto se levante messer Alfonso Crespi, le anunciareis que necesito verle al momento, y me avisareis.

XVI.

Un cuarto de hora despues, el mismo criado volvió y le dijo:

—Messer Alfonso Crespi os espera.

Pietro bajó, entró en el aposento de Crespi, y le encontró solo, pálido, mas que pálido, lívido, con grandes ojeras cárdenas, con todas las señales, en fin, de haber pasado muy mala noche.

Esto fué una confirmacion de sus sospechas para Pietro de Nápoles.

—¿Con qué derecho, —dijo, —habeis penetrado en mi aposento forzando su puerta? y sobre todo ¿por qué me haceis la humillacion de una limosna que no os he pedido?

—En vuestro aposento ha entrado el padre y el amigo: dad gracias á que habeis respetado á mi hija, ó á que los acontecimientos no os han permitido ofenderme en ella: aun podia ser vuestro amigo, y como ví que teníais poco dinero, os he hecho un pequeño préstamo que os ruego acepteis.

—En buen hora, —dijo Pietro de Nápoles desarmándose: —reconozco el derecho del padre, y acepto el servicio del amigo; tanto mas, cuanto que estaba resuelto á haceros una proposicion que siendo aceptada por vos, acrecerá mas y mas nuestro comun afecto.

—Hablad, —dijo Alfonso Crespi con la espresion de una gran reserva.

—Voy á haceros una revelacion, por la que os ruego de antemano no os irriteis; vuestra hermosa hija me ama.

—Os engañais, —dijo brevemente Crespi.

—Me lo ha dicho ella misma, —contestó con vehemencia Pietro de Nápoles.

—Lo creo; pero vos no debeis creer las palabras de Angiolina, porque no sabe ni lo que siente ni lo que dice: mi pobre hija está loca.

—¡Loca!

—Sí, loca en fuerza de desgracias: además de eso, aunque mi hija no estuviese loca, aunque os amase con toda su alma, yo evitaria hasta el punto que me fuese posible su union con vos.

—¿Y por qué? —dijo con irritacion Pietro de Nápoles.

—Os suplico que no tomeis á mal lo que voy á deciros: si el padre de Angiolina os rechaza, en cambio, Alfonso Crespi es vuestro amigo; nuestra amistad empieza en una comun razon de ódio contra los Corsini; dijísteis muy bien cuando anteanoche os descubrísteis á mí: Por medio de los Corsini nos unen el odio, el puñal y la venganza: no os doy mi hija; pero tengo acerca de vos proyectos que mútuamente nos convienen.

—Esplicaos.

—Oid: vos abandonasteis á mi hija, cayendo al rio por la ruptura de la escala en el momento en que escuchasteis los furiosos mueras que los piañones arrojaban contra Lucrecia Borgia; esto prueba que estais en inteligencia con Lucrecia; que vinisteis aquí porque Lucrecia habia venido.

—Dado caso de que eso sea cierto, —contestó Pietro de Nápoles, —

Lucrecia no existe; ha sido asesinada por los piañones; como si dijeramos, por Savonarola.

—No lo creo, no puedo creerlo: donde está Lucrecia lo domina todo, lo sabe todo: ha debido ser avisada á tiempo por sus esbirros: es cierto que entre la oscuridad de la noche han sido arrojados al Arno dos cadáveres; que los piañones se dispersaron inmediatamente; pero esto no prueba que uno de los cadáveres fuese el de Lucrecia: además, estoy leyendo en vuestro semblante que Lucrecia no ha perecido; si hubiera perecido, vos estaríais desesperado.

—¿En qué os fundais para suponer eso, señor Alfonso Crespi?

—En que solo por una mujer adorada, y en una situacion semejante á la en que vos os encontrásteis anoche, se separa un hombre violentamente de una mujer, tal como mi hija, que le embriaga de seguro con su hermosura, y que halaga su codicia la esperanza de poseer por su medio una inmensa fortuna, superior á la de un rey. Si Angiolina no fuera tan rica, yo vacilaria, creeria que renunciando vos al amor de Lucrecia, y esponiéndoos á su venganza por Angiolina, amabais á esta con toda vuestra alma: tal vez os la daria; pero los Borgias son insaciables, tienen alma de demonio; tal vez Lucrecia se ha resignado á condenarse por un breve tiempo á los celos, con tal de apoderarse por vuestro medio de las inmensas riquezas de Angiolina. Tengo la seguridad de que os adivino, señor Pietro de Nápoles: el lobo voraz se ha unido á la loba insaciable, y juntos os habeis puesto en caza de una gran presa: yo he tenido el corazon duro para todo, pero para mi hija le tengo demasiado blando; mi amor me obliga á protejerla y la protejo: vengamos á un buen acomodo, señor Pietro de Nápoles.

—Veamos, —dijo Pietro.

—Partamos del supuesto de que vos, unido por Lucrecia á los Borgias, sois enemigo á muerte de Savonarola: yo le aborrezco de tal modo, que si fuera Dios, le condenaria á los eternos suplicios del infierno: me ha seducido; me ha engañado; me convirtió en un loco fanático; ha causado las desgracias de mi pobre hija, mi proscripcion de Roma, la confiscacion de mi hacienda en los Estados Pontificios, y cuando vengo á Florencia en busca del Maestro, del amigo, no encuentro al amigo ni al Maestro, sino á un loco incurable que se arrepiente de haber amado á mi hija, que la rechaza, que se encoje de hombros cuando yo le hago cargo de las desgracias que ha causado: ¡ah, creedme! yo haré todo cuanto esté de mi parte por destruir á Savonarola, y esto redunda en provecho de los Borgias, á quienes os habeis unido: ayudadme.

—Continuad; veamos.

—Tengo la seguridad, de que mientras viva Manfredo Corsini os

vereis reducido á conservar rigorosamente el incógnito; á no destruir la creencia de que habeis muerto.

—Los Corsini son en gran número y poderosos,—dijo Pietro de Nápoles;—yo solo no hubiera podido luchar con ellos: además me hubieran acometido por la espalda, á traicion: me he visto, pues, obligado á morir, porque morir es desaparecer, perder el nombre, la figura, pasar por entre los que nos han conocido sin que nos conozcan, cambiar en fin, de existencia.

—Pero vos, sin duda, necesitais resucitar.

—Sí, y ahora mas que nunca.

—Renunciad á mi hija; pero en cambio tened la promesa de que dentro de poco podreis decir:—yo soy Pietro de Nápoles.

—Imposible; los Corsini no tardarian en saciar en mí su venganza.

—¡Ah! no, porque yo les compraré su venganza.

—¡Cómo!

—Manfredo Corsini está arruinado; á duras penas y cargándose de deudas, puede mantener su rango: los mercaderes florentinos empiezan á negarle dinero; sus hermanos que podrian querer tambien tomar venganza de vos, están sobre poco mas ó menos, tan arruinados como Manfredo: yo creo que por veinte mil florines, los Corsini os perdonarán la muerte de Elena y llegarán hasta el punto de estrechar vuestra mano.

—¡Ah! indudablemente; ¡veinte mil florines! ¿y os desprendereis por mí de esa enorme cantidad?

—Sí.

—¿Con qué condiciones?

—Que los Borgias levanten la confiscacion de mis bienes en los Estados romanos: que me absuelva el Papa, y que se me permita volver libremente á Roma.

—Será,—dijo Pietro de Nápoles;—pero con una condicion mas.

—¿Cuál?

—Habeis sido grande amigo de Savonarola; ¿podeis volver á inspirarle confianza?

—Sí.

—Pues bien; además de los veinte mil florines dados por vos á la familia Corsini, para que renuncie á su venganza contra mí, ayudad á los Borgias, haciendo traicion á Savonarola, y contad con que la confiscacion de vuestros bienes será levantada, y podreis volver á Roma.

—Mañana podreis presentaros públicamente en Florencia con vuestro propio nombre, sin disfraz, y pasar por delante de los Corsini, sin que os miren con ódio.

—¿Y qué interés teneis vos en que se levante la confiscacion de

vuestros bienes en los Estados romanos, que seguramente no valen los veinte mil florines con que los comprais á los Borgias?

—¿Olvidais que yo soy en Roma lo que Savonarola es en Florencia? ¿creeis que para el hombre lo es todo el oro, que no ama los honores, las dignidades ni el mando? ¿creeis que con mis inmensas riquezas, poniéndome al servicio de los Borgias, no puedo llegar al cargo de gobernador de Roma, ó al de generalísimo de la Iglesia? además de eso, las grandes riquezas que poseo, las poseo en tutela: el dia en que Angiolina se case, me veré obligado á entregárselas; Angiolina puede morir poco despues de casada, dejando un hijo, y pasaria á otra familia el portentoso patrimonio de los Albici; llegaria un dia en que tendria que dar cuentas de lo que he poseido, y he dispendiado mucho, mucho: necesito, pues, un cargo público á la sombra de los Borgias, para cerrar las profundas heridas que he abierto en el patrimonio de Angiolina: os hablo, pues, francamente.

—De lo que se deduce, que mas que por fanatismo, habeis servido por interés á Savonarola, y aun habeis llegado al caso de sacrificar á vuestra ambicion, vuestra hija: vos dijísteis, sin duda: yo tengo en Roma una poderosa influencia: soy inmensamente rico; ayudemos á ese terrible fraile, que de tal modo se ha hecho dueño de Florencia; cuando ese fraile sea el pontífice de una iglesia reformada, yo llegaré á un poder increible, á una riqueza monstruosa; habré sacrificado á mi hija, pero no dependeré de ella; no tendré que dar cuentas á nadie; continuaré desenfrenadamente en mis dispendios, en mis vicios: estamos hablando con franqueza, segun vos decís, señor Alfonso Crespi: ¿no habeis pensado de tal modo?

—Puede ser: sin embargo, cuando he visto á mi hija perdida, he sentido una amargura infinita; cuando me la han devuelto loca, y segun llegué á creer, deshonrada, he enloquecido, he sufrido una agonía insoportable: ¡Oh! la amo, la amo: cuando he llegado al momento de la prueba, he comprendido que no podia pensar en ningun engrandecimiento obtenido á costa de mi hija; quiero que sea feliz: qué quereis; yo no sabia que era padre hasta que he visto á mi hija desgraciada.

—Quedamos, pues, convenidos, —dijo Pietro de Nápoles; —veinte mil florines á los Corsini; mi renuncia á la mano de vuestra hija; vuestra traicion á Savonarola; en el momento en que todas estas condiciones sean cumplidas por vos, contad, no solo con la devolucion de vuestros bienes en la Romanía, y con vuestra libre vuelta á Roma, sino tambien con el cargo de gobernador de Roma; nada mas tenemos que hablar: espero pronto una buena noticia.

—Esperadme esta tarde en vuestro aposento

—Adios.

—Adios.

XVII.

Pietro de Nápoles salió del aposento de Crespi con los ojos brillantes de esperanza y de alegría.

Subió á su aposento, pidió el almuerzo, y almorzó con muy buen apetito.

Alfonso Crespi se trasladó inmediatamente al viejo palacio de los Corsini.

Manfredo era un anciano innoble, gastado por los escesos, y de cuya espresion se desprendia una ferocidad brutal.

En vano era buscar en su mirada, en su espresion, en la contraccion de su boca, nada que revelase el imperio del espíritu; todo era materia, y materia repugnante.

Cuando le anunciaron la llegada de Crespi, esclamó:

—¿Ah, diablo! ¿de dónde sale ese maldito? me habian dicho que le habian echado de Roma, y le tenemos aquí; me alegro: recordaremos nuestros buenos tiempos: ¡bah! no hay que hacerle esperar: que entre.

Poco despues los dos viejos se estrechaban fuertemente las manos.

—¿Con que te han echado de Roma como á mí?—dijo Corsini;—me alegro, porque te tenemos por acá; yo me reí del decreto del Papa que me espulsaba de sus Estados; me gusta mas Florencia que Roma: ¡oh! ¡las florentinas y los vinos de la Toscana! la patria del Dante... solo echo de menos una cosa que nos ha quitado el bribon de Savonarola; Pietro de Médicis: se comia muy bien en el palacio viejo; sobre todo, tratándose de un bello desórden, desaparecia el soberano: me tiene sin consuelo su ostracismo; pero no conspiro: estos diablos de mercaderes florentinos no se olvidan de que tienen á su disposicion un personage que se llama verdugo: dicen que les van á cortar la cabeza á Bernardo del Nero y á otros cuatro tontos que han conspirado en favor de Pietro de Médicis, y que encierran no mas que por toda la vida á Lamberto dell' Antela y á otros cincuenta ó sesenta estúpidos: ¡oh! Savonarola es terrible; ¡qué diablo de fraile! desde su convento manda en todo: pero no dices nada hombre.

—¿Y qué he de decir si no me dejas hablar?

—Sepamos primero, por qué vienes á verme.

—Siéntate; toma un papel, escribe lo que yo te dicte, y sabrás la razon de mi venida.

—¡Diablo, diablo! hé aquí una rareza que no comprendo; pero bien, á mí me gusta todo lo que es raro: veamos.

Manfredo se sentó delante de una mesa, y tomó papel y pluma.

Crespi se apoyó en un ángulo de la mesa, y dijo gravemente:

—Escribe: —«Confieso haber recibido del patricio romano messer Alfonso Crespi la cantidad de veinte mil florines...»

Corsini dejó de escribir, miró bruscamente á Crespi, dejándole ver su mirada llena de asombro.

—Hablemos claro, —le dijo; —¿tengo yo algo que valga los veinte mil florines que me ofreces?

—Sí, tu venganza, —dijo roncamente Crespi.

—¡Mi venganza! mi venganza, ¿contra quién? porque conozco á muchos á quienes de buen grado haria pedazos.

Habia algo de fiera, y de fiera hambrienta en Manfredo Corsini al pronunciar estas palabras.

—Tu venganza contra Pietro de Nápoles, —dijo vivamente Alfonso Crespi.

XVIII.

Giraron de una manera horrorosa en sus órbitas los ojos de Manfredo, y se inyectaron de sangre.

Por el momento la cólera le enmudeció.

—¡Mi venganza! ¡que venda yo mi venganza contra ese infame, contra ese aborrecido Pietro de Nápoles; contra el asesino de mi hija!...

Y Manfredo dejó caer su puño sobre la mesa, haciéndola crugir á pesar de su enorme grueso.

Sus ojos miraban estraviados á Alfonso Crespi, y temblaba todo.

—¡Qué! ¿no ha muerto ese miserable? —dijo al fin, —¡vive, y puedo despedazarle yo, sacar su infame sangre gota á gota; morderle, atenacearle, mutilarle, despedazarle!... ¿dónde está?...

—Veinte mil florines, —repitió friamente Crespi.

—Tú no eres mi amigo: tú eres un mónstruo que viene á morderme el corazon, —dijo Manfredo: —¡Elena! ¡mi Elena seducida, deshonrada, asesinada!... ¿dónde está, dónde está ese infame?...

—Veinte mil florines, — repitió impasible Crespi.

Corsini se dejó caer en el sillon.

—Veinte mil florines, al veinte por ciento, —dijo Crespi, inclinándose sobre Corsini que tenia la cabeza inclinada, y rugia, —son cuatro mil florines de renta: ¡cuántas hermosas jóvenes pueden comprarse con cuatro mil florines al año! ¡cuántos placeres! ¡qué espléndida servidumbre! ¡qué carrozas! ¡ah! cuatro mil florines, son la renta de un príncipe.

—¡No! —respondió con acento cavernoso Corsini.

—Ahora, las deudas, la insolencia de los acreedores, las negativas

de los prestamistas; los criados que se van porque no se les paga; la hermosa niña que huye del viejo pobre; un palacio desierto, frio; un viejo noble arruinado, que se pudre como un cadáver en el ángulo de una gran tumba: ¡ah! tú estás loco: sobre todo, podria decirse que dabas tu eternidad por el placer de beber la sangre de Pietro de Nápoles: pero, ¿dónde está Pietro?

—¡Me lo dirás tú, ó te declararás mi enemigo!—esclamó Corsini, levantando su feroz semblante y abarcando con una mirada sombría á Crespi.

—Yo no puedo decírtelo, porque ignoro el paradero de Pietro de Nápoles: se me ha hecho esta proposicion por un enmascarado que me ha dejado en una obligacion de un mercader de Florencia, veinte mil florines, para cuyo cobro, segun me he informado, no hay dificultad.

—De modo, que no eres tú quien me da ese dinero.

—No: ¿qué me importaria á mí que perdonases ó no á Pietro de Nápoles?

—Podias muy bien haber proyectado casarle con tu hija.

—Amo demasiado á Angiolina para entregarla á un tal mónstruo: medita bien; veinte mil florines son para tí una resurreccion; sobre todo, yo me veo obligado á entregártelos, puesto que para tí se me han entregado; sin embargo, si te obstinas, esperaré á que vengan á reclamármelos, y si tardan, puesto que no he dado recibo de ellos, los entregaré al hospital de *Sancti Spiritus*, para alivio de los pobres.

XIX.

Corsini abatió la cabeza, y no contestó.

—¿Los aceptas ó no?

Corsini conservó el mismo silencio.

—En ese caso, adios,—dijo Alfonso Crespi.

—Y bien,—dijo Corsini, alzando la cabeza, y pasándose las manos por la frente, como quien despierta de un sueño: —no puedo resucitar á Elena; cien vidas que tuviera Pietro de Nápoles, no saciarian mi venganza; me quedaria siempre hambriento.

De improviso se volvió hácia la mesa, tomó la pluma y la puso sobre el papel.

—Continúa,—dijo.

—Confieso que esta cantidad me ha sido dada por mi vendetta contra Pietro de Nápoles, hijo bastarno del rey Federico de Nápoles, por ofensas gravísimas que me ha inferido; quiero que si yo, faltando á lo que me obligo, ejerzo la vendetta contra Pietro de Nápoles, caiga sobre

mí todo el rigor de las leyes y el desprecio y la maldicion del género humano.»—Fecha y firma,—añadió Crespi.

Corsini firmó de una manera nerviosa.

—Aquí tienes la obligacion á mi nombre, por veinte mil florines, del genovés Salvator Capucci.

—En buen hora;—dijo Manfredo Corsini, guardando la obligacion, y dando el recibo á Crespi.

—Al fin, como yo esperaba, has sido razonable;—dijo Crespi;—pero no intentes evadirte del cumplimiento de lo á que acabas de obligarte, valiéndote de uno de tus hermanos; de uno de tus parientes.

—Aun no he descendido á la infamia del robo;—respondió Corsini;—aun soy gentil-hombre.

—Bien; tú, á cobrar ese dinero; yo, á llevar su recibo á Pietro de Nápoles.

—¡Ah, traidor!—esclamó Corsini:—¿con que está en Florencia?

—Sí.

—Pues bien: hoy mismo parto de Florencia, y me voy á Milan; no quiero verle; me desesperaria; además de eso, me veria obligado á sufrir á mis acreedores, ó á pagarles; conque adios, Alfonso; me despido de tí para Milan.

—Buen viaje, mi querido Manfredo; adios.

Y aquellos dos personajes monstruosos se separaron.

XX.

Aquella tarde tuvo en su poder Pietro de Nápoles el recibo de Manfredo Corsini, de cuya autenticidad no pudo dudar.

En un trasporte de alegría arrojó su peluca, el sencillo traje que vestia como Marcelo Porta y los botes de pomada con que se pintaba, al Arno, y empezó á vestirse con el bello, aunque severo traje, que le habia dado Francesco Boutti.

—Hoy renazco,—dijo, asiendo las manos de Alfonso Crespi;—gracias, amigo mio, gracias; me habeis sacado de una tumba.

—He empezado á cumplir mi promesa;—dijo Alfonso Crespi:—cumplid vos la vuestra.

—¡Ah! confiad en lo que os he prometido; tenedlo por seguro;—contestó Pietro de Nápoles;—Lucrecia me adora, y sobre todo, sois un terrible aliado suyo contra Savonarola: ¿habeis pensado cómo podeis acometerle, envolverle, acabar de volverle loco?

—No.

—¿Os habeis olvidado de Angiolina?

—¡Ah! me pedís un inmenso sacrificio.

—No, porque Angiolina no le ama; porque Angiolina ha despertado del sueño que la inspiró; porque encontrará en ella su desesperacion, su imposible; y la ama, no lo dudeis; ese hombre, por mas que sus pasiones le aterren, es esclavo de sus pasiones; id, habladle humildemente, suplicadle, arrastráos á sus plantas; pedidle en nombre de la caridad que acuda al socorro de vuestra hija loca.

—¡Ah! no sois hombre, sois Satanás: ¿quereis acabar de enloquecer á Savonarola?

—Gobernador de Roma.

Alfonso Crespi tomó su birrete, y rápido, nervioso, sin decir una sola palabra, salió del aposento de Pietro de Nápoles, y poco despues de la hostería.

A la media hora entraba en la celda del prior de San Marcos.

Aquella noche, un hombre envuelto en un largo manto negro, entró acompañado de Crespi, en la hostería de la *Buona Vita*.

Aquel hombre era fray Girolamo Savonarola.

CAPÍTULO XIV.

La prueba del fuego.

I.

Todas las noches, durante quince dias, entró Savonarola en la hostería, y todas ellas salió desesperado.

Angiolina le rechazaba, le desconocia; peor aun, le despreciaba.

Todo atormentaba á Savonarola.

Habia vuelto á su amor, y su amor no podia tener esperanza.

Su conciencia le remordia.

Veia á Angiolina desgraciada, y no podia hacer callar á su conciencia, que le decia: —Tú eres la causa de la desgracia de Angiolina.

II.

La escomunion del Papa pesaba sobre la cabeza de Savonarola; le abrumaba, le hacia temblar.

Él no habia protestado contra el Papa, sino contra el hombre; y el Vicario de Jesucristo habia lanzado su anatema sobre el impío que, valiéndose de un sofisma, acometia en el hombre á la cabeza visible de la Iglesia.

Savonarola dudaba.

El antiguo católico latia, existia en el nuevo protestante.

Savonarola habia respetado el dogma; pero se habia atrevido á establecer, respecto al pontificado, doctrinas que no podian menos de ser consideradas como heréticas.

Sabíalo demasiado Savonarola, y solo se habia atrevido á predicar aquellas doctrinas, creyéndose predestinado, inspirado, enviado por Dios, lleno de la gracia y engrandecido por el espíritu profético.

III.

Pero una multitud de acontecimientos, una multitud de desengaños, le habian hecho vacilar en su error.

Sabia demasiado que Dios no puede consentir el crímen como un medio para llegar al bien.

Y tan corrompidos estaban aquellos tiempos, tal era el espíritu de la época, y tal la exacerbacion de los ánimos y de las pasiones, no solo en Florencia y en el resto de Toscana, sino tambien en toda la Italia, que los mismos á quienes habia levantado de su abyeccion Savonarola, en nombre de la virtud, de la dignidad y de la caridad, no encontraban otros medios de regeneracion que la sangre y el fuego.

Se estaba esperando un desenvolvimiento, una trasformacion social.

Lo antiguo combatia á muerte con lo nuevo.

Lo hemos dicho ya; se estaba en pleno Renacimiento.

IV.

Savonarola habia sentido la necesidad de un nuevo edificio, y se habia consagrado á su construccion con toda su actividad, con toda su energía, con todo su talento, con toda su alma.

Pero al ver que solo podia disponer de materiales viejos, corroidos, podridos, inamalgamables; vaciló, dudó, y se creyó abandonado por Dios.

V.

Como hemos visto, estaba envuelto en una red cuyas mallas eran demasiado fuertes para que pudiese romperlas.

Habia soñado, y al despertar del sueño se encontró perdido.

Tuvo miedo; no se atrevió á romper con sus amigos, que desnaturalizaban su idea, que la enlodaban, que la ensangrentaban.

Romper con ellos era afrontar el martirio, desprestigiarse, darse á conocer como un impostor, como un miserable; hundirse en el fango de la degradacion.

Sus sectarios habian aceptado de toda su doctrina dos solas ideas; la de libertad y la de purificacion de las costumbres.

Pero las habian comprendido á su manera; habian elegido para llegar á su realizacion un camino completamente opuesto á la conducta de paz y de caridad que Savonarola predicaba.

Sus sectarios, lo hemos dicho ya, mas lógicos que Savonarola, que-

rian la regeneracion por el único medio posible; por la destruccion de todo lo que se oponia á ella.

Lo viejo era muy fuerte, y no se podia destruir con palabras; era necesario destruirlo con el ariete.

En los primeros tiempos del cristianismo, Savonarola, dados su corazon, su instruccion y su genio, hubiera sido una grande, una bella figura.

Diez y seis siglos despues, solo habia conseguido hacerse escomulgar por el Papa, en nombre de la pureza del dogma, de la inviolabilidad y de la inalterabilidad de la Iglesia.

VI.

Entretanto no cesaban de ir y venir enviados secretos de Florencia á Roma, y de Roma á Florencia.

Todo habia cambiado para Savonarola.

Sus secuaces, escepto unos pocos, ó habian desaparecido, ó se escondian.

Parecia que todo era enemigo de Savonarola.

Agentes del duque de Milan en Cremona, Bolonia, en la misma Florencia, lo preparaban todo para un golpe de mano en favor de Pietro de Médicis contra la República.

Los arrabiatos se mostraban insolentemente hostiles, y aparecian ostensiblemente favorecidos por el gobierno de la República.

Francesco de Puglia predicaba entretanto violentamente contra Savonarola en la iglesia de Santa Crocce.

Le llamaba hereje, cismático, falso profeta, y además le escitaba continuamente á que se redujese cuanto antes á la prueba del fuego para probar la verdad de su doctrina.

Savonarola, sin embargo, juzgaba contrario á su dignidad contestar á Francesco de Puglia, y contrario á su fé el llamar á juicio á Dios por medio de la cuestion del fuego.

VII.

Por su parte, fray Domínico de Peschia desafiaba á Francesco de Puglia á una controversia pública sobre la doctrina de Savonarola, de la cual se escusaba el franciscano diciendo: —Que despues de haberse convenido en someter la prueba de la verdad de la doctrina de Savonarola al fuego, toda controversia era inútil.

Fray Domínico, escitado por su fanatismo, respondió á las escitacio

nes de fray Francesco de Puglia, publicando las tres conocidas conclusiones en que se fundaba la nueva doctrina de Savonarola, declarando que estaba pronto, prontísimo, á sostenerlas por medio de la prueba del fuego.

Ni fray Domínico ni Francesco de Puglia eran hombres capaces de retroceder.

De modo que el asunto era demasiado sério, y hasta el punto de que Savonarola no encontraba medio de evitar aquella prueba insensata.

VIII.

Francesco de Puglia, sin embargo, empezó á retroceder cuando vió tan firme en su propósito á Domínico de Peschia, y decia por todas partes que su disputa era con Savonarola; que ansiaba subir con él á la hoguera, aunque estaba seguro de arder, porque con él se abrasase Savonarola, aquel *sembrador de escándalos y de perversa doctrina*, que él quería destruir con el Maestro la heregía y el cisma, y que nada le importaba un oscuro discípulo.

Habia algo espantosamente heróico en aquel franciscano, que de tal manera estaba dispuesto á sacrificarse por la Iglesia.

Inútilmente Savonarola habia amonestado de la manera mas severa á fray Domínico para que desistiese.

IX.

Por aquellos dias los priores de la libertad, el gonfaloniero de justicia y los gonfalonieros de compañía, partidarios, aunque secretos, de Médicis, y por lo tanto enemigos de Savonarola, habian tenido una cena, en la cual, entre espumosos vinos y suculentas viandas, decidieron hacer todo lo posible para que la prueba del fuego tuviese efecto.

—Si Savonarola entra en el fuego,—decian,—se abrasará de seguro; sino entra, se desprestigiará ante sus secuaces, y tendremos ocasion de promover un tumulto contra él, en medio del cual podremos prenderle.

Entre ellos habia quien opinaba que se le debia matar, aprovechando para ello el tumulto.

Así, pues, el gobierno estaba dispuesto á usar de todos los medios contra Savonarola.

X.

La Señoría, queriendo salir cuanto antes de aquel grave negocio,

hizo escribir al notario messer Ceccone las tres conclusiones de Savonarola, invitando á que las suscribiesen aquellos que quisiesen sostenerlas por la prueba del fuego.

No hubo poder humano que bastase á evitar qne fray Domínico de Peschia firmase inmediatamente.

Faltaba, sin embargo, reducir á fray Francesco de Puglia, autor de la proposicion de la prueba del fuego.

Pero esta era una empresa demasiado difícil.

El franciscano repetia que fray Domínico no se podia comparar con Savonarola, ni en lo que valia por su talento, ni en la doctrina; que solo con él entraria en el fuego; que con fray Domínico nada tenia que ver.

Se aseguró á Francesco de Puglia que no se veria obligado á entrar en el fuego; que lo que se queria era hacer público que Savonarola temia el esperimento y abandonaba á él á uno de sus religiosos; y que dado caso que no pudiese evitarse el hecho, se encontraria medio de que no se llevase á cabo.

Esto era lo mismo que preparar una farsa.

Se alzaría el espantable cadalso relleno de materias combustibles, en torno del cual se agruparia una inmensa muchedumbre ávida de emociones; se socavaría el prestigio de Savonarola, haciéndole aparecer sacrificador, no víctima, y todo se reduciria á que el popular de Florencia se hubiese reunido para ver un cadalso que no debia funcionar, y dos comunidades de frailes en procesion: la de dominicos de San Márcos y la de franciscanos de Santa Croce.

XI.

Pero no se pudo recabar de fray Francesco de Puglia, sino que firmase una declaracion, en la que manifestaba, que estaba pronto á subir á la hoguera con fray Girolamo Savonarola, si éste queria someterse á la prueba del fuego: y que si Puglia asentia á esto, era por escitacion de los magníficos señores del gobierno de Florencia.

El franciscano tenia ya miedo, y este miedo se iba convirtiendo en terror, á medida que obstinándose fray Domínico, el asunto se hacia mas sério.

Para sostener la prueba del fuego, ofrecia á su vez á su compañero Giuliano Rondinelli, en lo cual no hacia otra cosa que imitar á Savonarola, que consentia al fin que fray Domínico sostuviese la prueba.

Rondinelli fué llamado por la Señoría, y no sin una gran resistencia firmó por fin el compromiso.

Por el convento de San Márcos, le firmó voluntariamente fray Mariano de Ughi.

XII.

Tal era la corrupcion de aquel tiempo, que el gobierno de la República no se avergonzaba de urdir una infame trama que debia producir sangre inocente y poner en peligro, por un accidente cualquiera, la salud de la República.

No faltaron, sin embargo, algunos individuos del gobierno que desaprobaron enérgicamente esta conducta de la Señoría, y entre ellos Cárlos Canigiani, que dijo con un altivo desden, que aquel asunto era una lucha de predicadores, que debia llevarse á Roma, donde se canonizan los santos; y que de ningun modo era á propósito para ser tratada en un palacio, donde era mas conveniente discurrir acerca de la guerra y del dinero.

A lo que añadia Girolamo Rucellai, otro de los individuos del Consejo:

—Me parece que con este fuego se hace una gran mercancía: lo que importa es prescindir de frailes y de arrabiatos y que se piense algo acerca de la concordia de la ciudad: si por ventura se cree con esta prueba salvar á la ciudad, hágase en el fuego, en el aire, en el agua ó en la tierra; pero atiéndase á la ciudad y no á los frailes.

Llegó la vez de hablar á Giovanni Canacci, el cual, conmovido, casi con las lágrimas en los ojos, dijo estas preciosas palabras:

—Cuando yo veo tales cosas, no sé si desear la vida ó la muerte: ciertamente que si nuestros padres, fundadores de nuestra República, hubiesen creido que podria llegarse á tratar aquí de semejantes cosas, y que habíamos de ser el vituperio de todo el mundo, se hubieran desdeñado de hacer lo que hicieron; ahora nuestra ciudad se encuentra en tal situacion, que todo es temor y desacuerdo. Por lo que yo suplico á la Señoría, libre á nuestra ciudad de tal estado, sea cualquiera la prueba que para ello fuese necesaria.

Por último, un llamado Vespucio, desaprobó gravísimamente la conducta de la Señoría, reprochándola que usaba de medios indignos, propios de gente menuda y bastarda, que solo servia para dar libre campo á las iniquidades de los malvados.

Un lenguaje de tal manera franco é inusitado, manifestaba sobradamente á qué grado de tirantez habia llegado la discusion sobre aquel asunto, y cuánto los hombres dignos se escandalizaron de la conducta de la Señoría.

XIII.

Así, pues, la prueba del fuego se habia hecho inevitable: el Papa, los arrabiatos y la Señoría lo querian de todo punto.

En cuanto á Savonarola estaba profundamente indignado contra sus adversarios, que encubrian el espíritu de partido bajo una mentida apariencia de celo religioso: estaba persuadido de que los franciscanos no tenian bastante valor para afrontar la prueba: sabia que obedecian solo á la presion de los arrabiatos.

Conocia la intriga; se sentia envuelto en ella é impotente para destruirla.

Dudaba de sí mismo: su pensamiento estaba envuelto en un caos.

Oraba buscando una gracia que creia haberle inspirado, que se habia apartado de él por sus culpas.

Todo era confusion, vacilacion, temor en Savonarola.

XIV.

Por todas estas razones, Savonarola hacia cuanto le era posible para que la prueba no tuviese lugar.

Sin embargo, la fé, la resolucion ardiente con que fray Domínico de Peschia ansiaba se efectuase la prueba, envolvia de nuevo en sus erróneas creencias, por decirlo así, en su fanatismo, á Savonarola; porque en lo íntimo de su alma creia escuchar una voz que le decia que fray Domínico no se sometia á tan terrible prueba, sino inspirado por Dios.

Segun la creencia de Savonarola, nada tenia de estraño que Dios quisiese confundir con un milagro á los arrabiatos, probando la verdad de la doctrina que él habia predicado.

El pueblo florentino habia oido alguna vez de su boca que un dia su predicacion sería confirmada por algun hecho sobrenatural.

Parecia que habia llegado el momento de que se cumpliese esta prediccion de Savonarola.

Por esto todos ansiaban presenciar la prueba.

Los mismos piañones, partidarios de Savonarola, lo deseaban mas que los arrabiatos; porque deseaban y creian, que llegando al hecho, su Maestro no podria escusarse de entrar en el fuego; y tal era la fé supersticiosa en la santidad de Savonarola, que estaban seguros de que se efectuaría el milagro.

Así las cosas, en Florencia no se hablaba de otro asunto; y Savonarola, aunque desaprobaba y combatia públicamente la prueba, recayen-

do en su fanatismo, se complacia secretamente del ardor que fray Domínico mostraba, y esperando el milagro, se felicitaba de que todo concurriera á hacer inevitable la prueba.

A todo esto se unió que uno de los dominicos llamado fray Salvestro, reveló á Savonarola que habia tenido una vision en que se le habian aparecido los ángeles tutelares de Savonarola y de fray Domínico, y le habian predicho que éste último saldria ileso de las llamas.

Savonarola tenia una gran fé en las visiones de su compañero Salvestro.

Las cosas llegaron al fin á tal punto, que todos los dominicos y todos los franciscanos se ofrecieron á entrar en el fuego.

Savonarola, obligado así, para todo, por el estado á que habian llegado las cosas, y por su propio fanatismo, escribió á la Señoría declarando que habria uno de sus religiosos, por cada uno de los franciscanos que se presentase, dispuesto á sufrir la prueba, y que estaba cierto de que si esta tenia lugar, resultaria en favor de sus secuaces.

XV.

Por aquellos dias predicó un ligero sermon en San Márcos, interrumpido continuamente por los gritos del pueblo que se ofrecia á entrar en el fuego.

En este sermon, Savonarola decia con su acostumbrada y fácil elocuencia.

«Si nuestros adversarios quieren obligarse públicamente á remitir á esta prueba la decision de nuestra causa y de la reforma de la Iglesia, yo no perderé un momento para entrar en el fuego con la certeza de salir ileso. Pero si quieren que el fuego pruebe la validez de la escomunion que se me ha fulminado, en vez de esta prueba, respondan á las razones alegadas por mí. ¿Querrán, acaso, con el fuego combatir mis profecías? Yo no obligo á nadie á creer aquello á que no esté dispuesto á creer. Yo exhorto á los hombres á vivir rectamente, y para esto solo se necesita el fuego de la caridad y el milagro de la fé: todo lo demás nada vale. Nuestros adversarios, promovedores de este conflicto, dicen que van á morir en la prueba, por lo que se confiesan homicidas de sí mismos. Nosotros en cambio, nos vemos obligados á aceptar, porque el esplendor de Dios y de la fé nos comprometen á ello. Aquellos que verdaderamente se sientan inspirados del Señor, indudablemente saldrán ilesos de la hoguera, si el esperimento tiene lugar, de lo que todavía no estoy seguro. En cuando á mí, yo me reservo para mas grande objeto, por el cual estaré siempre pronto á morir. Vendrá tiempo en que el Señor hará

ver prodigios; pero esto, ciertamente no puede estar sujeto á la voluntad de hombre alguno. Por ahora, basta con saber que mandando yo á cualquiera de los nuestros se sujete á la prueba, me espongo á la ira del pueblo si el Señor no le permite salir ileso del fuego.

XVI.

Entretanto, de hora en hora, parecia que la prueba se hacia mas necesaria.

De hora en hora el entusiasmo de fray Domínico crecia hasta el punto de persuadir á los menos supersticiosos; y el mismo Savonarola creia que Dios habia elegido á fray Domínico para esta prueba.

Los ánimos, pues, estaban escesivamente acalorados.

Piañones y arrabiatos, con distinto fin, esperaban con una ansiedad igual el dia de la prueba.

Hombres, niños y mujeres se presentaban á ofrecerse.

Parecia que el espíritu de la locura se habia apoderado de Florencia.

XVII.

De nuevo, para mayor publicidad, fué impreso y publicado el contrato con todas las firmas de las partes contendientes.

La Señoría, que tan amiga habia sido de Savonarola, mandaba de hora en hora á Roma correos con el relato exacto de cuanto acontecia. Se enviaron tambien dos cartas de dos religiosos de San Márcos en las cuales se esponian las razones por qué se habia aceptado la prueba del fuego.

El dia 15 de Setiembre fué el destinado á que se llevase á cabo la prueba.

Fray Domínico de Peschia y fray Giuliano Rondinelli eran los campeones, elegidos de comun acuerdo por ambas partes: esto es, por los dominicos y por los franciscanos.

El convento de San Márcos estaba cerrado desde el dia anterior, y los religiosos puestos en continua oracion.

En la tarde del 14 se recibió un aviso de la Señoría que señalaba para la ejecucion de la prueba el dia 16.

El motivo de tal decision no se conocia.

Así pues, algunos opinaban que la Señoría esperaba de Roma un breve del Papa prohibiendo la prueba, y que buscaba un medio de poder obrar por su propio arbitrio; espantada ya del término á que habian llegado las cosas, no habiendo pensado encontrar en los dominicos tal

decision, tal miedo en los franciscanos, los cuales buscaban un medio de escusarse de la empresa.

Al dia siguiente se deliberaba de nuevo en el palacio para modificar las condiciones ya suscritas de la prueba, y se decia:

«En el caso de que Fray Domínico arda, faltando el milagro, entiéndase desterrado fray Girolamo Savanarola en el término de tres horas del territorio florentino.»

Los franciscanos, por su parte, no dijeron ni una sola palabra acerca de poner en salvo á Savonarola.

Aquel mismo dia, Savonarola pronunciaba un breve discurso recomendando á sus secuaces calorosamente hiciesen férvidas oraciones por el buen suceso.

XVIII.

En tanto, se acercaba el 16 de Setiembre, y el breve del papa no llegaba.

La ciudad estaba impaciente por ver aquel estraordinario espectáculo que nadie podia impedir.

Todo se preparaba para la ejecucion, y ninguno esperaba llegar á su intento.

Buscaban los arrabiatos modo de matar á Savonarola; los franciscanos la manera de escapar del peligro, y el gobierno favorecia todo lo que era adverso á Savonarcla.

Por último, las dos partes contendientes decidieron ir á la plaza de la Señoría acompañadas de gente armada, para poder defenderse en caso de tumulto.

Francesco Gualterotti y Giovanni Battista Ridolfi, fueron encargados de proveer al buen órden por parte del convento de San Márcos.

El mismo encargo recibieron por parte de los franciscanos Daniello Alberti y Tommaso Antinori.

Y tanto recelaba Savonarola de la buena fé de sus enemigos los franciscanos, que la misma mañana del dia señalado para la prueba, envió á palacio á su amigo Francesco Davanzati á rogar á la Señoría que ordenase las cosas de manera, que ninguno de los campeones pudiese retroceder, dejando á su enemigo en las llamas.

Pedia pues, que el fuego se aplicase de un lado y del otro al mismo tiempo, de manera que alcanzase simultáneamente á los dos campeones.

Deseaba tambien que la prueba se llevase á cabo sin que se designase la hora de la ejecucion, para que sus religiosos conservasen su razon mas libre y clara.

XIX.

Mientras que todo se preparaba en la plaza de la Señoría, Savonarola celebró en San Marcos una misa solemne.

Despues hizo un breve discurso al pueblo reunido en la iglesia, en el cual no pudo ocultar su desconfianza.

—«Yo no puedo,—dijo,—aseguraros, si la prueba tendrá lugar, porque esto no depende de mí; solo puedo deciros que cuando se venga al hecho, la victoria será nuestra. ¡Oh Señor! nosotros no tenemos necesidad de esta prueba milagrosa para conocer la verdad; pero somos provocados, y no podemos dejar de sostener tu esplendor. Estamos seguros de que Satanás no podrá hacer que esta prueba resulte en daño de tu esplendor, ni contra tu voluntad, cuando vamos á combatir por tí; pero nuestros adversarios adoran otro Dios, porque sus obras son muy diferentes de las nuestras. ¡Oh Señor! este pueblo no desea mas que servirte. ¿Quieres tú, pueblo mio, servir á Dios?»

Todos en altas voces respondian afirmativamente.

Entonces Savonarola recomendó á los hombres permaneciesen en oracion mientras que se preparaban los religiosos para ir á la plaza de la Señoría; y mandó á las mujeres quedasen en oracion en la iglesia hasta que concluyese la prueba.

XX.

En este momento llegaron los maceros de la Señoría á anunciar que todo estaba en órden.

Inmediatamente los hermanos de San Marcos se ordenaron en procesion.

Fray Domínico estaba en medio de sus compañeros Malatesta, Sacramoro y Francesco Salviati, cubierto con una capa pluvial de terciopelo rojo flameante, y una larga cruz en la mano; iba delante de todos con la cabeza erguida y la frente serena.

En pos de él iba Savonarola, completamente vestido de blanco, con el Santísimo Sacramento en las manos; detrás de él iban todos los religiosos en número, próximamente de doscientos, cantando con voz sonora el Salmo: *Exurgat Deus et disipentur inimici ejus.*

Cerca del medio dia llegaron á la plaza, cuyas entradas estaban aseguradas y guardadas por gente armada.

Pasaron de dos en dos, y apenas se encontraron entre la multitud, esta acompañó al canto de los religiosos, de tal manera, que no parecia sino que todos tomaban por suya su causa.

La muchedumbre era innumerable; parecia que toda la ciudad se habia reunido en la plaza, en los edificios circunvecinos: estaban llenas las ventanas, los terrados, las techumbres; las verjas, las columnas, las estátuas, estaban cargadas de espectadores. Algunos estaban asidos á las escabrosidades de los muros, y como colgados de ellos; y de tal manera aguantaban desde por la mañana.

La Loggia ó edificio de Lauzi tenia á la puerta un tablado dividido en dos partes: en la opuesta al palacio estaban los franciscanos; en la otra, en medio de la cual habia un pequeño altar, los dominicos.

Puesto por Savonarola el Santísimo Sacramento sobre el altar, fray Domínico se arrodilló delante de él, y se abstrajo en una profunda oracion: en derredor suyo estaban silenciosos sus compañeros.

Delante de la Loggia habia una guardia de trescientos infantes, á las órdenes de Marcucio Salviati; gente brava y amiga, como su capitan, del convento de San Marcos.

Pero debajo del techo de los Pisanos habia quinientos hombres de los llamados Compagnacci, mandados por Adolfo Spini; y otros quinientos infantes de la Señoría, mandados por Giovachino de la Vecchia, formaban delante del palacio; además otro gran número de soldados guardaban las entradas de las calles que desembocaban en la plaza.

Esta gente armada, dueña así de la plaza, estaba preparada contra Savonarola, á escepcion de los trescientos hombres de Salviati, prontos á su defensa.

Savonarola se mostraba sereno y miraba el cadalso que cubria la hoguera, situado en el centro de la plaza.

Aquel cadalso media cuarenta brazas de longitud, cinco de anchura y dos y media de altura. Bajo él se hacinaban maderos, á los que se interponian materias resinosas, dejando en medio un pasaje libre para los dos campeones, de la anchura de una braza.

No faltaba mas sino que penetrasen en aquel pasaje fray Domínico de Peschia y fray Giuliano Rondinelli, y se prendiese fuego á la hoguera.

Hasta entonces, Savonarola habia contemporizado é intentado que la prueba no se llevase á cabo.

Por el contrario los franciscanos la habian solicitado con repetidas provocaciones; pero delante de la hoguera se trocaron los ánimos.

Savonarola, escitado por la espectativa de la multitud, por el solemne cántico de sus religiosos, por el entusiasmo verdaderamente sublime de fray Domínico, que despues de haber orado fervorosamente, estaba impaciente por lanzarse á la hoguera, y por el vértigo de su propio entusiasmo supersticioso, se persuadia cada vez mas de que el Señor auxiliaba á su discípulo.

Así pues, deseaba remover todo obstáculo.

XXI.

Pero ni Francesco de Puglia, que habia provocado la prueba, ni Giuliano Rondinelli, que debia sostenerla, habian aparecido en la Loggia; permaneciendo entretanto en conversacion secreta con la Señoría.

Y los señores, en vez de presentarse para asistir á un acto tan solemne, y que debia tener lugar inmediatamente, discutian sin cesar acerca de ello. Parecia que no sabian, aun en aquella situacion estrema, por qué decidirse.

Y á tanto llegó la impudencia, que no habiéndose presentado á sostener la prueba Giuliano Rondinelli, la Señoría mandó preguntar á Savonarola por qué no se daba principio al acto.

Al oir esto, fray Domínico se enfurecia, y Savonarola respondia que no era ya tiempo de dilaciones; que apareciese Rondinelli y que no se diese lugar á una irritacion del pueblo.

XXII.

Entonces los franciscanos, llamándose engañados, empezaron á alegar mil protestas. Primero, por medio de Pietro de Alberti, enemigo capital de Savonarola, hicieron decir que la capa pluvial roja de fray Domínico podia estar encantada por Savonarola; por lo cual pedian se despojase de ella.

Savonarola respondió que se habia escrito un contrato para que no surgiesen dificultades.

Pero fué tal la insistencia de los franciscanos, que fray Domínico se despojó de la capa.

Entonces los franciscanos interpusieron otra pretension: — Decian, que aun así, el hábito de fray Domínico podia estar encantado. — Éste cedió tambien, y respondió que estaba pronto á cambiarlo por el hábito de cualquiera de sus compañeros.

Con arreglo á esto, fray Domínico entró en el palacio, se desnudó, y vistió el hábito de su compañero Alejandro Strozzi.

Vuelto á la plaza, quisieron impedirle estuviese junto á Savonarola, por temor de que éste no volviese á encantarle.

Fray Domínico se prestó á colocarse en medio de los franciscanos.

Su exajerado fanatismo le hacia desear someterse cuanto antes á la prueba.

Apesar de haberse prestado á todo Domínico de Peschia, su contendiente Rondinelli permanecia dentro del palacio, al lado de la Señoría, con Francesco de Puglia.

Savonarola habia acabado ya de impacientarse, y lo que mas le causaba recelo, era el contínuo conversar de ciertos ciudadanos con sus contrarios, que en todo lo que habian deseado habian sido favorecidos.

Aquellos mismos que habian propuesto la prueba, se escusaban cuanto podian.

Por último, para poner fin á tal incertidumbre, Savonarola envió una solicitud á la Señoría.

Entonces los dos franciscanos pidieron tener, y lo obtuvieron, otra secreta conversacion con los Señores.

Nada se supo acerca de estas conversaciones secretas; pero Savonarola no pudo tener duda de que la Señoría era completamente enemiga suya, y que la prueba del fuego no habia sido otra cosa que una hábil trama, urdida contra él.

Ya se empezaba á escuchar el rugido sordo y amenazador de la impaciente muchedumbre, que desde tan temprano se habia reunido en la plaza.

La mayor parte de aquella multitud estaba en ayunas, y casi furiosa por el hambre y por tanta y tanta espera.

Muy pronto aquel sordo rugido se convirtió en múltiples, en terribles gritos sediciosos, y los arrabiatos que esperaban aquel momento, intencionalmente provocado, se apresuraron á aprovecharle.

Se lanzaron con las espadas desnudas entre la multitud, y en un momento, el tumulto no respetó ya límites.

Estando cerradas las calles que desembocaban en la plaza, la multitud se encontró encerrada, oprimida, sin medios de ponerse en salvo.

Los arrabiatos, rompiendo por entre el gentío, adelantaban hácia los dominicos, pretendiendo, con arreglo á lo convenido, apoderarse de Savonarola y matarle.

Pero Salviati avanzó con su gente; rodeó á los dominicos, y haciendo una señal en tierra con la punta de su espada, esclamó:

—Aquel que pasare esta línea, verá lo que pueden hacer las armas de Marcuccio Salviati.

A esta brava declaracion de Salviati, los arrabiatos retrocedieron.

Al mismo tiempo acontecia que los soldados de la Señoría, no sabiendo por qué se habia levantado aquel tumulto, y viendo correr á la gente hácia el palacio, la rechazaron bravamente.

XXIII.

Se restableció al fin la calma.

La multitud, sin embargo, se mostraba mas y mas ávida de presenciar la prueba.

La tarde avanzaba; el sol se ponia.

Negras nubes empezaban á cruzar sobre la plaza.

La Señoría se mostraba tan indecisa como al principio.

De improviso el nublado se condensó; oscureció el crepúsculo; anchas gotas cayeron sobre la multitud; lució el relámpago; retumbó el trueno y súbitamente se desprendió un furioso aguacero.

Apesar de esto, que hacia imposible la prueba, tan ávida estaba la multitud de presenciar el prometido espectáculo, que permaneció inmóvil, esperando que la lluvia que habia sobrevenido de improviso, cesase de la misma manera.

Todo pues, se mantenia en la misma incertidumbre que antes.

Aun no aparecia el franciscano Giuliano Rondinelli.

Los franciscanos opusieron nuevos pretestos. Pidieron que fray Domínico dejase el crucifijo que tenia en las manos; él lo dejó, diciendo que queria entrar en el fuego con el Santísimo Sacramento.

De esto sobrevino una nueva disputa.

Los franciscanos decian que fray Domínico queria quemar la hostia consagrada.

Fray Domínico acabó de perder la paciencia y sostuvo, en union con Savonarola, que en todo caso solo seria quemado el accidente; esto es, la materia; quedando intacta la sustancia del Sacramento.

Y pasando á teológica la disputa, citaban la autoridad de muchos doctores.

El aguacero continuaba desplomándose.

Los franciscanos, viendo que al fin encontraban resistencia, asieron la ocasion por los cabellos y se metieron en una intrincada disputa con el solo objeto de ganar tiempo.

Y aprovechándose de la disputa y de que la lluvia no cesaba, la Señoría mandó que la prueba del fuego no tuviese lugar.

XXIV.

Indescribible es la indignacion de que dió tumultuosas pruebas el pueblo, y no sabiendo á quién hacer cargo de lo que acontecia, la multitud se volvia contra Savonarola, acusándole de todo.

Los mismos piañones, sus amigos, volviéndole la espalda, decian que en todo caso él debia haber entrado solo en el fuego, para demostrar su poder sobrenatural.

Savonarola estaba preso en la red que tan hábilmente se le habia tendido.

Estaba desprestigiado: sus mismos amigos le apellidaban embaucador y embustero.

Su fanática supersticion mataba á Savonarola.

Habia hecho exageradamente supersticiosos á sus secuaces, que ya lo eran bastante por sí mismos, con sus pronósticos y sus predicciones, con haberse creido y declarado profeta, enviado de Dios, iluminado de una manera singular por la gracia.

XXV.

Así toda la ciudad voceaba hostilmente contra Savonarola y contra San Márcos.

Costó gran trabajo al valiente Marcucio Salviati poner en salvo á los dominicos en su convento, rodeando con un puñado de los suyos á Savonarola y á fray Domínico, y abriéndose paso, espada en mano, por entre la irritada muchedumbre que forzaba los improperios contra Savonarola.

XXVI.

Entrando al fin en la Iglesia de San Márcos, Savonarola encontró allí á las mujeres que estaban todavía en oracion.

Subió al púlpito, y refirió brevemente todo lo acaecido, mientras que en la próxima plaza resonaban los furiosos gritos de la muchedumbre.

Despedido el auditorio, subió á su celda, y se encerró en ella con su desaliento, con su dolor, con su desesperacion.

Tal fué el ridículo resultado que tuvo aquella intentada prueba del fuego, que no fué otra cosa que el prólogo de la sangrienta catástrofe que referiremos mas adelante (1).

---

(1) La mayor parte de este capítulo, es, casi á letra, histórico.

CAPÍTULO XV.

De cómo Lucrecia sabia valerse tambien de lo sobrenatural.

I.

Savonarola habia dejado de ser el tremendo reformador: habia sido roto, inutilizado; no se conocia á sí mismo.

Oraba arrodillado en su celda, y le parecia su oracion estéril, ineficaz, perdida sin un eco en los abismos de la nada.

Buscaba el éxtasis en que con tanta facilidad recaia antes, y no le encontraba.

Sentia ó creia sentir el vacío que habia dejado en su alma el espíritu profético de que se habia creido poseedor.

Desconfiaba de todo, empezando por desconfiar de sí mismo.

Lanzaba su pensamiento á lo porvenir, y su pensamiento se perdia en un caos, en medio del cual subian, bajaban, se cruzaban dos mujeres. La una loca, la otra pálida como una desenterrada.

Procuraba no ver á aquellas dos mujeres, y las veia mas distintamente, mas terribles, mas amenazadoras.

II.

En la una veia á Angiolina: en la otra á Lucrecia.

Angiolina habia contraido una locura tranquila que la dominaba por intérvalos, y que no cesaba sino para que su alma volviese á hundirse iluminada por la razon en un padecimiento insoportable.

Alfonso Crespi habia cumplido rígidamente lo que habia prometido á Lucrecia por medio de Pietro de Nápoles.

Se habia humillado ante Savonarola; habia sabido llorar; le habia

pedido en nombre de la caridad viese á su hija y la prestase el auxilio de su sobrenatural poder.

Angiolina moria de angustia.

Savonarola fué una y otra noche.

Le llevó la primera la caridad, y las restantes un empeño de la vanidad y del corazon á un tiempo.

Angiolina le habia rechazado, y ni aun le habia hecho el honor de apostrofarle ni aun de hacerle oir la mas leve queja.

III.

Una noche, tres dias antes de las escenas que tuvieron lugar en la plaza de la Señoría, por la intentada prueba del fuego, al pasar Savonarola, acompañado de Alfonso Crespi, por la calle del Cocomero, en direccion al convento de San Márcos, Alfonso Crespi se detuvo de repente.

—¿No veis?—dijo con la voz trémula y cobarde,—¡un alma en pena!

Y dió á correr como impulsado por el terror.

Savonarola quedó solo.

Hácia él avanzaba una forma blanca que no producia al andar ruido alguno.

Savonarola, que aun se creia dotado de un poder sobrenatural, no se aterró.

Estaba acostumbrado á las visiones que le representaba su exaltada y enferma fantasía, y creyó tener una nueva vision.

—¿Quién te envia?—dijo con voz tranquila Savonarola, cuando la sombra estuvo á poca distancia de él.

—Dios,—contestó la sombra con voz opaca y cavernosa.

—Habla,—dijo Savonarola,—héme dispuesto á obedecer.

—Sígueme,—dijo la sombra volviéndose y emprendiendo rápidamente y sin ruido, un camino contrario á su direccion anterior.

Savonarola siguió á la sombra.

IV.

Hacia luna; pero su luz era opaca, pálida, verdosa.

Era muy tarde; mas de las tres de la madrugada.

Las calles estaban completamente desiertas.

Los florentinos dormian profundamente.

Todas las ventanas estaban cerradas.

Todo era silencio y reposo.

Al llegar á la calle del Ciliegio, la sombra se entró por ella, la re-

corrió, llegó á la de Servi, desembocó por ella á la plaza de la Anunziata, la atravesó, y llegando á la iglesia del mismo nombre, se aventuró por la via de San Sebastiano, deslizándose junto al costado de la iglesia.

Savonarola la seguia siempre.

La sombra entró por el postigo de un muro unido á la iglesia, y que parecia se habia abierto por sí mismo al llegar á él.

Savonarola reconoció la cerca del cementerio del convento de la Anunziata, y entró sin vacilar.

El postigo se cerró tras él.

La sombra que hasta allí le habia llevado, habia desaparecido.

V.

Aquel cementerio era menos pintoresco que el de Santa Croce.

En vez de tilos tenia cipreces: acá y allá altas y faustosas tumbas de magnates, que habian llevado su soberbia dentro del cláustro, constituian una especie de laberinto, en el cual se marchaba sobre modestas tumbas de tierra.

Todo era allí sombrío y triste.

Savonarola, sin embargo, no sentia miedo.

Se creia llevado allí por Dios para recibir una revelacion en medio de la muerte.

De improviso, al volver un ángulo de un magnífico sarcófago, adelantó hácia él otra sombra blanca; pero con una blancura que lanzaba destellos brillantes.

Consistian estos destellos en que las vestiduras de la sombra eran de brocado blanco, y en que esta sombra, que representaba una mujer hermosísima, tenia sobre sí alhajas enriquecidas con pedrería.

Pero en aquel traje blanco, sobre el pecho de la mujer que la sombra representaba, se veian estensas manchas de sangre.

Savonarola dió un grito, y retrocedió.

Habia reconocido á Lucrecia Borgia.

Su semblante aparecia tan blanco como el de un cadáver.

—¡No he sido yo, no he sido yo!—dijo Savonarola juntando las manos y doblegándose, tomando por una aparicion á Lucrecia;—¡han sido ellos, los piañones, Francesco Valori; yo no quiero sangre; sobre mi conciencia no ha caido, no puede caer ni una sola gota de sangre!

—¡Ambicioso!—dijo Lucrecia adelantando hácia él.

—No, yo no soy ambicioso; yo no hago otra cosa que defender la causa del Señor; si yo fuera ambicioso, Florencia me obedeceria.

—¿Y quién es el dueño, el árbitro en Florencia?—dijo Lucrecia.

Lámina 14.— Savonarola dió un grito y retrocedió.

—Florencia se gobierna á sí misma,—contestó Savonarola:—ella elige sus magistrados; ella los depone.

—Bajo tu influencia; siempre bajo tu influencia.

—No, bajo la influencia del Señor: yo les he hablado siempre inspirado por el Señor.

—¡Soberbio!—esclamó profundamente Lucrecia.

—No, soberbio, no; yo soy el último de los siervos del Señor.

—¡El último, y te crees lleno del espíritu profético; te crees un enviado de Dios, y no eres otra cosa que un poseido de Satanás!

—¡Yo!—esclamó Savonarola, sintiendo correr un frio glacial de los piés á la cabeza.

—Sí, el espíritu de Dios no puede producir obras de iniquidad: ¿me conoces? yo soy Lucrecia Borgia: yo velaba, cuando de repente, hombres tuyos, hechuras tuyas, me arrancaron lo que solo puede arrancar sin crímen Dios, la vida. Aquellos hombres se aterraron de su crímen, temieron la justicia de los hombres; insultaron mi cadáver, despojándole de sus vestiduras; me arrojaron al Arno, y quemaron mis ropas: héme aquí, sin embargo, Girolamo; hé aquí mis ropas manchadas con mi sangre: hé aquí á una desventurada muerta sin confesion, condenada, que vaga en pena entre las tumbas, sin esperanza, sin redencion.

—Yo rogaré al Señor...

—Solo un réprobo puede rogar por un condenado, y Dios no oye la oracion de los réprobos: solo la oye Satanás, y Satanás solo concede la condenacion.

—¿Con que es decir, que yo tambien he sido sentenciado?—dijo con terror Savonarola.

—¿Y tú eres cristiano? ¿y tú eres católico, y dudas de tu condenacion, cuando pesa sobre tu cabeza maldita la escomunion del vicario de Jesucristo?

—¡Ah! esa escomunion no es válida:—esclamó Savonarola, viniendo á recaer en la doctrina que habia producido la escomunion.

—¡Insensato, que aun con la muerte disputas, arrastrado por tu vanidad, oye lo que Dios quiere que yo te revele, buscando tu arrepentimiento! retráctate, humilláte ante los piés del Soberano Pontífice; escucha su voz paternal; cumple la penitencia que te imponga, y solo de este modo podrás ser perdonado: pero si insistes en tu perversa heregía; si te obstinas en tu rebeldía contra la cabeza visible de la Iglesia, y por lo tanto, en tu rebeldía contra Dios, serás condenado.

—¡No; yo no puedo ser condenado por defender la verdad!—esclamó Savonarola.—No es Dios quien te envia, sombra maldita, es Satanás, que me acecha, que me hace sufrir la tentacion del terror. ¡No,

no; yo no puedo ser condenado por obedecer al Señor que ha echado sobre mis débiles hombros el inmenso peso de una grande obra!

—¡Condenado!—dijo Lucrecia.—Acabas de agotar la misericordia divina; ya no hay redencion para tí, como para mí no la ha habido: ven conmigo.

La ofuscada mente de Savonarola le hizo creer que Lucrecia crecia, que se dilataba, que estendia hácia él una mano crispada y árida.

El silencio, la soledad, la verdosa luz de la luna, lo lúgubre y pavoroso del sitio, el frio viento de la madrugada, que zumbaba largo y ténue entre las tumbas, asemejándose á un suspiro sobrenatural; todo influyó de tal manera en la imaginacion febril de Savonarola, que, creyéndose cogido por el demonio, dió un grito, vaciló, y cayó en tierra sin sentido.

VI.

En aquel momento apareció detrás de una tumba la sombra blanca que habia llevado hasta allí á Savonarola, y la luz de la luna reflejó en un puñal que tenia en la mano.

Se acercó decididamente á Savonarola.

—No, Pietro, no,—dijo Lucrecia;—¿qué se conseguiria con matarle? Habriamos hecho un mártir. ¿Crees tú que si con matarle bastara existiria ya? No: lo que se necesita sobre todo es que se retracte, que acabe el escándalo de una protesta audaz con el arrepentimiento de quien se ha atrevido á hacerla. ¡Ah! Me he valido de la ficcion de lo sobrenatural contra un loco que cree en las visiones y en los aparecidos. Retirémonos, Pietro; retirémonos; cuando vuelva en sí, al verse en este lugar, acabará de aterrarse, creerá que Dios le ha hablado por medio de un alma condenada, y habremos conseguido nuestro objeto: en todo caso, siempre nos queda la prueba del fuego. Vamos: puede volver en sí, y no es prudente que nos vea.

Lucrecia se asió del brazo de Pietro de Nápoles, y se alejó con él entre las tumbas hácia el postigo del cementerio.

Cerca de él, Pietro de Nápoles se despojó del sudario que le cubria, le hizo un rollo y se le puso debajo del brazo.

Luego, de junto al muro tomó su espada, se la ciñó, se puso un birrete y un manto, que allí estaban, y dió otro gran manto á Lucrecia, que se envolvió en él.

Despues salieron del cementerio, dejando abierto el postigo.

VII.

La fascinacion, el terror de Savonarola habian sido tales, que no volvió en sí hasta una hora despues de su desmayo.

Se incorporó; se puso trabajosamente de pié, y se encontró solo en medio de las tumbas, apoyado en una de ellas.

La luna continuaba brillando pálida y triste.

El viento de la mañana se habia hecho demasiado frio, y atemperó los escitados nérvios de Savonarola.

—¡No ha sido un sueño, no,—dijo;—esta no es mi celda; es el cementerio de la Anunziata! ¡Ella estaba ahí, delante de mí, lívida, ensangrentada, con su terrible hermosura: sí, era ella, ella, la mujer maldita, el alma condenada! ¡Oh, es verdad; mis secuaces no comprenden mi palabra; son sanguinarios, feroces, egoistas! ¡Oh, yo he debido separarme de ellos; ellos no comprenden la caridad, ellos prentenden hacerlo todo por la espada; sus crímenes caen sobre mi cabeza! ¡Oh, Señor, Dios mio, tú sabes que yo aborrezco la sangre!..

Savonarola se detuvo de repente.

Un recuerdo, terrible para él, vino á contradecirle.

Se acordó del duque de Gandía, del momento en que en la torrecilla de los Tres Ahorcados se lanzó entre él y Angiolina sediento de sangre: llevaba un puñal.

¿Para qué llevaba el apóstol de mansedumbre y de caridad un puñal bajo su hábito?

—¡Oh, Señor!—esclamó Savonarola dominado por aquel recuerdo;—yo he delirado, ¡yo he pecado; yo deliro, yo peco aun; yo, que no debia tener mas amor que el tuyo, tengo dentro del alma el amor impuro de una mujer; y tú me abandonas, Señor, y tu mano se levanta sobre mi cabeza; tú me dejas ver, no la vision gloriosa, sino la vision maldita! ¡Ah! ¿Y por qué dura aun en mí este amor de la tierra, este amor candente, este amor impuro, que me convierte en lodo? ¿Por qué me abandonas, Señor? ¿Por qué me condenas? Dáme fuerzas para luchar, concédeme la fortaleza que necesito... yo agonizo, yo muero; mi cabeza es un caos... los Borgias, Angiolina, los arrabiatos, los piañones; el crímen, la impureza, las pasiones desenfrenadas... ¡Oh, yo estoy loco, Señor; yo estoy desnudo de tí; tu espíritu no ilumina mi espíritu: todo es para mí tinieblas; el águila se ha convertido en un inmundo reptil ciego, que se arrastra sobre la tierra! ¡Oh, el pecado se ha apoderado de mí; yo estoy perdido!

VIII.

Savonarola lanzó una carcajada de loco.

El cementerio devolvió de una manera horrible el eco de aquella carcajada.

—¡Ah!—esclamó Savonarola.—¡Os burlais de mí! ¡Me escarneceis vosotros, los que habeis descendido á la fosa cargados de miseria, de impureza, de locura, de pecado! ¡Ah, tú, Laurencio de Médicis, el que yo no quise absolver; tú, el miserable tirano; tú, corazon podrido; tú, infame, te burlas de mí, defendido por tu ostentada tumba de mármol! ¡Ah, Genaro Albizi, ladron incestuoso, sacrílego, que circundabas tu cabeza maldita con una corona ducal; tú tambien condenado, tú tambien tienes contra mí una carcajada impía! Os engañais, sombras inícuas; yo soy la verdad, yo combato valientemente por la fé; Dios no puede abandonarme: vuestra risa es una tentacion miserable. Lucrecia, esa sombra digna de vivir con vosotros, es una venganza que se levanta contra mí inútilmente... Yo no he sido, han sido ellos; yo no los he predicado el esterminio, ¿Por qué, si esterminan, su pecado ha de caer sobre mi cabeza?

IX.

En aquel momento Savonarola se aterró, ó por mejor decir, llegó al colmo de su terror.

Habia visto entre las tumbas una sombra negra, que adelantaba hácia él.

Por aquella vez no se desmayó, sino que se volvió, dió á correr, flanqueó el postigo y se encontró en la via de San Sebastiano.

Luego, á gran paso, atravesó la plaza de la Anunziata, la calle de Servi y se lanzó en la del Cocomero.

Poco despues entró en el convento de San Márcos por el postigo que ya conocemos.

X.

Entre tanto, la sombra negra adelantaba por entre las tumbas del cementerio de la Anunziata.

—Juraria,—dijo, dejando ver por lo cascado de su voz que era ya anciano,—haber oido voces; un mal sueño, sin duda; todo está en calma; nada se vé; sí, sin duda un mal sueño: registremos, sin embargo; por algo somos guardian del cementerio.

Y continuó su marcha, y llegó al postigo.

Cuando le encontró abierto lanzó una esclamacion de temerosa sorpresa, se retiró á la carrera hácia la parte del edificio que daba sobre el cementerio, y poco despues se oia el toque desigual y apresurado de un esquilon.

Al cabo de algun tiempo, algunos religiosos estaban en el cementerio.

Se hizo un escrupuloso registro, y nada se encontró. Nadie pudo esplicarse por qué estaba abierto el postigo, y se atribuyó todo á un sonambulismo del hermano Caralampio, guardian de las tumbas.

Se aseguró por dentro el postigo, y todos se retiraron.

Nadie pudo ni aun sospechar que allí habian estado Lucrecia Borgia, Pietro de Nápoles y Savonarola.

CAPITULO XVI.

Asalto del convento de San Márcos.

I.

En tal predisposicion de ánimo habia encontrado la prueba del fuego á Savonarola, desconfiado de sí mismo, creyéndose abandonado por Dios.

Despues, cuando no pudo dudar de que se le habia tendido un lazo, en el cual habia sido envuelto, y que Dios habia permitido el triunfo de sus enemigos, se aterró.

Los franciscanos predicaban orgullosos contra Savonarola en todos los púlpitos, y recargaban sobre él, volviendo en contra suya la opinion del pueblo.

La Señoría se le mostraba desembozadamente hostil.

Los arrabiatos amenazaban con entrar á sangre y fuego al convento de San Márcos, y los piañones se apartaban á cientos de Savonarola, y los que permanecian fieles se mostraban tibios y descorazonados.

Decididamente triunfaban los Borgias.

II.

El 17 de Setiembre, esto es, el dia siguiente al de la frustrada prueba del fuego, el capitan Marcecucio Salviati, uno de los mas calorosos amigos de Savonarola, se fué á ver á Adrianeta Cambi, mientras messer Ceccone estaba en el palacio en conciliábulo con la Señoría.

Adrianeta le habia llamado.

—Mi querido amigo, —le dijo, —os tuestan vuestro fraile: la cosa está decidida; el pueblo de Florencia se habia consentido á presenciar un milagro, y no quiere quedarse sin él: de manera, que si vuestro Savo-

narola se niega á entrar en la hoguera, le echarán en ella atado de piés y manos: messer Ceccone, que no tiene secretos para mí, me lo ha dicho todo; de modo, que si el padre Savonarola no tiene confianza en que Dios le saque de la hoguera, tan sin daño como si hubiera entrado en este aposento, que no pierda un instante, que se escape disfrazado y se vaya á Francia con su rey Cárlos VIII; ¿entendeis? yo os he avisado de lo que sé; no quiero que me digais mañana que amandoos no os he anunciado el peligro en que se encuentra un grande amigo vuestro; no quiero que tengais ni el mas leve motivo de disgustaros conmigo.

III.

Salviati no perdió ni un solo momento.

Se separó de Adrianeta, y se fué en derechura al convento de San Márcos, y avisó de todo á Savonarola.

Este se mantuvo inflexible.

—No me condenaré, —dijo, —declarándome falsario y miserable con una fuga vergonzosa; mis enemigos triunfan; adelantan hácia mí como el tigre, sedientos de sangre; Dios lo quiere, que se cumpla su voluntad.

IV.

Salviati desesperado, fué á buscar á Francesco Valori y á Francesco Davanzati.

Entretanto, la prueba del fuego, ó mas bien, la trama urdida contra Savonarola, por los arrabietos y por el gobierno de la República, producia sus efectos precisos.

La ciudad entera era hostil á Savonarola y á su convento.

El pueblo bajo no podia perdonarle el que no hubiese entrado en el fuego, aunque el franciscano Rondinelli se hubiese negado á entrar, para hacer callar con un milagro á sus enemigos.

Los piañones, que no sabian apreciar los argumentos que Savonarola habia empleado contra la prueba del fuego, por la primera vez empezaban á dudar del poder sobrenatural de Savonarola, en el cual, hasta entonces, habian creido ciegamente y prestaban fácil oido á todo lo que contra Savonarola se decia.

Los arrabiatos se agitaban con una actividad increible y estaban en contínuo conciliábulo con la Señoría y con los canónigos de la catedral.

Se comprendia claramente que preparaban un nuevo y decisivo golpe.

Al mismo tiempo los amigos de Savonarola, que hubieran podido

contrarestar á sus enemigos, se encontraban demasiado débiles en número y fuerzas.

Por todas partes se les insultaba llamándoles hipócritas y bribones, y no podian andar sin peligro por las calles de Florencia.

V.

En tal estado las cosas, algunos del partido popular, que sentian la aproximacion de una gran tempestad, se reunian, y proponian como único medio para conjurarla, apelar á las armas y ganar una ventaja sobre sus enemigos, acometiéndolos de improviso.

Los mejores amigos de Savonarola, y particularmente Francesco Valori, se opusieron con energía á tal determinacion.

Decian que ellos no debian ser los primeros en mancharse las manos con sangre popular.

Muchos, habiendo triunfado esta opinion, quedaron ofendidos é indignados, hasta el punto que uno de ellos, Lucas de Albici, que habia opinado calorosamente, porque se recurriese á las armas, salió de Florencia diciendo:

—Cuando no se quiere venir á los hechos, todos tienen el derecho de ponerse en salvo.

VI.

La mañana del 18 de Setiembre pasó tranquila; pero un ojo esperimentado hubiera visto que aquella era la calma que precede á las grandes tormentas.

VII.

Savonarola predicó en San Márcos un triste y breve sermon, en el cual ofrecia su persona en sacrificio á Dios, y declaraba que estaba pronto á sufrir la muerte por la salud de su grey.

Al bendecir al pueblo, parecia como que sabia que le hablaba por la última vez.

A la hora de vísperas, los piañones, que estaban en la iglesia de San Márcos, salieron del templo y se dirigieron á la catedral, para oir el sermon de fray Mariano de Ughi, uno de los dominicos de San Márcos, que con Domínico de Peschia y Malatesta Sacramoro, se habian ofrecido á la prueba del fuego.

En el camino, los piañones fueron acometidos y apedreados por grupos de arrabiatos, que llenos de audacia parecian decirles:

—Finalmente, aquí estamos.

Entre tanto era apedreada la casa de Andrea Cambini, públicamente conocido como secuaz de Savonarola.

En la catedral estaban ya ocupados los escaños por mucha gente.

Delante de la puerta, gran número de arrabiatos reunidos insultaban á todo el que entraba, y decian que el sermon no tendria lugar.

Replicaban los piañones que habria sermon.

Y creciendo la disputa, y agriándose de una palabra en otra, los arrabiatos tiraron de las espadas, acometieron al piañon Lando Sassolini, y aunque no le hirieron, bastó aquella agresion para conmover toda la ciudad.

VIII.

Los piañones corrieron á sus casas y se armaron.

Los arrabiatos se apoderaron de las bocas calles: gran número de ellos corria hácia San Márcos gritando:

—¡A San Márcos! ¡á San Márcos con el fuego!

IX.

Se reunieron en la plaza de la Señoría, y cuando se encontraron en bastante número, marcharon sobre San Márcos con las armas en la mano lanzando gritos desesperados.

En la plaza de la Anunziata encontraron al dominino Pecori, que cantando salmos se encaminaba tranquilamente á aquella iglesia y se arrojaron furiosos sobre él diciendo:

—¿Todavía murmura el hipócrita?

Y en la escalinata de los Inocentes, donde le alcanzaron, le hicieron pedazos.

Un pobre artesano que habia salido á la calle al ruido, con la herramienta de su oficio en la mano, queriendo poner paz, fué muerto de una cuchillada en la cabeza.

Escitados ya por la sangre, los arrabiatos llegaron á la plaza de San Márcos.

Encontraron la iglesia llena aun de la gente que habia asistido á las vísperas, y que continuaba en oracion.

Arrojaron dentro una furiosa granizada de piedras, que produjo un espanto general.

Gritaron horrorosamente las mujeres, y todos los que estaban en la iglesia se entregaron á la fuga.

En un momento quedó la iglesia vacía, y sus puertas y las del convento cerradas y barreadas.

No quedaron dentro mas que algunos ciudadanos prontos á la defensa;

apenas llegaban al número de treinta; pero eran de los mas ardientes amigos de Savonarola, que siempre le habian acompañado durante su predicacion, dispuestos á perder por él la vida.

Estaban desde mucho antes avisados del peligro que corria el convento, y por las noches nunca faltaban ocho ó diez á dar la guardia á San Márcos.

Instigados por fray Salvestro, por fray Francesco de Médicis y por fray Domínico, sin que lo supiese Savonarola, habian metido secretamente en el convento algunas armas, y las habian ocultado en un cuartito del cláustro.

Eran estas armas: doce corazas, otros tantos capacetes, diez y ocho partesanas, cinco ó seis ballestas, rodelas y cinco ó seis arcabuces.

Habia además un barril de pólvora, otro de balas de plomo y dos pequeñas bombardas.

X.

Francesco Davanzati, que habia procurado casi todas estas armas, y que se encontraba en el convento, las repartió entre aquellos que mejor sabian manejarlas.

Él, en union con Baldo Inghirlami, se encargó de dirigir la defensa, y puso guardia en los lugares mas débiles, dando las órdenes oportunas.

Diez y seis frailes, de los cuales, los principales eran fray Lúcas de Andrea de la Robbia y fray Benedetto, tomaron las armas.

Era una cosa singular ver á aquellos religiosos con el casco en la cabeza, la coraza sobre los hábitos dominicos, y una larga partesana en la mano, corriendo por el cláustro al grito de ¡viva Cristo!

Savonarola al ver esto, dolorido y triste, rogó á todos que depusiesen las armas y que no quisiesen mancharse las manos en sangre; les recordaba el precepto del Evangelio, que les imponia el deber de obedecer á su superior.

Pero todo era en vano; porque en aquel momento se levantaban con mas fuerzas los rabiosos gritos que partian de la plaza, y las puertas de la iglesia y del convento eran asaltadas con furor.

Entonces Savonarola quiso evitar una dolorosa efusion de sangre con su propio sacrificio.

Revistióse la capa pluvial, tomó una cruz en las manos, y dijo á sus compañeros:

—Dejadme ir, ya que por mí *orta est hac tempestas* (1).

(1) Ya que por mí se ha levantado esta tempestad.

Y pretendia entregarse á sus enemigos.

Las esclamaciones y las muestras de dolor fueron generales; religiosos y seglares se estrecharon en torno de Savonarola esclamando:

—¡No nos abandoneis! ¡os harán pedazos! ¿y qué será de nosotros sin vos?

Cuando vió que sus mas leales amigos impedian su determinacion, mandó á todos que le siguiesen, y habiendo hecho con el Santísimo Sacramento en las manos, una procesion alrededor del cláustro, los condujo al coro, donde les dijo que la oracion debia ser la única arma de los religiosos.

Todos se pusieron en oracion delante del Santísimo Sacramento y cantaron el salmo: *Salvum fac populum tuum, Domine* (1).

Algunos habian dejado contra las paredes sus armas; otros las conservaban; muy pocos habian quedado de guardia en los puntos mas importantes.

XI.

Era la caida de la tarde.

La multitud se multiplicaba en la plaza, y el no encontrar resistencia acrecia la audacia de los enemigos, en ayuda de los cuales la Señoría, ya abiertamente contraria á Savonarola, enviaba su propia guardia.

Al mismo tiempo entraban en la plaza algunos maceros que pregonaban á grandes voces un bando de la Señoría, en el que se ordenaba á todos los que estaban en el convento deponer inmediatamente las armas, y se declaraba desterrado á Savonarola, con la obligacion de salir en el término de doce horas del territorio florentino.

La mayor parte de los que oyeron el pregon, le juzgaron una astucia de los arrabiatos.

No era fácil creer que la Señoría quisiese imponer á los acometidos, que no se defendian, la deposicion de las armas, mientras á los acometedores, única causa de este desórden, y en gran número, no solo se les dejaba la libertad de la agresion, sino que se les daba ayuda.

Algunos, en esta hora difícil dejaron el convento, entre ellos Francesco Valori, que se hizo descolgar por los muros de la parte posterior; si bien Francesco Davanzati y otros lo desaprobaron fuertemente, como cosa peligrosísima.

XII.

Viendo que en San Marcos apenas se hacia resistencia, y que por lo

(1) Salva á tu pueblo, Señor.

mismo aumentaba el furor de los enemigos, Francesco Valori y los que con él habian salido, querian ir á su casa para tomar sus partesanas, volver y distraer á los enemigos, acometiéndolos por fuera.

La casa de Francesco Valori habia sido rodeada por mucha gente, y un macero le intimó que inmediatamente se presentase á la Señoría; á lo que se mostró pronto á obedecer, porque creia alcanzar con su presencia y con la autoridad que le daban sus años y sus servicios á la República, que los magistrados se avergonzasen de su proceder.

Por lo mismo, sin perder tiempo, se dirigió á palacio, acompañado del macero, atravesando por entre la muchedumbre, con la frente alta y el semblante sereno, como quien estaba tan seguro de su inocencia y no se sentia desfallecer en el peligro.

Pero aun no habia llegado todavía á la esquina de San Procolo, cuando algunos parientes de Rodolfo y de Tornabuoni, dos de aquellos cinco que habian sido ajusticiados como conspiradores en favor de Pietro de Médicis, y en cuya sentencia habia influido mucho la autoridad de Valori, le acometieron y le mataron.

Así, pues, una desgracia causada por la justicia de la República, fué vengada por un infame asesinato, y así acababa dolorosamente la vida de un bravo y honrado ciudadano.

Su mujer, alarmada por el tumulto, estaba en este momento llena de espanto, en una ventana de su casa.

Y mientras escuchaba vagamente los desesperados gritos de su marido y los de los asesinos, un ballestazo partido de entre la multitud, reunia á aquella desgraciada con su esposo.

A seguida aquellos malvados echaron abajo las puertas, invadieron la casa y la incendiaron.

Entre aquel horror, vino á aumentarle el haberse encontrado, al arrebatar, los que saqueaban, la cubierta de un lecho, ahogado por el humo, un pequeñuelo, nieto de Francesco Valori, que estaba durmiendo en el momento de la invasion.

Y sin embargo, ni entonces ni despues, la Señoría abrió proceso contra ninguno de los autores de tanto crímen.

Al mismo tiempo era entrada á saco é incendiada la casa de Andrea Cambini; y las de Antonio Poderini y Juan Bautista Rodolfi fueron salvadas del furor del populacho, solamente por la presencia de algunos amigos y de algunos maceros de la Señoría.

XIII.

Se acercaba entretanto la noche, y el furor de los arrabiatos crecia en torno del convento; se ponia fuego á las puertas, mientras otros, in-

tentando un asalto formal por la calle del Maglio, entraban en el claustro por la puerta llamada de la Sapienza (1), se estendieron por él, saquearon la enfermería y las celdas, y penetraron en la sacristía con las armas en la mano, y de allí pasaron al coro, forzando la puerta.

Cuando los religiosos que allí estaban en oracion, se vieron de tal modo asaltados, arrastrados por un violento ímpetu de natural defensa, los unos con la antorcha, los otros con un crucifijo de madera ó de metal, otros con las armas, que como sabemos allí habia, se defendieron con tal fuerza, con tal desesperacion de los agresores, que estos, sorprendidos por una tal resistencia, huyeron.

XIV.

Entonces empezó á tocar á arrebato la gran campana del convento, llamada la Piañona.

El asalto y la defensa se embravecian, y se oian por todas partes gritos desesperados, confusion, tumulto y estridor de armas.

Baldo Inghirlami y Francesco Davanzati combatian bravamente; fray Francesco Andrea de Luca, espada en mano, perseguia á los enemigos por el claustro, y fray Benedetto, con otros compañeros, hacia caer desde lo alto una lluvia de ladrillo que contenia cumplidamente á los invasores.

En el interior de la iglesia algunos se defendian con arcabuces; entre ellos, un tal Eurico, aleman, jóven, rubio, de bellísima figura, que dió aquel dia muestras de gran valor, hasta tal punto, que en el principio del tumulto habia podido arrancar de entre la multitud el arcabuz conque entonces se defendia, gritando: *¡Salvum fac populum tuum, Domine!*

Esto era verdaderamente ayudar con los hechos á la oracion, siguiendo aquel proverbio que dice: «Si quieres que Dios te ayude, ayúdate.»

XV.

En aquel momento la víctoria estaba decididamente de parte de San Marcos, lo que aumentaba el valor de los defensores.

Pero sobrevino un nuevo bando de la Señoría, que declaraba rebeldes á todos los que en el espacio de una hora no abandonasen el convento.

Algunos defensores pidieron un salvo-conducto, y partieron, debilitando el ya reducidísimo número de sus compañeros.

(1) De la sabiduría.

La certeza de que la Señoría era enemiga de San Marcos, y que estaba resuelta á todo, enervaba á aquel puñado de valientes que, perdida toda esperanza, empezaban á ceder desesperados.

Savonarola, con la mayor parte de sus religiosos, permanecia en el coro, entregado á la oracion, que de tiempo en tiempo era interrumpida por los lamentos de algun herido, por la voz lastimera de algun moribundo, entre los cuales, un jóven, herido mortalmente, cayó en las gradas del altar mayor, donde, espuesto al fuego de los arcabuces, fray Dominico de Peschia le dió la comunion, y poco despues el desdichado espiraba entre los brazos del religioso, diciendo: «¡Oh! ¡cuán dulce es para los hermanos morir juntos!»

XVI.

Entretanto habia cerrado la noche.

Los religiosos, cansados de la agitacion y afligidos por el ayuno, comian higos secos que uno de ellos los habia llevado.

De repente se embravece de nuevo el combate y crecen los disparos, entre los cuales se perciben los del aleman Eurico que, parapetado en el púlpito donde tantas veces Savonarola habia predicado, continuaba gritando cada vez que disparaba: *Salvum fac populum tuum, Domine.*

Y cada vez que el aleman disparaba, mataba un hombre.

De improviso empezó á entrar en la iglesia un humo tan denso, que fué necesario para darle salida, romper los cristales de las ventanas del coro.

Este humo procedia de las puertas que habian sido incendiadas, y grandes llamas penetraron en el interior de la iglesia.

XVII.

Entonces el aleman y otro se colocaron en el coro, con dos arcabuces entre el altar mayor y el gran crucifijo, desde donde continuaron haciendo fuego.

Savonarola, dolorido al ver tal derramamiento de sangre por su causa, y no pudiendo impedirlo de ningun modo, porque nadie le escuchaba, ni le dejaban entregarse, tomó de nuevo en las manos el Santísimo Sacramento, mandando á todos que le seguiesen; y saliendo de la iglesia y atravesando el claustro, los llevó á la librería griega.

En el camino encontró á fray Benedetto, que armado y lleno de furor, marchaba á combatir con los enemigos mas de cerca.

Savonarola le detuvo, y mirándole gravemente, le dijo con tono de severa reprension.

—Fray Benedetto, arrojad las armas y tomad la cruz; no es mi intencion que mis hermanos derramen sangre.

Fray Benedetto, humillado á los piés de su superior, depuso las armas, y en union con todos le siguió á la librería griega.

En medio de la sala, sobre una sencilla mesa, puso el Santísimo Sacramento Savonarola, y llamando en torno suyo á sus hermanos, les dirigió sus últimas y memorables palabras:

—«Hijos mios: delante de Dios, delante de la hostia consagrada, con los enemigos ya dentro del convento, yo os confirmo mi doctrina; lo que yo he dicho lo he recibido de Dios, y os pongo por testimonio de que yo no miento, el cielo. Yo no sabia que toda la ciudad debiera volverse de repente contra mí; no importa; que se cumpla la voluntad del Señor. Mi último deseo es este; que la fé, que la paciencia y que la oracion sean vuestras armas. Yo os dejo con dolor, con angustia, para ponerme en las manos de mis adversarios. No sé si me quitarán la vida; pero estoy cierto de que, muerto, os podré ayudar en el cielo, mas que lo que he podido ayudaros en la tierra; fortalecéos; abrazad la cruz, y con ella arribareis al puerto de salvacion.»

XVIII.

Entretanto los arrabiatos se habian posesionado de casi todo el convento.

Giovachino de la Vechia, capitan de la guardia de la Señoría, amenazaba con arruinar á San Marcos con la artillería, si no se acataban al momento las órdenes de los Señores, los cuales reclamaban, bajo la fé de respetar sus personas, á Savonarola, á fray Domínico y á fray Salvestro.

Entonces fray Malatesta Sacromoro, que se habia ofrecido á entrar en el fuego, empezó á hacer el papel de Júdas. Hablaba con los acompañados y los persuadia á que trajesen aquella órden por escrito.

Y mientras que se mandaba por ella al palacio de la Señoría, Savonarola confesaba con fray Domínico, y recibia de su mano la comunion, y se preparaba á entregarse con él, puesto que fray Salvestro se habia escondido, y no habia medio de encontrarle.

Tenia lugar entretanto un suceso bastante singular.

Girolamo de Gini, secuaz desde hacia mucho tiempo de Savonarola, ansioso de vestir el hábito de Santo Domingo, habia asistido aquella tarde á las vísperas, y al empezar el tumulto se habia armado para defender el convento. Cuando Savonarola mandó se depusiesen las armas, el buen Girolamo Gini obedeció. Sin embargo, no habia dejado de correr por el cláustro y de presentarse á los enemigos, queriendo, como el

mismo decia, afrontar la muerte por amor de Jesucristo; y habiendo sido herido, entró con la cabeza ensangrentada en la librería griega, donde arrodillándose delante de Savonarola, le pidió humildemente el hábito que le fué concedido en el momento.

XIX.

Algunos amigos propusieron á Savonarola que se dejase descolgar por los muros, poniéndose de este modo en salvo, ya que una vez llevado al palacio de la Señoría, no era fácil saliese vivo de él.

Parecia inclinarse Savonarola á aceptar este medio de salvacion, cuando fray Malatesta Sacromoro se volvió á él y le dijo:

—¿Acaso no debe el pastor esponer la vida por su rebaño?

Tal apóstrofe afectó tan profundamente á Savonarola, que no respondió, sino que abrazó en silencio uno tras otro á sus hermanos, y antes que á todos al Malatesta que le vendia.

Despues se entregó, sin esperar una nueva escitacion, con su compañero fray Domínico de Peschia, á los maceros de la Señoría, que habian vuelto con la órden por escrito.

Ya en medio de ellos, Savonarola se volvió á sus compañeros, y les dijo:

—«Hermanos mios: os recomiendo de nuevo que no dudeis: la obra del Señor adelantará siempre, y mi muerte no hará otra cosa que acelerarla.»

XX.

Apenas los dos religiosos salieron del convento, la muchedumbre se apiñó en torno suyo, lanzando feroces gritos de alegría.

En aquel momento, fray Benedetto, que hasta entonces habia seguido á los presos, no pudo resistir su dolor, y se lanzó entre la multitud tras sus compañeros, llorando y diciendo que queria ser llevado á la prision con su Maestro.

Pero todos estaban ébrios de furor, y una oleada de la multitud separó á fray Benedetto de Savonarola y fray Domínico, que fueron lanzados por aquella oleada en medio de la plaza. Fray Benedetto se encontró en el cláustro triste y desolado.

Y él mismo, que escribió la relacion de aquellos sucesos (de cuya relacion nos servimos), cuenta que en aquellos momentos se oyeron gritos terribles que hicieron creer que Savonarola hubiese sido asesinado.

XXI.

Eran las ocho de la noche.

Los maceros le rodearon, juntamente con fray Domínico, y la multitud, atropellándose en torno de ellos, se asemejaba á un mar tempestuoso de yelmos, de corazas, de espadas, de lanzas iluminadas por el sombrío resplandor de las linternas y de las antorchas.

Miraban á los religiosos con rostros amenazadores; les ponian en la cara las linternas, y gritaban:

—Hé aquí la verdadera luz.

Les tostaban, les quemaban el rostro, les retorcian las ligaduras, les punzaban, y les decian insolentemente.

—Adivina quién te ha dado.

Tal era la furia, que los guardias solo pudieron salvarlos con gran trabajo, cruzando sobre ellos las partesanas, y cubriéndolos con los escudos.

Los insultos y los malos tratamientos que Savonarola sufrió durante el camino, pueden mas bien imaginarse que describirse.

La desenfrenada muchedumbre no se cansó hasta que los dos religiosos entraron en el palacio.

Al entrar en el vestíbulo, uno dió por detras un puntapié á Savoranola, diciendo:

—¡Hé aquí dónde tiene la profecía!

XXII.

Presentados al fin los dos religiosos á Pietro Popoleschi, gonfaloniero de justicia, éste les preguntó si persistian en afirmar que sus palabras venian de Dios. Respondieron afirmativamente, y despues de esto fueron encerrados en distintos calabozos.

A Savonarola le encerraron en el llamado Alberghettino, pequeña estancia de la torre del palacio, donde en otro tiempo estuvo preso Cosme de Médicis, y donde por la primera vez, despues de un dia tan azaroso, tan terrible, encontró algun reposo. Aquella misma noche fué arrestado su hermano Alberto Savonarola, que se encontraba por casualidad en Florencia; pero inmediatamente le soltaron.

Llegado el dia siguiente, salió de su escondite fray Salvestro, y denunciado por Sacromoro á los enemigos, que hasta el alba se habian regalado con delicados manjares en el refectorio sobre la pobre mesa de los frailes, fué preso.

XXIII.

Entre tanto la Señoría, sin perder tiempo, aquella misma noche enviaba correos á Roma, á Milan, á Venecia, á Nápoles, á Francia, á España y á otras córtes, con el relato de lo que habia acontecido, presentando los hechos á su modo, y segun la índole del gobierno á quien escribia.

Encomendaron al enviado á Roma impetrase del Papa una absolucion general de las censuras en que podian haber incurrido, tanto por haber tolerado largamente la predicacion de Savonarola, como por haber llevado la sangre y el fuego á la casa del Señor, y haber puesto las manos en personas eclesiásticas.

Pedian además autorizacion para poder juzgar á los tres religiosos.

Se aprovechaban tambien de la ocasion para varias solicitudes importantes.

El Papa respondió con gran solicitud á los señores florentinos, llamándolos verdaderos hijos de la Iglesia; concediéndoles una absolucion completa; todo, en fin, lo que le habian pedido, inclusa la autorizacion para juzgar á Savonarola y á sus compañeros. Recomendaba solo calorosamente que, apenas juzgados, le fuesen entregados, para hacerlos sufrir la merecida pena.

En cuanto á ciertas peticiones de la Señoría, la hacia largas promesas.

Así mismo el duque de Milan mandaba con un correo espreso á la Señoría, cartas de congratulacion; se mostraba propicio á la república; la prometia sostenerla en todos los peligros; entregarle la ciudad de Pisa, perdida desde el destierro de Médicis, en poco tiempo y sobre la marcha.

Pero las noticias mas gratas á los enemigos de Savonarola venian de donde menos se esperaban.

Las cartas recibidas de Francia traian la noticia de que en el mismo dia en que debió haber tenido lugar la prueba del fuego, habia muerto en Amboise, el rey Cárlos VIII, protector decidido de Savonarola.

Su fin fué miserable, y en esta parte Savonarola fué profeta, puesto que habia predicho que la muerte de aquel rey seria desastrosa por haber abandonado la obra del Señor.

Acometido de un ataque de apoplegía, fué metido en una inmunda piscina general, donde espiró sobre paja, cercado de materias hediondas y repugnantes.

Difícilmente ninguna profecía puede verificarse mas oportunamente ni con mayor daño del profeta.

Savonarola perdia en Cárlos VIII su mas fuerte y valedero apoyo: le perdia cuando de él solo dependia su propia salvacion, en el momento en que el rey parecia volver sus pensamientos á las cosas de Italia y á la reforma de la Iglesia.

Cárlos VIII, en el momento preciso, cuando volvia á ser un grave peligro para Roma, caia como herido por el rayo en el mismo dia en que caia el reformador.

CAPITULO XVII.

Savonarola.

I.

Habian pasado apenas algunas horas desde que habia sido encerrado Savonarola en el calabozo, llamado el Alberghettino.

Era la media noche.

Savonarola dormia, á pesar de la tristísima, de la desesperada situacion en que se encontraba.

La fatiga, el cuidado, los azares de aquel dia tremendo, justificaban su sueño.

Pero aquel sueño, mas que descando era una postracion, un tormento.

II.

Envuelto en sus hábitos, dormia en el mismo lecho de roble en que habia dormido años antes Cosme de Médicis.

Solo se habian variado los colchones y las ropas.

Las paredes eran de mampostería, ennegrecidas por el tiempo.

La bóveda pesada y chata.

El pavimento de mármol manchado, descuidado, sucio.

Una estrecha puerta de hierro en un ángulo era la única entrada, y una pequeña y profunda reja alta, tocando á la bóveda, y cruzada por cuatro gruesos barrotes, era el único respiradero por donde podian entrar en el calabozo el aire y la luz.

El mueblaje consistia en una mesa de roble sencillamente tallada, y en algunos sillones antiquísimos de baqueta denegrida.

Todo esto se veia á la luz de una lámpara que estaba puesta sobre la mesa

Habia además sobre ella un Crucifijo, un Breviario, una *Biblia*, un tintero, algunos pliegos de papel y un gran jarro de estaño lleno de agua.

III.

Lo que aparecia sobre la mesa, los colchones y las ropas del lecho, se habia llevado allí en el momento en que la Señoría recibió el mensaje de Savonarola, manifestándole que estaba pronto á ponerse en sus manos.

El resto estaba allí desde los tiempos de Cosme de Médicis.

Contraste singular: la misma prision que habia guardado á un ascendiente del gran enemigo de Savonarola, guardaba á éste.

El triunfo era completo.

Aquella tentativa de reforma tan funesta en su resultado, habia sido reducida á la impotencia.

IV.

La Señoría por sí sola no hubiera podido llegar á este resultado.

Cuando se lee la historia de Savonarola, cuando se llega á la catástrofe, se trasparenta bajo ella un poder misterioso que lo prepara todo, que lo domina todo, que hace brotar enemigos contra Savonarola.

Por mas que fuese justa y necesaria la defensa de Roma contra un reformador formidable, hay algo terrible en la hazaña y en la tenebrosa intriga en que este reformador fué envuelto.

Se vé la astuta, la tremenda mano de los Borgias anudando pacientemente los hilos de oro de la red en que Savonarola debia encontrarse preso, desarmado, gastado, desprestigiado, muerto.

Dios permitia que manos manchadas por el crímen defendiesen lo inmaculado, lo grande, lo santo, la Iglesia de Jesucristo.

V.

Eran aquellos unos tiempos tales de corrupcion, de transicion, de evolucion social, de renacimiento, en fin, que si la Iglesia no hubiera sido bastante fuerte para resistir por sí sola á los reformadores, Savonarola hubiera anulado á Lutero en la obra de la herejía.

No es una novela el lugar mas á propósito para ocuparnos de un asunto completamente teológico.

Savonarola se equivocó creyendo que se podia atacar fundamentalmente la potestad del Papa sin atacar á la Iglesia.

Por lo mismo heretizó sin querer heretizar.

Ya lo hemos dicho: quiso separar del Papa al hombre, y para ello predicó una doctrina que no podia ser tolerada sin que cayesen sobre ella las graves censuras de la Iglesia.

Savonarola decia: hé aquí su grande error:

—El Papa es la cabeza visible de la Iglesia; pero la Iglesia tiene eterna, inmutable, una cabeza invisible: Jesucristo. Existe, pues, una primera y una segunda causa: la primera causa es Jesucristo; la segunda el Papa. Cuando el hombre investido de la alta dignidad del Pontificado es indigno de ella, debe protestarse de él, declarar vacante el gobierno visible de la Iglesia, por lo cual la Iglesia no quedará sin cabeza, siendo gobernada por la primera causa: Jesucristo.

Esto no estaba establecido ni recibido por la Iglesia; era una idea nueva, peligrosa, que atacaba en la forma y en el fondo á la Iglesia, y por consecuencia herética.

Cierto es que Savonarola pedia un Concilio; es decir, sometia á la Iglesia el juicio de su reforma.

Pero ni Savonarola tenia autoridad para provocar un Concilio, ni la Iglesia podia reunirse representada por sus obispos para ocuparse de una herejía.

En último caso, Savonarola fué un loco funesto.

Y tal estaban aquellos tiempos; tal era la poderosa elocuencia de Savonarola; su fé, mejor dicho, su fanatismo respecto á su doctrina; tal su apariencia de virtud; tal la energía indomable de su carácter; tal el fuego y lo conmovedor de su palabra insistente, que si como era, es y será necesario, Dios no hubiese hecho invencible á la Iglesia, no se sabe lo que hubiera acontecido y la perturbacion que hubiera causado en el mundo el fanatismo de Savonarola.

VI.

Si este se hubiera reducido á atacar á los Borgias; si no hubiera pretendido innovar la disciplina de la Iglesia; y sobre todo, si no se hubiera atribuido el maravilloso don de la profecía; si no hubiera hablado de revelaciones y de visiones; si no hubiera pretendido aparecer como un enviado por la Gracia, Savonarola, respetando la Iglesia, evitando la herejía y el cisma, no hubiera sido otra cosa que un imitador de aquellos santos y grandes varones que acometieron los vicios donde quiera los encontraron, respetando siempre la inviolabilidad y la inmutabilidad de la Iglesia.

Pero haciendo lo que hizo, si lo hizo de buena fé, envuelto en el error, fué un loco.

Si lo hizo por ambicion ó por otro cualquier objeto mundano, fué un hereje menos formidable que Lutero y que Calvino.

Sea como quiera, estos reformadores han perecido envueltos en su obra.

El catolicismo es la universalidad.

Existia antes de manifestarse, y existirá siempre, porque sus principios son eternos, necesarios, santos, inmutables; porque está en la esencia de todo lo que existe en la region del espíritu; porque siempre será una verdad que el mal no puede producir el bien; que el hombre ha sido creado libre por Dios; que todos los hombres son criaturas de Dios, hijos suyos, y por consecuencia, iguales ante él; que no hay mas que una sola y absoluta justicia; que el Evangelio, en fin, es un código perfecto, divino, cuya sabiduría, cuya conveniencia no puede desconocerse por nadie que sienta de una manera recta; que fué, es y será mientras exista la humanidad, para la cual ha sido predicado ese código eterno por una boca divina.

VII.

Savonarola olvidó esto; se rebeló contra la verdad, y cayó vencido por su propia rebeldía.

Él creyó que no pecaba respetando el dogma, y sin embargo, pretendió lastimarle atacando la Constitucion de la Iglesia.

Ó católicos ó no católicos: dentro del catolicismo caben todas las formas sociales, en las cuales esté representado el principio de la moralidad y de la justicia; por eso el catolicismo es la universalidad: no ataca, como algunos equivocadamente creen la libertad humana, la protege; porque uno de los grandes principios del catolicismo es la libertad; porque el catolicismo pereceria si no pudiera marchar sin modificarse, sin alterarse, sostenido siempre por sus inmutables principios, por sus principios universales, con el progreso de la humanidad en todas sus situaciones, en todas sus manifestaciones posibles: el catolicismo es, pues, inatacable, porque, lo repetimos, no se opone á nada, sino á lo inmoral, á lo injusto; y si del catolicismo se abusa, peor para los que abusen, porque ellos caerán envueltos en su error bajo lo invencible de la eterna verdad.

El catolicismo, por su propia esencia, es invulnerable.

Cuando las sociedades no reconozcan los grandes principios del catolicismo; cuando desobedezcan sus sábios preceptos, habrán caido bajo el envilecimiento y la anarquía.

No confundais los abusos de los hombres con la eterna ley, con la ley justa, necesaria é invariable; no aborrezcais el principio, porque á su nombre, prevaricando de él, blasfemando de los cielos, se os haga víctima de crímenes odiosos; no protesteis de lo que no podeis destruir, de lo que siempre existirá, aunque exista de una manera latente, como existe la luz, aunque nuestros ojos ciegos no puedan verla.

No incurrais en una rebeldía impotente, porque si sois injustos en vuestras obras, todo el mal que hagais será vuestro; y si obrais en justicia, aunque le desconozcais, que no podeis desconocerle, estareis completamente dentro del catolicismo.

VIII.

Pero, lo repetimos, no es esta, ni la ocasion ni el lugar propios de tan grave asunto.

Á mas de esto, tememos incurrir sin saberlo en una herejía: respecto al dogma, para lo que no comprendemos, tenemos la fé.

Y á pesar de todo esto, y tal vez por esto, pertenecemos con todo nuestro corazon á esa vanguardia de la humanidad, que, buscando su guia en la ciencia, en la moralidad y en la justicia, trabaja por que llegue un dia á ser un hecho la igualdad y la fraternidad de todos los hombres.

¿Por qué hemos de oponernos nosotros al catolicismo?

Pues qué, ¿el catolicismo es la tiranía y la sombra? No; el catolicismo es la luz y la libertad.

¿Quién se atreverá, sin ofender á Dios, á anatematizar nuestro ardiente deseo de que se satisfaga la sed que la humanidad tiene de justicia, de igualdad, de libertad, de fraternidad?

¡Ah! es una magnífica aspiracion, una grande aspiracion, á la cual solo puede llegar la humanidad por la senda de la virtud y del martirio.

¿Por qué, pues, no hemos de alentarla?

Insúltennos en buen hora los que pretenden desnaturalizar en provecho de su malvado egoismo las cosas santas; póngannos, si pueden, una mordaza; persígannos, encarcélennos, asesínennos; nosotros diremos mientras podamos hablar: «Somos verdaderamente católicos, alentamos en el alma el fuego de la caridad, tenemos hambre y sed de justicia, y por eso nuestra grande aspiracion es la libertad.»

¿Qué importa, si para llegar á ella caemos millones y millones bajo este ó el otro martirio, bajo esta ó la otra infamia?

Dios impulsa á la humanidad, Dios la lleva á su situacion definitiva á que la destinó en el principio, y nada puede hacer la maldad humana mas que mártires.

IX.

Abandonemos estas consideraciones, que no son otra cosa que una profesion de fé religiosa, política y social, que hemos creido necesaria, porque conocemos demasiado bien el terreno que pisamos, y porque el asunto que tratamos es demasiado grave.

Sin embargo, por mucho que dijéramos de los Borgias, mas, mucho mas, infinitamente mas, ha dicho acá y allá en centenares de libros que están en manos de todos, la historia.

Continuemos.

Sovonarola dormia, ó por mejor decir, yacia rendido, amodorrado, aletargado, sobre el lecho.

No se oia otra cosa que su ardiente respirar entrecortado, y de tiempo en tiempo el chascarrar de la luz de la lámpara, á la que empezaba á faltar pábulo.

Al fin empezó á chascarrar con mas fuerza; se dilató en su agonía, y se apagó.

Entre el silencio siguió oyéndose la agitada, la calenturienta respiracion de Savonarola.

X.

Sonó vibrante, ronca, lúgubre, una campana que marcó una hora.

Era la una.

Volvió otra vez el profundísimo silencio.

De improviso se oyó un leve sonido, que no se podia llamar ni ruido ni rumor; una especie de roce ténue que provenia de la parte inferior de la torre, que fué creciendo hasta que se determinó y dejó conocer los pasos de dos personas subiendo unas escaleras, acompañados de un rozamiento, que demostraba que una de las personas que subian era una mujer.

Los pasos se hicieron al fin completamente distintos, avanzaron, y solo cesaron inmediatamente detrás de la puerta de hierro que cerraba el calabozo.

En seguida rompió el silencio un ruido áspero, estridente; el de una llave en una cerradura mohosa.

Luego el chirrido de un cerrojo.

Despues el rechinar de los goznes de la puerta al abrirse.

XI.

Apareció una mujer con manto, antifaz, y un ancho traje de terciopelo negro, sencillo, sin adorno alguno.

Detrás se veia una cabeza de hombre, sombría, innoble, pálida; la cabeza del gonfaloniero de justicia messer Pietro Popoleschi.

Un farol que el gonfaloniero tenia en la mano, dejaba ver envuelto en una media tinta de sombra su semblante.

—Está á oscuras,—dijo la mujer;—dadme esa luz; cerrad la puerta, bajad, y no vengais hasta que yo golpee esta puerta.

El gonfaloniero dió á la dama el farol, entró ésta, y la puerta se cerró, produciendo sus tres ásperos ruidos.

La dama puso el farol sobre la mesa, y adelantó hácia el lecho.

XII.

Savonarola, pálido, triste, pero tranquilo, incorporado y apoyado en una de sus manos, miraba inmóvil á la dama encubierta, que adelantaba lentamente hácia él.

XIII.

A poca distancia del lecho la dama se detuvo.

Savonarola continuaba mirándola en silencio y de una manera tranquila.

La dama á su vez le miraba profundamente.

Pasaron así, sin que ninguno de los dos hablase, algunos instantes.

—¿Creeis en la resurreccion de los muertos, fray Girolamo Savonarola?—dijo Lucrecia, que tal era, á juzgar por su voz.

Savonarola se estremeció levemente.

Solo una vez habia oido la voz de Lucrecia, y la habia escuchado en una situacion tan solemne, tan fantástica, que no habia podido olvidarla.

—Creo,—dijo, dominando su conmocion,—que nada hay que no pueda ser, mediante la voluntad de Dios.

—¿Me conoceis?—dijo Lucrecia.

—Sí;—contestó Savonarola;—vos sois Borgia.

—¿Y no os estremeceis?

—No.

—¿No creeis que por causa vuestra he sido asesinada?

—Eso me dijeron; pero si fué cierto, no es lo mismo que yo aconsejase ni mandase ese asesinato; lo deploré; si en efecto aconteció, lo deploro; he orado por vos.

—Dios no oye la oracion de los herejes.

—Yo no soy hereje; todo lo que yo he dicho, me ha venido de Dios.

—Estais loco, y ciertamente es gran lástima; mas que lástima, una

gran desgracia, que un hombre tal como vos, por locura ó por ambicion, se haya separado de la Iglesia, incurriendo en sus censuras, cuando podia haber sido, cuando podia ser aun una de sus lumbreras.

—¿De qué tentacion os habeis provisto, señora, para venir á turbar mi dolor y mis meditaciones?

XIV.

Lucrecia se quitó el antifaz, tomó un sillon, lo acercó al lecho y se sentó.

Savonarola acabó de incorporarse, se levantó, tomó otro sillon, y se sentó junto á Lucrecia.

—Os escucha un sacerdote, señora, —dijo, —y aun me atrevo á asegurar que un mártir.

—No, —dijo Lucrecia; —me escucha uno de los hombres mas sábios y mas grandes de Italia, desgraciadamente estraviado.

—Ante todo, señora; no estrañeis la pregunta que voy á haceros; mi cabeza está débil, mi corazon frio; me parece que me envuelve un sueño; ¿sois una aparicion, ó una criatura que aun no ha entrado en la eternidad por las puertas de la muerte?

—Tocad mi mano y juzgad, —dijo Lucrecia sonriendo, y estendiendo su hermosa mano hácia Savonarola.

Éste la tomó.

Lucrecia notó que la mano de Savonarola estaba helada.

Savonarola sintió el escesivo calor de la mano de Lucrecia.

—¡Ah! ¡gracias, Señor! —esclamó: —una víctima menos; pero decidme, señora, ¿quién fué la desdichada á quien arrojaron los pianones al Arno? ¿por qué aquella desdichada vestia ropas que solo podíais vestir vos en el palacio donde os ocultábais?

—Yo sabia, —dijo Lucrecia, —que se me buscaba para asesinarme, y dejé una presa para engañar á los asesinos.

—¡Oh, Señor! —esclamó Savonarola; —¡y aun sufres sobre la tierra á los Borgias!

—Yo fuí la que se os presentó en el cementerio de la Santísima Anunziata; —dijo Lucrecia.

—¡Falsificando la muerte! — esclamó Savonarola con acento de horror.

—¿Por qué combatís contra nosotros? ¿por qué, si combatís, no reconoceis el derecho que tenemos por todos los medios posibles? ¿qué daño os hemos hecho?

—Sois enemigos de Dios y de los hombres.

—Decid que al encontrarnos delante del camino de vuestra ambicion, nos habeis acometido con todas vuestras fuerzas.

—Yo no tengo otra ambicion que el servicio de Dios y el bien de la humanidad.

—¡Y habeis engañado á los hombres llamándoos profeta!

—Yo he sentido en mí el espíritu profético; ante mis ojos ha aparecido muchas veces una vision celeste; un ángel en figura de mancebo, y me ha inspirado la doctrina que he predicado.

—Y comprendiendo lo sobrenatural, lo difícil de estas visiones. ¿no habeis desconfiado de ellas, padre Girolamo? ¿no habeis meditado que podian ser un sueño, una fascinacion de vuestra acalorada fantasía? sobre todo, despues de lo que ha sucedido, viendo la desesperada situacion en que os encontrais, ¿no echais de menos vuestro espíritu profético, y la aparicion de vuestro ángel? ¿cómo no habeis previsto que yo vendria á Florencia á combatiros de cerca, á volver contra vos por medio de amenazas, de ofertas, de intimidaciones, de esperanzas, á los magníficos señores que antes de una manera tan abierta os protegian? ¿que habia de comprar á fuerza de oro á muchos de aquellos en los cuales teníais una gran confianza, y sobre todo, que habia de prepararos la trampa de la prueba del fuego, en la cual habeis caido sin poder evitar la caida? ¿cómo vuestro ángel no os lo ha dicho?

—He pecado gravemente; he ofendido á Dios, y Dios me ha abandonado.

—¡Siempre funestamente loco! ¡siempre funestamente fanático, ó siempre funestamente ambicioso!—dijo con despecho Lucrecia.

—Siempre firme en la doctrina que Dios me ha inspirado.

—Es decir, fray Girolamo, siempre firme en vuestra herética rebeldía contra el Soberano Pontífice.

—Rodrigo Lenzuoli Borgia,—esclamó, poniéndose de pié y con una imponderable energía Savonarola, á pesar de su postracion,—ocupa ilegítimamente la silla de San Pedro; su eleccion es nula, porque ha sido comprada.

—¿Cuánto os ha dado por sostener esa falsedad el cardenal Julio de la Rovere?

—¡Cómo!—esclamó, desplomándose Savonarola, y dejándose caer sobre el sillon:—¿creeis, hay quien cree que yo sirvo ó he servido vilmente al cardenal la Rovere y á los otros cuatro cardenales que han protestado violentamente contra la viciosa eleccion del Borgia? ¡ah! ¡entre todos los martirios que he sufrido, este es el mas doloroso!

—Servís entonces á vuestra ambicion.

—¡No!

—Á vuestra locura.

—¡No!

—Oid, padre Girolamo, oid: se os ha combatido por cuantos medios han sido posibles, porque erais un enemigo formidable; oid: nuestro Santísimo Padre está lleno de misericordia para vos, dolorido, angustiado, viendo fuera de su rebaño, entre los lobos, á su mejor, á su mas querida oveja; oid: volved al rebaño del Señor, reconoced la autoridad del Papa, auxiliadle con vuestra sabiduría para bien de la Iglesia; arrodillaos á los piés de Su Santidad; pedidle la absolucion de vuestros errores, y de los piés del Soberano Pontífice os alzareis investido con la púrpura y el capelo de cardenal.

—¡No!

—Padre Girolamo, estais vencido.

—El Señor me protejerá ó me dará fuerzas.

—Padre Girolamo, habeis escandalizado á la Iglesia; habeis causado muchos males, reparadlos; os voy á hablar con mucha franqueza: si os obstinais en vuestra rebeldía, en vuestros errores; si pereceis, aun en la tumba sereis funesto: habreis sellado vuestra falsa doctrina con vuestra sangre, y no faltarán fanáticos que os crean mártir y sigan vuestros pasos.

—Mártir seré.

—No sereis mártir, porque no puede llamarse mártir sino al que se sacrifica por una cosa santa; no, no sereis mártir; no sereis mas que un hereje contumaz y un relapso castigado por la justicia del Papa.

—Yo no soy hereje: que se examine mi doctrina; ¡un Concilio, un Concilio! ¡las cosas de la Iglesia y las cosas del mundo hacen necesario un Concilio!

—Vuestra loca soberbia quiere que la Iglesia se reuna, representada por sus príncipes para juzgar de una opinion vuestra.

—No, para salvar al mundo.

—Aceptad lo que os he propuesto y no os obstineis en lo que á tan miserable estado os ha traido.

—Yo soy inocente, y mi inocencia resplandecerá.

—¡Morireis!

—Moriré; pero no volveré la espalda al Señor; no me cubriré de infamia; no me haré culpable ante Dios ni echaré sobre mi cabeza la sentencia de las penas eternas por miedo á un martirio transitorio: ¡no! ¡no! ¡no y mil veces no!

—¿Es esa vuestra última palabra, padre Girolamo?

—Sí.

XV.

Lucrecia se levantó, fué á la puerta y llamó á ella tres veces con fuerza, valiéndose del pomo de su puñal.

Se oyeron pasos en las escaleras, y poco despues la puerta se abrió y apareció Pietro Popoleschi, que adelantó hácia la mesa para tomar el farol.

—¡Ah, eres tú! ¡aleve y miserable amigo! —dijo Savonarola; —¡tú que vendes tu conciencia al oro.

—La salud de la República es antes que vuestra salud, padre Girolamo; nos habeis traido con vuestras predicaciones la perturbacion de nuestra ciudad y la escomunion del Papa: era necesario ahogar vuestra voz, y la hemos ahogado como hemos podido.

—No, no ahogareis la voz del Señor, —dijo Savonarola; —cuando mi boca haya enmudecido, otra boca hará oir al pueblo la palabra del Señor, porque su obra es eterna y no pueden impedirla los hombres.

—Por última vez, padre Girolamo, —dijo Lucrecia, —elegid entre la absolucion del Papa y la muerte.

—¡La muerte!

—Pues bien, morireis.

XVI.

Lucrecia salió irritada, terrible, seguida de Pietro Popoleschi, que cerró la puerta.

—Despedazadle, atormentadle, no tengais compasion de él, —dijo Lucrecia; —aterrad á sus amigos, si alguno le queda; encarceladlos, destruíd hasta la última semilla ponzoñosa sembrada por Savonarola, y esperadlo todo.

—Morirá, —dijo Pietro Popoleschi.

Y aquella sombría palabra se perdió en la espiral de la estrecha escalera.

Despues, solo se oyeron los pasos de Lucrecia y los del gonfaloniero.

CAPITULO XVIII.

De cómo Lucrecia hizo un cambio, en que ganó en vez de perder.

I.

Al dia siguiente, Lucrecia, dejado su incógnito, apareció públicamente en Florencia, habitando el viejo palacio del Podestá.

Pietro de Nápoles, en cambio, no habia dejado su incógnito.

De dia y para todo el mundo era el señor Marcelo Porta, y continuaba viviendo en la hosteria de la Buona Vita.

De noche entraba en una casucha del Lungo del Arno entre el puente Viejo y el de Alegrazzi, dejaba su disfraz, y cubierto el rostro y envuelto en un manto, se iba á sufrir á los piés de Lucrecia.

Ésta se mantenia inflexible.

Cuando Pietro, desesperado, insistia, rogaba, con las lágrimas en los ojos, completamente enloquecido por el amor de Lucrecia, esta le contestaba:

—Esperad, esperad: aun no se ha casado con Caracciolo Angiolina: á pesar del amor que os inspiro, la hermosura de Angiolina os enloquece: os amo tanto, Pietro, que no quiero esponerme á nada; nuestro casamiento aun no puede efectuarse; esperad, no quiero verme burlada, obligada á vengarme: esa mujer posee un millon de florines: sois ambicioso; esperad: sobre todo, el dia de nuestro enlace está próximo; ¿por qué no os volveis á Nápoles?

—No podria vivir separado de vos: no volveré á Nápoles sino cuando vos volvais á Roma, para no permanecer en Nápoles mas que el tiempo necesario para que mi padre concluya brevemente el negocio de nuestro enlace, é ir á buscaros como esposa.

—Pues tened en cuenta que dentro de ocho dias parto de Florencia.

II.

Pietro de Nápoles se resignaba, desesperado, á la voluntad de Lucrecia que le enamoraba, y veia acercarse con un terror indecible el dia en que Lucrecia no podria dominar su situacion y se veria obligada á casarse con su hermano.

III.

Alfonso Crespi habia obtenido el levantamiento de su destierro y la devolucion de sus bienes en los Estados romanos, á causa de los grandes servicios que habia hecho contra Savonarola por sí mismo, y derramando á manos llenas el oro para levantar la tempestad que habia estallado contra el convento de San Márcos.

Podia volver tranquilamente á Roma; pero en cuanto al cargo de gobernador de ella, solo se le habian dado largas promesas.

Angiolina parecia estar mas tranquila.

La duquesa de Urbino se habia puesto en inteligencia con Caracciolo acerca de Angiolina, habia anunciado que iba á partir de Venecia para encontrarla en Nápoles, á donde la conduciría su padre, y donde debia efectuarse el casamiento, y entre tanto habia enviado su retrato y un magnífico regalo á Angiolina.

Esta que, cansada ó loca, habia aceptado la proposicion que se la habia hecho de unirse á Caracciolo, parecia tranquila.

IV.

El dia 30 de Setiembre salian de Florencia para Roma, y con algunas horas de diferencia, Lucrecia con su comitiva, en la cual se contaba Pietro de Nápoles, y Alfonso Crespi con Angiolina, con la duquesa de Urbino, con la comitiva de esta y con sus criados.

Nada aconteció en el camino; pero al llegar á Albano, Pietro de Nápoles suplicó á Lucrecia que se detuviese.

—Es ya tarde,—dijo; —¿Por qué entrar de noche en Roma, entre las sombras, como si volviérais avergonzada? ¿No seria mejor que entraseis en vuestra carroza dorada con vuestra guardia, con vuestros pajes, yendo yo á caballo á vuestro lado?

—En Roma se me cree en el convento de San Sixto esperando á vuestro hermano,—dijo Lucrecia;—del convento de San Sixto salí por un postigo, de noche, para ir á Florencia, y cuando vuelvo de Floren-

cia entraré de noche en el convento por el mismo postigo: otra cosa seria una imprudencia.

—Por lo menos, deteneos algun tiempo en Albano, aunque no sea mas que durante una hora; necesito hablaros de algo, que es muy importante.

—Me detendré,—contestó Lucrecia.

Pietro se separó de la litera de Lucrecia, y poco despues paraban en la mejor hospedería de Albano.

Pietro pasó al aposento de Lucrecia, y la encontró sola.

V.

—¿Qué teniais que decirme, mi querido Pietro?—dijo Lucrecia.—Me pedísteis de una manera tan angustiosa, tan triste, esta entrevista en el camino, que estoy devorada por una inquietud fria, porque os amo, Pietro, os amo con toda mi alma; sois mi primer amor.

—¿Ignorais, Lucrecia, que mi hermano Alfonso se parece á mí como una gota de agua á otra gota, porque ha heredado, como yo, la figura, el acento, la mirada de nuestro padre?

—¡Qué decís! Pues qué, ¿creeis que yo puedo haceros traicion por vuestro hermano?

—¿Y si os enamorase como yo os he enamorado, si un dia, enamorado de vos, os dijese yo os amo; si desesperado se atreviese á todo?

—Le despreciaria.

—¿Y vos, señora, qué podeis despreciar?

—¡Oh, qué lenguaje, Pietro! ¡Qué cambio! Yo no os comprendo; yo no quiero comprenderos. ¿No me habeis dicho, cuando yo os he abierto mi corazon, cuando os he asegurado que yo soy la víctima de la ambicion de mi familia, que practico el mal de miedo, temerosa de ser víctima de un crímen? ¿no me habeis dicho: olvidad; yo no veo en vos mas que un instrumento desdichado de vuestros parientes, una víctima, un ángel desterrado, sujeto á un martirio horrible? ¿No me habeis consolado una y otra vez de mis desgracias con vuestro inmenso amor? ¿Por qué ahora oigo en vuestros lábios palabras que no esperaba oir, palabras que me estremecen?

—¿Sabeis, Lucrecia, por qué os amo yo mas, si por vuestro cuerpo ó por vuestra alma?

—Seguid, seguid; esplicaos:—dijo con ansiedad Lucrecia.

—El lobo ama á la loba por una razon de ferocidad.

—¡Vos!

—Sí, yo; yo, como vos, amo el esterminio y la sangre; yo, como

vos, gozo en el dolor: recordad, señora; ¿habeis olvidado ya la funesta trajedia de Elena Corsini?

—¡Ah—esclamó Lucrecia.

—Esperad, señora: ¿os acordais de Marieta, de la pobre gitana?

—¡Callad!—dijo Lucrecia palideciendo.

—La inmolásteis á vuestra conveniencia; merced á su sangre, engañásteis á los partidarios de Savonarola, los confiasteis, haciéndoles creer que habíais muerto, y pudísteis obrar sin temor desde la sombra, segura de que no os buscarian en ella, porque os creian envuelta en otra sombra mas densa, en la sombra de la eternidad: ¿y creeis que yo no amaba á Marieta? ¿Creeis que mi corazon, por frio, por terrible que sea, no se comprimió al saber que vos la habiais inmolado? ¡Ah! No se vive impunemente seis años al lado de una mujer que nos ama, que todo nos lo sacrifica, que tiene al par para nosotros el cuidado de una madre y de una amante. No; aun cuando se encuentre otra mujer terrible, en quien resplandecen al par la grandeza de la posicion y lo maravilloso de la hermosura, aunque nos vuelva locos, aunque sea para nosotros nuestra vida, nuestra alma, el sér que nos atrae, y al que necesitamos unirnos para no morir, no olvidamos á aquella otra pobre mujer que nos ama, que nos sufre, por la que á lo menos sentimos un afecto de hermanos: no, no la olvidamos; y cuando aquella mujer perece, lloramos por ella y ansiamos una terrible venganza contra quien la ha sacrificado: pues bien, Lucrecia: vos habeis sido el verdugo de Marieta, y yo, caliente aun su sangre, me he arrastrado á vuestros piés, os he adorado, y aun he pensado en vengar á mi pobre gitana, asesinada por vos.

VI.

Lucrecia escuchaba absorta, trémula, muda, á Pietro de Nápoles.

—No os comprendo, no puedo comprenderos,—dijo otra vez desesperada.

—¿Os acordais de Bonvinetto; señora?—dijo Pietro de Nápoles con el acento que usaba cuando representaba á Bonvinetto.—¿Habeis olvidado de que, sin su ayuda, hubiérais muerto la misma noche en que fué asesinado por vuestro hermano César Borgia, vuestro hermano el duque de Gandía? Bonvinetto, que os hubiera matado en su casucha de las Termas de Diocleciano, si milagrosamente no hubiera sobrevenido el Gran Capitan; Bonvinetto, que por vos mató á Orsini con el terrible retrato que os habia robado: ¿no recordais el nombre del condotiero Roberto Roberti, que se prestó á entregaros el traidor Genaro Orsini, reducido por vos, muerto por vos?

VII.

Lucrecia miraba con espanto á Pietro y no acertaba á pronunciar una sola palabra.

—Pues bien, señora,—dijo:—yo soy Bonvinetto, yo soy Roberto Roberti, yo soy Pietro de Nápoles, yo estoy loco por vos y soy capaz de todo por vos.

—¡Ah!—esclamó de una manera terrible Lucrecia.

—Sí, yo soy; venís á Roma: el cumplimiento de vuestro convenido enlace con mi hermano se acerca; vos no os atrevereis á romper vuestro compromiso; he visto en vuestros ojos, he oido en vuestra boca un amor que ha acabado de enloquecerme; ahora bien, Lucrecia, ¿amais á Pietro de Nápoles?

—¡No!—esclamó Lucrecia con altivez,—¡os desprecio, sois un miserable!

—Ved lo que decís, Lucrecia; ved que estamos solos; ved que estoy desesperado; no irriteis mi desesperacion; no me hagais vacilar entre sacrificaros á mi despecho, ó arrostrar terrible, loco, el fatricidio: ¡ah, no! ¡vos no sereis de otro! ¡no, no, sereis mia, pero yo me ampararé de Satanás para no sufrir el infierno de los celos! ¡ah! ¿oís? acaban de resonar en el patio de la hostería las pisadas de un caballo; yo no sé por qué esas pisadas me estremecen: ¡Lucrecia, Lucrecia!... ¿sois mia ó no?

Y Pietro de Nápoles asió violentamente con la mano izquierda un brazo de Lucrecia, y con la derecha desnudó su puñal.

—¡Ah insensato!—dijo Lucrecia:—¡hiere si te atreves! ¡herirme tú! ¡no! ¿te acuerdas de la casa de las Termas de Diocleciano? ¡tu lugar, aquí como allí, está á mis piés! ¡y has escuchado mi amor, le has visto en mis ojos! aquello ha sido un sueño; aquel amor no era para tí; despierta, véte, huye; yo podria detenerte á mis piés, hacerte prender por mi gente, romperte como una caña, castigar de una manera terrible tu infame audacia; pero no quiero matar al hermano de mi esposo.

—¡Lucrecia!—esclamó con voz rugiente Pietro de Nápoles;—suenan pasos por las escaleras... se acercan... decídete, Lucrecia, ¿no ves que estoy fuera de mí? ¿no ves en mis ojos la muerte?

—Lo que veo es el miedo;—contestó con desden Lucrecia.

VIII.

En aquel momento llamaron á la puerta.

Pietro de Nápoles alzó su puñal sobre el pecho de Lucrecia.

Ésta, en vez de aterrarse, de retroceder, adelantó hácia Pietro de Nápoles, le presentó su magnífico seno, y le miró de una manera terrible.

Pietro retrocedió desconcertado, dominado.

—¡Oculta tu puñal, miserable!—dijo Lucrecia rechazándole, y yendo á abrir la puerta.

Pietro de Nápoles, dominado, aturdido, envainó su puñal, y obedeciendo á un súbito pensamiento, corrió á una ventana, la abrió, y se descolgó por ella.

Al mismo tiempo Lucrecia abria la puerta, tras la cual apareció Francesco Buotti.

IX.

—¿Qué es esto, señora?—dijo:—estais pálida, convulsa; ¿dónde está el otro Alfonso de Nápoles?

—¡El otro Alfonso! ¿por qué me dices eso?

—Porque impaciente por veros, acaba de llegar á Albano el príncipe de Tarento, que ya os esperaba en Roma: ¡oh! ahora no tengo duda; es él, señora, es él: ¿pero quién era el otro? ha desaparecido; hay aquí algo de hechicería.

—No, Francesco, no; es que los dos hermanos se parecen como si fueran gemelos.

—¿Pero no ha muerto el señor Pietro de Nápoles?—dijo Buotti.

—No, Francesco, no, por desgracia, vive; silencio, que nadie sepa esto; afortunadamente, ha conservado su incógnito; nadie sabe que Pietro de Nápoles vive: que nadie lo sepa por tí.

—Ya sabeis, señora, que en lo que á vos toca, soy mudo, sordo y ciego.

—Vé, vé Francesco; no hagamos esperar á mi prometido.

—Pero estais agitada, señora, conmovida; el príncipe puede sospechar...

—No, no, Francesco; creerá que su amor es la causa del estado en que me encuentro; se engañará; ¡nos engañamos tantas veces interpretando en nuestro favor lo que vemos. ¡Vé, vé por él!...

X.

Francesco Buotti salió, y volvió poco despues acompañado de un hermoso jóven como de veinticuatro años.

Era muy parecido á Pietro, pero mas fresco, mas bello.

En su semblante habia una marcada espresion de lealtad y franqueza.

Lámina 19.—Pietro retrocedió desconcertado, dominado.

Lucrecia, que habia procurado dominarse, se conmovió de nuevo; pero por una razon distinta, habia ganado en el cambio.

XI.

Alfonso de Nápoles era simpático, de aspecto noble, triste, melancólico, representando un gran corazon.

En sus hermosos ojos negros no habia la sombría dureza que en los de su hermano Pietro; su tersa y serena frente parecia indicar que nunca la habia nublado ni un mal recuerdo, ni un mal pensamiento.

Tenia la dignidad de un príncipe, pero sin afectacion, sin orgullo.

Vestia un sencillo pero bellísimo traje de camino, y llevaba espada y puñal con empuñaduras de oro cincelado.

Sobre su pecho pendia el collar del Espíritu-Santo, que le habia sido concedido por el Papa al tratarse su matrimonio con Lucrecia.

XII.

—Perdonad, señora, —la dijo, —si mi impaciencia me ha obligado á romper por todo y á venir á encontraros, sin aviso alguno, en Albano; yo hubiera ido mas lejos, pero nada sabia; llegué ayer á Roma, y cuando quise veros, vuestra madre me dijo: —Habreis menester tener algo de paciencia; Lucrecia está en San Sixto, y por un voto que aun no ha terminado y que no terminará hasta dentro de algunos dias, no puede ver á ninguna persona estraña al claustro.—Yo me contristé, pero hace poco, al anochecer, estando con vuestra madre en su viña del monte Vaticano, llegó un correo y le entregó una carta: entonces vuestra madre me dijo: —Ved ahí, príncipe; yo creia que mi hija estaba en San Sixto, y ahora me encuentro conque ha hecho un pequeño viaje, y vuelve y me avisa de que esta noche antes de las diez llegará á Roma. —Yo pedí licencia á vuestra madre para venir á esperaros á Albano, y héme aquí, señora.

—Gracias, Alfonso, gracias; —respondió Lucrecia; —para mí es un felicísimo augurio el haberos encontrado á las puertas de Roma, antes de llegar á ella; pero como no pienso detenerme aquí esta noche, permitidme que dé algunas órdenes.

Dió aquellas órdenes á Francesco Buotti, y éste salió, dejando solos á Lucrecia y Alfonso.

XIII.

Alfonso estaba turbado, aturdido; no acertaba á hablar; miraba fascinado á Lucrecia.

Nada hay que halague tanto á las mujeres, sea cualquiera su inteligencia y su clase, como la fascinacion que causan en el hombre á quien aman.

—¡Oh!—dijo al fin Alfonso,—la palabra humana no basta para hacer conocer vuestra hermosura; el arte es impotente; ¡oh! yo que conocia vuestra alma por vuestras cartas, no sabia que erais tan hermosa del cuerpo como del alma.

—Quisiera pareceros mas hermosa del alma que del cuerpo,—dijo Lucrecia.

—¡Ah! señora, vuestra alma es la de un ángel.

—¿No han llegado á vos las palabras de nuestros enemigos? ¿no os han dicho que yo soy una horrible mujer?

—Calumnias que nadie se hubiera atrevido á proferir delante de mí,—dijo Alfonso, en cuyos ojos irradió un relámpago de valor bravío.

—¡Oh! gracias Alfonso, gracias: ¿y qué noticias traeis de Nápoles?

—El reino adora á mi padre, señora, y los partidarios de los franceses ó han salido del reino, ó callan acobardados; además de eso, nada tenemos que temer: Cárlos VIII ha muerto, y España con un valeroso ejército, á las órdenes del Gran Capitan, protege á Nápoles.

—Cárlos VIII era menos temible que Luis XII,—dijo Lucrecia;—Cárlos VIII era loco, y Luis XII es tonto, adolece de la soberbia de Luis XI, y no hay nada mas peligroso que la soberbia de un imbécil.

—Se ha aplazado, por lo menos, la guerra: cuando Cárlos VIII murió en Amboise, se preparaba á volver sobre Italia.

—No tardará mucho en venir Luis XII; pero no importa, se encontrará con los hierros de las lanzas del Gran Capitan.

Se nubló la serena frente del príncipe.

Lucrecia se estremeció: temió que Alfonso de Nápoles hubiese tenido noticias de sus amores con el Gran Capitan.

Comprendió que debia afrontar la situacion, y la afrontó.

—Me parece,—dijo,—que teneis algo de ojeriza á Gonzalo de Córdova.

—Qué quereis, señora; nuestro primo don Fernando el Católico cree que á pesar de estar la corona de Nápoles en la rama segunda de la casa de Aragon, Nápoles le pertenece, hasta el punto de pretender que no se haga sino lo que su alteza quiere que se haga; y para que se haga lo que su alteza. quiere nos envia, sin duda por quitársele de encima, á un vasallo, que por su valor y su prudencia ha conquistado el renombre de Gran Capitan, y que no tiene de vasallo mas que el nombre; altivo como un rey, cuando aconseja parece que manda; como parece que amenaza cuando se oponen dificultades á lo que aconseja; os aseguro que por mas

que pueda confiarse completamente en su heróico valor que ha producido tantas hazañas, se desea tenerle lejos; lo cual hace con suma frecuencia mi buen tio el señor rey don Fernando el Católico: pero ¿á qué insistir en esto, señora? vos le conoceis; le habeis tenido en Roma, y sabeis cuán insoportable es la leal proteccion del Gran Capitan.

—En efecto, —dijo Lucrecia, —su grandeza ofende, porque á la verdad, Alfonso, los que se creen grandes, se encuentran muy pequeños junto á él: Cárlos VIII, que era el rey mas aventurero, mas audaz y mas emprendedor del mundo, le temía como á un rayo, y no sabia hablar cuando hablaba con él. El Gran Capitan le echó de Roma con una simple intimacion, como se despide á un criado, y tan cogido se vió Cárlos VIII, que bajó la cabeza, salió de Roma, y quince dias despues habia evacuado con su terrible gendarmería la Italia.

—Es cierto; pero habria de desear que el Gran Capitan fuese algo menos rey, ya que no puede ser tan vasallo como otros; y sin embargo, aunque me ofende su altivez, reconozco sus virtudes, las admiro y aun le amo: ¿sabeis por qué le amo, Lucrecia? adivinadlo.

—¡Oh! ¡qué se yo! —esclamó sonriendo Lucrecia, y volviendo su pensamiento hácia el Gran Capitan, porque habia comprendido la causa del afecto del príncipe hácia el.

—Le amo, —dijo Alfonso, —porque tiene de vos una grande idea: un dia que paseábamos junto á la torre del Grecco, me dijo: —No conozco ni en el mar, ni en la tierra, ni en el aire, nada que pueda vencerme mas que una mujer.—¿Y qué mujer es esa, señor Gonzalo de Córdoba?—le pregunté: —Esa mujer, —me respondió: —es la que ha de ser vuestra esposa, la que os hará feliz, y tan feliz que os matará.

—¿Eso os dijo?

—¿Y qué mas queriais que me dijera de vos, sino que la felicidad de poseeros me mataria, ni qué mas elogio para vos que la confesion de ese capitan invencible, de que solo por vos pudiera ser vencido?

—El Gran Capitan une, como nadie, lo cortés á lo valiente, y lo galante á lo altivo, —dijo Lucrecia, volviendo con ira su pensamiento hácia el Gran Capitan, pero sin que saliese á su semblante ni un solo indicio de aquella ira.

Y cambiando de tono y de objeto, añadió:

—Y decidme, ¿habeis visto recientemente á mi hermano César?

—Está con su ejército en Caserta; Luis XII, acaba de nombrarle duque de Valentinois, lo que es una prueba clarísima de la buena amistad del rey de Francia, y de sus buenas intenciones respecto á los Borgias.

—¿Y qué dice el Gran Capitan de mi hermano César?

—Nada.

—¡Nada!—dijo Lucrecia.

Y guardó silencio.

En aquel momento entró Francesco Buotti, y anunció que todo estaba preparado para marchar.

XIV.

Alfonso de Nápoles dió el brazo á Lucrecia, y bajó con ella al patio de la hostería, donde esperaba una litera.

Lucrecia entró en ella: sus damas en otras dos.

Montaron á caballo Alfonso de Nápoles, sus pajes y sus escuderos, Francesco Buotti y sus bravos, y se emprendió la marcha.

—Es hermoso, sencillo, bueno; pero es tonto: no haber comprendido la intencion de Gonzalo de Córdova cuando le habló de mí... decirle que yo soy la única que puedo vencerle, él que me ha vencido, que me ha escarnecido... ¡ah! pobre Alfonso: —«Os hará tan feliz que os matará.»—Yo no, pobre niño; le amo: ¿qué importa que sea sencillo, confiado, inesperto? así no habrá lugar á ninguna lucha; seré su señora; pero si yo no, ellos... ¿pues qué cuando Gonzalo de Córdova se refiere á mí, no se refiere tambien á mi familia?... ¿y nada decís de mi hermano César, señor Gonzalo de Córdova? hay silencios mucho mas elocuentes que cuantas palabras pudieran decirse: pues bien, señor mio, estais en Nápoles; yo iré á Nápoles apenas se efectúe mi casamiento; nos encontraremos; veremos si me venceis ó si os venzo yo.

XV.

Lucrecia se abismó en su pensamiento.

Media hora despues entraban en Roma, en casa de Rosa Vannozia, en la calle de la Longara: Eran cerca de las diez de la noche.

Dos horas antes, á las ocho, habian entrado en su palacio de la plaza de España, la duquesa de Urbino, en su casa de la plaza del Pópolo, Alfonso Crespi y Angiolina.

Crespi, que sabia que aquella noche habia de llegar Lucrecia á Roma, se fué sin tomar descanso, y sin hacer otra cosa que variar de traje, casa de la madre de Lucrecia, donde le encontró esta convertido en su cortesano.

Alfonso Crespi no se satisfacia con que el Papa le hubiese vuelto á su gracia y le hubiese restituido su hacienda en los Estados romanos.

Esto le habia costado mas dinero de lo que valia, y su codicia estaba fija en el puesto de gobernador de Roma.

Era, pues, necesario continuar sirviendo á Lucrecia.

XVI.

Alfonso Crespi, gracias á su larga esperiencia, comprendió que Lucrecia se interesaba demasiado por el príncipe de Tarento, y se volvió á aquel nuevo sol que aparecia en el horizonte.

Lucrecia contestó sonriendo á los cumplimientos de Alfonso Crespi, y le presentó á su prometido como uno de sus mas fieles servidores.

Alfonso de Nápoles se inclinó hácia Crespi, solo porque Lucrecia le habia hablado en favor suyo.

Alfonso Crespi sonrió en el fondo de su alma y se agarró al príncipe, como un elemento de fuerza.

Se preparaba un nuevo drama.

Parecia que la fatalidad le arrojaba á la otra vida ante el paso de Lucrecia.

XVII.

Cuando despues de una estancia de media hora, casa de Rosa Vannozia, se despidió el príncipe de Tarento para dirigirse al palacio Quirinal, donde le habia señalado habitacion el Papa, Alfonso Crespi le dijo:—«V. E., señor, sois nuevo en Roma, y yo soy tan antiguo en ella, como que he nacido dentro de sus muros; vuestra servidumbre es nueva tambien; las calles oscuras y peligrosas: permitidme, señor, que os acompañe con mis bravos, que son demasiado valientes, para que no pueda aconteceros ninguna mala aventura.»

—Sí, sí, señor Alfonso Crespi,—dijo Lucrecia;—acompañad al príncipe hasta el Quirinal.

Alfonso de Nápoles y Crespi salieron con sus respectivas servidumbres, y apenas se hubieron quedado solas la madre y la hija, cuando se abrió una puerta y apareció un altísimo personaje, en cuyos brazos se arrojó Lucrecia, esclamando:

—Hemos vencido.

Aquel personaje era Alejandro VI.

CAPITULO XIX.

En que Lucrecia hace salir definitivamente de la escena á Alfonso Crespi.

I.

Lucrecia habia visto, no sin inquietud, lo servicialísimo que se habia mostrado Alfonso Crespi al príncipe de Tarento.

La idea de Angiolina brotó en la viva y esperimentada imaginacion de Lucrecia.

Conocia demasiado á Alfonso Crespi: habia acabado de conocerle en los bajos servicios que la habia hecho en Florencia, y tenia razones bastantes para creerle capaz de todo, hasta de sacrificar á su hija en aras de su ambicion y de su soberbia.

Ni Lucrecia habia pensado en interponer toda su influencia para con el Papa, respecto al deseo que Crespi alentaba de ser gobernador de Roma, ni hubiera sido fácil lograr que el sagaz Alejandro VI confiriese un cargo de tal importancia á un hombre de quien no podia fiarse.

Lucrecia suponia, no sin razon, que Crespi conocia todas estas dificultades, y por lo tanto recelaba que el astuto y viejo conspirador pretendiese valerse como de un instrumento del jóven é inesperto Alfonso de Nápoles.

II.

Sin embargo, entraba en la conducta de Lucrecia el no obrar á consecuencia de un primer indicio; jamás, por mucho que recelase, demostraba su recelo, ni dejaba de dar rienda á las cosas para conocerlas mejor y obrar de una manera segura, sin riesgo de equivocarse.

Practicaba el principio de que no debe avisarse al traidor de que se

conoce su traicion, para no obligarle á buscar un medio mas seguro y mas oculto de llevarla á cabo.

Traidor conocido deja de ser terrible, y lo es tanto menos, cuanto el traidor cree mas que no se conoce su traicion.

III.

Lucrecia, pues, dejó correr los sucesos; sonrió; halagó á Alfonso Crespi; se le mostró completamente confiada. Pero le rodeó de ojos que viesen hasta sus menores gestos; de oidos que escuchasen hasta sus mas insignificantes palabras.

De la misma manera rodeó de espías á Alfonso de Nápoles.

Muy pronto supo que el príncipe habia sido convidado á un almuerzo por Alfonso Crespi en un magnífico jardin que éste poseia en Beletri.

Cuando por la noche el príncipe fué á ver á Lucrecia á la villa Borgia, esta le encontró vagamente triste, concentrato, abstraido.

Lucrecia acostumbraba á preguntar á Alfonso cuando le veia:

—Y bien, ¿qué habeis hecho durante el tiempo en que no nos hemos visto?

La noche del dia en que sus espiones la dijeron que el príncipe habia salido por la mañana muy temprano á caballo, que habia ido á Beletri, que habia almorzado con Alfonso Crespi y Angiolina, y que habia vuelto por la tarde de Roma, le hizo la misma pregunta, sonriendo tranquila y enamorada.

El príncipe la contestó como siempre:

—He pensado en vos.

Pero aquella noche el acento del príncipe era distinto del de las noches anteriores.

—¿Y dónde habeis estado?—le preguntó Lucrecia, siempre tranquila y sonriente.

—He ido á Beletri,—dijo con algun embarazo el príncipe.

—¿Y á qué?—preguntó con coquetería Lucrecia;—ya sabeis que yo quiero que me digais todo lo que haceis, todo lo que pensais, todo lo que deseais, todo lo que esperais.

—Alfonso Crespi, que me ha sido recomendado vivamente por vos,—respondió ya mas sereno Alfonso de Nápoles;—que me muestra una gran afeccion; que por su rango, como uno de los mas influyentes patricios de Roma, merece ser atendido, me suplicó aceptase su invitacion á un almuerzo en su jardin de Beletri; y en verdad, en verdad, que el jardin es magnífico: estátuas, fuentes admirables, un pequeño y lindo palacio. Ese hombre debe ser riquísimo, Lucrecia.

—Diez veces mas rico que vuestro padre; la mitad mas que el rey de Francia, y casi tanto como los reyes de España: os daria un almuerzo suntuoso, alegre, concurrido.

—¡Ah! no; un almuerzo sencillo y solitario: él y yo solos.

—¡Ah!—esclamó Lucrecia.

Alfonso no pudo comprender el valor de aquella esclamacion; pero le pareció estraña.

—¿Qué os admira,—dijo con alguna turbacion,—en que Alfonso Crespi y yo hayamos almorzado solos?

—Me admira tal carencia de vanidad en Alfonso Crespi, puesto que no os ha hecho ver lo mas hermoso que tiene: su hija, la mujer mas reputada por hermosa en Roma, y aun en Italia.

—¡Ah!—esclamó Alfonso, poniéndose encendido;—la mujer mas hermosa del mundo sois vos.

Lucrecia sintió en aquellas palabras de Alfonso el acento de la mentira.

Comprendió que su prometido estaba gravemente impresionado por Angiolina; sintió la mano de Alfonso Crespi, y se estremeció de furor.

Pero aquel estremecimiento se apagó dentro de su alma.

—Yo os haré conocer á esa divina criatura,—dijo, manteniendo su tranquilidad, su aparente descuido,—y os convencereis de que es imposible encontrar una mujer tan hechiceramente hermosa como Angiolina; pero pasemos á otro asunto: de seguro no os estima de balde Alfonso Crespi, ni de balde se esfuerza por obsequiaros: me atreveria á asegurar que, sabiendo cuanto yo os amo, os ha puesto por intermediario para alcanzar una pretension suya, que no se le ha negado, pero la satisfaccion de la cual es difícil, y especialmente en ciertas circunstancias: se le han dado esperanzas, que se realizarán algun dia; pero él se impacienta, se siente viejo, y sobre todo, quiere ser, cuantos mas años le sea posible, gobernador de Roma: es insaciable, no le satisfacen las inmensas riquezas que tiene; codicia mas: no hay que estrañarlo; á tales tiempos hemos venido, que así son todos nuestros servidores: se hacen pagar muy caro.

—Por lo que veo, Lucrecia,—dijo tranquilamente el príncipe, porque creia que su prometida desconfiaba de él,—no estais muy dispuesta á acceder á la solicitud de Alfonso Crespi.

—No lo estaba; es decir, no podia estarlo; pero si vos os interesais por él, es ya distinto: será.

—¡Oh! gracias, Lucrecia: yo no creia que fuese tan difícil la pretension de Crespi, y le habia prometido, contando con vuestro amor, el cargo que desea.

—Lo tendrá; pero que espere; poco, un mes: esto es ya tenerlo; no puedo hacer mas por vos que mantener el honor de vuestra palabra, á pesar de que me exigís un sacrificio.

—¡Ah! eso prueba cuánto me amais, y yo no puedo deciros mas que lo que os he dicho tantas veces: vuestro, vuestro hasta la eternidad.

Pero Lucrecia vió con una cólera latente que Alfonso aceptaba un sacrificio que ella habia exagerado. ¿Qué habia sucedido, pues?

¿Habian sido torpes sus agentes, ó la habian engañado? Solo la habian dicho que Angiolina habia asistido al almuerzo triste y distraida, y que el príncipe se habia impresionado por ella.

IV.

No hay que estrañar que sin que Alfonso Crespi lo hubiera podido evitar se hubiesen recogido noticias acerca de lo que habia sucedido dentro de su casa.

Italia es el pais de los esbirros: un esbirro pasa de molécula en molécula, ó mas bien atrae á sí desde lejos de molécula en molécula, ó por mejor decir, de indivíduo en indivíduo, todo lo que necesita saber. Así Venecia sentia hasta la respiracion de sus enemigos.

El esbirro italiano es el *non plus ultra*, el bello ideal del esbirro.

Lucrecia tuvo el buen tacto de cambiar de conversacion.

Cuando á las nueve de la noche se despidió de ella Alfonso de Nápoles, en cuanto se quedó sola, tomó la pluma y escribió la siguiente carta:

«César: no te fies del Gran Capitan; procura engañarle, lo cual no es fácil; has debido comprenderlo. Te lo advierto, sin embargo, para que te encubras mejor. Envíame á Micholotto; lo necesito, y esto al momento: cambia de situacion si te es posible, y ocupa con tu ejército un punto intermedio á Nápoles y Roma, lo mas lejos de Nápoles que pudieres: esto importa mucho. Tu hermana,—*Lucrecia.*»

Cerró y selló esta carta, y llamó irritada, sombría, á Francesco Buotti.

—Al momento,—dijo,—un hombre de confianza, á caballo, y sin perder tiempo, esta carta á Caserta, al duque Valentino.

V.

Buotti salió con la carta.

Lucrecia llamó á Paolo, otro de sus esbirros de confianza.

—Hace mucho tiempo que no te ocupas en nada,—le dijo Lucrecia cuando se le presentó.

—Es verdad, escelencia, —dijo Paolo, —y me fastidio; pero no es mia la culpa.

—¿Conoces al patricio Alfonso Crespi?

—Sí, escelencia.

—¿Cuánto tiempo necesitas para prepararlo todo, de modo que no sobrevengan compromisos de ningun género?

—Escelencia, me basta con el tiempo que se me señale.

—Próximamente, un mes.

—En un mes puede hacerse mucho.

—En buen hora; te doy ese mes, ya lo sabes; que Alfonso Crespi no pueda ver, ni oir, ni hablar, sin que tú veas y oigas lo que vea, oiga ó hable.

—Bien, escelencia.

—No quiero hablar mas de esto; no quiero que se me diga nada.

—Bien, escelencia; hablarán los hechos.

—Manda preparar una litera, que tú escoltarás con cuatro esbirros.

—Muy bien, escelencia.

—Véte.

Paolo salió lanzando una avara mirada á la hermosura de Lucrecia.

VI.

Un momento despues, Lucrecia, envuelta en un manto, y cubierta con un sombrero, entraba en una litera que la esperaba en el vestíbulo del palacio.

—A casa del duque de Urbino, —dijo.

La litera se puso en marcha, entró en Roma por la puerta del Pópolo, y poco despues se detenia en el pórtico del palacio del duque de Urbino.

Paolo entró y dijo al portero:

—Decid á su escelencia la duquesa de Urbino, vuestra señora, que mi señora su escelencia la duquesa de la Romanía viene á verla, y espera á su puerta.

Y el portero, al oir tan ilustre nombre, dió á correr escalera arriba, y apareció poco despues, manifestando que su señora esperaba con impaciencia á la duquesa de la Romanía.

Salió de la litera Lucrecia, atravesó el vestíbulo, subió las escaleras, y en el primer descanso de ellas encontró á Isabel, que la esperaba acompañada de cuatro de sus damas, entre las cuales estaba Angiolina.

Una larga mirada de ódio que partió de los ojos de Lucrecia, fué á caer sobre la pobre jóven.

Pero aquella mirada fué un relámpago, y se apagó instantáneamente.

Isabel bajó dos escalones y asió las dos manos de Lucrecia.

Esta se las estrechó vivamente; sonrió á Isabel, y la besó en la boca.

A Isabel le pareció aquel un beso de Júdas.

Y mientras Lucrecia daba su sombrero y su manto á Paolo, que hasta allí la habia seguido, Isabel volvió la cabeza y se frotó fuertemente los lábios con el pañuelo, temerosa de que Lucrecia llevase en los suyos un cosmético venenoso, del cual estuviese defendida por un contraveneno.

Hasta tal punto llegaba la fama de envenenadores de los Borgias.

VII.

Las dos duquesas subieron asidas de las manos, el tramo que quedaba de escalera, seguidas de las damas.

—Necesito hablaros á solas,—dijo Lucrecia á Isabel, cuando hubieron atravesado una magnífica antecámara.

Isabel se detuvo delante de una puerta, y dijo á sus damas.

—Podeis retiraros, señoras.

Despues entró sola con Lucrecia, y llevándola siempre asida de la mano, en una gran cámara, y luego en un pequeño camarin, en que se habia apurado el lujo.

—Supongo,—dijo fria y severamente Lucrecia,—que no nos escuchará nadie, porque no os conviene que nadie escuche; porque si escucháran, serian testigos de vuestra humillacion.

Isabel se puso pálida de cólera, pero se contuvo y contestó brevemente:

—Nadie escucha; sentáos.

—No nos hemos visto desde la noche en que de una manera, por cierto bien estraña, nos vimos en Beletri,—dijo Lucrecia.

—Sí;—respondió Isabel,—desde la noche en que envenenaron á Genaro Orsini,—contestó con un ligero sarcasmo Isabel.

—Sí, eso es;—dijo friamente Lucrecia;—no esperaba tener necesidad de veros; pero entre vuestras damas hay una que no quiero que esté en Roma; á lo que parece, se ha tratado de casarla con monseñor Cosme Caracciolo, senador de Venecia, que segun creo, está perdidamente enamorado de ella.

—¿Se trata pues, de Angiolina Crespi?

—Sí; de Angiolina.

—¿Sabeis, Lucrecia, que Angiolina os es fatal, y que á lo que veo se enamoran de ella los que vos amais?

—Puede ser; por lo mismo, necesito librarme de esa fatalidad, de una buena manera: no es ella, es su padre, que ha perdido todo pudor,

todo freno por su ambicion; que la ofrece á todos los que pueden servirle de algo, como se ofrece una mercancía; y como la mercancía es bella, y los hombres no porque amen dejan de codiciar la hermosura de las que no aman, hé aquí que hay que interesarse por esas pobres jóvenes que tienen padres como Alfonso Crespi: ¿quereis decirme, Isabel, dónde ha estado hoy Angiolina?

—En Beletri con su padre.

—Me alegro mucho de que no me negueis un hecho del que tengo noticias exactas.

—¿Y por qué habia de negároslo yo, señora, ni qué me importa á mí que odieis á Angiolina porque es vuestra rival, y á su padre porque se vale de ella para sus negocios? ¿por quién me tomais, Lucrecia? si somos enemigas, porque un mismo hombre nos ha burlado á las dos, si pretendí apoderarme de vos y vos de mí, si entre nosotras existe un ódio inestinguible, hacedme al menos la justicia de no calumniarme; amo á Angiolina, y porque sé que su padre acabará por perderla, la busco un buen marido; pero de esto á que yo autorice intriga alguna contra vos, de que sea el medio Angiolina, hay una gran distancia; aborrecedme, en buen hora, pero no supongais en mí bajezas de que no me siento capaz.

—No he supuesto nada, no vengo á suponer nada; vengo solo á deciros: —Escribid á Cosme Caracciolo; decirle que salga de Venecia para Nápoles, adonde irá Angiolina para entregarle su mano; y si como creo, monseñor Cosme Caracciolo está locamente enamorado de Angiolina, se apresurará á ir á Nápoles.

—¿Desde cuándo acá, —dijo con altivez Isabel, —cree la duquesa de la Romanía que la duquesa de Urbino está sujeta á su voluntad como una sierva?

—Desde que Guido Ubaldo, esposo de la duquesa de Urbino, anda en conspiraciones contra el Santo Padre, incitado por su esposa, y favorece á herejes y se pone de parte del cardenal Julio de la Rovere, y tan torpemente, que puede usarse de pruebas contra ellos; en fin, desde que la duquesa de la Romanía sabe que hay causa bastante para encerrar en el castillo de Sant Angelo á Guido Ubaldo y á su noble esposa; confiscarles los bienes y sentenciarlos á una reclusion perpétua.

—¿De modo, —dijo Isabel, —que es la reina de Roma quien me dicta condiciones?

—Como querais.

—¿De modo que hay que ceder al poder de una tiranía que no se puede contrarrestar?

—Vos lo vereis.

—¿Y de modo que si hemos de conservar nuestra libertad, nuestros estados, y tal vez nuestra vida, es necesario servir de rodillas á la reina de Roma?

—¿Por qué os habeis atrevido á luchar con ella, —dijo Lucrecia poniéndose con energía de pié, —si debíais tener la seguridad de que habíais de quedar vencida en la lucha?

—Cuando no se puede oponer mas que una débil resistencia; cuando las fuerzas enemigas son infinitamente superiores; cuando toda retirada es imposible, lo mas digno es rendirse y entregar la espada sin combatir; esperar sin impaciencia un dia de venganza, y cuandó la suerte se haya cambiado, cuando podamos vencer sin esfuerzo, olvidarse de toda generosidad; cobrar por entero la partida y ensañarse en el triunfo.

—En buen hora, Isabel, en buen hora; si llega ese caso, me someteré á mi suerte con altivez, como hoy os someteis á la vuestra.

—Os voy á dar un leal consejo, Lucrecia, —dijo Isabel; —no os burleis de mi ódio; no creais que siempre han de ser vuestras las ventajas; hoy que sois fuerte, ponedme por completo fuera de combate, no sea que os arrepintais tarde.

—No; me habeis hecho sufrir demasiado, para que yo perdone el placer de veros vencida, irritada, anhelando un dia de venganza: ¡ah! ¿os habeis olvidado ya? ¿no pretendísteis robarme para vuestras conspiraciones á un hombre que yo queria para Roma? ¿no me lo disputásteis? ¿no os pusísteis frente á frente de mí, confiando neciamente en vuestra astucia, en vuestra hermosura?

—Tan neciamente, Lucrecia, como vos confiásteis en vuestro talento, en vuestros encantos: el Gran Capitan no ha hecho traicion á sus señores ni por Roma ni contra Roma; fuerza es confesar que nos ha dejado tan humilladas á la una como á la otra; lo que no impide que nos odiemos, porque estoy segura de que le amábais, y que por él hubiérais sido capaz de hacer traicion á Roma.

—¿Y quereis decirme por qué suponeis eso?

—¿Por qué? porque yo le amaba y hubiera sido capaz por él de hacer traicion á los enemigos de Alejandro VI, empezando por mi marido.

—¿Y á qué esta inútil disputa? —dijo Lucrecia; —oid, Isabel: mañana escribireis á monseñor Caracciolo que para últimos de Setiembre estareis con Angiolina en Nápoles, para cuya ciudad os pondreis en camino con Angiolina; dentro de tres dias, si Alfonso Crespi se niega á este viaje, armaos de energía: si aun así no pudiérais seducirle, avisadme.

—Y bien, las condiciones por las cuales deba yo recibir la recompensa de ese servicio.

—La seguridad de que nunca se hará nada contra vosotros, por las

traiciones secretas que habeis urdido contra el Santo Padre; la pacífica posesion de vuestros estados en la Romanía, y un alto cargo honorífico, á vuestra eleccion, para el duque de Urbino.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—Obedeceré ciegamente.

—Os lo perdonaré todo: os llamaré mi amiga y lo seré lealmente, si me complaceis.

—Por ahí debíais haber empezado, señora, y hubiérais escusado todo lo enojoso de esta conversacion.

—Os creia y os creo mi enemiga.

—Pero no tanto, ya os lo he dicho, que me valga contra vos de bajos medios; comprendo vuestra situacion; temeis que el inesperto jóven destinado á ser vuestro esposo, caiga en el lazo que le ha tendido el insaciable Alfonso Crespi que le ha hecho ver á Angiolina; pero estad tranquila Lucrecia; amo demasiado á esa pobre niña para permitir que Alfonso Crespi la sacrifique á su ambicion; he sabido por ella misma con qué objeto la llevó su padre á Florencia, y antes de que vos vinieseis, estaba resuelta á protejerla de la única manera que me es posible: uniéndola cuanto antes á monseñor Caracciolo; ya veis que no cedo á vuestras intimaciones, y que en vez de oprimirme me ofreceis una ayuda que yo habia pensado pediros, en el caso de que Alfonso Crespi pretendiese prevalerse de su autoridad paterna, para hacerse un miserable instrumento de su hija: os ruego, pues, señora, que olvideis las palabras duras que me habeis oido, como yo he olvidado tambien las vuestras, y que no se hable mas de tiranía, ni de servicios, ni de condiciones; ni se piense en recompensas ni en castigos; en el negocio de que nos ocupamos, no somos dos enemigas, sino dos aliadas.

—En otro tiempo Isabel, éramos muy amigas.

—Volvamos, pues, si vos lo quereis, á serlo.

—En buen hora.

—Con toda mi alma.

Y aquellas dos mujeres, de las cuales no podia decirse quién mentia mas, se asieron de las manos y unieron en un sonoro beso las dos bocas mas hermosas y mas traidoras del mundo.

Despues de esto, Lucrecia salió asida de la mano por Isabel, hasta donde la esperaba Paolo, teniéndola su manto y su sombrero.

Besáronse allí de nuevo las amigas-enemigas; Lucrecia se puso el sombrero y el manto, salió del palacio Urbino, y volvió á la Villa-Borgia.

VIII.

Nada de esto supo el jóven Alfonso de Nápoles; ni pudo esplicarse por qué no habia vuelto á ver á la hermosísima Angiolina.

Alfonso Crespi, que se habia opuesto enérgicamente á la partida de Angiolina, pretestando que su casamiento tan de improviso, con Caracciolo, tenia todos los visos de una impaciencia estraña y poco decorosa, recibió cuatro horas despues de haber dado esta contestacion á la duquesa de Urbino, un mensaje de Lucrecia que le llamaba á su palacio.

IX.

Voló allá Alfonso Crespi.

—Gobernador de Roma,—le dijo sonriendo Lucrecia:—os llamo para interponer la influencia que pueda tener con vos, en favor de una amiga mia, á quien por causa de vuestra hija, habeis hecho sentir toda vuestra omnímoda autoridad paterna.

—¡Ah! tan buen arma ha buscado la duquesa de Urbino, que echa abajo con ella y de un solo golpe, toda mi autoridad; parta en buen hora Angiolina, yo la acompañaré; por mas que me parezca prematuro este casamiento.

—No, señor Crespi, no;—dijo Lucrecia;—permaneced en Roma; os necesitamos en ella; estad seguro de mi amistad y de mis buenos oficios.

Crespi sonrió satisfecho.

Lucrecia habia sabido engañarle.

—Permaneceré en Roma,—dijo,—puesto que esa es vuestra voluntad.

—Vuestra bella hija, señor Crespi, va á encontrar en Nápoles á su esposo, bastante autorizada por la duquesa de Urbino que la ama tanto, que quiere ser madrina en sus bodas; á vos os necesitamos aquí mucho, mucho; mas de lo que creeis; preparad las galas de desposada de vuestra hija, y no seais tirano: dejadla que parta cuanto antes.

—Dentro de ocho dias, señora, se pondrá en camino; porque no creo que tarde mas la carta de monseñor Caracciolo, anunciando que sale de Venecia para Nápoles, donde debe esperar á mi hija.

—Gracias, señor Crespi; ya sabia yo que todo podia esperarlo de vos; de mi cargo queda demostraros hasta qué punto soy agradecida.

X.

Alfonso Crespi salió completamente seducido, creyéndose ya gober-

nador de Roma, y arrepintiéndose de haber pretendido buscar una influencia en Alfonso de Nápoles.

Ocho dias despues, Lucrecia recibió por medio de un paje de la duquesa de Urbino, una carta de esta, á la que iba adjunta otra de monseñor Caracciolo.

En aquella carta que revelaba á un hombre locamente enamorado, el noble senador de Venecia anunciaba que se ponia inmediatamente en camino para Nápoles.

Lucrecia devolvió esta carta á Isabel, dándole las gracias por habérsela enviado.

Al dia siguiente, Angiolina, con la duquesa de Urbino, acompañada de una brillante servidumbre, y escoltada por algunos bravos á caballo, se ponia en camino para Nápoles.

XI.

Aun no se habian alejado de los muros de Roma, cuando Lucrecia llamó á Paolo y le dijo:

—Esta noche...

—¿Crespi?

—Crespi.

—¿A qué hora?

—Cuando vuelva á su casa.

El bravo salió.

Lucrecia escribió esta lacónica carta á Crespi.

«Os espero esta tarde en la viña de mi madre, donde cenaremos juntos.»

Crespi no se acordó de que en aquella viña habia cenado el duque de Gandía la misma noche en que fué asesinado, y acudió á la cita creyendo volver de ella con el nombramiento de gobernador de Roma.

En efecto, Lucrecia, que durante la cena estuvo como su madre, lo mas complaciente del mundo, con Crespi, al concluir, le entregó un pliego cerrado. Le abrió estremecido de impaciencia Crespi, y se encontró con el nombramiento de gobernador de Roma.

Se arrojó ébrio de alegría á los piés de Lucrecia.

—¡Ah!—dijo;—nunca me arrepentiré bastante de no haber sido siempre leal á Su Santidad; pero nadie ha servido nunca á Su Santidad como yo le serviré.

—Así lo esperamos,—dijo Lucrecia alzándole.

Crespi levantó las manos y la dijo:

—Estoy tan conmovido, señora, que me atrevo á pediros licencia para retirarme.

—Sí, sí, id, señor Crespi: ya es tarde; hace tiempo ha sonado el toque de queda; pero que os acompañen; á pesar de todos nuestros esfuerzos no hemos podido limpiar á Roma de bandidos nocturnos.

—¡Oh! gracias, señora: nada me acontecerá; yo no tengo enemigos.

—Como gusteis; adios.

—Adios, señora.

XII.

Crespi salió. Tomó la calle de la Longara y adelantó por ella para ganar el puente de San Sixto.

La noche estaba densamente oscura.

A lo lejos se veia un pequeño y débil punto luminoso. Era la luz de la lámpara que ardia delante de una Santa Madona, en el pórtico de la iglesia de Regina Cæli.

Alfonso Crespi iba profundamente sumido en el sueño de su ambicion satisfecha, y no reparó en que mucho antes de llegar á la iglesia, dos bultos habian salido del hueco de una puerta y le seguian.

Mas allá del hueco de otra puerta salieron otros dos bultos y se pusieron tambien en seguimiento de Crespi.

Estos hombres debian ir descalzos, porque no se oia el ruido de sus pasos.

XIII.

Cuando Alfonso Crespi llegó delante del pórtico de Regina Cæli, tan bueno le habia hecho en aquel momento la felicidad, que sintió un vehemente deseo de orar ante la Santa Madona. Subió las gradas del pórtico y se arrodilló.

Pero apenas se habia arrodillado, cuando de un irresistible empellon le arrojaron al suelo y sintió una puñalada en la cara.

Se alzó de un salto, porque Alfonso Crespi, aunque viejo, era fuerte y bravo, y echó mano á la espada.

Pero era ya tarde y no le dieron tiempo para desenvainarla.

Cuatro hombres que se arrojaron sobre él, le cosieron á puñaladas.

—¡De parte de la duquesa de la Romanía, traidor! —dijo roncamente una voz que oyó Crespi entre las ánsias de la muerte.

—¡Ah! su agradecimiento.... el agradecimiento de los Borgias.... malditos sean; —dijo Crespi espirante.

Luego cayó de costado.

Paolo se inclinó sobre él.

La luz de la lámpara le iluminaba el rostro: respiraba aun. Paolo descargó una terrible puñalada en el costado izquierdo de Crespi, que lanzó un sordo gemido y ya no respiró.

—¡Ah! maldito, —dijo Paolo: —he temido que tuviera siete vidas como los gatos.

Luego le abrió el sayo, y buscando bajo él, y ensangrentándose las manos, encontró un pliego.

Aquel pliego era el nombramiento en favor de Crespi de gobernador de Roma.

Estaba partido por la puñalada que le habia rematado.

—Idos y silencio, —dijo Paolo á los otros tres bravos.

Los asesinos se perdieron como sombras en la oscuridad.

Paolo abrió la escarcela de Crespi, encontró en ella una bolsa llena de oro, y se la guardó.

Despues cortó á Crespi el dedo del corazon de la mano izquierda, en que tenia una sortija: esto no era otra cosa que estraviar la opinion acerca de la causa del asesinato, dejando en el cadáver los vestigios de un robo. Despues Paolo tomó á gran paso el camino de la casa de Rosa Vannozia, donde encontró á Lucrecia y la entregó el nombramiento ensangrentado.

Al amanecer se encontró el cadáver de Alfonso Crespi, y como lo habia procurado Paolo, por la escarcela abierta y vacía, y por el dedo cortado, se atribuyó el asesinato á ladrones.

Nadie habia visto el crímen.

Giuseppe, el imbécil, no habia podido estar aquella noche allí.

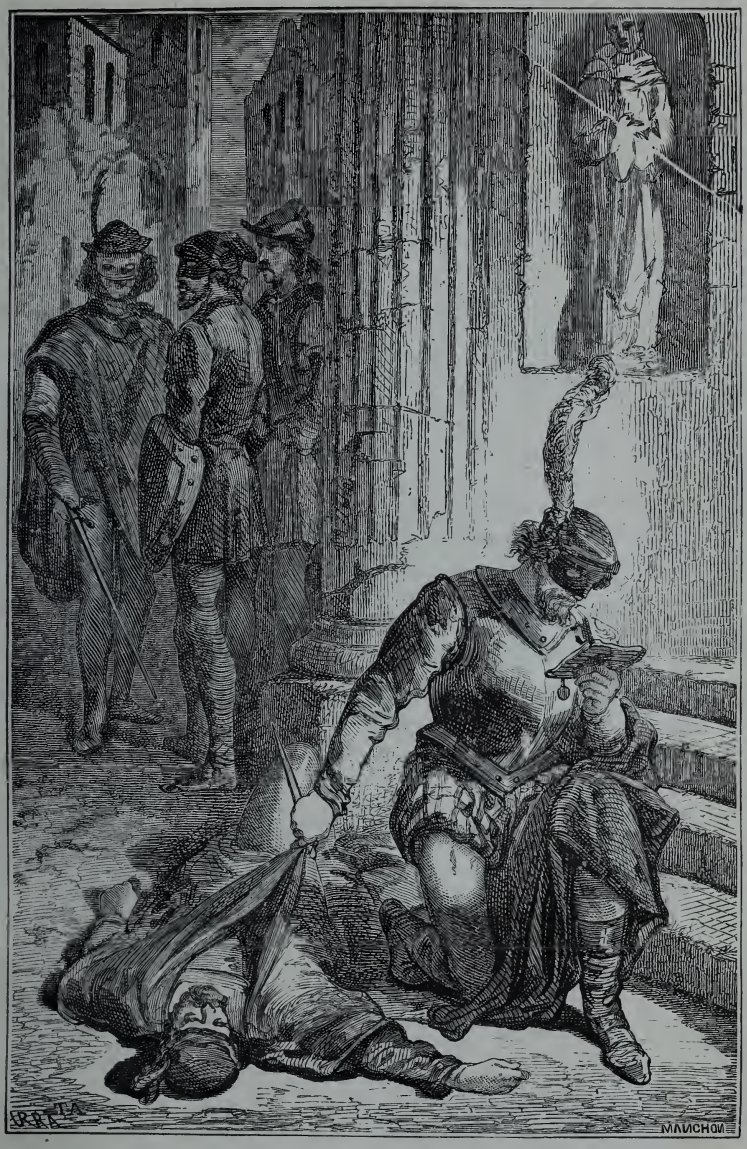


Lámina 20. — ... Encontró un pliego.

CAPITULO XX.

Lo que aconteció á Angiolina en su viaje de Roma á Nápoles.

I.

Inmediatamente despues del asesinato de Alfonso Crespi, Micholotto, con los cuatro esbirros que le habian ayudado en aquel crímen, montó á caballo, y salió de Roma tomando el mismo camino que por la mañana habia tomado Isabel de Gonzaga con Angiolina.

Micholotto y los suyos iban muy á la ligera: cambiaban los caballos cansados, dando por el cambio lo que les pedian, y seguian rápidamente la marcha.

Debian, pues, llegar á Sesena, en la república de San Marino, donde se encontraba César Borgia con su córte y con su ejército antes que Angiolina.

II.

En cuanto á Alfonso Crespi, le enterraron silenciosamente, sin funerales, en la iglesia de Santa María del Pópolo, cerca del lugar donde estaba sepultado el duque de Gandía, en cuyo asesinato habia tomado una gran parte Crespi.

Angiolina no debia conocer hasta mas tarde la muerte de su padre.

Ningun pariente que no fuese enemigo suyo habia dejado en Roma, y la duquesa de Urbino, que era la que podia haberla dado noticias si hubiera permanecido en Roma, la acompañaba.

En cuanto al duque de Urbino, habia visto en aquel asesinato la mano de los Borgias, tanto mas cuanto que aun no se habia sepultado el cadáver de Crespi, y ya habian sido confiscados sus bienes.

El duque de Urbino temia que en un momento imprevisto los Borgias hiciesen con él lo mismo que habian hecho con Crespi.

Envió, pues, un emisario con órden de reventar caballos y de alcanzar á la duquesa antes de que esta llegase á Sesena.

Este emisario llevaba una carta que debia entregar á la duquesa particularmente.

III.

En cuanto á Micholotto y sus cuatro esbirros, en la noche del mismo dia, en cuya madrugada habian salido de Roma, llegaron á Foligno, habiendo cambiado de caballos en Narni, sin tomar descanso: en Foligno comieron y descansaron cuatro horas.

No tenia ya prisa Micholotto.

Esto consistia en que en Foligno le habian dicho que la duquesa de Urbino habia llegado aquella misma tarde allí, y habia descansado un momento para pernoctar en Sigillo, pueblo á tres leguas de Foligno.

Mientras cenaban entró un hombre en la hostería, y sin reparar en Micholotto ni en sus esbirros, que tenian puestos los antifaces, dijo al hostalero:

—¿Hace mucho tiempo que ha pasado por aquí mi señora la duquesa de Urbino con gran acompañamiento de damas, caballeros y gente de armas?

—No, pardiez,—contestó el hostalero;—á las tres de la tarde marchó, y ya debe estar descansando en Sigillo.

—Gracias, y adios,—dijo el que habia preguntado.

Y montando á caballo, partió.

IV.

Micholotto habia reconocido á Bartucio, jefe de los esbirros del duque de Urbino.

—En buen hora,—dijo entre dientes,—les lleva la noticia de que el otro ha concluido sus asuntos por acá abajo: así como así lo negro sienta muy bien á la señora Angiolina.

Y se bebió de un trago una jarra de vino.

Antes de las doce Micholotto y los suyos pasaron por medio de Sigillo, envueltos en las tinieblas y en el silencio.

No se detuvieron hasta Fossombrone, donde llegaron á las diez del dia siguiente, y mudaron de caballos.

Inmediatamente se pusieron en camino, para hacer las nueve leguas

que restaban desde Fossombrone á Sesena, en donde se encontraba, como hemos dicho, César Borgia.

V.

Al oscurecer encontraron cerca de Rímini un tropel de caballeros, á los que acompañaban como hasta diez ó doce hombres de armas venecianos.

Eran gentes de Juan Caracciolo, que iban á encontrar, para acompañarles, á Angiolina y á Isabel de Gonzaga.

Micholotto y sus cuatro esbirros pasaron silenciosos y enmascarados por entre estos caballeros y estos hombres de armas.

Llegaron á Rímini; pararon; y á las nueve de la noche Micholotto, cubierto de polvo y de sudor, entregaba á César una carta de Lucrecia.

Aquella carta era breve y terrible:

«Hermano, decia, Isabel de Gonzaga y Angiolina Crespi van á pasar sobre tu camino; apodérate de ellas, deshónralas, mátalas, que se pierda hasta su memoria; son la hija y la esposa de dos de nuestros enemigos; Alfonso Crespi no puede serlo ya; dentro de poco no podrá serlo Urbino; adios; apodérate de Faenza, como te has apoderado de Sesena, de Citá Castellana y de todo cuanto pertenecia á los rebeldes vicarios de Roma; luego ven á presenciar mis bodas con Alfonso de Nápoles; la fortuna nos sonrie; el porvenir es nuestro: Adios. — *Lucrecia.*»

—Conque Alfonso Crespi..... —dijo sonriendo suavemente César.

—Sí, magnífico señor; —contestó Micholotto; —cabalmente en el mismo sitio en que emprendió su último viaje vuestro hermano.

Nublóse levemente la faz de César.

—¿Dónde has dejado á la hermosa Isabel de Gonzaga? —dijo.

—En Sigillo.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—¿Cuándo saliste de Roma?

—Ayer á las tres de la madrugada.

—¿No has encontrado á nadie mas en el camino?

—Sí, señor; á cuatro caballeros venecianos con sus criados y doce lanzas de la serenísima república.

—Bien, —dijo César; —mañana pasarán por aquí la duquesa de Urbino y Angiolina Crespi: toma los hombres que se necesiten para

rendir á esas lanzas venecianas y á los criados que acompañan á Angiolina, y vé á colocarte con ellos en el bosque entre Sesena y Forlí: tú te apoderas de Angiolina, y que Fabricio, que debe acompañarte, se apodere de la duquesa: esto en el momento, mientras nuestras gentes sostienen el combate con los de Venecia: luego, á campo atraviesa, te las llevas á casa de Vampa, donde yo estaré esperando: vete á descansar.

Micholotto besó la mano á César, y éste dejó en la del jefe de sus esbirros un grueso diamante que valia algunos cientos de florines.

VI.

Entretanto Giovanni Bartucio, jefe de los esbirros del duque de Urbino, habia llegado á Sigillo y á la hostería de las llaves de San Pedro donde habia pernoctado Isabel de Gonzaga.

Bartucio preguntó si su señora tenia ó no aposento separado, y habiéndole respondido que sí, se informó de cuál era; llegó á él, y llamó recatadamente.

Á poco se oyó una voz fresca que respondió desde detras de la puerta.

—¡Ah! eres tú, mi querida Roseta,—dijo Bartucio reconociendo por la voz á la doncella favorita de Isabel de Gonzaga.

—Y tú eres el mal hombre de Bartucio, ¿no es verdad?—dijo desde adentro Roseta.

—El mismo, ángel mio,— contestó Bartucio.

—¿Y á qué vienes?

—Con una carta muy importante del señor para la señora.

—Espera á mañana; la señora está muy cansada y duerme.

—No es cosa de esperar, Roseta; el tiempo que se pierda es precioso: se trata, segun me ha dicho el duque, de un asunto muy grave.

—Espera, voy á despertar á la señora.

VII.

Bartucio esperó á oscuras en el corredor, á donde correspondia la puerta del aposento que ocupaba la duquesa.

Algunos minutos despues la puerta se abrió, y apareció Roseta, que era una hermosa jóven, en que se revelaba el tipo romano del Trastévere, con una bugía en la mano.

Bartucio entró recatadamente.

—Cierra,—dijo á Roseta.

—Parece que vienes á cometer un crímen, malvado, —dijo Roseta riendo.

—Silencio, vengo de incógnito, y es necesario que nadie sepa que yo he estado aquí.

—¡Ah! ¿pues qué sucede? —dijo Roseta.

—El diablo que lo sepa, —contestó Bartucio: —vamos, no nos detengamos mas, preséntame á la señora.

VIII.

Roseta llevó á Bartucio á una habitacion, no del todo mala para hostería, donde encontró á medio vestir y soñolienta á Isabel de Gonzaga.

—¿Qué sucede en Roma que vienes á encontrarme con tal misterio, Bartucio? —dijo Isabel.

—Esta carta de mi señor os lo dirá, escelencia; —dijo Bartucio sacando de debajo de su sayo una carta y entregándola á la duquesa.

Esta la abrió con una precipitacion febril y leyó lo siguiente:

«Isabel; el infierno proteje á nuestros enemigos: el infame César Borgia va destruyendo uno á uno á los vicarios de Roma, y bajo el título de duque de la Romanía es ya el rey de Roma: Alfonso Crespi ha sido asesinado esta misma noche: su cadáver ha sido encontrado en el pórtico de la iglesia de Regina Cœli: habia cenado con Lucrecia y con su madre en la viña que ésta tiene en el monte Vaticano: segun las apariencias, podria decirse que Crespi habia sido asesinado por ladrones: pero yo no me engaño; esto es cosa de los Borgias; se ha visto á Micholotto en Roma; la casa de Crespi ha sido sellada y confiscados sus bienes: esta es una amenaza contra todos los que nos encontramos en el caso de Crespi: no pases de Urbino: quédate en su castillo, y prepárate á una defensa que puede ser necesaria: válete de cualquier pretesto, y que continúe sola Angiolina con algunas de tus damas: guarda el secreto de la muerte de Crespi, y adios, que el tiempo urge, y está esperando á que concluya esta carta nuestro fiel Bartucio con las espuelas calzadas. —*Guido Ubaldo.* »

—Bien, —dijo Isabel; —vuelve á ponerte al momento en camino, y dí á tu señor que me has encontrado y que me has dado su carta.

Bartucio saludó á la duquesa, salió, montó á caballo, y tomó inmediatamente el camino de Roma.

IX.

Dos horas despues, Isabel de Gonzaga con Angiolina, su servidumbre y su escolta, se ponian de nuevo en camino á marchas forzadas.

Al amanecer llegaban á Fossombrone.

Al mismo tiempo que Isabel y los suyos entraban por un estremo de la villa, entraban por el otro los cuatro caballeros, los criados y los hombres de armas venecianos que Juan Caracciolo enviaba al encuentro de Angiolina.

Los cuatro caballeros eran parientes de Caracciolo, y uno de ellos su tio paterno Cosme.

Necesariamente se encontraron en medio de la villa.

Isabel iba pálida, enferma; verdaderamente enferma de miedo; porque la muerte de Crespi era una amenaza demasiado terrible, y sobre el camino de Venecia acechaba el lobo hambriento.

Isabel se lamentó del mal estado de su salud que le impedia seguir acompañando á Angiolina.

Se metió en el lecho, en una de las hosterías de Fossombrone, y tanto se agravó su enfermedad en pocas horas, que fué necesario tomar un partido.

Angiolina fué sacrificada al terror de los Urbinos.

Este era un nuevo servicio que Isabel hacia á Lucrecia; servicio peligroso, porque la hacia partícipe de un grave secreto con los Borgias.

Angiolina fué entregada á Cosme Caracciolo, sola, porque Isabel no quiso sacrificar á ninguna de sus damas ni á ninguna de sus criadas.

X.

Apenas habia salido Angiolina con su nuevo acompañamiento de Fossombrone, cuando Isabel saltó del lecho y escribió la siguiente carta:

«Señora: sé que Alfonso Crespi ha muerto; pero lo he ocultado á su hija: me he detenido en Fossombrone, y he entregado á Angiolina á la comitiva que la ha enviado Juan Caracciolo. Creo haber respondido lealmente de este modo á la amistad que os he prometido. Apenas concluya esta carta, voy á esperar vuestra respuesta al castillo de Urbino.— *Isabel de Gonzaga.*»

Cerró y selló esta carta, la puso por sobre: «A la señora duquesa de Spoletto, en Roma,» y mandó ponerse al momento con ella en marcha para Roma al capitan de su escolta.

Inmediatamente, apartándose del camino, se trasladó á la cercana villa de Urbino, y se encerró en su castillo, verdaderamente enferma de miedo.

Tenia muy cerca á César Borgia, que mas de una vez se habia mostrado codicioso de su hermosura.

Al dia siguiente por la tarde, César Borgia, á caballo, rodeado de los

cortesanos que le acompañaban, paseaba por el camino de Sesena á Rímini.

Era cerca de la puesta del sol.

César detuvo su caballo, y dijo á Vitello Vitelli, á quien trataba con grandes muestras de amistad, tan grandes como la traicion que le urdia:

—¡Diablo, diablo! mi querido Vitello, ¿no ves allá, á lo lejos, relucir arneses entre una nube de polvo?

—Tal vez sean las lanzas de Orsini que esperábamos para ir sobre Faenza,—dijo Vitello.

—¡Bah! Orsini no se vendria con veinte ó treinta hombres,—contestó César;—y no vienen allí mas ginetes; no, por Nuestra Señora del Pópolo, aventura tenemos, mi querido Vitello: apretemos á los caballos, que por Dios siento una gran curiosidad.

XI.

Partieron al galope, y como aquellos á cuyo encuentro iban, venian muy de prisa, se unieron pronto.

Delante venian cuatro criados armados á la ligera con lanzas y medios arneses.

Vitello Vitelli les salió al encuentro.

—¡Ah, cuerpo de Baco!—esclamó.—¿Vesotros sois los que habeis pasado ayer con el señor Cosme Caracciolo?—dijo Vitello Vitelli, viendo las divisas que llevaban en sus libreas los lacayos.

—Sí, escelencia,—dijo uno de ellos;—íbamos al encuentro de la esposa del señor Juan Caracciolo, nuestro amo; la hemos encontrado en Fossombrone, y vamos con ella á Florencia, donde espera nuestro señor.

—Bien venidos seais,—dijo César Borgia, que se habia acercado;—así tendremos ocasion de festejar en nuestra villa de Sesena á la hermosa Angiolina Crespi.

XII.

En aquel momento llegó Cosme Caracciolo con sus tres parientes, inmediatamente despues de los cuales venia en una litera Angiolina.

Seguian algunos criados, y por último, doce lanzas gruesas, que demostraban pertenecer á la república de Venecia, por el leon de San Márcos que llevaban bordado en sus cotas de armas.

Cosme Caracciolo y sus parientes, y César Borgia y sus cortesanos, echaron al mismo tiempo pié á tierra y se saludaron afablemente.

Cosme Caracciolo nada temia; no podia ni aun suponer que César Borgia se atreviese á provocar á la república de Venecia, insultándola.

César se apresuró á acercarse á la litera; abrió la portezuela y quitándose la toquilla y apoyando, como por acaso, su rodilla derecha en el estribo, saludó galantemente á Angiolina y la besó la mano.

XIII.

—Guárdeos Dios, señor duque Valentino,—dijo la jóven, que estaba densamente pálida;—no sé si tener á buena ó mala suerte el encontraros.

—Si en algo me estimais,—contestó César,—tened á mala suerte mia el encontraros, cuando vais á hacer dueño de vuestra hermosura al venturoso general de la Señoría de Venecia: mal pecado para mí; pero ya que me vea obligado á envidiar la dicha de vuestro esposo, deteneos esta noche en Sesena para que yo pueda probar, festejando á su esposa como merecen su virtud y su hermosura, mi buena amistad á monseñor Caracciolo.

—Gracias de todo corazon, señor duque,—respondió Angiolina;—pero no puedo detenerme un momento; descansaré, por no disgustaros, en Sesena, y partiré para Forli, donde, segun me han dicho, está todo dispuesto para que pernoctemos.

César afectó que cedia de sus pretensiones por galantería, y retirándose de la litera, que se cerró, montó á caballo con los suyos; y en compañía de Cosme Caracciolo y de sus parientes, tomó el camino de la cercana villa de Sesena, á cuyo palacio llegaron media hora después.

XIV.

Angiolina se sorprendió al encontrarse en medio de una verdadera córte, y de una córte verdaderamente voluptuosa.

Las mas hermosas damas de la Romanía estaban allí; deslumbraba el lujo: todo era bello, todo embriagador.

Angiolina fué obsequiada por un espléndido refresco, y poco despues se puso en marcha con el corazon oprimido.

XV.

Era muy de dia cuando salieron de Sesena; pero á la media hora empezó el crepúsculo, y los viajeros se encontraron á la entrada de un espeso bosque, por medio del cual atravesaba el camino.

Cosme Caracciolo tomó algunas precauciones, haciendo marchar á vanguardia cuatro de los hombres de armas.

Lámina 15.—El enmascarado, auxiliado por otro que habia echado pié á tierra, se apoderó de Angiolina....

Nada aconteció durante media hora.

Empezaba á cerrar la noche.

De improviso veinte ginetes negros, enmascarados, armados de lanzas, salieron de través al camino, cortaron la vanguardia y la escolta, y dejaron aislada la litera, á la cual se dirigió uno de los enmascarados, á tiempo que, asustada Angiolina, se echaba fuera.

El enmascarado, auxiliado por otro que habia echado pié á tierra, se apoderó de Angiolina; la puso sobre su caballo; revolvió este y se perdió entre el bosque, sin que pudieran impedirlo los venecianos, que, fraccionados por los ginetes encubiertos, estaban ocupados en su defensa.

El combate duró mas de media hora.

Los enmascarados iban fuertemente armados debajo de sus mantos negros: eran feroces, y pusieron en fuga á los venecianos dejando algunos de ellos muertos sobre el camino.

XVI.

Cosme Caracciolo y sus parientes pudieron escapar, y fueron á contar el desastre á Juan Caracciolo, que, loco de furor, de dolor y de desesperacion, atribuyendo aquel atentado á César Borgia, se fué á Venecia á pedir venganza ó autorizacion para vengarse por sí mismo.

CAPITULO XXI.

En que se dice lo que sucedió á Angiolina.

I.

El caballo del ginete que habia arrebatado á Angiolina era fuerte, y avanzaba con ardor; pero no con gran rapidez, á causa de la espesura, por entre el bosque.

Angiolina se habia retorcido, habia gritado, habia suplicado al principio; pero siempre la habia retenido un brazo de hierro; siempre un silencio sombrío habia contestado á sus lágrimas; á sus ruegos; á sus amenazas.

Se habia doblegado al fin al terror, y el enmascarado la sostenia inerte; rodeándola la cintura con su incansable brazo.

II.

Una hora despues el ginete salió del bosque á campo raso, fuera de camino, atravesando tierras de labor y adelantando al galope largo de su caballo.

A la media hora cruzó el camino de Faenza, y estuvo á punto de atropellar á un labriego que por él marchaba, entrando otra vez en tierras de labor.

Despues de otra media hora, se detuvo delante de una casa aislada, situada junto á un arroyo, entre bellos álamos negros, y por delante de la cual cruzaba un sendero, por el que pasaba á la sazon una vieja.

Al sentir los pasos de aquella mujer, Angiolina desesperada esclamó:

—¡Socorredme!

—¡Ah! ¿Que te socorran?—contestó una voz cascada.—Deja, hija,

deja; no te asustes, que el bandido Vampa es muy galante con las mujeres.

Y la vieja se alejó riendo.

III.

Se abrió la puerta, y sin luz, envuelto por la oscuridad, salió un hombre.

—¿Está ahí mi señor?—dijo el encubierto que habia arrebatado á Angiolina.

—Desde hace una hora, é impaciente,—contestó una voz enérgica y fuertemente acentuada.

—Ayúdame á ponerla en tierra, que pesa mucho,—dijo el encubierto;—traigo rendido el brazo de sujetarla sobre el arzon.

—Por supuesto que la habrás respetado, porque de lo contrario podria no agradarte mucho lo que el señor hiciera contigo,—dijo el otro ayudando al encubierto á poner en tierra á Angiolina.

—Mujer ó fardo, ¿qué mas dá?—dijo el encubierto echando pié á tierra.

Y asiendo una mano de Angiolina la dijo:

—Inútil es la resistencia, señora; seguidme, y no me obligueis á que cargue con vos: pesais mucho.

Pero á pesar de esta advertencia, Angiolina se echó en tierra.

Hubieron de tomarla en brazos aquellos dos hombres; la metieron en la casa; subieron con ella unas escaleras; atravesaron un espacio oscuro; abrieron una puerta; la metieron en una habitacion iluminada por dos bujías que ardian sobre una mesa; salieron, y la dejaron dentro, cerrando la puerta.

IV.

Un hombre, que estaba en aquella habitacion galanamente vestido, adelantó hácia Angiolina sonriendo.

Era César Borgia.

—¡Ah! ¿Sois vos?—esclamó con altivez y con desprecio Angiolina.

—Sí,—dijo César,—soy yo... yo, que no he querido morir de desesperacion.

—Escusad vanas palabras, escusad disculpas, duque Valentino,—respondió Angiolina;—lo que habeis hecho es indigno de un hombre de honor.

—Lo que yo he hecho,—contestó César,—es la obra de un desesperado.

—Mentís,—dijo Angiolina adelantando y sentándose tranquila, fria, terrible, en uno de los sillones que habia en aquella pobre habitacion de una casa rústica, á la que se habian llevado, sin duda, de Sesena al-

gunos ricos muebles y algunos tapices para cubrir la desnudez de las paredes; —mentís, César; yo no tengo razon alguna para creer en vuestra desesperacion: ¿cuándo habeis estado enamorado de mí?

—¡Ah, señora! sois la mujer mas hermosa de Italia, que es como decir que sois la mujer mas hermosa del mundo: ¿no recordais un dia en que durante un sarao de vuestra madrina y protectora Isabel de Gonzaga, os dije esta sola palabra: amadme?

—¿Y esto es todo? ¿pues qué, no decís eso á cuanta mujer escita vuestras miradas?

—Sé, Angiolina, que á la mujer que ha de amarnos, le basta con que la pidamos amor; nunca he arrastrado mi corazon á los piés de las mujeres; vos contestásteis á mi amor de una bella manera, pero de tal modo, que yo comprendí que no me amaríais nunca; callé por altivez, pero sufrí enamorado; vuestra imágen no se ha separado de mí, y diera lo mas costoso que se me exigiese, porque vos ocupaseis el lugar de madama de Albret, mi esposa.

—Envenenadla, señor César Borgia—dijo, dejando caer una fria y terrible mirada de sus magníficos ojos en los astutos de César, Angiolina.

—¡Envenenarla!...

—Sí: ¿acaso os propongo algo que no sea familiar á los Borgias?

—Os vengais duramente de la violencia necesaria que he ejercido contra vos.

—No, me resigno á mi suerte,—contestó Angiolina;—sé lo que puedo esperar y busco el mejor partido; me amais, ¿no es cierto? pues bien, oid, duque de Valentino: yo os amo tambien.

V.

Pronunció Angiolina de una manera tal, tan ardiente, tan profunda estas palabras, que César, á pesar del gran dominio que tenia sobre sí mismo, se estremeció y sintió un aturdimiento estraño en él.

La escesiva, la inmensa hermosura de Angiolina hablaba fuertemente á sus sentidos; el terrible fluido que emanaba de los ojos de la jóven le embriagaba.

—¡Que me amais!—esclamó con estrañeza.

—¿Y cómo no he de amaros si acabais de darme una loca prueba de amor, una prueba desesperada?

—Francamente, Angiolina, no os comprendo.

—Para apoderaros de mí, habeis insultado á Venecia, y por mucha que sea vuestra soberbia, comprendeis bien que la enemistad de Venecia puede seros funesta.

—Teneis razon, —dijo César, aprovechando aquella ocasion de aparecer locamente enamorado de Angiolina; —por vos desafiaria yo el poder del mundo entero.

—¿Y cómo quereis que el gran sacrificio que arrostrais por mí no me enorgullezca? ¿no sois vos el príncipe favorecido por la fortuna? vuestras armas, ¿no van triunfando por todas partes? ¿no es vuestra la Romanía? ¿no se ve claramente que dentro de poco sereis rey de Italia? ¿cómo no sentirse arrastrada hácia el hombre que atrae sobre sí un nuevo y poderoso enemigo por nuestro amor? sí, yo os amo y soy vuestra, César Borgia.

VI.

César quedó mudo.

En vano pretendia comprender á Angiolina. Al hablarle con acento opaco y ardiente le sonreia. Su mirada, cada vez mas intensa y mas lúcida, le embriagaba mas y mas.

Se levantó y se puso á pasear por la estancia en silencio.

De repente se detuvo, se acercó á Angiolina, se arrodilló á sus piés, la tomó las manos y se las besó.

Angiolina no opuso la menor resistencia.

—Pero esto es terrible, —dijo, alzándose aturdido César, —esto no puede ser verdad.

—Os amo, —repitió Angiolina.

—Y bien... ¿no ibais á casaros con Juan Caracciolo?

—Me casaban.

—¿Y vos cedíais dócilmente á una voluntad agena?

—¿Y cuándo no he cedido yo? me dijeron: —Ama á ese fraile, la reforma de la Iglesia es necesaria y está próxima.—Yo era inocente; tenia en mi alma una funesta propension al amor, y amé, ó creí amar á Savonarola.

—¡Savonarola! —esclamó con acento opaco César Borgia.

—Otro dia me dijeron: —Giovanni Borgia es un poder incontrastable en Roma; necesitamos acometer á los Borgias, nuestros terribles enemigos; Giovanni se ha enamorado de tí; engáñale, sedúcele, mátale. —Pero yo encontré mas bello, mas apasionado, mas brillante al duque de Gandía que á Savonarola, y comprendí que no amaba al monge dominico, porque creia amar al hermoso Giovanni, al generalísimo de la Iglesia, al bien querido de nuestro Santísimo Padre, al deseado por las mujeres, al envidiado por los hombres; y tanto le amé ó creí amarle, que fuí causa de su muerte; somos cómplices, César; la sangre del duque de Gandía cae tanto sobre mi cabeza como sobre la vuestra.

—¡Y qué importa!—dijo César;—no hay hermanos, no hay padres, no hay hijos; no hay mas que instrumentos y obstáculos; el instrumento se aprovecha y el obstáculo se destruye: ¿qué importan los medios, sean los que fueren, si llegan á un gran fin?

—Teneis razon,—dijo tranquilamente Angiolina;—el duque de Gandía os estorbaba; hicísteis bien; yo no tuve tiempo de sentir su muerte, porque antes de saberla conocí, á causa de otro hombre, que no amaba á vuestro hermano.

—¿Y qué hombre era ese?

—Gonzalo de Córdova.

—¡Ah! ¡el Gran Capitan! ¡el invencible!—esclamó con acento de ódio César;—¡el hombre que me ha hecho sentir su desprecio y que vive aun!

—¡Ah! el Gran Capitan no está al alcance de vuestra mano, duque Valentino,—esclamó tranquilamente Angiolina.

—¿Y habeis dejado tambien de amar al Gran Capitan?

—No, no; pero le aborrezco.

—¡Amor y aborrecimiento!

—Sí; me abandonó, me despreció.

—Repito que no os comprendo, señora; yo esperaba encontrar en vos lágrimas, desesperacion, y vuestra tranquilidad me espanta, me domina.

—Yo soy una pobre víctima acostumbrada al contínuo sacrificio; sin defensa, sin esperanza, he estado bajo el poder de vuestra hermana Lucrecia, en cuyo poder estoy tal vez en este momento: ¿qué quereis que me espante, si por horrible que sea lo que me acontezca no será tan horrible como lo que yo espero?

VII.

Volvió á pasear César Borgia.

Angiolina estaba pálida, triste, escitada, tranquila en la manera; pero con una tranquilidad espantosa.

En sus ojos ardia la fiebre.

—¿No amais á Juan Caracciolo?—dijo César deteniéndose de repente, y acercándose de nuevo á Angiolina.

—No le conozco,—respondió la jóven.

—¿Y os hubiérais casado con él?

—Estoy acostumbrada á la obediencia; ¿y qué conseguiria con sublevarme? nada; provocar tratamientos indignos.

César volvió á su paseo.

Otra vez se detuvo delante de Angiolina.

—Estoy acostumbrado á la lucha, —dijo: —la sumision me irrita; prefiero las lágrimas, la desesperacion, el impotente retorcerse de la víctima; ¿qué esperais de mí?

—Nada; ni de vos, ni de nadie; ni aun de Dios, porque soy hija de lobos, y la misericordia de Dios no puede venir sobre mi raza.

—Confiais en vuestra sobrenatural belleza, Angiolina, y esto me irrita: ¿sabeis por qué os he hecho robar?

—Lo comprendo: hace algunos dias, mi padre fué muy de mañana casa de mi protectora la duquesa de Urbino, y me llevó á sus jardines de Beletri; allí me presentó á un jóven príncipe, á quien de antemano me mandó sedujese; ¡víctimas siempre! aquel príncipe era el prometido esposo de vuestra hermana la duquesa de Spoleto; ella tiene en todas partes un oido que escucha, un ojo que atisba; al verme arrebatada esta noche, he conocido que el golpe venia de la duquesa de Spoleto.

—Es verdad, —dijo César; —no quiero engañaros; la ambicion cegaba á vuestro padre, y le hacia ser imprudente; Alfonso de Nápoles es un niño imbécil, un niño que vivirá poco; yo os lo aseguro; vuestro padre quiso prevalerse del insensato amor que, á lo que parece, siente mi hermana por el jóven príncipe de Tarento; los resultados han sido precisos; vuestro padre ha muerto, y vos estais en mi poder.

VIII.

Angiolina se levantó, asió una mano de César, le miró sombría y terrible, y esclamó:

—¿Qué quieres que tema una mujer que tiene en sus venas sangre de fieras, de miserables lobos como tú? la indignacion y el desprecio no dan lugar al miedo: ¡que te amo! sí, te amo como ama el desesperado la muerte; te veo con el placer que ve aquel que no puede sufrir la existencia, al verdugo que se acerca para matarle: ¡ah, sí! ¿quieres mi deshonra? en buen hora; mi deshonra me matará, y si no me mata, ¡qué importa! ahí está tu hermana, la noble, la grande, la virtuosa, la sin igual Lucrecia, que encontrará un medio seguro de que salga esta pobre alma de este cuerpo tan dolorido y que te enamora: ¡ah! ¿no es verdad que soy muy hermosa, César? ¿es verdad que mis ojos abrasan y que el lazo de mis brazos, al rededor de tu cuello, son la languidez de la muerte? ¡ah! yo te amo, te adoro, estoy loca por tí, infame.

IX.

Angiolina tendió sus brazos hácia César, que retrocedió espantado.

—¡Esta mujer está loca! —esclamó.

—¡Loca! ¡loca! ¿quién dice que yo estoy loca? oye, César, ¿me amas?

—¡Sí!—esclamó César Borgia.

En aquel momento no mentia.

Angiolina le dominaba, le escitaba, le hacia esperimentar sensaciones hasta entonces para él desconocidas.

—Escucha,—esclamó Angiolina, poniéndole las manos sobre los hombros, y mirándole de una manera candente:—Murió el duque de Gandía; le mataste tú, y yo, sin saberlo, te ayudé á matarle: ¡qué importa! dices bien, era un estorbo; mientras él hubiera vivido tú te hubieras visto obligado á ser el cardenal Valentino; hiciste bien; mi padre ha muerto; le ha matado tu hermana, por celos de mí; ¡qué importa! él mató á mi madre, y mi madre le hubiera matado á él, si él no se hubiera anticipado: ¿no te he dicho ya que yo soy hija de lobos? ¡ah! una digna esposa tuya: ¡qué importa una poca de sangre mas! los Borgias tienen un veneno que acaba lentamente con la víctima, y que no deja señales, que no causa escándalo; tu esposa nos estorba: sí, porque tú palideces delante de mí; porque tú me amas, porque hasta ahora no has amado: ¿qué mas da Juan Caracciolo que César Borgia? gano en el cambio, porque un dia la esposa de César Borgia será la esposa del rey de Italia, del moderno César.

X.

César Borgia se sentia á cada momento mas dominado.

No sabia qué juzgar; si Angiolina estaba loca, ó si aquella era la violenta esplosion de un alma enérgica, cansada del sufrimiento, que se sobreponia á todo.

—¡Tú, mi esposa!—esclamó César:—sí, sí, bien pudiera ser: un cadáver mas..... el rey de Navarra me pediria cuenta de su hija... pero ¿qué importa el rey de Navarra? ¡oh, y qué hermosa eres Angiolina! ¡cómo brillan tus ojos! luce en ellos algo del fuego del infierno.

—¡Ah! sí; me habeis contaminado; yo siento algo terrible dentro de mí; sed de sangre, de esterminio; oye, tú eres un imbécil; ¿por qué no has matado ya á Lucrecia? qué ¿crees tú que el duque de Gandía hubiera sido tan funesto para tí como lo será la duquesa de Spoleto? loco, ¿crees tú que ella no tiene ambicion? ¿crees tú que al ceder al enlace que la habeis impuesto con el príncipe de Tarento, no sabe ella que lo que tú te propones, es abrirte un camino para el trono de Nápoles, aunque tengas que pasar sobre el sangriento cadáver de tu hermana? ¡ah! ¿y crees tú que no recibirás un dia de ella el golpe de gracia? ¡insensato, insensato; mata á Lucrecia, mátala!

XI.

César inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó profundamente pensativo.

—Acabas de decirme lo que siempre me está diciendo una voz íntima que no quiero escuchar: ¡ah! y Lucrecia te me envia, y Lucrecia me dice: —Deshónrala, enviámela. —Y no sabe que me envia en tí un arcángel esterminador.

Apareció un relámpago en los ojos de Angiolina, que dejó ver á César un abismo tenebroso.

—He oido decir muchas veces á mi padre, —dijo Angiolina, —hablando de tí, que Maquiavelo dice á todo el que quiere oirle, que eres impenetrable, que seduces, que engañas, que le has engañado muchas veces á él, á Maquiavelo... oye, César; yo he visto arder en tus ojos una sombría amenaza hácia tu hermana; pruébame que no me engañas, y te amo, sí, conozco que te amaré, porque me habrás vengado; porque no, no estoy loca; todo lo que me has oido no ha sido mas que la espresion de mi desesperacion: ¡ah! no, no creas que yo puedo resignarme á brutales, á infames tratamientos; no, mentía: ¡ah! pruébalo, y verás que tengo valor para morir antes de ser envilecida; pero te embriago, te domino, eres mio, lo conozco. Una prueba, una sola prueba, y si me la das, te amaré.

—¿Y qué prueba, arcángel de fuego? —contestó César Borgia.

—Respétame, y envíame á tu hermana.

—¡Te matará, desdichada!

—¡Ah! no; que lleve yo conmigo tu veneno, el veneno de los Borgias, y no, no me matará: la mataré yo.

XII.

Volvió á sumirse en una meditacion profunda César.

Sabe Dios qué terrible pensamiento agitó su alma tenebrosa.

Una voz infernal le repetia las terribles palabras de Angiolina:

«Un dia tu hermana te dará el golpe de gracia.»

César, que desconfiaba de todo, habia desconfiado tambien de Lucrecia.

Pero la creia unida á su ambicion, necesaria aun, y habia desoido la voz terrible de su malvada esperiencia.

Despues, el amor que por primera vez habia sentido Lucrecia por el príncipe de Tarento, le habia alarmado.

Las palabras de Angiolina, el incontrastable poder de su hermosura, el alma de fuego que por primera vez se habia revelado en aquella pobre víctima, le arrastraron, le sometieron de una manera inconveniente á la fascinacion que de Angiolina emanaba; y al fin dijo sacando un pomo de plata de su bolsillo.

—Toma.

—¿Y qué es esto? preguntó Angiolina.

—El veneno de mi familia, —contestó roncamente César.

—¡Oh, gracias! —esclamó Angiolina, guardando el pomo en su seno: —has sentenciado á tu hermana.

—¡Sí!... pero sé sagaz, Angiolina; vas á acercarte á la serpiente: confíala, desármala; llora, gime, quéjate de brutales é infames tratamientos mios; si esto no la satisface, si esto no la hace desistir de matarte, hará dilatar tu muerte, para gozar el placer de tus quejas y tu desesperacion: oye; parte de este veneno, estendido sobre un guante, vertido en las ropas de Lucrecia, aplicado con astucia, basta para matarla: ¡ah! y eres fuerte, un momento de lucha, cuando esté mas descuidada, puede darte la ocasion de causarla una muerte rápida; no temas: Micholotto, el hombre que te ha robado y que te ha traido á esta casa es como si fuera mi alma, y en un momento dado te protegerá.

—Una condicion, César, —esclamó Angiolina.

—¿Cuál?

—Vida por vida, tu esposa.....

—Sí.

—¿Y cuándo he de partir?

—Escucha, Angiolina; quiero que partas sin temor: quiero que comprendas que despues de haber visto tu alma, despues de haberme enloquecido la hermosura infinita que me has dejado ver, me he acordado de algo, en lo que no ha pensado mi hermana; de tus inmensas riquezas: no quiero que creas que tu hermosura y tu alma me han enamorado, como no me he enamorado jamás: quiero que creas en mi interés; mi ambicion necesita para satisfacerse tesoros inagotables, y tu patrimonio en Toscana es el patrimonio de un rey.

—Tuyo, tuyo, como yo soy tuya, —esclamó Angiolina.

—¡Ah! yo podria sin valerme de tí, de una manera segura, deshacerme de Lucrecia; podria esperar aun, pero quiero conocerte, Angiolina: quiero saber si eres mi digna compañera: destruir, ¡qué importa! cuando todo lo que nos rodea pretende destruirnos; pues qué, ¿se conquista un trono sin sangre? ¿qué mas dá matar á nuestros enemigos en batalla, ó silenciosamente, halagándoles antes de herirles? oye: yo me habia olvidado de tus riquezas como en su furor se ha olvi-

dado de ellas Lucrecia: ella es ambiciosa: no le bastan las rentas de sus Estados en la Romanía, para mantener el esplendor de su casa: cuando llegues arrójate á sus piés, desolada, desesperada; pídela proteccion, cómprasela; escita su sed de oro, confíala, y en un momento de descuido.....

—¡Oh! sí,—esclamó Angiolina.

—¿Crees en mi amor?—dijo César;—tu hermosura es una tentacion de Satanás: estás aquí, sola, conmigo, en una casa aislada, nada pudiera defenderte, y sin embargo, vas á salir de aquí tan pura como has entrado: esperaré.

XIII.

César salió.

Angiolina levantó los ojos en una inmensa mirada de súplica al cielo, tembló y escuchó atentamente, como si temiese que arrepentido César, volviese en otra disposicion de ánimo.

—¡Oh Señor!—esclamó:—ciégale, sálvame de una horrible deshonra!

XIV.

Poco despues volvió César con Micholotto.

—Vas á partir,—dijo—con ella: llévala por fuera de camino á Roma, y entrégala á la duquesa de Spoleto.

Micholotto miraba con asombro á su amo.

No comprendia que dejase escapar aquella presa.

Y su asombro llegó al colmo, cuando César le dijo:

—Quédate casa de mi hermana; no te separes de Angiolina, protégela: su mas leve deseo debe ser un precepto para tí.

—Bien,—contestó de una manera opaca Micholotto.

—En marcha,—dijo César.

Y asiendo de la mano á Angiolina, bajó con ella, montó á caballo Micholotto; y el mismo César puso sobre el arzon á Angiolina.

—Detente en las cercanías de Faenza, le dijo César: toma una litera y algunos hombres á sueldo para servirla de escolta: que nadie la vea, y cuanto antes á Roma.

—Adios; no me olvideis,—esclamó Angiolina conmovida.

Micholotto apretó las espuelas á su caballo, y partió en demanda del camino de Faenza, murmurando en voz ininteligible:

—Mi señor se ha vuelto loco; es cierto que esta divinidad es capaz de volver loco á un santo, y luego, ¡es tan rica! Lucrecia... Lucrecia... quién sabe, quién sabe, si mi señor está mas cuerdo que nunca.

XV.

—¡Vampa!—dijo César Borgia cuando se hubo perdido entre el silencio de la noche el ruido de la carrera del caballo de Micholotto;—pronto, los caballos fuera, y á Sesena.

Un momento despues, dos bultos negros sobre dos poderosos caballos se dirigian á campo-atraviesa á Sesena.

Uno de ellos era César Borgia.

El otro el bandido Vampa.

César iba algo delante, con la cabeza inclinada sobre el pecho, espoleando maquinalmente á su caballo.

—Sí,—pensaba—Lucrecia me hará traicion; es cierto que podria facilitarme la posesion del reino de Nápoles por su alianza con el rey Federico; pero para esto seria necesario un gran rodeo sobre cadáveres; entablar una lucha: ¿quién sabe si en esa lucha Lucrecia me ganaria por la mano? mi esposa... ¡bah! la muerte no avisa; sobreviene cuando menos se piensa: y yo no he visto nunca una hermosura como la de Angiolina, ni un alma como la suya, á no ser que me mire á mí mismo: y sus riquezas, sus inmensas riquezas...., ¡ah! si mata á Lucrecia ¿qué mas prueba? es mi digna esposa, es la mujer que yo necesito: si Lucrecia la mata.... y bien, ¿quién sabe si al poseerla hubiera enloquecido? ¡oh! dejemos correr los sucesos: si muere, si muere, habiéndose apartado pura de mí; ¡ah! no pensemos en esto: dejemos, dejemos que suceda lo que quiera: si ella vence, gano; si sucumbe.... ¡qué importa! un recuerdo que pasará pronto, un golpe en vago: ¡adelante!

Y espoleó de nuevo á su caballo que gimió de dolor, porque no podia apresurar mas su carrera.

XVII.

Aquella misma noche César, en su palacio de Sesena, se consoló en una orgía, del amargo recuerdo de haber dejado apartarse de él, pura y honrada á Angiolina.

CAPITULO XXII.

De cómo se salvó de la deshonra Angiolina.

I.

Entretanto Micholotto habia llevado rápidamente á Angiolina á una casa, á una especie de parador, cerca de Faenza.

Antes de llamar á la cerrada puerta de aquella casa echó pié á tierra, y ayudando á saltar del caballo á Angiolina la dijo:

—Su escelencia, el duque Valentino, me ha mandado llevaros, señora, fuera de camino y lo mas pronto posible á Roma, á casa de su hermana la señora duquesa de Spoleto: yo conozco demasiado á mi señora, y lo que no me dice lo adivino: mi señor quiere que vayais á casa de su hermana; ireis sin remedio, y al mandarme que os lleve fuera de camino, me ha indicado que quiere que nadie os vea; nadie os verá; no traeis antifaz; poneos el mio; está un poco sudado, lo siento; pero volvedle, ello es necesario que no os vean el rostro.

—Soy inmensamente rica, —dijo Angiolina.

—Todo cuanto me digais será inútil, —contestó Micholotto, — ireis á Roma á casa de la duquesa de Spoleto: hay hombres que se venden al diablo y por nada le hacen traicion: yo me he vendido al duque Valentino, tanto dá; me ha mandado que os proteja, os protejeré; donde quiera que esteis, mi ojo estará puesto en vos; si no quereis que os envenenen, no comais ni bebais mas que lo que yo os lleve: en cuanto á mataros, mi mano estará siempre pronta y á tiempo para asir la mano que pretenda heriros; me ha dicho tambien mi señor que adivine vuestros deseos y que vuestros menores deseos sean preceptos para mí: adivino á mi señor; si una vez en Roma me mandais que mate á la duquesa de Spoleto, morirá; si me decis: «incendia su palacio:» el palacio arde-

rá por los cuatro costados; pero como yo sé que mi señor no quiere que salgais de su poder, no saldreis mientras yo viva; hasta tanto que mi señor se entregue de vos ó me mande dejaros libre: ahora poneos el antifaz; vamos á entrar en esta casa y es necesario que no os vean.

II.

Angiolina se puso con repugnancia el antifaz del *bravo* y le mojó con sus lágrimas silenciosas.

Micholotto llamó á la puerta con el pomo de su puñal y al mismo tiempo dijo:

—¡Eh! ¡Gaetano! dormilon, abre á un amigo.

Pocos minutos despues se abrió la puerta y Micholotto apagó la luz que traia en la mano el que habia abierto, antes de que éste pudiese ver á Angiolina.

—¡Qué es esto! ¿quién es?—dijo una voz seca y amenazadora.

—Es que no me conviene tu luz Gaetano,—dijo Micholotto,—y no otra cosa; tampoco me conviene que estés aquí; vete, ya sé andar por la casa; despues te llamaré.

—¡Ah! eso es otra cosa, Micholotto,—dijo Gaetano;—te he conocido en la voz; pero cuando ví que me apagaban la luz, temí haberme engañado.

—No, no te has engañado; soy yo, Micholotto en persona; pero vete, me estás estorbando.

III.

Se oyeron los fuertes pasos de un hombre que se alejaba.

Luego el ruido de una puerta que se cerraba.

Micholotto fué á aquella puerta.

—Gaetano,—dijo.

—¿Qué te se ofrece?—contestó de la parte de adentro Gaetano.

—Ya sabia yo que estabas escuchando—dijo Micholotto;—dame la llave de esta puerta.

—Está puesta en la cerradura,—dijo Gaetano.

—¡Bah! pues me alegro, así es mejor,—contestó Micholotto.

Y buscando la llave, cerró la puerta, guardó la llave en el bolsillo, y se volvió á la puerta esterior y salió:

—Señora,—dijo en voz baja.

Angiolina se acercó á él.

—Vamos á entrar, é importa que no se note que quien entra es una mujer: recogeos vuestro traje de seda de modo que no cruja.

Angiolina, resignada á todo, obedeció.

Micholotto la asió de una mano y con la otra tiró de su caballo.

Cuando estuvieron dentro cerró la puerta, abandonó el caballo y continuó tirando de Angiolina.

A poco que anduvieron, la avisó en voz muy baja que iban á subir unas escaleras.

Y habiéndolas subido adelantaron palpando Micholotto las paredes, hasta que encontró la puerta de uno de los aposentos del parador, que tenia puesta la llave por fuera, señal clara de que aquel aposento no estaba ocupado.

Abrióle Micholotto; adelantó á tientas y encontró otra puerta, la abrió y dijo á la jóven:

—Entrad aquí, esperadme un momento.

Cerró la puerta, echó la llave, salvó la segunda puerta, la cerró tambien, bajó y abrió el aposento donde habia dejado encerrado á Gaetano.

IV.

—Enciende luz,—dijo Micholotto.

—La tengo encendida delante de una Santa Madona que venero, en la habitacion inmediata: entra, compadre, y dime, si quieres, por qué tanto misterio.

—¡Bah! Gaetano,—dijo Micholotto entrando en una pequeña habitacion en que ardia una lámpara, delante de una vírgen de los Dolores, puesta sobre una mesa;—cuando un hombre como yo usa del misterio, le conserva; dame luz y de vianda lo mejor que tengas.

—Luz cuanta quieras, vino el que desees, agua á mares; pero vianda ninguna; tu señor me tiene arruinado: los de Faenza no se atreven á salir fuera de los muros, no sea que se les eche encima el duque Valentino y nada preparo, porque sé que no he de vender nada.

—¿De modo que en Faenza están encerrados á piedra y lodo?

—Sí, compadre; y no hay que estrañarlo, teniendo tan cerca á tu señor, que segun parece está en un estado, que acabará por tragarse la Italia entera.

—Hace bien, tiene el alma de un rey y se hace rey; ¿puedes entrar en Faenza, Gaetano?

—¡Bah! sí; pero para abrirme la puerta necesito una llave de oro.

Micholotto puso sobre la mesa diez escudos romanos.

—Uno para entrar,—dijo,—y te sobra la mitad; cuatro para alquilar una litera de camino que deberá hacer un viaje á Roma; cinco para darlos en señal á un condotiero que con diez hombres de armas es-

colte la litera; y pronto, prontísimo, no quiero estar en tu casa mas de dos horas.

V.

A las doce de la noche, en el oscuro soportal del parador habia una litera.

En aquella litera entró á oscuras Angiolina.

Micholotto cerró la litera, echó la llave, la guardó y se puso en marcha.

Fuera del parador le esperaban, un capitan de aventuras y diez hombres armados, á caballo.

—Capitan Borromeo,—dijo Micholotto,—vos, con cuatro de estos buenos mozos, adelantad por los senderos fuera de camino, y en el primer pueblo comprad las mejores provisiones que encontreis, para dos personas: ahí vá mi bolsa: despues esperais fuera del pueblo: en marcha y aguijad los caballos de manera que, aunque andemos bien, nos lleveis media hora de ventaja.

Y el capitan Borromeo llamó por su nombre á cuatro de los hombres de armas y partió á media rienda.

Micholotto montó á caballo y la litera escoltada por los seis hombres restantes se puso en marcha.

VI.

A la madrugada siguiente, la litera que conducia Angiolina, entraba en el patio del palacio Borgia.

Habian invertido treinta horas en el camino, empleando unos tres cuartos de hora por legua, sin detenerse, mudando caballos á peso de oro, y comiendo Angiolina dentro de la misma litera. Ni los que conducian las mulas, ni los seis hombres de la escolta habian visto á Angiolina. Micholotto habia ido constantemente al lado de la litera, y cuando Angiolina se veia obligada á salir de ella, Micholotto buscaba una ondulacion del terreno, hacia que se colocasen la escolta y los conductores donde no pudiesen ver la litera, y solo entonces salia Angiolina.

Cuando los conductores volvian, llamados por Micholotto, la litera estaba cerrada, misteriosa, impenetrable, porque nada podia verse á través de los cinco agujeros en cruz que habia en los tableros de cada una de las portezuelas.

Tampoco sabia ninguno de aquellos hombres quién era el que los mandaba y los pagaba.

Micholotto habia conservado constantemente su antifaz.

Cuando llegaron cerca de Roma, Micholotto hizo alto; envió á Roma por otra litera; despidió pagándoles á todos aquellos hombres que hasta allí le habian servido, y por el circuito de Roma llegó á la villa Borgia, en cuyo patio, silencioso, desierto y oscuro, paró la litera.

Despidió Micholotto á los conductores, y cuando nadie pudo ver ni oir abrió la litera y sacó á Angiolina.

VII.

Lucrecia, avisada poco antes por un ginete enviado via recta desde Sesena por César, sabia por una carta de su hermano que de un momento á otro debia llegar *la persona que habia sido hecha prisionera.*

Lucrecia, pues, esperaba impaciente, escitada, terrible, en aquel bello gabinete en que la presentamos por primera vez á nuestros lectores.

Se abrió la puerta y apareció Micholotto llevando de la mano á Angiolina.

Tan impaciente estaba Lucrecia, que no supo decir á Micholotto mas que estas palabras:

—Déjanos solas.

VIII.

Angiolina venia muy pálida, pero muy tranquila.

—Os han tratado bien por lo que veo,—dijo Lucrecia;—en vuestro semblante no aparece el dolor.

—¡Ah! ¿Y por qué? ¿Qué importa morir muchos años antes, tal vez, de los que pudiéramos haber vivido si no fuéramos desventurados?—contestó Angiolina con dulzura.

—¡Morir, morir!—respondió con acento opaco y concentrado Lucrecia.—¿Quién piensa en morir, sobre todo vos, tan jóven y tan hermosa?

—Soy la última de mi familia que ha muerto de mala muerte,—contestó Angiolina:—aun no hace seis dias vivia mi padre.

—Desgraciadamente cometió una imprudencia: se aventuró de noche y solo por las calles del Trastévere.

—Sí, sí, señora: despues de haber cometido la imprudencia de querer ser gobernador de Roma; despues de haberse atrevido á ponerse frente á frente de vos, á pretender arrebataros, por mi medio, á vuestro hermoso príncipe de Tarento: verdaderamente, mi padre ha cometido grandes imprudencias, señora.

Palideció densamente Lucrecia, irritada por el valor, por la serenidad, por la dulzura con que Angiolina habia pronunciado sus últimas palabras.

Se contuvo sin embargo.

—No hay asesinato,—dijo,—no hay violencia, no hay infamia que no se nos atribuya.

—Hay sobre la tierra,—contestó Angiolina,—unos dioses, que se llaman los Borgias; ellos, como Dios, cuando le place, lanzan la muerte sobre la cabeza de una criatura, sin que se les pida mas cuenta que la que se pide á Dios cuando permite que la muerte haga una presa.

—Seguid,—dijo Lucrecia;—me parece escuchar en vuestra voz el eco de otra voz, que os ha alentado para alzaros contra mí.

—¡Ah, no! Si en mi voz escuchais el eco de otra voz, será el de la voz de Dios, no el de la de ningun hombre.

—Sois un prodigio de hermosura,—dijo Lucrecia, mirando friamente á Angiolina;—habeis fascinado á mi hermano César, sin duda.

—¡Sí, por la misericordia de Dios!—esclamó Angiolina;—porque Dios no ha querido que muera desesperada bajo el peso de la vergüenza, de la deshonra.

—¡Ah!—esclamó Lucrecia;—vuestra hermosura ha tenido tanto poder para con César, que no se ha atrevido á estender hácia vos sus manos, como si hubiérais sido una divinidad.

—Dios, siempre Dios, señora.

—Pero entonces, si habeis enloquecido á mi hermano, si le habeis dominado, si habeis hecho de él lo que habeis querido, ¿por qué César os ha enviado á mí?

—Para que os mate, señora,—contestó, siempre dulce y tranquila, Angiolina.

—¡Para que me mateis!—esclamó Lucrecia inclinándose amenazadora hácia Angiolina.

—Sí; mirad,—dijo esta, sacando de su seno el pomo que la habia dado César Borgia:—vos debeis conocer esto.

Lucrecia arrebató el pomo á Angiolina.

—¡Sí, sí, tomadle!—esclamó la jóven.—Ya es inútil.

—¡Qué decís!—esclamó Lucrecia.

—Puesto que era necesario matar ó morir, he preferido morir.

—¡Vos, vos misma!—esclamó Lucrecia.

—Sí; dos veces me ha librado de la infamia que me preparábais, la voluntad del Señor: para vivir necesitaba mataros, unirme á César Borgia: antes que ese horror he preferido el horror de la muerte: al sacarme vuestro verdugo de la litera que me ha traido aquí he apurado el contenido de ese pomo.

—Pero entonces... dentro de una hora habreis muerto,—esclamó Lucrecia.

—Y bien, señora: en ese tiempo bien podré hacerme oir de un sacerdote.

—Todo, todo es inútil: si habeis apurado lo que este pomo contenia, vuestra muerte es inevitable. No me engañeis, no supongais que os habeis inmolado á vos misma para aterrarme, para probar un medio de salvacion.

—¡Ah! Desgraciadamente no puedo daros el placer de renunciar vuestra venganza; una venganza que no comprendo, porque no os he ofendido. No ha sido culpa mia que vos hayais sentido por mí unos celos que no debiais haber sentido nunca, porque ningun hombre, pudiendo elegir entre la duquesa de Spoleto y Angiolina Crespi, elegiria á Angiolina.

—La riquísima descendiente de los Albici de Florencia.

—Desgraciadamente tambien, señora, no podeis hacer confiscar las tierras que constituyen esas numerosas riquezas, porque no alcanza vuestro poder al libre territorio florentino.

—¿No?—gritó Lucrecia.—Preguntadlo á ese imbécil de Savonarola, á quien aguarda la hoguera.

—Sí; á todas partes alcanza el puñal de los Borgias, pero no su confiscacion.

—Sí, sí, es verdad; te has envenenado: tienes todo el valor de quien no puede temer la muerte, porque la tiene ya dentro de sí... ¿Y qué importa, qué mas dá?; pero díme, díme... me has dicho que podias haberme matado, que mi hermano César...

—Los lobos se devoran los unos á los otros: ¿no mató vuestro hermano á su hermano, el bello, el jóven, el magnífico Giovanni Borgia, duque de Gandía y de Benavente y generalísimo de la Iglesia? ¿Por qué no ha de matar á la hermosa, la magnífica Lucrecia Borgia, duquesa de Spoleto, reina de Roma? ¿Por qué no habria de desear mis inmensas riquezas? Nace un hijo, se mata á la madre; el hijo hereda: el hijo muere, hereda el padre: una confiscacion como otra cualquiera.

IX.

Los ojos de Lucrecia ardian; estaba mortalmente pálida: lo que acababa de decirle Angiolina era terrible, y mas de una vez habia pensado en ello.

Su hermano la aborrecia, tal vez por antiguos celos; se valia de ella como de un instrumento, y estaba pronto á romperla, á pasar sobre ella, para facilitar el camino de su ambicion.

Lucrecia era entonces una pantera amenazada y terrible.

—¿Y por qué? ¿Por qué,—esclamó Lucrecia,—te has asesinado?

¿Por qué has traido sobre tí una muerte inevitable? Yo te aborrecia, porque veia en tí una enemiga: habia contraido una rabiosa sed de venganza contra tí; pero ahora veo que tú eres una víctima como yo; una mujer de quien se ha abusado, tomándola por instrumento: si yo pudiera salvarte seria tu amiga.

—Pero estamos perdiendo el tiempo, señora,—dijo con energía Angiolina;—debo estar muy pálida, porque siento al mismo tiempo un frio que me hiela y un fuego que me abrasa: un sacerdote, un sacerdote... yo no he cometido mas culpa que la de darme la muerte, y quiero el perdon de un sacerdote.

—¡Un sacerdote!—dijo Lucrecia;—esto es, un testigo, un hombre que sepa que habeis muerto aquí envenenada; no, no puede ser. Oid: yo tomo sobre mí por ante Dios vuestras culpas; los que mueren sin confesion, ó por que la muerte les sorprende, ó por que, á pesar de su ardiente deseo, no se les concede el auxilio de un sacerdote, son auxiliados por Dios, por la Santa Vírgen María y por todos los ángeles.

—¡El Papa, el Papa! ¡Su Santidad no dirá á nadie que yo he muerto envenenada!

X.

Lucrecia tomó un papel y escribió rápidamente algunas palabras.

—Micholotto,—dijo.

Al momento se abrió la puerta y apareció el esbirro.

—Ya sabia yo que estabas ahí.

—A punto de serviros, escelencia.

—Toma,—dijo Lucrecia poniendo un sobre á la carta,—y llévala á su destino; no hace falta aquí: ya no puede suceder mas que lo que sucede.

Micholotto partió.

Poco despues volvió con una carta.

Aquella carta contenia lo siguiente:

«Alejandro VI, Papa:

Habiéndonos avisado de que en vuestro palacio hay un moribundo que no puede ser auxiliado por temor de que se falte á un grave secreto de Estado, Nos absolvemos á ese moribundo de todas sus culpas: cuando llegue el momento de su agonía haced disparar un cañonazo para que le enviemos nuestra bendicion apostólica (1).

(1) Esto es muy comun: cuando hay una ejecucion de muerte en Roma, en el momento en que el reo está preparado para la muerte, dispara un cañonazo el castillo de Sant Ángelo: al sonar este cañonazo el Papa, que está en oracion por el reo, le absuelve, y la cuchilla ó la maza cae sobre el sentenciado.

De nuestro palacio del Quirinal, etc.»

XI.

—Hé aquí todo lo que podeis obtener,—dijo Lucrecia, mostrando la carta á Angiolina.

. . . . . .

Una hora despues del palacio Borgia partió el estampido de un cañonazo.

Nadie supo lo que aquel estampido significaba; nadie mas que Lucrecia, Micholotto, Angiolina, que espiraba, y el Papa, que absolvia.

La artillería de la guardia de la magnífica señora duquesa de Spoleto habia recibido la órden de cargar una pieza y de dispararla en el momento en que apareciese una luz en un balcon del palacio.

XII.

A las doce de la noche, un hombre salia por una comunicacion secreta del palacio Borgia.

Aquel hombre llevaba cargado sobre los hombros un cadáver.

Cuatro hombres le precedian á quince pasos de distancia.

Otros cuatro le seguian á otros quince pasos.

Ninguno de los esbirros que acompañaban á Micholotto sabian si el cadáver era el de un hombre ó el de una mujer.

Aquel cadáver iba metido en un saco.

Al llegar á la ribera, Micholotto dejó el cadáver en tierra y abrió la boca del saco.

—Meted aquí una gruesa piedra,—dijo Micholotto.

Los esbirros cogieron una de las que habia en abundancia en la ribera, y la metieron en el saco.

Micholotto volvió á atar la boca del saco.

—Arrojad eso,—dijo á los esbirros.

Angiolina fué vigorosamente lanzada á un remolino del Tiber por bajo del puente de Sant Angelo.

El Tiber, mudo encubridor de los crímenes de Roma, devoraba aquel nuevo crímen de los Borgias.

Angiolina se habia perdido.

Nadie sabia lo que habia sido de ella á escepcion de cuatro personas.

XIII.

Micholotto partió al dia siguiente con una carta de Lucrecia para

César, y encontró á éste ocupado en los preparativos del sitio de Faenza.

Un vicario mas de la Iglesia iba á ser despojado.

La carta de Lucrecia participaba á César el suicidio de Angiolina.

César quemó la carta y se encogió de hombros.

—Tanto dá, —esclamó; —ahora solo me resta quitarme de encima á los enviados de Venecia.

XIV.

La serenísima República habia tomado á su cargo el desagravio de su general y senador monseñor Caracciolo.

Uno de los fugitivos le habia llevado la noticia de que su esposa habia sido robada cerca de Sesena, donde se encontraba César Borgia, por algunos hombres, indudablemente enviados por César.

Juan Caracciolo, ébrio de dolor y de furor, se presentó al Consejo de los Diez y le pidió autorizacion para tomar venganza de aquella infamia, y, siempre prudente el Consejo, tomó sobre sí este asunto, prohibiendo á Caracciolo hiciese nada por su parte.

Los enviados de la república de Venecia llegaron á Sesena el mismo dia en que llegó Micholotto con la carta de Lucrecia.

César los acogió afablemente; se asombró de la noticia que se le daba de haber sido robada cerca de Sesena la esposa del general veneciano; negó abiertamente que ninguno de los suyos hubiese tomado parte en aquel atentado, y mandó hacer las mas minuciosas investigaciones.

Un labriego de las cercanías declaró, que la misma noche del rapto habia visto cruzar el camino de Faenza á un ginete que llevaba sobre su caballo una mujer.

Una vieja declaró que habia visto un caballero con una mujer sobre el caballo á la puerta de la casa de Vampa.

Se la preguntó quién era Vampa y dónde estaba su casa, y respondió que Vampa era un terrible bandido, que habia aparecido un mes antes en una casa aislada y abandonada; que estaba un cuarto de legua á la izquierda del camino de Faenza al lado de un arroyo.

Los enviados venecianos se hicieron llevar por la vieja á aquella casa, y encontraron los árboles y el arroyo; pero la casa no existia: el lugar que habia ocupado estaba sembrado.

Alli se perdia el hilo de Ariadna que hubiera podido conducir á los investigadores hasta el paradero de Angiolina.

XV.

César con su hábil franqueza, con su refinada política, con aquella

manera dulce y persuasiva con que habia engañado á tantos, incluso Maquiavelo, engañó á los enviados venecianos que se volvieron á Venecia persuadidos de que César no habia tenido parte en aquel rapto.

Además, César Borgia era amigo de Pietro de Médicis, protegido como sabemos por la república de Venecia, y contaba con la decidida proteccion de Cárlos VIII de Francia, á quien la prudente señoría de Venecia se veia obligada á respetar.

Juan Caracciolo, pues, fué apercibido para que nada intentase por su parte, y no se volvió á hablar mas de Angiolina.

CAPITULO XXIII.

En que se cuentan á la larga algunos sucesos.

I.

César acometió á Faenza, y despues de algunos dias de sitio se apoderó de ella como se habia apoderado de las villas y fortalezas de los otros vicarios de la Iglesia.

Solo quedaban encerrados en sus castillos y preparados á probar una resistencia inútil, Guido Ubaldo, duque de Urbino, acompañado de su esposa Isabel Gonzaga, y Astor Manfredo, señor de Janeie.

César Borgia habia añadido al título de duque de Valentinois que le habia dado Cárlos VIII, cuando César casó con la señorita de Albret, hermana del rey de Navarra, el de duque de la Romanía, concedido por el papa.

Ensoberbecido con sus triunfos, César amenazaba á Florencia, y el duque de Milan hacia preparativos para el caso probable de que la ambicion de César amenazase sus Estados.

II.

Pocos dias despues de la toma de Faenza, César, con un brillante cortejo de gentiles hombres y damas fué á Roma para asistir á las bodas de Lucrecia con el príncipe de Tarento.

Su inseparable Micholotto con una nube de feroces esbirros le acompañaba.

Adherido á Micholotto y tratado por él con sumo respeto, lo que significaba el aprecio en que le tenia César, iba un misterioso personaje: sin describirle le hemos nombrado ya.

Aquel personaje era Vampa, el habitante de la casa aislada que habia desaparecido, y en la cual César habia tenido una entrevista con Angiolina.

Vampa habia cambiado de nombre: se llamaba Giovanni Scorso, cuyo apellido tenia todos los visos de un apodo muy significativo; porque quiere decir, corrido, escapado.

Era jóven, enérgico, sombrío, amarillo: vestia á lo gran señor, llevando con suma facilidad su traje, como quien tiene costumbre de vestir bien.

Una larga cabellera rubia rojiza caia rizada sobre sus hombros, dándole algo del aspecto del leon.

Respetábanle todos, primero porque César Borgia le distinguia en gran manera, y tenia con él largas conferencias secretas: despues, porque dejaba conocer un valor feroz; por último, porque vivia con lujo y gastaba gentilmente el dinero.

Por una singularidad no tenia servidumbre propia, valiéndose de la de don Micholotto, que vivia tambien á lo gran señor.

Hasta ahora hemos llamado á este último Micholotto, y han podido juzgar nuestros lectores al ver los bajos y horribles oficios en que Micholotto se empleaba, que era un esbirro vulgar, un pobre diablo asalariado; no tal: Micholotto era un personaje; y se le llamaba don Micholotto porque era hidalgo, español, natural del reino de Valencia, y cuyo apellido ocultamos en honor de su familia, que aumentada por el tiempo es numerosa y honrada: el nombre de bautismo era Miguel, convertido en Micholotto en Italia.

III.

Todos veian en el señor Giovanni Scorzo, natural de Córcega, un compañero de Micholotto, y como este era temible por mas de un concepto, de la misma manera se habia hecho temible Giovanni Scorzo, el de la roja cabellera de Leon.

IV.

Las bodas se hicieron con una grande ostentacion, y despues de ellas Lucrecia, con su marido, se trasladó á Nápoles.

Concluido este negocio de familia, César volvió á ponerse en operaciones; acometió á Urbino, y éste se vió obligado á escapar con su esposa, y á ampararse en Venecia.

Sus estados fueron confiscados y adjudicados á César, que los compró aparentemente.

Á seguida, César marchó sobre Janete, villa de Astor Manfredo, en el cual corrian parejas la juventud y la hermosura, porque solo contaba entonces diez y ocho años.

No queriendo imitar el ejemplo de Sforza, Malatesta y Urbino, que habian huido á la aproximacion de César, y á pesar de encontrarse abandonado por sus parientes y con pocos soldados, poco dinero y pocos víveres, se hizo fuerte, provocando la funesta cólera de aquel que, César de nombre, pretendia con una ambicion monstruosa ser César de hecho.

Defendióse de tal manera el jóven Astor Manfredo, encontró tales recursos en su desesperacion, que hizo se prolongase el sitio hasta el invierno, en cuya estacion, no teniendo donde acuartelar sus tropas, César se retiró á Sesena, donde estableció sus cuarteles de invierno, resuelto á volver á Janete, cuando viniese la primavera.

V.

Nada aconteció en este tiempo que fuese notable y tuviese relacion con nuestros personajes.

La política seguia su marcha, pero como nuestro objeto no es ocuparnos de la historia general de aquel tiempo, pasamos por alto este período que César invirtió en Sesena, rodeado de placeres, convirtiendo aquella pequeña villa en una córte faustosa, alegre y corrompida, mientras que en Florencia se llevaba adelante el proceso de Savonarola, y Lucrecia se adormia en Nápoles entre los brazos de su tercer marido, que era tal vez el único hombre á quien habia amado.

VI.

Al aproximarse el buen tiempo, empezaron á sobrevenir graves sucesos.

César dejó los placeres, ó por lo menos no se entregó completamente á ellos; tomó las armas y marchó sobre Faenza, que resistió como la vez primera; pero cortadas las comunicaciones por César, Astor Manfredo propuso una capitulacion, y se vió con asombro que César, que era muy poco generoso, accedia á las honrosísimas condiciones de rendicion que le habia propuesto Astor Manfredo, advirtiéndole, que si aquellas honrosas condiciones no se aceptaban, persistiria en la defensa hasta sucumbir entre los escombros.

César accedió á todo: mas aun, halagó de tal manera al jóven y generoso Astor Manfredo, le sedujo con tal arte, que el jóven príncipe permaneció al lado de César, confiando en él, harto lejos de creer que le amenazase una traicion infame.

VII.

Un dia, dijo César á Giovanni Scorzo:

—Tú quieres que yo sirva tu venganza, y es necesario que tú sirvas la mia; no puedo perdonar á Astor Manfredo, á ese niño, el haberme obligado á capitular con él de una manera escepcional, que ha hecho alguna mella en mi reputacion militar; la envidia de mis enemigos ha visto en lo horroroso de estas capitulaciones para Astor Manfredo, no mi prudencia, sino mi recelo de ser rechazado, si me negaba á un buen avenimiento; hasta cierto punto, Manfredo, en vez de aparecer vencido por mí, aparece vencedor mio; es necesario que Manfredo desaparezca como un relámpago entre las tinieblas; le citaré esta noche para un lugar retirado, con pretesto de llevarle casa de la hermosa Cornelia á quien ama; espera con los hombres que te parezcan necesarios cerca de la casa de Cornelia, una hora despues del toque de silencio, y prepáralo todo para que no quede rastro de la desaparicion de Manfredo.

VIII.

Al dia siguiente se dijo en Faenza que Astor Manfredo se habia fugado.

Nadie podia decir otra cosa.

César despachó emisarios en todas direcciones en busca del fugitivo, y nada se descubrió.

Un mes despues, los barqueros del Tíber que buscaban el cadáver de una jóven que se habia suicidado, arrojándose desde el parapeto del puente de Sant Angelo, sacaron otros dos cadáveres.

Era el uno el de Astor Manfredo, á quien pudo reconocerse aun.

El otro, cuyo estado de descomposicion hacia imposible se le reconociese, era el de una mujer, metida en un saco, en que habia tambien una gruesa piedra.

Pero lo que no pudo decir el despedazado rostro del cadáver, lo dijo un rico pañuelo bordado que se encontró con un rosario de coral y oro en un bolsillo de su traje.

Aquel pañuelo tenia bordados en dos de sus puntas, en una el escudo de armas de Crespi; en otra el de los Albici; en las otras dos puntas un nombre: *Angiolina*.

Tenia además pendiente del cuello de una cadena de oro, un medallon, dentro del cual habia un retrato en marfil, que aunque borrado por el agua, dejaba ver en la mancha impresa sobre el marfil, por la tinta

con que se habia contornado el retrato, los rasgos característicos del semblante del general veneciano Juan Caracciolo.

No habia, pues, duda alguna de que aquel cadáver era el de la desgraciada Angiolina Crespi.

Así se declaró oficialmente, y Angiolina fué enterrada en la iglesia de Santa María del Pópolo, entre la sepultura del duque de Gandía y de Alfonso Crespi.

A los piés de estos tres cadáveres se abrió la sepultura de Astor Manfredo.

Allí estaba todo un horrible poema escrito con sangre por los Borgias.

VIII.

¿Cómo y por qué habia llevado á Roma el señor Giovanni Scorzo á Astor Manfredo?

Por mucho que nos contrarie el confesar nuestra ignorancia, no podemos menos de hacerlo.

Ningun rastro queda de ello; con tal arte, con tal sigilo habia cumplido el encargo de César Borgia, Giovanni Scorzo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE Y DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

PRIMERA PARTE

El Gran Capitan.

		Páginas
Capítulo I.	Una puñalada y una bendicion.	5
— II.	Un arcángel de tinieblas.	10
— III.	De cómo el Gran Capitan empezó una noche de aventuras, cuándo y con quien menos lo esperaba.	25
— IV.	En que crecen las tentaciones para el Gran Capitan.	33
— V.	Un monje que á primera vista parece un demonio.	40
— VI.	El monje Savonarcla.	47
— VII.	De cómo Gonzalo de Córdova estuvo á punto de morir á oscuras.	62
— VIII.	De cómo Angiolina Crespi encontró su tercer amor, y de cómo el duque de Sessa no pudo encontrar al duque de Gandía.	72
— IX.	El poeta Bonvinetto.	86
— X.	Rosa Vannozia.	97
— XI.	En que Lucrecia empieza á utilizar de una manera grave á Bonvinetto.	101
— XII.	En que se dicen cosas que no han podido decirse antes.	113
— XIII.	Lo que vá de un asesino á un caballero. . .	123
— XIV.	La duquesa de Urbino.	140
— XV.	De cómo el Gran Capitan se vió obligado á responder de una falta que no habia cometido. . .	150

Páginas.

Capítulo XVI. Cómo cumplió Bonvinetto el encargo de Lucrecia, y lo que hizo despues. 160
— XVII. En que aparece el perfil del Papa Alejando VI. 169
— XVIII. El Gran Capitan metido, contra su voluntad, en una intriga aventurera, que tenia por base el amor. 174
— XIX. De cómo se avinieron Lucrecia y Gonzalo de Córdova. 207
— XX. De cómo, despues de vencer á Genaro Orsini, el Gran Capitan tuvo una entrevista delante de Lucrecia con el rey de Francia. 217
— XXI. Que trata principalmente de la historia de aquel tiempo. 230
— XXII. En que aparece Bonvinetto, cambiados la condicion y el nombre, y se sabe en qué se ocupaba. 238
— XXIII. De cómo el Gran Capitan se encontró metido en un nuevo enredo. 247
— XXIV. En que se vé de lo que era capaz Lucrecia. . 266
— XXV. De cómo el Gran Capitan era un raton demasiado feroz para que pudiese cogérsele fácilmente en una ratonera. 280
— XXVI. De cómo el Gran Capitan se vió libre de tres hermosos enemigos con faldas. 291

SEGUNDA PARTE.

Savonarola.

Capítulo I. En que aparece de nuevo Pietro de Nápoles. . . 299
— II. ¿Qué era Savonarola? 310
— III. Una visita terrible. 318
— IV. De cómo se escondió Lucrecia en Florencia. . . 225
— V. La alianza de dos lobos. 331
— VI. De cómo Domínico tendia imprudentemente una red, sin sospechar que podia ser cogido en ella . . 349

Páginas.

Capítulo VII. Un golpe de muerte. 359
— VIII. De cómo Pietro de Nápoles cayó al Arno y salió de él como menos lo esperaba. 368
— IX. En que se vé cómo los adeptos de Savonarola supieron el paradero de Lucrecia, y hasta qué punto llevaba esta su dureza de corazon. . . . 377
— X. De cómo Lucrecia incurrió en una gravísima equivocacion. 392
— XI. La alianza de dos tigres. 401
— XII. De cómo por otro lado se disponia del destino de Angiolina. 408
— XIII. De cómo se encontraban las cosas en Florencia. . 418
— XIV. La prueba del fuego. 434
— XV. De cómo Lucrecia sabia valerse tambien de lo sobrenatural. 450
— XVI. Asalto del convento de San Márcos. 458
— XVII. Savonarola. 472
— XVIII. De cómo Lucrecia hizo un cambio en que ganó en vez de perder. 483
— XIX. En que Lucrecia hace salir definitivamente de la escena á Alfonso Crespi. 494
— XX. Lo que aconteció á Angiolina en su viaje de Roma á Nápoles. 507
— XXI. En que se dice lo que sucedió á Angiolina. . . 516
— XXII. De cómo se salvó de la deshonra Angiolina. . 527
— XXIII. En que se cuentan á la larga algunos sucesos. 538

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
Portada.	1
Lámina 1.ª	8
— 2.ª	43
— 3.ª	59
— 4.ª	70
— 5.ª	109
— 6.ª	138
— 7.ª	156
— 8.ª	199
— 9.ª	211
— 10.	261
— 11.	282
— 12.	310
— 12 duplicada.	369
— 13.	390
— 14.	452
— 15.	515

321083 LS
Author Fernández y González, Manuel
Title Lucrecia Borgia. Vol. I.
F3674ky
NAME OF BORROWER.
DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED